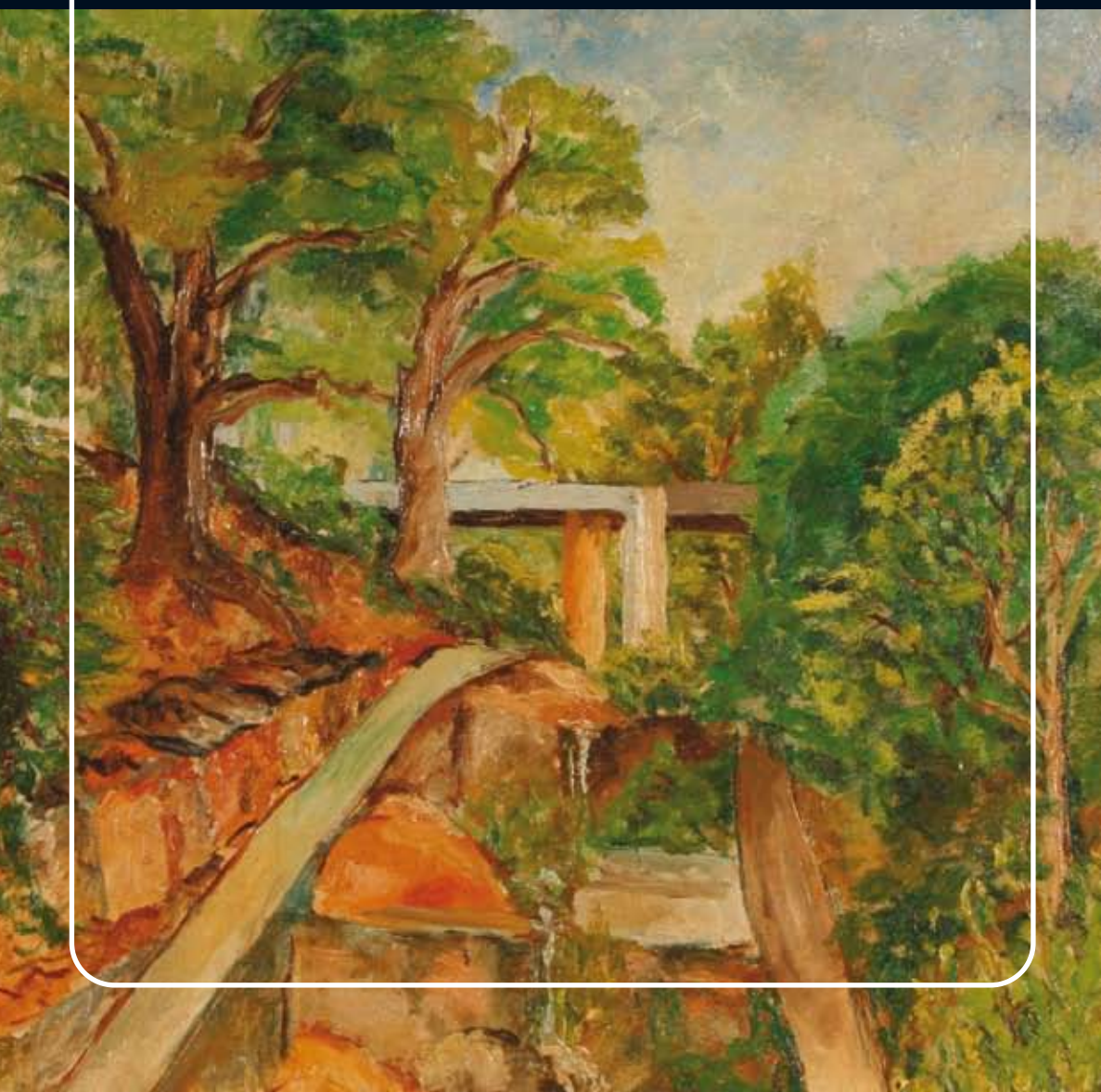


Jesús Semprum

CRÍTICA, VISIONES Y DIÁLOGOS



BIBLIOTECA AYACUCHO es una de las experiencias editoriales más importantes de la cultura latinoamericana. Creada en 1974 como homenaje a la batalla que en 1824 significó la emancipación política de nuestra América, ha estado desde su nacimiento promoviendo la necesidad de establecer una relación dinámica y constante entre lo contemporáneo y el pasado americano, a fin de revalorarlo críticamente con la perspectiva de nuestros días.

El resultado es una nueva forma de enciclopedia que hemos denominado Colección Clásica, la cual mantiene vivo el legado cultural de nuestro continente, como conjunto apto para la transformación social, política y cultural.

Las ediciones de la Colección Clásica, algunas anotadas, con prólogos confiados a especialistas y con el apoyo de cronologías y bibliografías, hacen posible que los autores y textos fundamentales, comprendidos en un lapso que abarca desde la época prehispánica hasta el presente, estén al alcance de las nuevas generaciones de lectores y especialistas en las diferentes temáticas latinoamericanas y caribeñas, como medios de conocimiento y disfrute que proporcionan sólidos fundamentos para nuestra integración.

República Bolivariana de Venezuela

F u n d a c i ó n



Biblioteca Ayacucho

CRÍTICA, VISIONES Y DIÁLOGOS

MINISTERIO DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA

Francisco Sesto Novás
Ministro

Rosangela Yajure Santeliz
Viceministra de Identidad y Diversidad Cultural
Emma Elinor Cesín Centeno
Viceministra para el Fomento de la Economía Cultural
Iván Padilla Bravo
Viceministro de Cultura para el Desarrollo Humano

FUNDACIÓN BIBLIOTECA AYACUCHO
CONSEJO DIRECTIVO

Humberto Mata
Presidente (E)

Luis Brito García
Freddy Castillo Castellanos
Luis Alberto Crespo
Roberto Hernández Montoya
Gustavo Pereira
Manuel Quintana Castillo

Jesús Semprum

CRÍTICA, VISIONES Y DIÁLOGOS

236

PRÓLOGO

José Balza

CRONOLOGÍA Y BIBLIOGRAFÍA

Ángel Gustavo Infante

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

© Fundación Biblioteca Ayacucho, 2006
Colección Clásica, N° 236
Hecho Depósito de Ley
Depósito legal lf50120068000646 (rústica)
Depósito legal lf50120068000645 (empastada)
ISBN 980-276-437-X (rústica)
ISBN 980-276-438-8 (empastada)
Apartado Postal 14413
Caracas 1010 - Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

Director Editorial: Edgar Páez
Coordinadora Editorial: Gladys García Riera
Jefa Departamento Editorial: Clara Rey de Guido
Asistente Editorial: Shirley Fernández
Edición al cuidado de: Gladys García Berrios
Jefa Departamento de Producción: Elizabeth Coronado
Asistencia de Producción: Jesús David León
Auxiliar de Producción: Nabaida Mata
Coordinador de Correctores: Henry Arrayago
Corrección: Gabriela Gazzaneo y Nora López

Concepto gráfico de colección: Juan Fresán
Actualización gráfica de colección: Pedro Mancilla
Diagramación: Juan Francisco Vázquez L.
Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

PRÓLOGO¹

I UNA VIDA PERSISTENTE

APASIONADO DE SHAKESPEARE y obsesivamente decidido por pertenecer a una tradición literaria venezolana o por forjarla, dice Jesús Semprum (1882-1931) en uno de sus textos de 1911 refiriéndose al carácter de Falstaff:

1. Para la elaboración del prólogo se han consultado las siguientes fuentes bibliográficas: Cecilio Acosta. *Obras completas*. Caracas, Fundación Casa de Bello, 1982. Asdrúbal Baptista. *El relevo del capitalismo rentístico*. Caracas, Fundación Polar, 2004. Andrés Bello. *Obras completas*. Caracas, Fundación Casa de Bello, 1982, v. XXI. Rómulo Betancourt. “Al margen de la obra de Jesús Semprum”, *Repertorio americano*. Caracas, Ediciones Centauro. 1982, 442 p. Rufino Blanco Fombona. *Hombres y libros*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2004. Julio Calcaño. *Crítica literaria*. Caracas, Presidencia de la República, 1972. Pedro Emilio Coll. *El castillo de Elsinor*. Caracas, Tipografía Herrera Irigoyen, 1901. Luis Correa. *Terra Patrum*. Caracas, Tipografía Americana, 1930. Humberto Cuenca. *Jesús Semprum*. Caracas, Edit. Sur-América, 1932. Ramón Díaz Sánchez. *Paisaje histórico de la cultura venezolana*. Buenos Aires, EUDEBA, 1965. Rafael Fernández Heres. *Pensamiento educativo en Venezuela. Siglos XVI al XX*. Caracas, Universidad Nacional Abierta, 2000, 5 v. José Gil Fortoul. “Literatura venezolana en páginas de ayer”, *Obras completas*. Caracas, Ministerio de Educación, v. 8, 1957. Juan Vicente González. “Las letras en 1865 en Miguel Gomes”, *Estética hispanoamericana del siglo XIX*. Caracas, Biblioteca Ayacucho (Colección Claves de América), 2002. Pedro Grases. *Temas de bibliografía y cultura venezolanas*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1973. Rogelio Illaramendy. “Jesús Semprum”, *Panorama* (Maracaibo), (1 de febrero de 1940). Ángel Gustavo Infante. *Primeros momentos del pasado crítico*. Caracas, Fondo Editorial de Humanidades y Educación, UCV, 2002. Felipe Larrazábal. “Carta a Octaviano Valle”, *Revista Musical de Venezuela* (Caracas), N^{os} 32-33, Fundación Vicente Emilio Sojo, 1993. Luis López Méndez. *Obras completas*. Caracas, Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, 1992. Carlos Montiel Molero. *Rastros de una afición. Evocaciones*. Maracaibo, Universidad del Zulia, 1968. Juan Antonio Navarrete. *Arca de letras y teatro universal*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1993. Mariano Picón Salas. *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Caracas, Monte Ávila Editores, 1984. Julio Planchart. *Temas críticos*. Caracas, Presidencia de la República, 1972. Juan Germán Rocio. *El triunfo de la libertad*

“es un tipo en el que encontramos la huella de una vida persistente”. Nada mejor para cercar la existencia y la obra del propio Semprum que tales palabras.

Su acción fue mental y con ella rescató y cubrió lo más inquietante de nuestra literatura del siglo XIX, del mismo modo que se acercó a los autores, a la plástica y al cine de su tiempo, sin dejar de percibir con rara inquisición los acontecimientos mundiales de entonces. Las más importantes décadas de su transcurso vital ocurren bajo la dictadura gomecista y no es necesaria una pesquisa singular para notar en su obra (y en su propia acción vital: cautela y el viaje al exterior) su penetración sobre la realidad inmediata.

En cuanto a su escritura, aparte del aura positivista o modernista y hasta de vanguardia que resuena en ella, no hay duda de que por esa prosa circula “la huella de una vida persistente”, factor que nos permite leerlo hoy como si sus páginas fuesen concebidas ahora o como si escucháramos una sostenida y refrescante conversación.

Mientras vivió e inmediatamente después de morir, creo que algunas paradojas han marcado su destino literario, de tal modo que lo alejaron dentro de ese magma impreciso que es el universo de las letras. Por ejemplo, habiendo sido un escritor absoluto, no recogió sus textos en libros. ¿Excesiva autocrítica, seguridad de que toda obra termina siendo fragmentaria? Asimismo, y quizá debido a lo anterior, su valiosa obra narrativa fue ocultada por la condición de crítico del autor.

Y, para no abundar, por ejemplo, cuando vuelve a Venezuela en la plenitud de su talento, es sutilmente relegado (¿política, intrigas estéticas?) de los honores que le correspondían; para colmo, los comentaristas que dicen admirarlo (Cuenca, etc.) no sólo no entienden los alcances, la origi-

sobre el despotismo. Caracas, Monte Ávila Editores, 1983. Jesús Semprum. *Crítica literaria*. Caracas, Ediciones Villegas, 1956. *Visiones de Caracas y otros temas*. Caracas, Corporación Venezolana de Fomento, 1969. 327 p. Fermín Toro. “Los estudios filosóficos en Venezuela”, *Pensamiento político venezolano del siglo XIX*. Caracas, Ediciones conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia, 1960. Amenodoro Urdaneta. *Cervantes y la crítica*. Caracas, Imprenta a vapor de “La Opinión Nacional”, 1877. *Cervantes y la crítica*. Caracas, Biblioteca Ayacucho (Colección Paralelos), 2005. Laureano Vallenilla Lanz. *Cesarismo democrático y otros textos*. Caracas, Biblioteca Ayacucho (Colección Clásica), N° 164, 1991.

nalidad y la audacia de su pensamiento, sino que, con voraz amargura, sólo destacan la actitud exigente, también amarga a veces, con que Semprum enfrenta los últimos años de su vida.

Esta edición busca, precisamente, la huella de esa “vida persistente” que Semprum robó al misterio de la creación y que salta con gozo a medida que un lector actual recorre sus páginas.

Pasa los primeros diez años de su vida en San Carlos del Zulia al sur del lago de Maracaibo y cercano a las riberas del río Escalante; el paisaje exuberante de ese “padre líquido y fuerte, sin rumores ni gemidos vanos ni vanas voces de alegría”, le hará decir, después: “Tu caudal, amarillento y tranquilo, discurre en la serenidad de tus largas ondulaciones, amplias como curvas de senos, copiando el milagro de las márgenes verdes, donde los caimanes sueñan milagrosos festines...”.

Hasta 1903 permanece en Maracaibo, donde ha comenzado a escribir desde los dieciséis años y donde estudia medicina. Forma allí parte del grupo que funda la revista *Ariel*. Así lo evoca Rogelio Illaramendi, miembro de la publicación: “...siempre le contemplé con un alto respeto como al hermano mayor de nosotros, como al maestro y jefe de la casa lírica. El acaudilló nuestro juvenil pelotón de iconoclastas, asaltantes contra la vieja Retórica y del rutinarismo local y sufrimos juntos la ex-comunión de los dómines del saber neoclásico y de la turba que perseguía nuestras melenas como si fueran ellas culpables del edicto de expulsión de los Reverendos Padres Capuchinos”. Tal vez las calles, el hospital, la universidad y algún convento de entonces hayan servido como recursos escenográficos para una de las novelas que nunca publicó, *El crucifijo*.

El cierre de la universidad por Cipriano Castro y las inmediatas colaboraciones de Semprum con la famosa revista *El Cojo Ilustrado*; la posterior fundación de *Sagitario* y su trabajo en diarios de renombre lo convierten en el más importante crítico literario de las siguientes décadas.

Se casa en 1911 con Isabel Correa, hermana del poeta y acertado crítico Luis Correa; y tendrían como descendiente a Luis Alberto, verdadero guardián de la memoria de su padre.

En 1919, rodeado ya Semprum por la fama, lo dibuja Carlos Montiel Molero:

Así ha triunfado Semprum en la Metrópoli. Inevitablemente, hasta nosotros había llegado el eco de sus triunfos. Cuando fui a Caracas por primera vez, iba ansioso de conocer al sesudo constructor de las epopéyicas *Notas de Epinicio*. Curioso, inquieto, a mis compañeros preguntaba cuando veía pasar por la Plaza Bolívar o por las proximidades de La India, a un señor más o menos grave: ¿Ese es Semprum? ¿Será ese otro?

Por fin, una mañana, bajando por la esquina de San Francisco, alguien me lo señaló. Sí, era la carne viva de aquel boceto que en sus Cartones trazó la cáustica pluma del estilista y poeta Emiliano Hernández: el traje negro, espesa la melena, el *tirolé* un poco abiertas las alas, del mismo color del traje, solemnísimos el paso, y encima de las narices, otra solemnidad: la de sus lentes. Con todo ese conjunto de indumentaria, cualquiera podía suponerlo un clérigo protestante, como dijo Emiliano. Además, tenía fama de intratable, y por ello, muy pocos de los paisanos lo trataban, y una, como especie de odio, se iba comunicando de uno a otro.

Hace unos cuatro años volví a Caracas y Andrés Mata, en medio de una charla de las que a diario regocijan sus cofrades en el compartimiento casi ministerial que él tiene en *El Universal*, me presentó al doctor Semprum.

Después de la presentación, muy cordialmente departía con él, bien por las noches, al venir a sus labores de diarista, o por las tardes, cuando en imprevisto encuentro nos tropezábamos, esperando las salidas de la adorable parvada femenil que hace público tan exquisito en las vespertinas del Teatro Nacional.

Para sus contemporáneos, la adustez y la ironía de Semprum hacían que fuese percibido como un hombre de trato reservado y duro. Pero no sólo escribió con calidez acerca de los humoristas y satíricos del momento, sino que, como lo atestigua su prosa, vitalmente debió cultivar un incisivo culto a la sonrisa, a la risa interna. “Si la literatura representa o refleja con fidelidad el espíritu del pueblo que la produce, resultaría el venezolano un pueblo triste. El literato, el poeta, han reído raras veces entre nosotros”. Y sin embargo, reconoce (¿para sí mismo?): “El escritor jocoso que escribe con la mente puesta en el regocijo ajeno, termina por perder la gracia. El verdadero humorista goza plenamente de su arte de un modo puro y desinteresado. Como encuentre el contraste feliz, como descubra la nota disonante en el conjunto, como lincee el matiz chocante y cómico, se frota las manos, complacido, y ríe para sí con ingenuo júbilo. (...) Lo que

aprovecha es la esencia humana de la ironía que en su propio ser perdura, como una actitud de interpretación ante el universo”.

Aparte de los poemas y prosas líricas, diálogos teatrales y cuentos publicados por Semprum, el ejercicio crítico lo absorbe ampliamente. En general, vivirá para los diarios y revistas, tanto del país como del exterior. Un autor poco complaciente, Julio Planchart, lo retrata así: “Semprum estaba muy dotado. Entre sus dones se hallaban la capacidad para expresarse bien y claramente; el de la ironía, tan cara a su manera de ser y tan estimada en su tiempo y tan necesaria a su función principal: la de periodista, en una época en que era peligroso siquiera acercarse a la verdad (...) Semprum era artista y el crítico debe serlo”.

Pero no sólo la vigilancia política, sobre todo para él, que poseía una notable predilección por las búsquedas socialistas, marcaba su contacto con lo inmediato; ni el estudio o la especulación teórica acerca de la literatura y los creadores, cerraban su interés: mantuvo un vivaz vínculo con la ciudad: rincones, personajes populares, ángulos del diverso paisaje, transformaciones de la luz, surgimiento del transporte y permanente captura de lo femenino en sus destellos lumínicos o dolorosos, imantan su atención. Sus *Visiones de Caracas* así lo demuestran, a la vez que en alguna sinuosidad de la prosa, cuando hace el recorrido urbano, parece anunciar la percepción que sobre ello nos legará años más tarde Guillermo Meneses. Algunos personajes y el complejo círculo político, erótico y social de su otra novela inédita, *La nueva ciudad*, también deben a Caracas mucho de su materia.

En el viaje a Nueva York, como afirma Pedro Díaz Seijas y según confesiones del hijo de Semprum, influye la presión política. Desde 1919 hasta 1926 colaborará desde esa ciudad con numerosos diarios, traducirá y ampliará considerablemente su continuo contacto con elementos de la cultura latinoamericana y mundial. Padece entonces una afección cardíaca y regresa a Venezuela. No recibe el puesto en la Academia que le ha sido otorgado, trabaja como profesor de literatura en la Universidad Central y vuelve a ejercer su actividad de médico. Dice Humberto Cuenca: “desesperado se hundió voluptuosamente en las turbias aguas de la bohemia i (*sic*) un largo sueño artificial, como la sombra de un marasmo, se tendió definitivamente sobre él. (...) Hasta que un día cualquiera, fatigado el

dolor de consumirlo, la enfermedad fisiológica (*sic*) la mental se aliaron para fulminarlo instantáneamente: en la mañana del 13 de enero de 1931, murió Jesús Semprum en El Valle, parroquia foránea de Caracas”.

En enero de 1933, desde San José de Costa Rica, Rómulo Betancourt, por su parte, escribe: “Semprum, a pesar de ser un valor auténtico como escritor, carecía de las dos condiciones que aseguran la consagración en estos medios borrosos: arribismo y actitud complaciente ante las clases gobernantes. Fue hombre discreto y, según tengo entendido, vertical (...) Otra diferencia importantísima queremos señalar entre Semprum y la casi totalidad de sus compañeros de ruta. Semprum vivió al margen de la politiquería. No se alquiló a déspotas, no vistió libreas de cortesano, no enhebró panegíricos para los mandones”.

II ANUNCIOS: EL OBJETO AUSENTE

Probablemente la obra de Jesús Semprum sea el punto culminante de un largo y, hasta ahora, impreciso proceso. En ella el pensamiento crítico fluye desde la literatura hacia el país, y viceversa, arrojando una escritura de apasionada y radiante serenidad. Este hombre de “gran talento crítico”, según Picón Salas, “murió de soledad e infinito fastidio sin ordenar su obra copiosa”.

Tratando de encontrar algunos factores que pudieran haber desembocado en la obra y el pensamiento de Semprum, anotaremos aquí rápidamente los siguientes, junto a breves bocetos de los lapsos en que surgieron. Todo lo cual, como hubiera gustado a Luis López Méndez, tendría la imantación de un *mosaico*.

Tal vez nunca haya sido posible el impulso creador sin su paralelo, el sentido crítico. Cuanto aquel propicia como un rayo, conduce a la vez una inclinación a lo analizable, a la revisión. Cuando en 1708 se publica el *Sermón Panegírico de acción de gracias por el deseado nacimiento de nuestro Príncipe Luis Felipe, predicado en la Santa Catedral de Santiago de León de Caracas por el doctor D. Nicolás de Herrera y Ascanio el 9 de noviembre de 1707*, tenemos un remoto antecedente de la intuición crítica entre nosotros.

Porque en dicho sermón, la celebración del príncipe adquiere un especial rango estético y retórico, casi tan notable como el objetivo religioso de la ceremonia misma. Herrera y Ascanio exalta el nacimiento del niño, pero considera y valora los elementos del discurso que, para esa festividad, son atraídos por la composición, por el impacto que debe recibir el diverso público. El sermón parece ser tan importante como su objeto y por lo tanto se nos permite asistir a la manera en que su autor lo realiza o lo evalúa. Junto a la velada certeza sobre la “graciosa erudición que apoya a este discurso”, confiesa el sacerdote: “Doy la razón ingenua de este pensamiento”.

El complejo aparato del sermón queda así justificado, puesto que “la imaginación causa efecto, y tiene tal eficacia que sus impresiones se miran en los efectos producidos”. Sobre todo si advertimos que el autor termina comparándose con Zeuxis y aceptando: “Lo primoroso y eterno del retrato me detiene el movimiento de la mano, y no deja correr las líneas del pincel: quiero copiar una imagen eterna en su duración, y para tan grande y maravillosa obra toda esta dilación es precisa”.

Una más rotunda intuición crítica hallaremos en las últimas décadas de ese mismo siglo, cuando fray Juan Antonio Navarrete establezca una singular biblioteca, componga diccionarios muy personalmente seleccionados, realice resúmenes de Retórica, recomiende y comente lecturas de variadísimos autores y materias. Según él, “el trabajo corporal de meter, sacar y apuntar libros cada rato”, le resta energía a sus labores de escritor.

Admite Navarrete en su *Arca de letras y teatro universal* que erudito es “un hombre que no deja lo que no toca”. Aquellas treinta obras suyas desaparecidas habrían sido una prueba más de ello. Y como su meta era enseñar “puntos, cuestiones, motivos, experimentos, secretos, descubrimientos, sucesos y varias cosas” o, dicho de otro modo, “artes, materias, el vastísimo océano de erudición literario” tanto al público asiduo a su convento como a los “Doctores borlados, pero no doctos de Caracas”, él mismo realiza una incansable actividad de difusión y de crítica indirecta para beneficio de ellos.

Por eso lo veremos comentar acerca de cuadros y pintores europeos, sobre ciencia, teatro, literatura. Entre sus criterios encontramos: “la materia

de la poesía es todo asunto que se le presente, sin excepción de cosa, ni facultad, ni ciencia alguna. Todo lo abraza porque sobre todo puede hablar con más licencia que los mismos facultativos, porque los poetas son más licenciosos”. Y en un tono casi profano: “la poesía es en su material una facultad trascendental, que todo lo trasciende y abraza, hasta los Arcanos más altos, secretos y profundos del mismo Dios”.

Se lamentaba Pedro Grases en los años cuarenta del siglo XX de no haber encontrado en bibliotecas y archivos venezolanos algún tratado de Retórica. Como acabamos de apuntar, el padre Navarrete no sólo había sido un estudioso del área sino que, con su ejercicio de bibliotecario en el convento de San Francisco, exhibía papeles y resúmenes para ilustrar al renuente público caraqueño sobre aquellos tópicos. Más optimista se muestra Grases al descubrir la traducción y la edición de *El arte de escribir* de Condillac, realizada por Andrés Bello y editada por Espinel, en la Caracas de 1824.

Por obvias razones políticas y económicas, Venezuela, en tanto provincia española, se expresó fundamentalmente a través de la música y la artesanía e intenta utilizar nuevos procedimientos educativos sólo poco antes de la independencia. La población había vivido casi dentro de una ignorancia natural. Aquellos 200.000 o 350.000 habitantes indígenas del territorio para el momento de la conquista española; aquellos indígenas, negros, españoles y luego mestizos, constituirán una población de número fluctuante (debido a guerras, enfermedades, problemas de alimentación, etc.), que en 1900 será, aproximadamente, de 2.400.000 habitantes. Caracas, la capital, habrá tenido unos 2.000 habitantes en 1580, 18.000 en 1771 y 118.000 en 1920.

Los indígenas de la región ya esclavizaban a otros, proceso que se acentúa con la llegada del esclavo negro. La exitosa producción de harina de trigo a comienzos del siglo XVII, será seguida por la de cacao. Y la población se dividirá ahora hondamente entre grandes (y pocos) terratenientes o mercaderes, en ganaderos, pequeños agricultores, esclavos.

La presencia española hacia 1784 cuenta con 300.000 personas, mientras el índice de esclavos asciende a 60.000. El comercio gira entonces en torno al añil, el café, las mulas y los caballos. Algunos frailes sensibles debieron cultivar las destrezas artesanales, pictóricas y musicales en pe-

queños grupos o en individuos negros y mestizos. Postergan, en cambio, el trabajo con la letra. Miguel José Sanz, Francisco Andújar, Baltasar Marrero aportan valiosas ideas para la educación general, a fines del siglo XVIII. Simón Rodríguez, según podemos observarlo en sus *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento* (1794) tiene una visión desoladora –y frustrada– de cómo mejorar la realidad inmediata. El padre Herrera y Ascanio y fray Juan Antonio Navarrete no dejan de representar personalidades excepcionales.

Sin embargo, individualidades importantes y familias criollas o grupos selectos cultivaron con energía la poesía y el estudio de la historia, en un medio social que consumía, hacia 1810, 2.500.000 varas de telas valiosas, 250.000 litros de vino y 1.300 libras de quesos.

El Seminario Tridentino y la Real y Pontificia Universidad de Caracas polarizan las directrices religiosas, educativas y culturales. Será necesaria la llegada de la imprenta en 1808 y la violenta separación de España, para que el país inicie un gradual y complejo diálogo espiritual entre Gobierno y población, entre criollos y negros. Y ahora sí la educación, siempre desde esferas reducidas, cuya extensión exigirá años de empeño, comienza a buscar objetividades prácticas y científicas, visiones amplias sobre la población.

Ya en 1810 Juan Germán Roscio busca los contribuyentes para sostener una biblioteca pública y diez años después no cesa de reclamar que, junto a las armas, como hicieran los republicanos franceses, marcharan: “los instrumentos de persuasión: un diluvio de proclamas, de gacetas, escritores y oradores”, porque los himnos, la pintura, el teatro “hijos de la poesía inflamaban sobremanera el espíritu”. Cómo hubiera complacido a Roscio conocer las palabras con que, setenta años más tarde, el músico Felipe Larrazábal celebraba el efecto de la revolución francesa en la sociedad y el arte sonoro: “La música tomó parte, y no escasa por cierto, en la obra de la libertad y de la regeneración del hombre, y al compás de los progresos en la conquista de los derechos usurpados por el despotismo, ensanchó más y más la esfera de sus prodigios”.

Roscio mismo hacia 1817 realiza una compleja experiencia dentro de las variaciones de la crítica: su exégesis de la Biblia, que lo lleva a

componer *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*, en la que confiesa: “Predispuesto de esta manera, me entregué a la lectura y meditación de la Biblia, para instruirme de todos los documentos políticos que en ella se encuentran”. (¿Llegó a conocer José Antonio Ramos Sucre la prosa de Roscio? El tenso estilo del poeta y los matices de sus verbos guardan un eco que también encontramos en aquél).

Pero los años de la guerra independentista, de su lucha fratricida, y las décadas inmediatas tendrán un efecto devastador no solamente sobre la ejercitación de la cultura sino también sobre la economía, los núcleos familiares, la totalidad del país. Apunta Vallenilla Lanz:

Porque Venezuela ganó en gloria lo que perdió en elementos de reorganización social, en tranquilidad futura y en progresos moral y material efectivos. Nosotros dimos a la Independencia de América todo lo que tuvimos de grande: la flor de nuestra sociedad sucumbió bajo la cuchilla de la barbarie, y de la clase alta y noble que produjo a Simón Bolívar, no quedaban después de Carabobo sino unos despojos vivientes que vagaban dispersos por las Antillas y otros despojos mortales que cubrían ese largo camino de glorias desde el Ávila hasta el Potosí.

El mismo Bolívar había escrito a su tío Esteban Palacios después de la batalla de Carabobo: “Usted se encontrará en Caracas como un duende que viene de la otra vida y observará que nada es de lo que fue. Usted dejó una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sangrienta; usted dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad; y usted lo encuentra todo en escombros, todo en memorias. (...) ¡Caracas no existe!”.

La Reorganización de la Universidad de Caracas, decretada por Simón Bolívar en 1827 y probablemente redactada por Vargas decide: “La enseñanza de la literatura comprenderá un curso de retórica en que después de examinados los principios generales del gusto, se formará el análisis de la oratoria en sus diversas acepciones. En esta clase se enseñarán también la poesía latina y castellana en todas sus composiciones y se darán unas breves lecciones de literatura antigua y moderna”. Y añade que los estudiantes “para adquirir el buen gusto tan necesario a la profesión literaria, se

ocuparán con toda asiduidad: primero, en la versión de los autores latinos de mejor nota; segundo, en las composiciones latinas y castellanas, así en prosa como en verso”. Paralelamente, se diseñan los cursos de Filosofía, Medicina, Teología y Jurisprudencia.

Antonio José de Sucre, por su parte, en el *Reglamento para los colegios de Ciencias y Artes* de 1827 no sólo atiende a las generalidades de la educación, sino que exige, específicamente, que sean estudiadas las obras de Demóstenes, Cicerón, Foción, Tácito, Salustio; que se lea en francés a Mirabeau, en inglés a Pitt y Fox. El estudiante debe familiarizarse con Homero, Horacio, Virgilio, Racine, Corneille, Voltaire, Quintana, Molière, Milton, además de conocer “teoría de la arquitectura en sentido de lo bello, la pintura, la música instrumental y vocal, la danza”. Todo lo cual, dictado para Bolivia, debió repercutir en la intelectualidad venezolana de la Independencia.

Como sabemos, antes y durante la vorágine de la guerra, hubo numerosas personas ilustradas (los Salías, los Ustáriz, Sanz, Rodríguez, Bello, Revenga, José Luis Ramos, etc.) que leyeran comparativa, críticamente. El gusto colonial se abrió a nuevas concepciones artísticas y sociales. El influjo de aquellas personalidades en las reformas educativas, en la visión del nuevo país así lo sugieren. Y aunque no guardamos testimonios de tales lecturas y opiniones, atendamos a las palabras de Gil Fortoul sobre aspectos colaterales: “Por los años turbulentos de 1835 llegan a la plenitud de su talento en la literatura política Tomás Lander y Domingo Briceño y Briceño. Imbuido el primero de la filosofía francesa del siglo XVII, escritor pomposo, pero capaz de cincelar a menudo frases artísticas; y polemista el segundo, bizarro y elegante que sabe animar sus artículos con retratos de finísimos toques”. Por otra parte, habrá atención para las niñas, para los modales públicos; se comenzará a valorar la pintura como ya había ocurrido con la música, y la poesía y la ficción llegarán a tener figuras reconocidas. Los nuevos círculos culturales, las publicaciones periódicas, la docencia y los almacenes que expendían libros van a dar continuidad a una actitud crítica ante los autores importados y ante la incipiente obra literaria de los autores patrios.

Del mismo modo que los detectamos en Roscio, encontremos esos posibles instantes de soledad o iluminación en que nuestros pensadores

comienzan a hurgar, deliberadamente, en el aire del análisis literario. Por ejemplo, como ocurre con Fermín Toro.

La turbulencia política que atraviesa el siglo XIX dificulta la autonomía personal del creador y, claro, la del crítico. Aunque tangencial a los requerimientos de lo literario en sí, el texto *Los estudios filosóficos en Venezuela* (1838) de Fermín Toro (1806-1865) bien puede ser un modelo de alta organización mental para el ejercicio de la crítica. Allí, el autor ataca una posición filosófica y defiende otra. El lenguaje es directo y estimulante; las largas citas bien seleccionadas y rápidamente comentadas. El método expositivo tan firme como la apasionada actitud de Toro. ¿No encontraremos en los más adecuados críticos del futuro, y en el mismo Semprum, una *dispositio* semejante?

En la plenitud de su edad, Toro había comenzado a escribir narraciones, con marcados rasgos trágicos. Leídas hoy nos parecen gesticulantes, apresuradas, pero sin duda indicadoras de una alta y calculada tensión dramática. Obra quizá de un “romántico” similar a las de aquéllos de los cuales él se burlaba.

Sigámoslo en su razonamiento sobre los mencionados *estudios filosóficos*:

Caída pues, la que se llamó filosofía del siglo XVIII, ¿qué cosa caracteriza a la que se enseña en el XIX? Me parece que en el fondo de los sistemas filosóficos de este siglo, cualquiera que sean las diferencias que los caracterizan, lo que los distingue de lo pasado es la admisión de algo, de un punto en la inteligencia independiente de la experiencia y del testimonio de los sentidos, para poder levantar sobre él, como de base sólida y necesaria, conocimientos positivos y universal y objetivamente válidos. Llámese este algo *noción, idea o creencia intuitivas, o leyes o concepciones a priori*, sin ellas, según la filosofía del siglo, no hay metafísica, ni psicología, ni moral, ni teodicea posibles.

(Paralelamente, ¿no habrá sido más profunda de lo que pudiera parecer la influencia de Condillac –tan denostada por Fermín Toro– en la formación del carácter venezolano? ¿Cómo se leía e interpretaba al abate en tiempos de libertades políticas? ¿No se verían nuestros rasgos locales –sensorialidad y calidez, trópico e improvisaciones– reflejados y

quizá acentuados en aquella apreciaciones filosóficas? Condillac –1714-1780– defiende los sistemas de pensamiento que toman como principios solamente los hechos comprobables. Bajo el influjo de Locke acepta que los conocimientos sólo derivan de la experiencia. Su *Tratado de las sensaciones* concibe que la sensación es una manera de ser del alma:

Si el hombre, dice, no tuviera ningún interés en ocuparse de sus sensaciones, las impresiones que los objetos causan en él pasarían como sombras sin dejar traza. (...) Por ser necesariamente agradables o desagradables, le interesa buscar unas y librarse de las otras; y cuanto más vivo es el contraste de los placeres y de las penas, tanto más le sirve de acicate para la actividad del alma. Por esto, la privación de un objeto, que nosotros juzgamos como necesario para nuestra felicidad, nos ocasiona ese malestar, esa inquietud que nosotros llamamos *necesidad*, de la que se originan los *deseos*. Estas necesidades se repiten según las circunstancias, incluso crean nuevas necesidades, y esto es lo que desarrolla nuestros conocimientos y nuestras facultades.

Pero el apasionado rechazo de Fermín Toro a Condillac no puede ser examinado aquí).

Tal vez, como hemos visto hasta ahora, entre nosotros la mentalidad del crítico ya está preparada. Sólo que su objeto, la literatura del país, permanece todavía ausente. Nada extraño dentro de una república naciente, si recordamos que en los virreinos del continente, en el siglo XVII, *El Lunarejo* ejerce brillante y originalmente la crítica sobre el Góngora de Manuel de Faria, Domínguez Camargo sobre la recepción de su propia obra, Siguenza y Góngora al construir sus narraciones, Santa Cruz y Espejo, un siglo después, sobre complejos problemas metodológicos, estéticos y morales. Tal vez no tenían otras realidades donde aplicarla, aparte de los textos españoles. Había una crítica sin literatura local. Al germinar, al elaborarlos, tanteando sobre los mundos que el castellano les trajo, nuestros autores de 1600 estaban fundando también principios críticos que sólo serían retomados en el siglo XX.

LA ESPIRAL

Pero si Roscio trata de descifrar políticamente a la Biblia y Toro utiliza la filosofía de Condillac para oponerle sus concepciones intelectuales, hacia

1835 habría comenzado un giro expresivo que nada detendrá: primero en la prensa y muy lentamente en libros, se inicia la circulación de obras poéticas, dramáticas, narrativas de nuestros escritores.

La sensibilidad crítica va a encontrar materia, producida en el propio territorio de la República o creada por algunos de sus hijos errantes, sobre la cual ejercitarse.

José Antonio Maitín escribió teatro en esa década, como Fermín Toro ficción. Y en seguida el mismo Maitín, Abigaíl Lozano, el extravagante Rafael Arvelo, el exquisito Rafael Agostini y el exótico José Heriberto García de Quevedo serán reconocidos por su poesía.

Pero, subyaciendo a ese escenario creativo, aparte de la inestabilidad económica, persiste el terrible y ambiguo destino de los esclavos. Si Bolívar y Páez habían buscado la libertad de éstos desde 1818, la ley de abolición de la esclavitud sólo será proclamada en 1854. Y aún en 1860 los procedimientos legales para cumplirla no se han resuelto. Seguimos en presencia de familias y personajes privilegiados, de gobernantes y políticos brutalmente enriquecidos, de criollos que intrigan por el poder y el dinero, ante una población desamparada, como podemos captar en los estudios de Asdrúbal Baptista: “Por décadas sin fin los vaivenes de la producción agropecuaria han sometido a sus pobladores a una sucesión de altibajos materiales dentro de los más rígidos límites de una pobreza insuperable. La Venezuela de 1920 es prácticamente indistinguible de la Venezuela que setenta años antes había recorrido el abuelo de Mariano Picón Salas cuando regresa al país desde Francia, y cuyos trazos de infinito abandono y soledad han quedado recogidos en *Viaje al amanecer*”.

Como es natural, ya en 1844 tenemos asomos críticos acerca de textos surgidos en el contorno inmediato: una espiral indetenible, la crítica, ha vislumbrado su objeto dentro del país. Y lo sigue.

Para advertir el nacimiento y la formación de la crítica literaria en Venezuela es imprescindible el breve y refrescante libro *Primeros momentos del pasado crítico* (2002) de Ángel Gustavo Infante, en el que se revisan los conceptos clásicos de la preceptiva, sus adaptaciones en Europa y la tímida y ascendente aparición de crítica sobre literatura entre nosotros.

Comenta Luis Correa en su *Terra Patrum* acerca de las enseñanzas que José Luis Ramos impartió a Juan Vicente González (1810-1866), quien más tarde será maestro de Julio Calcaño y Eduardo Blanco. González, “un hombre casi genial (no dio la literatura venezolana del siglo XIX fantasía equiparable a la suya), a veces se quedó en personaje pintoresco (...)” nos dice Picón Salas; y Luis Correa: “era un tímido a quien delataban constantemente sus violencias”. Y añade: “su prosa es comunicativa, alada, poética; sus imágenes vivas y deslumbradoras. Procede por contraste; tiene caídas bruscas y ascensiones irisadas. Por medio de espontáneas gradaciones, sus párrafos dominan al lector, se enroscan en su pecho como las serpientes de Laocoonte, le muerden el corazón”. Y el propio González sobre sí mismo: “testigo y actor de los últimos acontecimientos, pertenezco a todas sus épocas por algún punto, conozco sus hombres y las pasiones e intereses que los movieron”. Exaltado, irritante, el escritor pasa por ser nuestro primer ejecutante de la crítica literaria como cosa cotidiana. El siguiente fragmento de su texto sobre *Las letras* en 1865 justifica perfectamente tal concepción:

Debemos comenzar investigando hacia qué lado se inclina hoy la literatura, lo que no es una innovación ni una paradoja en las tradiciones de la crítica; porque dependiendo la literatura de las grandezas y debilidades del espíritu humano, hasta en sus fases más brillantes, tiene un lado que, agravándose, puede ser peligroso y funesto. Existen siempre dos literaturas que marchan paralelas: la buena y la mala; bastando para convencerse de ello arrojar una mirada hacia atrás, hacia las épocas de ensayos y decadencia, o hacia las que son objeto de admiración, de sentimiento y estudio. Sólo hay que advertir que el bien o el mal en las letras varían según sean los tiempos favorables o contrarios al generoso vuelo de las almas; ya que el movimiento, la vida, el éxito, la popularidad, la influencia, la facultad de atraer a sí la juventud ávida de fama y ruido, inspirarán obras honestas o perversas, buenos o malos ejemplos, según pertenezcan a ideas sanas o corruptoras, a celebridades puras o manchadas.

Es preciso decirlo, el arte moderno se inclina de un lado, donde a empeñarse más, encontraría su degradación y su pérdida; pero ella no es la única culpable, y debemos acusar también a las vicisitudes políticas, que no nos toca juzgar, a la sociedad que ha desdeñado sus intereses y deberes, y a la crítica que, en vez de guiar y advertir, se ha complacido en extraviar.

Por su parte, Infante en sus *Primeros momentos del pasado crítico*, rescata una decena de comentarios críticos, no siempre firmados y otros publicados por J.M. Zavala, Rafael Hernández Gutiérrez o con seudónimos, a partir de 1844. Podemos leer, en diversas partes de esas páginas, percepciones como estas:

Ojalá que la voz de la política que suena hoy tan potente, no ahogue los sonidos de la lira venezolana que parece dormida o agobiada. G. (1844).

Fue pues necesario, desde la infancia de la Literatura, en ella como en las demás ciencias, la linterna de la crítica... (...) ...que está basada en la naturaleza misma de nuestra inteligencia, que débil como es, necesita ese comercio mutuo de pensamientos, si así puede llamarse, que hace que cada uno tenga una suma de ideas igual a las suyas más las de los demás. L.R. (1844).

En la época en que toda especulación se dirige principalmente al fondo de las cosas, no tanto se propone la crítica en Literatura consultar la estructura o música de los versos, y las leyes formales que presiden a la enunciación de los pensamientos, cuanto escudriñar la verdadera índole del entusiasmo poético en cada compositor, y el sistema que prevalezca en la expresión de aquél L.R. (1844).

Uno de esos autores, que firma como L.R., discurre sobre “imitar y crear”: “porque es natural al hombre imitar lo bello, porque no es esto exclusivo de los venezolanos, porque la sensibilidad humana vista por el lado más general es la misma en todas partes y en todos tiempos” y llega a considerar que ya tenemos una “poesía puramente de América, intertropical, indiana”. Menos optimista es “Arturo”, quien escribe en 1857: “Vivimos en una época de confusión y de anarquía (...). En política, en costumbres, en literatura no tenemos sino el desorden y la mentira (...), que no hay conciencia pública, que no hay civilización entre nosotros, y que por consiguiente no podemos tener literatura ni nada bueno”.

La penúltima década del siglo XIX cuenta con la aparición de quien pudo convertirse en nuestro más interesante crítico de aquellos momentos: Luis López Méndez (1863-1891), quien recoge sus escritos un año antes de morir en el *Mosaico de política y literatura*. No deja de ser atrayente la frase con que Julio Planchart concluye, cincuenta años después de la

muerte de López Méndez, el estudio sobre su obra, sobre su estilo: “El suyo, claro, preciso, simpático y ameno, aunque no tenía la entonación y el clasicismo de Fermín Toro, puede compararse con él por la propiedad y por la galanura mesurada y la lozanía sencilla y noble”. Acertada intuición de Planchart al percibir el eco de Toro en López Méndez. Muerto éste a los veintiocho años, practicó una posición de exigencia lógica, de vitalidad emotiva, de pasión actualizadora y científica. Quería comprender su mundo, corregir la política, penetrar en las obras literarias como si pudiera vivir dentro de ellas.

Por eso, sugiere en su texto acerca de los *Partidos políticos* de 1887, al alertar sobre éstos, la necesidad de afrontar “nuestro prurito de generalizar, de entonar cánticos sonoros, de elevarnos a las regiones de lo abstracto, de donde, si alguna vez descendemos, es para cruzarnos de brazos ante la realidad, creyendo que hemos curado nuestros males, cuando no hemos hecho sino exhibir una imaginación sin freno, unos deseos sin objeto y un patriotismo dudoso que no se ha formado en la escuela de los buenos principios”.

Quien así percibe nuestra cotidianidad, especialmente en los conductores del país, expone también, comentando a Renán, en su texto sobre Juan Vicente González de 1886:

La religión, como obra del sentimiento, y éste, como producto de las emociones más o menos intensas del individuo o de la raza, están tan íntimamente ligados con el arte, que la crítica se ve embarazada para separarlos y extraer de ellos un tercer elemento que, con ser el más importante para la humanidad, se halla la más de las veces oculto y como oscurecido por las deslumbradoras ficciones de la fantasía, a saber: la idea filosófica y la parte de verdad positiva que encierra cada concepción religiosa. No es extraño, pues, que el crítico, y más si tiene una organización impresionable, se deje a veces arrastrar por la magia de las manifestaciones exteriores; lo que importa es que no supedite a ellas la verdad y que, en sus conclusiones, no les dé otro valor que el que realmente tienen como elemento decorativo del pensamiento humano. Éste es el camino trazado por la ciencia, y el que Renán ha seguido en sus investigaciones, bien que situándose a una distancia prudente de toda extremidad.

Figura de singular sobriedad es la de Amenodoro Urdaneta (1829-1905), en quien Francisco Javier Pérez encuentra un paralelismo con Cecilio Acosta (1818-1881): “Estos gemelos de nuestra vida cultural del siglo XIX se van a hacer enormes en la dimensión de la palabra y de su estudio, en la dimensión del conocimiento y de su divulgación y, en suma, en la dimensión de la moral y de la fe”.

El autor publica dos veces, en 1877 y 1878, su ambiciosa obra *Cervantes y la crítica* en la que, según Planchart, hace una innecesaria defensa del *Quijote*. (Esa vasta ejecución de Urdaneta guarda vínculos analíticos con la tarea de Juan Germán Roscio sobre la Biblia, cumplida sesenta años antes). Aparte del minucioso estudio, del estilo cuidado y la claridad expositiva, el libro constituye nuestra más decidida obra de crítica en el siglo XIX. Como un anuncio del Pierre Menard de Borges, escribe Urdaneta:

Es fácil ver la ineficacia de la crítica ensayada hasta ahora sobre el *Quijote*. En primer lugar, ella no se ha transportado realmente a la época del *Ingenioso Hidalgo*; lo que se prueba con la censura de circunstancias esenciales, perfectamente bien manejadas allí, y de giros de lenguaje y estilo de que no ha podido prescindir el autor de la inmortal novela. En segundo lugar, dicha crítica adolece de descuido al usar la razón y la erudición del día para juzgar una razón y una erudición anteriores.

Irritación también causaba en Planchart la colocación que hacía Urdaneta del *Quijote* como centro del canon literario. Un siglo después lo haría Harold Bloom con Shakespeare.

En todo caso, Urdaneta considera que el *Quijote* “es una novela fantástica, satirizadora de la novela extravagante, descabellada, que no tiene reglas fijas; y por consiguiente, que no entra en la jurisdicción de la crítica ordinaria”.

En cuanto a su propia concepción del trabajo crítico, asegura: “La crítica es inferior al genio”; “La crítica, sometida a leyes fijas, puede aplicarse a la historia, a las ciencias naturales y a las artes de imitación o elaboración de la naturaleza física; mas, no a la poesía, donde sólo está bajo la jurisdicción de la razón y el gusto; y donde no hay cálculos matemáticos ni reglas preexistentes, por lo mismo que no se puede

medir el grado en que se agitan las fibras del corazón ni los resortes del sentimiento”.

Si López Méndez es fragmentario y Amenodoro Urdaneta obsesivo en su núcleo cervantino, casi junto a ellos vemos asomar el momento –ya próximo a Jesús Semprum– en que así como algunos escritores publican apreciaciones enérgicas y muy personales sobre literatura, Julio Calcaño (1840-1918), “dicaz a veces” en el sentir de Fernando Paz Castillo, no sólo centra su vida en el ejercicio de su oficio sino que reflexiona con lucidez sobre su proceso y sus características en el país. Semprum mismo considerará que “su intenso individualismo lo hurtó a los contagios disolventes”. Porque “Don Julio Calcaño representaba los ideales y tendencias de nuestros padres en sus formas y caracteres perdurables y lógicos. Su obra atestigua un continuo esfuerzo en busca de la verdad, el bien y la belleza, y abarca los problemas esenciales de nuestra literatura. En ella la disimilitud aparente está sustentada por íntima cohesión que radica en las relaciones directas y armoniosas establecidas entre el espíritu del escritor y el medio en que se desenvolvió su vida”, insiste Semprum en el homenaje que rinde a Calcaño en 1918.

“Nuestra literatura alborea con el sol de la revolución de independencia”, asegura Calcaño, y sin embargo otorga valor a ilustres prelados y ejecutivos del gobierno colonial, como al fraile franciscano Blas José Terrero, autor de un *Teatro de Caracas y Venezuela*. “La literatura no es un ramo determinado de los conocimientos humanos: abrázalos todos... (...) y siendo esto así, indiscutible es que no podía haber progreso donde no había luces, y que la literatura tenía que permanecer como en embrión bajo el régimen establecido por los gobernadores de la colonia”.

“La revolución de independencia trae un movimiento de vida inusitado... Asoma el anhelo de saberlo y comprenderlo todo. (...) Aquella época de transición violenta no es la época de los poetas... (...) la época que se siguió fue más bien política que literaria”. Serán necesarias “la disolución de Colombia y fundación de la República de Venezuela” para que contemos con “hombres de talento y saber consagrados, tanto cuanto el estado del país lo permitía, al fomento de las bellas letras”.

Tiene razón Semprum al considerar la sensibilidad metódica de Julio Calcaño. Parece desdoblarse en cada uno de los autores que estudia. Va del rasgo físico del escritor a su entorno familiar y social; cita sus obras, las comenta e interpreta y va estableciendo con ellas una esfera muy particular de apreciaciones.

Véamoslo presentar a Domingo Ramón Hernández en 1878:

Su cabeza es una verdadera cabeza de poeta, más redonda que cuadrada, espaciosa y con órganos prominentes. Es calvo, y su cabello, negro como ébano y ligeramente crespo, deja ver algunos hilos de plata. Su frente es despejada; sus ojos, pardos, vivos y sombríos al mismo tiempo, están resguardados por espesas y enmarañadas cejas de un color negro brillante... (...) su barba sobresale enérgicamente delineada, y sus mejillas muestran continuamente sobre la tez trigueña ese tinte de salud que manifiesta la pureza de las costumbres.

Y a Francisco Guaicaipuro Pardo en 1890: “Pardo era de fisonomía enérgica, de color blanco pálido, de ancha frente, de ojos azules y brillantes, de cabello y barba castaños, y de porte altivo y gallardo, aunque pequeño de estatura; y todo esto y sus prendas de carácter, la delicadeza de sus maneras y la pequeñez de sus pies y manos, dábale cierto aspecto aristocrático, que realzaba esa como irradiación del espíritu en la fisonomía y en continente del verdadero poeta, que no se puede describir”.

En cuanto al ambiente en que Calcaño ejerce su labor crítica, no se engaña: “Entre nosotros se desconoce por completo el influjo que la poesía ejerce en la civilización de los pueblos, y aún se sostiene que es un arte gastado que ningún atractivo puede ofrecer al alma; lo que más que otra cosa explica el poco aprecio en que se tiene a nuestros poetas...”. Y añade: “De modo que las obras de un poeta son el reflejo de la civilización de la sociedad en que vive, el espejo de sus costumbres, que ensalza o condena...”.

Todo lo cual lo lleva a explicitar, como lo hace en un texto sobre Heraclio Martín de La Guardia, de 1905, su concepción (¿autobiográfica?) del crítico: “El verdadero dominio de un crítico sobre la mayoría de sus lectores, no arraiga, por grande que sea la autoridad que se le conceda, en las fórmulas y afirmaciones que presente, ni en las tendencias que se le

supongan, sino en la rectitud y sinceridad del carácter, en la imparcialidad del juicio, que no debe dejarse cegar por ninguna pasión, en el pleno conocimiento del asunto que trate, y en los principios y argumentos que desarrolle en el estudio de la obra y del autor”. Y aclara: “Pero el crítico debe penetrarse de que ejerce un sacerdocio de grande utilidad para las letras y de honra para la patria...”.

Habíamos anunciado que éste sería un breve recorrido por pensadores y palabras que pudieron haber resonado en el inconsciente o en la formación directa o en el gusto in/voluntario de Jesús Semprum. Esa misma brevedad no nos permite detenernos en autores que, por oposición o por afinidad, basculan en la escritura de nuestro crítico. Entre ellos, por ejemplo, Gonzalo Picón Febres (1860-1918), Gil Fortoul (1861-1943), Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927), Pedro César Dominici (1872-1954), etc.

Pero detengámonos por un instante en algunas frases de Pedro Emilio Coll (1872-1947), a quien Semprum admiraba como a “una intensa personalidad literaria” y cuyo estilo comentó con entusiasmo.

En su ensayo “Decadentismo y americanismo” de 1901 anuncia: “tal vez, visto con mejores intenciones y más comprensivamente, sea un hermoso espectáculo el que ofrecen en América algunos espíritus que afinan y cultivan su sensibilidad en medio de las más ásperas y rudas costumbres. Tal vez la nombrada ‘decadencia’ americana no sea sino la infancia de un arte que no ha abusado del análisis...”. Y prosigue: “...los retozos democráticos, la escasez de goces intelectuales, la vulgaridad de las opiniones hieren más profundamente las sensibilidades refinadas; de éstos sí puede decirse, invirtiendo una frase célebre, que vinieron demasiado pronto a un mundo demasiado nuevo”. Como no debemos olvidar que en ese texto Coll examina el problema de lo decadente y el americanismo, también concibe: “Se diría que las ideas que vienen desde la vieja Europa al mundo nuevo reciben aquí el bautismo de nuestra tierra y nuestro sol, y que nuestro cerebro, al asimilárselas, las transforman y les da el sabor de la humanidad momentánea que representamos. El resto será labor del tiempo”.

(En este momento debería pedir disculpas por tan numerosas citas. Pero el lector comprenderá que pocas veces se nos ofrece la oportunidad coral de escuchar las voces, casi siempre lejanas, de nuestros autores. Y

el carácter ya anunciado de *mosaico* que hemos atribuido a este prólogo nos lo permite).

III

“Todas las verdades se tocan” exclama Andrés Bello en su discurso de instalación en la Universidad de Chile, y explica: “desde las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia, hasta las que expresan las acciones y reacciones de las fuerzas políticas”. Discurso en el que se estimula la búsqueda de “las leyes eternas de la inteligencia a fin de dirimir y acentuar sus pasos”, junto a las cuales se desenvuelvan “los pliegues profundos del corazón”.

¿No evocan esas verdades, acaso, a “las vibraciones de una inteligencia pensadora” que Luis López Méndez vislumbrará en la historia y en las artes, donde “duermen los sueños de todas las generaciones, los ideales de todas las épocas, los secretos de todas las pasiones y, en primer término, la naturaleza con sus galas eternas...”? Lo cual le permite afirmar también, en ese *Elogio de las letras*, que “sin la cultura que dan las letras las naciones no son más que sombras pasajeras, espectros pálidos que marchan en las tinieblas y que se desvanecen sin dejar huellas de su existencia”.

Una razón más para creer que esas verdades evocan a quienes, en nuestro suelo, “recibieron el don de la fantasía, el poder de generalización y las gracias del ingenio”, que, según Cecilio Acosta, han caracterizado a nuestros creadores.

A tales frases, que bien pudieran ceñir el punto desde donde Jesús Semprum sería colocado por el tiempo para convertirse en crítico literario, sólo debemos añadir la aguda intuición que Pedro Emilio Coll tiene del sujeto crítico y de su objeto, cuando sitúa a ambos dentro de “la humanidad momentánea que representamos”.

Y para mantenernos dentro de esas frases, recordemos, en principio, que el investigador Rafael Fernández Heres ha distinguido cuatro grandes corrientes o influencias del pensamiento dentro de los sistemas educativos de Venezuela. Las mismas que, obviamente, han estado presentes en nues-

tra cultura. Se refiere al pensamiento cristiano-católico, a la Ilustración, al positivismo y al marxismo.

Desde el punto de vista literario no sólo es posible aceptar la presencia de esas cuatro corrientes, sino reconocer, con ellas y después de ellas, las derivaciones y variaciones, entre nosotros, del romanticismo, el modernismo, el criollismo, las vanguardias, el existencialismo, lo fantástico, lo citadino, etc. Filiaciones que no rastrearemos ni discutiremos aquí.

Consideramos que dentro de cualquier etapa estética o ideológica, y aunque cada autor responda a ellas o las acepte, éste enfrenta o concibe al objeto artístico desde sus emociones, sentimientos o pensamientos individuales. Incluso el influjo social inmediato puede ser o no determinante en ese proceso.

Aunque un creador se someta a las modas expresivas de su momento o invente lenguajes que derivan de la oferta social o de su más recóndita intimidad, su obra irá siempre más allá: hacia lo conocido y lo desconocido de sus horas, hacia las fronteras móviles de lo humano.

El crítico, que lo sigue o lo anuncia, actúa como un vínculo entre el artista, su obra y el medio. Si defiende una posición estética contra otra, está siempre, en el fondo, tomando partido por visiones del ser humano.

Las verdades que las obras revelan o crean pueden tocar, en cualquier época, directamente al lector. Pero también pueden ser aclaradas, enriquecidas o novedosamente propuestas mediante la comprensión estética, es decir, a través de la crítica.

Quizá las leyes eternas de la inteligencia convocadas por Bello sólo residan en el sueño de todas las generaciones y en el secreto de sus pasiones, como quiere López Méndez. Quizá ellas sirvan de sólida estructura a las sociedades, a las naciones. Ya que es en un país específico donde el individuo recibe y desarrolla el don de la fantasía, el ingenio, el poder de generalizar, según aspiraba Acosta.

Cada crítico pertenece y permanece en su lugar y en su momento. Aunque su imaginación y su lógica traspasan las fronteras mentales y sociales, siempre obedecerá a “la humanidad momentánea que representamos”, como sabiamente destaca Coll.

Tal vez Semprum no buscaba verdades absolutas: su comprensión de la realidad literaria y artística que lo rodeó, atraía principios fragmentarios, inconstantes, entrevistos, que sólo podían ser suscitados y recuperados en el momento de su formulación, es decir, en la prosa de sus escritos críticos.

Porque esas verdades transitorias venían de un pasado inestable, buscando ser fijadas en palabras nobles y duraderas. No sólo como una forma de bordear lo literario sino también para convertirse en señales que identificaran, retrataran, elevaran, comprendieran, mejoraran, alegraran y compadecieran al país; que lo forjaran en una viva totalidad.

Es así como la intuición crítica de nuestros predecesores coloniales o la clara exigencia y formulación de elementos críticos, después, revestirán, al parecer, un triple carácter: la búsqueda de delimitación conceptual para los rasgos de nuestra crítica, la necesidad de valorar los objetos artísticos, la proyección de los componentes anteriores, como fuerza de constitución social.

Veamos algunos de estos rasgos girar en el pensamiento de nuestros autores. Herrera y Ascanio, por ejemplo, destaca cómo la imaginación y sus productos causan efectos; efectos que pueden ser observados en las impresiones motivadas por ellos.

Al explicar el montaje de su propio discurso, el sacerdote no sólo se convierte en su creador sino también en su analista, sobre todo al advertir la importancia del efecto que causará en el público. De manera curiosa, Herrera y Ascanio acude a la figura de Zeuxis, el legendario pintor, cuyas obras desafiaban a la perfección de la naturaleza. Y como aquél, quiere detener en su discurso una imagen eterna: el texto mismo, que causará por siempre su impresión en el oyente.

Aunque fray Juan Antonio Navarrete se dedica a definir las áreas de conocimiento que desea difundir –poesía, retórica, teatro, religión, ciencia, etc.– su empeño pedagógico no se reduce a recomendar libros, a mostrarlos a los lectores de la biblioteca, sino que los resume y opina, textualmente, sobre ellos. Nadie como él cumpliría la elipse de Cecilio Acosta: “nacido para hablar en libro siempre”. Es un crítico practicante, con la prosa y con la acción.

Si tomamos en cuenta la reiterada queja de Navarrete sobre la ignorancia de los habitantes “borlados” de Caracas, ¿qué pensar, como hemos sugerido antes, de la población en la ciudad y el país? De allí la significación de la imprenta que Miranda quiso introducir urgentemente y de la biblioteca que Juan Germán Roscio quería fundar en 1810. También del énfasis sobre los principios generales del gusto, sobre el buen gusto necesario a los estudiantes universitarios, en el Decreto establecido por Bolívar en 1827. El siglo XIX, en medio de su prolongada vorágine política, sin duda desarrollará programas e instituciones para la formación educativa de nuestra población.

Y precisamente la universidad será uno de los territorios donde se presentará el conflicto religioso, filosófico, literario que, abordado y gradualmente superado por hombres ilustres, ampliará la acción educativa hasta llevarla hacia esferas de nítida raigambre cultural, intelectual.

El ya citado texto de Fermín Toro en 1838 bien puede ser una excelente muestra de las discusiones y tendencias que se daban en la Caracas de entonces, dentro y fuera de la universidad.

Para nuestros fines, según hemos anotado, ese trabajo de Toro no sólo corresponde a una defensa de su fe filosófica, sino que en él vislumbramos una formalización de cuanto seguidamente utilizaría nuestra crítica incipiente como procedimiento: la búsqueda de un algo, “llámese este algo noción, idea, o creencia intuitivas, o leyes o concepciones a priori”. Algo que puede ser el sentido de la obra literaria. Tal como Juan Vicente González, su discípulo y admirador, dirá claramente después.

Pero no hay duda de que las discusiones intelectuales ya para 1844 han salido de la Universidad. En el libro de Ángel Gustavo Infante, vemos designar a la crítica como “la linterna”, que debe ejercitarse en el comercio mutuo de pensamientos, para que cada uno tenga “una suma de ideas igual a las suyas más las de lo demás”. Y en el “efecto” producido por escudriñar la verdadera índole del pensamiento poético o en el sopesar de la imitación, algunos lectores de aquellos años perciben ya una poesía de América, intertropical.

Juan Vicente González examina con énfasis, en 1865, hacia qué lado se inclina nuestra literatura y otorga responsabilidad “a la crítica que, en vez de guiar y advertir, se ha complacido en desviar”.

Como vemos, para entonces no sólo se está ejerciendo crítica, sino que ésta en sí misma es también motivo de evaluaciones.

La poesía, la novela y el cuento cubren, en volúmenes adecuados, en revistas y antologías, el espectro literario de las tres últimas décadas del siglo XIX. La crítica ha encontrado definitivamente su presa y con López Méndez, con Julio Calcaño, con Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Dominici y otros, estamos en las puertas del siglo XX. En 1903, José Gil Fortoul gana el concurso de *El Cojo Ilustrado* con un ambicioso trabajo crítico sobre “Literatura venezolana”. A medias autobiográfico, allí se establece un rico panorama sobre la formación y la historia de nuestras letras, sus vínculos con las de otros países y algunos asomos proféticos. Jesús Semprum tiene entonces veinte años y está trasladándose desde Maracaibo a Caracas.

IV

Dice uno de los personajes de Shakespeare, que la bondad de las palabras humanas antes reside en los oídos que las oyen que en los labios que las pronuncian. En realidad, allí está compendiada la mejor fórmula de lo que es la crítica; y acaso la más poderosa razón contra su autoridad.

J.S.

Semprum surge en nuestra literatura como si él mismo, anticipadamente, lo hubiese decidido. Escribe relatos, teatro y poesía, estudia inglés y francés, lee para *ser* y desemboca en la acción de la crítica literaria con la naturalidad, la amplitud y la pasión de quien sólo eso puede y debe hacer. Tal vez el destino de Semprum constituya una prueba más de que no existe la crítica sino la cambiante y personalísima *condición de crítico*.

Hay en él la (cada vez más intensa) curiosidad por cuanto se publica y ocurre en el mundo, como si estando en Caracas o en Nueva York fuese el mismo bibliotecario que en un convento de fines del siglo XVIII colecciona, evalúa noticias y conocimientos. Sólo que en su prosa y en su forma expositiva ahora pesan los clásicos griegos o europeos con la misma

autoridad que poseen las exploraciones de Juan Vicente González, Julio Calcaño y Gil Fortoul.

Reconoce la importancia del movimiento modernista hacia una forma de percepción muy particular, sobre todo por el influjo de sus grandes creadores; pero asimismo rechaza la deformación de sus logros y la vulgarización de sus procedimientos. Tampoco cabe duda de cierta fidelidad suya al positivismo, en tanto método que le permite vincular la estética con lo social inmediato; pero también entonces desconfía de la seguridad propuesta por las ciencias (“...por la presunción y altanería con que la ciencia nos brinda una verdad oficial, urdida y adobada según los cánones, modas o conveniencias del momento, una verdad que cambia con cada época y que en cada época se les ofrece a los hombres como definitiva e irrevocable”). Había sido en su juventud y al final de su vida, médico.

Mientras a los veintisiete años cree que pertenece a “una generación amorfa”, su admiración por los varones que forjaron la independencia es firme: “no pensaban ni sentían como nosotros; y por eso mismo su obra es muy distinta de la nuestra” (...). “Lo que nunca, por nuestra desgracia, hemos podido ver realizado después, se realizó entonces: vióse a una generación representativa de las impetuosas fuerzas sociales, de hombres que iban al sacrificio de su peculio, de su decoro y de su vida, con una tranquilidad sencilla, sencillamente espantosa para el enemigo que con ellos se hubiera”.

Pero lo que debió acarrear sólo nobles consecuencias para el país y sus escritores, hace anotar más tarde a Semprum: “La Revolución de Independencia asumió en los hechos todos los caracteres que después debían predominar durante largos años en nuestras letras, hasta época muy cercana, cuando las disciplinas del estudio vinieron a suplantarse la furia desatada y sin freno de los instintos que buscaban evasión en formas verbales”.

Su posición ante nuestro romanticismo (“imitación de imitaciones”, frase en que resuena la de Gil Fortoul sobre el decadentismo: “Fue imitación de otra imitación, imitación del francés”) es dura. Pero puntualiza: “El romanticismo, que tan tremenda fuerza difusiva llegó a tener entre nosotros, embargaba todos los ánimos y los preparaba para la admiración

que veinte años antes no lo hubiera podido obtener a causa de la barbarie producida por una guerra larguísima en un país míseramente poblado”. Ha llegado, para Semprum, el momento en que “después del largo período tenebroso de la guerra de independencia”, surja un poeta (Abigaíl Lozano) “en quien concurrieron todas las prendas de un espíritu profundamente lírico, que interpretó espontáneamente la naturaleza en acentos que espiraban musicales dulzuras y en los que se confundían las voces del numen violento y clamoroso con los peores excesos de una imaginación calenturienta y estrafalaria, en la cual, sin embargo, podemos contemplar, como en límpido espejo, los estremecimientos, las inquietudes y veleidades de los espíritus venezolanos contemporáneos suyos”.

Creo que estas frases indican las radiaciones de sus accesos críticos ya no el detenido apunte biográfico que demoraba a Julio Calcaño (tal vez porque la prensa y las revistas no lo hacían necesario), pero sí la vinculación histórica de un autor –con su nación, con algún suceso destacable–; la importancia del ámbito, rural o urbano; la corporeidad intelectual del texto; el secreto trabajo con el lenguaje; y una insistente búsqueda no sólo de la *correspondencia* entre el paisaje y los temas abordados, sino el extraño contacto entre la voz que narra o canta y ese espacio. Lo cual conduce, en la concepción de Semprum, a que cada obra esconda o asome “los estremecimientos, las inquietudes y las veleidades” de un momento social, de las personalidades que reciben esa obra, y tácitamente también los rasgos oscuros o lúcidos de su hacedor.

Pero si comienzan a aparecer poetas así, en seguida se levanta “una racha de revoluciones políticas que principiaban a no tener objeto fijo”, determinante del “raquitismo de ideas de las dos generaciones subsiguientes”; por lo que “hastados de aquellas agitaciones aviesas, los hombres de ideas principiaron a desesperar de la ventura colectiva y se pusieron a pensar en la individual y propia”.

Aún proseguiría “la nube nauseabunda de tinieblas que formaron bajo el guzmancismo los turíbulos de la adoración perpetua”, dentro de cuya aura vislumbra Gil Fortoul un interesante estado de anarquía o de gestación, que iba a permitir el origen de otra literatura. Dice Fortoul que, a la muerte de Cecilio Acosta, “la anarquía literaria que reina entonces

entre los escritores más conocidos coincide con la aparición de un grupo de jóvenes, estudiantes de la Universidad Central, que fundan por el año de 1882, la ‘Sociedad de Amigos del Saber’. Allí fue la cuna de la nueva Venezuela intelectual, porque de allí arranca el más noble movimiento revolucionario en las ciencias, en la filosofía y en las letras”.

Para desgracia y asombro de Semprum, los gobiernos del siglo XX que envolvieron y angustiaron su vida, no serían menos injustos y crueles que los del siglo anterior, condenados por él. Su escape a Nueva York en 1919, como confesarían familiares del crítico, mucho tiene que ver con la política venezolana de esos días.

“La vida abre los brazos, hambrienta de rudas fecundaciones”, escribía para entonces. Y Semprum, que no ha olvidado su gusto por la poesía y la narración, nos deja anotaciones acerca de lo que es esencial para él: los misterios de la creación literaria, el balanceo entre el lenguaje colectivo y los impulsos no siempre verbales que subyacen en aquel y en las obras. Así, comprende que “ocurre con frecuencia que emprende uno tal o cual prédica y que a poco de estarla ejecutando parece como si nuestras propias palabras vinieran del exterior, ya convertidas en cosas potentes y vivas, a influir sobre nosotros de un modo enérgico, como testigos que reclaman el cumplimiento de una promesa”. Fenómeno que no ocurre únicamente con la acción verbal en presente, sino que se hunde –cosa tan importante para Semprum– en el pasado, en la tradición, en el secreto que se fragua dentro del espíritu de un joven o en el “secreto sagrado”, el “secreto de los ideales” que guardan los autores que nos precedieron.

Quien vive directamente las inclemencias de gobiernos como los de Castro y Gómez, está sensiblemente atento a los huracanes que sacuden al mundo y reconoce en 1920 que “el mundo contemporáneo, jadeante aún con la fatiga de la guerra pasada y ya amilanado con los presagios de la guerra futura”, baila para el siglo XX sobre el cadáver de la libertad “una danza de epiléptico”.

Poco más tarde, desde Nueva York, se hace eco de “taciturnos psicólogos” que confiesan cómo el efecto de la gran guerra no sirvió para purificar sino para corromper más a los hombres. “La guerra produjo

un desequilibrio moral que no puede restablecerse con facilidad ni con prontitud”. Pero su fe en la mejoría social, como siempre, lo impulsa a proclamar que “educar al pueblo es el único medio de fortalecerlo”, porque “adquiriendo el orden de la libertad” los pueblos tendrían “conciencia exacta de la propia dignidad”.

Con patética certeza vislumbra desde la impávida Nueva York: “si eventos imprevistos no lo impiden, Norteamérica parece destinada a convertirse en cabeza de las fuerzas reaccionarias del orbe”.

Caso extraño entre nosotros, Semprum no fue un practicante político. Lo cual dirige una sutil suspicacia hacia su presencia pública. Como dijimos antes, para quien sabe reconocer la presencia del arte, del escritor y su exigente función estética en cualquier medio, lo esencial es ese artista y su obra; aunque reconozca, preste minuciosa atención al tiempo y a las circunstancias que los rodean, su misión es comprender y valorar la creación personal. Tal hizo Semprum, sin ser indiferente (¡cómo podía serlo!) al dolor inmediato de la colectividad. Y sin embargo, una clara visión sobre la necesidad de justicia y equidad social, permanece en sus textos.

Con la apropiada discreción de su personalidad, sin la estridencia (tampoco posible de manera directa entonces) que se cree necesaria en quienes poseen ascendencia pública, él mismo se preguntaba años antes: “¿Qué influencia pudo tener la obra de Gorki en la reciente revuelta rusa? La exhibición desnuda de toda la miseria amontonada... (...). Esa misión de Gorki me parece muy noble y la más digna de su genio. No quisiera verlo como agitador vulgar de las muchedumbres ni metido en tramas de política. Otros son más para eso”.

En uno de sus breves ensayos, “Los intelectuales y el trabajo”, resume dolorosamente el extraño rol del verdadero intelectual en un mundo dividido entre el capitalismo y el trabajo. “El mundo se divide en dos bandos y los intelectuales no saben a cuál pertenecen, ni son admitidos de buena gana en ninguno”. Según Semprum, trabajo y capital se disputan el dominio del mundo y cada quien sabe, según el interés propio, con quién aliarse. “El intelectual no”. Los capitalistas lo desprecian pero quieren comprarlo; los obreros no lo soportan en sus campamentos. En Moscú los intelectuales han sido expulsados para evitar “la contaminación de

los ciudadanos libres: “La profesión de las letras está en crisis y como no sabemos cuáles son las obras de nuestra época que la posteridad va a considerar útiles y grandes, existe el peligro de que se suprima, junto a la basura periodística, alguna obra maestra”.

Antes de recorrer la concepción que construye Semprum sobre el creador, es decir, acerca de cuánto la crítica literaria debe y puede comprender, tomemos nota de cómo su apertura vital registra la aparición de un nuevo elemento definitivo en la economía y la cultura venezolanas: el petróleo. Recordemos, sin embargo, que en el primer momento de este cambio, él ha salido hacia Nueva York, donde permanecerá hasta 1926: “Ahora, cuando se abra la boca del lago (de Maracaibo), tendrá que luchar, si es que no lucha ya, contra la barbarie agresora y codiciosa de los extranjeros buscaminas. Tiempos de áspera lucha la esperan, y su broquel en esta lucha han de ser el recuerdo y las lecciones de sus hombres ilustres, de sus maestros, de sus poetas”, piensa ante las señales de la explotación. Y sintetiza: “Muchas veces el petróleo apareja siniestros peligros”. En la década final de su vida el país sufrirá una convulsión, y aunque no tardarían los sindicatos venezolanos y los gerentes –locales y extranjeros– en conducir la corrupción, como lo demuestran dos tempranas obras de ficción acerca del petróleo –*El señor Rasvel y Mene*–, para nada se acudiría, como antídoto, a las lecciones de los maestros y poetas.

Sobre lo que fue el cambio del país nos dirá Asdrúbal Baptista: “La Venezuela miserable y rural de 1920 empieza a transformarse sin pausa. La manifestación más inmediata, y al mismo tiempo más importante, es el proceso de urbanización que se pone en marcha. (...) Venezuela en 1920 era un país rural. Sesenta años más tarde es un país urbano”.

Entre 1905 y 1919 se despliega la vigilancia crítica de Semprum. Tanto por su agudeza, por su escritura viva y cálida, por la continuidad de sus artículos como por los mecanismos de asociación antes señalados y por su actitud de reflexión y comprensión, no hay duda de que debió poseer en el medio una autoridad incomparable. (“Semprum era aficionado a juegos de ironía. Velaba sus sentimientos y se regodeaba de ello. Era tal cosa, ante todo, resultado de la naturaleza del crítico...” comenta Planchart). A partir de 1919 y hasta 1928, lo absorbe la labor de comentarista en la prensa

nacional e internacional. No estamos ahora frente al dedicado crítico, aunque no faltan sus noticias sobre libros y escritores, pero en esos breves ensayos o artículos de actualidad, salta el pensamiento del hombre culto, avisado filosóficamente y con frecuencia en ellos un tono inesperado de ironía, de irrisión, de escepticismo cubre aun los tópicos más dolorosos. Qué lejos está de su antigua sutil apreciación sobre nuestros humoristas o sobre el escritor jocoso que “ríe para sí con ingenuo júbilo”.

Refiriéndose a la importancia del título elegido por su autor para un texto o un libro, el singular cuentista español Medardo Fraile considera que en él no sólo ya ha comenzado dicho texto sino que de algún modo contiene su síntesis. Comentando un libro de Jorge Schmidke, después de 1910, Semprum destacaba la importancia de los títulos porque ellos proporcionan valiosas revelaciones acerca del talento de un autor. Como es obvio, se nos está diciendo que hay algo en la escritura previo a su aparición ante los lectores y, detalle tal vez más importante, anterior al surgimiento de ella en el hacedor. Lo cual determina, asimismo, que si el título es colocado después de trabajado el texto, un movimiento de síntesis y de reconsideración devuelva la pieza creada a su origen. Creo que este bascular de la imaginación creadora, si permanece inadvertido para el artista, es asumido con plenitud en la acción del crítico.

Colocado en la Caracas de entonces, Semprum reconoce un cerco para la literatura: la imposibilidad de que exista el escritor profesional, aquel que pueda consagrar “todas sus fuerzas y aptitudes” para el cultivo poético.

Pero, como hemos visto, al final de la borrasca libertaria y de las guerras sin fin del siglo XIX y aún dentro de los gobiernos dictatoriales, “cuando el poeta apareció cantando en tono y acentos que no habíamos escuchado hasta entonces, todos aplaudieron, porque a todos les parecía encontrar expresados en aquellos versos llenos de furia y de ira, de melancolía y de amor, de ideales nuevos y de esperanzas confusas, un eco de las voces que le sonaban en el secreto de las entrañas”. Semprum está hablando del primer libro de Andrés Mata publicado en 1896.

Ya lo hemos visto recorrer los vínculos entre el paisaje, la sociedad y los poetas precedentes. En los ensayos recogidos aquí no sólo se encontrará

fácilmente el tono de interpretación y de elogio sino también la valoración agria contra debilidades, infatuaciones, imitaciones y falsedades en aquellos (y en los recientes) autores.

La aparición del poeta con “todas sus fuerzas y aptitudes” permite, según Semprum, completar nuestra emancipación, ahora mediante la rebelión contra los persistentes yugos intelectuales, disimulados dentro del “desorden político”.

Ahora el escritor, concluye Semprum en su trabajo sobre Sergio Medina, “describe algunas veces los paisajes que contemplan sus ojos; pero con mayor frecuencia pinta los paisajes que le sugiere su espíritu. Y esta es cuestión de educación literaria”.

Desde 1902 y durante veinte años, Semprum escribe narraciones y poesía. Y aunque el caudal de su trabajo intelectual será absorbido por su vigilancia de crítico, hay en su prosa interpretativa una ambigua aura que quizá obedezca precisamente a su simultánea condición de crítico y poeta. No es desdeñable pensar que lo más cernido de su pensamiento analítico va a tomar en él fórmula de aforismo, de inquisición, de concisa conceptualización hacia 1918, con los *Diálogos del día*. Aparentemente liberado de un objeto preciso (un autor, un libro), el ejercicio mental de Semprum resume su experiencia analítica abriéndose a realidades que, aunque inmediatas en ocasiones, devoran cuestiones del entorno, del futuro, del pasado.

Tal vez por esto, dice en aquel año: “Sin previo examen de los problemas filosóficos y morales que han inquietado siempre a la humanidad, los poetas modernos se han puesto a plantearse interrogaciones que las más veces quedan irresolutas para los mismos filósofos, cuanto más para un lírico. Lo que a éste podemos pedirle, en último extremo, no es que nos resuelva esas intrincadas cuestiones, sino que nos las presente en formas tan comunicativas e intensas que logre interesarnos en ellas y asociarnos a sus propias inquietudes”.

Ahora necesitamos traer aquí nuestras anotaciones de 1990 acerca de conceptos muy ceñidos del autor. Cuando se revela lo que debe ser la crítica, sabe que tanto al realizar un ensayo o al construir un poema, para el escritor “el trabajo de composición lo forman dos funciones simultáneas:

la de concepción y de crítica”. La creación literaria es una forma de crítica: por lo menos dentro del hacedor del texto, mientras alumbró el impulso que lo obliga a escribir, mientras selecciona madurando aquella vivencia que será el centro de la obra, o durante el suceso de cambiar tal materia por palabras. Y aún después. Pero también la crítica, al encarnarse dentro de un vaso verbal, exige la doble lucidez de quien manejará los silogismos internos y su adecuada cobertura.

Ya sabemos que todo esto se cumple mediante “la facultad serenísima de comprenderlo todo”. Pero también a través del desdoblamiento que arrastrará al crítico a *ser* el autor desdoblado, para devolverse desde ese *otro* hasta recuperar su “curiosidad nunca satisfecha”.

A la vez que interpreta las obras, la crítica no hace sino “situarlas en el terreno propicio, esclarecerlas y exaltarlas”. Ese terreno es un *espacio literario*: un presente que se desdobra en varias dimensiones del pasado y que, posiblemente, permite prever rasgos del futuro. Pero tal espacio no es neutral: existe para propiciar un esclarecimiento y una defensa: el hallazgo de aquellas condiciones que diferencian o someten a la obra, en su *terreno*.

“La crítica es el último peldaño del arte” acepta Semprum. Tal concepto deriva hacia numerosas sugerencias. No sólo pudiera estarse aludiendo allí a una cierta superioridad del ejercicio analítico, sino a su condición temporal: última o secundaria. La crítica surge como un llamado de la obra misma; es un sofisticado acompañamiento: la cifra con la cual van a ser abordados los procedimientos, las invenciones y los recursos misteriosos del arte. Siempre se nutre de un pasado, habita el presente y en sus leyes se vislumbra lo que viene: “La crítica jamás ha dictado por sí misma ninguna ley: las ha extraído pacientemente de aquellas obras que el consenso de los hombres considera como magistrales”: Aristóteles contemplando a los trágicos para instaurar su poética.

Paradójicamente, nada de esto esconde servidumbre: el instrumento crítico se yergue desde un pensamiento tan orgánico como la obra en sí; sus fuerzas teóricas alimentan la acción crítica y sus resultados. La naturaleza (los libros, la cultura) también es oscura, y comprenderla, un arduo riesgo de la inteligencia. “Urdir una teoría para explicar hechos oscuros de la naturaleza es más arduo que trazar el plan de un drama”.

No es una condición iniciática la del crítico. Con frase de resonancia chejoviana, cuenta Semprum en uno de sus *Diálogos del día*, cómo para cierto hombre cuya biblioteca poseía sólo cinco libros, “...el haber leído y releído aquellos cinco libros era para él un elemento formidable de felicidad: tenía cinco vidas más”. Entre el desdoblamiento (o la integración) de la lectura, entre la creación del texto y su posterior reconocimiento, hay poca distancia. El espacio –el presente– hacia el cual convergen la escritura, su hacedor y su lector es uno mismo. Porque “autor y lector concluyen por formar una entidad única”; o dicho de otro modo: “en todo poeta, en todo escritor, más todavía, en cada lector, existe un crítico”.

Y antes de acogernos a sus vibrantes proposiciones aforísticas, comentemos brevemente tres de sus testimonios críticos. Uno sobre Rómulo Gallegos, otro, ya legendario, acerca de Julio Garmendia. Y el que dedicara a Uslar Pietri.

En 1920 reconoce de inmediato con la aparición de *El último Solar*: “la novela venezolana adquiere ya, en manos de las generaciones jóvenes, caracteres peculiares que denotan un nuevo concepto de la vida y una nueva manera de sentir el paisaje”. Lamenta el antecedente de Romero García, tan venezolano, según Semprum, por la vigilancia y el desorden, pero que no conoció ni la disciplina ni la perseverancia, mientras la ruta modernista iba a abrir a autores como Gallegos no sólo la preocupación por el estilo sino, a la vez, por “el terrible problema nacional que se erguía frente a ellos, ominoso y enigmático”. Después de seguir con acuidad el destino de Reinaldo Solar, detecta que “los personajes de *El último Solar* son casi todos antipáticos, lo que me parece un síntoma consolador”. Y dentro de sus elogios, desliza una apreciación valiosa: “pareceme, en cambio, que las mujeres tienen cierta fisonomía desteñida y borrosa”. Rasgo que probablemente con la excepción de Doña Bárbara, aqueja la redondez de las figuras femeninas en Gallegos. En síntesis, Semprum, con este libro como prueba, reconoce que “la llama del arte está ardiendo aún en nuestros corazones, y ése es el mejor testimonio de que la patria está viva”.

En 1925 escribe una frase que ha resonado desde entonces, primero dentro de reducidos círculos cultos y después en todos los ámbitos del país: “Julio Garmendia no tiene antecesores en la literatura venezolana”.

Destaca así Semprum la condición fantástica de la literatura garmendiana, sostenida por el “don de la ironía genuina”; aquélla corresponde “a un íntimo orden lógico”, cuya consistencia deriva de la perseverante cavilación y no de los devaneos de la fiebre literaria y que Garmendia fue a buscar “en las profundidades de su ser mismo, a los inagotables manantiales de la conciencia”; lo otro, la ironía, despierta en los escritores que “descubren lo extraño y absurdo de la vida y de las palabras de los hombres, van llegando a la raíz de las desventuras humanas, van conociendo que la herencia del error y de la injusticia nos toca a todos por igual”.

Tanto Garmendia como Semprum debieron conocer algunos de los relatos fantásticos publicados en el país durante el siglo XIX. Por lo menos los de Eduardo Blanco, tan próximo al crítico (Ministro de Instrucción Pública de Castro) en el tiempo y por su fama. Pero no hay duda de que la “fantasía” de Garmendia abre el humor y la realidad hacia pistas no previstas por los autores de aquel siglo.

Curiosamente, en 1908, el joven Semprum había fijado una frase similar a la que aplicaría a Garmendia, sobre Víctor Racamonde: “En Venezuela no tenía antecesores”. Consideró a éste como un renovador de nuestra poesía, porque “prestó oído a las músicas vagas que llegaban de lo futuro envueltas en sordos ropajes de enigma”. ¿Habrá en los círculos del tiempo un nuevo momento para Racamonde?

Se equivoca Julio Planchart –cada crítico arriesga o consagra la huella de su vida al opinar– en 1944 cuando enjuicia a Semprum: “En el misoneísmo cayó el propio Semprum en los últimos años de su vida. No podía apreciar la poesía de los jóvenes post-modernistas, ni mucho menos a los vanguardistas: ya comenzaba a despuntar aquí la escuela así denominada. No supo ver cómo ellos podían ser los continuadores de la tradición venezolana.” La fulgurante y profética visión que Semprum tuvo de Julio Garmendia prefijaba ya una constante en la nueva narrativa de Venezuela y del continente. Igualmente dudosa es la imagen que utiliza Planchart acerca del buceador equivocado –Semprum– ante la obra de nuestros románticos; si algo nos hace volver hoy con curiosidad y placer a la poesía de Maitín y Lozano es, precisamente, la vital dialéctica que seduce en la prosa del crítico.

Uno de los últimos textos de Semprum, de 1928, comenta en pocas líneas *Barrabás y otros relatos* de Uslar Pietri. Dice, entre otras cosas, “En el libro de Uslar hay mucho talento incuestionable y patente: pero al mismo tiempo muchas desigualdades y desaciertos, unos frutos de su deliberado y a ocasiones desaforado afán vanguardista y otros de la inexperiencia propia del autor novel. Con todo, salta a la vista que Uslar Pietri tiene madera de escritor, madera de cuentista...”. Elogia el relato que da título al libro, indica la influencia de los rusos en el autor y augura que podrá “contar con más eficacia comunicativa”. Casi un siglo después de tales percepciones, valdría la pena inquirir: ¿dentro del gomecismo ilustrado de la época se tomaría en cuenta esta opinión de Semprum para condenarlo al apartamiento cultural en la Caracas de entonces? Por otra parte, ¿erraba el crítico? Y finalmente, ¿posee la misma “madera de cuentista” Uslar para la redacción de novelas?

Concluamos nuestra visita a esa esfera brillante y enigmática, siempre móvil, que es el pensamiento de Jesús Semprum, con un breve acercamiento a los vivaces *Diálogos del día*, que ocuparon su libertad íntima en 1918.

Debido a otra paradoja de las tantas que saltan en la vida de Semprum, él mismo acusaba que los rasgos vanguardistas de la nueva generación no tenían nada de bueno... mientras él, a su vez, como tenía que ser natural en un temperamento tan calculador, sensitivo y visionario, adelantaba formas de escritura, aproximaciones a lo inmediato y precisiones irónicas que ya anunciaban las líneas de vanguardia en Venezuela. Sólo que ni él ni los que trataron de estudiar su obra, inmediatamente después de su muerte, captaron el centelleante desafío de sus *Diálogos del día*.

No olvidemos que en esos momentos ya madura el estilo único de José Antonio Ramos Sucre y que si Huidobro lanza a Altazor (todavía como *parachute* y valga la similitud garmendiana) a la inmensidad, según reconocerá casi en seguida Semprum, Julio Garmendia instala en las nubes las (irrisorias e isostásicas) compañeras del paracaídas: unas enaguas.

Los *Diálogos del día*, publicados en la revista *Actualidades*, debieron ser, efectivamente, consumidos como pasatiempos o ejercicios o humoradas del respetado crítico. Sin embargo, bajo un enfoque completamente nuevo,

Semprum volvía con ellos a su sentido teatral de la escritura. Más próximos a Luciano que a Platón, concisos y destinados a causar incisiones en la jornada diaria, resumían no sólo opiniones estimulantes para el momento sino posiciones teóricas y críticas sostenidas, moduladas o alteradas por el autor a lo largo de su vida. Cuando poco después salga del país y deba abandonar su magisterio formal, habrá dejado en esos aparentemente inocuos diálogos algo equivalente a su testamento conceptual: sobre la novela, la poesía, nuestro teatro y mil elementos de la venezolanidad cotidiana.

Desde su habitual multiplicidad perceptiva, el autor va exponiendo dentro de un diálogo: “el cambio de impresiones e ideas es una necesidad de los seres humanos; hasta diré que es la única forma en que el pensamiento se expresa de manera natural y espontánea. El verdadero naturalismo literario no produciría más que diálogos o monólogos”. Y concluye: “Toda nuestra vida se traduce y resuelve en monólogos o diálogos”. Cuando el diálogo es utilizado en literatura “permite al escritor exponer puntos de vista antagónicos o distintos con la mayor facilidad”. Y en la cotidianidad: “la conversación es un arte que no cultivamos”, rodeados como estamos de su opositor: “El charlatán es la caricatura del conversador”.

Para no abundar sobre los *Diálogos* evoquemos las exaltadas anotaciones de Semprum acerca de la novela (“el arte tiene que deformar los tipos humanos para hacerlos perdurables”) y de la poesía. Para ésta, “esa otra soledad que cumple con el deber de la vida”, reconoce la necesidad de un milagro entre el lector y el poema: “un fenómeno semiconsciente que liga por vínculo irresistible”; a la vez que descubre dentro de ella el imperio del ritmo, como eje esencial. “Es el lector el que hará el poema”, unidos ambos en una sustancia verbal que sólo posee presente.

En fin, según hemos percibido antes, fragmentario y total, enigmáticamente expansivo y sintético, Semprum concita toda la tradición venezolana de nuestra crítica y de su cultura general, que en él encarnan como expresiones cambiantes y diversas. Nadie como él para ser nuestro crítico artista, desde donde fluye –tácita o explícitamente– el pensamiento literario de América Latina que se acerca a nuestros días.

Dada su importancia hemos considerado conveniente incluir dos ensayos que abordan desde distintas perspectivas la obra de Jesús Sem-

prum: la “Introducción” de Pedro Díaz Seijas, que acompañó la edición de la Academia de la Lengua en 1986, y que aporta interesantes datos biográficos; y el trabajo de Rómulo Betancourt “Al margen de la obra de Jesús Semprum”, donde discurre sobre la significación del trabajo crítico del escritor venezolano.

José Balza

SEMPRUM

LOS DÍAS INICIALES

LA VENEZUELA de la década de los ochenta, en el siglo XIX, parecía salir de una época volcánica, para entrar en una definitiva etapa de afianzamiento y desarrollo institucional. Atrás quedaban, incluyendo la Guerra de la Independencia, muchos decenios en los que el drama de la búsqueda de un país se había convertido en permanente sacrificio, en el cual se había ofrendado a la violencia, con razón o sin ella, todo el caudal humano de un pueblo, que desde los días de la Conquista, no había logrado encontrarse.

Después de la Guerra Federal, que comienza en la década de los años sesenta, es necesario esperar casi dos decenios, para encontrarnos frente a la figura de un ordenador, salido de las filas de aquella contienda, en plan de estadista y de constructor de una república, en la que el fantasma de la guerra quedaba preterido. Esa figura fue la de Antonio Guzmán Blanco. Su primer ensayo continuado de gobierno, llamado el quinquenio, terminó en el año de 1884.

Para el período siguiente, de acuerdo con la nueva Carta Política del país, calcada sobre la de la Confederación Suiza, se eligió para sustituir a Guzmán, al general Joaquín Crespo, por dos años. El bienio de Crespo no contó con la aureola brillante que Guzmán, por su carácter y sus profundas vinculaciones, había logrado imprimir a su gobierno. Un fenómeno ecológico agravó más bien la situación del gobierno del caudillo llanero. Y fue la voraz invasión de la langosta, a lo largo y ancho de todo el país,

lo que trajo por consiguiente la ruina y el hambre para la flagelada población campesina, con su tremenda repercusión en todos los órdenes de la vida nacional.

Dentro de este marco, en una extensa región, lejana de la capital de la República, muchas veces abandonada a su suerte, en un hogar humilde, sin otra abundancia que la que generosamente le brinda la tierra, nace Jesús Semprum.

Sus padres, Belisario Semprún y Margarita Pulgar, habían escogido, tal vez inconscientemente, un sitio al que no llegaban con facilidad, ni siquiera los resplandores de los odios, las falsedades y bajezas palaciegas. Se habían avecindado en lo que para entonces era una aldea de un poco más de doscientas almas, cuyas viviendas estaban separadas apenas por cuatro calles o salidas. Era la villa de San Carlos. En la geografía del estado Zulia, se ubica en la cabecera del distrito Colón. El rudimentario poblado de entonces florecía tranquilo a la margen derecha del vigoroso río Escalante, cuyo curso ha debido ser para aquel entonces casi la única vía conducente a las demás poblaciones de la región.

La zona, aislada y olvidada por los ambiciosos de lo fácil, ya anunciaba su condición de emporio agrícola y pecuario. Era una zona de prodigiosa exuberancia. Lo tenía todo. A pesar de su clima caluroso, la presencia del río, la abundancia de pastos, la fecundidad de la tierra y sus bosques inagotables, le dan contornos paradisíacos dentro de los rigores del trópico. Hasta ahora se ha tenido como fecha de nacimiento de Semprum, el 25 de septiembre de 1882. Sin embargo, no existe partida de registro de tal acontecimiento. Es versión la de que los archivos de la parroquia de la localidad se incendiaron a fines de siglo, sin quedar rastros del control demográfico del poblado. Ante tal eventualidad, ha surgido la duda. El propio escritor parece inclinarse, de acuerdo con algunos testimonios, por la fecha de 1884. Así, en su partida de matrimonio de 1912, de acuerdo con la edad que acusa para ese momento, arroja el citado año, como el de su nacimiento. De la misma manera, en el certificado de vacuna del que se provee para viajar a los Estados Unidos de Norteamérica, en 1919, acusa la edad de treinta y cinco años.

De todas formas, tal circunstancia sólo interesa ahora, por tratarse de una figura descollante en el proceso de la cultura venezolana de fines del

pasado siglo y principios del presente. Dos años de diferencia en cuanto a la fecha de su nacimiento no añade, ni resta nada, al valor de su obra, ni a su trayectoria de escritor.

Jesús era el tercero y último de los hijos del matrimonio entre Belisario Semprún y Margarita Pulgar¹. Al mayor, Ezequiel, le seguía Margarita, cuyo nombre reponía al de la madre. Es de suponerse la vida apacible del pequeño poblado de San Carlos, cuya única relación inmediata era con Santa Bárbara, enclavada en las márgenes del rumoroso Escalante.

Allí, en labores agrícolas, fundamentalmente, transcurre el quehacer cotidiano de Belisario Semprún, junto a su mujer Margarita y a sus pequeños hijos, hasta finales del último decenio del siglo. Hacia 1894 decide trasladarse la familia a Maracaibo. Van en busca de otros horizontes. Ya los hijos crecen. En el aislamiento de San Carlos no se observa progreso alguno. No hay escuelas. Los niños más afortunados aprenden las primeras letras con maestros particulares, subvencionados por los padres. No hay medios de comunicación efectivos. Era necesario abandonar el lar nativo, con todos los sacrificios que aquella decisión implicaba, en beneficio de un futuro más halagador para los hijos. La meca no era otra que Maracaibo.

Es indudable que aquel adiós a la cuna donde se había nacido, en la que se habían oído los primeros arrullos de la madre, en la que quedaban las brumas de los primeros sueños inocentes, tenía una significación extraordinaria para los niños, a los que ninguna razón, por firme que fuera, llegaba a invalidar el sentimiento por la tierra, el deseo inexplicable de permanecer toda la vida en aquel lugar, sembrado para siempre en lo más profundo de sus corazones.

Jesús, el menor, llevaba en sus retinas el hermoso paisaje, que nunca más volvería a ver y con el que en sus lucubraciones de poeta ha debido soñar constantemente. Muestra de ese sentimiento latente se puede observar en la evocación que el escritor, años más tarde, en el transcurso

1. Por un infortunado disgusto personal con su hermano mayor, Ezequiel, del cual éste se lamentó posteriormente en carta de pésame dirigida a la familia del escritor en Caracas, Semprum decidió, desde su llegada a la capital en 1905, escribir el apellido paterno con “m” final y sin acento ortográfico.

de su ausencia, dedica al feraz paisaje en el que discurre su infancia, bañado por el Escalante. La evocación es la que sigue: “Yo te recuerdo con cariño melancólico. Tus ribas por donde discurrieron los años de mi infancia feliz tienen el acento de las cosas que nos acogieron con amor y nos brindaron dulzuras, y que nunca en la vida volveremos a ver”. Efectivamente, era difícil regresar a una región, por más que se deseara, a la que no comunicaba con el resto del estado, más que el curso del río Escalante. El inmenso territorio del país, agitado por las guerras intestinas permanentemente, estaba dividido en pequeños dominios, en los que muchas veces no se reconocía otra autoridad que la que imponía el aventurero de turno.

La Maracaibo a la que arriba la familia Semprún Pulgar, a fines de siglo, es también una ciudad aislada del resto del país, en cuanto a comunicación terrestre.

La hermosa ciudad, a la que Baralt, uno de sus hijos ilustres, había inmortalizado como “Tierra del Sol Amada”, estaba circundada por el lago. A ella se llegaba únicamente por vía lacustre. No obstante, antes de la aparición del petróleo, ya asomaba sus ribetes de metrópoli occidental. Maracaibo se caracterizaba como centro de grandes iniciativas culturales en la región, poseía su universidad, colegios de secundaria reputadas, tanto oficiales como privados.

A su llegada a la gran ciudad del lago, el niño Jesús Semprum, de escasos diez años, ha debido deslumbrarse. Las calles largas y amplias, el hormigueo de transeúntes, las atractivas vidrieras del comercio, los incipientes edificios, la profusa iluminación de la ciudad por la noche le revelaban seguramente, un mundo que no había tenido tiempo de soñar siquiera en su retiro de San Carlos.

Al poco tiempo de llegada la familia Semprún a la capital del estado, el niño ingresa a la escuela que dirigía el maestro Silvio Galvis. Allí continúa sus estudios de primaria. Después pasará al Colegio Corazón de Jesús, que regentaba el ingeniero Eleazar Pulgar Velazco. En 1898, recibe el título de bachiller. En acto especial le fue entregado por el entonces rector de la Universidad del Zulia, doctor Francisco Bustamante. Era el tiempo en que sólo las universidades podían conceder tal grado.

En el período académico que va de 1898 al 99, decide inscribirse en la carrera de medicina en la misma universidad de su estado nativo, ¿qué lo induce a escoger la carrera médica? Muchas conjeturas pudieran tejerse, si tomamos en cuenta, que poco tiempo después aquel aprovechado estudiante de medicina empezará a exportar su nombre fuera de Venezuela, a través de las páginas de la revista más prestigiosa del país para entonces: *El Cojo Ilustrado*.

Naturalmente, en la literatura venezolana los casos similares sobran. Uno de los más sobresalientes, que antecede al de Semprum, es el de Lisandro Alvarado. Lo mismo sucedió con Díaz Rodríguez. Ni los estudios de postgrado en Roma fueron suficientemente efectivos para que el autor de *Sensaciones de viaje* abandonara su pasión literaria y se entregara al ejercicio de su profesión de médico.

No obstante, el ejemplo más cercano lo tenía el joven Semprum en el vicerrector de su propia universidad. Es posible que la cercanía del aspirante a médico y a escritor, con un colega de mayor edad, pero que exhibía las mismas condiciones: Marcial Hernández, influyera definitivamente en la selección profesional en el ámbito universitario, del que luego sería uno de los más importantes críticos venezolanos de principios del presente siglo.

El mismo Semprum, en el enjundioso trabajo que publica en *Panorama* a la muerte de Marcial Hernández, en 1921, esboza una serie de ideas que nos conducen a fortalecer nuestra presunción. El porqué optó por los estudios de medicina en la Universidad del Zulia, parece aclarársenos con las propias observaciones del escritor. Oigámoslo:

Vale la pena observar que en Maracaibo prevaleció la revolución científica, al contrario de Caracas, donde predominó la revolución de las letras, y donde las novedades del positivismo tendrían que irse abriendo paso lentamente, hasta el punto de que hace poco el doctor Razetti obligara a la Academia de Medicina a dictaminar sobre la legitimidad científica de la doctrina de la descendencia, muchísimos años después de las resonantes discusiones sostenidas en la prensa de Maracaibo, en torno a esa doctrina, entre los hombres de ciencia apegados a la tradición, a cuya cabeza figuraba el ultramontano doctor Dagnino, y los propagandistas de las ideas nuevas, cuyo adalid era el doctor Bustamante.

Está claro. El joven estudiante universitario Jesús Semprum había estado inmerso en la atmósfera del cientificismo positivista, que había florecido con toda intensidad en Maracaibo antes que en Caracas.

Marcial Hernández, que había sido su maestro de aritmética en el Colegio Corazón de Jesús y luego su profesor de antropología en la universidad, era un notable escritor. Para un muchacho de su vocación y de sus ambiciones literarias, el ejemplo era aleccionador.

A la muerte de Marcial Hernández, el crítico maduro y famoso hará esta afirmación tajante: “Ninguno de nuestros escritores contemporáneos lo supera en la feliz precisión del estilo”.

Todas estas evidencias parecen confirmar nuestras presunciones, en torno a las razones que indujeron al joven Semprum a decidirse por los estudios de medicina en la Universidad del Zulia, una vez terminados sus años del bachillerato.

Lo cierto es que a la par que realiza su carrera universitaria milita con entusiasmo en las filas del movimiento literario juvenil, que alborotaba los cenáculos de Maracaibo. En unión de otros jóvenes, entre los que destacan Emiliano Hernández, Elías Sánchez Rubio, Rogelio Illaramendy, Butrón Olivares y Hernán Acevedo, funda el grupo Ariel, cuyo nombre procedía del ensayo que con el mismo nombre había publicado hacía pocos años el escritor uruguayo José Enrique Rodó, y cuyos planteamientos habían incendiado el sentimiento regional de la juventud del continente. El grupo publica un periódico con la misma denominación. En sus páginas, los talentosos jóvenes escritores zulianos rompen lanzas en pro de un retardado modernismo que les llega más que por la vía de la poesía, por la de la prosa. Algo similar había sucedido al brillante grupo de escritores que habían fundado en Caracas, hacia 1893, la revista *Cosmópolis*, entre los que sobresalían Pedro Emilio Coll, Pedro César Dominici y Luis Manuel Urbaneja Achelpohl, todos prosistas.

Años más tarde, en 1917, Semprum, en un artículo publicado en *La Revista*, sobre Rodó, recordaba la aventura literaria de *Ariel*. Lo hacía con reverencia, aunque reconocía que la búsqueda de sus horizontes había cambiado.

Naturalmente, en los años de efervescencia de Ariel, 1901, se planteó, como tenía que ser, la batalla entre generaciones en el Zulia. Allí estuvo de abanderado, Jesús Semprum.

Su ardor juvenil le llevó a plantear con bríos diferentes tópicos en las páginas de *Ariel*, muchos de los cuales tocaban de cerca a los valores consagrados de la vieja literatura zuliana. Por estos días, fuera de su colaboración periodística de combate, escribe versos e intenta explorar, por primera vez, la novela². Sus poemas, al igual que los de sus compañeros, vibran al calor del movimiento modernista en América. El recado lejano de Darío, de Lugones, de Herrera y Reissig, de Díaz Mirón, de Chocano, llegado con retraso a Maracaibo, principalmente a través de *El Cojo Ilustrado*, iluminaba el camino a aquellos jóvenes inquietos, cuya iconoclastia frente al romanticismo les armaba de mística revolucionaria.

De esta época data el intento de novela, que bajo la influencia del realismo francés, escribe Semprum, aprovechando una obligada reclusión, por prescripción médica.

La pequeña novela se intitula *El crucifijo*. Trata de los amores entre un estudiante de medicina y una monja, cuya relación ocurre en un establecimiento hospitalario. El tema, irreverente, revela ya el tinte social que el joven escritor quería imprimir a su incipiente ensayo narrativo. El original de esta novela de juventud de Semprum reposa en manos de sus familiares, conservado celosamente hasta la fecha.

Terminados sus estudios de medicina en 1903, el joven universitario se encuentra frente a una circunstancia adversa: por orden del Presidente de la República, general Cipriano Castro, el ministro de Instrucción Pública de entonces, el famoso escritor Eduardo Blanco, decreta el cierre de la Universidad del Zulia. Posiblemente esta absurda medida sea fruto de la “caótica situación en el país, que ha sucedido a la encarnizada revolución encabezada por el banquero Manuel Antonio Matos, contra el régimen de Cipriano Castro, denominada La Libertadora”.

Ante semejante emergencia, el joven estudiante requería alcanzar el título de médico, para lo cual era necesario presentar una tesis, cuyas

2. El original contiene una acotación del autor que dice así: “No debe publicarse”.

características eran fijadas por los reglamentos tradicionales de todas las universidades del mundo. De esta manera, no le quedó otra alternativa que la de trasladarse a Caracas.

LA CONQUISTA DE LA GRAN CIUDAD

Para un joven como Semprum, cuyos sueños se iban cumpliendo religiosamente, tener que ir a la conquista de la capital, no era sino un incentivo más para el triunfo de sus ideales. Ya él había abonado el terreno suficientemente. Sus colaboraciones frecuentes para *El Cojo Ilustrado*, desde sus días de estudiante de medicina en la Universidad del Zulia, le daban cierta seguridad para acometer con éxito la aventura que se proponía.

No obstante, la Caracas de esos días, la que sale a su encuentro de provinciano acostumbrado a moverse en un círculo restringido, no es la ciudad acogedora y festiva, de refinadas iniciativas culturales, que en décadas anteriores había conformado a su gusto francés “El Ilustre Americano”, general Antonio Guzmán Blanco.

Cuando Semprum llega a Caracas, en 1903, Venezuela entera simulaba un volcán, de cuyo seno sólo salía lava incendiaria hacia todos los rumbos circundantes. Castro acababa de aplastar en La Victoria al movimiento revolucionario de mayor fuerza y contundencia que se había opuesto a su gobierno, que bajo el nombre de Revolución Libertadora, había capitaneado, junto con los más prestigiosos caudillos de viejas contiendas guerreras en el país, el banquero Manuel Antonio Matos. No obstante, todavía quedaban focos de subversión en el interior del país, especialmente el que había concentrado sus fuerzas en Ciudad Bolívar, bajo la valerosa y experta dirección del general Nicolás Rolando, después de la derrota que en El Guapo le había infringido el general Juan Vicente Gómez.

Gómez, reeditando el papel de los procónsules romanos, terminará por pacificar el país. El precio de la paz ha sido alto. La sangre derramada, los hogares destruidos, traerán consigo un período de miseria, de hambre, de desesperante tragedia humana.

No obstante, Castro el triunfador quiere borrar un poco a la fuerza la dramática huella del dolor en los rostros de los caraqueños, que no habían

tenido tiempo de salir de su estupefacción, y al efecto ordena la realización de grandes saraos. Entre los que destaca el que dedicó a rescatar la amistad de los banqueros. Una especie de alegoría, en la que los banqueros aparecen representados por Mercurio y Castro por Marte, sirve de fondo a la componenda festiva del Gobierno.

La noche del gran sarao oficial es, además, una noche de estrenos musicales. Les tocaba a los jóvenes compositores de entonces rendir pleitesía al héroe de La Victoria. La orquesta del maestro Sebastián Díaz Peña estrena sus valeses, *Siempre invicto* en homenaje a Castro y *Alcántara*, dedicado al gobernante de los valles de Aragua, durante los días cruciales del gobierno de Castro, ante el reto de la Revolución Libertadora. Pero el país había quedado profundamente herido. En una especie de reportaje gráfico, en la última mitad de 1903, el fotógrafo Avril publica en *El Cojo Ilustrado*, fotografías dantescas de la guerra concluida. Las figuras humanas que capta el fotógrafo son verdaderos guiñapos, retazos de una Venezuela que se debatía entre el hambre, las enfermedades y el odio suicida de los caudillos.

Por lo demás, la sociedad caraqueña parece mostrarse insensible a aquel drama. Y la vida de la ciudad sigue imperturbable. Los jueves y los domingos hay retreta en la Plaza Bolívar. Los visitantes se deleitan con la selección de la orquesta. Se oyen valeses de Strauss, de Delgado Palacios, de Pedro Elías Gutiérrez y algunos trozos de óperas y zarzuelas.

En los teatros se prodigan representaciones, especialmente montadas por compañías españolas.

Alrededor de la Plaza Bolívar, para estimular el gusto refinado de los contertulios, las pastelerías La Francia y La India ofrecen su exquisito chocolate y su variedad de dulces y bebidas importadas.

Los intelectuales de entonces, los que se asomaban a la vida literaria, son arrastrados por la farsa que vive el país. Muchos, como Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Andrés Mata, Gil Fortoul, se confunden bajo la batuta soez de Gumersindo Rivas.

A esta Caracas confusa y perpleja, llega, armado sólo de su talento, cargado de ideales, Jesús Semprum. No trae medios de subsistencia. En busca de la legalización de sus estudios universitarios, realizados en Maracaibo, se ha enfrentado con decisión a la conquista de la capital. No

hay que perder de vista que el joven escritor venía de un medio anárquico políticamente, en el que no se sentía el rigor de las imposiciones a los caprichos del dictador.

El Zulia se consideraba como otra Venezuela, separada por la Barra y hasta por una tradición, que sólo los caudillos regionales parecían entender y defender.

Por esto, Semprum llega con recelo, con ciertas reservas, a los centros que manejaban la vida intelectual caraqueña de entonces. Tal vez en su interior se sentía deslumbrado por la Caracas feérica, rezumante de cursilería, que le sale al encuentro; pero su alta jerarquía intelectual, su combativa actitud de “areliano” de otros días, le han debido poner en guardia, frente a todo aquel mundo de grotescas comedias, en el que parecía haberse perdido toda perspectiva de dignidad.

Nos figuramos al joven escritor entregado a la elaboración de su tesis de grado y a las labores periodísticas en *El Cojo Ilustrado* siempre en actitud reflexiva. Cuando da tregua a su quehacer cotidiano, se pasea parsimonioso por los alrededores de la ciudad, o se detiene en alguna plaza a meditar.

Nuestra presunción se convierte en realidad, cuando leemos sus *Visiones de Caracas* publicadas en *El Constitucional* en 1905.

Allí aparece el escritor perplejo ante una Caracas contrastante. Su carácter de hombre ajeno a las banalidades de la vida, de vertical postura ciudadana, heredada, del credo del idealismo renovador, pregonado a toda América por Rodó en *Ariel* frente a la sociedad minada por el vacío, por la adulación y el chantaje, se sume en el mundo de sus propias convicciones.

Por eso, a aquel joven que arriba a la capital, cargado de esperanzas y voluntad de superación, lo vemos en la alta noche, dialogando con la soledad de las estatuas. Leamos su lírica confesión:

Sentado en una piedra de las que forman la gruta inmundada que se levanta en todo el centro de la plaza, miro la soledad y escucho el silencio. En la alta noche el cielo se abisma en tremendas profundidades y las estrellas pálidas parecen mirar hacia la tierra con ojos inundados de sueños. Las ramas de

los árboles se inclinan como poseídas también de una invencible soñolencia. Sólo los chaguaramos paralelos erigen con imperturbable firmeza sus copas hacia el espacio triste. Una neblina muy tenue y diáfana se difunde en el ámbito y pone en torno de los faroles de llama amarillenta un halo mortuorio y blanquecino, como alrededor de un ojo una ojera.

Otras veces, deambulando por los arrabales, ha contemplado la faz siniestra de la ciudad. Sus reflexiones tienen carácter de constructivas admoniciones. Oigámoslo:

Cuando la ciudad reposa y duerme, el arrabal impuro vela todavía. Arrebujado en su tristeza, como un mendigo en sus harapos, espera, a la vera de la ruta, la bastarda limosna del vicio, que al día siguiente será pan, alimento de su vida mezquina y repugnante. La callejuela, alumbrada por opacos y tímidos faroles de gas, tiene un aspecto de macilenta pesadumbre. La mugre y la impureza parece como si juntaran sus emanaciones en un solo perfume casi doloroso, que nos infunde malestar y desasosiego; como una ráfaga impregnada de los olores de un hospital enorme y lejano. En el ambiente flota ese abominable y confuso olor de sentina, así como una desgarrada invitación del vicio.

No hay dudas de que Semprum, al principio, se ha desconcertado ante la Caracas que encuentra a su arribo de Maracaibo. En vez de incorporarse a la vida de jolgorio, de adulación, que practican los intelectuales, aspirantes a altas posiciones en el gobierno de turno, se sustrae de ese vendaval que arrastra miasmas y corrompe la pureza de sus convicciones. Semprum prefiere soñar en una Caracas, que no es la que ven algunos con sus ojos inficionados por la ambición, sino la que el propio escritor ha descubierto en lo más profundo de sus ideales.

Su contemplación de la ciudad carece de intereses bastardos. Como poeta que es, disfruta del paisaje, que para otros no tiene significación. Por eso escribe:

El panorama caraqueño, contemplado desde el término de la gradería, es amplio y bello y permite sorprender una faz, por muchos inadvertida, de la ciudad. Puede uno verla como si ella reposara en descuido, así como a hurto contempláramos a una mujer en la intimidad de su aposento. Pero

Caracas sólo nos muestra sus espaldas, su lomo abigarrado e irregular. Es una confusión de techos rojos, paredes blancas, torres y cúpulas. Desde las faldas del Ávila, la ciudad desciende como con languidez perezosa, por el muelle declive, extendiéndose, por sus puentes innumerables, hasta el valle deleitoso y las vegas del Guaire, vestidas de puro verde claro en la gloria de una interminable primavera (*Visiones de Caracas*, 1905).

No hay dudas de que el joven Semprum ha llegado a la capital incontaminado, ajeno a la epidemia política. Su temperamento, su carácter, su formación en el crisol de los mejores ideales, le van ayudar a mantenerse en ese estado de pulcritud, hasta los días finales de su existencia.

Hacia 1905, el 24 de junio, día de San Juan, y de una de las efemérides de la patria: la Batalla de Carabobo, obtiene Jesús Semprum su título de médico en la Universidad Central de Venezuela, al presentar como tesis de grado, su trabajo *La paranoia persecutoria*.

Como hombre de pensamiento, el joven médico ha escogido para su tesis un campo, para entonces inexplorado en nuestro país, y que en alguna forma, por su amplio radio de implicaciones especulativas, estaría de acuerdo con su ya probado entrenamiento intelectual. Algo similar había asomado en la generación anterior, el escritor y médico Lisandro Alvarado, al publicar sus trabajos: *Neurosis de hombres célebres* y *Los delitos políticos en la historia de Venezuela*.

No resulta extraña la elección de Semprum en cuanto al tema e investigación de su tesis de grado. Es bien sabido que la psiquiatría ha tenido en las letras españolas representantes de la talla de Marañón, a principios de siglo, y en los tiempos que corren, de López Ibor y Pedro Laín Entralgo.

Semprum recurre a los grandes maestros europeos de entonces para la elaboración de la tesis. Cita en su bibliografía a Leségue, Griesinger, Morel, Magnan, Morselli, Shule, Garnier, Arndt, Ballet, Régis, Lander, Busknil y Tuke. Al final aporta el resultado de sus propias investigaciones realizadas en casos de enfermos recluidos en sanatorios y cuya historia y curso de la enfermedad sirve de base a la aplicación de la teoría expuesta en su trabajo.

Como ha anotado Ismael Puerta Flores, en un artículo publicado en *El Universal*, en 1965, con su trabajo sobre la *Paranoia persecutoria* y el que no llegó a publicar sobre la epilepsia, se habría “iniciado en la vigorosa ciencia de los Ribot, en el campo de la experimentación psicológica y de las enfermedades mentales, en las investigaciones de la patología del genio, que con Charcot y Freud, dan un cambio en la medicina de fin de siglo”.

Graduado de médico, Semprum no obstante insiste en su carrera de escritor. La más importante revista de Venezuela y una de las de más proyección en América, *El Cojo Ilustrado*, le brinda alero seguro. Llegar a la redacción de la revista y tener la oportunidad de conocer y tratar a los más destacados escritores, tanto de la generación anterior, como los de la suya, era un privilegio, que ya hubiera querido tener cualquiera de los jóvenes escritores, que se iniciaban como él en el campo de las letras. Es indiscutible que a pesar de que el joven médico haya intentado ejercer su profesión, la fama deslumbrante de la literatura, alcanzada por sus notas críticas, inteligentemente concebidas, le conquistaron definitivamente para la causa que él había abrazado, desde sus días de estudiante en la Universidad del Zulia. Es cierto que Semprum cambiaba su futuro, posiblemente de mejores perspectivas económicas, al ejercer su profesión de médico, por una modesta situación, en la que sólo su vocación literaria le servía de incentivo.

El Cojo Ilustrado había sido fundado por don Jesús María Herrera Irigoyen, el 1º de enero de 1892. En el primer año ejerció la redacción de la revista Manuel Revenga, hombre de gusto refinado y probada inclinación por las letras. Como Revenga tuvo que viajar a Europa en 1893, ocupó su lugar el escritor costumbrista Eugenio Méndez y Mendoza. La publicación, por su calidad, su diagramación, su información gráfica y especialmente por la significación de sus colaboradores, alcanzó un sitio muy destacado en el panorama de la cultura continental de su tiempo. Las firmas extranjeras que proyectaron la historia de *El Cojo Ilustrado* hacia las fronteras de la cultura universal fueron, entre otras: José Enrique Rodó, Juan Valera, Amado Nervo, Guillermo Valencia, Manuel Gutiérrez Nájera, José María Vargas Vila, Salvador Díaz Mirón, Emilia Pardo Bazán, Alfonso

Daudet, Rubén Darío, J. Echegaray, Santiago Pérez Triana, Leopoldo Alas, E. Gómez de Baquero. Entre los venezolanos destacan: Nicanor Bolet Peraza, Adolfo Ernst (alemán nacionalizado), Lisandro Alvarado, José Gil Fortoul, Gonzalo Picón Febres, Manuel Díaz Rodríguez, Rufino Blanco Fombona, Pedro Emilio Coll, Pedro César Domínici, Santiago Key Ayala, Luis Manuel Urbaneja Achelpohl y naturalmente Jesús Semprum, quien, como hemos mencionado ya, desde los días de su iniciación literaria en el *Zulia* había enviado colaboración a la revista caraqueña. En los últimos años de la revista, aparecieron colaboraciones de escritores más jóvenes, como Rómulo Gallegos, Julio Planchart, Julio Horacio Rosales, Luis Yepes Leoncio Martínez.

El Cojo Ilustrado demostraba que una empresa cultural de tanta envergadura podía sostenerse en forma regular, si se ponía buena voluntad, talento y espíritu administrativo en el manejo de sus propósitos. Todo esto lo consiguió durante veintitrés años don Jesús María Herrera Irigoyen, secundado, naturalmente, por colaboradores que pusieron todo su empeño en el éxito de tan difícil aventura cultural. Entre esos colaboradores, tuvo actuación destacada, Jesús Semprum.

La desaparición de la famosa revista tuvo que ver, posiblemente, con el estallido y desarrollo de la primera gran conflagración mundial en Europa, en el año de 1914. Los factores negativos para la vida de la publicación, acarreados por el conflicto bélico universal, son evidentes. Por esto la revista, después de haber estallado la guerra europea, sólo pudo mantenerse un año más. En 1915 cerraba sus páginas. En ellas quedaba, no sólo la historia cultural del país, sino todo el palpitar de una época, en el mundo signado por las más refinadas y trascendentes esperanzas del hombre.

Semprum, como habíamos visto, ya graduado de médico, prefiere dedicar la mayor parte de su tiempo a la redacción de *El Cojo Ilustrado*. Por eso observaba Fernando Paz Castillo en sus *Reflexiones de atardecer*, que entre 1905 y 1914, la labor literaria del crítico en las páginas de la revista, fue verdaderamente intensa. Ésta es la edad de oro de la actividad que, como crítico, ejerció en la literatura venezolana Jesús Semprum. ¿Cómo era entonces el hombre? Hay varios testimonios de quienes lo conocieron en aquellos días, en los que su fama reclamaba la mirada de los que

aspiraban su entrada en el cerrado cenáculo de las letras criollas. Diego Córdoba, quien lo trató y recibió estímulo suyo en sus primeros pasos de poeta, lo pinta así: “Era Jesús Semprum alto y aparentemente robusto, trigüeño, de frente amplia, negro pelo ensortijado, antiparras y paso lento menudo. Tímido hasta el encogimiento y un tanto susceptible”. Por su parte, Fernando Paz Castillo, en el tomo tercero de sus *Reflexiones de atardecer*, recoge el retrato que había llamado la atención a los habitantes de la incipiente urbe caraqueña, de comienzos de siglo. Es el siguiente: “Marcha suavemente, como si apenas pisara sobre la tierra, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado y uno de los hombros más alto. Diríase que va a derrumbarse. Sin embargo, es fuerte, macizo. Viste generalmente de negro. La tez la tiene también de un color oscuro. Los ojos pequeños, pero vivaces y maliciosos, lo mismo que la sonrisa. A pesar de su aire ensimismado, aparece franco en el decir y decidido en el obrar”.

Su compañero de generación Emiliano Hernández, que compartió con él inquietudes y esperanzas desde los días de Ariel, medio en serio, medio en broma, lo pinta así: “Un tipo perfecto de clérigo protestante: el tirolés en forma de bonete, los espejuelos, el eterno vestido negro. Una silueta de funeral con una lentitud de andares, como si llevara un par de grillos”. Todos coinciden en los rasgos físicos. ¿Y el genio? Algunos testimonios lo señalan como hombre reservado, hecho para la soledad y la meditación. El escritor zuliano Aniceto Ramírez y Astier, quien lo trató de cerca, sintetiza su carácter así: “Semprum fue siempre huraño y volitivo. Careció por largos años de la dulce sociabilidad que une a los hombres en fraterna comunión de sentimientos e ideales”. Otro escritor zuliano, un poco menor que Semprum, Héctor Cuenca, parece disculpar al crítico en su comportamiento personal de rutina, cuando afirma: “Pero los que bien lo conocieron y cultivaron su trato de amigo, hablan siempre de su natural, correcto, afable y muy cortés. Detrás de la expresión severa, en la que a menudo le latían los maseteros, había un corazón generoso y dispuesto”.

Es indudable que la figura y el genio de Semprum, con las características que sus contemporáneos le señalaron, llamaban la atención en un medio reducido y poco dispuesto para la comprensión humana. Su vida,

convertida en drama, en el que la pobreza golpeó sus mejores esperanzas, se enfrentó a ese medio, que al final terminó por consumirlo.

En los años que van de 1905, época en que se gradúa de médico y asume responsabilidades de redactor en *El Cojo Ilustrado*, hasta 1915, cuando desaparece la revista de Herrera Irigoyen, Semprum establece sus mejores relaciones literarias, ya con los escritores de generaciones anteriores, ya con sus compañeros de generación o con escritores más jóvenes, que se iniciaban en la vida literaria del país.

Entre los viejos escritores, que frecuentaron las tertulias de *El Cojo Ilustrado*, Semprum trató, y apreció en su justa dimensión intelectual, a Julio Calcaño. En el trabajo que dedica a la tutelar figura de las letras venezolanas de aquel entonces, consigna su admiración y reconocimiento. Allí también se amistó con la gente de *Cosmópolis*: Pedro Emilio Coll, Pedro César Domínici, Luis Manuel Urbaneja Achelpohl, Andrés Mata y todos los que habían formado filas alrededor de la efímera revista, como Manuel Díaz Rodríguez, Rafael Cabrera Malo y otros.

Entre sus compañeros de generación, con quienes comparte en Caracas sus triunfos y sus reveses, hay dos figuras a las que el crítico va a estar unido fraternalmente, hasta sus días finales: Luis Correa y Alejandro Fernández García.

A Luis Correa, el fino esteta de *Terra Patrum*, lo conoce Semprum en los años iniciales de su estada en Caracas, a principios de siglo. Correa había nacido en Higuerote, de acuerdo con la apreciación de uno de sus biógrafos, Pedro Grases, hacia 1884, el mismo año, precisamente, que hemos señalado como del nacimiento de Semprum, si nos atenemos a algunos testimonios que reposan en nuestro poder. Los dos escritores posiblemente coincidían en edad. Y aún más, llegaron a coincidir en la entrañable amistad que se profesaron mutuamente. Precisamente, el primer libro de Correa, *Alba lírica*, con pie de imprenta de la Tipografía Washington, fue publicado en 1905, con prólogo de Jesús Semprum. Los dos jóvenes se habían encontrado, uno procedente de Maracaibo, el otro de la costa barloventea, en la Caracas que representaba para ellos, la consagración o la derrota. Los dos fueron triunfadores. Así lo consigna la posteridad.

A Fernández García lo conoce y lo trata Semprum, en sus primeros y entusiastas encuentros con jóvenes, que como él, habían sido conmovidos por el mensaje que Darío había exportado hacia todos los rumbos del continente. Los dos escritores, prosistas ambos, llegaron a ser después de la generación dos *Cosmópolis*, las dos figuras más representativas del movimiento modernista entre nosotros.

Como habíamos observado en páginas anteriores, Semprum arriba en los días de Cipriano Castro. La vida de la ciudad, lo hemos anotado, había sufrido serias distorsiones, ante las frecuentes amenazas de derrocamiento del régimen imperante. Ese proceso se va a prolongar por casi todo el decenio inicial del presente siglo, hasta que en 1908 se produce la salida intempestiva de Castro y la ascensión al poder del general Juan Vicente Gómez.

Con el cambio de gobierno se produce un renacer de esperanzas en el ánimo, especialmente, de las jóvenes generaciones. Hay manifiestos. Se planifican empresas culturales, en las que predomina la creación de periódicos y revistas que servirían de voceros a las inquietudes espirituales de los nuevos escritores del país. Pero pronto llegaría el desengaño. El ejemplo más patente fue la muerte prematura de la revista *La Alborada*, que con tanto entusiasmo juvenil habían puesto a circular Rómulo Gallegos, Julio Planchart, Enrique Soublette, Julio Horacio Rosales y Salustio González Rincones, al iniciarse el gobierno de Gómez. El crítico Julio Planchart, refiriéndose a la revista ha escrito: “El alma de *La Alborada* estaba formada por lo que el gran poeta portugués Guerra Junqueiro llamó “dolor de patria”. El estado de atraso del pueblo de Venezuela, su pobreza y su ignorancia nos llenaba de congoja el corazón; no sabíamos cómo se había de curar tanto mal, pero veíamos las cosas con honestidad y era nuestro dolor lo que deseábamos expresar en *La Alborada*”. A todos estos intentos de hacer uso de la libertad de expresión en un nuevo gobierno, después del desastre protagonizado por Castro, se les respondió con la prohibición.

La prensa y por lo tanto la expresión de los ideales de los jóvenes eran detonantes que un gobierno espúreo, ajeno a la opinión del pueblo, no podía tolerar. Por eso explica el mismo Planchart: “Entonces el Gobernador citó a los periodistas, los reunió y los increpó y les dijo cuáles eran

las normas a que debían sujetarse en sus publicaciones, y hasta uno de ellos, Leoncio Martínez, fue enviado a la cárcel. A la reunión convocada por el Gobernador asistimos Henríque, Soubllette y el que esto escribe y al salir de la reunión ambos nos dijimos: *La Alborada* ha muerto”. Toda esta treta contra la libertad de prensa formaba parte del “ingenioso plan” que el gobierno de Gómez preparaba para alcanzar la pacificación del país. Los años que corren desde 1909 hasta la muerte del dictador, se van a caracterizar por el control, casi absoluto, de las publicaciones y de toda actividad que implicara libre opinión colectiva. Los que se opusieron a las primeras de cambio, a tales normas, fueron a dar con sus huesos a la cárcel. Por medio del terror, Gómez arremetió contra el caudillismo y contra toda opinión que no revistiera alabanzas para su régimen.

Un día, cuando los estudiantes elevaron su voz de protesta desde los claustros universitarios, la universidad fue cerrada y los jóvenes enviados a campos de concentración en los que el trabajo forzado, el hambre y las enfermedades, dieron cuenta de muchos de ellos. Los más afortunados fueron los que pudieron evadir las garras del dictador y ponerse a salvo en playas lejanas.

Éste es el panorama que precede y que obliga al nacimiento de una bohemia literaria en la Venezuela del gomecismo. Algunos escritores de talento se plegaron por conveniencias personales a las imposiciones del régimen, y hasta llegaron a escalar posiciones que usufructuaron prudentemente con la venia del dictador. Otros se declararon aparentemente neutrales y optaron por refugiarse en el campo de la literatura. La actitud de estos últimos origina en nuestros anales culturales, un poco a la francesa, el nacimiento y desarrollo de la bohemia en nuestras letras. Cerrados todos los caminos para la libertad de expresión, reservado exclusivamente para el Gobierno el derecho de opinar en política, no quedaba otra alternativa para quienes manejaban el pensamiento como su ocupación preferida, que encerrarse en su propio mundo, solazarse en sus propias lucubraciones y acompañar esta actitud con la nota reticente, con la fina ironía, con el mensaje connotativo, que en el fondo tenía un significativo matiz de reto. Dentro de este cuadro de trágicos colores, aparece situada la figura de Jesús Semprum. Desde los días de Castro, por su carácter reservado, por

la contracción a su trabajo en la redacción de *El Cojo Ilustrado*, se había marginado de toda posición militante de activista, en la vida política del país.

Llegado Gómez, su posición se afianza. Ya no cree en las demagógicas promesas de los gobiernos. No obstante, entre líneas, puede leerse en sus trabajos una firme convicción ciudadana, una permanente y digna inclinación por el logro de la verdad, de la justicia, de la superación humana.

En las tertulias de la bohemia caraqueña de la época, Semprum comparte su drama con algunos compañeros de generación y otros más jóvenes que han buscado en la literatura la canalización de sus ideas y de su talento. Pero las conversaciones son animadas con las citas de los escritores más influyentes en las inclinaciones literarias de cada quien. No faltaba, por supuesto, Darío. Los poetas, fundamentalmente, conservaban su admiración intacta por aquel mago de la melodía, del ritmo, de la gracia en el verso. Lugones gozaba, por igual, de entusiastas seguidores. Lo mismo Díaz Mirón, Nervo, Chocano, entre los de nuestro continente. De España, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, en poesía. Los pensadores: Unamuno, Azorín, Maeztu. Los novelistas: Valle Inclán, Baroja. De Francia, todavía se recordaba a los poetas malditos y aún resonaba la trompeta de Hugo. En prosa, el preferido era Anatole France.

A las tertulias concurrían a veces escritores residentes en el interior, que se escapaban de su retiro momentáneo, para acudir a la irregular cita en la que no estaba previsto el final, como aquel talentoso y travieso sacerdote Carlos Borges, que ejercía la capellanía del ejército en Maracay. Borges, a pesar de sus responsabilidades y su sotana, prefería correr el riesgo que le deparaba alguna de esas tenidas de la bohemia caraqueña de la época, a permanecer representando en forma hipócrita, su papel de apóstol intachable, nacido para el sacrificio. Sergio Medina, también de Aragua, Rogelio Illaramendi, del Zulia, Emiliano Hernández e Ismael Urdaneta, de la misma tierra, Rafael Carreño Rodríguez, del Guárico, traían el mensaje de una Venezuela que no quería darse por vencida en la hora de la estupidez, como dijera Enrique Bernardo Núñez.

Los escritores residentes en Caracas, especialmente poetas, con quienes Semprum compartió su pasión literaria en los días amargos y oscuros

del gomecismo, sin que todos levantaran el puño de la protesta, fueron entre otros: Luis Correa, Luis Churión, Alejandro Fernández García, Víctor Racamonde, Alfredo Arvelo Larriva, José Tadeo Arreaza Calatrava, Ramón Hurtado, Francisco Pimentel (El Jobo), Leoncio Martínez, Alejandro Carías, Juan Santaella, Juan Duzán, Diego Córdoba, Leopoldo Landaeta.

Semprum se acostumbró a ver la vida caraqueña con ojos de pacífico observador. De tarde en tarde, su credencial de médico le acercaba a un amigo más.

En una de sus requeridas, esporádicamente, visitas profesionales, conoció en casa de su amigo Luis Correa, a la mujer que había de elegir por esposa. Era Isabel, hermana de Luis, con quien se unió en matrimonio el 31 de octubre de 1912, según el acta N° 439 que reposa en los archivos del Concejo Municipal de Caracas. Los testigos de aquel acto solemne fueron: Luis Correa, por sí y en representación del hermano mayor del escritor, Ezequiel Semprum; Ignacia Sequera, por sí y en representación de la madre del desposado, doña Margarita Pulgar de Semprún, doctor Carlos Sequera, doctor Luis Churión, señor Santiago Valdés Tellería y Trina Fernández de Arcila.

Al año siguiente, la presencia de un niño trae la alegría al nuevo hogar. Se llama como el hermano de Isabel: Luis. Desde entonces toda la voluntad del escritor y de su esposa, se endereza hacia la crianza de aquel niño, cuyo destino les había confiado la providencia.

Por estos años, Semprum goza de un sólido prestigio como escritor. Ha logrado por la constancia, el estudio y despierta inteligencia, convertirse en el árbitro más respetado de las letras venezolanas.

Ahora en el hogar, comparte con Isabel muchas de sus penas y alegrías. Sus colaboraciones son frecuentes en *El Cojo Ilustrado*, el diario *El Universal*, dirigido por Andrés Mata y la revista *Atenas*.

Hacia 1915, cuando desaparece por razones que ya hemos referido, *El Cojo Ilustrado*, Semprum casi se dedica por entero al periodismo. Era la actividad que más se avenía con su condición de escritor. Ya en 1911, él hubiera querido afirmarse en la profesión, cuando fundó la revista *Sagitario*, de corta duración, y en la que se dedicó a la crónica de sucesos

internacionales, mientras que la parte literaria, referente a la aparición de libros, la cubrió Pedro Emilio Coll.

Los años de la Primera Guerra Mundial, que van de 1914 a 1918, ensombrecen el panorama de la vida caraqueña. El país, sometido al férreo yugo de la dictadura de Gómez, no había podido salir del atraso en el que lo habían sumido las frecuentes guerras intestinas, sucedidas a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX. Sin industrias, sin desarrollo de la agricultura y de la cría, con una población en su mayor parte analfabeta, la dificultad producida por la conflagración mundial en la comunicación con otros países, traía como consecuencia el aislamiento y la escasez para Venezuela. Anota Eduardo Michelena en su libro *Vida caraqueña* lo siguiente:

Fue esa época de lo más paradójica y de lo más trágica. Concurrían las circunstancias más contrarias y se tomaban las medidas menos conducentes. Durante la guerra mundial, y como una consecuencia de ella, se había rebajado a la mitad el presupuesto de gastos públicos, de manera que un oficial de Ministerio, que ganaba Bs. 300, empezó a ganar sólo Bs. 150 al mes. A consecuencia de la guerra misma, todo se encareció. Un traje de hombre, que hasta entonces había costado Bs. 100, llegó a valer Bs. 200, y luego, alrededor de 1922, valía Bs. 300, mandado a hacer. No había casi harina con qué hacer pan.

El mismo Michelena abunda en otros detalles, casi anecdóticos, acerca de la extrema pobreza en la que se debatía el pueblo venezolano, durante este período.

Como cosa curiosa anota que ante la escasez de telas, se adoptó el método de renovar los fluxes, volteándolos. Y cita un cuarteto humorístico de Francisco Pimentel (El Jobo), en el que su ingenio pone la nota de picardía en medio del drama que se vivía. El cuarteto es el que sigue:

Yo os quiero confesar, don Juan, primero,
Que este flux que se encoje y que se estira,
No tiene más de nuevo, si se mira
Que el haberlo volteado mi chivero.

Ante tal situación, aun la vida de las familias más acomodadas transcurre en medio de dificultades. El hogar de Semprum, naturalmente, se ve acosado por semejante crisis. El escritor no tiene otro medio de subsistir que no sea el provento de su pluma. Se hacen ajustes. Y trata de multiplicar la actividad en diferentes publicaciones: *El Nuevo Diario*, *Cultura Venezolana*, *Atenas*, *La Revista*, *Venezuela Contemporánea*, *Actualidades*. Tal vez en busca de más tranquilidad y menos acoso económico, Semprum abandona la casa que ocupa de Tracabordo a Miguelacho y se refugia en el pueblecito de El Valle, considerado entonces como fuera de la marea de la ciudad. El Valle, por la difícil comunicación con Caracas, permanecía con su aire aldeano, sus fiestas patronales de San Roque, sus paseos de luna por la plaza soledosa, sus serenatas y la monotonía cotidiana, rota alguna vez por algún suceso extraordinario. El pueblecito trata de extenderse a la falda de suaves colinas, que forman parte de la cadena montañosa que va hacia la costa, desde La Cortada del Guayabo. Más allá de las calles pobladas, que han debido aparecer por la acción conquistadora de Diego de Losada, hacia 1567, remonta su curso el riachuelo llamado Turmerito. La parroquia foránea, que comunicaba con la ciudad por medio del tranvía que atravesaba el túnel de la Roca Tarpeya, era tenida por algunos como sitio de recreo o temperamento, por su apacible discurrir y clima benigno.

El abolengo colonial del pueblecito se conservaba en la presencia de algunos de esos caserones, poblados de árboles y de flores, con altas paredes encaladas, de grandes ventanales por los que penetraba el perfume de los jazmineros en flor, de las magnolias, de las azucenas. Sus amplios corredores miraban hacia el corral, donde el granado simulaba la carcajada de la fruta en sazón y los pájaros, en medio de su tertulia musical, picoteaban la rosada pulpa de las guayabas.

Semprum, en retirada de la urbe que le acosa con sus requerimientos y complejidad, sienta su tienda en El Valle. Primero en la calle de Las Mercedes. Después en la calle Cajigal. Por estos años, afianza su posición en *El Universal* y llega a ser Jefe de Redacción. Se acercaba el término de la conflagración mundial, que se había iniciado en 1914.

El escritor, definitivamente, caía en las fauces del diarismo, cuyas exigencias y sacrificios no se ajustan convenientemente a una actividad

creadora en el campo de la literatura. No obstante, la prensa siempre ha tenido un poder fascinante, y quienes han entregado a ella sus mejores esfuerzos, se han visto recompensados con la notoriedad. Semprum no necesitaba esto último, pero sí reforzaba la permanencia de su prestigio literario, adquirido en la labor tesonera y fecunda.

Los escritores de generaciones anteriores a la de Semprum, que habían ganado su consagración fuera de Venezuela, no le regateaban su condición de primer crítico del país. En ese caso estaban Rufino Blanco Fombona, Pedro Emilio Coll, Díaz Rodríguez, Gil Fortoul y César Zumeta. Este último llegó a ser el padrino de Luis Alberto, primogénito y único heredero del matrimonio Semprum Correa.

Desde París, donde Zumeta desempeñaba una alta misión en la Sociedad de Naciones, hay una carta que hemos podido leer en el archivo de la familia Semprum, en la que Zumeta se dirige al amigo y al escritor, en términos verdaderamente honrosos. Como Zumeta tuviera información de que el crítico preparaba un trabajo sobre su obra, se apresura a decirle:

La autoridad de Ud., que así va a asumir ante mí la voz de una generación y, en cierto modo, la de la breve posteridad que mis esfuerzos alcancen, trae en mi ánimo la incertidumbre de cuál pueda ser a sus ojos el valor de una obra que, aún en lo inédito, sólo me inspira desaliento; pero junto con ese fundado temor, viene un íntimo contento de que el propósito de mi vida, la consagración mía al espejismo del bien y de la equidad y la aspiración a lo bello, merezcan de Ud. el solo premio apetecible: el de que se le reconozca. Y crea Ud. que me envanece haber vivido para oírlo de sus labios, leerlo de sus manos y sentir que no he vivido en balde.

La postura elegante de Zumeta eleva la autoridad crítica de Semprum.

En otro aspecto, al final de la carta mencionada, se descubre la nota fraternal e íntima, que unía a aquellas dos grandes figuras de las letras venezolanas. El párrafo último dice: “Salúdeme a su señora, a quien le deseo un año de pascuas y dígame qué lee mi ahijado, para mandarle algún libro de por acá. ¿Lee francés? ¿Le interesan las cosas de arte? ¿Cuáles? Dígame algo de sus opiniones”.

A estas alturas de la carrera literaria de Semprum, así como su nombre y su obra infundían respeto y admiración a destacadas figuras, tanto del país, como fuera de él, también despertaban la pequeña envidia en algunas mentes parroquianas, deseosas de cortarle el camino de la fama.

Entre las instituciones que llegan a concretar su reconocimiento al crítico, se encuentra la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Española. El Secretario Perpetuo de dicha institución, el eminente literato Julio Calcaño, con fecha 14 de junio de 1918, participa a Semprum que ha sido electo por la corporación para ocupar el sillón letra C. Como la vida está llena de paradojas, aquí se daba una más. Precisamente ese sillón había sido asignado en 1899 al polémico escritor merideño Gonzalo Picón Febres, con quien Semprum había tenido agrias disputas literarias. Pero como en su discurso escrito para la recepción, los elogios a Castro opacaban toda consideración de índole académica o lingüística, la censura de la Academia vetó dicha pieza y el presunto recipiendario no llegó a recibirse jamás. A su muerte, acaecida en Curazao en 1918, fue electo para ocupar el sillón vacante de la Academia Venezolana de la Lengua, el doctor Jesús Semprum, quien tampoco se incorporó de hecho a la honorable institución. El sillón C había sido inaugurado en 1883 por el general Antonio Guzmán Blanco, quien había sido a su vez el fundador y primer presidente de dicha corporación.

Entre los académicos que propusieron a Semprum para ingresar a la corporación venezolana, de más alto rango y abolengo en el campo de las letras y el habla castellana, se encontraban el propio Secretario Perpetuo de la institución, don Julio Calcaño y el que le sucedería, poco después, el fino poeta cumanes Juan Arcia.

El temperamento de Semprum, poco dado a las formalidades ostentosas, y sus problemas permanentes, ocasionados por el trajinar del diarismo, han debido influir en el aparente desinterés del crítico en ocupar el sillón que se le había asignado en el seno de la docta corporación de la lengua venezolana, correspondiente de la Real Española.

Dentro de estas mismas conjeturas, puede referirse la preparación de su viaje a los Estados Unidos de Norteamérica, que emprende en agosto de 1919.

LA CONQUISTA DEL NORTE

Es indudable que la profunda crisis que vive el país, motivada en gran parte por la repercusión de los efectos de la Guerra Europea, y en otro sentido, por la primitiva organización política e institucional del gobierno de turno, influyen en la decisión, no sólo de individualidades aisladas, sino de familias enteras, de buscar otros horizontes, fuera de la patria. Venezuela, además de su pobreza y subdesarrollo, había sido asolada el año 1918, por la gripe española. A los ojos de los más audaces, la alternativa más tentadora resultaba la inmovible prosperidad norteamericana. Al respecto anota en su ya citado libro *Vida caraqueña*, Eduardo Michelena lo siguiente: “Unos dos años antes había comenzado un éxodo hacia los Estados Unidos, porque aquí no se conseguía qué hacer. Se fueron numerosas familias a emplearse allá en trabajos manuales y hasta de servidumbre. Uno de los oficios de que más se hablaba era el de lavar platos. No estoy bien enterado del sistema que en esto se empleaba, pero recuerdo, sí, que se referían a unos aparatos de agua constante, que era como estar todo el día al lado de una regadera caliente”. Llegó a ser tan popular este comentario, que aún se oye en viejos discos criollos un cantar que dice:

Todo el que va a Nueva York
se pone tan embustero,
que si allá lavaba platos,
aquí dice que es platero.

Naturalmente, en la decisión de Jesús Semprum de viajar al Norte influye otro factor muy poderoso. Sabemos por confesiones familiares que el régimen de Gómez, por una u otra circunstancia, a veces por intriguillas baratas, no veía ya con buenos ojos la presencia de Jesús Semprum en uno de los grandes diarios comerciales del país, *El Universal*. El crítico, a pesar de que había tratado de no chocar con el apabullante aparato represivo del Gobierno, no podía disimular su firme convicción de hombre libre, su opinión franca y sustraída, por su altura, a la chismografía parroquiana. No obstante, un hombre de opinión pública, que no refrendara en todas sus

partes la actuación de la dictadura, era considerado peligroso, según entendía la asesoría intelectual, en la que confiaba el viejo Dragón de La Mulera. Por esto, uno de los servidores incondicionales del régimen, el doctor Victorino Márquez Bustillos, allegado a Semprum, le informó que algo se tramaba en su contra y que era mejor que emprendiera su retirada a tiempo.

El escritor, en cuyos planes, no había estado desafiar las furias de la dictadura, puesto que había pensado que con su prudencia habría podido capear todo temporal en su contra, no tiene otra alternativa que no sea la de acatar la velada orden de destierro voluntario. Ante la decisión de viajar al exterior, algunos se preguntarán ¿por qué Semprum escogió los Estados Unidos de Norteamérica para su exilio sugerido?

Podrían tejerse algunas presunciones, con probabilidad de aparecer como razonables. A pesar de que el crítico, literariamente y ¿por qué no, espiritualmente?, estaba profundamente ligado, o bien a España o bien a Francia con la garantía de que en este último país residía para entonces su compadre César Zumeta, decide marcharse a un país de idioma distinto al que él maneja. En esta decisión han debido privar razones poderosas, que un comentarista internacional, como lo era Semprum, conocía muy bien. Entre estas razones estaba la de que Estados Unidos de Norteamérica era para el momento, y lo siguió siendo por muchos decenios, el país más próspero de la tierra. En segundo lugar, Europa para 1919 estaba bajo los efectos de la hecatombe bélica y todavía se sentía el resplandor de los campos de batalla, en los que se habían consumido vidas y riquezas de los pueblos en contienda.

Los Estados Unidos de Norteamérica, a pesar de haber sido al final el gran árbitro para el triunfo de los aliados, no había sufrido en carne propia el zarpazo de los cañones, los tanques, los aviones, con los que se inauguraba la guerra moderna. El país norteamericano conservaba todo su potencial humano, cultural, económico en plenitud y sus puertas abiertas para todos los ciudadanos del mundo que quisiesen sentar tienda en cualesquiera de las pujantes y hermosas ciudades de su inmenso territorio.

No cabe duda, en buena lógica, que todos estos factores pesaron lo suficiente como para que Jesús Semprum decidiera su viaje al Norte. Al efecto se embarca en el vapor “Caracas”, de la Línea “D” Roja, el

día 3 de agosto de 1919, rumbo a Nueva York. El diario *El Universal* de Caracas, del cual había sido el crítico Jefe de Redacción hasta el momento de su partida, registra la noticia el día 9 de agosto e informa que Semprum lleva el cargo de redactor de ese diario en la gran metrópoli norteamericana.

¿Cuál sería la impresión del escritor al arribar a aquella gigantesca ciudad, en la que ya no oye el ritmo, la fonética, la sintaxis de su idioma materno? ¿Cómo repercutiría en su espíritu el encuentro con aquel escenario, totalmente desconocido para él, en el que ya se anunciaba una apabullante arquitectura y en el que el discurrir de la vida cotidiana adquiriría caracteres verdaderamente complejos, frente al de la primitiva Caracas que acababa de abandonar?

No es fácil encontrar los testimonios que nos aclaren tales interrogantes; pero podemos presumir algunas conjeturas al respecto.

Para cualquier latinoamericano, Nueva York era un reto. La inmensa ciudad, con sus rascacielos, su red de trenes subterráneos, sus anchas y generosas avenidas, repletas de parroquianos, que hablan un inglés flexible, adaptado al sentido práctico del norteamericano moderno, ha debido impresionar favorablemente al escritor, que iba preparado para un encuentro de tal naturaleza.

A pesar de su carácter aprensivo, en el que destaca la observación como su mejor escudo, el escritor ha debido acercarse, con cierto regocijo, a los centros de cultura que humanizaban la azarosa vida de la populosa ciudad. Seguramente se extasió en la contemplación de las grandes rotativas, de cuyo seno brotaban con noticias y orientaciones para el mundo, los extraordinarios diarios newyorkinos. Así mismo, ha debido contemplar, tal vez con nostalgia, los extensos y atractivos prados, cubiertos de flores, que los norteamericanos llaman “campus” en sus universidades y que a los ojos de un venezolano de aquella época rayaba en el terreno de la fábula, al recordar que él mismo no pudo concluir su carrera en la universidad de su estado nativo, porque el propio Gobierno ordenó su clausura.

Semprum se acercó en 250 Manhattan Avenue, New York. Desde allí escribe sus primeras crónicas para *El Universal*, que intitula “De Nueva

York a Caracas” y “La cruzada moderna”, en septiembre de 1919. También escribe para algunos periódicos norteamericanos, como el *Herald Tribune*, *The World* y *Bulletin of the Pan American Union*. Igualmente envía colaboración a *La Reforma Social* de La Habana, a *Panorama y Alma Latina* de Maracaibo, a *El Herald* y *Billiken* de Caracas.

Ya afianzado en su nuevo destino, Semprum es nombrado miembro de la institución Carnegie, asociación de amplio prestigio en los Estados Unidos para entonces. Por otra parte intensifica sus trabajos de traducción, como el que realiza de la obra *El significado de la educación* de la cual era autor el doctor Nicolás Murray Butler, rector de la Universidad de Columbia, hacia 1923.

A pesar del intenso trabajo que tiene que cumplir el escritor para poder vivir en Nueva York a la altura de su significación social y cultural, reserva tiempo para entablar correspondencia, tanto con viejos amigos, como con los nuevos que cada día le ganaba su reconocido prestigio literario. El director de *American Association for International Conciliation*, Peter H. Goldsmith, se hace su amigo, así como casi todos los miembros del comité ejecutivo de dicha asociación, entre los que se contaba el rector de la Universidad de Columbia, Nicolás Murray Butler, ya mencionado. También hizo amistad con el profesor Ratcliff, humanista norteamericano, sumamente interesado en el proceso de la literatura venezolana y de quien tradujo para *Cultura Venezolana* su estudio sobre Luis Manuel Urbaneja Achelpohl.

Es indudable que a pesar de las dificultades que ha debido sortear Semprum ante el manejo de un idioma que no es el suyo, sus compromisos periodísticos y literarios los cumple a cabalidad.

Es posible que en medio de esta compleja red de asuntos profesionales, buscara por las noches en la gran ciudad algún entretenimiento acorde con sus preferencias de hombre culto y exigente en la utilización del tiempo disponible. Por eso pensamos que el cine, aun cuando todavía era silente y andaba en la búsqueda de su categoría artística, ha debido ser probablemente una salida agradable para la cargada agenda cotidiana del escritor. Nos figuramos al crítico, pendiente de la exhibición de la película francesa *El lirio rojo*, basada en la novela del mismo nombre, de uno de sus escritores favoritos: Anatole France.

Posiblemente el crítico tenía noticias de las grandes películas, que ya había logrado el inteligente cineasta norteamericano Griffith, como *El nacimiento de una nación* e *Intolerancia*. Ciertamente Semprum llegaba a Nueva York en la época de oro del cine silente, en el que brillaron estrellas como Chaplin y Mary Pickford.

En otras oportunidades ha debido cambiar el cine por el teatro. Y es seguro que no ha debido faltar en los museos de pintura y en las galerías de arte en general, que entonces y siempre se han esmerado en la exhibición de las más importantes manifestaciones artísticas universales de todos los tiempos.

Por otra parte, algunos coterráneos, ya residenciados en Nueva York, ya de paso, lo buscan para cambiar impresiones con él del país, de los asuntos internacionales más importantes para la suerte del mundo. Entre esos coterráneos se registran nombres como los de Rafael Ernesto López, Hermógenes Rivero, Diógenes Escalante, Manuel Flores Cabrera, Diego Córdoba, Santiago Valdés Tellería, M. Granados R. y muchos otros que se haría largo enumerar.

El ritmo de vida en la gran ciudad y las huellas de los días de bohemia en la Caracas del más recalcitrante gomecismo tuvieron al final su repercusión en la salud del eminente escritor venezolano. En los primeros meses del año de 1926, sufre una seria crisis cardíaca. Los médicos que lo atendieron en esa oportunidad, Rafael Ernesto López y Hermógenes Rivero, ambos venezolanos, le aconsejarán abandonar Nueva York, ya que ellos consideraban que el enfermo no era capaz de soportar un invierno más en el gran país del Norte. De esta manera, Semprum, algo restablecido, decide el regreso a Caracas. En el vapor “Maracaibo”, llega a La Guaira el 12 de junio de 1926.

EL OCASO

De nuevo en Caracas, Jesús Semprum ha debido sentir la alegría y la nostalgia del que se enfrenta a una realidad convertida en recuerdos. Llegaba profundamente herido en lo más noble de su ser: su corazón. Se avecindó en una hermosa casa, que pertenecía a la Condesa Valery, en la esquina de La Natividad, en La Pastora. Pero a los pocos días de su regreso, le repitió

el ataque cardíaco que lo había aquejado en Nueva York. Lo atendieron en esta oportunidad los doctores J.M. Rísquez y Luis Razetti.

No obstante, los aires avileños y la euforia del regreso ayudaron al enfermo a restablecerse. Sin embargo, ya habían pasado los días en que el ágil periodista y ponderado crítico podía mantener un ritmo de trabajo acelerado, como lo requería lo poco productivo de la profesión de escritor. La intercesión de algunos amigos influyentes tuvo como resultado su nombramiento, como profesor de Lenguas Antiguas y su Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela. La salud resentida del escritor no le permitió ejercer por mucho tiempo aquella cátedra.

Algunos amigos periodistas solicitan su valiosa colaboración para sus voceros. Entre ellos es de destacar la invitación que le hace a Semprum, recién llegado, el famoso humorista Leoncio Martínez, fundador y director del leído semanario *Fantoches*. Leo, en una pequeña correspondencia, de su puño y letra, que he podido leer en los papeles de la familia Semprum, le expresa al crítico lo siguiente: “Querido negrilla: hablando con Pancho de ciertas ideas e indicaciones que tú le dabas respecto a *Fantoches*, se nos ocurrió pudieras ser tú mismo la persona que se encargara de ciertas notas que hacen falta y aquí, por flojera, impericia o falta de tiempo, se nos pasa por alto. Por ejemplo: una sección de Comentarios Bibliográficos, breves y precisos, que pudieras firmar con un seudónimo (Sagitario, digamos), y para los cuales yo pudiera enviarte alguna indicación, etc...”. Al final, Leo alaba la práctica periodística de Semprum y vaticina un futuro promisor a la naciente sección de su semanario, que había sido fundado en 1923 y cuyas oficinas quedaban situadas de Dr. Díaz a Zamuro, N° 44.

Es bien sabido que Semprum colaboró algún tiempo en el leído semanario *Fantoches* y que Leo lo presentó en una de sus famosas caricaturas, ataviado a la usanza indígena, en la que se destacaba la mortífera flecha, lista para ser disparada. Su sección breve, como se lo imponía el espacio disponible en el periódico y sujeta a una tónica, que difería en mucho a la que el maduro escritor había sustentado en otras publicaciones, a partir de *El Cojo Ilustrado*, le proporcionó más disgusto que satisfacciones. Todavía algunos recuerdan los dardos contundentes de Sagitario en *Fantoches*. Hubo un momento en que los acerbos reparos, formulados en la sección a

muchos aspirantes jóvenes que buscaban afanosamente la notoriedad a través del ejercicio literario, se convirtieran en pelea generacional. Semprum se encontraba, a su regreso de los Estados Unidos de Norteamérica, ante una generación que ya no era la que sucedía a la suya, sino la subsiguiente, como fue la generación del 28, que más que renovación literaria, estaba imbuida fundamentalmente de una inquietante búsqueda política.

El crítico, apelando a su inteligencia y cansado del duro batallar del diarismo, optó finalmente por clausurar aquella etapa de incómodo ejercicio literario. No obstante, de vez en cuando, publica en *Billiken* y en *El Universal* algunos de sus trabajos de los últimos años de su vida.

En busca de la tranquilidad, que era imperativa para su salud seriamente resentida, recurre de nuevo a su retiro de El Valle. El pueblecito es el mismo que había dejado en 1919, cuando había emprendido viaje a Nueva York. Sigue siendo el tranvía el único medio de comunicación con la capital. A la entrada estaba la estación de máquinas, en la que pernoctaban las unidades de transporte, que durante el día habían prestado su servicio. Semprum alquila una pequeña casa en la calle Punta Brava, cercana a la iglesia, no lejos de lo que en El Valle se conoció como calle Atrás, en la que vivió hasta su muerte el gran escritor criollista, fundador de *Cosmópolis*, Luis Manuel Urbaneja Achelpohl.

Me cuenta Luis Alberto Semprum, hijo del crítico, que la casa que ocupaban entonces, daba a un grato paraje y quedaba contigua a la casa de veraneo de uno de los hombres acomodados de la época en Caracas, el señor Vera León, quien fue dueño en ese entonces de la ferretería El Sol, la más importante de la capital para aquellos años.

Luego, Semprum vuelve a mudarse a la calle Cajigal, en la que había vivido antes de su viaje a los Estados Unidos de Norteamérica.

Su mujer, Isabel, diligente y con algunas habilidades para los negocios, influyó decisivamente en el ánimo de su esposo para la adquisición de la casa en la que vivían. Así se hizo. Y el crítico tenía, por primera vez, residencia propia³.

3. Sobre la calle Cajigal pesaba una hipoteca de Bs. 2.500 a la muerte del escritor. La casa fue vendida el año siguiente, al señor Tomás Solórzano, por la suma de Bs. 5.000 para evitar un remate judicial.

En Venezuela, los años que van de 1926 a 1931 son de crisis institucional, en todos los sentidos. Económicamente el país sufre una depresión, cuyas consecuencias se manifiestan en una extrema pobreza de la población y la imposibilidad de superarla.

En el campo de las ideas, se remueven cimientos. Se piensa en el derrocamiento de la dictadura gomecista. Pero todo termina en los fracasos de las más importantes tentativas y en las cárceles llenas de presos de todas las edades y condiciones sociales.

A todas éstas, Semprum casi se ha retirado de toda actividad literaria pública. En su casita de El Valle, ha establecido su consultorio médico y atiende una clientela, que si no le proporcionaba abundancia, por lo menos le ayuda a sobrevivir. Para entonces, con él, había tres médicos en el pueblo. Semprum cobraba una cantidad ínfima por cada consulta y las más de las veces, actuaba gratis y regalaba las medicinas a los clientes más necesitados. Por esto, años más tarde, después de su muerte, en homenaje a su desprendimiento, se inauguró un dispensario con su nombre para la población.

El ejercicio de la medicina, que es ahora el fuerte de su *modus vivendi*, le permite, con extrema modestia, no abandonar del todo su labor literaria. Algunos de sus cuentos como “La palmera”, “La caída del jefe civil” y “El general”, de la época de *El Cojo Ilustrado*, agregando por ejemplo “Las guayabas”. La temática se desenvuelve dentro de la tónica de la época. La materia prima está en el drama social del país. También vuelve al ejercicio poético, que no intentaba desde los días de Ariel, en Maracaibo. En la antología *Poetas parnasianos y modernistas* que con el seudónimo de Luis de León publicó Leopoldo Landaeta en la Biblioteca Popular Venezolana, que fundó Mariano Picón Salas, hay muestras de la poesía de Semprum que no desdicen de su alta calidad literaria.

En la casa de El Valle, recuerda su hijo Luis, el escritor se levantaba muy de mañana a trabajar en su biblioteca. Es posible que su trabajo de investigación literaria lo anticipara al funcionamiento de su consultorio médico, que ha debido estar ajustado al horario normal de la jornada diaria. Indudablemente en ese tiempo inicial de la mañana, el escritor se dedicaba a traducciones, escauceos filológicos y a la creación litera-

ria pura. En el campo filológico, hizo anotaciones lexicográficas sobre los venezolanismos incorporados al *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*. Hemos revisado algunos borradores al respecto y nos parece que dicho trabajo guarda íntima relación, con la constante inquietud que el crítico mantuvo durante toda su vida acerca del estudio y conocimiento de la lengua materna. En cuanto a la creación literaria en sí, es oportuno dar información, por primera vez, de su único intento de novela, cuyo manuscrito reposa en nuestro poder y que el escritor intituló *La ciudad nueva*. El plan de la novela era el siguiente: estaría dividida en siete partes, las que a su vez constarían de varios capítulos.

La primera parte la intituló: “La expedición a Marontes”; la segunda lleva el título de “Días difíciles”; la tercera, “Señales de prosperidad”; la cuarta, “Las nuevas autoridades”; la quinta, “Nuevo administrador de aduana”; la sexta, “El doctor interviene”; y la séptima, “El primer expósito, hijo de Clarita”. El escritor sólo llegó a realizar dos partes y no en forma definitiva. Se observan múltiples correcciones en el original. El tema de la novela es el exceso de corrupción en la capital y el nacimiento de una nueva ciudad, a las márgenes de un gran río, hacia la cual son enviados contingentes de personas sin trabajo, ya que en la ciudad nueva, el brote de una gran riqueza minera estimula la ambición de quienes desean cambiar su situación. Entre los personajes figura el general Aurelio Montes, el Dictador, el doctor Chirinos y un personaje femenino, de dudosa reputación, pero de una belleza excepcional, de nombre Melisa.

Creemos que a ratos Semprum logra en el discurso narrativo excelentes pasajes, como el que transcribimos a continuación:

La tarde calurosa toma en los cielos una pompa magnífica de luces y colores. Las aguas se teñían de cielo y en la augusta solemnidad solitaria asumían una mansedumbre poderosa y terrible. El conjunto de aquella naturaleza abrupta producía una impresión de fuerza tremenda en aquellos ciudadanos raquíuticos y endebles, acostumbrados a la arquitectura chata de la capital y a las miserias y suciedad urbanas. Aquel espectáculo formidable que al principio los desconcertó, llenándolos de azoramiento y de inquietud, concluyó por infundirles animación, como un tónico. Y cuando las goletas fondearon en el precario puerto de Marontes, en una ensenada profunda, en cuya orilla

apenas se divisaba una casa cuadrangular, con techos de zinc, todas los pasajeros parecían satisfechos y alborozados.

La salud precaria del escritor seguramente le impidió avanzar más en la conformación total de la novela. En los últimos años de su estada en El Valle, la lesión cardíaca que había hecho su primera aparición en Nueva York se agrava. Sin embargo el escritor se contrae a la vida sencilla del pueblo. Como en otros días de esplendor literario, frecuenta en la calle Real de El Valle, una tertulia casi familiar, en la bodega del poeta Juan España. Se habla de poesía y se trae con grata nostalgia el recuerdo de otros días. Allí son frecuentes contertulios el autor de *Ovejón*, y *En este país*, sacerdote del criollismo, Luis Manuel Urbaneja Achelpohl, que vivía en la calle Atrás de El Valle. De vez en cuando asistían Carlos Borges, Rogelio Illaramendi, Leoncio Martínez, Andrés Eloy Blanco y por supuesto, Juan España y Jesús Semprum. Juan España, hombre llano y que necesitaba proporcionar el sustento a su familia, tras el mostrador de una humilde bodega, era un poeta nato. Su *Canto al cucarachero*, pequeño pájaro hasta entonces menospreciado por los poetas venezolanos, recorrió todos los rumbos del país, celebrado por el gusto popular. El poeta llegó a ser una figura tutelar en el quieto pueblecito. Todos lo querían y lo admiraban.

Semprum, retirado de la agitada vida de otros días, se acoge a aquel alero fraternal en el crepúsculo de su existencia. En diciembre del año posterior al centenario, sus males han avanzado sorpresivamente. Oscuros nubarrones asoman su rostro trágico, tras El Ávila. Las rosas del otoño exhalan sus últimos perfumes en el pequeño jardín de la casita bien amada. En el perfil insondable del destino, está escrita la palabra fatal. Al inicio del año de 1931, el 13 de enero, muere Jesús Semprum en El Valle. La noticia sólo conmovió a muy pocas personas, entre las que se contaban en primer lugar su mujer, Isabel Correa de Semprum y su hijo Luis. No hubo invitación en la prensa.

Así, silenciosamente se apagaba uno de los ingenios más brillantes del país, cuya estela se había proyectado más allá de las fronteras de la patria. Así, silenciosamente se enterraba a un pedazo de la Venezuela que

se había consumido en la contienda prometeica de la inteligencia contra la estupidez.

Pedro Díaz Seijas

AL MARGEN DE LA OBRA DE JESÚS SEMPRUM

HACE ALGUNOS MESES murió en Caracas Jesús Semprum. La prensa venezolana y la americana en general, hablaron muy poco del suceso, y cuando lo hicieron, fue en términos comedidos y sin efusividad. Semprum, a pesar de ser un valor auténtico como escritor, carecía de las dos condiciones que aseguran la “consagración” en estos medios borrosos: arrivismo y actitud complaciente ante las clases gobernantes. Fue hombre discreto y, según tengo entendido, vertical.

El proceso operado en la trayectoria literaria de Semprum es interesante. Guardada la distancia de estatura, y hasta de actitudes, tiene puntos de contactos con la de Emilio Zola. “De hombre de letras a hombre”, es una de las fórmulas que se le ocurren a Barbusse (ver las páginas finales de su reciente obra *Zola*) para definir la evolución cumplida en el artista puro de *Therese Raquin* hasta llegar a ser el militante social de *Trabajo*. Asimismo, en Jesús Semprum puede rastrearse el paso franco, hacia adelante, dado por el crítico de arte de los días del *Cojo Ilustrado* hacia el apasionado comentador del complejo social contemporáneo, en la época de su estada en Nueva York, por el año 1923.

En la generación venezolana del 98, la del *Cojo Ilustrado*, Semprum fue el rector de la crítica literaria. En las páginas de aquella memorable publicación, posteriormente en las de *Cultura Venezolana* y siempre en las de la prensa diaria, revistó con ojo lúcido la producción literaria y artística del país. En un estilo clásico de maracaibero –gente que escribe impresionada por el recuerdo casticista de su coterráneo Baralt– dijo cosas siempre interesantes sobre las manifestaciones diversas de la vida cultural

de Venezuela. Su método fue el tainiano, aplicado, eso sí, sin beneficio de inventario y sin intención de colmar las lagunas de ese incompleto instrumento analítico. Consecuente discípulo del maestro positivista francés, desestima el factor económico como determinante último de toda manifestación social, la artística inclusive; y por eso, su vasta labor crítica a través de las letras y las artes venezolanas se resiente de superficialidad. Fue incapaz de irse hondo a la entraña de las posiciones estéticas, individuales o de grupo, para descubrir el mecanismo íntimo de las relaciones sociales que las explicaban. A pesar de esa objeción fundamental que cabe hacer a la obra de Semprum, es urgente señalarle en su haber una actitud muy personal, muy suya, dentro de la generación donde militó. Los hombres del *Cojo Ilustrado*, lo hemos escrito en otra ocasión, se caracterizan, como grupo intelectual, por una actitud fetichista hacia lo europeo y por un menosprecio activo hacia lo nacional. Menosprecio franco o disimulado detrás de ese escamoteo fraudulento del género “criollista”, en el cual, como en las novelas muy características de Díaz Rodríguez, el decorado tropical es fondo para un drama donde se mueven hombres nostálgicos de Venecia o París, y renegadores del caos y primitivismo nativos. Frente a ese complejo de inferioridad –llamémoslo así, para cobijar con el tecnicismo freudiano la cretina actitud de metecos–, adoptó Semprum una irreductible posición polémica. Exigió, con pasión que a veces rompía con sus tonos broncos el estilo diáfano, la implacable poda, en el arte criollo, de los bejucos y bucarales excesivos, de la exuberancia botánica, de todo cuanto en él era contingente y externo, en beneficio de la intimidad. Arrancarle su recóndito sentido estético a nuestra vida turbulenta, a nuestro medio social informe: tal fue su insistente palabra de orden. Su generación no entendió el mensaje ni podía entenderlo. Expresión intelectual de la burguesía nativa, de base agraria y latifundista, enfeudada económicamente a metrópolis distantes, tenía que crear a tono con los módulos estéticos vigentes en aquellas metrópolis. De los mercados manufactureros de Manchester importábamos las telas con que nos vestíamos; de la *City* londinense, los empréstitos periódicos para equilibrar los presupuestos fiscales, cojos siempre por la rapacidad de los encargados de su inversión; de Europa y Estados Unidos, en general, partían las corrientes nutritivas de nuestra

economía incipiente, semifeudal y en vasallaje. Y la obra artística nacional, tributaria ella también, tenía necesariamente que ser extranjerizante. (Entonces, como hoy, sólo una generación venezolana, americana, nacida en un continente liberado de tutelas exteriores y en plena posesión de su destino, podría explotar con eficacia creadora las posibilidades estéticas de nuestros pueblos).

Otra diferencia importantísima queremos señalar entre Semprum y la casi totalidad de sus compañeros de ruta. Semprum vivió al margen de la politiquería. No se alquiló a déspotas, no vistió libreas de cortesano, no enhebró panegíricos para los mandones. Carecemos, por el momento, de noticias completas acerca de su actuación civil; y por escrúpulos, lógicos en quien habla de un país donde la inteligencia se ha prostituido tanto, no llegamos hasta a destacarlo como modelo de probidad ciudadana. Sin embargo, señalamos el hecho de que nunca figuró en planas ministeriales ni arrastró por legaciones y consulados esa cauda de vilezas que mengua las personalidades de Gil Fortoul, Vallenilla Lanz, Zumeta, Pedro Emilio Coll y demás “colegas”. El hecho mismo de que su muerte no mereciera el deshonor de una declaratoria oficial de “duelo público” y la circunstancia de que la prensa podrida de Venezuela no derramara sobre su ataúd ese caudal necrológico caído recientemente sobre el del clérigo Carlos Borges, son hechos en abono de su verticalidad.

Decíamos que Semprum estuvo en Nueva York el año 1923. Huía tal vez del irrespirable ambiente venezolano. Quería vivir su actividad libre de escritor. En Nueva York fundó un “Servicio de información latinoamericana”. Periódicamente salieron entonces de su pluma los artículos fustigadores que ahora hemos releído. No fue a Estados Unidos a embobalicarse frente a los éxitos de la civilización mecánica yanqui, para luego hacerse eco de ellos ante nuestros pueblos; no fue a husmear en las trastiendas de Hollywood, para contar luego intimidades de “estrellas” a los millares de necios de ambos sexos lectores de *Cinelandia*. Tenía probidad mental y poco deseo de ser consecuente con la fórmula, hoy tan popular entre los fabricantes del pasto picado periodístico, de Lope de Vega (aquella de que el público es necio y hay que darle necedades). Semprum hizo entonces una continuada campaña antiimperialista, denunció los bajos fondos de

la mentirosa “democracia” yanqui, buceó en la descomposición de la sociedad saxoamericana para poner al desnudo, ante los ojos de América Latina, todas las inmundicias de aquel orden de cosas, presentado tradicionalmente como insuperable modelo; ridiculizó a Rowe y a su flamante Unión Panamericana; lanzó alertas a los obreros organizados de estos pueblos, para que no cayeran en la celada de la federación panamericana del trabajo ni se prestaran a las maniobras de los Gompers y los Green; agredió de firme todas las farsas del Panamericanismo oficial, en un tono viril y encendido de protestas. Hizo más Semprum frente al socialismo revolucionario, adoptó una actitud de simpatizante. En este sentido, no encontró tradición que seguir en la emigración venezolana, caracterizada en su conjunto, y hasta hace poco, por un reaccionarismo intolerante y trasnochado. El momento mundial no era tampoco muy propicio. Era la época de encarnizado ataque literario contra la Unión Soviética, revancha que se tomaba la burguesía internacional de las derrotas inferidas a sus Kolchaces y Denikines por el ejército rojo. Y bajo esas circunstancias, Semprum no vaciló en definir sus simpatías por la Revolución de Octubre y por sus hombres. A la muerte de Lenin, escribió un artículo donde asumía la defensa del jefe proletario, ante la montaña de inepticias acumulada contra su personalidad de caudillo máximo de la más grande revolución de la historia.

En los últimos años de su vida, ya de nuevo en Venezuela. Semprum concitó sobre sí las malquerencias de las vanguardias literarias. Frente a ellas adoptó una línea de requisitoria intransigente. Poemas, novelas, cuentos de nuevo cuño, merecieron ataques, en ocasiones virulentos, de su pluma. Sin compartir en su totalidad las tesis de Semprum sobre la “nueva manera” literaria, estamos con él en muchos puntos de vista. Especialmente, en ése que le niega justificación dialéctica a un arte descoyuntado en la forma y sin fermentos revolucionarios en el fondo. El “Grupo Cero de Teóricos”, club que reúne a la llamada “vanguardia” venezolana y cuyo sólo nombre es ya una revelación no ha hecho hasta ahora sino equilibrismo retórico, obra subjetiva, sin perspectivas tendidas sobre el drama social. En este sentido, pese a sus diatribas contra el romanticismo son tan románticos y antihistóricos como los más empedernidos fabricantes de madrigales.

En días próximos, intentaremos un más cuidadosos ensayo sobre Semprum y la ubicación de su obra en el proceso cultural de Venezuela. Por ahora, basten estas notas apuradas acerca de su personalidad interesante.

Rómulo Betancourt

San José, diciembre de 1932.

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN

Los materiales incorporados en el presente volumen fueron seleccionados del libro *Jesús Semprum*, Introducción, selección y títulos de Pedro Díaz Seijas (Caracas: Academia Venezolana de la Lengua (Col. Clásicos venezolanos, 16), 1986).

En la sección Visiones de Caracas se ofrece la primera parte del libro *Visiones de Caracas y otros temas* (Caracas: Corporación Venezolana de Fomento, 1969), junto a otros ensayos extraídos de *Jesús Semprum*, anteriormente mencionado. El aparte Narrativa comprende una selección de cuentos de los que Semprum diera a conocer en *El Cojo Ilustrado*, en 1906 y los cuales no habían sido recogidos en libros.

Diálogos agrupa algunos de los trabajos que difundiera en la revista *Actualidades* bajo su columna fija “Diálogos del día”, así como también un conjunto de artículos publicados en diarios como *El Universal*, entre otros periódicos y revistas, en los cuales colaboraba desde su exilio voluntario en Nueva York.

B.A.

CRÍTICA

LITERATURA VENEZOLANA

LA REVOLUCIÓN DE LA INDEPENDENCIA Y LA LITERATURA

(1911)

NO OBSTANTE que apenas nos aparta un siglo de ella, escasas noticias dignas de toda fe poseemos acerca de la sociedad venezolana de 1810, porque las más de esas noticias están escritas casi todas por personas a quienes su particular interés obligaba a describir las costumbres por lo menos con ciertos paliativos, sino era la influencia del medio, el ambiente de hipocresía social y cierto recóndito candor, no exento de interesada indulgencia para interpretar los hechos en que acaso el mismo narrador había tomado parte, deformaban el cuadro. Si se toma en cuenta el modo cómo los periódicos de hoy en día narran de la manera más distinta y sorprendente los sucesos que acontecen a nuestros propios ojos, nuestra desconfianza hacia el testimonio de los contemporáneos crecerá de punto. Los viajeros deben merecernos más fe; pero es preciso recordar que los viajeros sólo podían examinar lo que aquella sociedad quería mostrarles: la superficie dorada de cortesías y regalos, el aspecto formal y ceremonioso, y en modo alguno la íntima organización, sus vicios, pasiones, deseos, prejuicios, amores y odios. Eran éstas cosas domésticas de las que los colonos ocultaban con recato de pudor incorruptible; y el viajero que conservaba fresca la memoria de agasajos y dulzuras, solía desatarse en encomios, casi siempre sinceros, algunas veces exagerados, de Venezuela, y especialmente de Caracas.

Sólo la correspondencia íntima de las personas más humildes e ingenuas podría darnos una clave cierta para penetrar por camino seguro en el corazón de la colonia; pero semejante correspondencia no es, rela-

tivamente, muy abundante; y además, ciertas preocupaciones imperantes todavía quieren que nos abstengamos de penetrar con indiferencia analítica de curiosos, que muchos tacharían de profanación, la vida colonial de principios del siglo pasado.

La literatura, arte que debe traducir y exponer con suma claridad el estado de ánimo de los pueblos, sus costumbres y sus aspiraciones, no existía entonces, propiamente hablando. La Capitanía General era pobre, áspera, supersticiosa e iletrada. Por más que digan algunos hispanizantes, la instrucción del pueblo era mirada con recelo vivísimo, no sólo por el gobierno español, sino por la clase de los criollos ricos, burócratas y propietarios, quienes aspiraban a adueñarse económicamente de la colonia. La enseñanza que recibían los alumnos de la Universidad de Caracas era precaria y absurda. Faltaban maestros idóneos, faltaban libros. Las condiciones en que vivía la sociedad de la colonia no eran, además, propicias al desarrollo de ninguna rama literaria. El escritor y el poeta han menester, para la perseverancia en su tarea y el perfeccionamiento de su arte, que la atención pública, el aplauso o la censura estimulen su acción: necesitan especialmente que existan espíritus que se preocupen por aquellos mismos problemas que a ellos preocupan y sientan la belleza como ellos la sienten. Aquella sociedad no se preocupaba por problemas de índole ni remotamente artística ni poseía sensibilidad para gustar obras de arte. La gran preocupación de los criollos era adueñarse del gobierno de la colonia para asegurar definitivamente sus intereses; los pardos veían con cautelosa inquietud los proyectos de la oligarquía blanca; los negros no pensaban en nada, embrutecidos en la servidumbre. De los indios no se puede hacer cuenta. La actividad de la vida urbana reducíase a intriguillas políticas de menor cuantía, a una chismografía baja y estólida y a rencillas más o menos ruidosas sobre si fulano era de limpio linaje o mengano tenía cuarterones o mulatos entre su parentela. Detrás de las pesadas puertas, herméticamente cerradas, tras la composición estirada y grave de aquellos caballeros y de aquellas damas, bullían sólo en efervescencia atroz las preocupaciones mínimas de casta, el deseo de humillar a los inferiores y la tendencia al lucro. La juventud se educaba en una escuela extraña de prejuicios; mostrábanle el empaque grave

como un deber de “nobleza” y tenían buen cuidado de hacerle comprender que los bienes de fortuna son una de las mayores mercedes que Dios les puede dispensar a los hombres. No se crea, sin embargo, que de tal enseñanza resultaran siempre unos redomados hipócritas; el fuego de la juventud es demasiado impetuoso para sofocarlo con amaños de aquella índole, y solía ir afuera con vehemencia, a veces con estrépito y de vez en cuando con serios prejuicios de tercero. Las fuerzas juveniles perdíanse y agotábanse en ejercicios no siempre virtuosos. Aquellas fuerzas sofocadas por mucho tiempo, encontraron al fin un cauce y realizaron una obra de prodigio.

Antes de que los sucesos que ocurrían en el universo, convirtiendo colonias en repúblicas independientes y libres, con la aprobación y ayuda de monarcas absolutos de Europa; y que desbaratando y entregando a las llamas el trono y el altar, llegaran a Caracas en un eco remoto y confuso, sólo existían en Venezuela algunos aficionados a las letras, tímidos, inéditos y poco brillantes. Los triunfos literarios más sonados eran los que obtenía el autor de algún *vejamen* en la Universidad; pero este género de composiciones poéticas no atestigua mayor ingenio ni siquiera medianos conocimientos técnicos en sus autores. La literatura atravesaba una época triste en la propia península, donde imperaba el pedantesco e insoportable neoclasicismo francés, que condenaba a Lope, a Calderón y a Shakespeare, en nombre de Boileau y de Voltaire. La visita de Arriaza, poeta español cuya fuerza como repentista era admirable, pero poco culto y de numen trivial y rastrero, suscitó cierto momentáneo entusiasmo en las tertulias literarias de las Uztáriz, entusiasmo que pronto había de borrarse con el advenimiento de la revolución. El caso de que se diera un poeta de inspiración feliz siquiera a ratos y medianamente culto, era verdaderamente esporádico. Bello no dejaba entrever todavía lo que había de ser andando el tiempo. Sor María Josefa de los Ángeles era un fenómeno rarísimo en aquel medio y en aquella época. Vicente Tejera apenas dejó dos poesías que se puedan leer hoy con algún agrado, y los demás que habían de distinguirse más tarde en el cultivo de algún ramo de las letras no habían demostrado entonces ni mucho ardor ni excesivo talento.

Con los principios de la revolución aparecen los primeros gérmenes de un florecimiento literario. La inquietud colectiva, el intento de la emancipación, ya vivo en el secreto del corazón de muchos, los primeros sucesos de la guerra de España, la efervescencia sorda de los conspiradores, fomentaban la exposición en público de las ideas y aspiraciones que fermentaban en la cabeza de los criollos. En un teatro improvisado de Caracas, representábanse en 1808 farsas en que se ponía de oro y azul a Napoleón. Fernando VII era entonces el ídolo de la Colonia, y los conspiradores que aspiraban a apoderarse del Gobierno azuzaban aquella idolatría, que por el momento iba directamente contra las autoridades afrancesadas. Principiaron a circular clandestinamente diatribas contra el gobierno de la Colonia, excitaciones vehementes a la rebelión y versos epigramáticos y satíricos contra determinados personajes. Cierto que esto no puede llamarse con propiedad literatura, pero lo cierto es que de allí arranca la afición a expresar con palabras elocuentes los propios pensamientos, afición de que tanto han abusado posteriormente los venezolanos, para tristeza y mengua de lo que podemos llamar nuestra literatura. Cada quien vio en la manifestación escrita de las propias ideas un arma, un medio de difusión de las doctrinas que le fueran más simpáticas.

La revolución abrió ante el espíritu ambicioso e inquieto de la juventud un horizonte espléndido en promesas de triunfo. Toca a otros desentrañar los verdaderos orígenes y móviles de la revolución de abril. Como quiera que fuese, la mayor parte de la juventud de Caracas abrazó con entusiasmo frenético el partido de la rebelión y de aquellos antiguos libertinos que pasaban las noches en vela sentados al tapete o escandalizando la vía pública, borrachos como odres o entregados a fornicaciones ilícitas y escandalosas, salieron nuestros mejores generales, héroes improvisados que corrieron, con distinta suerte, a dirigir los ejércitos de la República.

Pero antes de empuñar las armas escalaron la tribuna. Y entonces oyóse por primera y única vez en el ámbito de Venezuela un conjunto de voces que reclamaban libertad con brillante estrépito. Es sorprendente la elegancia con que solían expresarse aquellos oradores, aun poniendo aparte como sospechosas de mixtificación aquellos acentos impregnados

de desesperada belleza que Juan Vicente González les concede a los labios de Coto Paúl. Cosa curiosa es que la Sociedad Patriótica, que como junta literaria en tiempos bonancibles, hubiera resultado, a la postre, soporosa y vacía, resultó como club revolucionario, una fecunda academia del buen decir. Buen decir hasta donde les era posible obtenerlo a aquellos que debían ser antes que todo hombres de acción. Allí se ejercitó y fecundizó el ingenio que Bolívar debía prodigar más tarde en sus proclamas, las cuales, con no ser ni pulcras ni correctas y con presentar ordinariamente una arrebatada desigualdad en la composición, son verdaderas maravillas de fuego, de penetración y de habilidad. Por lo demás, no es mi intento presentar al Libertador como un dechado en punto de arengas militares y mucho menos de literatura. Su elocuencia lo ayudó mucho en sus propósitos, ni sus sienes reclaman el laurel de Apolo, ni en verdad que sabríamos dónde colocarlo en medio a ese follaje pródigo que la posteridad ha venido echando sobre su cabeza.

Necesario es hacer un esfuerzo mental muy hondo para situarnos en aquellas condiciones en que se encontraban los jóvenes de la época. Quizá el que logre adquirir claramente la noción de lo que aquellos hombres querían y pensaban, sentirá acrecentarse mucho su admiración y su veneración por ellos. No pensaban ni sentían como nosotros; y por eso mismo su obra es muy distinta de la nuestra. La civilización occidental apenas había penetrado entonces de un modo vago y ligero, como brisa atenuada al través de espesas frondas, en la Capitanía General de Venezuela. Aquellos hombres tenían raíces en la tierra nativa, exactamente como un árbol. Como un árbol bebieron del natal terrón impurezas y fuerzas, virtudes y vicios, alegrías y tristeza. Lo que nunca por nuestra desgracia, hemos podido ver realizado después, se realizó entonces: vióse a una generación representativa de las más impetuosas fuerzas sociales, de hombres que iban al sacrificio de su peculio, de su decoro y de su vida con una tranquilidad sencilla, sencillamente espantosa para el enemigo que con ellos se hubieran. No soy yo de los que creen que el examen atento y minucioso de la vida privada de los libertadores puede perjudicar su gloria, ni siquiera en lo más mínimo nuestro respeto. Por el contrario, sería conveniente mostrarles a nuestras generaciones jóvenes que los dechados que exponen con candor tranquilo

los libros de lectura para párvulos y las predicaciones del *Catón* de San Casiano, no hubieran podido realizar en modo alguno aquella obra de bien y de belleza. Pero no han madurado todavía los tiempos de semejantes prédicas.

El movimiento de 1810 transformó naturalmente, antes que el habitual reposo de la colonia, y el carácter de los sucesos políticos, el alma misma de los que dirigían la revolución. Porque ocurre con frecuencia que emprende uno tal o cual prédica y que a poco de estarla ejecutando parece como si nuestras propias palabras vinieran del exterior, ya convertidas en cosas potentes y vivas, a influir sobre nosotros de un modo enérgico, como testigos que reclaman el cumplimiento de una promesa. Los hombres acostumbrados a ver hacia afuera exclusivamente, tornaron la mirada de sus espíritus hacia el interior, hacia los subjetivos paisajes del heroísmo y la abnegación, hacia el concepto de Patria, concepto puramente ideal, y que, sin embargo, ha sido siempre tan fecundo en altos hechos prácticos.

De la tertulia, más o menos amena, del chocolate graso, sorbido en paz dulce y en amable compañía, de las vulgares diversiones en que se complacían nervios y ánimo, pasó la gente a mirar y desear otras cosas más altas y nobles. El pensamiento y la aspiración de la gloria, apunta, como aurora de sangre, en la mente de los libertadores. Y la ferocidad y la vanidad y los apetitos carnales, fueron puestos al servicio de un propósito magnífico y de ese modo convirtiéronse muchos hombres, de imperceptibles petimetres u oscuros menestrales que eran, en admirables tipos de heroísmo y abnegación. Porque la inclinación viciosa, si es fecunda, resulta mucho más laudable que la árida e irreprochable virtud.

Con todo esto se roza de un modo muchísimo más directo de lo que puede imaginarse la literatura. La nueva actitud de los jóvenes hacía posible una comprensión amplia de la vida y abría arcaduces, hasta entonces obliterados, a nuevas corrientes de ideas y sentimientos, y a una primeriza y pálida estética. Aquellos hombres crearon un gesto elegantísimo y bello. Alguna vez se me ha ocurrido, leyendo a Homero, que sin Aquiles y sin Ulises el ciclo homérico sería una bruma densa y funesta en que se esbozarían apenas vagos fantasmas sanguinarios y odiosos. Y eso

precisamente, bruma plagada de odiosas y sanguinarias visiones, viene a ser nuestra historia hasta aquellos días.

La literatura se alimenta de la belleza exterior, es cierto; más requiérese también que exista en el espíritu de la colectividad cierta simpatía comprensiva y embellecedora para sentirla y engalanarla con aquellas flores y delicadezas inexistentes que solemos poner, como una contribución de nosotros mismos, de lo más puro y recóndito de nuestra alma, en los espectáculos de afuera. Ese estado de ánimo lo poseyeron los libertadores en sus inquietantes inquietudes. Pero hicieron algo mejor, y fue crear en la realidad de la vida, una mina de belleza viva y efectiva. Nada más admirable, desde el punto de vista de la literatura, que el alboroto glorioso y épico con que Bolívar circundó, como con nimbo rútilo, la explosión de San Mateo; y el homenaje rendido al corazón de Girardot tuvo todo el esplendor, la gracia y el brillo de la apoteosis de un semidiós helénico. Tan hermosa fue la batalla de Junín, que resultó capaz de crear el único poema épico que contamos en América. Los héroes colombianos, más que Olmedo, son los verdaderos autores de ese poema: suministraron la materia inicial. Asimismo, no es la miel producto de la estúpida labor de la abeja, sino recóndita y dulce prenda de la silenciosa y fragante actividad de las flores.

Supondréis acaso que coloco ahora la acción sobre el pensamiento y que subordino la estética a la simple acometividad cerril de tal o cual bruto. Lejos de mí tal intención. Pero es preciso confesar que los que llamamos líricos actualmente en nuestro país, han escogido exclusivamente para su acción un campo estrecho y no nada fértil. Nuestros líricos odian o repugnan la acción, unos por temperamento contemplativo, otros impulsados acaso por móviles menos desinteresados. La acción es el complemento del pensamiento. ¿Qué es una acción cualquiera, la más espuria, la más abyecta, sino una idea ejecutada? Hemos entregado la acción en manos torpes, y por eso no debemos quejarnos al presente de que produzca torpezas. Ciertamente que torpezas, y muchas, existieron en la época revolucionaria, pero aquellas torpezas eran naturales y espontáneas, y no emanaban casi nunca de un deliberado propósito de lucro. Dejad que el perro ejercite su olfato, mas no le permitáis que os comunique su sarna en contactos cariciosos.

Y luego, aquellos hombres soportaron e hicieron fecundísimo otro gran elemento de arte: el dolor. Poquísimo o nada de cristiano, y mucho menos de católico, tengo yo. Por tanto, no creáis que preconizo el dolor como un remedio o purga para rescatar culpas. No creo en la eficacia ética del dolor. Pero sí creo en su eficacia estética. El misticismo existe sólo por su belleza de formas; y el misticismo es hijo legítimo del dolor. Aquellos hombres, señores, sufrían con intemperancia insuperable. Y esa era una forma de actividad republicana, más peligrosa, en realidad, que todas las batallas ganadas por las hordas libertadoras. No lo comprendieron así los broncos gobernantes que España tenía en nuestro país, y eso fue un error trascendental, tan triste como el de los emperadores incrédulos que oprimieron y martirizaron a los cristianos.

A aquella costumbre secular de sentir y examinar el dolor, y de la escasa aptitud para la acción que nos invade ahora, debemos el que surja, como funesta fuente irrestañable, esa incontenencia lagrimal de que padecen nuestros poetas contemporáneos. Lamentar sencillamente lo malo o alabar lo bueno que hayan hecho los otros, es vilipendio de la propia virilidad. Opugnar con palabras los hechos es aceptar arma inferior y hacer desigual –para la propia desventaja– el duelo.

Aquellos hombres tenían de su parte lo mejor: el desprecio de la vida, el desprecio del dolor, el desprecio del dinero; el amor de la vida, el amor de la gloria, el amor de la verdad. Ninguno, fijaos bien en ello, ninguno aspiró a la muerte voluntaria, ni a la paz arcádica, a aquella bestial utopía de “ni envidioso ni envidiado”, que parece formulada por una vieja bestia de carga; ninguno tampoco fue hipócrita: llevaban sus vicios, no como preseas, sino como miembros naturales del propio organismo.

Aquellos hombres prepararon nuestro florecimiento literario, efímero e infecundo. En una centuria de vida independiente que llevamos, sólo podemos citar con orgullo tres o cuatro nombres que nos honren en bellas letras: Juan Vicente González, Cecilio Acosta, Pérez Bonalde; Bello no es nuestro; Baralt, tampoco. Y fijaos en que de esos tres hombres que cito, ninguno ha dejado obra que pueda ejercer influencia práctica en nuestra generación. El uno dilapidó su talento como millonario demente sus tesoros, en una estéril pugna de política personal; el otro se acogió a un reco-

gimimiento estéril; el último tuvo la debilidad de suicidarse con costumbres que adoptó como protesta contra la pudibundez del medio en que vivía.

¡Y sólo porque todos fueron pesimistas! Hablo a los que serán mañana la fuerza, la única fuera posible de Venezuela. No tengo ni edad ni autoridad para dar consejos. Pertenezco a una generación amorfa que ha de hundir pronto la frente en el eterno manantial del olvido, después que la sumió largamente en el polvo de la ignominia. Acaso nuestros hermanos menores nos excusarán un día el oprobio; pero antes es preciso que corrijan la obra de cuatro generaciones. Por eso me atrevo a aconsejarles el optimismo y el horror a todo género de contemplación. Nada de lo que hagáis es malo; y aun cuando fuere malo, eso malo será con mucho preferible a la vana expectación en que nos hemos sumergido hace años, como en un fango soporífero.

LOS ROMÁNTICOS (1919)

La Revolución de Independencia asumió en los hechos todos los caracteres que después debían predominar durante largos años en nuestras letras, hasta época muy cercana, cuando las disciplinas del estudio vinieron a suplantarse la furia desatada y sin freno de los instintos que buscaban evasión en formas verbales. Salvo, naturalmente, contadas excepciones de escritores y poetas, que, por la índole de su vida, estudios y carácter escaparon a la corriente de la moda, la lírica americana fue un estrépito desapacible de quejumbres, expresadas en formas endebles, titubeantes, vulgares o toscas. De modo que en la Península, donde igualmente carecían de poetas representativos, que fueran lengua de la multitud y voz de la raza, se formó entonces aquella atmósfera de frío menosprecio con que ordinariamente se habla aún de las letras americanas, a pesar de estar corriendo ahora hacia las viejas costas ibéricas brisas americanas preñadas de polen.

El romanticismo americano fue imitación de imitaciones. Siquiera nuestros mayores de la independencia trajeron sus ideas de las fuentes abundantes de la Enciclopedia y de los libros de Rousseau, padre del

romanticismo. Aquí se traducían y divulgaba *El contrato social*, a lo menos entre los escasos lectores que en aquella época podían resistir semejante lectura. Pero esos que la resistían formaron el núcleo revoltoso, que encendió los ánimos en el designio de la revuelta, porque la independencia no fue popular hasta que los triunfos militares decisivos la revistieron con la sagrada apariencia de las cosas fatales.

La independencia fue una formidable hazaña romántica; una de las razones de la rápida popularidad que adquirió el nombre de Bolívar en el extranjero –tratándose, como se trataba, de un caudillo de pueblos remotos, entonces muchísimo menos conocido que al presente–, una de las razones de esa popularidad fue el carácter romántico que adquirió su figura, nimbada con las reverberaciones maravillosas de la leyenda. Los factores principales de la emancipación fueron el amor por las ideas nuevas, el deseo de hacer aplicaciones prácticas de las teorías republicanas, el ímpetu individualista, que sofocado en la metrópoli; renacía aquí con frondosidad casi monstruosa, rompiendo vínculos, disciplina y leyes y encaminándose francamente en determinados puntos de nuestra historia hacia el desconcierto anárquico.

Hubo, a raíz de la emancipación, cierta tendencia a solicitar los caminos serenos de la cultura, buscando apoyo en la tradición española antigua y en el ejemplo de los pueblos contemporáneos de mayor fama, movimiento cuyo representante más glorioso fue Bello, varón todo claridad y equilibrio. Pero ese impulso resultó efímero y sin consistencia. La general novelería, asentada sobre la superficialidad de los ánimos, nos llevó a la imitación desbocada, torpe y ridícula a veces, de modelos no siempre dignos. El estudio de las literaturas extranjeras no se cultivó con formalidad, sino muchos años después, todo se remedaba al través de los remedos españoles. El pseudoclasicismo echó entre nosotros profundas raíces gracias a la ignorancia general de las clases superiores, que iban dócilmente a la zaga de los más hábiles o audaces, los cuales les dictaban la ley con sorprendente desenfado. El pseudoclasicismo era profundamente antiespañol; pero los ánimos estaban tan conturbados en aquellos días de inquietud y violencia, que con sinceridad se creyó que estableciendo el imperio de las reglas preconizadas por Boileau, La Harpe y el señor

Gómez Hermosilla, las letras prosperarían como predio encantado. Se renegó de la tradición española y se buscaron exóticos modelos. Los más célebres autores castellanos perdieron positivamente su crédito, y así comprendemos que la crítica esté ahora estudiando, en trabajos llenos de frescura casi primordial, las obras de los grandes clásicos españoles.

El romanticismo de nuestra lengua se extravió de la manera más lamentable. Tenía en casa los modelos y fue a buscarlos en tierras remotas. Algo de eso comprendió Bello y de tener el espíritu menos embargado por ocupaciones tan numerosas como las que siempre tuvo, habría abierto el camino hacia el porvenir, él que conocía tan bien lo pasado. El hecho fue que los románticos nuestros ignoraron siempre lo que deseaban, de dónde procedían y qué debían pensar ni decir. El romanticismo americano es una explosión de afligidos desconciertos... Los poetas se aislaron del mundo y se pusieron a cantar fantásticos infortunios, olvidándose de aplicar la oreja al corazón de la humanidad coetánea. Es verdad que en torno suyo apenas encontraban sino desorden y amargura; y ni siquiera acertaron a barruntar, detrás de las convulsas fuerzas desatadas alrededor, no agitaciones de mundo en formación, sino estertores y sacudimientos de agonía. Es casi siempre difícil que los contemporáneos alcancen a juzgar con tino los sucesos que a su lado ocurren y lleguen a medirlos en el alcance y significación que tendrán para los hombres futuros; pero en la América de mediados del siglo pasado nadie se dio cuenta, ni siquiera de un modo vago, de lo que ocurría en el orbe. El individualismo desatado en temperamentos débiles y vacilantes produce sectarismo de ínfima estofa. Tal sucedió con el romanticismo en América.

Era lo cierto que carecíamos de verdadera vida intelectual. Pasada la gran crisis de la Independencia, que en Venezuela asumió caracteres tremendos como no hay ejemplo en ningún otro pueblo del Nuevo Mundo, quedaron en pie muchedumbre de temerosos problemas. La población, de suyo escasa antes de la guerra, resultó mermada en tal proporción, que las consecuencias de esos estragos debían prolongarse durante muchísimos años. En general, había la esperanza de que el término de la guerra con los realistas sería el comienzo de una vida arcádica; y al terminar la lucha los problemas eran más graves y más tenebrosos que durante la

guerra misma. Hastiados de aquellas agitaciones aviesas, los hombres de ideas principiaron a desesperar de la ventura colectiva y se pusieron a pensar en la individual y propia. El romanticismo fue eso, el aislamiento de las individualidades desencantadas, que buscaban en sí mismas las fuentes de la dicha. Algo parecido latía en el fondo del romanticismo europeo, con la diferencia de que los románticos de ultramar preconizaban la acción, la vida intensa y desenfrenada, el culto de los instintos, de la inspiración y de la libertad como elementos capaces de ennoblecer la vida humana. El romanticismo americano fue, en cambio, clamor de náufigros que lanzaban imprecaciones retóricas sobre las olas embravecidas de un piélago. Repetían lo que escuchaban a la distancia, pero con voz apagada y temblorosa, como sonámbulo que canta sueños. Y así, eran eco disforme de las voces lejanas; cantaban asuntos de una trivialidad que hoy día nos parece imposible de concebir y soportar; o, cuando elegían temas formales, perdíanse en vaguedades nebulosas, en palabrerías insulsas, como estribillos de maniáticos. A esos dos géneros pertenecían aquellos versos de amor tan sin amor; aquellos madrigales pálidos, inodoros y mustios, como viejas flores de trapo; aquellos sonetos a cuyo final llegamos acezando de angustia o bostezando de fastidio; aquellas odas imitadas casi siempre de Quintana y Gallegos, cuyas estancias paralíticas nos martirizan de tedio; aquellas octavas reales, pesadas como armaduras antiguas, bajo cuyos recios hierros oxidados el versificador parece que pide auxilio, a punto de morir sofocado bajo su pesadumbre; aquellas invocaciones a la Musa, que huelen a galanterías de viejos enamorados, aquellas visiones del porvenir de América, en las cuales, entre chisporroteos de luces de Bengala, comparece una india adusta, de áspero cabello, bravía mirada y ademán zurdo, que presumimos abrumada por las mordorras mortales del trópico.

Sólo percibimos de vez en cuando, como flor entre secos matorrales, alguna linda página de antología, o las risas bonachonas y frescas de algún humorista, extraviado por azar en el cortejo de los plañideros trovadores.

Dos poetas representan en Venezuela, según el consenso general, a la escuela romántica: Abigaíl Lozano y José Antonio Maitín. El primero,

frondoso, hiperbólico, desigual, declamador y gesticulante; el segundo, sentimental, quejumbroso, difuso, de formas desaliñadas: entrambos se entregan en manos del Numen, en el cual podemos calcular que tenían profunda fe. Ninguno de ellos acertó a componer obra de resonancia profunda, pero los nombres de ambos y algunos de sus versos vivirán en el recuerdo de las generaciones.

Cuando Maitín regresó a Venezuela en 1824, frisaba con los veinte años. Oriundo de Puerto Cabello, emigró con su familia a Cuba, donde propiamente se formaría su inteligencia. Carecemos de noticias puntuales acerca de su vida en las Antillas, que acaso podrían ser de alguna utilidad para darnos cuenta cabal de sus tendencias y aficiones. En 1826 fue a Inglaterra, como agregado a la Embajada de don Santos Michelena y regresó a la patria poco después, para no salir más de ella. Su existencia en Venezuela transcurrió tranquila y plácida. Aunque tomó parte eventual en la política, no lo preocuparon nunca los asuntos públicos. Fue hombre de humor pacífico, amante del campo y su tranquilidad y pasó la mayor parte de su vida en Choroní, que para aquella época era un pueblo enteramente rústico. En su vivienda bucólica de Choroní compuso la mayor parte de sus poesías. De modo que sus églogas, como *El hogar campestre* y *Las orillas del río*, empedradas ciertamente de los lugares comunes entonces en boga para tal clase de poesías, no son obra de ficción, sino producto natural de la vida que llevaba el poeta. Podemos calcular lo que Maitín habría sido capaz de producir a poseer mejor preparación literaria y un gusto más depurado y firme, si nos fijamos en los aciertos que aparecen aquí y allá en estas composiciones que hoy día cansan al lector a la primera docena de versos. Sobrado ingenuo era Maitín en la expresión de sus sentimientos, y confundía la llaneza del tono pastoril con la vulgaridad de los afectos y pasiones. Por eso sus declamaciones no nos interesan. La contraposición entre la vida del campo y de la ciudad era un tema ya sobado en demasía para que Maitín consiguiera darle viso de interés. Cuando leemos sus estrofas comprendemos desde luego que falta allí esencia legítima del verdadero sentimiento poético:

Allí al lado se levantan
de peñascos cenicientos
los bucares corpulentos
de dimensión colosal;
y allí el ánimo se olvida,
en su embeleso profundo,
del laberinto del mundo,
del ruido de la ciudad.

Y luego, la pintura del campo, hecha más en tono de inventario fiscal que de recuento poético y las razones que endilga a un “bello y descuidado pajarillo” nos parecen hoy en día de insoportable y soporosa trivialidad.

Cuando el poeta se va a pasear a las orillas del Choroní, con un libro de Lamartine bajo el brazo, si no nos sorprende con la novedad de las estrofas, nos abre una ventana clara sobre su espíritu. Por esa ventana podemos mirar hacia el alma del bardo. El espectáculo que nos ofrece no es extraordinario, pero sí plácido. La luz es clara y dulce: luz de mañana primaveral, y ciertamente pasa un soplo de idilio algo insípido por las estrofas que a cada paso deslucen descuidos mayores de marca y que a veces se nos antoja simples borradores tomados de prisa para fijar las líneas generales del poema. A lo menos sospechamos que en ciertos momentos el espíritu del poeta estuvo en positivo contacto con la naturaleza circundante, y si se le escapó su esencia, experimentó a lo menos la emoción estética intensa, gracias a la cual existen positivamente las bellezas naturales. El libro de Lamartine ilumina el paisaje de una manera sutil al través de los años. Ni Maitín ni sus coetáneos imitadores —que los tuvo— acertaron jamás a ver el paisaje con ojos propios y límpidos: lo contemplaban al través de la bruma que las lecturas exóticas les ponían en los ojos, y no son los versos de *Jocelyn* ni las *Meditaciones*, los más propios para apercebir a un rústico poeta del trópico americano a contemplar con claridad la áspera vida que nos rodea ni a interpretarla como acertada música. El mal de los libros es, según se ve, más viejo de lo que suponen muchos. Imaginamos a los próceres literarios de la primera mitad del siglo pasado hombres sencillos, no contagiados aún por el “mal del libro”. La verdad es que la imitación, el diseño, acaso oscuro, pero cierto, de

alzar la voz, a concertarla con la de los grandes poetas europeos, que les revelaban emociones e inquietudes desconocidas, entró por mucho en el afán literario de nuestros poetas de aquella época. Carecían de la cultura indispensable para explicar sus confusas emociones ante la naturaleza que los sofocaba con el hálito de su tórrida fuerza brutal. Y desorientados, iban en busca de los reveladores exóticos, en vez de apercibirse por el estudio lento y formal a la asimilación y a la expresión del mundo familiar. Está averiguado que los mismos conocimientos rudimentarios, indispensables a la cultura de un literato, eran entonces raros en el país, y sólo llegaron a poseerlos contados individuos de la época. Es imposible, a estas horas calcular cuál sería el libro de Lamartine que acompañaba a Maitín en sus solitarios paseos por las márgenes del Choróni, ni si estaría en la lengua nativa del autor o sería alguna desafortunada traducción de las varias que en castellano existen. El caso es que el poeta se contentaba con leer a Lamartine, escuchando las endechas rústicas del “pajarillo”, y, con candorosa serenidad, se resignaba a pasar así “la dulce vida, pacífica y ligera”. “¡Qué espíritu de paz mora en los ríos!”, prorrumpe el poeta con voz que nos parece va a elevarse a deleitoso clamor poético, como recio grito de fauno que se refocila en la soledad de la selva sagrada; pero el grito se apaga en salmodia opaca y rutinaria, el clamor se quiebra y ahoga en el monótono murmullo de la retórica al uso. El libro fatal vuelve a adueñarse del corazón y la mente del bardo, y a sus plantas las aguas siguen corriendo, plácidas y burlonas, en eterna fuga cristalina, y el pajarillo gorjea físgón ante las estrofas en que su cántico no estalla hecho música como habría podido si el bueno del poeta hubiera puesto menos atención en su libro que en la vida que a su lado se estremecía, como una enamorada imperiosa y violenta. El caso se ha repetido después, y por eso resulta ejemplar. La vida abre los brazos hambrienta de rudas fecundaciones, y a su lado discurren, estudiando posturas y aderezando gemidos apócrifos, los que dicen tener hambre de conocerla y sed de amarla en sus formas puras y espléndidas. Maitín creía haberse convertido en arpa eolia y olvidábase de poner atento oído a la furiosa vibración poética con que se estremecía a su lado, envolviéndolo en una caricia luminosa y cálida, la naturaleza por él olvidada o desconocida.

El poema de Maitín que permanece resonando al través de los años es la *Elegía* en la muerte de su esposa, a pesar de los defectos que se le han señalado –algunos de los cuales son tonterías de críticos trasnochados– y de otros más graves que no se le han señalado aún. El vapor de lágrimas que exhalan sus estrofas es tan violento y amargo que los lectores más lerdos comprendieron desde el primer instante que aquel era legítimo latir de entraña lacerada, voz de sentimiento sangrante y vivo. Todas las quejumbres anteriores del poeta aparecen en su sequedad fría y marchita después que uno ha leído este canto empapado en ardiente rocío de llanto. Es muy probable que si Maitín no hubiera pasado por la amargura de perder a su compañera, su nombre hubiera quedado perdido en la cáfila de poetas gemebundos de la era romántica. El dolor abrasó con llama purificadora todos los floreos postizos de su poesía y dejó resplandeciendo entre las cenizas los grumos de oro del sentimiento patético.

En la insulsa flora lírica de ese tiempo, aquel Canto descuella con la siniestra gallardía de un asfodelo fúnebre. Un hecho resulta evidente: y es que mientras en obras compuestas con frialdad de retórico, Maitín ostenta un desorden estrafalario en el plan del poema, hasta el extremo de que presumimos en ocasiones que componía dejándose arrebatar por los momentáneas caprichos de la imaginación. El *Canto fúnebre* tiene, por el contrario, un plan juicioso, bien trazado, y al cual se ajusta con firmeza feliz el desarrollo de los versos. En una pieza de tal extensión no es posible que un poeta de las condiciones de Maitín sostenga el ímpetu y reitere los aciertos sin mucho esmero de lima y atildadura. Es lo más prudente atenernos a esta idea y pensar que si en todo caso se hubiese conformado a tal procedimiento, nos habría legado acaso unas cuantas obras poéticas de primer orden, en vez del fárrago que desanima y desconcierta a los curiosos de mayor cachaza. Todos los críticos y prologuistas de Maitín y todos los recopiladores de parnasos venezolanos han alabado este canto con entusiasmo, pero ninguno se ha fijado en que por sus rasgos esenciales difiere de todas las demás poesías de Maitín. Allí no hay nada de Zorrilla, ni de Lamartine, ni de nadie que no sea de Maitín; ni hay tampoco romanticismo: la cadencia se desenvuelve mesurada, llorosa y dulce, asumiendo a veces temblores

de suspiro o sacudidas de sollozo. El lenguaje es más puro y la dicción más fácil que de ordinario, y después de catorce lustros podemos releer ese poema con noble emoción artística.

La *Elegía* parece un testamento, y lo fue positivamente. La muerte de la amada lo quebrantó en todas sus fibras, y su voz de desconsuelo suena como el gemido de una viudez sin remedio. La esposa muere de súbito, sin poder decir al poeta una frase de despedida. El poeta, sólo en su agonía, recorre la casa, el aposento mortuorio, el cuarto de labores de la amada, la huerta mustia que sus manos cuidaban, el jardín ensombrecido, el camino donde un mendigo tiende la mano que ya no volvería a recibir la limosna habitual, las márgenes de aquel río, que la muerte embellece aún con su recuerdo, contempla el cielo estrellado y la luna pálida, y, por último, penetra en el cementerio a exhalar sobre la tumba aquellas dulces y sencillas palabras, perfumadas de dolor candoroso:

Adiós, adiós. Que el viento de la noche,
de fresca y de olores impregnado,
sobre tu blanco túmulo de piedra
deje al pasar su beso perfumado.
Que te aromen las flores que aquí dejo,
que tu cama de tierra halles liviana.
Sombra querida y santa, yo me alejo;
descansa en paz... Yo volveré mañana.

A la verdad, a un poeta que no era ciertamente lo que llaman ahora un cincelador, no podría pedírsele mayor suma de aciertos en una poesía de esa extensión y tema.

Hoy día no nos damos cuenta de la popularidad que alcanzó en vida Maitín, y que acaso ningún otro ha logrado en tal extremo. En la trulla coetánea de versificadores de comilonas, bodas y bautizos, él, naturalmente teñía que descollar como un cedro entre matorrales. Después del largo período tenebroso de la guerra de Independencia y de los primeros trabajos de organización de la República, su voz parece canto de alondra que anuncia el día. El amor por las bellas letras, por los buenos modales y por la cultura renacía rápidamente. El Romanti-

cismo, que tan tremenda fuerza difusiva llegó a tener entre nosotros, embargaba todos los ánimos y los preparaba para la admiración que veinte años antes no lo hubiera podido obtener a causa de la barbarie producida por una guerra larguísima en un país míseramente poblado. Todas estas circunstancias, que lo favorecieron en sus comienzos, lo ayudaron a granjear fácil fama, y sin duda lo estimularon en el cultivo de las letras; le fueron adversas por cuanto el aplauso de la turba lo afirmó en su desidia de versificador y le impidió poner mayor celo y escrúpulo en la revisión de sus poesías. Sólo en el *Canto fúnebre* se vislumbra el paso de la lima. Sus demás composiciones son silvestres, salvajes, podría decirse.

De que Maitín fue espíritu noble y honrado no nos queda duda; ni tampoco de que tuvo fina sensibilidad poética. Escribió versos por vocación, por impulso espontáneo, sin designio de medro ni siquiera de gloria. Durante años fue un hombre probablemente feliz y entonces puso extraña complacencia en atormentarse con angustias literarias que no tuvieran consistencia de realidad viva, pero que traducían las sordas inquietudes de aquellas primeras generaciones de la República, que andaban desorientadas entre ilusiones efímeras y desconuelos amargos, que lo habían esperado todo de la Independencia y a quienes la Independencia planteaba pavorosos problemas que presenciaban las inquietudes de la Europa que iba cambiando de aspecto merced a las bruscas convulsiones que la sacudían, y que temían el porvenir porque apenas tenían confianza en sus propias fuerzas. Jamás pulsaron sus dedos las cuerdas de la lira de los cantos civiles: confidencial, bucólico y funerario, apartado del mundo por el cual pregonaba un desdén decidido, su poesía era como melancólica isla de sueño y cavilación, donde encontraban cierto descanso taciturno las almas contrastadas por los vientos tempestuosos del siglo:

Quiera vivir tranquilo
en dulce somnolencia,
gozando de mi grata
meridional, apática indolencia,

decía en uno como eco disforme de las avenas virgilianas, de los claros suspiros bucólicos de Fray Luis de León. Con la diferencia de que el venezolano parece soñar con las disolventes quietudes del nirvana, mientras en la égloga clásica vibra un intenso anhelo de vida activa, plácida y noble. Maitín desdeñó la existencia en versos pálidos en que asoman los mismos lugares comunes del romanticismo español acerca de la esterilidad de toda pasión y de toda esperanza. Cuando Maitín experimentó en realidad la mordedura de las penas, rompió con los convencionalismos encapuchados de tinieblas y gracias a la muerte y al dolor conoció el precio de la vida, del amor y de la ventura de que tal vez no disfrutó plenamente nunca, envenenado por las convenciones más absurdas de la moda romántica. Acaso en el silencio que luego guardó el poeta hasta su muerte, ¿no podríamos encontrar una señal explícita de que su temperamento no poseía la capacidad de la elocuencia en el quebranto? El *Canto fúnebre* fue como el desbordamiento de las lágrimas en el ánfora de su corazón. Cuando el dolor se convirtió en tristeza, el poeta se sumió en el silencio como en ófrico claustro.

Su actividad literaria duró diez años: de 1841 al 51; en ese lapso publicó todos sus versos. Si en vida alcanzó popularidad dilatadísima en América, su nombre parece hoy apagado. De su vida apenas conocemos los rasgos generales, y por la escasez de noticias que de ella tenemos no parece un poeta contemporáneo nuestro *casi, sino* algún aeda de tiempos remotos. Tal nos ocurre con los más de nuestros grandes hombres, cuya efigie real se borra pronto en el recuerdo de las generaciones, las cuales sustituyen con una figura convencional de leyenda. Maitín será por siempre para los venezolanos el poeta pálido y desesperado que recorre el sendero que va de su casa rústica al cementerio, exhalando en dulces gemidos la pena irremediable que le clavó en el corazón la muerte brusca de la esposa, mientras en torno suyo la naturaleza del trópico prospera, hosca y agria, y las aguas del Choroní baten las orillas con musicales quejumbres.

* * *

Al lado de Maitín aparece como su hermano y émulo Abigaíl Lozano, poeta en quien concurrieron todas las prendas de un espíritu profundamente lírico, que interpretó espontáneamente la naturaleza en acentos que espiraban musicales dulzuras y en los que se confundían las voces del numen violento y clamoroso con los peores excesos de una imaginación calenturienta y estrafalaria, en la cual, sin embargo, podemos contemplar, como en límpido espejo, los estremecimientos, las inquietudes y las veleidades de los espíritus venezolanos contemporáneos suyos.

Salvo el tremendo Juan Vicente González, ningún espíritu de la época representa mejor, en efecto, el alma atormentada de su generación como el poeta de *Horas de martirio*. Desenfrenado cantor del amor, del heroísmo y de las encendidas pasiones políticas que inflamaban a la Venezuela de entonces, sus versos son el trasunto fiel del mundo en que se vivió, cuya atmósfera tempestuosa olía a centella, y temblaba con el medroso estampido de los truenos que sacudían el mal seguro edificio de la Patria recién nacida.

Lozano, semejante a Maitín en alguno de sus aspectos, en el color con que reviste las imágenes del mundo que suele ofrecernos, no se apartó de la vida activa, como éste; permaneció en la ciudad mezclándose a la vibrante agitación cívica, al bullicio truculento dentro del cual su voz a veces se alzaba, aguda y clara como toque de clarín, sobre el fiero estrépito de los combates. A veces los rugidos de *El Herald*o encontraban un eco armonioso en la cítara del poeta. El turpial unía sus conceptos a los bramidos del león.

Abigaíl Lozano nació en Valencia en 1823. De niño fue llevado a Puerto Cabello, donde se le reveló su vocación con tan impetuosa fuerza que desde aquel momento no fue sino poeta. Es uno de los pocos venezolanos que ha tenido por oficio las letras. Es el poeta. Sus demás aptitudes y actividades desaparecen ante el ejercicio de su don lírico. Sus biógrafos nos dicen que la extremada pobreza en que vivía su familia le impidió dedicarse al estudio. Lo cierto es que cuando comenzó a escribir carecía de preparación técnica. Y si bien es verdad que con los años fue cultivando el espíritu por medio del estudio, careció siempre de la disciplina que tanto facilita y arraiga los conocimientos de humanidades indispensables a un poeta profesional. Esos primeros años suyos de penuria, en que se-

guramente hubo de luchar con mil obstáculos para imponer su vocación, nos dan la clave de sus desigualdades, arrebatos y continuas violencias contra las reglas, que si conoció luego no respetó nunca. Podemos imaginar a Lozano mozo y pobre, con la cabeza poblada de armonías confusas, con la oquedad de un caracol marino, discurriendo, a solas en su melancólica cavilación, por las orillas que atruena el mar con su cólera sempiterna. Acaso ningún espectáculo se hubiera acordado mejor con la índole e inclinaciones del poeta como el fragor salvaje de las olas rompiéndose en espumas contra las costas sombrías, mientras las gaviotas lanzaban sus chillidos sobre la desolación del paraje. Pensemos que entonces el mundo estaba envenenado por el disgusto de la vida, y que los hombres vacilaban entre las ruinas que acababa de aglomerar la revolución y la perspectiva sembrada de incógnitas. Los poetas de Europa eran hombres desesperados y clamorosos que buscaban en vano en el propio canto consuelo a la incontrastable amargura que devoraba las entrañas de las generaciones como cáncer sin remedio. Vivían en el desorden y la incertidumbre, se dejaban arrebatar por las pasiones como leves aristas y al sondear el propio corazón encontrábanlo lleno de soledad y tinieblas. Los antiguos ideales yacían por el suelo, truncos y mancillados, como imágenes que ultrajó el furor de una tribu iconoclasta; y nadie acertaba a columbrar los ideales nuevos de infundir calma y fe en los corazones atormentados.

Cuando la poesía, preñada con los gérmenes románticos, arribó a nuestras playas, encontró los espíritus abonados para la siembra. Tras unos breves años de relativa calma, la nación era presa de nuevas convulsiones. Los bandos tradicionales hacíanse una guerra sin piedad, aferrados a fórmulas vacías y entregándose a la furia de la intransigencia en una pugna que vino a culminar en la mayor catástrofe de nuestra historia con la ominosa y estéril guerra de los Cinco Años.

Lozano estaba contagiado del mal de la época, de la fiebre romántica. Pero su temperamento era más propio para la acción que el de Maitín. Maitín se había encerrado en su retiro arcádico de Choróni, a donde llegaban los ecos del mundo apagados por la distancia, aunque siempre ponían a temblar en vibraciones profundas el laúd del poeta. Lozano se

dejó arrebatarse por el torbellino. Toda su mocedad violenta y apasionada vibró al unísono con el treno de zozobra y pesadumbre que parecía exhalar el universo civilizado. En su corazón sentía vibrar el llamamiento que le delataba su parentesco con todos los que sedientos del ideal y creyéndolo imposible para el hombre, imprecaban ante la irónica inmensidad que ellos mismos habían despoblado de dioses.

En sus primeros ensayos fue muy afortunado. Es cierto que entonces aciertos tales como los suyos en un principiante llenaban de legítimo pasmo a los letrados de mayor autoridad, incapaces ellos mismos de hilvanar dos estrofas de ritmo tolerable. Los primeros esbozos poéticos del joven valenciano fueron acogidos por un coro de aplausos. Guzmán el viejo, que estaba en el apogeo de su talento, insertó en *El Venezolano* una de sus poesías, y seducido por el inaudito fenómeno que representaba aquel muchacho que de tal modo resucitaba la auténtica música poética en medio del árido estridor de la contienda política, lo ayudó a venir a Caracas y le dio colocación en su periódico.

Pero Lozano no tenía inclinaciones liberales, o a lo menos no las comprendía como el polemista que lo apadrinaba. Siendo romántico desenfrenado y furibundo, sentíase inclinado al partido conservador, concluyente señal de la confusión que reinaba en cuestiones de nomenclatura política. En desacuerdo con Guzmán, Lozano se apartó de *El Venezolano* y se dedicó plenamente al cultivo de la poesía. De poseer educación literaria formal, habría podido entonces producir hermosas poesías definitivas. Pero siempre confió demasiado en el estro propio, e imbuido en esta confianza despilfarró los tesoros de sus facultades en deplorables excesos de fecundidad. Fue en esa época cuando publicó *El Álbum* y *Flores de Pascua*, periódicos literarios que no conocemos.

El régimen surgido de la tragedia del 24 de enero lo echó de bruces al camino de la política, en el cual su acción no tuvo mayor brillo. Secretario de la Junta de Barquisimeto el 54, fue luego confinado a Valencia. Los azares de aquellos días revueltos y tempestuosos lo pusieron a la cabeza del Estado Mayor de una brigada en marzo del 58. El mismo año fue secretario de la Gobernación de Valencia. Más tarde estuvo al frente de una sección en la entonces Secretaría de Relaciones Exteriores. Fue también

diputado por el Yaracuy, en cuya capital, San Felipe, casó. Torres Caicedo asegura que una historia de amor lo llevó al Yaracuy.

En enero de 1861 recibió el nombramiento de cónsul del Perú en San Thomas. De qué manera obtuvo este peregrino consulado, es cosa que no sabemos. Pero fue allá, en esa antilla, donde al fin pudo disfrutar de alguna calma. Es lástima que la habitual precipitación con que componía sus versos, arraigada durante una vida agitada e inquieta, fuera ya vicio incurable en él; su gusto hallábase estragado por la permanente improvisación, y a ello debemos atribuir que la edición completa de sus obras (París, 1864) no esté revisada con el gusto acertado y firme que fuera de desearse.

De San Thomas fue Lozano a Nueva York, como secretario del famoso general mexicano Antonio López de Santa Ana. En Nueva York murió a la edad de cuarenta y dos años. Vida breve e intensa.

Alcanzó Lozano una popularidad, extensísima para la época, en Venezuela y en la América de nuestra lengua. En Venezuela sus versos leíanse entre deliquios; y del crédito de que gozaban encontramos señales evidentes en los periódicos de la época. Fenómeno éste naturalísimo, porque el poeta condensaba y exponía en sus estrofas los sentimientos que privaban en el ánimo de los venezolanos de entonces. Entregados a los furores insensatos de una guerra continua, las almas llenas de violencia y de rencor encontraban no sé qué recóndita delicia de reposo en los versos amargos y llorosos de *Tristezas del alma*. Y en cuanto a sus odas sobre asuntos políticos, exasperaban las pasiones imperantes, halagándolas, puesto que como poeta cívico fue sectario al igual de todos sus contemporáneos. Los espíritus más lúcidos y graves de aquella época sufrieron todos la ceguera de la pasión política. Cosa rara; ahora podemos ver que el único a quien no cegó nunca el furor banderizo fue a Juan Vicente González, a quien sus coetáneos consideraron siempre como un energúmeno. Nosotros, a la distancia, vemos ahora que el atleta de *El Herald* era güelfo para los gibelinos y gibelino para los güelfos, porque era el único que estaba encaramado en la colina del espíritu. Lozano no tenía la potente visión ni la tremenda fuerza lógica de González, y veía los sucesos como todos sus conciudadanos. Es deplorable: porque imaginaos las cosas profundas, te-

rribles y duraderas que nos habría dicho si acierta a disfrutar de la taladradora visión que poseía el autor de las *Mesenianas*.

Los dos polos que solicitaron la simpatía, vehemente siempre, de Lozano, fueron la Mujer y la Patria; y así, su poesía es o amatoria y sentimental o patriótica y épica. A intervalos intenta alzar el vuelo a la atmósfera filosófica y religiosa, pero esas regiones parecen vacías para sus alas, que necesitaban las consistencias de la pasión. La pasión era la fuerza motriz esencial de toda su poesía; y precisamente cuando la simula es cuando su impulso decae; y se pone a hilvanar aquellas frases de moda y sustancia que nos producen impresión de hojarasca alborotadora y vana.

Juan Vicente González –con cuya figura nos tropezamos a cada rato en estos paseos literarios, porque era el único escritor de su época que tenía autoridad y aptitud de crítico– intervino en la polémica literaria que sostenían Lozano y Peoli –aquel mismo desdichado Peoli sobre quien debía caer la garra tremenda del polemista, con uñas de latín esta vez: *¡crepitus ventris!*– para decir cosas atinadas y prudentes, empapadas de serena justicia. Allí traza, en unas cuantas frases, la fisonomía moral del poeta. Comentando la *Oda a Barquisimeto*, poesía de índole sectaria, escribe: “Pero no es la guerra, ni sus horrores, ni su entusiasmo santo lo que parecía llamado a cantar: pluma más propia para describir las emociones delicadas del alma, la turbación de los sentidos y la fiebre del corazón”. Y agrega: “Los versos del señor Lozano son una verdadera nosología del amor sensual”.

He aquí una buena flecha clavada en el blanco. Lozano, en efecto, no parece haber amado nunca sino con aquella violencia sacudida por decaimientos y por exasperaciones que delatan la superficial turbulencia del afecto. El maestro de las *Mesenianas* lo compara a Safo, con agudeza de criterio sutil. Su palabra erótica tiembla, insegura y cálida, se desmaya en voluptuosos susurros, clama con recio son de *evohé* desatado entre las pródigas lujurias del bosque tropical, o musita con acongojada dolencia, como una hembra impura martirizada por la abundancia del placer. Cierto que la inquietud amorosa late en todas estas poesías balbucientes y vagas en que el sentimiento se difunde como un tenue perfume emanado de las palabras, aunque ajeno a su recta significación. Pero, satisfecha el ansia ínfima de expresión, el poeta

siente el hastío amargo que le produce nauseabundo sabor de cenizas, y es entonces cuando exclama, transido de angustioso cansancio:

Que los amores del mundo
son el árbol de Sodoma,
cuya misteriosa, poma
cenizas al labio da.

He aquí al romántico desembozado. El mismo no sabe lo que busca ni lo que anhela, y en este frenético correr por la vida, va de desengaño en desengaño, porque la vida real se le aparece de continuo en contradicción flagrante y pungente con el ideal que él propio aderezó en la misteriosa estancia de los sueños. Padebió Lozano del agudo mal romántico que solicitaba la realidad de los propios ensueños en el mundo exterior. El desbarajuste sentimental del romanticismo proviene de un fenómeno que a Lozano y a sus coetáneos y compañeros habríaseles antojado peregrino invento de la crítica: *sufrían por falta de idealismo*, por carecer de la energía necesaria para consagrarse al culto del ideal en el intangible recogimiento de la vida interior, y para colocarlo valerosamente en el mundo, como quien planta una azucena en un río. Le concedió una importancia desmesurada a los fenómenos de la naturaleza circundante y a las contingencias de la vida; y jamás se percató de que el universo que él contemplaba no era triste y lóbrego sino porque reflejaba, como espejo leal, la tristeza y lóbreguez del propio espíritu. La generación romántica tenía la voluntad enferma y la inteligencia apolillada: sólo conservaba fresca y lúcida la imaginación, para mayor desventura propia. Es lo cierto que situándonos dentro del ambiente en que vivió Lozano, era imposible conservar incólumes y firmes aquellas facultades. Maitín permaneció siempre apartado de la contienda pública, del choque de las pasiones y de la lucha enconada de los contrarios intereses; y si sus lágrimas corrían a menudo, supo encontrar, con todo, la nota blanda y dulce que envolvía en suavidad sedante el dolorido son de los sollozos. Pero Lozano vivía en contacto con aquel áspero mundo, erizado de espinas, como un cardenal de los campos natales; y su mirada sólo encontraba hasta los remotos

ámbitos del horizonte, tribulación y violencia, sangre y lágrimas. Entre la guerra política que había sembrado de ruinas el territorio de la patria y la guerra social que iba a dispersar esas mismas ruinas, su espíritu andaba desorientado como un pájaro tímido. No tenía alas de procelaria ni sus remos podían elevarlo a aquellas alturas desde las cuales las águilas solemnes pueden contemplar el estrago de los turbiones. Así, pues, el huracán le arrebató en su ímpetu.

La canción a Barquisimeto, considerada como su mejor poesía de índole cívica, tiene, en medio de aciertos eventuales, cierta rigidez insípida, cierta compostura inusitada en el poeta, que delata desde luego el alarde retórico más que la explosión apasionada de los sentimientos. A la penetración de Juan Vicente González no escapaba esta circunstancia cuando decía en su artículo de *El Heraldo*, antes mencionado: “La oda ha venido a ser un compuesto convenido de énfasis, grandes palabras, imágenes fastuosas, exageración oriental y por voz el mugido lírico de que hablan los franceses. Es un género artificial...”.

Y esos mismos caracteres explican por qué no ha perdurado en nuestra literatura una sola oda; y por qué ha caído el género en desuso cabal. Cualquier poeta actual de lengua española retrocedería lleno de horror ante la empresa de componer una oda a la manera de aquella época; tanto desacreditaron el género los contumaces pseudoclásicos y románticos de España y América. En trabajos de esta naturaleza, en que el versificador ha de ceñirse a un plan claro y seguro, la musa de Lozano tropezaba, si no caía en la vulgaridad y la afección que se respiraban en la atmósfera literaria. Ni acaso, en el fondo, tenía la convicción que hubiera sido menester para conservar el tono ardiente que pide tal poesía. Por eso, aun tratándose de asuntos que siempre nos interesarán por sí mismos, porque son sucesos trascendentales de la historia de la República, permanecemos indiferentes ante el “mugido lírico”. Si en la época en que se compusieron estos cantos pudieron encender los corazones en odio y entusiasmo, ahora apenas si nos interesan a algunos escudriñadores que en vano tratamos de inquirir el perfume siquiera desvaído y lejano de estas flores retóricas. No lo conservan y es posible que no lo tuvieran nunca.

En cambio, las poesías amoratorias y sentimentales ostentan el encanto prístino empañado y todo por el paso del tiempo, como esos viejos retratos que parecen sonreírnos con cierta gravedad melancólica al través de la borrosa palidez con que los años los han revestido. Los deseos y amores de los hombres del trópico, vivaces e inconsistentes, como llamaradas de hojarasca, iluminan con lumbre encarnada y efímera estas estrofas en que el ritmo mismo y las mismas combinaciones métricas favoritas del poeta nos producen cierta impresión de antigüedad. Mas el amor que late en las estancias no es propiamente el amor generoso y puro que halla en sí mismo alimento, recompensa y gloria. Tal elevación de espíritu no parece posible en el estro de Lozano, cuyos desfallecimientos tienen resonancias de deliquio y jadeos de orgasmo; por donde no andaba descaminado Juan Vicente González al recordar a este propósito el zumbiar de oído y el oscurecimiento de la vista que en ciertos trances aquejaban a la infeliz poetisa de Lesbos. Por eso el poeta parece andar de pasión en pasión y de tristeza en tristeza, como víctima de un destino fatal.

Acaso se creyó firmemente víctima de tal destino, él, que si surgió como todos los hombres de la época en nuestra patria fue –hasta donde podemos conjeturarlo por los hechos que conocemos– un hombre relativamente dichoso. Encumbrado rápidamente de la oscuridad a la gloria, si no a la fortuna, sólo tuvo suerte desdichada en su final trágico, lleno de inexploradas sombras. Parece como si el destino irónico hubiera querido envolverlo al fin en sus redes siniestras para vengarse de todos los inocentes reproches que el poeta había exhalado en las horas de frenesí lírico, cuando solía exagerar las propias desventuras.

Su interpretación del mundo y de la vida era curiosa, en medio de las vacilaciones y titubeos que en él notamos. Más que a las severas pautas de un sistema filosófico o religioso, ateníase frecuentemente al momentáneo dictado de su sensibilidad; y aun podemos honradamente suponer que no siempre sintió lo que dijo, si bien cuando parece más sincero, por lo sostenido de la elocuencia de ese tono, es cuando ante la naturaleza del trópico, imperiosa y abrumadora como una amante brutal, prorrumpe en aquellas voces llenas de incertidumbre y de frenesíes, en las cuales parece revivir el culto del aborigen por los fenómenos naturales. Hay algo del

asombro temeroso del salvaje en estas explosiones de adoración ante la naturaleza deificada. El espectáculo avasallador del mar y del bosque, ambos de apariencias misteriosas y hostiles, parece como si lo abrumaran, obligándolo a postrarse de rodillas ante los portentos de la tierra fecunda e incomprensible. Como necesita creer que hay seres en el espacio para interpretar la vida que lo sorprende y amilana, puebla la selva y las aguas de entes sutiles y poderosos y confunde a la naturaleza con Dios. Era casi el panteísmo filosófico, sin que probablemente el poeta cayera en la cuenta de ello. Pero su dios, Jehová, como gusta escribir, está lejos de él, en los fenómenos distantes, y nunca siente la presencia divina en el propio corazón, como fragancia, como música, como deleite, cual les ocurre a los seres místicos. Lozano, que era profundamente sensual y materialista, a pesar de todos sus coloquios con Jehová, no acertó nunca a columbrar la verdadera presencia divina en el orbe. Se olvidaba demasiado de sí mismo para que le fuera dable encontrar a Dios, a quien es menester buscar en la hondura de las propias entrañas.

Porque la animación de las cosas es en su poesía un recurso tosco, un artificio análogo al de mover títeres con cuerdas. Se descubre a leguas la trampa. En sus *Crepúsculos*, por ejemplo, la tierra “ahogada en perfumes”, principia a dormitar y “murmura religiosa un himno, una plegaria de indefinible amor”. Y el poeta comienza a enumerar las voces de la orquesta crepuscular: brisas, aves, fuentes y árboles. Las cosas no tienen, a su entender, bastante elocuencia en sus formas, en sus colores, en sus matices; y entonces recurre a otros elementos extraordinarios que sin duda le parecían más poéticos, y que en realidad resultan comparaciones exóticas en el cuadro: “el Ángel de los Bosques levanta sus cortinas de verde enredadera para asomar la faz” y “las aves entre sueños preludian en su nidos... para cantar la vuelta del Ángel de la luz”. Y cuando vuelve la aurora el poeta promete a Jehová colgar de un sauce la cítara de los acordes llorosos y cantar solamente los esplendores de la naturaleza.

El poeta no se atreve a cantar la mañana, seguramente porque teme que a sus claros fulgores se desvanezca para siempre el fantasma de las pesadumbres. La tarde es cómplice de las melancolías sin motivo, de esas desazones confusas que se suponen sin remedio y que son fruto natural

del cansancio de las potencias del espíritu, abrumadas por el despilfarro de energías preciosas; y nos devuelve macilentos a la noche, a que nos restaure a las fuerzas que el día tórrido devora con voracidad inextinguible. La mañana, llena de claridad y frescura, reconciliadora del espíritu con el deber de la faena que hemos de cumplir, no existe para el poeta, cuyo espíritu sólo encuentra ímpetu para cantar a la luz del Véspero melancólico, cuando la tierra se envuelve en alboroz ceniciento, presagio de la Noche; y el hombre, fatigado e inquieto, se siente más solo y mísero, más entregado al poder de las potencias que sospecha activas en medio de las cosas que lo rodean. Y esta inquietud que sólo puede vencerse a fuerza de compenetración con la naturaleza misma, era en el poeta desazón aguda y desconcierto grave. No se encontró nunca a sí propio en el caos de sus sentimientos y pasiones, y ello fue sin duda una de las causas de su debilidad como poeta. Anduvo por el mundo como a tientas e ignoró hasta el fin cuál debía ser su rumbo, su función y su designio. De poseer una preparación formal, es posible que habría hallado el camino, convirtiéndose en poeta representativo de su época; pero de tanto vacilar resulta endeble; y su voz, que nos llega aún al través de las distancias, parécenos cascada por irremediable caducidad.

En cierto modo, Lozano tuvo, sin embargo, curiosidades más agudas y amplias que la mayor parte de sus contemporáneos en Venezuela. Echaba desde su modesta atalaya ojeadas hacia el mundo coetáneo, en cuyas peripecias parecía interesarse. Cercano aún a Napoleón, cuya figura tenía entonces cierto relieve monstruoso y confuso, cantó al Corso vencido en estrofas llenas de irregularidades y violencias, en las cuales no escasean los aciertos, aunque el lector moderno no soporte el conjunto, con sus exorbitancias y endebles. Nada más grato al corazón de un romántico que el apoderarse del gran soldado para abrumarlo con clamores enfáticos. En general, los románticos no comprendieron el papel histórico de Napoleón. Los nuestros, especialmente, no barruntaron ni aún el significado de la Revolución francesa, o bien, lo disimularon con eficacia. Napoleón aparece a sus ojos como la encarnación del heroísmo cabal e Inglaterra como “la pérfida Albión” que hace el papel de traidor en la tragedia napoleónica: no habían concatenado aún el ciclo lógico de

revuelta, difusión revolucionaria y caducidad del militarismo expansivo encargado de difundir los gérmenes democráticos; no comprendían aún que para que la Revolución pudiera triunfar era menester que desapareciera el “ogro de Córcega”, como decían los legitimistas, más tontos, aunque menos honrados que los buenos de nuestros románticos. Pero es obvio que a Lozano no podía pedirle más de lo que realmente dio: una interpretación del mundo en que vivía; interpretación algo pálida, y que el tiempo ha destruido rápidamente, pero que todavía conserva en sus líneas fundamentales la esencia del sentir de las generaciones que lo aplaudieron con tan fervoroso frenesí, que todavía, apoyando el oído al corazón de nuestra historia, percibimos el eco claro y trémulo de aquellos aplausos a cuyo estruendo ya mortecino debemos unir un recuerdo vivo: el de las tibias y puras lágrimas que nuestras abuelas sentimentales derramaron sobre los versos del poeta...

JULIO CALCAÑO Y SU OBRA LITERARIA (1918)

La vida de las letras venezolanas en los últimos años es precaria, endeble e insegura. Ha faltado movimiento, agitación, entusiasmo. Los jóvenes, a los veinticinco años están postrados por el desaliento; y los escritores que van quedando en pie inquietan lo porvenir con ansia y aun con precipitación, acordándose poco o no acordándose de nuestro propio pasado, sin percatarse de que son ellos el puente echado por la naturaleza entre la historia de ayer y la de mañana. El hilo de la tradición adelgaza y está a pique de romperse en nuestras manos. Oscuro o magnífico, pobre o espléndido, nuestro ayer es la matriz del presente y del futuro, y sin conocerlo y comprenderlo nunca podremos enterarnos del todo de lo que somos y representamos ni de lo que deben ser y representar aquellos que nos sucedan en estos mismos lugares donde vivimos. En realidad, no existe vínculo alguno entre las generaciones, ya que las últimas ignoran casi la obra de aquellas que las precedieron. Todavía cuando nuestro tímido movimiento “moderlista” prorrumpió en voces iconoclastas, conocía la obra de los mayores, que juzgaba detestable; por eso gritaba renovación. Estábamos cansados de

unas mismas imágenes, de unos mismos consonantes, y de las cuatro ideas o residuos de ideas, que los escritores de cincuenta años exprimían con ardor absurdo en párrafos o estrofas que exhalaban sopor irresistible. Los modernistas eran, sin quererlo, obreros de tradición, porque aspiraban a modificar los métodos imperantes, insuflándoles recios soplos de vida, a poner sangre en la carne momia, a arrancar las hojas amarillentas de los árboles y regar la tierra de las raíces para que brotaran las hojas nuevas y las flores y los frutos innumerables. No faltó, por cierto, quien pretendiera derribar a hachazos el árbol, ni quien, con candidez supina, se pusiera a colgar flores de trapo de los ramajes carcomidos y entecos, pretendiendo engañarnos con el fútil colorín de los pétalos artificiales. Ni era eso tampoco lo que deseaban aquellos que tenían conciencia de su deber. Y como, por fortuna, hubo una generación numerosa que, al principio por lo menos, cayó en la cuenta de ese deber, las letras tomaron un rumbo propio, que en cierto instante pareció prometernos maravillosas cosechas de belleza y de arte. Pero la solidaridad de los espíritus se rompió de nuevo a poco y la tradición quedó amenazada otra vez, porque los recién llegados, a quienes incumbía fortalecerla, no quisieron mirar un momento hacia atrás para orientarse antes de emprender una jornada difícil y se diseminaron, valerosos, pero inútiles, por los terrenos de la imitación estéril o de las adivinaciones aventuradas. Es posible que, por dicha nuestra, aquellos que ahora fraguan en el secreto de su espíritu los ideales de las ilusiones primeras, vayan a las tumbas remotas de los abuelos a preguntarles el secreto de los ideales y de las ilusiones que fueron: sólo conociendo el secreto sagrado podrán atravesar con brillo y dignidad por entre el tumulto de la vida inminente, con el ánimo oreado por la fe y retemplado por la esperanza. No ciertamente para que se empeñen en proseguir por la vía trillada, sino para que sepan cómo llegaron hasta aquí sus padres y por qué rumbo deben enderezar sus pasos, para que sus hijos no conozcan la zozobra de la incertidumbre cuando llegue la hora de emprender el camino, y avancen siempre hacia la luz y a ella lleguen, aunque sea por senderos fragosos y lúgubres, erizados de lascas y orillados de abismos. Y que su canto, en la noche, arrulle el sueño de paz de los abuelos tranquilos en el sepulcro, y sea como el anuncio de los hijos que un día verán nacer la aurora por entre las desgarraduras de la tiniebla.

Uno de los pocos supervivientes de aquellos hombres que prepararon a las generaciones actuales para la vida intelectual acaba de desaparecer en la nada; y su desaparición fue tan brusca, que nos parece verle penetrar bajo los negros arcos de la muerte con aquella misma sonrisa bondadosa e irónica que conservó siempre en su vida como sello de prudencia, de sabiduría y de tolerancia; aquella misma sonrisa perdurable en la imagen que nos ofrece el recuerdo, cual si la muerte no hubiera descompuesto sus rasgos, atestiguándonos así que la nada no podrá triunfar sobre esa imagen noble que nos sonríe, mientras nosotros tengamos corazón y memoria, que se prolonguen sin término en la memoria y el corazón de nuestros hijos.

Don Julio Calcaño representaba los ideales y tendencias de nuestros padres en sus formas y caracteres perdurables y lógicos. Su obra atestigua un continuo esfuerzo en busca de la verdad, el bien y la belleza, y abarca los problemas esenciales de nuestra literatura. En ella la disimilitud aparente está sustentada por íntima cohesión que radica en las relaciones directas y armoniosas establecidas entre el espíritu del escritor y el medio en que se desenvolvió su vida.

Cuando nuestra generación llegó al campo literario con la inquietud alborotada del que presume realizar pronto grandes cosas, encontramos pocos edificios tan cabales como el que don Julio Calcaño había construido para la morada de su gloria. Si fuimos alguna vez irreverentes, culpa era de la sangre moza que nos ardía en las venas. Y justo es recordar también que mientras ancianos de rostros furibundos y miradas de hiel pretendían abrumarnos de desprecio, él corrió hacia los jóvenes a participar de sus alegrías y de sus esperanzas, con indulgencia magnífica, y a muchos nos ayudó con el consejo sano y estimuló con aplauso, que por no prodigado, sabíamos valioso. De la abundancia de su espíritu da fe que después de larga dilapidación entre sus contemporáneos, todavía vino a sentarse con nosotros al banquete, y nos brindó en larga copa espíritu de prudencia, de justicia y de esperanza.

Cuando abrió los ojos al conocimiento el romanticismo imperaba en Europa y América. Por sobre nuestra tierra pasaba entonces una racha de revoluciones políticas que principiaban a no tener objeto fijo, y que fueron como los remolinos impuros que dejó tras sí la tromba de la gran revolución de independencia. Los espíritus anegados en zozobra, versátiles, atormentados, buscaban un camino en medio al desbarajuste circundante. No había quien dijera una palabra serena, y el grito de guerra ponía un espasmo en todas las bocas. Se detestaba la discordia, pero la discordia subsistía con pertinacia de mal crónico. Las creencias habían huido, y sólo quedaban en pie las fórmulas vacías, pero imponentes. De los grandes movimientos liberadores que agitaban a la Europa, se imitó la retórica, sin llegar nunca a la esencia, al fundamento ideológico sustancial. A los que ponían el dedo en la secreta llaga ensangrentada se les llamaba exaltados e intrigantes, como aquel enorme Juan Vicente González, a quien todavía tenemos arrinconado en la penumbra. Fatigada con los ecos de las propias quejas, de las propias cóleras, aquella generación americana volvió los ojos a España. Era lo fatal, porque el vínculo del idioma nos ataba en ella. Pero España era una ubre enjuta. De allí el raquitismo de ideas de las dos generaciones subsiguientes. La penuria española disimulada entre profusas hojarascas de palabrería tribunicia, la hicimos nuestra. Y este empeño de seguir a España duró casi diez lustros mortales perdidos en gran parte con el empeño aciago de olvidar nuestros espontáneos impulsos nativos. Y, sin embargo, el ímpetu juvenil de nuestras democracias, aun en medio de los desórdenes y tropelías de que están llenos los anales de aquella época, se sobrepuso al afán de la imitación de los modelos decrepitos y logró florecer aquí y allá, en algunos ingenios feraces y libres, con lozanía que ya señalaba un matiz peculiar de nuestra zona. El ambiente nuestro fue penetrando poco a poco en la poesía, imprimiéndole las cualidades de flexibilidad, armonía y libre movimiento que a la postre habrían de producir la crisis renovadora del modernismo. La poesía de don Julio Calcaño en sus primeros tiempos adolece de los defectos propios del ambiente coetáneo. Pero pronto se

zafó de las torpes ligaduras, y se lanzó hacia el éter azul de la mañana como rauda alondra vocinglera. Al subir descubría horizontes nuevos y hubo de presenciar que la tierra era un vasto campamento de obreros que preparaban en ardorosa tarea el advenimiento de un mañana mejor. El romanticismo formal que hasta entonces había conocido, el romanticismo contemplativo, gemebundo y resignado, cuyas voces sonaban como paletadas de tierra sobre la huesa del ideal, se convirtió dentro de su espíritu en viva empresa de renovación, en culto sagrado de los más luminosos ideales humanos, en exaltación de las fuerzas más nobles del espíritu. Durante las amplias oscilaciones que tuvo la moda, desde los más secos modelos pseudoclásicos a los más frenéticos desbordamientos románticos, y de allí a la renovación por el culteranismo complicado de la forma, jamás tomó partidos extremos, convirtiéndose en sectario. Conservó íntegra su voluntad personal, mientras los más corrían a deponerla, incorporándose al tropel de los reaccionarios o de los atolondrados innovadores. Por encima de eventuales aspiraciones caprichosas, él conservó su puro ideal de belleza, alzándolo entre sus brazos hacia el cielo, cuando la marea de la moda subía amenazando sofocarlo.

Su fe no fue apacible y rutinaria, como lebel doméstico, acostumbrado a echarse a los pies del señor. Conoció la duda, como todos los hombres cultos de su época; pero la tradición religiosa predominó sobre sus veleidades de análisis. Por otra parte, la índole misma de sus estudios lo alejó de tales problemas y de las consiguientes desazones e inquietudes. Pero en el lapso de su actividad intensa como poeta no dejaron de presentársele y de trascender a sus versos en la misma pregunta que el hombre se plantea, desde que adquirió la conciencia, y que las edades pasan dejando sin respuesta, irresoluta y obsesiva, como un perenne fantasma que nos sigue los pasos:

¿Qué es el triste mortal? ¿De dónde viene,
adónde va?

No hay respuesta precisa para esta pregunta insistente, por más que en sus horas de fe el poeta trate de adormecer las voces de la cavilación y

de la duda con afirmaciones de confianza, como quien tranquiliza con palabras heroicas a un niño perdido en las tinieblas de una noche glacial:

Yo sé que al soplo de la muerte
se abren las puertas de la eterna gloria.

Pero fue también que el poeta, ante el desbordamiento de los credos naturalistas y de la seudociencia que invadían la literatura acarreado la irremediable reacción contra las dudas, desesperaciones y lágrimas del romanticismo, conservó la frescura de su fe idealista. El naturalismo tuvo la fortuna de afirmar cuando los románticos de la última época seguían exhalando quejumbres y formulando interrogaciones. Los espíritus estaban cansados de lamentos y de preguntas sin respuesta posible; y así, los que llegaron al campo asegurando que la naturaleza era un dios ante el que debíamos postrarnos, reverentes y humildes, fueron acogidos con frenético gozo, como quien anuncia a unos naufragos el auxilio seguro. Don Julio Calcaño permaneció indiferente ante esta pretendida buena nueva, cuyo crédito quedó pronto defraudado en los excesos descriptivos y en el desarrollo de temas grotescos, llenos de obscenas brutalidades.

El naturalismo nuestro debía llamarse criollismo, y aunque no tocó los inocentes resortes pornográficos en que las novelas y los cuentos de la secta fundaron su triunfo, rápidamente se rehizo, devorado por las fiebres soporosas de la descripción.

No es que don Julio Calcaño no fuera hombre de su época: como tal participó de todas las indecisiones y amarguras que flotaban en el ambiente moral que respiraba; pero su intenso individualismo lo hurtó a los contagios disolventes. Su culto a los clásicos españoles le permitió resistir a la invasión de aquellas tremendas mareas de vulgaridad que causaron estragos en nuestras letras. En América, como en España, el romanticismo manifestó un desdén categórico por la forma, y ésta bastardeó en la frivolidad vacía y repugnante. Él, en cambio, conservó el culto de la forma; y su esmero de versificador atildado salta a la vista en las más de sus poesías. Entre sus coetáneos pocos le aventajaron en la elegancia de estilo poético; y algunos de sus idilios y madrigales sub-

sistirán, como rosas de inagotable frescura, en las páginas de nuestras antologías.

Porque no sólo el pensamiento da valor a estas páginas resonantes y claras, la emoción late en ellas a veces con estremecimientos de verdadera vida, fenómeno raro entre los poetas venezolanos de su época. En sus dos volúmenes de *Poesías* se encuentran pocas flores secas, escasas hojas de trapo de esas que imitan el verdor y la gracia de las hojas auténticas del árbol. En muchas de ellas resplandece con transparencia luminosa la savia robusta que sube de las entrañas de la tierra, con el fecundo ímpetu de convertirse en pétalo, en color y fragancia...

II

La imaginación no era la facultad predominante en el autor de *Blanca de Torrestella*, novela en que se dejó seducir por los procedimientos de la escuela romántica que debían de producir el folletín moderno. Pero con todo, la invención de sus obras imaginativas fue siempre ingeniosa y amena. Su concepto de la fábula no era trascendental, y seguía en eso a los cuentistas clásicos, los más de los cuales, si acaso concebían moralejas las dejaban latentes dentro de la historia que narraban. Contaba sus fantasías por el gusto de contarlas, por dar libre vuelo a la imaginación, como Apuleyo o Bocaccio, sin el afán, acaso bien intencionado, pero de seguro antiestético, de sacar de sus cuentos amonestaciones y consejos para el lector. Lo más curioso es que el naturalismo, que pretendía suprimir la arbitrariedad de la imaginación, sustituyéndola con un riguroso procedimiento de deducción científica, cayó en la misma nimiedad de las fábulas para uso de los párvulos de las escuelas. ¿Qué son, en efecto, las novelas de la serie de los Rougeon-Macquart, sino una cadena de apólogos encaminados a preconizar el orden, la moralidad, la conducta mesurada y metódica como remedio contra la degeneración de la raza y contra las malas consecuencias de los extravíos personales? Es posible que *Naná* resulte un dechado de novela naturalista, pero no lo es de verdad viva. La naturaleza es completamente inmoral; y Zola era un escritor enamorado de laseudomoral burguesa. En su esencia, la novela

de Zola es un cuento edificante: la moza impúdica que siembra en la ciudad los gérmenes del vicio y los letales venenos del mal gálico pasa por París como un meteoro funesto, fulgurante y efímero, y va a extinguirse entre pestilencias y podredumbres, pagando sus culpas en las angustias hediondas de su agonía. ¡Pero si eso es exactamente lo que enseñan a los niños en el catecismo! Ese es el folletín tradicional, con el premio para los buenos y el castigo para los malos. Lo único que resultaba nuevo era la manía seudocientífica, que no deja de causarnos risa, y el trabajo de ejecución de las novelas, en las cuales se amuchiguan los pormenores crudos, que por ser los únicos pasajes amenos, les granjearon fama de inmoralidad. Ficción por ficción, más valía, efectivamente, lo que se empeñaba en divertirnos resucitando épocas remotas o contándonos las aventuras de héroes magníficos, libertándonos así, aunque sólo fuera por breves momentos, de las ásperas realidades de la vida circundante. Zola era un novelista que aspiraba encerrar la imaginación dentro de las rejas de la ciencia, creyendo de buena fe que la ciencia ha sido o puede ser en algún momento algo estable y definitivo. No se percató de que el día en que la ciencia alcanzara un término final dejaría de ser ciencia. Pero de allí, del empeño de novelar científicamente, con designios de prédica social, se originó el vasto movimiento naturalista que inundó al Occidente con las nubes caliginosas del materialismo fanático.

Idealista fervoroso, don Julio Calcaño vio siempre con recelosa desconfianza aquella escuela fatalista y empírica, que consideraba al universo como un vasto conjunto extraño al hombre. Así, todos sus cuentos son meros frutos de la imaginación, sin que asome en ellos por ningún lado la manía de aplicar la ciencia a la fantasía. Aún más, prefirió para sus asuntos aquéllos en que la inventiva apenas tiene trabas que le refrene y gustó de los símbolos abundantes. Allí se encuentran leyendas sobrenaturales; pero no por eso descuidó la nota de color local, que aparecen aquí y allá, poniendo matices de vivacidad intensa en el conjunto. Creo que estos cuentos, aunque recopilados en volumen, tienen pocos lectores: han corrido la misma suerte que las obras de los cuentistas venezolanos más recientes, que muchos alaban y pocos han leído. Algunos alegan que nuestra producción es precaria y que teniendo a la mano las

obras de imaginación de los grandes autores extranjeros es lógico darles la preferencia. Nada habría de contestar si eso fuera verdad, pero lo cierto es que las obras de los grandes novelistas extranjeros no se conocen en Venezuela; y que si algún librero se aventurara a importarlas, allí se le quedarían llenas de polvo y telarañas en los estantes donde se arrumaban las malas mercancías. Contados son los que solicitan un libro de Díaz Rodríguez, Urbaneja Achelpohl o Pocaterre, que son en la actualidad nuestros novelistas de más fama. El comercio de novelas existe gracias al folletín policiaco, a las desatentadas aventuras de los novelones criminosos. No se trata, pues, del mérito de las obras, sino del gusto del público. Los cuentos de don Julio Calcaño están positivamente mejor concebidos y escritos que aquellos que los diarios suelen traducir del francés o recortar de las revistas españolas y que a los más de los lectores les parecen de perlas; pero carecen de los elementos que podrían popularizarlos en Venezuela. Y aun puede conjeturarse que de toda su obra son la parte destinada a quedar en la penumbra...

III

Así, en los papeles periódicos como en el prólogo de versos de otro autor, don Julio Calcaño ejerció de crítico literario; pero las circunstancias en que ordinariamente suelen realizarse tales trabajos en nuestro país no permiten estudiar por estos documentos al crítico de letras. El prologuista se ve muchas veces obligado escribir con desgana y tedio sobre un asunto que no enciende sus simpatías ni siquiera su curiosidad y ha de improvisar un panegírico con los elementos que el azar le depara.

No ocurre lo mismo con el estudio *Tres poetas pesimistas del siglo XIX*, en que estudia la vida y las obras de Byron, Shelley y Leopardi, es decir, de los tres poetas que representan cabalmente con mayor fidelidad y amplitud el romanticismo europeo. Es este un trabajo realizado por vocación y por gusto, donde el autor siente complacencia al hablar de poetas que le eran familiares, y cuyas figuras supo esclarecer con aquella luz penetradora que sólo emana de la admiración espontánea y profunda. No es ese mero trabajo de erudición, al alcance de cualquier

estudiante que sea pertinaz en la lectura, sino también obra de alta penetración intelectual, de la honda y viva simpatía que logra penetrar en los rincones más apartados de la vida ajena, solicitando el tesoro de la emoción más pura y noble, buscando, entre las guijas doradas de sol o llenas de fulgor mágico al beso de la luna, el legítimo diamante en que están ocultos inagotables tesoros de fuego: ofrenda de admiración hacia aquellos grandes poetas a quienes casi llegó a endiosarse en el momento en que culminó la furia romántica, como debía endiosarse más tarde a Víctor Hugo.

La atalaya del crítico estaba colocada en eminente situación, desde donde podía abarcar con una ojeada el vasto movimiento romántico, que por simultáneo revelaba obediencia a causas generales, comunes a todas las sociedades europeas. Después de las terribles aventuras de la Revolución, que abre las anchas puertas de la era contemporánea con las manos manchadas de sangre; y de las proezas militares del gran Corso, que parecía encargado de difundir por todas partes la semilla de la libertad, a despecho de sus categóricos designios cesáreos, cuando las naciones de Europa, tras los bamboleos del cataclismo parecían buscar nuevamente el equilibrio, principió a realizarse en los espíritus una labor de silencioso desquiciamiento. Aparecía un nuevo concepto del hombre y comenzaba a esbozarse una nueva fórmula del Estado. Fue entonces cuando nació aquella sorda angustia moral, no curada todavía, que tras los estragos románticos produjo la fiebre positivista, para venir a consumirse, en un vértigo sin nombre, a los días de llamas y de sangre en que vivimos. Pero al través de tantas vicisitudes el espíritu de la Revolución perduraba, triunfador al través de efímeros fracasos, enfrentándose firme al frenético batallar de las fuerzas medievales en agonía. Cuando el crítico compuso este trabajo no se había desatado aún el conflicto que ahora presenciamos; pero allí está delineada con rasgos firmes la contraproposición esencial e inevitable entre las dos tendencias cardinales de la humanidad contemporánea.

La forzosa brevedad de estas notas no me permite seguir paso a paso al crítico al través de su estudio sobre los tres grandes bardos románticos; pero me parece justo señalar aquí alguno de los rasgos sobresalientes de

esas páginas, en las cuales quedan de relieve la originalidad y el carácter especial del análisis:

Los rasgos de libertinaje de Byron no pertenecen al dominio de la psicología, sino al de la moral, como que proceden de un vicio heredado y no combatido por la educación.

Negativos o positivos, es propio de los caracteres egotistas que cuando están acostumbrados al trato de mujeres de costumbres libres, se manifiestan tímidos con las de cierta educación y virtudes, cuando les inspiran amor, como si en su presencia se encontrasen embarazados. Valerosos y audaces para toda otra empresa por arriesgada que sea, pierden la voluntad y el impulso a que les han acostumbrado las conquistas fáciles de mujeres provocativas. Están fuera de su centro. El orgullo, sobre todo, que les hace temer un desaire, contribuye, sin duda, más que nada, a este estado de alma.

Y estos párrafos en que aparecen en contraposición dos clases de poetas:

... Alma escandinava –se refiere a Byron–, fuerte por sus pasiones, y poseído de su orgullo y condición aristocrática, apareciendo así con el individualismo o egotismo que es el sello o carácter principal de su poesía. Diferenciábase en esto de Víctor Hugo, quien es de los escritores que menos han revelado en sus obras su intimidad, lo que comprueba su origen plebeyo, por ser el instinto de la reserva y el secreto característico del campesino y de todo hombre de humilde procedencia, así como la sinceridad revela al aristócrata...

De ello dependía la fuerza de este grande hombre, que cultivó la poesía como un oficio y adquirió en su cultivo extraordinaria habilidad, de la misma manera que sus antepasados rompiendo terrones en el desmonte y cultivo de los campos. He aquí por qué no pueden parangonarse estos grandes poetas ni decirse que el uno sea superior al otro...

Las nuevas generaciones prestan cada vez menos atención a Hugo y a Byron, solicitadas por sujetos de mayor entidad. Es probable que ninguno de ellos sobrevivirá con la grandeza que les atribuyeron sus contemporáneos y la generación siguiente. Los pósteros percibimos claramente toda la parte de histrionismo que existe en la vida del uno y en la literatura del otro. Andamos buscando ahora hombres de verdad detrás de los escritores, y ambos poetas parecen destinados, si no al olvido, por lo menos al achicamiento.

Acaso de estos tres estudios, aquel en que el crítico aparece dotado de mayor penetración y más estricto sentimiento de justicia es en el consagrado a Leopardi, resumen afortunado de cuanto sobre el gran italiano se escribió y en que el autor agregó de su parte observaciones atinadas y agudas.

IV

La obra capital de don Julio Calcaño, aquella por la cual será recordado mientras existan venezolanos que hablen español, es *El castellano en Venezuela*, el ensayo más serio y puntual que sobre nuestra lengua vernácula se ha compuesto entre nosotros.

A fines del siglo XVIII, el español perdió su categoría de lengua literaria de primer orden, al desaparecer la preponderancia de las armas peninsulares. El idioma, sembrado en América con la religión y las costumbres, prendió con fuerza y se ha conservado casi en la mitad del Nuevo Mundo. Al desaparecer los grandes poetas y escritores de la península, a la lengua no le quedó más esperanza de brillo que la prosperidad y la grandeza de los pueblos americanos. Era obvio que al desarrollarse y crecer estos pueblos, al cobrar brío y adquirir conciencia exacta en su papel histórico, debían considerar el problema del idioma. Tal problema lo creaba la extensión desmesurada del territorio, en la cual se desparramaban escasos habitantes, aislados los unos de los otros por fabulosas distancias, sin lazos morales ni nexos económicos. Los pueblos de cada nación iban compenetrándose, tornándose homogéneos poco a poco; pero las naciones se encontraban aisladas casi por completo, aun aquellas mismas que poseían lindes geográficas comunes. Era de temerse que con el mutuo aislamiento y el retardo de la evolución civilizadora sobreviniera la corrupción de la lengua. Bello mismo expresó este legítimo temor en el prólogo de su *Gramática*. Conjetura tanto más fatídica porque la confusión de las lenguas habría señalado el advenimiento de la barbarie. Imaginemos que cada una de las Repúblicas americanas hablara un idioma distinto. La unión de América, que todavía nos parece tan remota, sería un sueño insensato. El Brasil, tan fuerte, tan próspero,

tan culto ya, es para nosotros, sus vecinos fronterizos del norte, un país distante, que apenas conocemos de modo superficial y precario, casi tanto como al Japón y poco menos que a Rusia. Si tenemos noticias exactas de lo que representan y son la Argentina y Chile y el Uruguay, es gracias principalmente a que el idioma común permite las relaciones intelectuales, débiles a pesar del idioma mismo. El inmigrante, factor reclamado como indispensable al rápido adelanto de la América subtropical, acarrea asimismo el riesgo de una posible desnaturalización de la lengua nativa, si acaso no se tomaren las medidas propias para sofocar las corruptelas o impedir su propagación. Todos esos peligros van desapareciendo en aquellos países en que se forman fuertes núcleos de cultura, de donde ésta irradia, redimiéndonos de la bastarda jerigonza que los pobladores bárbaros y dispersos tienden a crear en cada comarca.

En América principió hace tiempo a formarse una conciencia que encontraba preclaros representantes en algunos hombres eminentes, cuyo maestro y precursor fue Andrés Bello, legión que pudo ufanarse de tan ilustre humanista como el colombiano Cuervo. A este grupo de americanos pertenece don Julio Calcaño.

Estos hombres consagraron largos años a una labor ímproba que en la América hispana no tiene recompensas, sino más bien censuras y anatemas por parte del vulgo literario, que considera menoscabados sus fueros de licencia con las lecciones de los doctos. No soñaban éstos en premios, sino en cumplir lo que consideraron un deber con la patria, y es lo cierto que más hicieron tales maestros por la cacareada fraternidad americana, por la gloria y la fuerza futuras de América, que todos los cacareadores de uniones europeo americanas y de festejos consagrados a una raza inexistente.

El castellano en Venezuela puntualiza los yerros capitales en que acostumbran caer nuestros compatriotas, aun muchos que se tienen por cultos, y las corruptelas más usadas por nuestras clases populares. Este libro, bien acogido y muy ensalzado en el extranjero, es poco menos que desconocido en Venezuela, categórica demostración de su necesidad misma. Imagine el lector cuánto provecho habría sacado el país de esta obra si su lectura se hubiera declarado obligatoria en las escuelas normales, pre-

parando así a los maestros encargados de desasnar rapaces en ciudades y villorrios para corregir a tiempo y con fruto el lenguaje de sus alumnos. Con algunos años de paciencia comenzarían a desaparecer del lenguaje hablado los barbarismos que lo afean; y, lo que es de mayor importancia, se uniformaría la lengua del pueblo venezolano, suprimiendo todos esos provincialismos, injertados en el grupo de los comunes a todo el país, que complican hasta lo absurdo la estructura de nuestro lenguaje popular.

No falta quien suponga que don Julio Calcaño fue un purista cejijunto y atrabiliario, dispuesto a caer con furia sobre el primer yerro que notara al paso. Nada más distante de la verdad. He observado que en ninguno de sus estudios literarios expone reparos de forma, teniendo competencia y autoridad cumplidas para hacerlos. Él sabía echar una línea divisoria entre la pura crítica literaria y la mera censura gramatical, que algunos suelen confundir con atolondramiento. Si en *El castellano en Venezuela* censúranse algunas locuciones que aparecen en escritos literarios, es porque su mismo empleo por autores de nota testifica lo extendido del abuso. *El castellano en Venezuela* es un libro escrito especialmente para el pueblo, pues el autor debía suponer –como efectivamente supuso sin ironía alguna– que quien empuña la péñola con el fin de dirigirse al público debe haber hecho los estudios indispensables para manejar su idioma, si no con elegancia, a lo menos con limpieza. El tono llano de su lenguaje, la misma indulgencia risueña con que trata algunos puntos áridos, amenizándolos, demuestran que su intento fue hablar directamente con las clases populares. Podía hacerlo, además, porque doctrinalmente no era conservador intransigente en estas materias, como lo demuestra este concepto:

“Las lenguas no se están nunca estacionadas, y varían en la forma y significación de sus vocablos según los tiempos y las costumbres, al modo de las piedrezuelas que arrastra y bate la ola del mar”.

Por su largo trato con el idioma sabía que éste es un organismo vivo, y que su inmutabilidad sería señal segura de estancamiento, corrupción y muerte. Oponerse a los cambios lógicos y naturales de la lengua sería insensato; pero permitir que se encenague y pudra es contribuir al atraso de los pueblos que la hablan, porque el idioma es el vehículo del pensamiento

y a palabras impuras o torpes corresponde pensamiento vago o estúpido. La civilización contemporánea reposa sobre los cimientos de la palabra que fue asimismo el fundamento de la cultura antigua. Hoy en día los hombres manejan a los pueblos con la elocuencia, como en los días de Pericles. Wilson y Lloyd George desempeñan papel preponderante en el mundo gracias a que son consumados maestros de elocuencia. Sin esa elocuencia resultarían nulas sus tácitas dotes de estadistas. Mientras más hombres tenga un pueblo capaces de dar a conocer a sus compatriotas con elegancia las ideas que conciben, más propenso estará el ideal de la democracia: la libertad y la dignidad del hombre. Con tan amplias miras se escribió ese libro: es lástima que no se le haya comprendido; pero ello no amengua en un ápice la gloria pura de su autor.

JUAN ANTONIO PÉREZ BONALDE (1917)

Conmemoran hoy las letras venezolanas, y aun podría decirse que las letras españolas, el aniversario de la muerte de Juan Antonio Pérez Bonalde, el gran pensador poeta, acaecida en La Guaira el 4 de octubre de 1892.

En sus últimos momentos no faltaron al poeta las lágrimas de sus familiares, que hubieron de correr en abundante fuente; pero no así las de su patria, que agitada entonces por una revolución civil, ni siquiera pudo darse cuenta de aquella desventura. Cuatro amigos asistieron al entierro, corrieron luego once años de olvido sobre su memoria y en octubre de 1903 un grupo de jóvenes idealistas exhumaron sus cenizas, que fueron traídas a Caracas, en medio de honras fúnebres pomposísimas. Fresco está aún, por cierto, el recuerdo de aquellos funerales que, en su apariencia de piadoso desagravio, entrañaban una significación no bien examinada todavía, y que habrán de honrar siempre a la juventud que los llevó a cabo.

Fue Pérez Bonalde, además de insigne poeta, un infatigable viajero. Muy mozo salió de su país, y puede decirse que fue en ese su incansable peregrinar por remotas tierras en donde cultivóse y desarrollóse su inteli-

gencia; de ahí que su visión del mundo, que él supo dejarnos en amargas estrofas, no estuviera circunscrita al puro paisaje nativo, sino que abarcara más amplios horizontes. Pero si en sus versos nos dejó para siempre la imagen de su alma llena de melancolía y de belleza, no es menos digno de nota el afán con que se dio a la tarea de traducir a nuestra lengua no pocos productos de las literaturas extranjeras. El supo, en efecto, verter en versos castellanos con sin igual destreza algunos poemas famosos, como *El cuervo*, de Poe, en cuya versión logró reproducir todo el colorido y la dramática belleza del original. Cuéntase a este respecto, como cosa cierta, que viajando Pérez Bonalde a Europa, el gran actor Irwin, quien era su compañero de viaje, al oírle recitar algunas estrofas del poema acertó a descubrir por el ritmo de los versos que eran los para Irwin familiares versos de Poe, y ello sin saber jota de español. Trasladó también en versos castellanos una serie de los sonetos de Shakespeare, varios poemas portugueses de Ferreira, D'Abreu y Junqueiro, unas cuantas poesías de Herder, de Lenav, de St. Victor y de Manzoni y algunas baladas de Uhland; empero, donde su talento como traductor se halla patentizado de modo más cabal y perfecto es en la versión de los poemas de Heine *Das Buch der Lieder* y el *Intermezzo*, obra acerca de la cual, hombre tan erudito y concienzudo como Menéndez Pelayo, hubo de pronunciar el siguiente juicio, que atañe también a la personalidad de Pérez Bonalde como poeta:

Siguiendo dirección totalmente opuesta (a la de los clásicos americanos), un ingenio germánico por las ideas y la educación, aunque meridional por lo impetuoso de los afectos, víctima dolorosa de las contradicciones de nuestro siglo, dio cuerpo y voz en su poesía elocuente y sincera al fervoroso anhelo del ideal y a la negación pesimista, que alternativamente invadían su alma atormentada y caliginosa. Y no sólo fue poeta original, sino profundamente versado en la lengua alemana: trasladó a nuestra lengua todo el *Buch der Lieder* de Henrique Heine, invirtiendo muchos años en dar a su traducción el mayor grado de exactitud posible, y llegando a remedar a veces el metro, la rima, la disposición de las estrofas y hasta la colocación de los acentos.

Sólo llegó a publicar nuestro poeta, en su estancia en Nueva York en 1880, un tomito con el nombre de *Ritmos*, que apenas puede hoy conse-

guirse, y ha llegado a ser una verdadera joya bibliográfica. Apenas contiene esa colección, mezclados con versos de su primera juventud (suspiros y desahogos románticos), los cantos del *Niágara* y de la *Vuelta a la patria*. Sus obras posteriores, entre las cuales se cuentan la elegía a *Flor*, el poema *Lejos*, una oda de Manzoni y no pocos estudios sobre filosofía y letras, andan por ahí casi inéditos en espera de editor que los recoja y los salve del olvido, con lo cual se haría obra de reparación y de patriotismo.

El poema *Día fatal* lo debemos a un amigo de Pérez Bonalde, quien conservaba copia. Parece que fue escrito en la misma Guaira para los días que precedieron a su muerte, y como hasta ahora ha permanecido esa poesía completamente ignorada, así para los deudos del poeta como para sus más fervientes amigos, no hemos vacilado en darla a la estampa como inédita.

El 4 de octubre de 1892 rendía el último aliento, a orillas del Caribe, en el pueblo de La Guaira, Juan Antonio Pérez Bonalde, uno de los mayores poetas americanos de lengua española. En aquella época aciaga Venezuela se entregaba con frenesí a una de las más deplorables orgías revolucionarias que recuerda su historia; y mientras frente al poeta moribundo el sempiterno trueno del mar sollozaba sobre la costa abrupta, a sus espaldas, en el ámbito de la patria, resonaba el estrépito de la fusilería y ululaban voces enronquecidas por el odio. Con esto hay para saber que el poeta murió triste, como el Hijo del Hombre.

Cinco lustros han transcurrido, y según que el tiempo va alejándonos del poeta, éste cobra esplendores nuevos, y sus versos nos susurran en el ánimo renovadas músicas en que parecen ir disuelto el alma de las primaveras de antaño y el perfume inconfundible de la tierra natal.

Ni en vida, ni después de su muerte, cuando la eterna sombra parecía ampararlo contra la irreverencia contemporánea, mereció el poeta el pleno aplauso que merecía. Hace algunos años un grupo juvenil rindió a su memoria festejos de apoteosis; mas todavía está por hacerse cumplido homenaje a los portentos de su cítara. Parece, sin embargo, sonada la hora en que debemos acercarnos a esta magnífica figura de nuestra historia intelectual de ayer, a escudriñarle las entrañas, donde late el pulso de la patria en ritmo acorde con las propias armonías de nuestras almas.

Cuando hayamos penetrado, con ingenuo corazón, dentro de la floresta encantada en que trinan los arpegios de la *Vuelta a la patria*, comprendemos que Pérez Bonalde fue adelantado de los territorios morales que dentro de nosotros mismos vamos descubriendo.

En una época de insulsa decadencia él supo inquirir con acierto de zahorí los rumbos necesarios a la poesía inminente. Halló desvencijados e inútiles los viejos resortes de la retórica castellana; y los ritmos que le zumbaban como brascas abejas en el espíritu pedían aire libre y sol puro para su vuelo: no la imperante atmósfera, pestífera a lugar común, ni la mísera candileja que salía haciendo papel de sol en la poesía coetánea. Los versificadores andaban a ciegas por los caminos fáciles y fútiles de la imitación, en los ojos una venda que les impedía ver el paisaje circundante, la cálida tierra nativa, ignorada por ellos más que las hiperbóreas. Aquellos pajarillos de papel, aquellas zagalas de cromo de peluquería, aquellas falsas lágrimas de vidrio, colgadas, como prendas grotescas, a la garganta de las musas criollas, eran el único tesoro de los versificadores al uso, embelesados en la imitación de modelos odiosos.

Pérez Bonalde se quitó impaciente la venda de los ojos, y vio claro y cantó puro, y por eso ahora se alza victorioso del tiempo con las alas vivas de su poesía.

—Y, sin embargo —observara alguien—, era aficionado a la poesía extranjera en tal grado, que la mitad de sus obras, las conocidas y las inéditas, son traducciones.

Mayor su mérito por eso mismo. Su espíritu poseía bastante copia de cultura y de sensatez, para que supongamos involuntario ese afán de traducción. Él fue uno de los que le mostraron a la América española el camino del renacimiento intelectual, y precisamente por eso debemos colocarlo entre los grandes precursores de la América nueva. Al lado de la corriente estadiza y misérrima de la imitación española quiso que hirviera, renovándola y ennobleciéndola, con su tropel raudo y sonoro, la poesía de los grandes pueblos cultos, la que encerraba los dolores, las inquietudes, la ansiedad precursora de aquellos fúnebres singultos, hechos de complicadas melodías, que lanzó al expirar el siglo decimonoveno. Pérez Bonalde ejecutaba sus maravillosas versiones con miras evidentes

de renovación. Traía al búcaro del idioma nuevas flores; a nuestra enraizada atmósfera literaria auras fuertes, cargadas de sales y de perfumes insólitos; al concepto baladí y fatigoso de las arpas decrepitas, sones inauditos y suaves. Era la voz del mundo remoto traída a casa por un peregrino afortunado de nuestra propia estirpe. Los que contemplaron aquel cargamento exótico, lleno de brillo y de músicas, retrocedieron asustados y se abrazaron con ímpetu frenético a los ídolos podridos que adoraban. Como todo innovador, fue negado. Y al cabo de los años, cuando sus ideales literarios encontraron una generación valerosa que los grabara en sus banderas y los proclamara como propios, la figura del gran poeta quedó relegada a la sombra de los postreros términos, y el olvido pareció arroparla durante años, cual mortaja definitiva. Importa rasgar esa túnica de silencio y traer el oro de aquel estro a la luz de estos días, a que irradie en victoria perenne sobre el arrobo de las muchedumbres de la Patria.

Algunas de sus virtudes fueron las que dañaron su fortuna literaria: su sinceridad, sus dudas religiosas, su gusto refinado en una época de culto a lo trivial y ordinario. Su pecado hace cincuenta años fue anticiparse a sus días; y eso resulta ahora a nuestros ojos como su mérito más firme. Supo además desnudar su alma con voces tan impregnadas de confidencial emoción, que el encanto íntimo de sus palabras escapó a los contemporáneos, ensordecidos de vulgaridad, que quisieron ver retórica donde sólo había vida. Años pasarán antes que ningún otro venezolano logre decir con tan intensa y dolorida dulzura las sensaciones de la *Vuelta a la patria* y de la visita a la tumba de la madre muerta en la ausencia del poeta; como es imposible superar los temblores de treno que surgen de algunas estancias de *Flor*; desde la época lejana en que Bello compuso la *Oración por todos* no sollozaba nuestra lengua con tan hechicera pesadumbre. La Patria y la Hija le arrancaron las mejores prendas líricas del alma. ¿Cómo, pues, pudieron tacharlo de extranjero en el solar nativo? Sólo porque fue a buscar en almas y en lenguas extrañas, para transplantarlas a nuestra alma y a nuestra lengua, bellezas de que una y otra carecían.

Pero su misión no era tampoco, por fortuna para la pureza de su gloria, andar en disimulada solicitud de encomios vanos, plegándose al gusto imperante y tapándose las alas con asustada diligencia, ante los

atisbos venenosos del odio. Así como el pueblo venezolano se muestra orgulloso de sus héroes, es hora ya de que eche una mirada a la galería de sus grandes poetas, en la cual se entroniza el silencio, la oscuridad cuelga sus paños negros, como si engalanara catafalcos, y el olvido, con diente mortal, derruye las estatuas gloriosas. Urge echar allí una ráfaga de gratitud, que es claridad y es música, para que sacuda del ámbito venerable tinieblas y mutismo...

EL FABULISTA SISTIAGA

(1919)

Nacido en Caracas el 23 de enero de 1823, el doctor Jesús María Sistiaga murió el 25 de mayo de 1889, a los sesenta y seis años de edad. Es casi contemporáneo nuestro y, sin embargo, su recuerdo es ya borroso. De su persona apenas conservamos el retrato que trazó el doctor Felipe Tejera en sus *Perfiles venezolanos*:

“Es el señor Sistiaga de carácter puntilloso y descontentadizo, algo vehemente además. Tiene porte interesante, maneras cultas y verbosidad chistosa en la conversación. De frente limpia y pobladas cejas, abundante mostacho, color encendido y blanco; su ancha calva contribuye al despejo de su fisonomía, que denota una inteligencia clara y perspicaz. Viceversa de otros que en su trato no muestran lo que saben. Sistiaga aparece en la conversación más talentoso que en sus obras”.

Sistiaga estudió en la Universidad de Caracas, en la cual obtuvo el grado de doctor de jurisprudencia. Entró después en la judicatura, en la cual desempeñó los puestos más elevados, y posteriormente en la política, llegando a ser ministro de Relaciones Exteriores de la República.

Fue, pues, aprovechando sus ocios como escribió sus fábulas y sus poesías satíricas y burlescas. Su afición a las letras podemos tenerla como fruto de vocación irresistible, tanto más cuanto fue uno de los pocos escritores de la época que ahondó en el estudio del latín, según afirma don Julio Calcaño en su *Parnaso venezolano*.

Pero Sistiaga, a pesar de sus graves ocupaciones, de su talante severo y de su carácter vehemente, era hombre de inclinaciones sarcás-

ticas y de temperamento amigo de contraponer la imaginación con la realidad en son de fisga. Su vocación literaria era evidente; y de vivir en otras circunstancias nos habría dejado probablemente una labor copiosa y de mayor mérito. Como componía sus versos por distraerse, acaso por dar evasión a imperiosas inquietudes del espíritu, antes que con designio puramente artístico, no puso nunca mayor cuidado en el atildamiento y cinceladura. De allí los ripios abundantes, los prosaísmos, los defectos prosódicos y métricos que nos chocan en sus versos; y para juzgar los cuales debemos tener en cuenta las costumbres literarias coetáneas.

El romanticismo había bastardeado ya en los peores excesos: lo que se llamaba poesía era pura bazofia verbal. Los bardos habían perdido el sentimiento, pero no el deseo de expresarlo, de donde se originó la vaciedad inconcebible de los versos de entonces, cuyas palabras solemnes y llorosas suenan a hueco, a clamor falso, a sollozo de mentirillas. Era que los últimos románticos encontraban enjuta la ubre de la desesperación y se embriagaban con apócrifas amarguras. En todo el largo período anterior no había aparecido una sola sonrisa fresca en el rostro adusto de la poesía, puesto que los epigramas de don Rafael Arvelo tenían más de dentellada que de sonrisa. Sistiaga, que era un sólido temperamento realista, comprendió toda la tontería siniestra de aquella retórica tenebrosa, sollozante y lacrimatoria, y se echó a reír en las barbas de los versificadores afligidos, con risa resonante de salud jovial que nos llega al través de los años coreada por las que logró arrancar a sus contemporáneos. Imaginaos lo que significaría para un lector atormentado por los ululatos quejumbrosos de los poetastros al uso la lectura de *La vida en Río Chico* o de *Estoy por las feas*.

Para un lector de nuestros días, las obras de Sistiaga pierden gran parte de su valor y mérito, si no se sitúa en el ambiente mismo en que estallaban aquellas risas que venían a interrumpir el aciago concierto de las universales quejumbres.

Ante aquellos “huríes” a la moda, ante las damiselas pintiparadas y etéreas que pueblan la poesía coetánea con suspiros melancólicos, olores de rosas marchitas, labios purpurinos, miradas de fuego, pies menudos y cinturas de avispas; ante aquel alud de bellezas de cromo barato, el buen

Sistiaga sentía la tentación irresistible de ponerse a cantar a las feas, seguro de escandalizar a poetas y señorítingas de la época con sus sarcasmos; él mismo lo confiesa sin empacho:

Yo, pues, que por la fuerza de mi sino
o por cierta maligna tentación
me siento inclinadillo de contino
a hacer a los demás oposición.

Tanto más porque no alaba a las feas por espontáneo impulso propio, sino para tomar el desquite contra los poetas al uso, que lo tienen aturrullado con sus demasías amorosas y su incurable manía de embuste perenne:

...Cien mil vates pichones
nos asfixian con gasas y con tul,
con turpiales, palomas y visiones
y blancos cabezales y bulbul.¹

Y luego hace un cumplido elogio de las feas, el cual, con todas las incorrecciones y desigualdades que se le notan hoy día, resiste bien la lectura de cualquier aficionado de buen gusto.

Su empeño es echar una densa cortina burlona sobre el mundo imaginario en que vivían los poetas contemporáneos, tontos de capirote afligidos de sonambulismo. Insiste en ver el mundo circundante tal como es, tal como él lo ve y lo comprende, y entonces nos traza la famosa descripción de la vida en Río Chico, que, como cuadro de género, es perfecta, a pesar de las vacilaciones y traspies que ocurren en el desarrollo de los versos. Su realismo de buena ley, al través del cual se divisa claramente la sonrisa sardónica del poeta, está lleno de vida real, de animación humana, y por eso nos interesa todavía, aun cuando deploramos los frecuentes

1. Para los curiosos de estas menudencias, anoto aquí que bulbul no era una rareza, como quería hacernos creer Rubén Darío cuando, para desconcertarnos con sus hallazgos, nos decía, tres años después, “papemores y bulbules (Papemor: ave rara. Bulbules: ruiseñores)”. Se ve aquí que ya Sistiaga se burlaba de los bulbules.

descuidos de la forma. Sistiaga componía de prisa, sin designio artístico trascendental y probablemente era perezoso para darse a la tarea de la lima. Algunos de los lunares de esta y de otras de sus poesías son demasiado notorios y resaltantes, para que un hombre de su preparación literaria no los advirtiera; pero de seguro prefería dejar allí los lunares antes que ponerse a la faena, siempre ímproba, de atildar y pulir la pieza esbozada.

Desde Río Chico el poeta desafía a los bardos románticos a cantar las delicias rurales:

Es menester, caros compinches míos,
antes de hablar del mundo tanto bien,
zambullirse en el fango de estos ríos
y sentir la ponzoña del jején;
ver cómo reina aquí la calentura
y la buba tenaz y el sabañón;
contemplar tanta escuálida figura,
tanto convaleciente barrigón...

Era aquello un retorno a la naturaleza, lleno de agudos sarcasmos, pero retorno al fin. Mientras los rezagados del romanticismo soñaban despiertos, con los ojos puestos en imaginarias comarcas, Sistiaga parece tirarles del brazo con ahínco, solicitando la extraviada atención de ellos hacia las cosas que lo rodeaban. Es verdad que lo hacía con cierta malignidad socarrona; pero lo cierto es que él nunca perdió de vista la tierra natal, mientras los demás la olvidaban en sus fútiles deliquios de enfermos. En las épocas de decadencia literaria se ha visto con frecuencia que son los poetas jocosos y satíricos los que permanecen aferrados a la realidad circundante, imagen del espíritu y única fuente perdurable y positiva del arte. Tal fue el papel que Sistiaga desempeñó en la Venezuela de su época: fue como nexo vivo entre el mundo nuestro y el espíritu arisco y sosamente soñador de nuestros abuelos, vacilantes entre las desenfrenadas utopías y los sangrientos desórdenes, y que buscaban consuelo, alivio y tal vez olvido en el nepente insípido de la poesía romántica, ya en sus postreros estertores.

Algunas de sus fábulas tienen carácter político y contienen alusiones, más o menos desembozadas, a sucesos o costumbres de la época. Era imposible en un escritor de la índole de Sistiaga evitar el comentario de los hechos contemporáneos, que tan profunda huella debían dejar en la vida ulterior de la República. Sin embargo, las alusiones han perdido ya su vivacidad y su interés y no entendemos bien algunas de ellas.

Es deplorable que Sistiaga no nos dejara algunos cuadros más de las costumbres criollas de su época. *La vida en Río Chico* y *Una corrida de toros*, que son las mejores piezas que de él nos quedan, nos interesan por el perfume rústico y agrio que de ellas se desprenden, como de humildes flores silvestres. Es cierto que el prosaísmo resulta frecuente y que la descripción a veces se entorpece y desmaya, pero en general logran mantener el interés despierto hasta el final. *Una corrida de toros* está sobrecargada de minuciosidad descriptiva, que a veces empalaga; pero tiene trozos llenos de animación, calor y viveza, y al final aparece una salida fisgona que no esperaba de seguro el lector, cuando se burla crudamente del “arte de la coleadura”, a que tan aficionadas eran, para la época, las gentes de Caracas y pueblos circunvecinos, siendo el renombre de buen coleador envidiable por honroso.

Pero desaparecidas costumbres y preocupaciones a que Sistiaga se refiere en sus versos, éstos han venido a quedarse arrinconados en el olvido. Muchos de ellos lo merecen; pero en el conjunto de bujerías de cobre y oscuras piezas de plomo, resalta, aquí y allá, alguna clara alhaja de oro o alguna sencilla joya de plata, que todavía nos encanta los ojos con su armonía simple y rústica, y que bien merece figurar al lado de las más caras prendas poéticas que guarda nuestra antología.

VÍCTOR RACAMONDE
(1908)

Era el poeta más popular de Venezuela. Sus canciones se prestaban por su ligereza, su facilidad y el sentimiento ingenuo que de ellas se desprendía, como una aroma vana y trivial, agradable a todos los olfatos, a volar de boca en boca, a conmover corazones de sentimientos simples, a despertar

en la oscura sensibilidad de un menestral una emoción dulce como una gota de miel, o poner en los ojos áridos de una señorita soñadora el brillo y la sal divinos de una lágrima. Era el último de nuestros románticos. Porque su otra faz poética, acaso más intensamente original, es también romántica, de romanticismo pendenciero y carnívoro. La sátira en manos suyas fue apasionada y vengativa. Nunca tuvo las generalizaciones flageladoras de toda una sociedad que relampaguean en Juvenal o en Francisco de Quevedo; tampoco el acerbo látigo del satírico que deja a salvo el vicioso cuando hiere al vicio. A Laurent Tailhade era a quien más hubiera podido parecerse por la violencia de sus diatribas, por el amargor de las hieles que fluía del manantial de sus versos. Sólo que era poco artista y que su ingenio se complacía en encerrarse dentro de los límites estrechos de un pueblo, y urdir epigramas y equívocos sólo comprensibles para los que se agitaran en su propio medio y conocieran la vida y milagros de los seudopersonajes satirizados en las poesías que él llamaba *Bocetos*, de las cuales muy pocas andan impresas en periódicos atrabiliarios, de circulación ocasional, siempre restringida. Ataques virulentos, crudelísimos, de una violencia chocante, en ellos evidenció con el tropel de recursos sangrientos, de epigramas risueños y de equívocos dichosos, hasta dónde era su numen prolífico en fuerzas agresivas. Su musa satírica era como una serpiente que incubía serpentuelas venenosas: no podría comparársela a una cabellera de Medusa, cosa petrificante y augusta de espanto y horror; pero sí a un nido de viboreznos que al propio tiempo que dardean la lengua plena de ponzoñas fatales, juegueteen entre ellos con alegres e inocentes retozos.

Uno de sus principales méritos fue el de ser un renovador de la poesía entre nosotros. Llegó en el momento en que los seudoclásicos y los seudorrománticos infestaban la literatura con sus desventuradas producciones. Sólo cantaba con voz de ruiñón aislado en su árbol bajo la noche, al fulgor de una luna que no destellaba sino para escasas pupilas, Jacinto Gutiérrez Coll, raro retoño de parnasianismo, perdido por aventura excepcional en el bosque virgen y bárbaro de nuestra lírica. Se aproximaban los días de la renovación. Prestó oído a las músicas vagas que llegaban de lo futuro envueltas entre sordos ropajes de enigma. Acordó su cítara con el presentimiento de esas músicas lejanas y rompió a cantar.

Le han encontrado semejanzas no infundadas con Gutiérrez Nájera, que lo superaba en mucho por el brío del numen y el hallazgo de novedades imprevistas para su época; pero a quien él superó por la ecuanimidad y la sinceridad del verbo. Le han encontrado semejanzas con Acuña, mucho menos artista, y que estaba muy por encima de él al elegir el tema de sus canciones y desarrollarlo con aspiraciones más profundamente *poéticas*.

En Venezuela no tenía antecesores; ni entre los que un tiempo se llamaron sus discípulos hay ninguno capaz de poner a vibrar las cuerdas de su cítara huérfana con la soltura, la maestría y la sencillez conmovedora con que él supo arrancarles sonidos graves y frívolos, jocundos y tristes. Era, en resolución, el representante de un género de poesía hoy moribundo. Romántico por la concepción exclusivamente sentimental de la vida y del amor; pesimista conmovedor con sus protestas amargas contra el imperio de los convencionalismos y la mentira y la falsedad o lo efímero y pasajero de todo afecto y de toda pasión, el Destino fue consecuente con él al depararle en los últimos días de su vida un cáliz colmado de amargura que hubo de apurar íntegro, hasta rendir el aliento vencido por la muchedumbre de dolores crueles y de angustias que se le aposentaron en el alma, acaso junto al torcedor de culpas engrandecidas por la propia conciencia, y al desdén trágico de contemplar convertidas contra su propio pecho todas las flechas enherboladas que un tiempo lanzara a los cuatro vientos, con gentil desenfado de arquero heroico.

Era romántico tanto por la forma de sus poemas como por los afectos en ellos expresados: erotismo sano y cinismo de involuntaria corrupción rezumaban de sus estrofas como pudieran de una alcarraza, a un mismo tiempo dulzor de agua purificada y deletéreas gotas de podredumbre. Así, fatalmente, cumplía con las pautas que le impusiera la literatura que privó durante los primeros años de su vida. Comenzó cantando la alegría de vivir, el ansia recóndita de la tierra encinta, que dará con la primavera su prole magnífica de flores; el júbilo de amar, las gracias de la amada y el exultar gozoso y frenético de la posesión; terminó cantando las tristezas mortales de la soledad, el frío angustioso de los calabozos desiertos, la incurable congoja del error conocido; ejerciendo el culto del Eterno Dolor, a quien toda humana criatura ha de rendir vasallaje...

En sus primeras poesías se advierte la indecisión del novicio en cosas de arte. Aunque muy firme en el tono y seguro en el desarrollo de su pensamiento, vislumbrábanse fácilmente, al través de las fortunas y veleidades de una forma desigual y vacilante, al mismo tiempo que la ignorancia o la incompetencia en punto de técnica del idioma y de la métrica, la actitud insincera, excesivamente fervorosa de un hombre que siente ya pesar sobre su sensibilidad y su pensamiento el misterio de la vida y el misterio del alma, y que trata de comprenderlos y expresarlos buscando fuera de sí mismo lo que sólo existía en sí, atribuyendo a las cosas una sentimentalidad exquisita de mujer histérica o de hombre refinado: fue lo que llamó la crítica de hace algún tiempo su *panteísmo*; el cual, en realidad, sólo viene a ser el sentimiento confuso, en ocasiones casi angustioso, de la presencia de un enigma que él no podía descifrar.

Más tarde, su manera se serenó; su poesía se tornó más clara y transparente, rica en imágenes precisas; llena en ocasiones de una originalidad agradable; melancólica en el fondo, cuando no rebosante en desolada sensualidad. Leed *Culto celestial*, leed *La primavera*, dos verdaderas joyas nítidas, escritas en esta segunda época.

Después vino su reacción contra lo que se ha llamado modernismo. Toda reacción pretende contrarrestar los efectos de la innovación echando a andar hacia atrás: por menosprecio a las nuevas formas que mequetrefes, ignaros y presuntuosos hacían aparecer ridículas, se impuso como un deber de artista el retroceder por el propio camino por donde había arribado, creyendo de ese modo oponerse al avance invencible de la marea nueva; en vez de proseguir su camino propio, y dejar que su ingenio siguiera la evolución lógica y natural que le había procurado ya muchos triunfos. Fue uno de sus más graves errores de artista, acaso también el error de su vida que menos remordimientos le produjo; porque lo ignoró siempre. Por eso sus últimas poesías —excepto las muy pocas compuestas en horas de horrendo sinsabor e impregnadas de verídica angustia— suenan a juguetes huecos y a voces fingidas, ni pueden alcanzar eficacia conmovedora en espíritus duchos para percibir el vibrar, así sea remoto, de la sincera poesía.

Sus versos sabían conmover a la muchedumbre. Expresaban casi siempre las pasiones, las melancolías y los júbilos que existen en el co-

razón de todo el mundo. Desde la señorita más o menos culta hasta el obtuso albardán, todos podían comprender y sentir lo que entrañaban sus estrofas. Por eso su nombre era repetido con admiración de un extremo a otro de Venezuela. Y los que profesamos ideales estéticos distintos de los suyos, o diametralmente opuestos a ellos, le tributamos siempre alabanzas al brío gallardo y a la fresca fecundidad de su ingenio.

Ásperos dolores sellaron el tránsito del poeta sobre la tierra. Que la piedad debida al infortunio sea en su sepulcro signo de la paz que no alcanzó en la vida. Y que el respeto y la agradecida rememoración por la suma de bellezas que nos legó en su poesía, ponga clara recompensa sobre su nombre.

PEDRO EMILIO COLL
(1905)

EL ESTILO
(Fragmento)

Desde sus primeros ensayos de *Cosmópolis*, el lector menos avisado columbra en Pedro Emilio Coll una intensa personalidad literaria. Dijo Buffon que sólo las obras bien escritas pasarán a la posteridad; y aunque dijo una verdad incontestable según mi parecer, con todo eso hubiera podido ser un poco más explícito. Porque no creo yo, ni lo creería Buffon, que una obra escrita en estilo pintiparado y relamido, músico y hechicero, sea digna, por ese mérito, de perdurar sobre el incontenible y eterno discurrir de las aguas del olvido. No tanto. Pero sí cabe asegurar que una obra, pequeña o grande por la extensión, nimia o trascendental por el asunto, estará escrita en estilo apropiado, enérgico y firme, siempre que su interés intrínseco, ético o estético predomine con brillo incontrastable de estrella fija sobre el efímero e intermitente resplandor de los enjambres de luciérnagas errabundas. Sin embargo, Pedro Emilio Coll escribió en *El castillo de Elsinor*: “Si muchas frases perduran al través de los tiempos, es más por su belleza sinfónica que por su estricto significado”.

Su propio estilo es la más elocuente respuesta que puede darse a semejante afirmación. Porque Pedro Emilio Coll no es un estilista en el sentido que suele asignársele corrientemente a este vocablo: encuéntrase muy lejano del preciosismo meticuloso y plástico de Díaz Rodríguez y también de la estudiada e intencionada pulcritud que Zumeta sabe poner en sus prosas, como pavón de hechicería que convierte el puñal en juguete de lindos reflejos; y, sin embargo, su estilo tiene tanta intensidad personal, tanto mérito rítmico y de elocuencia como el de nuestros mayores artistas del verbo. Y es porque Coll no escribe nunca sino cuando en su cerebro se hincha irresistible, preñada de reflexiones o imágenes, la onda del pensamiento, con impulso tan vehementemente arrollador que barrunto que la más fuerte tensión de su voluntad sería impotente para detener el flujo de las palabras expresivas.

Con esto bastará para que comprendáis que Pedro Emilio Coll es el menos retórico de nuestros escritores. Elección de palabras, construcción y ordenación de frases, son para él cosas poco menos que desconocidas; pero el mismo furor divino que arrastraba a la pitonisa a prorrumpir en frases incoherentes cuyo extraño sentido turbaba el ánimo de los que consultaban el oráculo, lo arrastraba igualmente a encontrar en el momento preciso la frase feliz y armoniosa que expresa justamente aquello que está palpitando entonces en su pensamiento.

Es un inspirado, no en el sentido que los viejos poetas atribuían a aquella inspiración ciega y sorda que guiaba al bardo por los mayores aciertos de dicción y de idea y por los más funestos extravíos; pues esta inspiración no es nunca desordenada y violenta, ni anda a “saltos de antílope”, como creían los románticos que debe andar siempre. Entre el estilo de Montalvo, por ejemplo, que no fue nunca sino un desesperado romántico, en política y en literatura, y el de Coll, existen dos fosos inmensos: el uno formado de purismo impertinente, a ocasiones insoportable, en el ecuatoriano, y el otro de orden sereno, diáfano y puro, en el venezolano. Los partidarios del *gramaticalismo* encontrarán superior el estilo del primero, porque en él es casi imposible encontrar palabra, giro ni frase que no esté suficientemente autorizado por antiguos escritores españoles; y yo, a pesar de ello, me quedaría con el del segundo, por la transparencia,

la elegancia desnuda y sin artificio, y principalmente por aquella resonancia recóndita, que no reside por cierto en la mayor o menor habilidad con que está compuesta la frase, sino en la armonía y en la justeza con que se adapta el íntimo pensamiento del escritor a la forma con que lo expone, en concordancia total y expresiva, como en plenitud melodiosa adáptase el agua del océano a los recodos y acantilados de la ribera.

Y no perdurará su obra “por su belleza sinfónica” en sí, sino porque su belleza sinfónica es producto de una superior, de una honda armonía espiritual: la línea, el matiz, el acorde, no existen para él como fenómenos independientes, sino como efecto o como manifestaciones de una fuerza íntima, residente en el *yo*; y de esta guisa, cuando el idealista irónico que escribió *El castillo de Elsinor* y *Homúnculos* se encuentra en contacto con lo exterior, un individualismo casi pantagruélico se desprende de su obra como olor de suculencias y tentaciones que surgiera de la retorta o de la alquitara de un sabio químico...

ANDRÉS MATA Y SU OBRA POÉTICA (1918)

En 1896 apareció el volumen de *Pentélicas*; pero antes de que su autor las compilara en libro, esas poesías eran ya famosas. El diarismo, por otros respectos funesto, ha hecho esta obra buena: que divulga y populariza la labor de los escritores y poetas mejor que el libro que nadie compra ni lee. Muchas de las estrofas de este volumen eran populares antes de 1896, poseían las cualidades que suelen formar atmósfera de simpatía en torno a los poemas; expresaban tendencias comunes a la juventud intelectual y al espíritu mismo de nuestro pueblo; decían cosas sencillas y valientes y tenían aquella lúcida sencillez que es el mejor vestido de la poesía y que tanto agrada a la muchedumbre. Cuando el poeta apareció cantando en tono y acento que no habíamos escuchado hasta entonces, todos aplaudieron, porque a todos les pareció encontrar expresados en aquellos versos llenos de furia y de ira, de melancolía y de amor, de ideales nuevos y de esperanzas confusas, un eco de las voces que le sonaban en el secreto de las entrañas. Andrés Mata era el genuino representante

lírico de su generación, y aun me atrevería a decir que de nuestro país, en el momento histórico en que dijo a lanzar cantos en que temblaban, a la vez que aquellos rudos gritos de protesta contra la vida coetánea, las voces gemebundas de la raza afligida. Su obra girará en lo sucesivo alrededor de esos dos polos morales: la rebeldía y la pesadumbre. Jamás ha hecho otra cosa nuestra poesía popular.

El alma venezolana para aquella época andaba desconcertada entre la zozobra y la esperanza: se percibía tal vez a distancia, no inaccesible ni remota, el advenimiento de nuevas fórmulas y de nuevas realidades; y los espíritus más cultos intentaban apresurarlo con impaciencia noble. Tras un largo período de incuria, de imitación, de lugar común a porrillo, de endebles de ideas y trivialidad de sentimientos, aparecía una generación –la de *Cosmópolis*– dispuesta a romper todas las turquesas cascadas de la rutina, a quebrantar las fórmulas, a enrumbar las viuelas de cuerdas destempladas y a llenar de gritos vehementes el ámbito aterido por largos lustros de apacible palabrería. Fue la época de las violencias naturalistas en la novela, copiadas de las inocentes demasías con que el señor Zola logró dejar estupefacta a una generación universal; de las sutilezas del análisis antes desconocidas, y que produjeron perplejidad y sorpresa; mientras que los poetas, arrebatados por impulsos nuevos, rompieron a cantar con ímpetu y ardor de mocedad violenta, desentendiéndose de las pautas, vociferando en tumulto sus anhelos de libertad y de renovación.

Éste fue el sentimiento que hace treinta y más años se apoderó de todas las almas en América y su representante más feliz y glorioso fue Díaz Mirón. Por más que luego se apartaran de la orientación que marcó el mejicano, los más de los poetas de la nueva América pagaron tributo a esa tendencia, que al bastardear en moda perdió su íntima fuerza primordial, para desaparecer a poco barrida por los céfiros suspirantes y tenues del preciosismo, estilo Luis XV, que más tarde afligió a la América española, poblando la lírica de marquesas con cabelleras empolvadas y lunares postizos, pajes blondos y demás tramoyas del siglo XVIII. Esta postrera manía, como fútil empeño de imitadores tontos, desapareció sin dejar huellas más que en algunos poemitas de Darío y en algunos sonetos del boliviano Jaime Freire: fue fugaz capricho artificioso de unos cuantos.

Aquella otra poesía, la que tomaba aptitudes de reto y de combate, produjo en cambio obras que perdurarán en la lírica americana, y a ella pertenecen algunos de los más hermosos versos de *Pentélicas*. Porque estas voces salían del corazón de las generaciones: están en la médula de la América nueva y traducían una franca actitud de los ánimos encendidos de individualismo proceloso, ansiosos de borrar de nuestros dominios morales los rastros que la impureza colonial dejó en ellos, como amargo sedimento: era que íbamos a completar nuestra emancipación rebelándonos contra los yugos intelectuales que persistían incomodándonos, recordándonos la sujeción de antaño, reviviéndola en las situaciones anormales que el desorden político creaba en América, impulsándonos a cerrar las gehenas del pasado y clamar al porvenir con gritos angustiosos que eran frenéticos llamamientos a la aurora. Rechazaban por eso las nuevas generaciones toda disciplina y toda norma, preparando, al través de la anarquía literaria del modernismo, el florecimiento del espíritu nuevo.

En el mundo civilizado el romanticismo suscitó la renovación de todas las fuerzas sociales: en Venezuela apenas si removió los sedimentos de la desesperación hereditaria, promoviendo una regresión lamentable a los antiguos *yaravíes* de las tribus y al tamboril ronco que evoca la sombra calurosa de las selvas africanas, a la vera de la congénere selva criolla. Faltoso de elementos que lo nutrieran, el romanticismo nuestro degeneró en jerigonza, en estribillo triste, complicando así la bárbara melancolía nativa con la pesadumbre postiza que a la larga produjo la repetición de un canto único, lúgubre y lento. Esta clase de influencia romántica, barajada con el culto vago de los clásicos, perduró durante largos años; y así, mientras las generaciones de escritores de prosa se enteraban de lo que ocurría en el orbe y traían a nuestra atmósfera frescas resonancias del positivismo filosófico y del naturalismo literario, los poetas seguían plañendo trovas románticas olientes a moho y decrepitud. Romanticismo agudo era la imitación de Bécquer, que algunos cultivaron con ardor, y que llegó hasta el propio Andrés Mata, suscitando algunos de los primeros estremecimientos de su lira: versos de juventud ingenua que el autor ha decidido dejar olvidados en los amarillentos papeles de antaño:

Hojas de madreselvas y geranios
que el sol primaveral miró crecer,
antes que os hiera el huracán sañudo,
caed, caed...

En *Pentélicas* no subsiste esa nota: la tristeza se enciende en rabia y se arrebola de esperanza; el poeta se olvida de sí mismo para pensar en la gente que lo rodea, que con él sufre y trabaja y se siente descontenta y oprimida en este mundo; y entonces, al arrogarse la representación de cuantos él ve padecer en la sombra y el oprobio, conviértese en verdadero poeta civil, y sus palabras en eco de lo que piensan y sienten las multitudes heterogéneas y confusas; sus estrofas son el espejo de la vida interior del pueblo: un espejo en que el arte alumbra los recónditos rincones oscuros y divulga los dolores contenidos y las ansias inexpresadas del alma colectiva.

Pentélicas carece de unidad. Sin embargo, con algún afán podrían congregarse las poesías que lo forman en dos grupos paralelos: los cantos de índole cívica y combatiente y las canciones de amor; de un lado, aquellos versos en que el poeta comparece como heraldo de su generación, que emboca la trompa y pregoná cuáles son sus anhelos y sus esperanzas; del otro, las canciones en que nos narra sus pesadumbres íntimas o sus sueños de amor, pulsando las cuerdas de una cítara dulce, que exhalan temblorosas armonías de confianza. No obstante, una y otra voz suelen confundirse, alternando en una misma poesía y este consorcio es lo único que podría considerarse como viso de unidad dentro del libro.

Al releer a *Pentélicas*, ¡a cuántos hombres de mi generación no les parecerán esas voces ecos de inquietudes distantes, perdidas en las lejanías de los tiempos! Y, sin embargo, son, puede decirse, clamores de ayer que arrullaron con su estrépito varonil los ensueños de nuestra adolescencia. El tiempo ha pasado con velocidad suma sobre nosotros, y la evolución literaria de los últimos años nos apartó de ese pasado que no tiene ya apenas quien lo recuerde entre suspiros. Allí, sin embargo, canta el alma venezolana de hace veinticinco años: *Pentélicas* es el sarcófago en que yacen embalsamados los ideales de una generación.

En 1889 lanzaba Andrés Mata su *Grito bohemio*, vociferación individualista, en mucho ingenuo, que en sus mismas desigualdades y en su prosaísmo intermitente delata el clamor sincero de un espíritu atolondradamente enamorado de la libertad hasta en sus demasías:

No se avergüenzan
de que vosotros les llaméis bohemios
porque tienen conciencia de sí mismos,
porque tienen la fe del carbonero
y no han doblado nunca la rodilla
en los altares donde oficia el miedo.

El poeta encuentra admirable la vida de los bohemios; y aún tengo confusas sospechas de que estos versos pueden haber causado en Venezuela más de un extravío entre la gente moza e inexperta de la época, que haya tomado en serio los acentos del poeta, sin percatarse bien del final:

Pero mañana mismo
en la lucha serán de los primeros
que, convertidos en tribunos,
se alcen a defender la dignidad del pueblo...

Por allí pasa la sombra del romanticismo de Francia, tan funesto a nuestra literatura. La duda, una duda superficial, comparece asimismo, entre blasfemias y arrepentimiento; duda retórica, literaria, postiza. Sin previo examen de los problemas filosóficos y morales que han inquietado siempre a la humanidad, los poetas modernos se han puesto a plantearse interrogaciones que las más veces quedan irresolutas para los mismos filósofos, cuanto más para un lírico. Lo que a éste podemos pedirle, en último extremo, no es que nos resuelva esas intrincadas cuestiones, sino que nos las presente en formas tan comunicativas e intensas que logre interesarnos en ellas y asociarnos a sus propias inquietudes. El grupo a que pertenecía Andrés Mata tenía mucho que destruir y mucho destruyó. Destruir no es tarea ardua. Lo difícil es edificar obra duradera. Justo es decir que esa generación puso empeño

en levantar su obra: si le ha resultado estrecha, o si aún anda inconclusa, culpa suya no fue.

Buena parte de las páginas de *Pentélicas* son feroces golpes de piqueta dados en el muro de la Tradición. Las religiones le inspiran al poeta una frenética aversión de jacobino:

Derrúmbese el altar: es necesario
derribar el fetiche y el convento;
apague la razón el incensario
y suceda a la voz del campanario
la expresión inmortal del pensamiento.

Esa violencia arde con sinceridad luminosa de brasa. Pero la crítica queda autorizada para suponer que tales negaciones son más producto del sentimiento que del intelecto. El poeta, en efecto, es más fuerte en su animadversión instintiva que en el razonamiento de su enemiga contra los credos religiosos. ¿Qué pensar si no ante estas palabras suyas?:

¿Dónde está Dios? En su existencia creo.
Pero la duda, como no le veo,
ultraja mi razón...

Allí mismo suplica a sus creencias que no le abandonen, imprecación enteramente romántica, buena para tomar actitud de mozo desesperado, capaz de cualquier diablura. A los jóvenes de hoy no les será fácil comprender esta actitud y estos clamores, y sospecho que los más de ellos barrunten detrás del desorden afflictivo y lleno de vacilaciones una simple serie de ademanes retóricos. No había tal. Esa generación positivamente principiaba a dudar, y sufría en la duda. Cinco lustros han sido necesarios para borrar la inquietud de los problemas religiosos, que hoy no interesan por fortuna a nuestra juventud, no porque los haya resuelto, sino porque los ha desechado, que es la única solución acertada y segura de estas cuestiones. Hemos comprendido que la idea de una religión positiva puede estar ausente de las almas sin producir ningún vacío, sin amenguar el idealismo filosófico y práctico; y también que las religiones

materialistas, cuyo derrumbamiento ansiaba el poeta, son los peores enemigos del sano idealismo que ahora nos está encumbrando lentamente a vértices de superior dignidad individual. Pero en la época en que Andrés Mata exhalaba estos angustiosos gritos de viajero desorientado en la noche, flotaban en el ambiente brumas de positivismo, y el positivismo, cuyo Baal fue la ciencia, aspiraba a endiosarla en el trono del mundo. Hoy vemos con sorna que el choque derribó por el suelo, hecho añicos, a los dos adversarios; por eso si un poeta se nos apareciera declamando esa antigua canción, nos reiríamos de su ingenuidad, creyendo que la emprendía contra fantásticos molinos de viento. Pero en la época en que fueron escritos los versos de Mata tenían en la realidad el relampagueo y el filo de una lanza asestada contra el pecho de un malandrín poderoso; había valor y dignidad en la contienda, y debemos agradecerle al poeta que rompiera esa lanza heroica en defensa nuestra: en defensa nuestra, porque contribuyó así, con los demás hombres de su generación que dieron largos alaridos de incredulidad, a libertarnos de las estantiguas de los credos; cuando nosotros comenzamos a pensar, pensamos con entera libertad, gracias a los hombres de esa generación, cuya labor continuamos, mal que bien, realizando así la solidaridad nacional, que todavía no parece bien diseñada, pero que un día será patente y categórica.

He aquí, pues, que descubrimos un lado trascendente en *Pentélicas*. Nadie que relea este volumen con simpatía podrá negarlo. Es un libro que fue actual pero nunca de ocasión; por eso perdurará. En *Pentélicas* hay socialismo, anarquismo, romanticismo, amor desenfrenado a la libertad, aspiraciones vehementes de renovación, el viejo ensueño de restaurar sobre la tierra el fabuloso paraíso perdido; por eso exhala tan penetrante y seductor aroma de juventud, de fuerza y de esperanza. Cuando el poeta ve una nube negra piensa que más arriba está el cielo azul con sus luceros de oro y lo que ansía es tener alas, es decir, libertad, dignidad, brío, para trasponer la región de las nubes y cernerse en la amplitud del éter claro. Las confusiones mismas que reinan en sus tendencias son señal de la ebullición desordenada de los espíritus circunstantes. Sería imposible desentrañar de estas estrofas un programa social; pero en ellas late, como pulso recio y febril, el ansia demoledora que no piensa en posibles reconstrucciones ulteriores,

sino en derribar, en destruir cuanto le cause disgusto o le inspira rencor en el edificio social que es su sede. El poeta se apresura a aclamar desde la eminencia a que el numen lo exalta lo que cree la buena nueva. Algunos objetarán que en Venezuela nunca ha habido hasta ahora ni siquiera conatos de revuelta social y que una de las fuerzas venezolanas es precisamente la ausencia de problemas sociales y religiosos desde hace muchos años. Así es; pero en la época en que el poeta compuso a *Pentélicas* la atmósfera moral de nuestra tierra estaba profundamente removida por cálidas corrientes renovadoras, y el poeta, gracias a su sensibilidad refinada, percibía y traducía aquel sacudimiento de las almas inquietas o expectantes. Buena prueba de ello es la popularidad de estas poesías. Las muchedumbres permanecen frías ante los gritos o las quejumbres que no responden a una íntima desazón propia; pero en aquellas estancias batalladoras y rebeldes el pueblo reconocía un eco de los propios dictados interiores, del propio ensueño y del propio dolor; allí comparecía el alma colectiva desnuda y agria; sobre aquellas flores poéticas lucía, cuajado en vivas gotas de llanto, el sentimiento de las turbas, como la humedad de la atmósfera en las flores de los vergeles, al desvanecerse la noche. Tanto más hondo e intenso era el poder adivinador del intérprete cuanto no entró nunca en el designio del poeta halagar las pasiones del pueblo; del cual ha permanecido siempre distante. Trátase de un caso de inspiración casi idéntico a los que nuestros abuelos consideraban como sugestión ineludible de superiores potestades; sólo que el dios, la musa, no son aquí fabulosas deidades, sino seres vivos, atormentados por las amarguras de la existencia. El grupo de las piérides hechiceras y claras habíase convertido para el bardo en tropel desmelenado y ululante de hombres harapientos, impulsados por el frenesí del hambre y los furores del desquite.

Los que sintieron en toda su fuerza el impulso que animaba a *Pentélicas* concibieron de seguro la esperanza de presenciar cómo la musa incendiaria de Andrés Mata, al fin de su labor arrasadora, emprendería la reconstrucción de la Ciudad Nueva, predicando el evangelio de lo porvenir, tal debiera haber sido, en efecto, el lógico desarrollo de su obra. Pero aquellas esperanzas quedaron defraudadas de un modo casi brusco, sin transición ideológica ni retórica. De pronto apareció el poeta en una

nueva faz. Al seguir el desarrollo de su obra y pasar de *Pentélicas* a *Idilio trágico* y a *Arias sentimentales*, nos ocurre lo que al espectador de un calidoscopio, cuando ve cambiarse el espectáculo de un ardiente mediodía tropical en pálido y suspirante claro de luna.

Tengo para mí que *Idilio trágico* fue compuesto con el propósito de concurrir al certamen en que mereció el premio; hay allí premura, endeblez, imprecisión, y una llaneza de conceptos y de formas que en ciertos momentos llega a recordarnos al bueno de Campoamor. Diríase que, tras la primera jornada lírica de su existencia, el poeta sentábase a descansar a la sombra de un árbol y desorientado y distraído pulsaba al azar las cuerdas de la cítara, arrancándoles sonos triviales e incoherentes, mientras su espíritu divagaba, vacilante e incierto, ante los caminos que le ofrecía el mundo. Algún tiempo duró semejante cavilación. Cuando sale de ella y echa a andar de nuevo, su musa ha cambiado: ya no es la ménade furibunda, ya no es la amazona heroica que galopa de poblado en poblado congregando a los hombres para la liberación y la justicia, que predica la destrucción de los decrepitos alcázares de lo pasado, del altar y del trono; ahora aparece pálida y vestida de luto, coronada de asfodelos y adelfas, como en cumplimiento de ritos funerarios. Las rosas orgiásticas se le han marchitado en la frente, y aunque no lleva corona de espinas ni viste sayal de estameña e ignora el sentido místico de la penitencia, ha olvidado sus amplias ilusiones de antaño. Se aparta con desdén de los hombres, huye el resplandor crudo de los mediodías, se refugia en las penumbras melancólicas de los crepúsculos, en la órfica tiniebla de la noche o a la luz acongojada y dulce de la luna, canta canciones amorosas y desesperadas que se elevan en el seno de las sombras con amargos rumores de suspiro. Son las *Arias sentimentales*.

El poeta nos ha explicado este cambio ocurrido en su ser, en una poesía que supongo figurará al frente de *Arias sentimentales* como clave de su nuevo tono lírico. Es un *Nocturno*. Allí canta el advenimiento de la noche que arropa desde entonces su lira, en versos empapados de angustia y desesperanza: una ráfaga se ha llevado de su corazón los ideales antiguos, cuyo fracaso no lo exalta a nuevas rebeldías sino que lo deprime en la resignación y la renuncia:

Al trágico reproche
de la sombra a la luz, la flor secreta
de la esperanza recogió su broche,
cual recoge su broche la violeta.
¡La noche al fin, poeta!
¡Poeta, al fin la noche!

Tiene la conciencia de que abandona el anterior escenario de sus cantos, la tribuna civil desde la cual partían sus poemas como arengas encendidas, como faláricas que rompían el vientre lóbrego de la noche. Y, confesión o excusa, explica:

¡Inútil ideal!... En el combate
Catón sucumbe y se agiganta Clodio...

El poeta ha perdido la fe en su ideal y ha hecho bien en renunciar a cantarlo en lo sucesivo, porque la canción que no brote de los labios ungida por la fe, nace destinada a la podredumbre.

Amor y melancolía son los dos polos nuevos de su numen. Pero al cantar el amor el poeta ha perdido sus persuasivos rijos de antaño. Ya no conoce los madrigales ardientes, ni la sana lujuria que florea las páginas de *Pentélicas* con claveles de sangre. Este nuevo amor está formado de vagas voluptuosidades martirizadoras, con alternativas de deseo y de pesadumbre, en que a los fogosos anhélitos lúbricos siguen largos paréntesis de quebranto y desconsuelo.

He aquí completo el ciclo poético que convierte a Andrés Mata en poeta representativo del alma nacional: después de la rebeldía la quejumbre, tras las vicisitudes de la lucha, el lamentarse del propio infortunio. Así, a la luz de agrias candelas, en las noches del campamento, durante las viejas guerras intestinas, los soldados brutales que en el día habían realizado hazañas sangrientas congregábanse al son del cuatro para verter en coplas amargas y tristes la pena inenarrable de sus almas primitivas y broncas. Es idéntico lo que le ocurre al poeta: sólo que éste vierte sus emociones de angustia en formas musicales comunicativas, que producen honda impresión de belleza.

En medio de las peores fechorías y brutalidades, el conquistador, ya mestizo e inficionado de pesadumbres moriscas, juntó sus propias vehemencias, instintivas y ásperas, con la bestial aflicción y los recios apetitos del negro, y con la mustia y solitaria melancolía del indio desposeído y maltratado. Tal compleja síntesis es la que hierve en el fondo del espíritu venezolano, produciendo esa doble expresión de congoja y rebeldía, expresión relativamente nueva en nuestra literatura, por haber sido asimismo reciente la mezclanza de las sangres, que tal vez a la postre dé un producto nuevo, peculiar de nuestro territorio. Entonces acaso se modifique el sentimiento predominante en el ánimo patrio, a lo menos el que éste vacía en las rudimentarias formas líricas de que hasta ahora es capaz; pero siempre las *Arias sentimentales* representarán la esencia de este larguísimo período de transición, envuelto en velos cenicientos de incertidumbre, quejas y rabias.

Tan intenso es el reflejo de las angustias colectivas, que aun los mismos poemas cuyas palabras expresan lexicográficamente serenidad, mansedumbre, ocio noble y satisfecho, asumen no sé qué recóndita resonancia de congoja: tal sucede con *Alma y paisaje*, sinfonía de soledad, aguas lentas y luna clara, de cuyos endecasílabos se desprende no sé qué vago desconsuelo, como fragancia de flor emponzoñada. No son estas retóricas sutiles; tal vez, a pesar del poeta mismo, filtrase al través de los versos aquel sentimiento fatal, música llorosa e irremediable que tiene aciagas dulzuras, y cuya persistencia concluye por producirnos un sabor de cenizas funéreas. Por cenizas propiamente están formadas las estancias: por las cenizas que dejaron en el ara del Dolor aquellas rosas juveniles que en *Pentélicas* perfumaban con tan violentos aromas de amor, de esperanza y de civismo, cuando el destino las destruyó en el brasero del infortunio: cenizas que conservan, como un recuerdo remoto, la fragancia de otro tiempo, de cuando se abrían, puras y espléndidas, a la luz del sol matinal, lejos de la noche y de la luna...

A veces, sin embargo, intenta convencerse a sí mismo de que la vida es buena, de que sus lamentaciones son efímeras manchas de sombra en la claridad matutina del orbe: tal en *Optimismo*. *¡La vida es buena!...*, prorrumpe allí; pero sin mayor convicción, porque, irresistible y despó-

tico, el tema eterno del dolor se le concentra en el alma, petrificándose en diamante de vario esplendor; y exclama como en un suspiro de resignación y alivio:

Bajo el azul pacífico del cielo
todo humano dolor es poesía.

Se consagra a exprimir el zumo de los dolores en la crátera de la poesía, ennobleciéndolos; pero no se acuerda de que en el mundo hay alegría, e ignora por completo –tanto se ha enfrascado en el propio quebranto– que el gozo y la risa son también puros manantiales poéticos. Y cuando el adalid lírico de generaciones enteras en nuestro país lo olvida o lo ignora, ¿qué mucho que las trullas subsiguientes de los cantores se empeñen en llorar al pie de ilusorios altares rotos, entre túmulos que la fantasía aglomera en parajes ideales, bañándolos en tristeza de luna y de lágrimas, suscitando sollozos cuyo eco percibimos como el de extraños ritos de criminal desesperación?

Es imposible de todo punto conciliar las dos fases opuestas que el poeta nos ha mostrado, como no sea atribuyéndolas a una causa étnica, profunda y radical en su organismo: considerándolo como arcaduz por donde fluye, cuajado en cantar artístico, el sentir de la colectividad a que pertenece. Y eso no deliberado propósito, ni porque el poeta se haya puesto a auscultar el corazón de la patria con el ansia de comprender y descifrar sus latidos, sino por impulso espontáneo de todas sus fibras, en las cuales repercute con exactitud la recóndita vibración del alma nacional. Es cierto que las nuevas generaciones van desprendiéndose de ese tono, echando a andar por otros caminos despejados de la flora taciturna que prospera en estos poemas; es cierto que –aun cuando todavía no las presentimos, porque andan con paso lento y cauteloso, sino unos pocos, a quienes tal vez engañe la esperanza– los jóvenes buscan otras formas y otras esencias, solicitados por nuevas orientaciones estéticas y espirituales; pero nuestra alma de ayer no más, la de fines del siglo pasado y comienzos del presente, se encuentra allí, palpitante e íntegra, con sus furores y sus penas, arrebatada, violenta y gemebunda. Como fiel expre-

sión de esa alma perdurarán estas páginas que tienen la virtud primordial de ser sinceras.

La versificación de *Pentélicas* es fácil, con los defectos inherentes a la facilidad, y con aquella impresión de energía que producen las estrofas cuando han sido fabricadas de un solo golpe en el espíritu. Diríase que el poeta no había logrado aún adiestrar su Pegaso, y que el animal divino daba a las veces unos botes estupendos, desde las nubes por donde lo mecían sus alas hasta la tierra prosaica. Pero son decaimientos efímeros. Ni es posible –y aun barrunto que conveniente tampoco– cantar los excesos del anarquismo y las vindicativas vociferaciones de las muchedumbres en verso de relamida medida, olorosos a perfumería de moda. Los versos de *Pentélicas* tienen a veces chirriar de hierros que se afilan o se entrechocan: no puede, en rigor, reclamárseles armonía amena. Se trata de “forjar armaduras y picas” para la pelea, como en el romance de Díaz Mirón; y las cinceladuras y los floreos platerescos y nimios resultarían en ellas ociosos y chocantes. Pero al deponer los arreos de combate al abandonar el campo raso de la contienda para penetrar en la estancia llena de efluvios de amor y de tenues luces galantes, el poeta modifica sus modales y su verso recio y sin pulir en otro tiempo, se acicala, se viste de seda, suena con música sutil, delicada y compleja, trata de expresar medias tintas, emociones refinadas, vagos sentimientos en que flotan, como el humo de un pebetero, ponzoñosas delicias. En *Pentélicas* el poeta era un gladiador bravío y la cólera y el ansia de justicia se le henchían en los músculos, contraídos para el golpe tajante. Su espíritu era como un arco tenso, pronto siempre al disparo. Golpea sin tregua y con ardor de fiebre en el yunque de donde saldrán las armas libertadoras. En *Arias sentimentales* el estado del ánimo es otro: el poeta abandonó el martillo y el yunque, huyó del taller opaco de humo y alumbrado por el llamear de la fragua y fue a acicalarse en no sé cuál paraje escondido. Cuando comparece de nuevo ante nosotros viene aderezado y pulido, y la lira que pulsa ya no es de bronce bruto, sino de marfil labrado, con sutiles cuerdas de oro. ¡Qué contraste! Se olvidó de los que sufren para contarnos el sufrimiento propio en palabras que destilan miel de tristeza: su mundo, antes poblado de infelices que pasaban desmelenados y furibundos, con la boca torcida por el grito de la

cólera, se ha cambiado del todo: es ahora un jardín otoñal por donde desfilan, en el crepúsculo, siluetas lentas de mujeres fatales, que compendian en su carne amorosa todas las delicias y los tormentos del orbe, mientras favonios galantes se quejan suavemente entre las rosas, un poco ajadas, y la eterna luna de los idilios derrama desde el éter sereno sus resplandores cómplices. En el jardín cavila una mujer pálida y esbelta, cuyos ojos tienen fulgores de pedrerías, cuyos labios sangran, áridos y crueles, en la blancura del rostro... Resuena la serenata quejumbrosa y dulce, cuyos sabios acordes suscitan un ensueño estéril en la mujer de rostro pálido, y apresuran el deshojarse de las rosas moribundas, que van sembrando de pétalos el suelo humedecido por los incontenibles llantos del otoño...

LAZO MARTÍ Y EL CRIOLLISMO LITERARIO (1869)

Releyendo los versos de Lazo Martí, recopilados en volumen hace poco, y comparándolos con aquellos que se publican al presente en nuestros diarios y revistas, comprendo que el criollismo ha muerto. Lazo Martí y algunos de sus coetáneos intentaron crear un género de poesía netamente nacionalista, como varios prosadores se propusieran crear un género especial de cuentos y novelas criollas. Hoy en día presenciamos una especie de movimiento regresivo en este sentido. La literatura criollista, tal como la entendían sus corifeos de hace veinte años, anda de capa caída. No cabe duda de que el criollismo produjo algunas obras de gran valor, aunque no probablemente por criollistas, sino por los intrínsecos méritos que las avaloran. Tal pasa con los poemas de Lazo Martí: su valía esencial no consiste, como se ha promulgado, en que tienen por asunto cosas del terruño, en que el poeta traslada a sus poemas con fidelidad y hermosura sorprendentes las cosas y los seres entre los cuales pasó la mayor parte de su vida. Nótese que lo más escogido y galano de toda su producción es pura poesía descriptiva, y que sus poemas, en este sentido, carecen casi siempre de acción individual, o, si la tienen, es baladí y borrosa; simple pretexto para esbozar figuras y detrás de ellas diseñar un paisaje magnífico que encuadre el conjunto. La *Silva criolla*, su obra maestra, según la

opinión general, es una serie de fragmentos descriptivos, impregnados de un colorido espléndido, llenos de música campesina y pampera; pero sin unidad efectiva, sin un centro de acción que los ate y junte en haz de verdadera historia poética.

Los más de los sectarios de esta tendencia han incurrido en yerro análogo. Se hace excepción de los poemas indianos, pues este género no puede incluirse propiamente hablando en el criollismo. Literatura de reconstrucción, lírica y semihistórica, no interpreta ni pinta la vida nacional, que es norma y fin del criollismo. José Ramón Yépez, Udón Pérez, Abelardo Gorrochotegui, no pueden, en rigor, considerarse como poetas netamente criollistas, como a nadie se le ocurre llamar criollo del Uruguay al famoso *Tabaré*, de Zorrilla San Martín. Estos bardos quisieron rememorar épocas felices de la prehistoria colombiana y de la conquista. Importa, pues, descartar los poemas del linaje apuntado de lo que debe considerarse como criollismo, dado que tendríamos que buscarles entonces abuelos de tanto fuste y tan lejano abolengo como los *Varones ilustres*, de Castellanos, o la *Araucana*, de Ercilla, obras que son en realidad castellanas puras.

El criollismo en su esencia sería la pintura de paisajes, tipos y costumbres criollos en un lenguaje especial, también criollo. Y aquí es donde la sedicente secta literaria se tropieza con inconvenientes de más bulto. Muchos han creído que con acudir a palabras indígenas o a las corruptelas y modismos usuales en el vulgo venezolano, se realiza obra estrictamente venezolana. No acierto a comprender cómo el simple empleo de voces o locuciones populares de determinada región pueden dar matiz y perfume regionalista a las obras literarias. Y tanto no lo creen así quienes a este artificio han recurrido que agregan a la obra un suplemento final en forma de vocabulario, en que explican las acepciones corrientes de los vocablos criollos que emplean.

Dado que en nuestros países, casi despoblados si se compara el guarismo de sus habitantes con lo inmenso de su territorio, el habla popular corriente varía no sólo de una a otra nación, sino también de una a otra provincia, y aun suelen encontrarse diferencias dialectales notorias dentro de una sola provincia, resulta poco menos que imposible crear una literatura suramericana con estos elementos; ni tampoco –aunque a pri-

mera vista parezca más fácil y hacedera— escribir en esta suerte de derivados corrompidos del español una obra que sea perfectamente inteligible para todos los habitantes de una de nuestras nacionalidades. Un libro escrito en el cuasi dialecto que habla el pueblo de Maracaibo, pongo por caso, sería, no ya incomprensible para un español, un colombiano o un argentino, sino también para un caraqueño o un cumanés. El criollismo, en este sentido, estaba desde luego condenado al fracaso; y en cierto modo una novela escrita rigurosamente en dialecto popular de cualquier estado de la República, resultaría tan extravagante como un libro escrito en cualquiera de los dialectos guajiros.

Naturalmente, que más extravagante resulta el intento de poner en español puro las conversaciones de la gente llana de nuestra tierra, como alguna vez le ha ocurrido a uno de nuestros más fecundos noveladores con los diminutivos en *ico*, que no son usuales sino en casos sumamente raros entre la gente criolla; que suenan a eco de lecturas de novelas populares de España y que chocan a los oídos del lector venezolano.

Ni acierto a explicarme por qué no puede escribirse en castellano urbano y corriente, introduciendo, con su correspondiente definición, aquellos contados términos que se consideren indispensables para la más fiel pintura de las costumbres y del ambiente. Así lo han practicado algunos novelistas de fuste, como Isaacs y Urbaneja Achelpohl. O bien por qué no se trata de evitar en lo posible el empleo de términos misteriosos para los lectores que no estén enterados de ciertas peculiaridades nuestras.

Lo cierto es que el criollismo, en lo que atañe a las formas de elocución que pretendía emplear e imponer, va perdiendo terreno; y los versos del cantor de los Llanos perdurarán no por lo que tienen de verbalmente criollos sino por la gracia, la delicadeza y la música que en ellos existen, como invalores prendas. La prueba es que sus poemas más apreciados hoy en día son precisamente aquellos que menos recargados se encuentran de verbalismo local.

En último término, es menester confesar que el florecimiento de dialectos locales no suscitaría ningún bien seguro para el progreso de los pueblos de habla española. Antes por el contrario, es de barruntarse que

la unificación del lenguaje redundaría en provecho para todas las naciones de origen hispano del continente. El idioma es no sólo vehículo de cultura, sino también prenda de unión. Si el español de los pueblos de América sufre transformaciones parecidas a las que sufrió el latín cuando sobrevino el derrumbamiento del Imperio romano, para dar origen, confundándose con las lenguas bárbaras, a los romances, es muy probable que ello acarrearía consecuencias nefastas para la futura civilización de estas Repúblicas y para la mutua solidaridad que tanto se predica y tan pocas probabilidades tiene de crecer, afianzarse, ni siquiera subsistir. El mismo ejemplo de España parece concluyente. Uno de los elementos del problema catalán es la dificultad de imponer el castellano a los catalanes que aman su lengua.

El criollismo prosperará probablemente cuando atienda más que a la cuestión de pura forma, a la esencia de lo que exprese, a despertar corrientes culturales, a estimular las fuerzas existentes y a despertar y excitar las que todavía están latentes en el espíritu del conglomerado racial que formamos, sin olvidar que uno de los más eficaces y pronto instrumentos de armonía y concordia entre los hombres es la unidad del lenguaje en que se piensa, se siente y se habla.

DEL MODERNISMO AL CRIOLLISMO (1921)

I

Acabo de leer sucesivamente el último libro de Manuel Díaz Rodríguez² y el último libro de Alejandro Fernández García³. Para quien conozca íntimamente la evolución de las letras venezolanas en los últimos veinte años, estos dos hombres evocan al punto, por sí solos, la memoria de un estilo emperifollado, opulento y pródigo, lleno de colores y de música; el recuerdo de la buena época del modernismo y sus luchas, sus desvaríos y su gloria.

2. *Peregrina o El pozo encantado*, Madrid, Biblioteca Nueva.

3. *Bucares en flor*, Caracas, Editorial Victoria.

La aparición de Díaz Rodríguez en el campo de la literatura fue subitánea y definitiva. No había hecho tanteos en público; no pasó, como es común en nuestras repúblicas españolas, por el período de los ensayos que son “promesas” para los doctos más o menos tolerantes. Su primer libro fue la revelación cabal de un escritor hecho y derecho, que en la sombra y el silencio, y sin duda a fuerza de estudio perseverante, había adquirido un dominio sorprendente de la lengua; y que si no mostraba entonces tener cosas grandes o nuevas que decir, sí aparecía capaz de contar lo que le pluguiera en una prosa llena de sorpresas y delicias.

Importa recordar que la gente de *Cosmópolis*, la revista de la juventud de la época, no tenía preocupaciones por el estilo. Urbaneja Achelpohl descubría el criollismo aplicando a la observancia y pintura de la vida venezolana los procedimientos del naturalismo francés, aunque más tarde se despojaría de toda influencia extraña y se apegaría a la tierra con ardor inquebrantable, desesperado y violento. Pedro Emilio Coll, que andando el tiempo había de adquirir uno de los estilos más sencillos, diáfanos y puros que pueden encontrarse en nuestra América, curábase entonces poco de la elegancia del lenguaje, cuidando con preferencia de su claridad y de su lógica. De los oradores de la generación, Eloy González comenzó tocando a rebato en una prosa en que retumbaban a trechos clamorosos estrépitos de campanas, origen de su prosa de hoy, la cual de vez en cuando, y a pesar de la severa disciplina que le imponen los estudios históricos, resuena todavía de pronto con el sonoro estrépito de antaño; mientras el otro, Cabrera Malo, que al comienzo parecía más proclive al lenguaje relamido y que intentó a veces aderezar sinfonías en prosa, parece haber perdido la preocupación por las formas musicales, aunque conserva el énfasis oratorio.

La generación de *Cosmópolis* empezó siendo positivista y naturalista. Sus maestros eran Claudio Bernard y Zola: estaba afrancesada hasta la médula de los huesos, y los representantes de las generaciones viejas le hacían la cruz. Significaban la renovación.

Cuando comenzó a desvanecerse la nube nauseabunda de tinieblas que formaron bajo el guzmancismo los turíbulos de la adoración perpetua, sus voces parecían crear de nuevo la luz. No eran voces de protesta

ni de combate, eso fue quizá error y desdicha. Los jóvenes de entonces parecían dispuestos a dar la espalda a lo pretérito y enderezar los pasos a lo porvenir. Pero su obra no era fácil de ningún modo. Encontraban un idioma pobre, opaco, lleno de anquilosis, y tenían que remozarlo. Los ecos literarios de Francia les sirvieron de guía y de norma. Era obvio que los llamaran descastados y exóticos; pero en la matriz europea del idioma no podían encontrar lo que ansiaban. Había que fertilizar la lengua por medio de abonos extranjeros. Así se preparó la orgía verbal desatada luego por el modernismo.

Es bueno observar, sin embargo, por ser uno de sus rasgos específicos, que Díaz Rodríguez, aun siendo, como es, el más afortunado y atrevido remozador de la lengua, ha tenido siempre esmerados miramientos por su pureza. La ha rendido como galán, no forzado como malandrín. Su primer libro, *Sensaciones de viaje*, revelaba a un escritor de ideas que entonces considerábanse peligrosas y dañinas en los círculos académicos de Caracas, formados por próceres seudoclásicos y católicos, contra quienes tronaba contumelias y desacatos la generación nueva; y con todo eso, eran tan notorias y convincentes la claridad y la pureza del estilo, que la obra ganó el premio académico. *Sensaciones de viaje* es un libro de incomparable frescura y desenfado. En sus páginas consiguió realizar el escritor lo que sus devotos habíamos de echar de menos más tarde en algunas de sus obras ulteriores: aquella naturalidad feliz que disimula con gracia perfecta las fatigas y sudores del repujado. Cuando Díaz Rodríguez compuso su primer libro, el modernismo apenas comenzaba; y pronto saltó a la vista que para los innovadores de la literatura, como para los innovadores de toda calaña, es imposible contemporizar, transigir ni conservar la moderación, que en tal caso antes que prenda de buen juicio parecería apocamiento y desconfianza. Tenían que extremar la doctrina y su práctica o perecer bajo la rechifla de sus adversarios. Díaz Rodríguez, empero, nunca se desmandó a ciertas demasías en que cayeron eminentes corifeos del modernismo, quienes buscaron y exageraron aposta la nota de extravagancia, ora a manera de fisga para los censores, ya para provocar en la chusma de los discípulos una exageración delirante. Su segundo libro aparecía francamente “modernista”: era su camino lógico. Su estilo fue complicándose y asutilándose,

recargándose de joyas, adquiriendo resonancias artificiosas, adobándose de perfumes, todo lo cual llegó a veces a producirnos una sensación de cansancio y hartura. Ciertas páginas de *Sangre patricia*, por ejemplo, nos causan la impresión de meras sinfonías en que las palabras pierden su significación meramente intrínseca, para asumir una inesperada, prodigiosa y musical potestad de evocación: el literato se convierte en músico: las palabras cantan. Pero desde entonces, paulatinamente, con la madurez del autor, su estilo ha venido despojándose de ciertas galas platerescas, tanto que comparado con el de ciertas páginas de *Sangre patricia* o *De mis romerías*, el estilo de *Peregrina* resulta sobrio, sin haber perdido, al adquirir sobriedad, ninguno de sus atributos de fuerza y armonía.

¿Es que está cerrado definitivamente el ciclo del modernismo y los mismos corifeos del movimiento recuperan la apostura natural y deponen los arreos opimos de los tiempos de la lucha? Bien lo parece. Mas no es obra fácil ni de pocos días el volver a la sobriedad de la obra primeriza, dentro de cuya sencillez, con la maestría adquirida en una larga empresa literaria, podría el autor de *Peregrina* realizar maravillas. Pero no se crea que existan diferencias notorias, que el lector incauto pueda sorprender de buenas a primeras, entre el estilo de este libro y el de los anteriores del mismo autor. La música es una misma, pero suena más discreta y clara; y aun el lector venezolano menos versado en cosas literarias podría observar que *Peregrina* es una novela muchísimo más amena que *Ídolos rotos*, cuyo principal incentivo para el lector caraqueño fue, según barrunto, dar con la clave, imaginaria o verdadera, de los personajes. Las páginas descriptivas del paisaje, casi características de la literatura criollista, no tienen la monotonía profusa y fatigosa que menoscaba el interés de novelas y poemas de esa escuela. Y, por otra parte, la sensibilidad intensa y delicada que en ellas pone el artista las salva de convertirse en simples sinfonías verbales o manchas de color, evocadoras de campiñas verdes, soles tórridos y bucarales floridos. Describiendo, por ejemplo, un edificio, traza grandes pinceladas precisas y rápidas:

... el amo lo instaló con sus útiles debajo de un flamante cobertizo de cinc, al arrimo oriental de la oficina vieja. Llamen así a unas cuantas paredes ruinosas,

levantadas casi al pie del Ávila, a larga distancia de la actual oficina, en medio de un vasto paisaje roquero, a la luz pintoresca y adusta. Préstales buena sombra hacia atrás un enorme laurel matapalo, nacido en el mismo punto en que mueren los restos de una sólida y alta cañería, por donde antiguamente viniera cautiva y siempre cantora el agua del cerro. La cañería acaba entre dos paredes lo bastante aproximadas y altas para formar un foso, en donde hace más de un siglo, y a fuerza de agua giraba una rueda que a su vez movía algún rudimentario trapiche de caña, o más bien alguna tahona de yuca. Adelante, cuatro paredes limitan un vasto cuadrilátero, dos de cuyos ángulos, merced a techos primitivos, aparecen habilitados para viviendas de peones. Por fuera, y al abrigo de la pared oriental, se halla el cobertizo del picapedrero. Sembrados por los pájaros o la brisa, en la pared que va al sur vegetan dos o tres matapalos, que arriba dan al viento un follaje desmirriado y pobre, mientras abajo prosperan en fuertes e innúmeras raíces, ya tendidas y entrelazadas en la superficie a modo de mallas de una antigua armadura de guerra, ya insinuadas entre piedra y piedra, entre ladrillo y ladrillo, por todo el espesor de la pared, hasta sustituir en ésta a la argamasa.

Aquí, a pesar de la maestría y firmeza de los rasgos, nada nos recuerda al estilista de las sinfonías descriptivas, el cual no ha desaparecido, sin embargo, pues a trechos resuena su dilatado cántico melodioso, como en esta página:

Centenario y paternal, debajo de su vasta fábrica de hojas de matapalo, cobijaba casi media hectárea de café. De mañanita, sobre todo cuando entre las hojas menudas cuajaba el fruto muy más menudo todavía, era asilo, comedero y alcoba nupcial de todos los pájaros del bosque. Apenas el cucarachero, gris como el ruiseñor y matinal como la alondra, indomesticable por bravío, aunque de hábitos domésticos, porque suele acogerse a las viviendas humanas, cantaba sobre los muros de la huerta en el tejado del repartimiento o en los aleros de la casa grande, ya estaba el matapalo vibrando todo de cantos, aleteos y trinos, como una poblada y gigantesca pajarera. De los primeros en aparecer, y siempre por casares, en número de tres, o cuatro, o cinco, o más parejas, los gonzalitos con sus plumas de un negro luciente y de un vivo anaranjado, rasgaban como relámpagos el verde claro de las hojas. Y como dóciles a un rito, al nacer el sol rompían todos en concertada y melodiosa orquesta de flautas. Al mismo tiempo en vuelo desairado, torpe y brincón, pasaba de rama en rama la paraulata ajicera de larga veste parda y grandes ojos amarillos. A manera de gavilán, el

cristofué se posaba en la propia cima del árbol, a dar desde ahí, de cuando en cuando, el grito monótono y único de donde el nombre le viene. Algunos tordos pasaban en medio de una turba de arroceros, pájaros incontables y pequeñitos, que son como la escuela primaria de la gente alada y cantora. Y entre los más numerosos, aunque no de los más pequeños, los azulejos, trajeados de azul, se ganaban por su loca algarabía las palmas del escándalo. Pendencieros, en continuo debate por la comida y el amor, escandalizaban con sus revuelos y chillidos, en el mismo ardor de su codicia desperdiciaban la fruta del árbol, especie de higo pequeñín, capaz apenas de encerrar una gota de miel, porque en su altercado perenne la precipitaban al suelo en tanto copia que alzaba, al caer sobre la hojarasca vieja del cafetal, un fino y fresco rumor de lluvia.

O en esta pintura de la primavera criolla:

Al llover, como al toque de la varita mágica de un taumaturgo, cambió de alma, aspecto y vida el paisaje. Luces violetas y lilas atenuaron la negra llaga de las rozas; el bosque se libertó de su aire de malezas; la maleza de su apariencia de pajonal, y aun la paja seca de las sabanas, se regocijó y animó, al ras de la tierra, con los ojos innumerables y menudos de la hierba recién nacida. A la flamante gradación de oros, ocre y rojos, que desde la tierra cobriza de los últimos contrafuertes del cerro, iba, pasando por todos los tonos, a vencer en la púrpura del bucare, casi de un modo súbito siguió la gama infinita del verde. El fuego y la sangre y la púrpura del verano quedaban apenas como un recuerdo en la copa de acacias y marías. En cosa de horas, privados de su flor, los bucares lucieron vestidos de hojas nuevas, y las de aquellos en cuya flor prevalece el amarillo sobre el rojo, vueltas de revés al rudo soplo de la brisa, despedían un vivo fulgor de plata.

Podría gorjear así, inacabablemente, como un pájaro ebrio de la luz matutina, azul de cielo y brisa pura, posado en la copa de un árbol por primavera como un pájaro que se embriaga bebiéndose por los oídos la música de sus propios gorjeos...

A la transformación paulatina del estilo, que en lo general se acendra y simplifica, corresponden nuevas preferencias en la elección de los asuntos, cambio mucho más notorio que la leve y gradual evolución del estilo. Estamos bien lejos de las visiones extranjeras de *Sensaciones de viaje*, de *De mis romerías* y de ciertas *Confidencias de Psiquis*: nos encontramos en el

corazón doloroso de la tierra natal. Sólo en alguno de los *Cuentos de color* (*Cuento gris*), en *Ídolos rotos* y en las *Églogas del Ávila* nos había pintado Díaz Rodríguez tipos y paisajes de la tierra. Pero *Ídolos rotos* es una novela de “inconforme”, erizada de contumelias, y en la cual el sarcasmo y la sátira destilan virulenta amargura. Esa actitud del autor parece haber pasado para siempre. Ha visto en torno suyo, en la existencia rústica que lo circunda, un semillero de bellezas. Esta evolución parece haber coincidido con su residencia entre los campesinos del valle de Caracas. *Ídolos rotos* nos infundió el temor de que Díaz Rodríguez se convirtiera en uno de tantos desarraigados; pero, acaso por obra y gracia de la sangre de campesino que corre por sus venas, ha caído en la cuenta de que raíces perdurables lo atan a la tierra nativa. Acaso tengamos que alegrarnos de las contingencias que obligaron al autor de *Peregrina* a cuidar personalmente de su hacienda del valle de Caracas, ubicada precisamente en los lugares en que se desarrolla la acción de esta obra. Ha visto de cerca a los rústicos y patanes, ha escuchado sus quejas, presenciado sus infortunios y tratado de penetrar en el secreto, harto tenebroso y recóndito aún de sus espíritus.

La novela tiene una acción vivaz, llena de peripecias y lances, cosa nueva en el autor. Amigo de refinamientos y análisis complicados, sus cuentos y novelas carecen por lo común de intriga amena, a lo cual se debe probablemente, por lo menos en parte, su escasa popularidad. Las aventuras de Alberto Soria o de Tulio Arcos, por ejemplo, no nos interesan sino por la magistral narrativa del autor; los lectores desprovistos de conocimientos o de gustos literarios cultivados, que forman tremenda mayoría en los países españoles, no se interesan en ellas. Por eso novelistas muy inferiores al venezolano, aun imitadores suyos, alcanzan una celebridad estrepitosa que él no logra: *Peregrina*, en cambio, tiene una acción llena de cierto movimiento, de episodios amenos e interesantes.

Por primera vez aparece en Díaz Rodríguez el escritor de costumbres, y cabe decir que como tal supera con mucho a cuantos en Venezuela han ganado aplausos cultivando el género. Hay en el libro retratos y cuadritos de este género inmejorables: musió Pedro el italiano. Tanto vales cuanto tienes, Juan Francisco y, sobre todo, Chivera, uno de los más felices, si no el más feliz de los retratos del libro:

... vieron removerse y alzarse un bulto en que no habían reparado hasta entonces, y en el que no tardaron en reconocer la majestad auténtica, aunque minúscula, de Felipe Chiva o Chivera. El sobrenombre, o más bien su par de sobrenombres, le venía a Felipe, el menor de los Blanco y el sólo de su familia que no se mojaba los labios en aguardiente ni champurrio, de hallarse forzada a utilizar como traje los desechos de sus hermanos mayores. Debajo del viejo sombrero de palma agujereado, a través de cuyos pintorescos postigos y claraboyas pugnaba por echarse afuera el pelo hirsuto, mostraba un rostro de facciones demasiado enérgicas para su edad, prematuramente viriles. El saco por detrás, le llegaba a los pies, envolviéndolo todo como una hopalanda. Y de sucesivas transacciones con tamaña vestimenta, cuyos pliegues y anchura apenas le consentían al principio moverse y caminar, se derivó sin duda alguna, como advenimiento necesario, aquel su andar pausado y majestuoso. Acompañado casi siempre de su perro Carablanca, portaba siempre un machete cola-de-gallo tan largo como él, ya sujeto con el brazo izquierdo en el hueco de la axila, cuando metía las manos en las hondas faltriqueras de la hopalanda, ya cogido del mango con entrambas manos cruzadas atrás, mientras la punta corva del machete arrastraba por el suelo...

Los hechos de Chivera en la novela corresponden bien con estos rasgos, y no es arduo columbrar bajo su andrajoso indumento la malicia y desenfado del pícaro de las viejas novelas españolas. De la misma índole son el relato de los bueyes bebedores de aguardiente, la descripción del ensalmo, la pintura de la vieja Higinia y de las camineras. Por primera vez, asimismo, encontramos en un libro de Díaz Rodríguez ciertos donaires en el diálogo, como en este pasaje:

—Pues nosotros cogimos y juimos con los perros, Fama, Cosita, Corasmín y Carablanca, a ver si encontrábamos conejos allá arriba, en donde quedó ayer el corte de caña, junto al paredón. Bueno; al llegar cogimos y metimos los perros en el tablón de caña, y hacía rato que esperábamos cuando, en vez de un conejo, sale de la caña, corriendo, corriendo una ardita.

—Un jurón, rectificó José María.

—Bueno. Lo que es a mí me pareció una ardita. Jurón o ardita, corriendo, corriendo, el bicho cogió y se encuevó en el paredón, pero ahí mismo salió y nosotros cogimos y nos le pegamos después con los perros, hasta que Carablanca agarró por el pescuezo a la ardita.

—Al jurón —volvió a rectificar José María con suma seriedad.

Díaz Rodríguez conoce la vida del peón venezolano. ¿Perseverará en ponérsela viva delante de los ojos a sus compatriotas que la ignoran o la tienen olvidada? La gente que habita las ciudades de Venezuela, y, sobre todo, la gente que lee y huelga, vive ignorante del paisaje nativo y de sus tristes moradores. Hasta ahora, quienes se han empeñado en pintarnos a los tipos de nuestro pueblo han sido “costumbristas” chocarreros, incapaces de penetrar en el ánimo del pueblo, sembrado de malicias, desencantos y amarguras, con aquella simpatía indispensable a la obra de arte cabal. El arbitrio de que suelen echar mano nuestros criollistas al uso para pintar al rústico venezolano es ponerlo a decir chistes pesados o torpes en una jerigonza bárbara. Los retratos no salen parecidos. Nuestro campesino es generoso, pero está lleno de justas desconfianzas. Sensible a las palabras y a las intenciones nobles, estuvo un siglo a merced de los prometedores de paraísos. Durante largos años, cada vez que cayeron en la negrura de su infortunio las promesas y la esperanza, se alzó pronto a la acción y al sacrificio. Al cabo, los engaños sucesivos e innumerables lo tornaron desconfiado y escéptico, por más que en el fondo conserve intacta, aunque adormecida, aquella fe que una vez lo llevó de andanza heroica hasta los límites remotos del continente. Los que profesan el criollismo cómico, los que pintan las aventuras risibles del llanero en la capital o las malandanzas del patiquín, o señorito de las ciudades, metido entre rústicos, o carecen del don de observación genuino o no han visto nunca verdaderos campesinos venezolanos. A la ignorancia y simpleza de los menos sagaces está mezclada siempre una innata prudencia y aun cierta socarronería llena de cautelas y de certeras adivinaciones.

Díaz Rodríguez, después de una larga familiaridad con el paisaje criollo, lo comprende e interpreta con sensualidad intensa y profunda de pintor enamorado. En realidad, a pesar de los esfuerzos reiterados de nuestros pintores de acuarelas literarias, nuestro paisaje permanece virgen e inédito. Y tiene trazas de afortunadamente singular la coincidencia de que al mismo tiempo que nuestros pintores jóvenes descubren el paisaje natal y nos brindan testimonios gallardos de que saben crearlo en el lienzo, Díaz Rodríguez nos brinda en páginas puras y claras un trasunto de aquella naturaleza que hace siglos espera al lado nuestro que volvamos los ojos, hasta ahora llenos de preocupaciones espurias o sombrías o de visiones exóticas,

a fecundarla con el amor de nuestras miradas. Y así como interpreta el paisaje, interpreta también a los seres que lo pueblan y animan. Jamás habían hablado ni obrado en un libro con tanto desembarazo y naturalidad nuestros labriegos como hablan y obran en las páginas de *Peregrina*.

Algunos pensarán, acaso, que el acercamiento de Díaz Rodríguez a la tierra natal es tardío. Por mi parte no concibo cómo hubiera podido ser más temprano. Cualesquiera que hayan sido los caminos por donde penetró en el valle de Caracas, tenemos la esperanza de que su obra literaria seguirá alimentándose de aquellos paisajes y de aquellos seres en los cuales habita y está cifrado el secreto de nuestro porvenir.

II

En la generación que siguió a la de Díaz Rodríguez, el estilista era Alejandro Fernández García. El modernismo estaba en su apogeo cuando aparecieron las primeras prosas que más tarde habían de formar el volumen *Oro de alquimia*, cuyo solo título es una revelación enfática de los designios literarios del autor. Puede decirse que los cuentos y fantasías de *Oro de alquimia* son puro pretexto para urdir párrafos musicales, recamados de imágenes vistosas y lindas. Podría considerarse al autor como un músico que pretendiera expresar sus emociones y aun sus ideas, sin valerse de instrumento musical alguno, sino sólo prorrumpiendo en palabras evocadoras cuya adecuada resonancia suscite en quien las oye o lee las emociones y pensamientos de quien las pronuncia o escribe. La práctica de este arte no era fácil por cierto. Había que buscar y catalogar palabras de toda índole, palabras blancas y negras, azules y rojas, amargas y ríspidas, metálicas y fofas, blandas y dulces, palabras que huelen a incienso o a rosas o a alcanfor, palabras que dan la impresión de marfil pulido, de áspera piedra bruta o de halagadores terciopelos. La prosa de *Oro de alquimia* aspiraba a vestirse con las franjas del iris y a exhalar música y perfumes como por arte de brujería; quería quebrantar las fronteras naturales de la palabra para convertirse en instrumento musical y pictórico. Eran los tiempos de los frenesíes del modernismo, de aquellos excesos sin los cuales no hubiera sobrevivido quizá el renacimiento de las

letras españolas. Hoy aquellas demasías nos parecen sobrado arbitrarias, y sus mismos autores son los primeros en sonreír cuando las recuerdan. Fernández García era el hermano mayor en el grupo que seguía detrás de la primera hueste de los modernistas venezolanos: Díaz Rodríguez, Pedro Emilio Coll, Blanco-Fombona... Los muchachos de provincia admirábamos al tejedor de imágenes, y nos parecía de perlas aquella su desenvoltura de ruiseñor que trina por el gusto de trinar.

Los excesos de la moda fueron pasando. Es verdad que algunos permanecieron empeñados en la tarea de concertar palabras y buscar imágenes imprevistas y sonoras, pero los más, cuando llegó la hora de olvidar los excesos, que no fueron sino armas de combate, supieron olvidarlas. Así, en estos *Bucares en flor*, si bien el estilo sigue siendo una de las preocupaciones principales ya no es la única ni la primera. Ciertamente es que todavía a ratos despierta y revive el antiguo cincelador, y su prosa resuena entonces con la misma música de antaño, como si una ráfaga venida de lo pretérito trajera consigo los ecos de las viejas armonías no olvidadas del todo. Pero en el estilo y en la sustancia de los cuentos de *Bucares en flor* comienzan a aparecer ciertas preocupaciones ajenas a la mera sensualidad del ritmo.

Hace pocos años los bucares de Venezuela asumieron de pronto una inesperada boga literaria, convirtiéndose casi en símbolo del criollismo en las letras. Árbol antipático y estéril, amigo y cómplice del siniestro cafetal, no cabe negarle su pomposa y vana hermosura. Ha embelesado a dos generaciones sucesivas de escritores con sus frondas floridas de coral y de púrpura, vistosos quitasoles del café. Son precisamente los estilistas venezolanos los que más enamorados parecen de su belleza. En la prosa de Fernández García, como en la prosa de Díaz Rodríguez, tropezamos a menudo con estos árboles, que, ignoro por qué motivo, se aderezan siempre de flores para comparecer en las páginas literarias. La moda ha cundido, y barrunto que los bucares floridos son hoy en Venezuela los personajes vegetales de mayor rumbo y crédito; prevalecen sobre todos los árboles de la vieja retórica y sobre sus compañeros desconocidos u olvidados. Ni el criollísimo mango, con sus frutos de arrebol y oro, ni las araucarias ásperas y gigantescas, ni los apamates, con los coágulos sangrientos de sus flores, ni las acacias vestidas de zarazas claras, ni los ma-

tapalos barbudos y sombríos, ni los mamones, de sombra fresca y follaje densísimo; ni el mismo chaguaramo indio, con su esbeltez insuperable, han enamorado y seducido a los escritores como el bucare. Temo que se convierta en el árbol nacional, que las zonas cafeteras lo impongan como símbolo agrario, mal símbolo por cierto.

La conquista o asimilación de la tierra ha comenzado en la literatura por el bucare. Así, en el título del libro de Fernández García se nos anuncia una obra de color y esencia venezolana, y en cierto modo lo es. Incuestionablemente, *Bucares en flor* señala un período de transición en la carrera literaria de Fernández García. Los cuentos de que consta se escribieron hace varios años, antes de que el autor se marchara a Italia, donde residió por bastante tiempo. Pero ya antes de su viaje habíase apartado del preciosismo para dedicarse a pintar, en un estilo en que ya se notaba cierto esmero por la fidelidad y la precisión, aspectos de la tierra nativa y de sus habitantes. Es fácil percibir, desde luego, una tendencia deliberada a pintar el ambiente venezolano sin recurrir a arbitrios exóticos.

Los tres cuentos más notables del volumen son “Tragedia rústica”, “Perucho” y “Tierra alma”, donde el autor nos narra ocurrencias atroces. Llama la atención que dos de los cuentos incluidos en el volumen de *Peregrina* (“Las ovejas y las rosas del padre Serafín” y “Égloga de verano”) ostentan análoga atrocidad en el asunto. Son sucesos brutales narrados en prosa de finuras. ¿Es esta brutalidad trágica un aspecto que los autores han descubierto en el alma del pueblo venezolano? Hay que recordar que nuestra gente, sobre todo la del campo, ha vivido por muchos años una vida azarosa, entre los sustos y desenfrenos de la guerra civil y con la viva zozobra de la recluta y de los vejámenes y opresiones truculentas de los jefes civiles.

Lo cierto es que aquí no aparecen ya arbitrios exóticos, no hay princesitas, ni palacios de mármol, ni ruiseñores, ni fabulosas pedrerías, ni bestias extrañas o extranjeras. Más todavía, parece como si el autor estuviera tomando posesión del paisaje, con la delicia del propietario que recorre los campos, para él nuevos, de la finca recién adquirida. Por todas partes se encuentran vestigios del preciosista que no acierta a desaparecer del todo:

En la plaza Bolívar las hojas de los árboles brillaban como piedras preciosas. El verde nuevo de las hojas brillaba al sol, dando a las ramas de los árboles cabrillos metálicos. En la horqueta de un árbol una parásita mostraba la gracia de sus flores. En una invisible brizna de yerba un insecto tañía su agrio pífano. El cielo sin nubes mostraba su violento azul, en cuyo fondo se miraban algunos zamuros como lentos puntos errantes.

Cazó jaguares de piel manchada y pupilas de oro; cazó venados de ojos femeninos y pezuñas de carbón; zorras cuyas colas son palmas de fuego; perezas melindrosas y plañideras y puso trampas y armadijos entre las rocas, sobre los claros pozos profundos, para atrapar a los perros de agua, que ladran de noche y fantásticamente, como en cuentos de ensalmos y brujerías.

...los colibríes que de la verde sierra del Ávila bajan a los jardines de las casas caraqueñas a libar en el hueco de las rosas, con sus finos picos sitibundos, inverosímiles y largos como hebras, la dulcedumbre de la miel... los colibríes tremulantes y tornadizos, finos y zahareños como rimas, mezcla ambigua de flores y gemas, sortijas con alas, arrancadas de alguna musa del trópico oculta en el cauce de las quebradas.

Nótese allí aún, más que el empeño de traducir el espectáculo de la naturaleza circundante, el deleite sensual del estilo sonoro. Pero el camino de Fernández García es ya otro, y esperamos que su más firme afán presente sea penetrar en el alma de los seres que pueblan el paisaje, hasta descifrar sus impulsos, sus pasiones y sus sueños...

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ (1918)

I

SERMONES LÍRICOS

Al terminar la lectura de *Sermones líricos* he evocado involuntariamente el recuerdo de la época de mi candorosa iniciación en las letras, cuando un grupo de mozos, con el alma preñada de sueños y sedienta de sabiduría y de arte, promovíamos un alboroto literario, injuriando a los “viejos” en prosa vehemente, empedrada de incorrecciones y clamando idealismo y renovación con denuedo vociferante. En aquel grupo juvenil unos te-

nían a Vargas Vila por oráculo; otros versificaban extravagancias con el inocente designio de imitar a Lugones; y no faltaba en la partida un poeta legítimo que perdía su tiempo lanzando bravatas de fuego, a estilo de Díaz Mirón y de las estrofas violentas en que Andrés Mata desafiaba a los contemporáneos desde las páginas de *Pentélicas*.

En aquel tiempo de oro mis simpatías y las inclinaciones de mi temperamento me arrastraban a admirar, por encima de toda obra contemporánea, la prosa que Manuel Díaz Rodríguez había puesto a sonar, con música inaudita, en sus primeros libros. No andaba yo muy versado en asuntos literarios, y eran el puro instinto del número y el simple amor de las armonías claras los únicos fundamentos de mi admiración. El ritmo de las cláusulas de *Sensaciones de viaje* y *Confidencias de Psiquis* arrulló muchas veces mi cavilación solitaria, frente a la límpida calma azul del lago en las noches de luna. No por eso, sin embargo, se me ocurrió jamás el pensamiento de elegir por modelo aquella prosa tan rica de profundas resonancias, sin duda por mi dicha, porque después he podido notar que el discípulo fracasado concluye a veces por ver con malos ojos a los maestros inimitables, y que no hay peor oprobio para el hombre que la imitación deliberada de tachas o virtudes ajenas.

He de confesar también que aquella mi primera admiración por Díaz Rodríguez era tributo pagado al encanto de su estilo; el concepto de las palabras, la sabia combinación de las sílabas, la irresistible música de los períodos me rendían y hechizaban. Atravesábamos entonces una crisis ardua, y en nuestra lucha contra los rezagos del pseudoclasicismo nos entregábamos los principiantes con exacerbado ardor al cultivo de las imágenes extrañas, de las combinaciones de palabras sorprendentes, abusando de un léxico rebuscado y coruscante, en el cual resplandecían gemas fabulosas y cantaban pájaros inauditos, no conocidos por los ornitólogos. Ante el manifiesto milagro de la prosa del maestro, mi espíritu, nada crítico entonces, no se puso a desentrañar los secretos de su mecanismo, la labor técnica, el arduo y tesonero esfuerzo realizado.

Pero años más tarde he vuelto a leer cien veces esta prosa que lanza centelleos de pedrería y produce música de amaneceres en las páginas de

Sermones líricos; y aunque mis gustos de hoy no me inclinan, como antaño, a la reverencia instintiva y casi supersticiosa, paréceme que admiro con mayor intensidad la labor literaria de Díaz Rodríguez, del cual me separan a estas horas muchas discrepancias intelectuales.

La generación a que pertenezco y las que la siguen le deben mucho al maestro de *Ídolos rotos*. Además del culto de la belleza en que nos inició a unos cuantos con sus páginas impregnadas de fresco idealismo, púsonos ante los ojos el gallardo dechado de su estilo, enseñándonos que la expresión armoniosa y perfecta es indispensable a la idea noble y al sentimiento puro, ayudándonos en mucha parte, hasta donde alcanza la eficacia de un ejemplo feliz, a librarnos de la sucia indición que apareja el diarismo, enemigo cruel de repulgos y elegancias, y a mantenernos, siquiera a ratos, con el ánimo suspenso en la gloria del amor desinteresado a lo bello.

Porque, a despecho de todo intento contrario, es imposible desligar de la personalidad de Díaz Rodríguez el concepto de estilista con que el vulgo de los letrados lo designa y consagra. Ni creo que tal epíteto desagrade al artista de *Sermones líricos*, quien coloca sobre cualquiera otra virtud literaria la del estilo. El estilo, dice, “es para el arte el licor de los dioses, la única sangre que da la vida imperecedera, el único secreto aroma que hace triunfar del espacio y del tiempo la obra de arte”. En su extremado amartelamiento por la música y el colorido verbal, Díaz Rodríguez raya en extremos que parecen demasías, y el lector poco lerdo se sorprenderá de pronto invadido por una suerte de suave cansancio ante aquel desfile de cláusulas acariciadoras y rotundas, que parecen tener alas de seda y saltar del libro, en vuelo comedido, a desparramar por el ámbito una cadencia sigilosa; el ritmo se apodera en nosotros, nos arrulla, nos embarga el ánimo, nos arrebató en musical torbellino, sin que una sola disonancia, una sola brusquedad nos devuelvan al pleno dominio propio. Y –salvo en los pasajes en que la pasión encrespa las palabras o las afila en crestas de cólera– parécenos asistir al borde de un manso y dulce arroyo de miel. A los que gustamos de ver copiados en las aguas del estilo la fisonomía gesticulante de los seres vivos y el contraste violento de las cosas, termina por fatigarnos el oído y el alma ese concepto de flautas arrulladoras. Es que el escritor, las más veces, subordina el ritmo

ingénito de sus ideas a las pautas de su prosa; y lo prueba el hecho de que, cuando la pasión logra sobreponerse al designio del estilista, las palabras saltan, bruscas, encendidas por un ímpetu claro de vida, que les concede hermosura superior a todas las estudiadas combinaciones de ritmo; la suavidad de las luces artificiosas se convierte en resplandor y chisporroteo de hoguera. En ciertas páginas que tienen carácter de polémica o de paulina, parece como si el escritor encontrara incómodo el ropaje de líneas severas y armoniosas que se ha vestido y quisiera arrojarlo lejos de sí, antes de descomponerlo en la desacompasada gesticulación que traduce la violencia de ideas e impulsos.

No pienso, sin embargo, que sacrifique Díaz Rodríguez nada de sus ideas a las imposiciones del estilo; mucho menos porque barrunto que en escritor tan experto el mecanismo del pensamiento se encuentra habituado ya a encontrar las formas plásticas de su gusto; nunca he dado mucho crédito a los martirios de los repujadores de prosa, y sospecho cierta la conjetura de Lemaitre de que los famosos tormentos de Flaubert eran producto, no de su apremio para perfeccionar los períodos, sino más bien de su terrible pereza, que era lo único que le impedía escribir con celeridad. No creo, pues, como es corriente decir entre pseudocríticos de esos que abundan en toda reunión criolla, que Díaz Rodríguez haya menester largos plazos para elaborar cada uno de sus admirables períodos. Medirá sin duda un poco más su pensamiento que los que nos vemos obligados a estampar las palabras con premura aborrecible, porque los obreros del linotipo aguardan y el director de la revista apremia con voz llena de consternación y de inaplazables urgencias. Pero supongo que cuando tiene delineados los contornos de la obra no le costará mayor trabajo verterla en prosa magnífica. Fuera de que nunca la facilidad y la abundancia me han parecido virtudes envidiables en un escritor, desde que estoy en cuenta de que los peores esperpentos que las prensas estampan y divulgan son productos que no han costado a sus autores el insomnio más leve ni la mínima zozobra. En suma, no creo que el estilo sea para el autor de *Sermones líricos* una disciplina que apostase a ser impuesto, con el intento de singularizarse; antes por el contrario, supongo que al presente todos los esfuerzos de su albedrío resultarían inútiles si

se empeñara en romper la turquesa de su estilo y verter sus emociones e ideas en formas desaliñadas y torpes.

El espíritu de reacción contra las formas apolilladas en uso cuando las generaciones americanas, por tácito acuerdo, emprendieron el movimiento conocido con el nombre de modernismo, hubo de extremar la nota pintoresca y sinfónica, dándose el caso de pueblos nuevos, de cultura incipiente y vaga, cuyos escritores expresábanse en formas que parecían fruto de largas depuraciones seculares y de un refinamiento sutil de la sensibilidad. Acaso mejor que nadie representa Díaz Rodríguez el resultado positivo y espléndido de todo ese movimiento en América y en la prosa española, como lo encarnó Rubén Darío en el verso. Los peninsulares aparentan ignorarlo, no sin algunos desmanes del fingimiento, como fue el de atribuirle a Díaz Rodríguez, en cierta ocasión, la tendencia de imitar a Valle Inclán, nombre desconocido en las letras cuando ya estaban en flor en el huerto venezolano los más frescos gajos de su prosa. Aquel movimiento literario produjo a la postre la renovación que ya ostenta –sazón de fruto perfecto– en nuestra América y principia, mal que bien, al través de mil vicisitudes, agitar el temeroso y muerto remanso de las letras de España.

Lo vario de los asuntos nos permite ver en *Sermones líricos* las varias fases del escritor. En lo general, en punto de ideas, Díaz Rodríguez ha cambiado poco, lo que para mi concepto no es una cualidad digna de encomio. Pero con ello gana el libro en unidad, y aun podría aventurar que cada uno de sus capítulos parecen necesarios para mostrarnos en su integridad el espíritu del autor. Díaz Rodríguez no es hombre de dudas ni cavilaciones. Ante las veredas que parten al horizonte, en busca de la Verdad y de la Belleza, él escoge una y por allí echa adelante, convencido de que al término, cuando no encuentre realizado su deseo, quedará en paz con su conciencia. Lleva, pues, prendido en el corazón el lucero de la fe, maravilla rara en hombres de su edad y en nuestro país. No hablo de fe en el sentido ortodoxo; pero es seguro que posee honda fe religiosa que de seguro no se conforma a las reglas de ninguna secta ni rito, pero que subsiste en todos sus pensamientos, como esas claridades difusas que pregonan en la noche los incendios lejanos. Cierta panteísmo risueño y

plácido anega algunas de sus páginas, recordándonos que, después de todo, es un pagano que resiste al cristianismo, como aquellos artífices del renacimiento que confundían, en atolondramiento involuntario, a Zeus con el Padre Eterno y a Nuestra Señora con la Diosa de Pafos.

Lo que sí surge en este libro intacto, recio, erguido como un monolito de oro entre mármoles, es el patriotismo, militante y lleno de voces de esperanza en el discurso de la Sociedad Patriótica; lírico y sentimental en la apoteosis de Pérez Bonalde; bravío en el *loor* de Antonio Paredes; encendido de fe y de confianza en el discurso del Centenario de La Victoria. A poco que se empeñe, sin embargo, encuentra un patriotismo que traspasa las lindes de la patria venezolana y se huelga en recorrer el ancho continente, en cuyo ámbito señorea la figura del Libertador. He aquí el centro.

El Libertador es un imán. En el triunfo como en la pena, en la esperanza como en la desesperación, a él se vuelven las miradas de los pensadores de América, desde Montalvo hasta Rodó, desde Martí hasta Díaz Rodríguez. Lentamente el nombre glorioso del caraqueño conviértese en una figuración de todas las virtudes que habemos menester en la América por él libertada. En su vida vamos a buscar ejemplos y consejos, cuando no recuerdos de gloria que nos reconforten en el infortunio. Díaz Rodríguez le erige un altar gigantesco, más alto y noble que El Ávila, y derrama en su honor los preciosos bálsamos de una prosa himnica. Ignoro si, como dicen, el culto del grande hombre tiene por sí solo virtud suficiente para limpiarnos de nuestras culpas. Pero veo que quienes se aventuran a penetrar en su vida quedan presos en un hechizo perdurable y profundo. Y no se trata, por cierto, de viajeros inexpertos o tímidos; los más altos espíritus de América y no pocos europeos han sufrido esta sugestión de los hechos del Héroe, o, lo que me parece más probable, de sus palabras. Lo cierto es que ha realizado en nuestros días la fábula del Cid; y que si cuando vivo es fama que nadie se acercó a Bolívar sin que saliera fascinado de su presencia, todavía sigue, desde el paraje ideal que la Historia le tiene asignado, rindiendo voluntades y conquistando prosélitos.

El individualismo proceloso no encuentra en Díaz Rodríguez un adepto muy entusiasta. En su discurso de la Sociedad Patriótica halla ra-

zonamientos sutiles para explicarlo, pero no para defenderlo. Explicar el individualismo español por “el férreo absolutismo teutónico de Carlos V” pareceme conjetura arbitraria. A lo sumo, la tiranía del César alemán creó el conflicto en que se debatió con furia el individualismo, pereciendo a la postre en la pugna y acarreando toda la serie de catástrofes que han conducido a España a la tenebrosa decadencia de hoy día, precisamente porque fue mutilada en uno de sus más preciosos y enérgicos atributos nacionales. Entiendo que a la palabra individualismo suele concedérsele en el uso una elasticidad ocasionada a confusiones, ya que muchos se inclinan a explicar el origen de los desmanes acaecidos en la historia de nuestra América por el individualismo de los caudillos, desde Bolívar hasta el más oscuro ejemplar de esta fauna siniestra. Entiendo yo que el individualismo verdadero traza sus linderos dentro del propio individuo, y que desde que invade el campo ajeno en son de predominio de cualquier linaje, ya deja de ser individualismo para convertirse en simple atropello. Nuestro individualismo hispanoamericano ha salido descalabrado si no nulo de un siglo de tempestades domésticas; y lo que de él persiste en disimulo latente, es una de las contadas reservas de energías con que podremos afrontar lo porvenir. Y luego, al relajarse las disciplinas que sofocan los pujos individualistas, no es muy seguro que éstos renazcan sino en forma atrabiliaria y caótica, inútiles para la mesurada y fructuosa defensa colectiva. Es a maestros como el de *Sermones líricos* a quienes compete la tarea de difundir y exaltar, con su elocuencia incontrastable, la necesidad de conservar y fomentar el depósito de la energía individual, no para agremiarla en dóciles rebaños estériles, sino para lanzarla a correr, libre de frenos, y en toda su ínsita pujanza, por la pampa nativa, como el frenético potro del escudo.

Sermones líricos, sin ser una obra capital en el acervo de Díaz Rodríguez, perdurará así por su belleza como porque es documento en que la crítica escudriñará, como al través de cristal diáfano, los amores, los odios, las inclinaciones y las repugnancias del escritor, cosa que no lograría en su obra impersonal –novelas y cuentos–, en la cual, sin embargo, ha quedado y quedará sin duda disuelto en ritmos y en colores, lo mejor y más puro de su espíritu.

II

CAMINO DE PERFECCIÓN

Con el pretexto de urdir apuntaciones para una biografía espiritual de don Perfecto Nadie, Díaz Rodríguez reúne en este volumen una serie de ensayos de estética. Don Perfecto viene a ser en realidad, como el propio autor lo confiesa, un simple pretexto para promulgar ciertas opiniones, ideas y puntos de vista, objeto inicial de una serie de reflexiones, que se queda olvidado y perdido a poco que el discurso se desarrolla para convertirse en prédica y adquirir el tinte de un soliloquio ferviente y entusiasta. Don Perfecto es el gramático, el crítico de una sola ventana abierta hacia el arte y la vida, dogmático y concluyente, admirador de Max Nordau y del cientificismo, que abomina y condena cuanto quede fuera del alcance de su vida miope. Como un comentario a las propias convicciones y creencias de su personaje, el autor se desata en disquisiciones amplias, siempre bellas, aunque de vez en cuando resulten impregnadas de un rigorismo demasiado categórico, demasiado afirmativo.

En muchos pasajes de *Camino de perfección* la crítica más escrupulosa no encontraría reparo que poner, situándose en el mismo punto de vista que adopta Díaz Rodríguez; mas otras veces son rebatibles muchas de sus afirmaciones, precisamente con aquellos poderosos argumentos que él mismo pone en nuestras manos como fianza.

El ensayo sobre la idea de ciencia es de lo más acabado del libro. El concepto de ciencia circunscrito por los profesionales y principalmente por los especialistas, dentro de un horizonte limitadísimo, hasta caer en el más burdo sectarismo, es uno de los más graves males que afligieron y afligen aún el mundo intelectual contemporáneo. Los especialistas y los divulgadores, apenas imbuidos algunas veces en lo que la ciencia es y significa, le han hecho más daño al desarrollo y progreso de las diversas ramas científicas que las diatribas de los que fueron a buscar en ellas una convicción religiosa positiva y regresaron de la aventura desencantados, proclamando la bancarrota de la ciencia. A muchos de estos sectarios las verdades adquiridas les parecen definitivas y absolutas, ni son rectificables ni discutibles. A lo que aspiran es a petrificar definitivamente la

ciencia como en un molde eterno. Díaz Rodríguez expone claramente que una de las cualidades fundamentales de la ciencia es la relatividad sin término. Lo cierto es que sólo esa relatividad puede asegurarle una existencia progresiva y eterna, ya que sin ella vendría a convertirse a poco en momia estorbosa e inútil, como ha pasado con todas las religiones positivas, encerradas dentro del dogma, como dentro de una urna hermética.

Una de las más detestables consecuencias del cientificismo fue la aplicación de ciertos principios de antropología y psiquiatría a la crítica literaria. Cuando hubieran podido utilizarse provechosamente algunos de esos principios, usando de ellos con prudencia y discreta parsimonia, el aplicarlos con intemperancia y exceso llevó el descrédito al nuevo método crítico. Max Nordau, aplicando ese método al arte contemporáneo, convirtió finalmente la república de las letras en casa de orates, fomentó de este modo en algunos aficionados de menor fuste la manía irrespetuosa de tachar de insano e indigno cuanto cayera bajo su escrutinio, deliberadamente y a todo trance rebuscador de estigmas de degeneración.

Mas por odio a desmanes de este género, Díaz Rodríguez llega tal vez demasiado lejos recomendando el misticismo como uno de los elementos indispensables del arte. Ciertamente que la idea que el vulgo se forma del misticismo es cosa muy distinta a como este crítico y otros tantos la entienden, porque cabe tanto misticismo en la sensualidad como en la castidad, en el odio como en el amor, en la negación como en la duda; y casos se dan en que la misma desaforada e inepta violencia cientificista reviste formas de misticismo profundo y fervoroso. El místico irreligioso y negador es acaso más profundamente místico que no los creyentes de las más estrictas religiones prácticas. Para Díaz Rodríguez es precisamente el misticismo, en una cualquiera de las formas múltiples que puede adoptar, junto con la tendencia de volver a la naturaleza, el carácter predominante y esencial del modernismo, como lo promulga en el “Paréntesis modernista”, que es uno de los más hermosos y sanos capítulos de la obra.

En cambio, en el ensayo sobre la vanidad y el orgullo, el autor, dejándose arrastrar por un fogoso razonamiento ideológico, muy lleno de

brillo ciertamente, pero donde a la postre resulta invertido o por lo menos alterado el valor corriente y actual de las palabras, concluye por concederles a éstas un nuevo valor lexicográfico y moral, que parece provenir sencillamente de la repugnancia hacia especiales términos del diccionario y lo que ellos significan. Simplemente conseguirá hacer pasar como ingeniosa paradoja el intento de confundir el legítimo orgullo con la legítima humildad y mostrar como prototipo de orgullo consciente y alto la modestia divina de San Francisco de Asís. Entre nosotros, de algún tiempo a esta parte es cosa a la moda y hasta elegante, citar a cada paso a San Francisco, interpretando, arbitraria cuando no irreverentemente, la vida y las palabras del dulce amigo de todos los seres. Orgullo y vanidad son sentimientos del ánimo limítrofes, y las más veces suele resultar un tanto difícil el establecer claramente en dónde termina el uno y principia la otra, en tal grado que algunos de los distinguos que suelen hacerse entre los dos sentimientos son aceptados por unos y rechazados por otros. Díaz Rodríguez funda la diferencia capital entre vanidad y orgullo en que la primera es exterior y “se reduce a la casi siempre excesiva y siempre antojadiza y arbitraria estimación ajena, mientras el orgullo viene a ser la justa y bien ponderada estimación de sí propio”. ¡Pero qué justeza de juicio, qué sensatez no se requieren para mantener la balanza de esta estimación de sí propio en el fiel, sin que se incline a un lado o a otro! Pero considerar orgullo la humildad de San Francisco, tan sinceramente “seráfica” y tan ingenua y profunda, que el Santo no se consideró nunca sino como un igual de todos los seres, buenos o malos; de todas las cosas, repugnantes o bellas, y que acaso hubiera llegado en lo más firme y sincero de su corazón a nombrar al Maligno “hermano Satanás”, como en el soneto de Arvelo Larriva. Tiene esto trazas de especie ingeniosa y desenfadada y no de otra cosa. Lo demostrable es que en la psicología del vanidoso como en la del humilde entran por mucho factores morales y fisiológicos de importancia, como herencia, educación, etc., y sólo cuando un ser inclinado al orgullo logra parecer humilde, merced al juego constante y consciente de su voluntad, puede decirse que finca su orgullo en su humildad, y que ésta se encuentra formada de orgullo. En muchos casos, efectivamente, la humildad suele ser una *pose* del orgullo y aun de

la vanidad, como ocurre en algunos hipócritas, que aparentan compungirse y cortarse ante las pruebas de respeto o admiración que les tributan sus prójimos, mientras por dentro les está vibrando en exultación frenética, como agudo grito satánico, el ímpetu de una vanidad sin medida, y no ahorran medio de conquistarse, con fingimiento abyecto y continuo, aquella fruición de percibir el perfume del incienso mareante. Contentarse con la satisfacción propia y la paz del propio espíritu es una forma de orgullo no común, un poco distante del concepto vulgar del orgullo, y que no deja de tener sus puntos de contacto con la vanidad.

En lo que sí me aparto yo por completo de Díaz Rodríguez es en su ensayo de psicología del arte y del pueblo español. Para él, el pueblo de la península es sencillamente “primitivo” –lo confiesa sin rebozo y usando la propia palabra–, pero en manera alguna degenerado. ¡Qué resistencia tan formidable habrá opuesto aquel pueblo a las civilizaciones que por él atravesaron, cuando a estas horas uno de los defensores de su energía y de su lustre tiene que recurrir al subterfugio de proclamarlo pueblo primitivo para cohonestar o explicar su retroceso y achacar a las contrariedades que sufrieron las tendencias del alma y de la cultura española la mayor parte de las calamidades que azotaron y devastaron, como lluvias agostadoras y llagas corrosivas, el cuerpo nacional de España! Ciertamente que sería un desatino juzgar a ésta por los *canards*, triquiñuelas y sandeces que suelen estampar en sus periódicos y en sus libros de viaje los franceses, hasta aquellos más estimables y fidedignos: los viejos vínculos políticos de la colonia y los vínculos más fuertes aún de la lengua común, nos ponen a nosotros, los americanos hispano parlantes, en mucho mejores condiciones para apreciar a nuestra antigua metrópoli, ya que no para juzgarla, y aún faltaría dilucidar si la cantidad de sangre ibérica que unos llevan en las venas, y en otros la influencia irresistible e inevitable de la tradición en que todos nos hemos educado, no será parte a inclinarnos hacia un juicio poco adverso. Quiero referirme a la España moderna, la que moldeó con manos férreas el César Carlos. Aun aceptado que el espíritu colectivo de los pueblos de raza española fuera contrario al absolutismo político y a la intransigencia religiosa, cosa que Díaz Rodríguez no prueba, porque es imposible probarla, el hecho de que aceptaran sin

mayor resistencia ni pugna la imposición de uno y otra, conservándolos, o, mejor, adoptándolos de tal modo que llegaron a ser y son hoy en día aún cualidades inherentes al carácter nacional, demuestra, cuando menos, una aptitud recóndita, vaga, tal vez latente antes del dominio de la casa de Austria, que ésta explotó para imponer sus procedimientos cesáreos, imperialistas e inquisitoriales.

Ni podrá negarse tampoco que a la brillante literatura que nace con el *Poema de Mío Cid* y que pasando por el Arcipreste viene engrosándose cada vez más, como un río, a hundirse de repente en la sombra después de la muerte de Quevedo, sucede un período nimio y tenebroso de inepticias, que ahora apenas empieza a desflorar con beso tímido el anuncio de una aurora lejana. Ni cabe negarse que España no ha contribuido al progreso de las artes y de las ciencias contemporáneas con ningún impulso fructífero, con ninguna obra de valía, cuando en los siglos medios y durante el Renacimiento la Península era una alhóndiga espléndida de ciencias y artes. Un pueblo que después de haber alcanzado tal grado de cultura, retrocede para ser un pueblo primitivo y no decadente, tiene que resultarnos un fenómeno excepcional en la historia de las sociedades humanas, tachable en buena lógica de anti-científico y absurdo.

Que España renazca de entre los presentes escombros que la abrumen y entorpecen y conquiste de nuevo aquel puesto eminentísimo que tuvo en el concierto del mundo occidental, no es difícil, y para nosotros debe ser grata esperanza. Porque la desgracia para nosotros fue que a España incumbiera por azar el descubrimiento y la conquista del Sur del continente, a pesar de los épicos horrores de la conquista, tan admirados y ponderados por Díaz Rodríguez en una curiosa carta que le escribió al señor Gil Fortoul y que pocas personas conocen en Venezuela; a pesar de que emigrara a refugiarse entre nosotros (para tener una vida efímera y vacilante) el espíritu de municipio de los antiguos reinos hispanos, tan ponderado y admirado por el señor Ángel César Rivas; a pesar de todo eso que los iberófilos nos dicen que son altas virtudes de la raza, de las cuales nosotros, si heredamos algunas, no fueron ciertamente ni las más intensas ni las mejores.

En todo este libro, revélase Díaz Rodríguez como crítico espiritualista y platónico. Frente a las tendencias que predominan en la literatura y el arte contemporáneos, el arribismo desapoderado y sin escrúpulos que compra a todo precio, hasta el del más íntimo y sagrado decoro, el triunfo que proporciona holganza y hartura de apetitos y vanidades; la sed de lucro que inunda el mercado de obras premurosas, realizadas, más que con el pensamiento puesto en la belleza y en la gloria, con la intención de la *reclame* y del bombo, el autor adopta una actitud enhiesta, agresiva, en ocasiones rencorosa. Por sobre estas vanas contingencias actuales, él coloca la Idea, la Belleza y la Gloria pura y firme, no lo que entienden por gloria los vocingleros corifeos del periodismo, del reporterismo y del arribismo imperantes, sino aquella otra que es como una enérgica y clara prolongación de nuestra propia vida en el espacio y en el tiempo.

Hacer el examen crítico de esta obra requeriría acaso un volumen; tales y tantas son las cuestiones que en ella se tratan. Ni las condiciones de la revista en que escribo ni el tiempo de que dispongo me permiten dilatarme en una lata apreciación de ella; he de contentarme por ahora con este sucinto y rápido comentario.

El libro está escrito en un estilo maravilloso de armonías que no cae en el amor del preciosismo, salvo en uno que otro pasaje muy raro. La prosa de Díaz Rodríguez ha adquirido ya una madurez dorada, suave, melosa, y se desliza por nuestros oídos con canturria musical y fresca, con diafanidad y pureza insuperables. Su elegancia no es ya la elegancia exuberante y deslumbradora de la joven primeriza en el mundo, que gusta de tocarse con profusos paramentos y trajes llamativos, sino la elegancia pulcra, sencilla e irreprochable de la belleza, acostumbrada a las andanzas de los salones, en cuyo tocado y en cuyos vestidos buscaría en vano el más sutil veedor la mínima huella de las manos del peluquero ni de los afanes de la modista. Aunque para mi gusto, y dicho sea sin irreverencia, podría mejorarse aún con un poco más de sobriedad en los adornos...

RUFINO BLANCO-FOMBONA Y SU OBRA POÉTICA (1909)

I

Blanco-Fombona es en realidad uno de los poetas castellanos menos traducibles. Sus procedimientos, basados en ciertos juegos prosódicos, no muy difíciles, pero sí peculiares de nuestra lengua, bastan a desconcertar al más ardido de los traductores. El simple cotejo de algunos lugares de esta versión francesa demuestra que en muchas ocasiones el texto traducido no da ni idea remota de lo que es la poesía en castellano. Y es que la traducción exacta y verídica, conservando la forma métrica, es punto menos que imposible; casos como el de la *Oración por todos*, en que el original resulte mejorado, se dan rarísimas veces; además de que eso no es, propiamente, una traducción. Por lo general, las personas que ejercen de traductores no son excelentes poetas, ni siquiera hábiles versificadores; y así es natural que dejen escapar lo mejor y más intenso de la ajena obra. Yo, en el lugar de Blanco-Fombona, hubiera preferido una traducción en prosa, de seguro más fiel, más ajustada al original, y que probablemente alcanzaría a exponer íntegro y claro en el extranjero idioma el pensamiento y la intención del poeta.

La publicación de este volumen, en que Blanco-Fombona recopila lo más acabado de su obra lírica, me ofrece coyuntura propicia para estudiar, aunque sea someramente, como lo permiten las condiciones de *El Cojo Ilustrado*, esta faz feliz de su ingenio, tanto más digna de atención y examen que Blanco-Fombona ha ejercido y ejerce notoria influencia en las generaciones juveniles de Venezuela, influencia maléfica, preciso es decirlo, como la ejercida en toda circunstancia por los escritores de originalidad auténtica. Buena parte de nuestra juventud se empeña en seguirlo, con mayor o menor disimulo, a pesar de que su poesía es de las que menos deben convidar a la imitación. Naturalmente, lo que en él resulta gracia legítima, sin postizos ni deliberaciones, es, en el remedo balbuceante de los imitadores, desabrida tontera. Ciertamente, Blanco-Fombona debe sentirse orgulloso y contento de haber suscitado con la

resonancia de sus versos el brotar de los primeros pimpollos líricos en el alma de la juventud; mas al propio tiempo debe de experimentar cierta perplejidad y desazón al contemplar los frutos poco gallardos que brotan de sus semillas. Le queda el consuelo de pensar, como es la verdad, que el resultado adverso de la siembra, no procede de la mala calidad de la semilla, sino de la propia tierra de sembradura. ¿Mas, qué motivos impulsan a la juventud a escoger para la imitación los poemitas de Blanco-Fombona? Basta leer sus libros con algún cuidado para descubrir la clave del enigma. En primer lugar, los versos de Blanco-Fombona parecen ser de una sencillez engañosa; no asustan con recursos enrevesados ni artificios brumosos. Y luego, es un poeta de *juventud*. Trataré de explicarme.

Los ideales, sentimientos y estados de alma favoritos de la adolescencia, espontáneamente surgidos de su estado psicofisiológico, son precisamente los que con mayor constancia y fervor canta Blanco-Fombona. Ante todo, observemos que es un poeta intensamente sensualista, y, si se quiere, hasta sensual. La forma que adopta su sensualismo, risueña, franca, que no macula con feos espectáculos ni sordas inquietudes los espejismos de las imaginaciones candorosas y lúbricas es de las más peligrosas. No es como los poetas que tienden sobre la urente urgencia de los deseos, el presentimiento de los tedios finales, como quien enluta la candela de una linterna con lúgubres vidrios. Creo que esta cualidad es una de las que explican la privanza de nuestro poeta con las jóvenes. La mayor parte de los que entre nosotros leen a D'Annunzio –pongo por ejemplo– lo hacen seducidos por la vibrante sensualidad y por el erotismo desaforado de sus libros. Hablo de nuestro público, del que yo conozco bien, del que se engulle las traducciones de Maucci, donde el artista italiano aparece pálido y deforme, sino es en la brama perenne y subrepticia de sus personajes. A este propósito, quiero contar una anécdota que me han referido, y que viene muy a cuento. Un palurdo se detuvo en cierta ocasión frente al escaparate de una librería, en el cual estaba exhibiéndose el flamante volumen de los *Cuentos de color*, de Díaz Rodríguez. Paróse el hombre a mirar buen trecho el libro, y luego entró en el establecimiento y pidió un ejemplar de los cuentos. Cierta escritor, que estaba atisbando al hombre, quedóse encantado al ver cómo el vulgo buscaba ya y leía las obras de

nuestro gran estilista. Pero resulta que a poco el hombre volvió a entrar en la librería, reclamando que le devolvieran su dinero, porque lo habían engañado: él creía que aquellos eran *¡cuentos colorados!*, vale decir, obscenos. El desconsuelo del literato observador no es para dicho. Ni respondo de la autenticidad de la anécdota; pero ella da una idea bastante exacta de lo que puede valer entre nosotros la popularidad. Aquí pueden venderse los libros llenos de *lascivia descocada* o de *diatribas* venenosas. La mente del público no está preparada aún para otra clase de lecturas.

El impulso sensual es en sí un derroche de energía más o menos intenso, y así como suele mostrar los dientes untados de ferocidad, se moja con frecuencia de lágrimas. Mas el que anima los versos de Blanco-Fombona es, como digo, regocijado, lleno de cierto regodeo, de cierta morosidad suave y tranquila. No arden estos orobias con humos agrios y fuegos vibrantes de rijo, sino de modo claro y sereno: más como piedra preciosa que como brasa de pira. Sus madrigalitos están exentos de licencia y de malicia. Más Blanco-Fombona no se limita por cierto a expresar el amor de los seres animados. Las cosas mismas cobran ante sus miradas sentimientos e intenciones, pues su vista anegada en pasión viva y fértil lo arroja todo en un manto de voluptuosidad feliz. De este poeta sí puede bien decirse que el mundo es la representación palpable de su yo: una forma de su sensibilidad, de su imaginación, de su intelecto. En tal sentido puede calificársele de poeta simbólico, por cuanto los pormenores de los espectáculos poéticos son, en suma, simples cifras de su yo mismo. Simbólico, no simbolista, Blanco-Fombona, por temperamento, por educación, está a mil leguas del simbolismo. Hasta barrunto que no debe de serle muy grata esta escuela, no obstante que algunos de sus corifeos y adalides han influido en la manera suya y lo han ayudado a perfeccionar sus procedimientos retóricos. En las “Joyas de Margarita”, la canción de las gemas no sólo sirve para exponer y comentar la belleza de Gretchen: de ese canto surge férvida fragancia de insensata adoración que a las cosas anima. Las cosas que hablan “en un lenguaje de ilusión”, adquieren personalidad propia, independiente, de donde brotan, como el rescoldo de un brasero, acentos galantes, gemidores de amor, suspirantes de caricias. La brisa que “le alborota el camisón” a la linda aldeana de “Prima

noche”, tiene igualmente tanta intención como una temblorosa mano de amante. Y en “La tristeza del mármol” culmina esta nota:

Esto del mármol no es vida;
en virginidad eterna
¡ay! gloriosas carnes mías,
nunca padecéis de gozo
bajo quemantes caricias,

(hermosos versos echados a perder en la traducción de Raisin, sea dicho de paso). Anotemos que la juventud está dispuesta siempre, si ya no se halla armada de una cultura sólida, cosa excepcional entre nosotros, a dejarse influir por el encanto un poco pérfido de estas canciones.

Fácil es dar en la cuenta de que los inciertos ideales morales de la juventud, la ambición de obrar, el ansia de lucha y de triunfo, el imperio de las fuerzas desordenadas, que son dilectos de la edad florida, encuentran en Blanco-Fombona un cantor oportuno y enérgico. Ese hermoso grito lanzado ante el ofrecimiento de la gloria, el oro y el amor, no conquistados por los propios puños es propio de los veinte años.

Ponme en los brazos músculos
y ambición en el alma...

Con eso tendrá el bueno para su victoria. Ni existe hombre, como no sea algún opilado zascandil o monigote histérico, que no haya lanzado, hacia sus veinte años, esta exclamación de soberbia magnífica. Se ha dicho que no es posible inventar nada, que todo existe preformado en las oscuridades del espíritu, y que los apóstoles, los poetas, los artistas, sólo nos revelan ideas, formas de belleza que preexistían informes en lo más confuso de nuestra conciencia, sin que hubiéramos podido concretarlas por nosotros mismos. Pero llega la mano reveladora y nos descubre de improviso el tesoro. Somos, en la ignorancia, como magnates que se creen mendigos.

La obra de arte es la que nos enriquece, como por obra de magia. Si alguien, pues, merece nuestro agradecimiento, es el poeta. Y así se expli-

ca el entusiasmo desmedido que Blanco-Fombona despierta entre una parte de la juventud bisoña: lo escuchan esos jóvenes, y oyen que él canta las cosas que a ellos les abejean con oscuro zumbido en el pensamiento.

Acaso ninguna poesía de Blanco-Fombona pinta mejor los últimos sentimientos a que me refiero, que la que se intitula “La vida”. Este poemita está henchido de tal fuerza vital, de tan intensa y segura afirmación de vivir, que irremisiblemente se me viene a los picos de la pluma el adjetivo dionisiaco, el cual, por fácil evocación, me conduce al nietzschismo.

Sorpréndeme bastante que al referirse a Blanco-Fombona ninguno de sus críticos haga mención de Zaratustra. Yo, para mí, creo que el anticristo alemán ha ejercido cierta influencia sobre Blanco-Fombona; influencia de filósofo profundo sobre artista ligero. Las ideas oscuras a fuerza de ser formidables, de Nietzsche, repercuten en la lírica del venezolano con sano eco de confianza y de risa; viene a ser como la ola majestuosa, que al llegar a la playa de oro se deshace en espumas frívolas. Blanco-Fombona canta las pasiones sanas, fuertes, robustas, que son corolario del sistema del filósofo; en sus versos, el amor no se nubla de lloriqueos ni se acidula en relamidas lamentaciones; y si el sentimentalismo “idealista”, para emplear palabras de Nietzsche, aparece en estos versos, es como sombra pasajera y fugaz, y aún así, las más de las veces con cierto matiz de ironía, de solapado júbilo:

¡Ay, Dios mío, qué daño me ha hecho
la mujer de los labios de flor!

Queja sonriente y retórica, actitud de halagador disimulo, como la de un carnicero frente a la presa. Pero sólo quiero apuntar de paso que en ciertos puntos se nota la huella de Zaratustra. El estudio de esta influencia —de que el mismo poeta no ha hecho cuenta exacta tal vez— cabe mejor en un ensayo sobre las obras en prosa de Blanco-Fombona. Valga aquí la circunstancia de que la mayoría de sus críticos le llaman hombre digno de haber figurado en el Renacimiento italiano, lisonja que no carece de fundamento. Por mi parte, yo lo encuentro muy venezolano, digno hijo de nuestra zona, legítimo producto de nuestras costumbres pero no

creo que una cosa excluya la otra, ya que no es difícil encontrar analogías de cierto género entre nuestro curioso estado intelectual y social y el de los principados y repúblicas de Italia en el siglo XIV.

Sólo la “Carta lírica” tiene dejos de desvarío romántico. Blanco-Fombona fue uno de los que iniciaron entre nosotros el movimiento poético modernista; pero de sus maestros españoles y de Musset, a quien todos hemos adorado golosamente en nuestra primera juventud, le quedó un sedimento de romanticismo, que de vez en cuando aparece en él a flor de espíritu, residuo del vino de antaño que suele dejar untado el borde de la cratera nueva. Sólo que ese rastro de lo pasado desaparecerá sin duda, si ya no ha desaparecido por completo, porque su copa no es apropiada para los alquermes dulzones y exasperantes de los románticos de la última época.

El que haya observado la evolución de Blanco-Fombona sabrá que él acoge y desecha con bastante facilidad las influencias de los maestros y de las escuelas, lo cual, si indica vacilación de rumbos en el aceptarlas, atestigua segura fuerza de personalidad al huirlas. En sus primeros tiempos prevaleció en él la actitud de cólera desmelenada y agresiva. Era la época en que resonaba sobre todos los frentes el estrépito de hierro y de rabia de Díaz Mirón. Blanco-Fombona rimó sus rugidos y echó bravatas en sólidos versos. Por fortuna su buen gusto venció a tiempo el influjo ajeno y no ha conservado apenas vestigios de él. Sus versos “En la mazmorra” así lo certifican. Son una protesta muy distinta de las que se encontraban a cada paso en Mirón.

Por más que alcanzara con su poema “Patria” un lauro en Coro, Blanco-Fombona no parece dotado para lo épico ni para lo satírico. Ni siquiera en la prosa, en sus diatribas crudas y brutales como puñetazos, logra conservar la sátira en el tono de fría furia que el género requiere. La sátira es cosa de temperamento; y a los nerviosos como nuestro bardo les ocurre por lo común que a un intenso raptó de ira sucede un período de indulgencia transitoria: se exaltan por sacudidas, por crispaturas; ni tienen el don de observar con atenta mirada las cosas exteriores por largo tiempo; el ímpetu lírico los aleja al punto de la contemplación para encumbrarlos a ilusorias cosas de ensueño. Su retratito del aparatoso

prusiano Guillermo es buena muestra de lo dicho. “Este Nerón de pacotilla”, empieza en fogosa embestida; mas a poco el pobre *rex-imperator* nos merece piedad, porque ciñe a su frente

con la anacrónica diadema,
¡ay!, la corona del dolor;

cuando el satírico no se interrumpiría a apiadarse del tirano, antes bien, haría ferocísimo escarnio de su propia pena.

Por esto puede calificársele de sentimental; mas no por ventura sentimental al uso, pacato y llorón, sino porque sobre las llagas abiertas por las ironías derrama el vino dulce de la piedad y porque prefiere siempre para mostrárnoslo el aspecto más amable de las cosas. Lo ruin, lo asqueroso, lo feo, relégalo a la sombra y al olvido. Ya se comprende por lo mismo que no es un poeta moral ni moralizador. No busca ni quiere buscar el sentido de la vida; no siente el vahído de los problemas irresolutos: se limita a vivir. Es amigo de formas, no de esencias; desdeña lo abstracto, y a las ideas prefiere las sensaciones; eso se llama propiamente un sensualista. Alguna vez se preocupa de las causas y de los principios. Se dirige a Dios, ¿pero, cómo?: no ebrio de duda, no con escéptica angustia metafísica, sino en dura increpación al Ser de los seres, como un hombre suele dirigirse a su enemigo. Porque, en suma, Blanco-Fombona pertenece a la casta de los descreídos, que aún temen un engaño, y que si en su mano estuviera, inventarían un dios personal para gustar el goce de vituperarlo a su sabor. Los incrédulos definitivos no toman en cuenta a la divinidad ni sienten pesar sobre su entendimiento la sombra secular de Dios, transmitida de padres a hijos: se han despojado de la herencia fatal. Para ellos, los responsables de los males que el concepto de lo divino ha podido ocasionar son los inventores del mito, no el mito mismo. Conocen el significado de aquella frase concluyente que Nietzsche le envidiaba a Stendhal: “La única excusa de Dios es que no existe”. Blanco-Fombona lleva en la conciencia un susurro de preces católicas, legado de sus abuelos, las cuales, al brotar por sus labios de impío, se convierten en blasfemias. La blasfemia es una especie de plegaria; siempre rinde el homenaje de la creencia.

Los procedimientos formales de Blanco-Fombona, sin tener en sí propios mayor originalidad, producen obritas de peregrino encanto. En general hay en ellas cierta incoherencia, cierto desorden vago en la exposición de los motivos, cortada a trechos por exclamaciones, por paréntesis cuyo efecto es producir una intensidad mayor de la frase poética. Es impulsivo al combinar los elementos de la frase, de lo cual resultan unas veces afortunados matrimonios de palabras y otras cierta dislocación ilógica de la cláusula. Su léxico, sin ser muy rico, no presenta apenas insistencias ni repeticiones. Las palabras que con mayor frecuencia usa pueden, en cierto modo, dar idea de su poesía. Cuando menos se conoce por ellas hacia qué lado se vuelve de costumbre la vista del hombre y la imaginación del bardo, al construir sus imágenes, pues la mente gusta de escoger la substancia de los símbolos entre las cosas que le son halagüeñas y familiares. Los vocablos que más abundan en estos poemas son: *amor, flor, rosa, beso, cantar*. De ese dato puede deducirse, sin sutiles esfuerzos de la perspicacia, el carácter amatorio, florido, fresco, sensual y lírico de sus canciones. A más, abundan en ellas senos, abriles, auroras, oros, brisas, etc. Sus flores favoritas son la universal rosa, lilas, gladiolas, camelias, gardenias, petunias. Las gemas, zafiros, diamantes, perlas. Gusta de escribir “boca en flor”, “pradera en flor”, “niña en botón”. Sus colores, azul y rojo. Todo eso mezclado con mano hábil en estrofas de buena ley.

En lo que toca al metro, Blanco-Fombona tiene sus pretensiones y aun sus vanidades. Asegura en sus *Notículas* que el eneasílabo de “Las joyas de Margarita” fue él quien lo puso a sonar en castellano por primera vez; y que los versos de “Explicación” “son inauditos” por el ritmo. Parece que estas afirmaciones no pasan de ser desenfadadas especies lanzadas en un momento de humor, ya que Blanco-Fombona posee buenos conocimientos de literatura española. En cuanto al eneasílabo, Tomás de Iriarte, versificador habilísimo, los compuso, y muy sabrosos, en el siglo XVIII. Blanco-Fombona cita como imitados de los suyos los de la “Canción de otoño en primavera”, de Rubén Darío:

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver.

Pero si a alguien imitó el maestro, no fue ciertamente a Blanco-Fombona, sino a don José Eusebio Caro, en aquella poesía, “Estar contigo”, que comienza:

¡Oh!, ya de orgullo estoy cansado,
estoy cansado de razón;

a la cual se aproxima la canción de Darío, no sólo por la música de los versos, sino también por ciertas coincidencias de conceptos y frases.

El metro de “Explicación” es muchísimo más añejo. Juan de Mena lo usó en su “Labyrintho”, poema de trescientas estrofas de ocho versos; y era el preferido por los poetas de la época, como el marqués de Santillana y Fernán Pérez de Guzmán. Es una de las medidas más antiguas en poesía castellana. ¿Qué diferencia hay entre

¡Oh!, amores y rutas y alarmas, ¡oh! acciones
(Blanco-Fombona)

De paces y guerras y muertes y hados?
(Juan de Mena)

¡Qué alegre es la casa del titiritero!
(B.F.)

Que todas las selvas, con sus arboledas
(J.M.)

Son nuestros amores y nuestros dolores.
(B.F.)

De los monifrates nin de las locuras.
(Fernán Pérez de Guzmán: “Confesión rimada”)

No negaré que a un metro antiguo se le pueden sacar sonos nuevos y remozarlo. Eso depende del poeta. Pero es seguro que todas las combinaciones del dodecasílabo estaban ya formadas en castellano. Su com-

posición de seis es sencilla, y no tiene más requisito que la acentuación de la quinta sílaba de cada hemistiquio, por lo cual su variedad musical es admirable. Resucitar esa medida obsoleta me parece buena obra, limpiándola de “la monotonía del metro de arte mayor, *el fiero taratántara* que hubiera dicho Tomé de Burguillo”, según escribe Menéndez Pelayo⁴. Y eso es lo que Blanco-Fombona ha obrado con acierto.

Por lo demás, las reminiscencias, casi imposibles de suprimir a la hora actual, porque las lecturas nos dejan un depósito inconsciente de cosas que luego se nos aparecen como nuestras, son escasas en Blanco-Fombona. La huella de Díaz Mirón, el de “Lascas”, es evidente en “Mediodía campestre” y en “Barrio bajo”. En rigor, no puede imputársele imitación de otra poeta alguno. En verso es menos marcada la tendencia de Blanco-Fombona al arcaísmo de construcción y al uso de ciertos giros favoritos de nuestros clásicos del siglo de oro. En lo general, su sintaxis es pura⁵ y su locución fácil, y gusta de sembrar aquí y allá expresiones familiares que les dan a sus poemitas cierto perfume de intimidad ingenuo y delicioso.

Por su labor fragmentaria y menuda, por el mismo refinado amor de los pormenores que convierte sus volúmenes de poesías en vuelo aligero y claro de sensaciones y sentimientos fugaces: amor errátil, flores de un día, rosas de un momento, besos de paso, cantar vagabundo, es un poeta menor, de esos que brotan, como flores de esencia rara, en el suelo largamente labrado con abonos, al pie de los formidables monumentos que erigieron manos de cíclopes en las auroras de las edades. Y si me dicen que tanto vale una miniatura perfecta como la más opulenta catedral, estaremos acordes. Los poetas de la *Antología* viven al lado de Homero y con la vecindad de Virgilio nada se deslustra Propercio.

4. *Antología de poetas líricos castellanos*, t. V, Prólogo V.

5. Sorpréndeme por eso mismo encontrar en la “Carta lírica” un solecismo tan chocante como aquel *vistes: nunca vistes* [tú]. Vistes era antaño segunda persona de plural. Y aquí no valen licencias ni fuerza del consonante, ni es difícil de enmendar el yerro. No me agradan reparos de esta índole; pero es lástima tamaño desliz en tan lindos versos.

II

LETRAS Y LETRADOS DE HISPANOAMÉRICA

La casa Ollendorf, de París, que viene publicando una biblioteca de escritores españoles e hispanoamericanos, ha editado un volumen de crítica de Rufino Blanco-Fombona. Se ha conquistado éste una reputación muy merecida como cuentista, novelista y poeta. Su faz de crítico es la menos conocida, y aunque tal vez no sea la menos curiosa, no es acaso tampoco la más admirable de su espíritu. Como prosador y como poeta lo caracterizan el amor, rayano de la idolatría, por los refinamientos y delicadezas del estilo, por la afición y la búsqueda continua de músicas extraordinarias, de sonoridades nuevas y nobles. Tiene el horror de los lugares comunes, de las frases hechas y de los sentimientos que suelen ser expresados por todo el mundo, sin que por eso incurra en extravagancias ni resulte un “raro”. Su prosa, que tiene raíces hondas en la prosa castellana del siglo de oro y que se engalana a veces con viejos arrequives de arcaísmo elegante, suele presentar a trechos flamantes neologismos, palabras exóticas no aclimatadas aún en el idioma; inquiere todas las joyas con que pueda exornar su verbo; pero, por lo general, su sintaxis es bastante castiza, en lo cual demuestra su buen gusto y la solidez de su juicio.

Estas cualidades, que son excelentes en un literato, suelen no bastar para cumplir una labor seria de crítica. Aunque Blanco-Fombona posee una amplitud envidiable de inteligencia como para comprender y explicarse las más opuestas tendencias artísticas y los más distintos ideales, su temperamento impulsivo, fogoso, abundante en violencias apasionadas, lo obliga a descarriarse con frecuencia de la senda de la tolerancia y perder los estribos de la serenidad. Él propio confiesa en la “Introducción” de este volumen: “La crítica literaria suelo llenarla de sangre; y a ocasiones se miran sobre la arena, después de la justa, no adjetivos ni adverbios, ni sonetos patas arriba, sino dentaduras de malsines y costillas quebrantadas de fraudadores”. Una estupidez o una falsedad —o que él conceptúe falsedad o estupidez— lo encolerizan y le ponen en los picos de la pluma acerbos y virulentos hieles de palabras. Está siempre listo a la camorra en cuanto se le contradiga; pero por otra parte, su espíritu claro y perspicaz

comprende cuál es en realidad la esencia y la principal virtud de la crítica: “He tratado siempre de ser sincero”, dice. “El oficio de juez me repugna y nunca lo he ejercido ni lo ejerceré. Nadie tiene derecho, por ningún motivo, de juzgar a sus semejantes; ni menos de condenarlos”. Ideas que son las mías propias y que siempre he querido que presidan e inspiren los breves ensayos en que me he ocupado con las obras ajenas. “El crítico, si es sincero y avisado, debe limitarse a consignar que tal obra, tal día, le hizo tal impresión”. “Un crítico no tiene derecho ni poder para decretar la excelencia o la mediocridad de una obra”. Excelente y plausible doctrina, que Blanco-Fombona mismo olvida de vez en cuando, arrastrado por los impulsos de su temperamento.

La sinceridad sí que es innegable. Y la sinceridad es en punto de crítica una de las más recomendables prendas. Muchas veces ha menester uno gran dosis de energía moral para confesar sin empacho sus preferencias y sus opiniones, sobre todo sabiendo, como ocurre en muchas ocasiones, que nuestros gustos personales están en desacuerdo con los de la mayoría, y que el juicio que uno promulga va a ser acogido más bien como especie desenfadada o paradoja irónica que no como ingenua manifestación del íntimo sentir y entender. Blanco-Fombona no se detiene nunca para ser sincero ni en la ironía ni en la ruda diatriba. Sus apasionamientos y arranques súbitos de indignación vienen siempre sellados de notoria sinceridad y por eso no inspiran antipatía ni repugnan.

Uno de los caracteres más agradables de este volumen es el empeño que certifican varios estudios, por difundir en Europa el conocimiento de la literatura suramericana. Blanco-Fombona ha sido uno de los adalides más esforzados y fervorosos de esa tarea. En Europa se nos tiene aún por indios que usan taparrabo y sólo saben galopar a caballo por los llanos y cazar bestias montaraces; y los mismos españoles —que ahora nos imitan con afán— parecen no percatarse de que en los pueblos hispanos del continente florece una literatura copiosa, rica y magnífica, que a la hora actual es la que representa con más brillo y más legítimo mérito la gracia y la fuerza de la mentalidad de lengua española. Sobre esta idea insiste una y otra vez Blanco-Fombona, y creo que debemos insistir todos cuando se ofrezca coyuntura para hacerlo. Sin duda esa insistencia

por parte de unos cuantos escritores conseguirá al fin disipar esa niebla de engaño en que vivimos envueltos, y los prejuicios que alimentan los escritores y, principalmente los periodistas de Europa respecto a nuestras cosas americanas.

Por de contado que en el libro aparece la consabida defensa del modernismo y ataques a la literatura decrepita y vacía de los señores académicos, raíz seca e insípida, residuo del raigambre de la antigua influencia ibérica. Blanco-Fombona fue uno de los iniciadores en Venezuela del movimiento modernista, y de aquellos tiempos de combate que precedieron a la imposición de las nuevas tendencias de arte, conserva amargores que se le escapan de vez en cuando. Su animosidad contra la religión es también evidente. Blanco-Fombona no es irreligioso, sino antirreligioso: no conoce el estado espiritual de serenidad escéptica, que cuando más se traduce en una sonrisa de ironía ante las afirmaciones de los creyentes, sino que niega con ira: mira a Dios como a un enemigo porque en nombre de Dios se mutila la libertad y se aherroja el espíritu humano, y considera la moral cristiana como dañina y absurda. Quizá exista en estas ideas y en el modo como las define y expresa cierto fondo de aversión hacia los escritores que profesan las opiniones contrarias.

Una adoración que aparece a cada rato manifestada en formas diversas es la que Blanco-Fombona tiene por el Libertador. Su exaltado bolivianismo encuentra la figura del héroe sin una sola mácula, resplandeciente y altísima, y compendia en el grande hombre las más excelsas y maravillosas virtudes de la raza. La verdad es que la figura de Bolívar, a pesar de todo el tiempo que ha transcurrido, no es conocida como debiera, ni en los mismos pueblos que libertó con su espada. Es ahora cuando viene a estudiársela con criterio despojado de preocupaciones, a analizar sus proyectos y a comprender sus amplios propósitos. Blanco-Fombona tiene hondo amor por todas las cosas del héroe, y no se cansa de cantarle alabanzas y de presentárnoslo como el verdadero genio, cuyas inspiraciones debemos seguir si es que deseamos la salvación de nuestras enclenques nacionalidades y evitar que las uñas de las águilas yanquis se hundan en el cuerpo de nuestros países. Junto con Zumeta y Vargas Vila, Blanco-Fombona es de los que viene predicando de años atrás el peligro

del Norte y la necesidad de fortalecernos ante la posible agresión del coloso rapaz.

He de confesar que en materia de crítica literaria discrepo en más de un punto de Blanco-Fombona. Con todo, muchos de sus juicios me parecen atinados y justos. Pero en ocasiones sus categóricas afirmaciones me dejan un poco desconcertado. Cito, entre otras, una que me ha parecido muy curiosa: “El poeta cubano José María de Heredia, primo del poeta francés del mismo nombre y *cient veces mayor poeta que éste*”. Creo que es afirmar demasiado. Por lo demás, el libro está escrito con soltura, vivacidad y elocuencia.

III

GRANDES ESCRITORES DE AMÉRICA

Blanco-Fombona está prestando un servicio de primer orden a España y a América como divulgador de la literatura americana en la península. La Empresa Editorial América, que él dirige, divulga los mejores libros americanos. Y como crítico literario hace también un gran favor a las letras, con sus estudios sobre los grandes escritores del nuevo mundo, cuyas obras son ignoradas no sólo en España sino en muchos países del continente. Blanco-Fombona pone en esta labor todo su afán y su ardor de patriota continental, sentimiento sin el cual resultaría infructuosa una labor de esta laya. El regionalismo suramericano, azuzado por los enemigos de Hispanoamérica, ha dado hasta ahora los frutos que éstos deseaban: han dividido a los pueblos, instigado rencillas menudas, evitando así la concordia, que sería la única fuerza real e incontrastable de la América española. El nacionalismo intemperante y jactancioso ha venido a completar la obra de la desunión, provocando la soberbia aisladora que engríe, y en apariencia vigoriza, a los pueblos, pero que al cabo debilita las fuerzas del grupo racial. La raza hispanoamericana realizó grandes hazañas con la espada y ha hecho grandes cosas con el verbo. La suma de las obras literarias compuestas por los hispanoamericanos en un siglo le daría brillo y gloria a cualquier pueblo poderoso y culto. Lo que ocurre es que los millones de hispanoamericanos se encuentran diseminados

en una muchedumbre de entidades diferentes, y así, la riqueza literaria, rota en retazos, parecele mezquina al observador extranjero. Es menester abarcar el conjunto para medir su opulencia y su mérito. Recién nacidos a la vida autonómica y a la civilización, los pueblos hispanoamericanos produjeron hombres de pensamiento, cultivadores de la belleza, poetas de primer orden como no se encontraban tal vez por la misma época en el solar de la raza.

Este libro es buena prueba de ello. Blanco-Fombona estudia aquí a escritores tan distintos como Andrés Bello, Sarmiento, Hostos, Juan Montalvo y González Prada, todos figuras de primera fila, que habrían podido hombrarse con sus colegas coetáneos de Europa. Pero la labor de estos grandes hombres quedó confinada, ordinariamente, a ciertos límites territoriales. Así, Bello es un extraño en la Argentina y Méjico, como Sarmiento es casi desconocido en Venezuela y Colombia, a lo menos para el vulgo de los letrados.

Hay señales consoladoras de que la curiosidad hacia las hermanas se despierta en las repúblicas españolas. Blanco-Fombona, con su tarea de divulgación y estudio, contribuye a avivar esa curiosidad, que tan fecunda ha de ser. Ya no estamos tan lejos unos de otros como hace cincuenta años, cuando nuestro desconocimiento recíproco era casi completo; cada día se palpa que las nuevas fuerzas civilizadoras rompen las barreras de la separación y producen un afianzamiento del vínculo racial. Ya se forma una conciencia continental, indispensable como prenda de soberanía e integridad para las naciones hispanoamericanas.

Blanco-Fombona realizó su propósito con fortuna. Además de su conocimiento exacto del medio americano y de su historia, posee, como crítico, pasión calurosa y comunicativa que anima su labor con cálidos soplos de verdad y de vida. Si bien tiene fama de brusco y violento, no lo es en estos estudios. Antes bien, muestra a trechos moderación que a sus admiradores les habrá parecido inesperada en el juicio sobre Sarmiento.

Por lo demás, el crítico se da cuenta de que el haber producido claros varones obliga a los pueblos a trabajar por su cultura intelectual y moral, y no los excusa de todo esfuerzo y afán, como es idea corriente en ciertas partes del Sur.

“Debemos convencernos –escribe– de que no basta producir varones ilustres; que es necesario merecerlos, honrarlos, estudiarlos y mantener encendido el fuego de Vesta en torno de aquellos nombres dignos de ello, entendiendo por tal fuego, no el aplauso desacordado e ininteligente, sino la escudriñadora mirada que explica lo que advierte y el afecto vigilante que como grano de sal guarda en sazón lo que sin ese grano conservador vendría a parar en cuerpo manido”.

“Es así, por medio de esa cadena de solidaridad entre las generaciones, cómo los muertos nos gobiernan desde el fondo de sus tumbas, cómo no hay solución de continuidad en las letras de un pueblo, cómo el alma nacional se acentúa, cómo el arte y los artistas pueden tener historia en Hispanoamérica.

“No repitamos jamás en sentido disociador el verso de Longfellow:

Let the dead past bury its dead”.

RÓMULO GALLEGOS
(1920)

UNA NOVELA CRIOLLA

La novela venezolana adquiere ya, en manos de las generaciones jóvenes, caracteres peculiares que denotan un nuevo concepto de la vida y una nueva manera de sentir el ambiente. La literatura venezolana, como la hispanoamericana en general, no es rica en novelas. Nuestros románticos, desde Fermín Toro hasta Julio Calcaño, cultivaron sin mucho ardor ni fecundidad la novela de aventuras según el gusto de la época; y sus obras están inficionadas de los amaneramientos y de las falsedades convencionales impuestas por la moda; sus libros hubieran podido escribirse lo mismo en Caracas que en Madrid, París o Roma: eran pálidos reflejos de las grandes hogueras románticas encendidas en Europa.

De ordinario se considera a *Peonía*, cronológicamente, como la primera novela venezolana; pero a la distancia podemos examinarla con imparcialidad y despojarla de los arreos literarios con que quisieron vestirla

los contemporáneos. Es menester recordar la situación intelectual, moral y política de las clases lectoras de Venezuela, al tiempo de su publicación, para darse cuenta de su auge, que se deshizo con la misma generación que asistió a su nacimiento y la encumbró en alabanzas. Romero García quiso componer un libro realista, pero no puso en él arte legítimo, que acaso era extraño a su temperamento. *Peonía* resultó una novela chabacana, rastrea, descosida, sin originalidad; al lado de las huellas de *María*, se ve la del patear de las impacientes pasiones políticas; y aunque con esos elementos no era imposible componer una obra de arte, Romero García no quiso componerla, y tal vez no podía aunque lo quisiera. Y me inclino a creer que no pudo; aquel escritor, tan venezolano por la violencia y el desorden, no conoció nunca ni la disciplina ni la perseverancia. Su talento literario sólo acertó a dar chispazos que deslumbran de pronto en medio de un fárrago de sentimentalismos, contumelias y brusquedades. Su coetáneo Picón Febres sufrió la profunda influencia de los españoles modernos, sobre todo de Pereda. *Fidelia* es un libro labrado con esmero, acaso el mejor del autor; y si éste se hubiera quitado a tiempo las antiparras retóricas, acaso habría compuesto una verdadera novela nacional. Pero sospecho que según fueron pasando los años, antes que acercarse a intimar con el paisaje y los hombres, se alejó de uno y otros, arrastrado por la influencia de los libros, hasta comparar a *Nieve y lodo*, declamatorio y lánguido, con aquel otro, en que no faltan páginas animadas y frescas.

La novela de las generaciones “modernistas” guió por otro rumbo. La preocupación del estilo no les impidió a los innovadores contemplar el terrible problema nacional que se erguía frente a ellos, ominoso y enigmático. Sino que en vez de estudiarlo con simpatía, lo increparon con ira. Ira generosa, sin duda, pero estéril, y sospechamos que a veces fingida. Todos adoptaban la frase tácita de *Peonía*, que corría de boca en boca, como pregón de furioso cansancio:

—Este país está perdido...

Esos son los *Ídolos rotos*, de Díaz Rodríguez, cofre rutilante de gemas de estilo, acerba y airada requisitoria, a cuyo término el autor no vaciló

en estampar con vehemencia un *Finis Patriae* fatídico. Eso también es *Todo un pueblo*, de Miguel Eduardo Pardo. Urbaneja Achelpohl, con su optimismo resignado y su malicia de campesino, escapó al contagio de la cólera y de la diatriba, pero no al frío de la desesperanza; como no es un retórico que escribe para los corrillos literarios de Caracas y vive hace muchos años en contacto leal con el verdadero pueblo, que tan pocos escritores conocen, y como es al mismo tiempo un artista espontáneo, sin buriles, ni pinceles, ni flautas porque no aspira a producir con su prosa impresión de mármol pulido ni de cuadros impresionistas ni de músicas arcanas, y sólo quiere hablar en voz armoniosa, simple, casi rústica, pudo hurtarse a los sombríos furores que encapotaron el ceño de sus colegas cejijuntos.

Detrás de esas generaciones aparece la de Rómulo Gallegos, a la cual le ha faltado lo que las otras tuvieron sin saber o querer aprovecharlo: la cohesión. Dispersos en grupos escasos, los jóvenes de esa generación no acertaron a unirse para ninguna empresa, lo cual fue, y es aún, lástima. Gallegos pertenece al grupo de Alborada, en que figuraban el malogrado Enrique Soublette, Julio Rosales, Julio Planchart y Salustio González, que yo recuerde: todos mozos de talento, formales, estudiosos y que no se dejaron arrastrar por el maleficio de la bohemia literaria, que baldó a unos cuantos ingenios de la misma edad. Los azares de la vida han dispersado aquel cenáculo, pero cabe confiar en que, solos o dispersos, sabrán proseguir la obra emprendida bajo los auspicios de la aurora.

Rómulo Gallegos es cuentista y novelista. Nunca ha tenido el afán del estilo pintiparado, hecho digno de nota allí donde impera el culto bizantino del párrafo oratorio y de las frases untadas de miel. Escribe con precisión, claridad y elegancia. En ocasiones cede a la manía venezolana de la profusión descriptiva, manía tal vez propia de un pueblo que apenas empieza a tomar posesión espiritual de la tierra que habita. Mas sus personajes no se diluyen en el ambiente, no pierden los contornos hasta convertirse en sombras pálidas bajo el bravío paisaje imperioso: quedan en pie ante el lector, complicados, algo enigmáticos, ilógicos y apasionados: vivientes.

El último Solar, como casi todas las novelas venezolanas que merecen el nombre de tales, nos presenta el asunto, ya viejo y siempre actual, del

mozo empeñado en hacer patria; desde este punto de vista es el Alberto Soria de *Ídolos rotos* o el Tulio Arcos de *Sangre patricia*; pero entre ellos y Reinaldo Solar existe la misma diferencia que entre los hombres de la generación de Díaz Rodríguez y los de la nuestra. Y no sé si me engañe la esperanza, pero tengo para mí que como ciudadano y como hombre, Reinaldo Solar vale más en su fracaso que los inconformes de hace veinte años. Vale principalmente porque su actitud en la vida no es fruto de ficciones artísticas ni de conveniencias momentáneas; nunca desespera de la Patria, ídolo inquebrantable en su corazón, y cuando la vida lo arroja, convertido en despojo agonizante, a las costas pálidas de la muerte, todavía su mirada turbia va a posarse con orgullosa reverencia sobre la bandera que las brisas del Ávila despliegan y baten, mientras las notas del *Gloria al bravo pueblo* resuenan con solemnidad funeraria en la melancolía del crepúsculo.

Reinaldo Solar es vástago de una familia en que la degeneración ha producido ya casos de locura. Representa el postrer esfuerzo de las familias que hemos convenido en llamar “patricias” porque conocen o creen conocer su propia historia de un siglo. La fortuna de esos patricios se desmorona por ineptitud de los poseedores, y sus restos irán a parar a las manos de los mestizos hábiles y tenaces, de ese general Yaguarim González, que aparece en el libro un momento, inquietante y potente, como un animal carnívoros. Es la última etapa de la democratización, según dicen unos; según otros, el signo categórico del advenimiento de una nueva casta al ejercicio perdurable del predominio social y del poder público. ¿Es lamentable que los antiguos dominadores vayan caducando? La raza de los tenderos de hace más de un siglo, ennoblecidos por propia ejecutoria arbitraria⁶, va caducando; no ejercieron el predominio sino para satisfacer codicias y garantizarse privilegios absurdos en las costumbres sociales. Convirtieron al poder en despótico, y todo el bien de la patria lo sacrificaron a miras estrechas y a soberbias menudas. No habiendo realizado el menor esfuerzo por educar al pueblo, única función legítima del dirigente, no merecen que se les recuerde con piedad, sino apenas

6. Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*.

cuando sus nietos van a perecer como fieras, víctimas de la codicia o de la iniquidad de los abuelos. La desaparición de la casta antigua es un fenómeno que suscita comentarios pesimistas en las tertulias domésticas; y no estoy muy seguro de que Rómulo Gallegos no lo condene, aunque como novelista él tiene buen cuidado de permanecer aparte, entre bastidores, manejando los títeres, pero sin asomar el rostro para hablarnos por su propia cuenta.

El protagonista, Solar, posee cualidades brillantes pero es inepto para la acción perseverante y continua, como la mayor parte de nuestros jóvenes, que, o se resignan a vegetar en la oscuridad, o se lanzan a obtener un triunfo que de antemano saben fácil, sin reparar en medios. Reinaldo Solar no quiere vegetar en la esterilidad ni emplear arbitrios que su conciencia repugna. No quiere tampoco nada para sí. Pero en la lucha que emprende muéstrase voltario y débil, gira como una veleta, acomete obras distintas; con el propósito de “hacer patria” quiere entrar en la política, acaso el medio menos adecuado para tal empresa; se marcha a España lleno de ambiciones estafalarias y regresa olfateando lamentablemente unas faldas que invitan al adulterio. Conspira luego, se marcha al monte arrastrado por el ciego frenesí de la revuelta armada; va a parar a la cárcel y sale de allí moribundo a expirar frente al Ávila, frente al tricolor sagrado, soñando con el magnético Libertador...

No se le escapa a Gallegos que la impaciencia, el afán del triunfo fácil es lo que paraliza y destruye las energías jóvenes. Queremos realizar cuanto soñamos en plazo de horas. Uno de los personajes comenta el éxodo de los jóvenes al extranjero, arrastrados por espejismos falaces:

¿Y por qué se van? ¿Por qué preferimos la lucha y la oscuridad en el país extranjero y no las podemos resistir en el propio? Sencillamente, porque aquello es lo fantástico y esto es lo real. Al cabo de cuatrocientos años hacemos lo que hacían los conquistadores, que desdeñaban poblar y colonizar, preocupados solamente de la eterna expedición al Dorado. El Dorado fue la ficción inventada por el indio para internar y perder al español, y la gota de sangre del indio que tenemos en las venas es lo que nos hace pensar hoy en la fuga a Europa que es otro Dorado.

La explicación resulta especiosa, porque el indio no tenía tendencias trashumantes, y si inventó el Dorado fue para librarse del bárbaro conquistador. Es corriente atribuir todos nuestros malos hábitos a la sangre indígena, que es la que menos abunda en las poblaciones de la costa, herederas, sí, de las costumbres del pícaro español y del africano cruel y pígre.

Son tan reducidos los grupos sociales en Venezuela, que el triunfo de un individuo significa el fracaso de varios; y que la pugna que debía ser, a lo menos en parte, por el bien de todos, se convierte en agrio combate por el egoísta bienestar propio, lo que concurre a producir la inquietud que empuja al éxodo o a reconcentrar el fracaso en silenciosa amargura. En resumidas cuentas, ése es el problema que ha de resolver la nación; si organiza la vida social en forma que ofrezca amplio campo a todo empeño o conserva las formas tradicionales, que excluyen, cuando no castigan, al que piensa y obra en desacuerdo con la mayoría predominante.

Los personajes de *El último Solar* son casi todos antipáticos, lo que me parece síntoma consolador. El mismo protagonista, a pesar de sus planes grandiosos y de su activo patriotismo, es un ser débil, tornadizo y mezquino. No tiene el orgullo cesáreo de otros héroes de novelas venezolanas; pero en el fondo es un sensualista, que si gusta de las acciones buenas no es sino a causa de la belleza plástica que acaso descubre en ellas. Su moral no es muy inflexible, y cuando sus apetitos van a dar de cabeza contra los preceptos éticos, concluye por propinarles a éstos el narcótico de los sofismas. Su dolor es lo que lo redime y transfigura a la postre. Pero es preferible así, lleno de vida contradictoria y verdadera, a los fantoques cargados de discursos lindos que nos ofrecen otras novelas criollas.

Descuellan entre los demás personajes del libro el frío Menéndez, calculador y reservado; Ortigales, parásito desprovisto de vergüenza y dotado de abundantes frases hechas, lamentable tipo tragicómico, que desempeña el papel del bufón antiguo; y el agrónomo argentino Lenzi, una de las figuras más felices del libro. Paréceme, en cambio, que las mujeres tienen cierta fisonomía desteñida y borrosa. Los personajes an-

tipáticos indican la desazón del artista que se encuentra en un mundo hostil y áspero. Toda esa gente que aparece en el libro parece animada por el vehemente anhelo de cambiar, de vivir otra vida mejor, de olvidar las miserias y ruindades en medio de las cuales viven todos prisioneros, como pájaros pegados en la liga. El espíritu del artista, como espejo implacable, señala las deformidades, pero no marca el contraste, como las novelas morales de antaño. El autor tiene instinto artístico certero y comprende que la contraposición de un dechado ideal a los flacos personajes humanos falsearía la fábula. Esto no lo habían comprendido nuestros novelistas anteriores, ni aun los más hábiles. Los males por sí solos claman remedio. Ofrecer a un ánima del purgatorio el espectáculo del paraíso sería inútil, cuando no cruel. El penitente del purgatorio ha de crear por sí mismo su propio cielo o resignarse a hacer eterno su purgatorio: es decir, convertirlo en infierno.

En *El último Solar* encuéntrase el ambiente venezolano tal como lo hemos respirado desde la niñez. Más que los personajes mismos, es el ambiente el que nos da esa impresión de exactitud. La atmósfera del libro es familiar para nosotros, y esto es ya un mérito de primer orden. El plan de la obra se presta para producir tal impresión, pero es acaso demasiado vasto, porque intenta abarcar en su ámbito muchos factores sociales. Es casi seguro que en sus libros venideros Gallegos limitará las dimensiones del marco y así tal vez gane su producción en intensidad lo que pierda en amplitud.

Pues esta obra es prenda cierta de otras ulteriores; mas no por eso quiero negar que sea sólida y cabal. Y es con regocijo como observo que la novela venezolana parece destinada a prosperar con lozanía. La nueva generación ha dado ya dos novelistas de primer orden, que recorren caminos nuevos, desechando las trilladas veredas de otros días. Los jóvenes comienzan a realizar lo que pretendieron sin fruto escritores de ayer no más, que hoy guardan silencio sin esperanza, a los umbrales de la vejez. La brasa del arte está ardiendo aún en los corazones, y ése es el mejor testimonio de que la patria está viva.

Cuidad todos de que no se extinga el fuego sagrado...

JOSÉ RAFAEL POCATERRA
(1888)

TIERRA DEL SOL AMADA

Ya lo han dicho los periódicos al hablar del último libro de José Rafael Pocaterra: se trata de la novela de Maracaibo, como en *Vidas oscuras* se trataba de la novela de Caracas y en *Política feminista o El doctor Bebé* (según se llama en la reciente reimpresión de Madrid) de la novela de Valencia. Ni me atrevo yo a conjeturar que tal haya sido el plan del novelista en sus obras. Mas lo que es dudoso en tratándose de los dos libros mencionados, no lo es en cuanto a *Tierra del Sol Amada*. El verso de Baralt lo repiten en Maracaibo con delectación morosa los periódicos en sus artículos de fondo, los oradores en sus discursos, los bachilleres en sus peroraciones y los poetas en sus cantos. Es la ciudad asoleada, llena de tráfico-mercantil, de sol frenético y de vocinglería de campanarios, rezandera, estudiosa, cazurra, amiga de la modorra dulce de las siestas y del ensueño de las noches que interrumpe con rutilantes fulguraciones el faro del Catatumbo, como centinela celestial de luminosos alertas.

Los que nacimos en tierras del Zulía y vivimos en Maracaibo hasta la época de nuestra primera juventud y conocemos asimismo el hermoso talento y la pródiga imaginación de José Rafael Pocaterra, presumimos encontrarnos con un gran lienzo lleno de vivas imágenes en las cuales resaltara el alma nativa con todas sus virulencias, sus esplendores, sus inquietudes, sus miserias y sus sobresaltos... Por desdicha lo que encontramos no es la fisonomía de la ciudad lacustre, sino la fisonomía enclenque, enfermiza, triste o bestial de algunos de los seres que acaso la pueblan. La visión alegórica desaparece por fuerza. El pueblo se queda entre bastidores. Los palmares abanican el espacio saturado con almizcles de bramas, como si quisieran apartar de sí aquellos vahos podridos que corren por el viento. Y una tropa de mujeres fáciles y de hombres imbéciles y aburridos desfila por allí, como por las avenidas de un inmenso hospital. Aquel es el marco más o menos fiel que conocemos. ¿Pero son aquellas todas las mujeres y todos los hombres de Maracaibo?

El símbolo

Ha de saberse que *Tierra del Sol Amada* es una novela simbólica, según confesión explícita del propio autor. He aquí el párrafo final del libro, que no permite dudas:

Porque aquella María que allí queda es la revelación de la patria chica en el grande amor universal de los corazones. La sangre, la raíz de lo hereditario, la vida que se inmola para fecundar el egoísmo estéril, la duda y la indiferencia que llegan de afuera. Es la Mujer que encarna la gran patria espiritual, que se entrega, que se ofrece íntegra, que florece en su carne y que luego se disgrega abnegada, como las oscuras raíces de una raza, en el seno cálido de las arenas, bajo la clara luz solar en la tierra del sol amada.

Algo confuso el lenguaje, pero la intención clara, relampagueante como la hoja de una daga nueva.

Veamos quién es esa María, “revelación de la patria chica”.

Armando Mijares es un joven tronera que despilfarra en Caracas con una pindonga “más de doce mil bolívares en dos meses” dineros que no son suyos, que sustrae del almacén de su padre. Éste lo envía entonces a Maracaibo “a arreglar asuntos”. El mozo se instala en casa de sus tías y seduce en un dos por tres a una preciosa chica a quien las viejas han criado. La moza sale encinta y las ancianas la expulsan de la casa llenas de casto horror. El héroe se marcha a un hotel, sin preocuparse apenas de la suerte de su víctima. Mientras trata de reconciliarse con las tías, seduce de paso a Beatricita, hija del doctor Olimpiadea Cantillo, joven casada con quien antaño tuvo amoríos y que se le entrega a la primera entrevista ocasional en que se tropiezan. Luego comparece María Irala, la revelación de la patria. He aquí como la pinta Pinillos, el único personaje medio simpático que asoma en todo el libro:

María Irala, sin padre ni madre; vive con ese tío solterón empedernido, el viejo Irala, que la quiere como una hija... Muy inteligente para ser mujer... demasiado quizás... Pero muy buena muchacha... Y –agregó con acento de mayor seriedad–: siete u ocho novios, innumerable *flirts*, ningún amor...

Y luego agrega:

Coge los novios y los deja como si fueran un par de guantes usados.

La Irala no cae así de pronto y en un periquete, gracias a que parece moza (anda por los treinta años) ducha en amoríos; pero no resiste apenas la segunda embestida del galán y en un paseo a los Puertos de Altagracia se declara:

—Así sí: tuya, siempre tuya, hasta la muerte.

Y poco después, en el carnaval, como si fuera una bacante se entrega al “héroe” con quien anda de paseo, formando parte de una comparsa de disfraces. Luego sobreviene la fuga con el amante a una quinta de las afueras de la ciudad y la muerte de parto, trágica e imprevista. Esta señora tiene carácter enérgico sin duda, pero su energía parece a veces testadurez y sus razonamientos no son de persona que está en cabal posesión de su juicio. En el fondo carece de rectitud moral y más se me antoja pecadora que inventa excusas que no dama que aduce razones. Pocaterra, que es poco o nada sentimental, no la dota de sentimiento sino que la pone a razonar como un bachiller. Y debajo de esa leve túnica de raciocinio vibran, imperativos y avasalladores, los movimientos en cuya descripción parece complacerse Pocaterra: los de la lujuria.

No he acertado a comprender cómo y por qué ha de representar esta pobre muchacha “la revelación de la patria chica en el grande amor universal de los corazones”. Yo quiero también como el que más y a mi modo, aunque no suelo decirlo, a mi patria chica, y aunque he contemplado detenidamente esta imagen de virgen loca, no he descubierto en ella un solo rasgo que me revele a Maracaibo tal como se me presenta a la memoria.

Tanto más me ha sorprendido la confesión final de alegoría o deliberado símbolo que el autor ha encarnado en María Irala, cuanto Pocaterra es, en general, un escritor claro, crudo, categórico, que usa líneas gruesas y decisivas en el dibujo de sus tipos; y con este personaje se nos muestra emblemático y brumoso. María es una muñeca linda, espléndida y seduc-

tora, pero si le examinamos las entrañas se las encontraremos llenas de paja como a cualquier muñeca vulgar, y aun de paja que arde por combustión espontánea.

La ciudad

En la pintura de la ciudad Pocaterra tiene muchos rasgos felices. Algo vislumbramos en la lectura de aquel vaho cálido y fecundo que emana de la tierra pródiga, linda como una joya, ardiente como un ascua, recia como un yunque. Pero la novela es esencialmente vida. No niego que en este libro haya vida verdadera, pero aseguro que no es esa la vida predominante de Maracaibo. Un poeta estúpido que chorrea francés macarrónico; cuatro damas livianas, sin rastros elementales de decoro; un doctor grotesco que ensarta dislates en incontenible verborrea; un cínico forrado en sentimentalismo inconfesado como Pinillos; unos alemanes gordos que estropean el idioma diciendo majaderías; esa media docena de ociosos de club y de mujeres frívolas, ¿son Maracaibo? No niego que en Maracaibo se den por docenas y aun por centenares tales tipos; pero ellos no representan a la Tierra del Sol Amada. Es como si un viajero que visitara a París nos pintara en un libro a los seres viciosos y mal entretenidos que frecuentan las casas de lenocinio y los garitos y nos ofreciera tal pintura como el retrato de la capital francesa. Así como el organismo humano posee órganos nobles e impuros, desde la maravillosa célula cerebral hasta los epitelios vesicales, asimismo toda colectividad cuenta con individuos distintos, encargados de realizar una parte de la vastísima función social. Los menos, los que piensan con profundidad o sienten con delicadeza, son los encargados de sumir y concentrar el esfuerzo de las generaciones, convirtiéndolo en motor de la vida colectiva, en ideal, en fuerza preparatoria de lo porvenir. Los más se agitan impulsados por ambiciones mezquinas, por apetitos brutales, por los vaivenes del mero impulso fisiológico; pero es raro que aun estos mismos seres no tengan, en coyuntura determinada, un chisporroteo espiritual que los convierta, siquiera momentáneamente, en substancia humana, sacándolos de la obscuridad de brutos abrasados por las ansias de los instintos.

Pocaterra va derechamente al derrumbadero del pesimismo por un camino claro y fácil. Pocos lectores habrá tenido este novelista tan atentos e impregnados de simpatía como yo. *Política feminista*, el primero y hasta ahora el mejor de sus libros para mi gusto, subía, por lo grotesco y lo doloroso, casi hasta lo patético. Vislumbrábase allí nervio de verdadero novelista, ojos penetrantes, visión taladradora de almas. Notábanse desigualdades, trastabilleos efímeros, a ratos endebles de estilo y muchas impurezas de lenguaje. Su segundo libro, *Vidas oscuras*, es un esfuerzo más prudente y firme, con más ambiciosas miras. Lo creí entonces a pique de producir su obra definitiva. Me engañé porque esa obra no es *Tierra del Sol Amada*.

El pesimismo, fruto deletéreo del naturalismo de que tan amartelado se muestra Pocaterra, da unos latidos de pulso febril en *Vidas oscuras*. En *Tierra del Sol Amada* el pulso late furioso. Procedimiento, tendencias, terminología, todo está impregnado de realismo desnudo, árido, punyente desconsolador, como un arenal desprovisto de agua y de árboles. Los hombres pasan ridículos, despechados, angustiosos, ocupados en inmundos menesteres, charlatanes, maliciosos, bestiales y frívolos. Las mujeres son inquietas, parlanchinas, tontas y lúbricas. Parece como si algún funesto encantador les hubiera vertido jugo de cantáridas en el agua que beben. Producen la impresión de seres anormales.

Y mucho más porque Pocaterra parece ignorar la virtud de los contrastes. Uno de los caracteres fundamentales de la vida es la variedad. Y el arte, que es imitación de la vida, ha de adoptarla por fuerza entre sus cánones. Sus personajes tienen todos ciertos perversos aires de familia. Con esa manada de seres inferiores que pone a vivir, camina hacia el desaliento, la negación y la amargura. Porque si bien es cierto que el pastor conduce al rebaño, no lo es menos que la res díscola y zahareña suele arrastrar al pastor por quiebras ocasionadas a mortales peligros.

¡Fenómeno extraordinario el de este desencanto prematuro que va impregnando nuestras letras, que nos pinta canas sobre la faz rolliza y jocunda y nos pone a exhalar singultos de agonía apócrifa sobre la huesa de ilusiones mentidas! Pocaterra por su alto talento, por su noble laboriosidad, marcha a la cabeza de su generación, que ya le acredita de adalid y le

saluda con palmas. Tiene, por lo tanto, el sagrado deber de abrir caminos hacia las tierras de la luz, del equilibrio y de la verdad, porque para eso le concedió la naturaleza un brazo fuerte y le puso una hacha en la mano: para que descuajara esa selva densa de prejuicios, de rutinas, de torpes anhelos y malas angustias que nos tienen confinados en las tinieblas.

El realismo naturalista como ideal literario es un filtro enervante. “El verdadero realismo —escribió uno de los maestros de la novela moderna— es siempre y en todas partes el de los poetas que buscan dónde reside la poesía para prestarle con sus cantos una voz que llegue muy lejos”, consejo que también promulgó en frase lapidaria, y que él mismo olvidó a veces, el gran lusitano Eça de Queiroz. Ni quería yo que Pocaterra se nos convirtiera en meloso novelador. Sino que prestara oído a todas las voces del mundo, en cuya discordancia aparente, resorte e instrumento del arte, se descubre la recóndita armonía que es la esencia del arte mismo. Acaso sea que el autor de *Tierra del Sol Amada* se ha dejado seducir por la voz de sirena de las apariencias y de las formas; pero en todo caso tiene el oído sutil y con alguna prudencia conseguirá percibir por las noches, más tenue que el estertor bronco de los faunos que jadean, la música de las constelaciones remotas, viva en nosotros mismos, como en el hueco retorcido de los caracoles.

Porque Pocaterra llega, en punto de realismo materialista, a los extremos chocantes que implica la generalización deformadora. De algunas de sus figuras puede decirse lo que de las caricaturas de Rouveyre decía no sé qué escritor francés:

—Esas no son caricaturas... Esas son calumnias...

Ni se crea que obedezca la tendencia predominante en los libros de Pocaterra a una especie de daltonismo intelectual que le impida percibir los aspectos frescos y claros de la naturaleza, de la vida, porque a trechos, en novelas y en cuentos suyos, aparece la existencia en su integridad compleja y efectiva, sin la negra deformación del pesimismo. Quizás se deja arrastrar por el arrebato primero y llega así al camino de espinas por donde se solaza en vernos atravesar pálidos a puras desazones y repugnancias.

El estilo

A estas horas las excusas de los corruptores de la lengua, que ocultaban su falta de preparación técnica con la excusa de la libertad, han caducado. Hemos convenido en que sin lengua uniforme y correcta comprometeríamos el porvenir de nuestra cultura. Pocaterra tiene ya merecida fama que le obliga a cuidar de la limpieza de su prosa. Por eso es deplorable que con frecuencia incurra en descuidos de bulto y aun de más de marca. Aunque posee un estilo ágil, flexible y ligero, de vez en cuando deja que se le embrolle. Ya pasaron los días en que se proclamaba que el estilo era todo; pero todos convienen en que el estilo es cosa esencial, fundamental, sin el que ningún escritor puede subsistir. Ya no se interpreta la aspiración de Beyle a escribir como los legisladores del Código sino el sentido de obtener la más pura claridad. Hemos dejado de hacer floreos y encajes de palabras, pero es imposible prescindir de la elegancia adecuada, de la perspicuidad y del número en el discurso. El estilo de Pocaterra es nervioso y de allí su desigualdad. Sin embargo, en los diálogos cobra frescura y naturalidad firmes y en muchas descripciones logra producir legítima impresión de vida.

¡Quieran los buenos destinos de nuestras letras que en los libros que anuncia nos dé Pocaterra la obra que de él aguardamos, el fruto sano o sazonado que tenemos derecho a esperar después de estas flores que nos producen la impresión de hermosos y funestos euforbios!

TULIO FEBRES CORDERO
(1905)

DON QUIJOTE EN AMÉRICA

Con motivo del centenario de la publicación de *El Quijote*, todo lo relativo al héroe y al autor de la obra maestra de la literatura castellana adquirió un intenso viso de actualidad. Los diarios y las revistas se anegaron en artículos y crónicas alusivas a la famosa novela, y todo escritor se creyó en el deber de dedicar una flor de su pensamiento al bueno y heroico Alonso

Quijano. Parece que todos, cual movidos por un solo y fuerte impulso espiritual, hubieran convergido los ojos hacia la figura escuálida y épica del manchego, como los descendientes, en hora sin ventura, convierten el corazón hacia la memoria del abuelo, lleno de gloria.

Este de Febres Cordero no es Don Quijote el de Argamasilla de la Mancha. No anda por el mundo buscando entuertos que enderezar ni agravios que desfacer. Más puntos de semejanza tiene con el taranconés Tartarín que con el noble señor de la triste figura. Olvidado de su lanza y de su fiel rocín, monta en bicicleta, viste de turista y alimenta ideales a lo yanqui. Nada conserva de su antiguo ser, hasta su propio nombre lo trueca y deforma. Antes en ventas y por caminos, alzándose con gentil talante la visera publicaba su nombre y sus hazañas el andante valeroso. Y ahora no quiere que nadie sospeche su verdadero nombre. Bebe whiskey y no se le acuerda para nada Dulcinea. Se dice caballero del Progreso, pronuncia impertinentes discursos y se mete definitivamente a inventor y hombre de ciencia.

La que traza Febres Cordero es una caricatura, con sus consiguientes extremos cómicos. El doctor Quix, asilado en uno de nuestros puebluchos del interior, oscuro y triste, animado de su manía progresista y civilizadora, comete unas cuantas necedades y aun arrastra a cometerlas a algunos paisanos, de seguro no muy cuerdos. Sancho aparece también aquí transformado: ha perdido el don de verter donaires y se conduce como un infeliz palurdo, sin más adornos que la gula y el miedo.

El autor intentó escribir una sátira, sin duda. ¿Contra qué y contra quiénes? De todo el libro no se desprende otra cosa que la condenación de los que pretenden mejorar a todo trance las condiciones de nuestra vida: bien están las cosas como están. Despojemos al doctor Quix de sus ridículas exageraciones y resultará muy apreciable frente al cacique bestial, que así como lancea al tigre inverosímil del inverosímil Jardín Zoológico de Mapiche, sería capaz también de romper a pedradas los faroles públicos.

Lo que sí tiene mérito y belleza en el libro de Febres Cordero es la descripción de tipos y costumbres del terruño, en que lo ayuda a triunfar la soltura de su estilo impregnado de naturalidad. Hay episodios urdidos

con gracia y algunos caracteres delineados hábilmente, y es de lamentarse que por avivar la nota crítica y burlona, el autor eche a perder algunos pasajes que hubieran podido ser por completo hermosos.

FRANCISCO PIMENTEL (JOB PIM)
(1896)

Hace pocos meses, cuando preparaba material para un estudio sobre la poesía jocosa y satírica de Venezuela en el siglo pasado, anoté algunos fenómenos curiosos de nuestra historia literaria. El pueblo venezolano, que no suele perder el buen humor ni aún en las peores desgracias, no tiene escritores festivos sino en número ínfimo. Comentar ampliamente tal hecho, desviaría la corriente de estos apuntes a consideraciones de linaje distinto a las que, según entiendo, conviene estampar al frente de los *Pitorreos* en que “Job Pim” nos harta con mano larga, de buena sal criolla. Pero sí importa decir que los más de nuestros escritores festivos son de aquellos que convierten el cetro irrisorio de los bufones en látigo de ira, y en vez de reír entre chanzas vociferan sarcasmos y braman contumelias.

En esto se aparta “Job Pim” de sus congéneres venezolanos. Este mozo narigudo y ladino no ríe nunca ni se enfurece. Conserva en todo trance su compostura, adornada por una circunspecta sonrisa, que si cobra a las veces agudos e inquietantes rictus de sorna, no se desmanda en ningún momento hasta la carcajada de la chacota. Porque en el fondo su sonrisa es inocente, sus bromas son caramelos agrídulces que no obligan a fruncir el gesto en contrariedad; y su musa no nos convida a pasar por la trágica alfombra en que arden, bajo rosas fingidas, las brasas feroces de la ordalia.

Comentarista risueño de la vida circundante, el ave de su inspiración se conforma con andar volando sobre los tejados de los vecinos. Sólo de vez en cuando un aletazo más recio que la eleva de súbito por el espacio, un cabrilleo singular que le alumbra los ojos, nos delatan su estirpe, nos permiten imaginar qué desea y tal vez podría alzarse impetuosa a adueñarse del azul lleno de sol, desdeñando las ocupaciones que la retienen en el corral doméstico. Pero este impulso es efímero, y el tono de las

estancias burlescas recobra al punto su normalidad irónica, con desconcertante placidez.

En la vida literaria moderna es obligatorio “especializarse”. Quien ostente en alguna ocasión, cuando hace sus pinicos de escritor, facilidad manifiesta en el cultivo de algún género, se verá obligado a convertirse a poco en un “especialista” de ese género. La vocación se la hacen a uno los demás, y no siempre los más inteligentes ni los más idóneos. ¡Quién sabe si “Job Pim” hubiera sido un admirable poeta elegíaco si en vez de encontrar quien le alabara sus primicias humorísticas, se hubiera topado un mentor que le ponderaba con ahínco sus aptitudes de plañidera! A estas horas “Job Pim” –sin este pseudónimo incompatible con su fúnebre profesión– estaría consagrado a deplorar las calamidades públicas del orbe en sonetos lacrimosos, y las privadas, en necrologías húmedas de lágrimas ficticias, pero conmovedoras.

Ni se crea que estas consideraciones sean pura impertinencia urdida para colocar al poeta en un lugar adonde no se cree llamado. “Job Pim” ha compuesto y firmado con su nombre legítimo algunas trovas que lo diputan como poeta de inspiración noble y fresca, conocedor de los secretos del arte y enamorado de las armonías del verbo, las cuales vienen a ser, a fin de cuentas, el patrimonio de los poetas espontáneos. Pero sería inútil convencer al público de que su festivo favorito sabe llevar con elegancia la seriedad, las inquietudes del pensamiento atormentado y aun las zozobras de la pasión funesta. Su público reclama que sonría, e ignoro qué pasará en el alma del poeta entretanto. Pero a su rostro asoma la sonrisa complaciente, que a mí me parece natural y sencilla y no resultado de un esfuerzo trágico. Hasta donde vemos, dentro de la linfa de su poesía hay claridad risueña, sin légamos, sin aligatores, sin ninguna visión siniestra que pueda infundirnos temores acerca de sus martirios espirituales.

Se ha dicho que cuando la risa no denota idiotez radical, señala desdén. Se alega que el gozo profundo más suele llorar que reír. No compliquemos la risa de “Job Pim” atribuyéndole tenebrosos designios ni suponiéndola máscara de úlceras sentimentales. Poco hay aquí en estas páginas que suene a falso. Colocado ante el espectáculo de nuestra vida, acaso vea varios lados de ella nada seductores; pero renuncia a comen-

tarlos, con decisión que no flaquea. Nos lleva en cambio de la mano para enseñarnos este rasgo que en su deformidad ridícula nos pone alegres y en el fondo nos llena de innoble orgullo al presumir que estamos libres de la misma mácula. Pero se cura bien de mostrarnos el espejo que los satíricos llevan en la mano, donde de seguro apareceríamos con hocico de hiena, orejas de asno o gesto de simio. El espejo lo lleva escondido, o lo perdió en los senderos que ha transitado, o acaso, lleno de fértil prudencia, lo arrojó al fondo de un pozo, a la vera de un camino lejano. Por eso su compañía no es ocasionada a riesgo. Os llama a su lado, y os invita a pasear por Caracas, y lo acompañáis sin cautela porque sabéis que no lleva consigo aquella arma espantosa. Os va mostrando cuanto encuentra al paso, con ademanes frívolos, amables, cortesés, con frases empedradas de chistes, cuyo comedimiento acaba por desterrar de vuestros ánimos el azoramiento. Es un buen compañero. Es un compañero seguro, que no perturbará vuestras digestiones con intempestivos alaridos, ni pregonando con clamoroso frenesí las pesadumbres que lo agobian, ni vaciando en vuestros oídos perplejos las tribulaciones de su corazón enamorado, ni disparando burlas sutiles que envenenen vuestros goces. Este mozo cordial parece no conocer las angustias morales ni las inquietudes sentimentales, y cuando os regala un chiste ni siquiera reclama que se lo premiéis con risas. Si creéis que él se preocupa porque vosotros estéis divertidos, andáis en error. A “Job Pim” se le da una higa vuestro estado de ánimo. Lo que quiere él es divertirse por su cuenta.

Y ésta es su fuerza. El escritor jocoso que escribe con la mente puesta en el regocijo ajeno, termina por perder la gracia. El verdadero humorista goza plenamente de su arte de un modo puro y desinteresado. Como encuentre el contraste feliz, como descubra la nota disonante en el conjunto, como lincee el matiz chocante y cómico se frota las manos, complacido, y ríe para sí con ingenuo júbilo. Estampa luego su descubrimiento en las páginas que escribe; pero ya no se preocupa de su efecto y termina por olvidarlo. Lo que aprovecha es la esencia humana de la ironía que en su propio ser perdura, como una actitud de interpretación ante el universo.

Este poeta no os engaña cuando ríe, y podéis hacerle coro, seguros de que se aumentará su complacencia y no os tachará de estúpidos, con

la acrimonia que suelen usar ciertos bardos llorones. Estamos afligidos por una tribu hosca de vates desmelenados, cavilosos y gemebundos, que quieren arrastrarnos a la fuerza al antro de sus congojas. Suponen ellos que están bien empleados sus quejumbres, porque ignoran que el dolor es la fuerza motriz de la evolución humana; y que regodearse con el pesar propio es un pecado contra el espíritu. Precisamente la sana sonrisa que ilumina estas páginas debiera servir a cierta parte de la juventud para convencerla de la esterilidad de las lágrimas malversadas. Los mozos lloran de rijo, de pena falsa y por costumbre. Ciertamente que para barrer del ambiente literario este susurro de lamentos, sería menester el retumbo fragoroso de una carcajada rabelesiana; pero el día en que “Job Pim” cuente con algunos compañeros irónicos, es seguro que se irá apagando el estrépito de los llantos apócrifos que riegan raudales de acíbar por las cuestas de nuestro Parnaso.

Por donde se ve que es preciso concederles también trascendencia a estas bromas rimadas y tomarlas en serio en cuanto atañe a nuestra evolución poética, hoy día encaminada a los declives de la decadencia, según manifestadas señales. El desconsuelo se convierte en crónico y se traduce en obras inconsistentes, precarias, de un pesimismo fatigoso, que indica renunciamento. Salvo el eco aislado y fugaz de la voz de alguno de los maestros que antes nos acompañaron por la senda y luego desertaron de su puesto de adalides, en el ámbito no resuenan sino quejumbres. Acaso el alarido del terror o el grito de la esperanza podría devolvernos la fe en la vida y en nosotros mismos; pero entretanto importa escuchar esta voz confianzuda y risueña que nos obliga a sonrojarnos de nuestros propios suspiros.

¿Puede pedirse a “Job Pim” primor en el ritmo, arte escrupuloso en las minucias, acabada propiedad en la forma? Sería extremado rigor con quien pertenece a la cáfila del periodismo, martirizada por la premura y sierva de la “actualidad”. Ni tiempo ni ánimo habrá tenido el autor para meter la podadera en estos follajes, ni mucho menos para emplear la lima en pulir estas estrofas poco menos que rústicas, pues que salen al mundo tal como fueron concebidas, en la impaciencia de una labor festinada. No faltan ripios resaltantes, alguna notoria impropiedad de lenguaje, versos

duros y roncós y tal otro descuido no difícil de subsanar. “Job Pim” prefiere echar así sus versos a estas páginas, sin tomarse la pena –que bien lo valían– de adobarlos con afeites antes de compilarlos en volumen. Tal vez eso sea más honrado. Así la crítica podrá percibir fácilmente dónde están los lados débiles, pero también comprenderá las causas de descuidos e incorrecciones, y se mostrará benévola, que es lo menos que puede hacer con estos *Pitorreos*, ya que prodiga, no digamos benevolencia, sino descarada simpatía a los calamitosos esperpentos que ahora se estilan por obras literarias.

JULIO GARMENDIA (1927)

Julio Garmendia no tiene antecesores en la literatura venezolana. Durante un siglo nuestras letras han oscilado entre el lirismo delirante y etéreo y la más pesada chacota, sin conocer apenas los matices intermedios. Los “costumbristas” chapoteaban en el barro; los líricos se quedaban en las nubes. Nuestros escritores abren la boca para carcajear en recias explosiones de burla o ponen los ojos en blanco para suspirar fementidas delicadezas o fruncen el ceño para prorrumpir en campanudas y falsas contumelias. Aquí y allá pueden recogerse algunas flores de ironía y de buen humor, que apenas alcanzan para formar un ramillete exiguo.

Algunos mozos, sin embargo, están revelando que poseen el don de la ironía genuina, fenómeno a todas luces consolador. Los contrastes humanos ya no los exasperan, amilanan ni entristecen: antes por el contrario, los mueven a curiosidad primero, a tolerancia luego y finalmente a piedad o a risa. Según que descubren lo extraño y absurdo de la vida y de las palabras de los hombres, van llegando a la raíz de las desventuras humanas, van conociendo que la herencia del error y de la injusticia nos toca a todos por igual; y de la fraternidad del infortunio surge la piedad, como esas flores que nacen en los terrenos húmedos y sombríos y que pintan en la lobre-guez de su habitación un reflejo del cielo remoto. Podemos esperar que al lado de la ironía prospere, no enclenque como su melancólica hermana, sino enérgico y vivaz, el amor a la verdad y a la justicia.

Julio Garmendia llegó a Caracas hace pocos años, frisando con los veinte, y fue a parar a la redacción de un diario. Es el caso más curioso de afición a las letras que puede darse. Entró a trabajar en el diario no por necesidad ni por ambición política, como los demás, sino por vocación desinteresada. Entre nosotros, la estrecha puerta del periodismo es la única que conduce a la literatura. Pero lo más curioso es que el periodismo no le marchitó su juvenil amor a las letras puras ni su preocupación por la claridad y el orden, ni el humor sarcástico, que son las cualidades literarias que resaltan en su temperamento. El periodismo fue para él piedra de toque de la vocación, porque, aun metiéndose a periodista, no se metió dentro del rebaño. En Venezuela todo el que escribe hoy día escribe como periodista, con muy contadas excepciones. Hay quienes pretenden tratar las más graves cuestiones científicas y filosóficas en las páginas de los diarios. Los escritores olvidan, en la premura de la labor urgente, el cuidado de la forma y aun el respeto debido a la lengua. Así, por una especie de desquite, los que disfrutaban de la calma necesaria para atildarla, caen en el extremo del preciosismo, en el amor desaforado por la frase linda, así sea impertinente o impropia. Y así han pasado dos generaciones por nuestra historia literaria, prorrumpiendo en vanos concientos que se desvanecieron pronto en el olvido.

El hecho es que el periodismo no ha contaminado a Garmendia, y que sigue siendo literato antes que periodista. No tiene el desdén de los periodistas por las ideas, no está encenagado en el lugar común, no respeta las frases hechas ni los matrimonios de palabras. Conserva la libertad, la agilidad, la frescura y la delicadeza del espíritu.

En vez de ponerse a pintar cromos claros, cielos turquíes con nubes de carmín y vuelos de golondrinas, y a regoldar nostalgias apócrifas en prosa empedrada de adjetivos inertes, Garmendia se metió dentro de sí mismo, dentro de su corazón, dentro de su espíritu. Su instinto le avisó que no es contemplando crepúsculos, ni viajando en ferrocarril, ni atravesando el océano, ni pintando acuarelas confusas como se encuentra la inspiración; y por eso fue a buscarla en las profundidades de su ser mismo, a los inagotables manantiales de la conciencia. Encontró su camino; y este libro en que nos cuenta sus primeras aventuras de viandante es una

ventana encantada que se abre sobre un valle fresco, donde comienzan a dibujarse, con el alba, siluetas expresivas y simbólicas.

Lo que ha escrito Garmendia son cuentos fantásticos, divagaciones desenfadadas, en las cuales nos presenta personajes que son nuevos porque el autor les asigna rasgos peculiares, pero que tienen una dilatada parentela en el mundo de los libros. Su diablo, por ejemplo, es característico. No es un demonio emblemático ni filosófico: es un diablo popular, un diablo afable y de buen humor. El pueblo no ha visto nunca a Pateta con malos ojos. Le profesa cierto temor, pero sabe que en el fondo es su amigo, como fue amigo del siervo medieval en las noches del sábado. En este sentido digo que el diablo de Julio Garmendia es un diablo popular, un diablo a veces lerdo, no enemigo, sino compinche, y a veces víctima, del hombre; un demonio sin trascendencia, aunque a veces da señales de agudeza y malicia. Así, la aventura del hombre que se propone engañar al diablo y lo consigue, es una conseja antiquísima que Garmendia remoja en “El alma”, uno de los mejores cuentos del libro. Pero el autor sabe dejar sembrada en el ánimo la sospecha de que acaso fue el diablo quien se burló del hombre, porque tal vez no era menester concederle al hombre el don de la mentira, que fue quizá la sustancia del barro del Paraíso con que Jehová modeló a Adán. Este diablo no es ni siquiera emprendedor. Ronda la habitación de su víctima con incertidumbres de enamorado tímido, y es necesario que el hombre mortal lo tienta con su invitación para que se decida a hacerle al tentador la proposición tradicional de que le venda el alma. Por donde se ve que Satanás no se presenta sino allí donde lo invitan con el deseo: es claro que Satanás es el mal pensamiento que cobra cuerpo fuera del hombre que lo concibe: Satanás es el reflejo del alma humana en el espejo de las cosas.

El diablo es el espíritu de la curiosidad, de la inquietud y de la rebeldía; aunque es poderoso, puede engañarse y engañarnos, pero es preferible engañarse andando con el diablo que permanecer inmóviles sin él; es preferible la compañía del demonio a la viciosa y estéril contemplación estática. La verdad para el hombre es la acción, y toda acción es diabólica. El hombre es por excelencia un ser en acción, y por eso, el diablo es tan buen amigo del hombre; por eso el diablo que Garmendia concibe o inventa es un espíritu afable, a veces tímido, y nunca siniestro y protervo, como la

sombra de Dios, como el diablo que resplandece con fuego de furor, ira y envidia en el fondo del averno imaginado por las religiones. Es, más o menos, el mismo demonio que hace algunos años conversó con el italiano Papini, recién convertido hoy a la fe de Cristo; aunque el del italiano es un demonio con ribetes metafísicos, mientras el de Garmendia es el verdadero diablo algo simple, concebido, no por los teólogos, sino por los siervos oprimidos y los campesinos supersticiosos. En la sencillez con que el hombre de Garmendia trata con el príncipe de las tinieblas no deja de haber socarronería. Diríase que lo sabe contagiado de humanidad: el hombre que ha humanizado a los dioses para deificarse él mismo, humaniza al demonio para explicar y acaso para excusar sus propios rasgos diabólicos.

En cuanto a la forma literaria, Garmendia no parece un escritor venezolano de hoy día. Lo que impera en nuestros círculos más o menos literarios es la despreocupación chabacana por la dignidad y limpieza del lenguaje, la garrulería, el afán de palabras pintorescas, el vocabulario de toreros, tiples y conferenciantes madrileños, germanía grotesca e innoble. Sin zarandajas ni floreos retóricos, su prosa es sobria y clara, y su verdadero mérito consiste en exponer sus ideas veladas por un manto diáfano, a través del cual vemos chispear la malicia. Ello testimonia que Garmendia concibe con claridad y precisión lo que quiere expresar o sugerir, sin la vaguedad y confusión tan comunes hoy en nuestras letras.

En estas narraciones la ironía asume a veces cierto sabor de sátira. Es natural. Probablemente las letras venezolanas pasarán del tono sentimental y élego de hoy a la serenidad de la salud por un puente de sarcasmos. Los sarcasmos destruirán los embustes y sofismas de muchos años y permitirán reanudar el hilo de la tradición, continuar la obra de los antepasados.

La fantasía de Garmendia denota poseer un íntimo orden lógico que le imprime a su producción cierta unidad intrínseca, la consistencia de una obra engendrada en la perseverante cavilación, no fortuitamente concebida en intermitentes devaneos de fiebre literaria.

En nuestra literatura, poblada ahora de ceños encapotados, de ayes y de suspiros en el claro de luna, la sonrisa de Julio Garmendia parecerá sin duda irreverente y profana. Aquellas quejumbres, si apócrifas, son máscara de hipocresía; si verídicas, señales de endeblez. Esta sonrisa es

testimonio de sano equilibrio. Contrasta en su esplendor ingenuo y jovial con las oscuras muecas de la sensualidad, del escepticismo y del desconsuelo: denota vida, salud y esperanza.

ARTURO USLAR PIETRI
(1906)

BARRABÁS Y OTROS RELATOS
CARACAS, 1928

Uslar Pietri, escritor de la última generación venezolana, se dice vanguardista, y sus cofrades lo aclaman y presentan como vivo testimonio de los aciertos que pueda tener un escritor de esa escuela y como ejemplo de las excelencias de la escuela misma. Don Panchito Pimentel, hombre injustamente medio olvidado ahora, decía, una vez, hablando de cierta obra de un académico y contemporáneo suyo:

—En esa obra, lo bueno no es de Fulano, y lo de Fulano no es bueno.

Más o menos podríamos imitar en cierto modo la frase para aplicarla a Uslar y a su libro, diciendo que lo bueno que allí hay no tiene nada de vanguardista y que los rasgos vanguardistas no tienen nada de bueno.

En el libro de Uslar hay mucho talento incuestionable y patente pero al mismo tiempo muchas desigualdades y desaciertos, unos frutos de su deliberado y a ocasiones desaforado afán vanguardista y otros de la inexperiencia propia del autor novel. Con todo, salta a la vista que Uslar Pietri tiene madera de escritor, madera de cuentista; y es seguro que con el tiempo irá despojándose de los amaneramientos y afectaciones que le impone la escuela a que se ha afiliado y que afean a trechos las páginas de este libro.

“Barrabás”, el primer cuento del volumen, tiene bastante originalidad. Barrabás, el célebre y misterioso malhechor a quien el pueblo judío pidió que indultaran cuando Pilatos le preguntó a la muchedumbre de fanáticos a quién prefería que se concediera el indulto, si a Jesús o al faci-

neroso. Barrabás aparece en este cuento con caracteres originales, puesto que es inocente del crimen que le achacan. Es hasta hombre puro. Este cuento es quizás el que menos extravagancias de lenguaje ofrece de todos los que forma la colección.

Las influencias que predominan en la obra de Uslar Pietri parecen ser principalmente rusas. Hay allí el mismo malestar, el mismo desasosiego, la misma inquietud vaga que caracteriza a los novelistas moscovitas de las últimas generaciones. Cuando Uslar Pietri consiga dominar el instrumento del idioma, podrá contar con más eficacia comunicativa esos sentimientos, esas ideas, esas zozobras que aparecen esbozadas a veces con mucho acierto en las páginas de “Barrabás”.

Sagitario

LITERATURA HISPANOAMERICANA Y EUROPEA

RUBÉN DARÍO
(1906)

I
ODA A MITRE

LO MERECEÍA el ilustre argentino que un gran poeta de nuestra América alzara la voz, resonante de reconocimiento y de justicia, a la hora de su muerte, para cantar y glorificar las excelencias de su vida. En verdad que la figura noble y severa de Bartolomé Mitre impone respeto y admiración por las hazañas de su verbo, por las hazañas de su espada y de su pluma. Poeta y general, tribuno y estadista, toda la amplia actividad de su espíritu superior púsola al servicio de su patria y al servicio de toda la América Latina, que bien la había menester. Hombre de fe y de conciencia, desprovisto de ambiciones vulgares y de desordenados apetitos de predominio, su obra es perdurable y robusta, lo defiende como íntegro y egregio ante la Historia embrollada y revuelta de las tiranías americanas.

Tal poeta para tal hombre. Rubén Darío, en su “Oda”, ha vertido sobre la urna funeraria que encierra las cenizas del héroe un ánfora de perfumes heroicos. No es la élega pesadumbre la que vibra en las estancias del himno. Antes es fervoroso y ardiente ditirambo, todo lleno de entusiasmo admirativo, de alabanzas claras, de músicas más bien triunfales que plañideras. El acento del dolor cobra extraordinarios ímpetus de triunfo ante el cadáver de los que fueron justos y fuertes. ¿Cómo, sino celebrando las virtudes de un guerrero extraordinario, podríamos deplorar su muerte? La espada de Aquiles relampagueó victoriosa y desató ríos de sangre para llorar la muerte de Patrolo. Queda la quejumbre femenil y el riego de lágrimas domésticas para los que mueren en la oscuridad sin haber destellado una sola chispa inmortal sobre las mareas tenebrosas de

la muchedumbre. Pero a los magnates de la idea, en el ensueño o en la acción, no puede rendírseles sino un homenaje de músicas y de rosas, un hosanna rudo y glorioso, tal como lo prorrumpe armoniosamente Darío ante Mitre difunto:

Gloria a ti sobre el sistro antiguo y sobre el parche
que ha sonado con duelo a tu fúnebre paso...

.....

Gloria a ti que en tu tierra, fragante como un nido,
rumorosa como una colmena, y agitada
como un mar, ofrendaste, vencedor del olvido,
paladín y poeta un lauro y una espada.

El poeta no encuentra mejor ni más elocuente palabra para llamar al héroe que *mi general*: él es el capitán, el jefe, el adalid:

Pues él era el varón continental. Y era
el amado patriarca continental,

el hombre que vislumbró, y laboró por hacerlo fecundo y generoso, el porvenir de la América, y presintió “el alba de América futura,

de la América nuestra de la sangre latina”.

Invoca la sombra epónima de Garibaldi junto a la sombra del general argentino, como quien junta dos ilustres aceros en una misma panoplia resonante. Ambos amaron y lucharon por la pobre libertad puesta en cruz; ambos sembraron “semillas de encina”, y he aquí que porque sus manos y sus mentes fueron puras, hoy las encinas prósperas “lleen la tierra de rumor” y

El progreso lleno de palmas,
¡la libertad sobre el ombú!

pregonan la eficacia del ínclito esfuerzo que puso Mitre en la tarea de toda su vida.

Realmente ese hombre que halla “en los amores de la santa armonía la esencia más preciosa del zumo de la tierra”, después de haber cumplido su labor terrible en los campos de batalla; que supo cambiar la tizona de los prodigios marciales por el suave ramo de olivo, y se reclinaba a descansar de sus fatigas bélicas en el seno blando de la poesía, cabe en los moldes augustos del poema. Su recuerdo mana luz sobre los versos, como en un milagro lírico.

Respecto a la forma del poema y a sus bellezas, no es preciso advertir sino que el alma de los números se aviene justa y profundamente con los sentimientos de fervor laudatorio que mueven el ánimo del poeta; y que la figura de Bartolomé Mitre está trasladada con cariño en el reverente y melodioso vuelo de las rimas.

II OPINIONES

“En este libro, como en todos los míos, no pretendo enseñar nada, pues me complazco en reconocerme el ser menos pedagógico de la tierra... No busco el que nadie piense como yo ni se manifieste como yo. ¡Libertad! mis amigos. Y no os dejéis poner librea de ninguna clase”. Así se expresa Darío en una corta advertencia liminar. En cuanto al intenso horror por la pedagogía, sospecho que va a convertirse en una fobia elegante del poeta. Sabemos que Rubén Darío de antaño tiene un desdén profundo para cuanto sea imitación de su propia manera literaria y ha declarado con insistencia, en distintas ocasiones, la animadversión con que advierte al que intenta convertirse en discípulo suyo. Debemos creer que en tales declaraciones hay la suma de sinceridad posible en estos trances de literatura. En el proemio de *Prosas profanas* Darío adivinaba, según parece, al tropel menguado de imitadores, que venían detrás de él a poblar la selva virgen de las letras hispanoamericanas de marquesitas Watteau y floridos parques minúsculos y Trianones imposibles. Pero éstos forman el tropel de las moscas inevitables en torno de todo buen panal.

Las tendencias artísticas contemporáneas son de libertad absoluta, de honrada anarquía en la “república” de las letras. El superhombre ale-

mán, tan fastidiosamente manoseado y traído a cuento sin tono y sin son por gran número de letrados, promulgaba que él vería en su enemigo su mejor y más aprovechado discípulo. Darío amonesta con frecuencia, en tono de cariño evidentemente desdeñoso, a los jóvenes americanos: es preciso desecher todo intento de servidumbre, odiar la vestimenta de lacayos, tener personalidad intensa, orgullo y fe en uno mismo. El ilustre poeta profesa una independencia relativa en arte, que en veces lo arrastra a ser contradictorio: a defender en dos momentos distintos ideas opuestas del todo. Acaso esto sea la mejor comprobación de su verdadera sinceridad. Porque toda sinceridad se destruye a sí propia al prolongarse en el tiempo, como aseguraba el exquisito Marcel Schwob. Que sea sincero en el instante presente es cuanto puede pedírsele al escritor. Sería preciso estar siempre situado en un mismo punto, con inmovilidad de sepulcro y sordera, para ver las cosas siempre de una manera única, en un horizonte de fastidio –o de estupidez– siempre igual. El espíritu amplio es como una veleta en lo alto de un eminente campanario, dócil al soplo de todas las brisas del pensamiento y de la emoción.

Darío recoge en este libro visiones e ideas, impresiones de arte, estudios de literatura moderna, recuerdos reales de la vida. La “actualidad”, que a despecho del aborrecimiento que le profesamos, nos vemos obligados a cultivar de una abominable manera, tiene mucho que hacer con esta obra. El escritor tiene que buscar en el trivial suceso, en el escándalo internacional, vacío de interés y de decoro, asunto para sus crónicas; porque de sus crónicas dimana su hartura, su comodidad, su vida. Esta es la razón por qué Rubén Darío llega a tocar en veces los términos del reporterismo, en artículos de información que se resienten de la bondad de la pluma que los escribe. Pues mejor se hubieran visto elaborados por el cerebro complacido y trémulo de admiración de jóvenes a medio desbistar, metidos de repente en la barahúnda delicada de la vida europea.

En esta colección de estudios, los más tienen interés y hermosura grande. Están pensados con alteza original y pulcra y expresados “de la manera más noble que ha podido, pues no se aviene con pensamientos bajos ni vulgares palabras”. El mismo autor nos ahorra la tarea de decirlo a nuestro modo. Se nos descubre cerebro de hospitalidad señorial, de vas-

ta amplitud sensitiva, impregnado de gentilicio decoro, sin estrecheces, sin vistas unilaterales, tal como un gran señor, que todo lo comprende y lo gusta, sin detenerse con predilección de enamorado en ningún sitio, vagando por los múltiples aspectos de la belleza con una veleidosa elegancia de colibrí entre las rosas de un enorme rosal. Siente a Zola y lo defiende y lo nimba con oro de sus frases y admira el ejemplo de “valor moral” que nos dio en los días del *affaire*; y esto a pesar de su catolicismo inexplicable y de sus francas adhesiones a la curia de Roma.

Este catolicismo de Rubén Darío tiene sus aspectos de seductora curiosidad. Intensamente pagano, aun en la aceptación cristiana del paganismo, siente el ansia de postrarse a los pies de la Virgen María, con una dulce oración entre los labios, cuando regresa de adorar ante el ara de la Citerea. Diríase un fauno superviviente a la destrucción de los dioses helenos, que viniera a ponerse de hinojos ante el altar de Cristo. Pero un fauno rebosante de verídica contrición, cuya sensibilidad le permitiera derramar lágrimas de arrepentimiento –por supuesto que bastante efímeras– ante la majestad del nuevo Hijo del Hombre. No diré que es el mismo caso, porque la diferencia es muy notoria; pero su catolicismo equívoco en cierta manera y en que cualquier ferviente ortodoxo encontraría visos heréticos, tiene cierta semejanza con el de algunos ilustres artistas. Verlaine no viene a cuento, porque en su arrepentimiento laten fervores y angustias de creyente medio loco. Pero a Baudelaire, a Barbey d’Aurevilly sí se les avecina por este aspecto de su personalidad. Católicos que lo son por repugnancia al astroso revolucionario que niega a Dios con fea boca de blasfemia, sucia de sarro, de palabras burdas y de baratos aguardientes; por horror a las manos abominables, manchadas de lodo, sembradas de callos, bastas y horrendas, que se aprestan a derribar los ídolos cristianos en un crepúsculo sucio de inmundicias burguesas, republicanas, “hediondas”. En cambio, Darío tolera las delicadezas del escepticismo de manos blandas y sonrisas de dientes de marfil, y de ellas se enamora. Gusta de los sobrios y altaneros gestos de heroísmo. En cierta ocasión habló mal de Zola, creo recordar que lo tildó de “feo”, y ahora lo encuentra admirable de audacia y de deber cumplido, y seguramente que de altiva belleza. El amor de lo bello, del arte claro, puro, sereno,

conduce su espíritu casi siempre a los vergelos de la justicia. Es amigo de los ángeles de alas blancas y también de los hermosos demonios negros. Aspira todos los perfumes: el del incienso místico –con tal que arda en rico incensario de oro– y el perfume venéreo, el perfume de la acrimonia de las bramas. El amor de la belleza lo mantiene en un armonioso equilibrio. Solamente lo asusta el clamor áspero de la rebeldía sin hermosura, los gestos abruptos y bravíos, desprovistos de gracia, de originalidad, de franqueza...

Mostrando un gusto “muy moderno y muy cosmopolita”, tiene un fondo de cultura antigua que más bien lo predispone a comprender todas las actitudes y las voces del espíritu contemporáneo, hasta aquéllas que están saturadas de extravagancia enfermiza y de extraños misterios. Pero lo “muy siglo XVIII” que hay en él, según su confesión sonora de los *Cantos de vida y esperanza*, aparece rara vez en este volumen; y cuando aparece es atenuado, borroso, acaso por la urgencia de expresar claramente la más propicia noción de la “actualidad”. Pero mira con ojos llenos de claridad latina y griega, sin brumas de pensamiento –sin brumas de dicción tampoco– y su pensamiento les cubre una hopa de profunda gracia a las visiones menos magníficas. Infunde un soplo de ironía vaga, ironía de sonrisa acogedora, sin agresiones ni pesar ni desolación, en su contemplación de los sucesos y de los hombres. Hombre de renacimiento (¿acaso los sones de cristal y de oro de su fuerte lira delicada no han presidido el *renacimiento* de las letras castellanas?) ha olvidado o sofocado tal vez la parte de rudeza primitiva, de animalidad sin escrúpulos que palpita con violencia en el suntuoso renacimiento italiano; y su pensar se envuelve en cortesés disimulos: las rudezas del secreto instinto se revisten de gracia frágil y tenue: tal así el hambre furibunda de los aligatores bajo la diáfana seda de la linfa, en el sueño de los remansos. Lo que no obsta con ningún disfraz ni de ironía ni de complacencias momentáneas son sus firmes desprecios de las modas ínfimas, de lo feo contemporáneo, de la presunción científica y escéptica, del socialismo que no huele ciertamente a ámbar, de la turba que adora a Nietzsche porque así se acostumbra ahora, de todo el producto mental de la burguesía y la democracia de la hora presente. Es un aristócrata de profunda e insólita aristocracia, y sus “manos de

marqués” no sabrían en verdad manejar la pluma para defender ideales de sentimentalismo apócrifo, para urdir la *réclame* de su personalidad recurriendo a bastardos artificios.

Su pensamiento no se aproxima al ideal humanitario que busca con urgencia desesperada una salida de ventura a los conflictos trágicos que atormentan el mundo, sino por medio de su catolicismo espurio, que profesa más que nada, así es de sospecharse por lo menos, porque está de moda, “entre los otros” la duda, el ser ateo y blasfemar, y el reírse de Cristo y sus apóstoles.

Sin embargo, no sabría ser un desdeñoso en este punto; y desciende de su hermética torre de arte y de orgullo, para bañarse en el mismo rocío de amargura y de tristeza que humedece de continuo las espaldas de la tribu trabajadora. Alaba los libros de Gorki, semejantes, dice: “...a una olorosa barbacoa, o a una carne con cuero, o asado al asador...”. Comprende la necesidad de la transformación social y política del mundo, el derrumbe de la fábrica construida sobre cimientos vanos u odiosos de mentira, de iniquidad, de dolor. Encuentra en el misterio, no obstante, un refugio en donde librarse de consecuencias que chocarían con su propio espíritu. Sin abrigar la duda continua y tremenda del esclavo, que se limita a temer y a vacilar ante lo desconocido, él se resigna a preguntar con una candidez no exenta de vaga malicia: “¿Le seguiremos llamando Dios, si gustáis?”.

Por lo demás, su visión de las cosas antes es plástica y sentimental que meditativa. Se transforma más bien en imágenes, en frases de un intenso colorido verbal, que en pensamientos, en generalizaciones ideológicas. El capítulo consagrado a la bailarina yanqui Isadora es una muestra. Hay buena ironía, discreta música, oportunos recuerdos jonios. En las páginas sobre Asturias rebosa y triunfa la claridad de una observación excelente, y en una desnudez maravillosa, pues diríase que las palabras son apenas transparentes gasas sobre la intensidad serena de las sensaciones. Su sencillez ostensiva, que tiene mucho de complicada y de difícil, descubre una retórica suave y sabia, que viste sus altos orgullos con túnicas de falsa modestia, de sobriedad en que viven ocultos epicureismos melodiosos. Por todo el libro tropezamos con frases, con modos de expresión llenos

de sugerencias oportunas. Durante el eclipse “había miedo sobre el agua lívida del mar” y “en la consternación de la naturaleza era el son del mar como el comentario de un misterioso coro...”. Así muchos pasajes. En el estilo general, que se diría como hecho de mármol tibio y un poco áspero –delicioso en su desigualdad– saltan deslumbramientos repentinos, destellos claros y gloriosos, como nacidos en la entraña rútila de una gema...

III LA MUERTE DE DARÍO

Por supuesto que no le querían bien a Rubén Darío los que profetizaban su crepúsculo próximo hace algunos años. Aseguraban que el poeta había dado de sí cuanto le era posible. Presagiaban que el lírico se iría apagando lentamente en él, como la luz de los cielos en un temprano y melancólico ocaso de luna. Hasta se pronunció una frase un poco impertinente. ¿Os acordáis de Gómez Carrillo? “Cuando Rubén Darío tenía talento...” El augurio, faltoso de fundamento racional, no se ha realizado. El *póstumo* está de pie, lleno de vigor y de vida, sobre la pirámide sonora de sus cantos.

Díjose también que en su poesía no se encontraba sino la faz de Verlaine, como una imagen en un espejo claro. Lo presentaban como un simple traslado de Verlaine en español. Su manifiesta adoración por el autor de Sagesse concedía un viso de verdad a la afirmación, y aun algunos de sus versos fortalecían el concepto:

Verlaine es más que Sócrates...

y la ternura del Responso reverente y algunos otros lugares.

En realidad, la memoria de las melodías verlainianas es evidente en la obra de Darío, desde *Azul*. En todo poeta, así sea él de grande, poderoso y personal encontraremos siempre un conjunto de influencias. A todos está permitido aprovechar esas influencias que exaltan y contribuyen a desarrollar las mejores aptitudes latentes. Cada quien, sin duda, se in-

clinará a los maestros más conformes con su carácter individual y lírico. Esto casi siempre será involuntario. Como la mariposa errante en un gran jardín, florecido de toda suerte de flores, vuela hacia la más propicia a su existencia, nuestro espíritu gusta, por secreta y espontánea inclinación, de beber con preferencia asidua en ciertos manantiales de belleza.

Lo demás es cuestión de potencia de personalidad. Los enclenques no ganarán gran cosa. Antes se anularán sus facultades inciertas en el comercio con los poderosos. Pero el que no deforma su fisonomía con la imitación de mala ralea, logra un beneficio valioso en su decoración espiritual.

Si la influencia de Verlaine es indudable en Darío, no es única. El esquilón de Hugo también tañe en él a ocasiones. ¿Quién no ha sufrido la fascinación inevitable del cantor de las epopeyas menores? El mismo lo confiesa que fue:

Con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo...

y no obstante, acaso fue menos hondo de lo que él mismo piensa el surco que marcó el primero en su alma y más ligero el influjo del otro.

En *Azul* hay mayor cantidad de Hugo que de Verlaine. ¡Y cuántos otros no hay! Pero el que vive allí en predominio es Rubén Darío. Todavía el lenguaje conserva en esa obra cierta compostura solemne, muy castellana. Las palabras vibran en sonoridades severas aún. Y, sin embargo, qué escandaloso resultaba todo aquello por aquel tiempo. Si resonaba el timbal heroico y arrullaba la flauta enferma, todavía era al través de cierta medida, respetuosa, por lo menos en las apariencias, con la rígida retórica clásica.

En *Prosas profanas* se determinó por completo la actitud literaria de Darío. Un lirismo menos frondoso, más sobrio, más penetrante, y, al mismo tiempo, matices difíciles, visión muy sutil y audacias de ritmos más francas: alejandrinos extraños, endecasílabos con acentos imprevistos, que parecían enterrados para siempre en los balbuceos primordiales de nuestra poesía y cuya resurrección estimaron muchos temeraria. La manera original, personal, el misterio de la elaboración de los ritmos, quedaba definitivamente triunfadora.

El último éxito de Darío han sido los *Cantos de vida y esperanza*. Éxito más sonoro, más ostensivo. Los diarios, que en América fueron al principio poco adictos al poeta, en España se deshacen ahora en elogios para él. Es verdad que pocos países se prestan en América para los éxitos ruidosos en orden de literatura.

Por lo demás, Rubén Darío tiene mucho de español. Si sus procedimientos artísticos tienen raigamen firme en tierra de Francia, en el fondo su intelectualidad tiene mucho de castellana. Adora a Cristo, como un poeta español del siglo XVII. Su cosmopolitismo, verdadero en ciertas cosas, se entreabre de vez en cuando y permite contemplar en el fondo una palpitación luminosa de sangre castellana. De americano sí que tiene muy poco. ¿Cómo podía ser, como pretendieron algunos que fuera el poeta de América? Lo cual, a buen seguro, le tiene a él sin cuidado...

En su último libro, pues, Darío afirma su personalidad. No la modifica. Su rumbo es el mismo. Su barca de melodía (que tiene la forma de un cisne, animal sagrado, urna de canciones para el poeta) boga por el mismo golfo azul, hacia un mismo punto de la costa clara, en donde viven las Revelaciones. El choque de la ola no ha variado su rumbo.

Su tendencia de antaño más bien se acentúa. Las maneras de expresión, siempre acordes con el mecanismo del pensamiento, se asutilan en el sentido de poner sobre las palabras una bruma diáfana y ligera, como para suavizar los contornos sin defraudarle belleza al conjunto. A las cosas de su tiempo, de nuestro tiempo, las viste de armonía preciosa. Y no es unilateral ni estrecho. Roosevelt anda en sus versos con tanta soltura como el Vinci.

Lo que más me satisface es que la obra de libertar al ritmo de las ataduras antiguas va a ser pronto consumada. El verso libre (no el endecasílabo blanco, sino el verso de ritmo diverso y desigual) va a naturalizarse al fin en la lengua. A maravilla lo maneja Darío en “La salutación a Leonardo”, en “Augurios” y también en alguna otra parte. Será ése el término de la evolución que se inició hace años. Es seguro que si no se hubiera emprendido la labor de renovación, a estas horas sería imposible expresar ninguna idea hermosa o emoción exquisita en verso castellano, sin que se petrificaran en las crueles frialdades que imperaban en los páramos de

la métrica. Comprendo que un gran poeta encontrará siempre modo de cantar, aun en décimas de son chocante, con gracia y decoro. Pero procurará también adaptar las formas ya creadas, así a sus sensaciones como a las necesidades del espíritu contemporáneo, del cual no viene a ser, en suma, sino el producto más alto y noble, la flor, la gracia, la música.

La evolución es la ley de la vida. ¿No eran admirables para su época los versos rudimentarios y rudos del *Poema del Cid*? Y porque el verso llegó a ser un instrumento prodigioso en manos de Rioja y de Quevedo, ¿habíamos de conservar su estructura, sus acentos y demás requisitos menores? A nadie se le ocurriría beber champaña en un ánfora etrusca. Labremos, para nuestro vino, nuestra copa...

Los innovadores, los renovadores, surgían en distintas latitudes de América, y todos traían en la boca cánticos sorprendentes y extraños, llenos de ingenuidad, de curiosidad, formidables virtudes juveniles. Acaso no ha sonado aún la hora de reunir en un solo bloque, ante las miradas atónitas de los nuestros, el esfuerzo de América, uno y múltiple, que de cerca nos parece tan vario, distinto y hasta contradictorio, y que los futuros americanos contemplarán, rutilante y único, como la estrella matinal en el cielo de oriente: Bolívar y Andrés Bello, Sarmiento y Martí, Juárez y Rubén Darío serán entonces ecos de una misma voz, flechas de una misma aljaba, luceros en una misma noche.

Inquietos, desorientados, ansiosos de vida, movidos por furiosos impulsos, los pueblos americanos ofrecían espectáculo poco edificante y aun lastimoso; pero el mundo se engañaba juzgando extravagancias de la demencia lo que era ímpetu desordenado de vida. Hoy principian a delinearse en el horizonte, todavía confuso, los contornos, las recias líneas de la fuerza americana, y con ellos se va borrando más la sonrisa de lástima y desprecio en el rostro de los viejos enemigos y convirtiéndose en gesto de lisonja y halago, tal vez un poco tardío.

Cuando Darío lanzó su endecha musical, en que gorjeaba la vieja lengua castellana con acentos de alondra matutina, con los propios trinos de los viejos ruiseñores del habla, se levantó un clamor de sorpresa, de cólera y de escarnio. Los tartamudos lo lapidaban con frases insulsas, en nombre de cosas venerables que no entendían, porque —es hora de

decirlo— Darío nunca fue poeta revolucionario, sino un restaurador, un reaccionario. Era católico, conservador en política y probablemente monárquico; y todas sus audacias verbales, examinadas fríamente, resultan empeño regresivo hacia las formas verdaderamente tradicionales de la literatura española. Su admiración por Góngora, que era menos fingida de lo que se supone, así lo demuestra.

IV

A la hora de la muerte del gran poeta americano es menester convertir los ojos a la época de su primera jornada poética, y quitarnos de la mente la imagen del Darío de los últimos años, para que el ánimo se nos empaque en la frescura de la admiración primordial y sienta la magnitud de la obra realizada por el gran nicaragüense. Importa recordar el cuadro de la poesía española de hace treinta años para comprender el mérito de su obra y lo fecundo de su influencia. Barrunto que la funesta crítica de los periódicos va a juzgarlo desde el punto de vista actual, en el cual aparece de seguro desmedrado y deslucido: urge por eso evocar los días pálidos de la decadencia del idioma para que el poeta aparezca con su nimbo de reformador afortunado.

Con la decadencia de la nación española sobrevino una crisis ruinosa para la lengua castellana. En España no tenían ya nada nuevo que decirle al mundo. En América, aún no lo tenían. La imitación inundó las letras de alhajas apócrifas. El pseudoclasicismo de pseudohumanistas que se habían olvidado del Renacimiento, intentó urdir, con retales de apolilladas estrofas, trajes bizarros para las musas. Casi un siglo de barbarie erudita pesaba sobre el sopor de las inteligencias. El francesismo enciclopédico, declamador, lloriqueante, revolucionario, y el romanticismo artificioso, con sus claros de luna y su barahúnda sentimental, produjeron por último la más negra e insípida charlatanería.

Los pueblos de América, arrebatados en el turbulento torbellino de las propias luchas, no tenían tiempo de cantar ni de oír canciones. Pero hubo un momento en que, durante las pausas dulces de la tormenta embrionaria, principiaron a oírse voces suaves y profundas en nuestras tierras. Solitarias

aquellas voces a los comienzos, como clamores de náufrago o plegarias de eremita, a la postre lograron adquirir brío de coro y ascender en predominio resonante, hasta divulgar a los vientos, en musicales testimonios, la resurrección de las letras, y, con ella, el advenimiento de la energía, trémula como la infancia, con que nos redimíamos de la decrepitud, también temblorosa, que parecía siniestro legado de los antiguos dueños.

V

Tiene la muerte la virtud de obrar maravillas en los juicios humanos. He podido observar, no sin melancolía, que aquellos que defendimos la obra y el nombre del autor de *Prosas profanas* cuando eran apedreados por las turbas literarias en un concierto de escandalizadas vociferaciones, casi vamos a resultar enemigos del gran nicaragüense en este vehemente coro de alabanzas que ahora glorifica su nombre y lo nimba de luminosos epítetos. España ha tenido para su musa mortaja de rosas; y ofrendas de vino y de miel para su sepulcro. Los pueblos hispanoamericanos, en dolorido coro internacional, se compungen, y plañen con sincera pesadumbre la desaparición del poeta. Barrunto que muchos de aquellos mismos que no le quisieron literariamente en vida han agregado su nota de quejumbre al plañidero concierto; porque nada hay que nos incline más a la admiración que el mérito sepultado en la sempiterna sombra de los Campos Elíseos; y en el mundo de las letras, no hay como morir para vencer.

Mucho se ha escrito sobre Darío a causa de su muerte. Alguien aconsejó en Caracas que no nos detuviéramos mucho sobre su losa funeraria: “¡adelante sobre las tumbas!”, como clamaba Goethe. Consejo discreto, que insinúa asimismo el peruano Ventura García Calderón en uno de los últimos números del *Mercure de France*, en un estudio rico de aciertos críticos. Entre otras cosas, dice el escritor peruano:

Envejecido, perezoso, marchábase a la eternidad casi dormitando. Tuvo, es cierto, algún terrible despertar, como su *Canto a la Argentina*, escrito en quince días lúcidos; mas sólo penosamente lograba vencer su habitual marasmo. Murió cuando acaso no le quedaba nada que decir.

Quedará su obra, que es no sólo el extremo lirismo de nuestra raza, sino también un canto de aurora. En nuestro horizonte ya brilla la clara mañana. Desde México hasta la Argentina, en todos los pueblos de nuestro continente las más diversas voces fúndense en una sola, como en la solemnidad del coro antiguo, para expresar un gozo y una tristeza nuevos. Nervo, Urbina, Casal, Argüello, Silva, Valencia, Blanco-Fombona, Chocano, Jaimes Freyre, Herrera Reissig, Lugones, Estrada y muchos otros, sin imitar a Darío, pero aceptando su influencia, dirán como él de la ruda conquista del placer, las emboscadas del destino y el valor del vivir...

Sí; es casi seguro que Darío murió sin tener ya nada que decirnos. Hay un áspero latido de egoísmo en estas palabras, pero son consoladoras. Como es consolador saber que su lira no se queda huérfana del plectro, colgada de las ramas lacias y lloronas del sauce sepulcral. Existen manos expertas que la pulsán con tino afortunado, gracias, es verdad, al claro ejemplo del habilísimo liróforo de *Prosas profanas*.

Y anotemos al final de esta seca apostilla que nadie, que sepamos, ha observado que los dos máximos poetas americanos, del Norte y del Sur, fueron entreambos presa de un mismo íncubo fatal, que contribuyó no poco a sus desdichas y a su muerte. Distintos por el carácter de su obra, Poe y Darío se pasean cogidos del brazo, como dos sombras gemelas, martirizadas por los infernales vapores alcohólicos, a lo largo de las avenidas siniestras y dulces del paraíso artificial, pobladas de fantasmas delicados y aéreos y de horrendos endriagos.

AMADO NERVO Y SU OBRA (1906)

I

Amado Nervo era uno de los grandes hombres modernizadores de la lírica castellana. Tocóle función especial dentro del modernismo; ofreciéndonos en sus estrofas sutiles y dulces aquel sentimiento místico y trascendental de la naturaleza y de la vida que sólo eventualmente aparece en la obra de sus grandes coetáneos de América. Descendiente en línea recta de

los neomísticos franceses, tan proclives a la malsana blasfemia como a la oración pura, heredó de ellos asimismo aquella inquietud incoherente y balbuciente que exhala de sus primeros poemas como el rumor de las aguas despeñadas que buscan su nivel. Las misiones de la vida contemplativa y claustral de sus poemas no tenían ni asomo de aquel profundo reposo pacífico que imaginamos sembrado, como galardón supremo, en los corazones consagrados con irrevocable devoción al culto divino. Su misticismo tenía muchos matices paganos, y entre las voces contritas de la fe que aspiraba deliquios ultraterrenos percibíamos a veces el ululato del fauno y la ineludible queja del hombre del siglo.

Por eso, desde sus comienzos acertó a adquirir fisonomía inconfundible entre sus pares de las letras, porque si bien todos los grandes poetas americanos han tenido su momento místico, ninguno sintió las zozobras persistentes ni las esperanzas reiteradas con que Nervo miró siempre hacia las brumas del más allá. No era, pues, su tendencia mero tributo a la moda religiosa y filosófica: cuando la moda dejó de serlo, no por eso cambió él de actitud ni renovó las cuerdas de su arpa. Su evolución hasta los últimos años es enteramente lógica, aun en las extrañas tendencias al espiritismo materialista que últimamente llevaron a oscurecer su espíritu, tan límpido y armonioso en ciertos momentos de vida poética. Podemos sospechar, en efecto, que el ansia de realización del ideal había sembrado en su espíritu, junto con la buena semilla, otras bastardas cuya germinación principiaba a producir aquellos versos dislocados y oscuros en que pretendía sugerirnos no sé qué vagas emociones y qué extrañas sospechas que le conturbaron el ánimo. El cristalino poeta de “La hermana agua” no ponía ya oído atento a la voz de los manantiales y las fuentes, sino que pretendía aguzar los sentidos para percibir el rumor de Aqueronte y Estigias sombríos y enigmáticos. El poeta desertaba de sí mismo y ponía el propio clamor de su corazón atormentado en el mundo circundante, animaba las cosas, pero se despojaba él propio de una parte de su espíritu.

Así, su culto por el verbo, por la claridad y armonía de las palabras, desapareció pronto, y algunas de sus postreras poesías son una jerigonza lamentable, que nos deja indiferentes y fríos; despreció la rima y aun rompió el ritmo en inusitadas violencias, que producen una impresión

de perplejidad y asombro en el lector habituado a las discretas, suaves y recónditas armonías de sus versos de otra época. ¡Y si fuéramos a examinar a fondo lo que expresan esas discordancias! Por los caminos floridos del idealismo religioso llegó al materialismo diabólico, que disfrazado de religión predica la eternidad del hombre y su posible comunicación con misteriosas potestades extrañas al hombre mismo. Hasta sospecho que llegó a situar las recompensas de los propios actos en un arcano limbo, despojando de esa prerrogativa maravillosa a la conciencia humana.

Su técnica se resintió profundamente de esa evolución de sus ideas; año enamorado de la claridad, la pureza y la limpidez, renegó luego de las sensualidades de la forma, inquirendo músicas esotéricas que se resolvían en balbuceos opacos, confusos, inexpresivos. Es cierto que Amado Nervo nunca fue un cincelador. Sus primeros poemas, aun aquellos en que se vislumbran los retoques, nos parecen compuestos con espontaneidad feliz, y acaso esa misma facilidad contribuyó a que el poeta solicitara nuevos moldes.

Su influencia en la juventud española y americana, con no haber sido honda como la de Darío, produjo, sin embargo, muchos beneficios, junto con los males inevitables que resultan de toda imitación. Contribuyó a afinar el sentido de los matices en los poetas nuevos; a espiritualizar la poesía, que el continente del sur tiene una tendencia perseverante a la profusión descriptiva y al devaneo erótico y también a ennoblecer las formas, despojándolas de los resabios secos o podridos del romanticismo: dándoles esplendor, pureza y dulzura.

II

ALMAS QUE PASAN

Los buenos poetas americanos no suelen ser felices en punto de cuentos. Acaso el ardor lírico, en cierto modo dañino o inútil cuando se trata de mostrar aspectos comunes de la vida, el opimo flujo verbal que deslíe los afectos y rompe la verdad en sus numerosas resonancias, y aquel linaje de olvido de las leyes que pautan la prosa, tan frecuente en los poetas de idioma castellano, los colocan en una situación un poco apurada cuan-

do se trata de cultivar la rosa difícil del cuento. En hecho de prosas, Amado Nervo es menos afortunado que como poeta. Dudo que jamás logre escribir una página que supere a su exquisito y armonioso poema de “La hermana agua”. Escribiendo poesías me ha parecido en las más ocasiones excelente. Tiene principalmente, sobre toda otra cualidad, el don verbal, el don armonioso, que le hace verter espontáneas melodías que nos seducen, aun en los casos en que urde sus encajes de música sobre un vaporoso vacío de ideas. Poeta sentimental, sabe poner en sus rimas las más dulces y profundas voces de la pasión, los movimientos del ánimo más ricos de ternura, las emociones simples y hondas. Sabe soñar, sabe llorar, y, lo que es más meritorio, sabe hacer soñar y hacer llorar. ¿No es la mejor alabanza que podemos consagrarle a un poeta? No tiene los delicados matices, invisibles para muchos ojos por fuerza de su tenuidad, que vislumbramos en la obra poética de Rubén Darío, ni las complicaciones expresivas de Leopoldo Lugones, ni el trueno de mar y la quejumbre de brisa que tiemblan en las estancias del divino Mirón. Nervo es más sencillo, menos sobrio, tal vez más pródigo en las galas de la emoción, siempre un poco vago, desprovisto de impetuosos clamores de vida, acogido al regazo de brumas del ensueño. Su canción es ligera y sabe expresar en su ligereza pasiones efímeramente profundas. Sus gritos místicos, para mi gusto demasiado llenos de artificiales ardores, su cariño por las torvas actitudes y por las lágrimas sin motivo, son sus principales defectos de fondo, así como me repugnan, en veces, de igual manera, los follajes de palabras con que viste, en un dañino derroche, su pensamiento o su pasión, y el pobre tisú de sus metáforas.

Este poeta, adornado de todas las nobles cualidades antes dichas, me resulta a mí un prosista poco hábil, inelegante, casi diría que zurdo. Acostumbrado al ímpetu gracioso de su Pegaso, en el cual cabalga con una ingénita firmeza, cuando viene por las veredas llanas de la prosa se torna indeciso y da tropiezos indignos en cada vericuerdo. Es un príncipe mal disfrazado de pechero, que no sabe manejar, sino muy torpemente, las herramientas serviles. Se empeña en desempeñar el oficio democrático que ejercemos nosotros, los pobres prosistas de profesión, el oficio le lastima las manos y le deslustra su delicada compostura artística. Quiero

decir que no hay posible paralelo entre sus poemas y sus prosas. Siempre me quedará con la delicia de los poemas. La prosa de Nervo se me antoja semejante a un lienzo pintado de prisa, con un aturdimiento de premura, padre de faltas numerosas. La gracia, la flexibilidad están ausentes. No hay música ni aroma, ni colores claros. Apenas el son modesto de la cláusula vulgar, algún aroma fugaz de tristeza, algún matiz mal señalado o señalado a medias. Se deja arrastrar en ocasiones por las palabras; tiene frecuentes descuidos, originados seguramente en la falta de visión interna de lo que pinta. Es decir, que no consagra su pensamiento íntegro y con vigor a contemplar interiormente el espectáculo de lo que quiere mostrar patentemente en las palabras. Así, suele escapársele la esencia misma de las cosas, el carácter intrínseco que les concede fisonomía y que se debe expresar con hábil y estricta verdad, porque es el único medio de cumplir con el deber de la fidelidad a nosotros mismos, a nuestro propio pensamiento.

Me parece, pues, que Nervo antes es dirigido, arrastrado por los vocablos que amó y director de ellos. La cuadriga que arrastra su carro no le obedece gran cosa al freno, sino se lanza por donde le pete. No parece jinete sobre caballo, sino más bien marino en bajel, al impulso de vientos imprevistos: “Su alma era una piedra preciosa cuyo mayor mérito consistía en un instinto incalculable de sacrificio...”. Cita que hago al azar, eligiéndola entre algunas otras semejantes. La incongruencia es notoria.

¡Almas que pasan! Pasan algunas demasiado de prisa. Otras visiones que pasan no tienen alma ninguna. El coloquio trivial entre un cañón lleno de fanfarronerías, que defiende la entrada de un puerto, y un telescopio, modesto y vanidoso a un tiempo, como verdadero sabio, pertenece a estas últimas. Pero sí hay algunas almas. Almas con mucho de ficción, almas con mucho de verdad también. El hombre que se ata por miedo a la muerte no sabemos en dónde clasificarlo. Es verosímil; mas le falta en sumo grado el vigor de la ejecución, la manera hábil de presentar el conflicto de la psiquis atormentada. Recuerda el cuento de “El cobarde”, de Maupassant, un cuento saturado de inmensos suplicios, un bello cuento cuya memoria nos obliga a que se nos aumente en el espíritu la

insuficiencia de este otro del mejicano. Falta en el último verdad y fuerza. Diríase un traslado borroso de la narración enérgica y sobria del francés una falsificación de colores sin halagüeño resultado.

Bellezas, las hay muy dignas de loa. “Los dos claveles”, historia de un amor honesto, romántico y silencioso, es bastante bella. Un hombre, enamorado en sus primeros años juveniles, besa en una ocasión los labios de la mujer amada, al besar un clavel que ella tiene en la mano. Muchos años después, la mujer, moribunda, le da a su antiguo amante ingenuo otro clavel, un clavel arrancado del mismo búcaro donde floreció el del fugaz idilio de antaño. “—Es de los mismos...”, le dice. Esto es sencillo, conmovedor, confusamente trágico. Está bien ejecutado, y bien llevado a término. “El dominio del Canadá” es un relato lleno de vanas e infantiles emociones, cándido y dulce, como una buena azucena de perfumes sencillos. Es el género en que culmina Nervo. Recordemos que sus poemas panteístas, llenos de magníficos versos, de músicas deliciosas, tienen este carácter simple a pesar de los pensamientos complicados que en ocasiones quieren promulgar. Sus misticismos diáfanos y un poco heréticos tienen semejante estructura. Sonríe, sonríe siempre, aun cuando quiere llorar. El rugido, la tragedia, no son para su numen. Siempre sonríe con sonrisa interminable, llena de efusiva sinceridad, llena de candor y de castas intenciones, a despecho de los fugitivos conatos de tiniebla o de horror. No sé a qué propósito Catulo Mendes, un detestable crítico, llamaba a Mauricio Maeterlinck “el cordero pascual”. Ese cordero pascual asoma de vez en cuando horripilantes uñas de tigre, salidas de no se sabe dónde. Pero el “cordero pascual” de la literatura hispanoamericana sería Nervo. Tal es mi pensar.

Un hombre va a ser fusilado. Se le ha prometido que saldrá ileso ante la descarga. La esperanza ilumina su espíritu con bellos fulgores. La vida tiene una luminosa sonrisa cuando logra burlarle de la muerte y escapar a su frío fúnebre. Un pilluelo trastorna todo el proyecto de salvación. Observa que el hombre caído se mueve. El jefe del pelotón de ejecución se acerca al hombre que se libró de los tiros homicidas y le dispara su revólver en la oreja. Una tragedia que los lectores habrán visto envuelta entre exquisitas músicas en el teatro; desvanecida entonces su trágica ridiculez

por el fastuoso y fino manto de una música honda. Pero Nervo cuenta este caso de un modo blanco, simple, sin exasperar el horror; sin comunicarle el espanto de la tragedia. Sigue siendo vano y sonriente, con cierta pueril sonrisa que le sienta bien. Así nos presenta también los asuntos que con algún viso horrendo nos señala en “Un cuento” la página final.

Si sabe soñar, es de un modo ingenuamente fantástico. “La última guerra” es una fantasía un poco humorística, que recuerda los sueños, pasmosos de misterio, de Poe, y las imaginaciones grotescas y extravagantes de Wells. Pero este poeta no logra infundir sino uno como perfume de *Mil y una noches* a su sueño. Es caso de diversión amable, producto de imaginación fresca, superficial y lozana, que trama enredos sin ninguna significación horrible, que sigue sonriendo, como bajo el perpetuo claror de perlas de una blanca mañana.

Imaginación le sobra al poeta. Imaginación sana, robusta, sin complicaciones ni tortuosidades, tal vez un poco dada a andarse por veredas de peligro. Cierta gusto sobrio y severo al servicio de tal facultad, y mayor atención a las maneras eficazmente expresivas redondearían el mundo intelectual de este ingenio. Él piensa acaso que la vida resulta idéntica en la poesía que vertida en los moldes de la prosa. No es así. Es un error común en los poetas. Nuestros trovadores venezolanos adolecen de este defecto, y a gran parte de los del mundo les pasa una cosa análoga. No saben aprisionar bien el pensamiento, la imagen, la visión, sino en la jaula simétrica y sonora de los versos. Cuando tienen que habérselas con las formas comunes de la palabra, desprovistas de rima, las ultrajan robándoles también el ritmo, o descuidándolo. Pero los reproches se le han perdonado de antemano, ante la delicia insólita de sus armonías...

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

(1871)

José Enrique Rodó era casi popular en Venezuela, gracias a su estudio sobre Simón Bolívar, leído y releído con alborozo en nuestras tertulias literarias. Ignoro el concepto que el público uruguayo tendrá del escritor, pero dudo de que lo admire con mayor devoción que el de Venezuela.

Hace algunos años, un grupo de mozalbetes llenos de entusiasmo, fundamos, en lejana ciudad de Venezuela, una revista de literatura que bautizamos *Ariel*. No era el alado genio de *La tempestad* el que influía sobre nosotros entonces, sino el volumen elegante de Rodó, a quien reverenciábamos como a un maestro y cuya producción, empapada de noble idealismo, abría indelebles surcos en nuestras almas nuevas. En aquel libro severo y marmóreo, cuyo encanto irresistible cautivaba nuestras almas adolescentes, encontramos una doble influencia benéfica: la de la prosa densa y resonante y la del pensamiento clarísimo y hondo que ofrecía ante nuestros ojos perspectivas afables. Los años han pasado con su vario influjo; nuestra mente ha encontrado horizontes distintos y en nuestras ansias e inquietudes hemos inquirido otras verdades y otra belleza, pero ningún elogio recompensaría el puro gozo que nuestro espíritu adeudaba a ese ilustre muerto por las horas de hechizo maravilloso con que encantó nuestra atormentada adolescencia aquel cántico sereno y profundo, que vertió sobre nuestros sueños y nuestras ilusiones un rocío de esperanza, vivificante y fresco.

Ignoro si sobre las nuevas generaciones de otros pueblos de América, *Ariel* tuvo análoga influencia. Separados, más que por serranías y por mares, por el mutuo despego, ignoramos lo que sienten y piensan nuestros coetáneos del continente. Mas en aquella época pareceme difícil que los jóvenes de mi generación pudieran hurtar el ánimo a la influencia suave y profunda de las páginas de *Ariel*, escritas a la hora oportuna para ser meditadas por generaciones entristecidas, destinadas a vivir en la impía sombra de una existencia sin brillo y sin esperanza. El susurro armonioso de aquellas cláusulas nos convencía de que es posible la paz consigo mismo aun en la más árida tiniebla, y que la dignidad del ser consiste en colocar su ilusión y su fe por encima de las circunstancias, en una firme aspiración de equilibrio y de dignidad moral. Por ello supongo que sobre la vasta América que habla el idioma que él ennoblecía en la suntuosa cadencia de sus períodos, habrá muchos espíritus que se volverán con reverencia y ensombrecidos de pesadumbre hacia la memoria del antiguo maestro.

La carrera literaria de Rodó siguió una curva afortunada que lo llevó a los vértices radiosos de la fama. Las generaciones nuevas manifestá-

banle análoga admiración que las anteriores; y aunque su actitud parecía inactual, nunca se amodorró sobre caras doctrinas, convirtiéndose en cerbero de criptas funerarias en que reposaran ideales obsoletos: fue un escritor humano, que marchó con su época, interpretando los fenómenos contemporáneos, hablándonos de cosas que interesaban a nuestra sensibilidad y a nuestra mente.

Y hombre de América, hombre de nuestra América del Sur. El idioma en sus manos era el instrumento dócil y armonioso en que América ha convertido la lengua que le legó España. No hay nada de español, por fortuna, ni en sus ideas ni en su sensibilidad ni en su estilo. Él fue uno de los adalides que dirigieron la cruzada de la renovación de la literatura española, oscurecida durante años en una decadencia insípida y soporosa. Él fue uno de los que alzaron nuevamente la voz para clamar que sólo altos ideales perseguidos con firmeza, con abnegación y con fe salvan a los pueblos y a los hombres de la vulgaridad y del infortunio.

Mañana podrá entresacarse de la obra de Rodó un volumen destinado a perdurar con el idioma, en cuyas páginas quedará compendiado todo el perfume, el color y la gracia de su ingenio, como resume la rosa de un rosal todos los suaves atributos de la primavera.

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA (1865)

La horripilante estupidez de muchos elegantes de oficio ha desacreditado al fin la elegancia. José Asunción Silva que tuvo el buen gusto de disimular su ingenio bajo las apariencias de un estricto *dandysmo*, como otros lo esconden bajo la costra mal oliente del bohemio, no había de ser, según yo me imagino, muy simpático para las personas inteligentes de nuestro medio. Hasta supongo que lo que admiraban en él sus amigos intelectuales, era, más que las gracias del espíritu, la serenidad acuciosa e imperterrita del petímetro; y que más hondamente impresionó a un crítico su envidiable colección de zapatos que no su colección de poesías. Y la admiración surgida de semejante sentimiento no podía ser sino superficial y efímera. Por lo demás, para los hombres de letras solemnes y graves de

su época, los ensayos de Silva debían de ser como entretenimientos que el *gentleman* desdeñoso les proporcionaba a sus fastidios, linaje de deporte nuevo y lleno de curiosidades para un espíritu aburrido.

La obra de Silva pereció en el naufragio de no sé que buque; y lo que de ella resta, poemas fragmentarios, poesías ligeras compuestas en los primeros tiempos de sus afanes literarios, si bien suministran los elementos para la suposición de excelentes cualidades, no permitirían reconstruir íntegra la personalidad del cantor del “Nocturno”. Su mérito principal es, según dicen, haber iniciado la nueva literatura hispanoamericana, haber abierto las primeras ventanas hacia la vida, la sensibilidad y el pensamiento contemporáneos, digamos hacia el modernismo, en el espeso y caduco muro del neoclasicismo imperante en América entonces. Nutrido de lecturas peligrosas, poseedor de una cultura a la francesa y armado apenas de una vaga educación clásica, tanto su temperamento inclinado a las novedades, bastante *snoob*, como sus hábitos mentales, habían de inclinarlo a intentar la implantación de flamantes refinamientos en la apolillada lengua de Castilla. Es en realidad un esfuerzo que debemos agradecerle; tanto por eso como por cuatro o cinco de sus poesías, es legítima la gloria de su nombre, a fomentar la cual contribuyó sin duda su fin trágico y sangriento, el lúgubre nimbo de misterio con que circunda el suicidio las sienes del hombre.

Si es lamentable la pérdida de sus poemas y cuentos, es problemático que sus obras posteriores hubieran sido muy proficuas. Los caminos espirituales que frecuentaba lo hubieran conducido acaso a fáciles paraísos de afirmación y de fe; y nada más triste que el fin de un Barrés nacionalista o de un Bourget rezando el rosario.

Pocas veces se había labrado nuestro idioma en tales facetas reflectoras de una sensibilidad tan fina y profunda. A lo conceptuoso substituyó Silva el palpitante y sincero temblor de las pasiones vivas, e inyectó en las mustias venas del cadáver amojamado una bullente y cálida sangre. Los “trovadores” y algunos críticos han creído poético o justo calumniar su memoria atribuyéndole sentimientos que no confesó nunca, y suponiéndole motivos románticos al suicidio que rompió su existencia: suposiciones fundadas principalmente en esa palpitación efusiva y ardiente que

late en el ritmo de sus versos, como un corazón. Siempre he creído que su fin contribuyó a su fama del mejor modo, porque tal vez no hubiera sido nunca más que un diletante de muchísimo ingenio y amplia cultura, amigo de suponer y analizar y rimar las más recónditas y complicadas torturas del corazón humano.

JOSÉ SANTOS CHOCANO
(1906)

ALMA AMÉRICA

Al volver la última página de este volumen, queda predominando en nuestro espíritu la impresión de un desfile rápido y violento de seres y cosas: conquistadores, caciques, virreyes, indios, caballos, cóndores, soles y lunas, montañas, ríos, lagos, bosques, ademanes de heroísmo, armaduras, relámpagos de tizonas, volcanes, guacamayos, boas, tortugas, dantas y pumas, todo lo cual se nos confunde y entremezcla de tal modo que apenas persisten con claridad y nitidez de contornos, visiones muy contadas. Las demás se atropellan y medio borran en una niebla lejana, galopando en ronda fantástica hacia un horizonte de ensueños. En medio de esa niebla distinguimos aún, es verdad, algún perfil iluminado por un brusco chorro de lumbre, la grupa de un palafrén, los ojos profundos de algún indio, la boca bermeja de alguna dama o algún fruto rebosado de miel que agobia las ramas verdes o el bulto fugitivo de alguna bestia americana. Y con esta impresión, y tal vez resultante de ella, nos ocupa una especie de cansancio de oídos y ojos ante ese tropel de sensaciones ofuscantes y confusas a un tiempo.

De antemano estábamos apercebidos a encontrarnos en la obra del señor Chocano con una América pintoresca, grandiosa, llena de sinfonías rudas y de ásperos colores; una América un tanto pintarrajeada de achiotte y añiles, empenachada de plumas verdosas, amarillas y purpúreas, algo parecida a esos aborígenes rozagantes que podemos contemplar en algunos carteles, en donde se promulga la excelencia de no sé qué productos comerciales. En cierto modo, el presentimiento se nos ha cumplido.

Analizando nuestras impresiones del conjunto, la América de Chocano se nos aparece como una comarca llena de solemnes paisajes, de dulce fertilidad, de leyendas admirables, claras o téticas. Pero no vemos la tierra real, animada de intensa vida, en medio de la cual nos tocó vivir, sino como al través de un cristal que nos la enseña remota, desprovista de ciertos atributos que son parte esencial de su propia fisonomía: así vemos nuestro sol y cómo brilla y relampaguea en muchos pasajes; más no sentimos su violencia tórica, la martirizante y viva onda de sus fuegos; y hay algo que posee nuestro sol y que a ése le falta. Quiero expresar con esto mi impresión acerca de toda la poesía del señor Chocano. Sólo aspira éste a ser el “poeta de América”, propósito y empeño de todo punto laudables. Poeta de poderosa y amplia inspiración, de verbo caudaloso, tiene grandes y excelentes cualidades para realizar cumplidamente el empeño y el propósito. ¿Lo ha logrado en este libro?. Como quiera que sea, y aun si defrauda nuestras esperanzas más justas, tiene ganadas gloria y alabanzas hermosamente, y su corona de frescos lauros muy digna, que no simple y monda “hoja de laurel”, cual la que Darío le coloca “en el ojal”, bien como si fuera baladí condecoración de diplomático.

“Mi poesía es objetiva”, nos asegura el señor Chocano, y en otra parte nos advierte que tiene formado su criterio especial acerca de este linaje de poesía. Yo entiendo que no puede existir la poesía absolutamente objetiva; pues aun cuando el poeta se esfuerce por ser impersonal, por no poner ni una simple centella de su espíritu en la obra de arte, y por limitarse a reproducir con fidelidad estricta las cosas de afuera, éstas, al penetrar en el espíritu del artista e instalarse en él, han de adquirir necesariamente una fisonomía peculiar, empapándose en su savia de vida, cobrando visos especiales. En tal sentido, bien puede afirmarse sin sutilezas que las cosas no existen por sí solas en el tiempo y en el espacio, sino en el cerebro que las percibe o en el corazón que las siente. Los sentidos, y la manera de obrar que tengan ellos, deben ejercer grande influjo sobre el aspecto de las cosas percibidas. Al pasar por ellos y al ser luego interpretados por el pensamiento del hombre los espectáculos exteriores se modelan forzosamente según las maneras sensoriales y se tiñen con el matiz del pensamiento que las concibe. Y en cada una de las visiones, en

cada uno de los paisajes y perspectivas, irá vibrando un destello del alma del autor, así sea exangüe, pobre y simple, o potente y rico de esplendores. Chocano realiza su intento de poesía objetiva en cuanto pinta y cuenta galas de la zona tropical y sucesos que pasan entre gentes distantes, porque entonces pone muy poco de sí mismo (y esto no lo digo para su elogio) en la obra de arte; pero es frecuente el caso en que pretende desembozadamente hacer poesía subjetiva, manifestando movimientos o impulsos de su ánimo.

Es bien curiosa la manera cómo este poeta “objetivo” ve las cosas. Diríase que su “criterio acerca de la poesía objetiva” le ha aconsejado infundir en las cosas inánimes un alma facticia, que sirva para explicar el papel de las mismas cosas en el concierto del mundo o ayude a ello. Por medio de imágenes, muchas veces hermosas y agradables, procura animarlas y darles “calor y vida”. Los Andes se le antojan un grupo de titanes sofocados y estrangulados por una enorme serpiente; las cataratas tienen manos que palmotean sobre las rocas como sobre carnes desnudas; la caña del maíz que ofrece en el extremo su rica mazorca de oro es un brazo de ladrón cuya mano apuña un tesoro robado; los montes tienen las manos juntas como “en la actitud de una oración cristiana”. Podría multiplicar los ejemplos. Es acaso comprendiendo que aun así vestida con esplendente atavío de metáforas, tales visiones no tienen una secreta significación para el espíritu, ni encierran la chispa de luz ni la gota de esencia de la emoción y se desvanecen y borran en nuestros ojos, a poco de vistas, sin penetrarnos profundamente, sin conmover una fibra recóndita de nuestro ser, por lo que Chocano se empeña en infundir un alma retórica a sus concepciones más *objetivas*. La poesía resbala sobre ellas cubriéndolas con una pompa brillante y efímera, que se extingue como un fuego fatuo, apenas encendido para apagarse en la sombra y en el silencio, no amparándolas y glorificándolas con gracia inmarcesible. En lo general, la habilidad del señor Chocano para sorprender y aprovechar el lado y la esencia poética de las cosas es bastante feliz; y con todo eso, y con sus cualidades de alto poeta, ha dejado escapar muchos elementos fecundos, principalmente aquellos que hubieran podido verter en el ánfora ampulosa y resonante de su poesía un vino de gracia y sensitiva delicade-

za, un perfume de emoción íntima, de esa augusta y sencilla emoción que representa en arte mucho más que los subterfugios y artimañas más sutiles de cualquier retórica. Donde más se notan estos defectos, o llámense como se quiera, es cuando el señor Chocano canta sus canciones “a la manera yanqui” (y no sé, a ciencia cierta, lo que quiere expresar con esto de manera yanqui, aunque puede interpretarse de varios modos), canciones que resultan bastante fatigosas y vacías, como aquella en que habla con Juan de Garay para contarle cuentos sin importancia, habiéndole podido decir algo de más jugo e interés o cuando toma posturas proféticas, a propósito del porvenir enigmático de nuestras Repúblicas. Prorrumpe en “palabras internacionales” que parecen inspiradas por la más cándida ingenuidad, como no lo sean por el más cordial disimulo.

El país de Amazonas era el centro del mundo...

Ve el peligro que para nosotros representa el poderío de Yanquilandia; pero contra “los sajones” cuenta con el auxilio, muy problemático en su eficacia, de los mosquitos, del paludismo y demás recursos de la patología tropical, aunque acepta en cierto modo “la penetración pacífica”, para hablar en blandos términos diplomáticos, aunque él no emplea esta expresión en su libro. Sus amonestaciones y prédicas recomendando la paz y el trabajo, resultarían más elocuentes escritas en prosa corriente que no en alejandrinos cansados.

Las formas poéticas empleadas por Chocano tienen en manos suyas vigor, elocuencia, pompa. Su estilo es ruidoso, lleno de relámpagos, lleno de desigualdades bruscas. Puede juzgarse que su verso es muy espontáneo, que salta con precipitación, como de la roca el ímpetu del agua. Como el agua corriente, turbulenta y espumosa de las cataratas de América, sus versos corren, copiando en su seno la majestad de los bosques nativos, las altas montañas azules, el pájaro que atraviesa el aire como una flecha de colores disparada por un invisible guerrero aborigen. Lo copia todo, pero en su tumulto y rapidez suelen las arrugas y hervores de la superficie deformar o confundir el reflejo de las cosas. A sus procedimientos poéticos deben sus versos en gran parte muchos de sus defectos

más notorios. Las innovaciones ocurridas en la métrica española durante los últimos tiempos, no han influido más que superficialmente en la poesía del señor Chocano. No encontramos audaces modificaciones de los ritmos consagrados, ni novedades que de seguro estima poco útiles a sus propósitos de poesía objetiva.

El mismo metro en que están escritos “Los caballos de los conquistadores” y algunas otras poesías, no cobra en manos suyas tintas o sonoridades nuevas. Y acaso a haber elegido este metro que requiere constancia y paciencia de versificación, se debe el mérito muy mediano de tales poesías, afeadas por repeticiones introducidas sin motivo ni discreción, como si fueran debidas a fatiga o pavor de narración anhelante. Compréndase que el peligro de las formas nuevas existe, y aún más de lo que podemos suponer, para Chocano, recordando la belleza de muchos de sus sonetos y la fluidez y elegancia de sus pareados alejandrinos en muchas ocasiones.

Chocano repudia todos los libros de poesía que aparecieron antes con su nombre. No me explico esta salida a lo Díaz Mirón. Parece, por tanto, que supone establecida definitivamente su orientación literaria y que en su interior no está de acuerdo con sus tendencias anteriores. Por mi parte, deseo que siga encaminándose hacia la perfección, ya que de algunos años a esta parte ha logrado mejorar y aquilatar sus dotes. *Alma América* me parece un libro de donde podrían entresacarse algunas composiciones de muy dudoso mérito, como quien separa las bellotas de las manzanas, para atildarlo y pulirlo. Nada perdería la obra con esta selección razonable. Y mucho mejor habría sido que el autor se hubiera afanado con ahínco y amor, en desbastar o suavizar algún relieve rudo, alguna aspereza bruta, que se ostentan aquí y allá, en muy bellas poesías, afeándolas...

ANATOLE FRANCE (1920)

El mundo contemporáneo, jadeante aún con la fatiga de la guerra pasada y ya amilanado con los presagios de la guerra futura; este mundo que se vuelve, con una contumacia llena de acritud, a las afirmaciones

concluyentes y cejijuntas y que no encuentra, al parecer, otros caminos que los que abre la disyuntiva de volver a lo pasado y restablecer la autoridad despótica, en nombre del capital y la industria, o precipitarse en el torbellino aleatorio de la revolución, no poseía una figura que pudiera equipararse a la de Anatole France, el último representante integral del genio galo, y al mismo tiempo, y en cierto modo, el último representante del siglo diecinueve, que nuestros abuelos llamaron con ufanía “el siglo de las luces” y que nuestros coetáneos denominan con rencoroso desprecio “el estúpido siglo diecinueve”. El escepticismo de Anatole France no le impidió que fuera un defensor de la libertad, sobre cuyo cadáver baila una danza de epiléptico la reacción del siglo veinte. La lucha por la libertad fue el carácter sustantivo y primario del siglo diecinueve.

Otros son, quizá, tan grandes como Anatole France, mas ninguno recibe como él los encomios unánimes. Las únicas voces que desentonan en el coro de las alabanzas a la hora de su desaparición son voces confusas y sordas: las de reaccionarios ebrios de servilismo y disciplina y las de buscarruidos de las letras que se refugian, en pos de nombradía aparatosa y efímera, en el seno de sectas extravagantes y confusas. Desde cierto punto de vista, estas mismas diatribas completan el homenaje, y sin ellas no sería completa su gloria. La absoluta unanimidad del encomio le hubiera parecido al maestro mismo un poco insípida y hasta sospechosa.

La cuasi unanimidad del elogio obedece a razones disímiles. Los tradicionalistas admiraban en él al estupendo cultivador de la lengua francesa, al heredero y continuador de las tradiciones de elegancia, lucidez y armonía que dan tono, consistencia y brillo a las letras de Francia. Esos tradicionalistas están acostumbrados de antaño a sonreír con tolerancia y tal vez con agrado furtivo, a los rebeldes que hablan con elocuencia y aceptan a Rabelais, a Voltaire y a Renán en la galería de sus ídolos, no por lo que dijeron, sino por la manera como lo dijeron. Por otra parte, los continuadores de la otra tradición opuesta de la tradición revolucionaria, consideraban a Anatole France como aliado poderosísimo, como el más diestro y pujante campeón literario de las propias ideas de ellos. Su fama no era sólo francesa, sino que se había dilatado al ámbito del mundo; y aunque no faltaban, sobre todo en el mundo protestante, pudibundos

conservadores que le hicieran la cruz como a cosa diabólica al hechizo de su arte, este hechizo era intenso e irresistible y se imponía con suavidad imperiosa aun a los más bruscos y ásperos enemigos de sus ideas. Roma no le perdonó sus sátiras y lo puso en el Índice; pero el jurado del premio de Nóbel lo galardonó como amigo de la paz. Era uno de los escritores más admirados por las clases cultas de todos los pueblos, sobre todo de los pueblos latinos, sobre cuya literatura influyó en diversos grados. Es fácil de comprender el orgullo con que se le aducía como ejemplo de vigor intelectual y de consumada perfección artística en estos tiempos en que ya ni siquiera se discute entre los nórdicos la decadencia y la inferioridad latina, y en que a no ser por Francia, se tacharía de bárbaros, sin embajes de ninguna especie, a todos los latinos, en esas tierras septentrionales habitadas por descendientes de los bárbaros por antonomasia. Pero es verdad que la fama de Francia no penetró jamás en ninguna parte más abajo de las capas superiores de la clase intelectual. Sus obras son demasiado sutiles, tienen muchos matices delicados y tenues y carecen de las emociones dramáticas y de la elocuencia sentimental y declamatoria que agradan a la muchedumbre. Es significativo que fueran los latinos, o el gran grupo de pueblos del mediodía de Europa y de América, quienes más se deleitaron con las mieles algo ácidas que destilan sus libros. Sean cuales fueren sus defectos, y son muchos, los latinos no son hipócritas por sistema.

Anatole France era un sabio, en el mejor sentido de la palabra. No lo que suele llamarse sabio en la jerga chabacana y arbitraria de los periódicos, es decir, un especialista que posee conocimientos técnicos limitados y que ve con indiferencia cuanto no está dentro de las estrechas lindes de su especialidad sino un sabio en el sentido griego, un hombre profundamente versado en la vida y en las humanidades. Coincidía con los místicos en el desprecio de la ciencia humana, no porque le pareciera perverso el esfuerzo de averiguación de la verdad sino por la presunción y altanería con que la ciencia nos brinda una verdad oficial, urdida y adobada según los cánones, modas o conveniencias del momento, una verdad que cambia con cada época y que en cada época se les ofrece a los hombres como definitiva e irrevocable.

La preferencia de France por la novela y el cuento no se debe a vocación natural de novelista, sino a que el molde de la novela le permitía más libertad y amplitud de expresión. El diálogo y la fábula más o menos arbitrarios, que se zafan de las ataduras naturalistas, se prestan mejor para exponer opiniones contradictorias y para presentar las fases distintas de una misma idea. No era su ingenio de los que se vacían en máximas, pues gustaba de la contradicción. El soliloquio era demasiado estrecho y dogmático para su espíritu, especie de poliedro móvil que absorbía la luz procedente de lugares opuestos y la refractaba rompiéndola en sus siete colores simples. Sus personajes apenas son disfraces bastante transparentes con que viste a las muchas entidades que componían su yo o pretextos para aderezar discursos sutiles.

Se le ha echado en cara a Anatole France que se regodeara con los hechos y dichos de la gente tosca, como su antepasado Rabelais. Su mirada no se detenía en la púrpura ni en los harapos, y percibía, detrás de ellos, la irremediable igualdad humana. Aun viendo desnudo al hombre, espectáculo desconsolador y siniestro, en su ironía raras veces hay crueldad. La contemplación de la protervia y de las estulticias humanas no le arranca ni protestas ni amonestaciones iracundas. La actitud de los profetas agoreros y maldicientes o la de los místicos sombríos, pesarosos y arrebatados no tenían atractivos para este escéptico. Estableció en su espíritu un consorcio perdurable entre la ironía y la piedad. Cuando la ironía se encrespa y está a punto de lacerar, se disuelve en un sarcasmo suave, y la sonrisa atenúa, como un bálsamo, el ardor de la picadura. Comprende cuán irremediable es la pasión del hombre por la mentira: "...sin la mentira, la humanidad perecería de desesperación y tedio". ¿A qué entonces la cacareada busca de la verdad? La verdad pareciale la más formidable fuerza de demolición que cabe concebir. La sociedad humana, edificada sobre cimientos de embustes milenarios, se derrumbaría de improviso si la verdad saliera de su pozo. Creía que los hombres en general son más malos de lo que parecen, con parecerlo tanto. Con risueña amargura de escéptico llegó a decir que la ignorancia es la condición necesaria, no ya de la felicidad, sino de la existencia misma del hombre. Así, el viejo sueño de la perfectibilidad humana, del adelanto indefinido de la especie,

se viene abajo con una sola plumada: “Si llegáramos a saberlo todo, no podríamos sobrellevar la vida una sola hora más”. “La civilización, por consiguiente, es y está destinada a seguir siendo, *une barbarie savante*”. Cuando la civilización pingüina caduca y desaparece, vuelve a comenzar el ciclo de su evolución, vuelve a repetirse con irremediable pero ufana monotonía.

Nada permitía presumir ni antever que este artista de la palabra, delicado, exquisito e incrédulo, iba a abandonar un día su torre de marfil, su aislamiento epicúreo, su soledad dorada y altiva, para bajar al tumulto del foro y prorrumper en palabras llameantes de instigación para las muchedumbres y de desafío para los poderes mundanos. Aparece de pronto ante el estado inicuo y la iglesia hipócrita como el campeón de la justicia conculcada y de la inocencia perseguida. Frente a las poderosas pandillas de los militaristas, de los nacionalistas y de los antisemitas, se puso al lado de Zola, que era, intelectualmente, su antípoda, de quien lo separaban inmensas distancias en el mundo de las letras. Se ha dicho que fue su temor a los estragos que preveía que iban a causar la iglesia y el nacionalismo aunados en un contubernio ominoso lo que inclinó a France hacia el socialismo. Fuera éste u otro cualquiera el motivo, lo cierto es que su afiliación a lo que se llama la “izquierda” política fue definitiva. Adoptó el credo comunista y se mezcló en modestas salas de conferencias con violentos “camaradas”, soñadores y apóstoles de un reino por venir. Alguna vez expresó su recelo de que estos indómitos visionarios acabaran con muchas de las cosas bellas que deleitaban su refinado sensualismo. Pero podía fraternizar mejor con los tropeles de esclavos insurrectos y de predicadores sedientes de porvenir que no con las estadizas clases burguesas, con los poderosos especuladores fraudulentos, los “grandes” prestamistas, los afortunados logreros y los fabricantes de municiones, que son los reyes acatados y omnímodos de la sociedad moderna. Pensó que si es posible que la sociedad actual perezca por convulsión, todavía es más temible la contingencia de que perezca por estancamiento y putrefacción. Lo seguro es que en su elección de partido no influyó la ambición política, de que carecía, ni el hambre de fama, puesto que cuando se afilió al comunismo era ya sin disputa el primer escritor francés de su

tiempo. Su denuncia de las iniquidades sociales databa, además, de antaño, pues desde los comienzos de su carrera comprendió, y nos ayudó a comprender, lo cómico y lo monstruoso de un régimen social “que prohíbe por igual, tanto al rico como al pobre, dormir a la intemperie bajo los puentes, mendigar por las calles y robar pan”.

El arte fue su ocupación fundamental y su único culto. El arte, dijo, lo es todo: *le rest nest que réverie*. La vida era un sueño acerbo y oscuro, cuyo único lenitivo consistía en él arte. Se comprende su nostalgia de la antigüedad helénica, tal como él la veía al través de sus mármoles, de sus poetas y de sus filósofos: ... *aux grecs a qui je dois tout, a qui je voudrais devoir davantage*. Se burlaba sin rencor del cristianismo asesino de la antigüedad clásica, y le atribuía, con evidente malicia, inesperadas virtudes: el cristianismo hizo mucho por el amor al convertirlo en un pecado. Nos explicó con finura *sui generis* el origen de los mitos y nos dejó una versión perdurable de lo que significaba Cristo para los romanos del siglo primero. Era un antecristiano más que un anticristiano. Jamás simpatizó ni con Roma ni con Sión. Seguía viviendo en una Atenas ideal. “No hay más verdad en el mundo que la belleza”, exclamaba. Pues a pesar de haber perdido su fe en la vida, seguía amándola, buscando en ella los trasuntos de la belleza asequible. La erudición no se apergaminó por eso entre los libros polvorientos de que tanto gustaba, y por eso sus obras, aun las de sus últimos años, están impregnadas de frescura intensa y despiden una fragancia de inmarcesible juventud.

Ponía todo su esmero de artista en la expresión, en el lenguaje claro, musical, preciso, inspirado en las tradiciones de su lengua, pero desprovisto de esos arcaísmos olorosos a mohó que son galas para eruditos de mal gusto. Quejábase de haber encontrado una lengua ya bastarda, y suspiraba por los tiempos en que el francés conservaba íntegra una pureza virginal, como el enamorado de una belleza ya madura, ajada por las caricias de otros; desearía haber podido amarla cuando todavía conservaba intacta la flor de su doncellez.

Mas ni aun ese mismo arte “que lo era todo”, que estaba fuera del dominio de los sueños y las ilusiones absurdas que forman la vida, logró inspirarle una fe segura. Su instrumento artístico era el lenguaje, supremo

orgullo del hombre, que le ha servido a éste para colocarse por encima de las bestias mudas. France, con todo, llegó a expresar dudas de que el lenguaje pueda servir para expresar con lealtad ideas, sentimientos y emociones, y recuerda que nuestro lenguaje salió del grito inarticulado e instintivo de los brutos. Además, en el último de sus libros escribió que “el lenguaje no se ha hecho para decir la verdad, lo cual es cosa que no se encuentra en nuestro espíritu”. En todo caso, es el lenguaje lo que mejor nos proporciona la ilusión de la verdad. Las palabras de Anatole France resuenan en nuestros oídos con tan convincente dulzura que nos sentimos dispuestos a aceptar como verdades las que él nos insinúa con los conceptos persuasivos de sus cláusulas.

MÁXIMO GORKI (1905)

La sensibilidad fina y el ojo certero para sentir y contemplar la vida, forman la aptitud primordial y vibrante de este creador de vida. Imaginamos que con una intensidad maravillosa discurrió por la existencia erizada de amarguras, como de espinas un sendero, llena un tiempo para él de incertidumbres y sombras. A través de todos los oficios, en el vaivén de un continuo éxodo, ante el mar de agua o ante el mar de la estepa, en los claros días de esperanza y de primavera o cuando padeció desencantos y tiritó de frío, hambriento y sin amparo, bajo las punzadoras nieves del invierno, en su espíritu fueron cayendo vivos raudales de emociones, de pesadumbres, de desesperación, de alegría; vivos raudales, nacidos de la existencia como de una inmensa montaña, a un tiempo bronca y dulce, florida y yerma. Y el ánfora de su espíritu, al cabo colma, comenzó a verter, purificada y cristalina, el agua de los raudales afluentes.

Así, por el rebosamiento de su alma en ideas y sensaciones, pudiéramos explicar, como por una ley física, de qué manera llegó el ruso a producir su obra de arte. Las vocaciones existen. No había en su ser aquellas grietas lamentables por donde se escapa al común de las almas la esencia misteriosa y profunda de la belleza de las cosas, ni la ruda corteza impenetrable que viste los corazones de indiferencia y sobre la cual resbala el

dardo de la emoción, despuntado e inútil, como la lluvia sobre el bronce de las estatuas, sin penetrarlo. Era imposible que los paisajes y los seres apresados en la red de su alma sensible, atenta y curiosa, se desvanecieran en olvido, cual se deshace en fuego y humo efímeros la hoguera que encendió el vagabundo, [a la] orilla del camino, en la noche. Palpitantes, perduran vaciados en el molde de las palabras, porque el errabundo observador poseía el don de ver las cosas para exprimirles gracia o dolor y producir belleza como el jazminero se nieva de jazmines o las olas se resuelven en sonoras espumas.

Del comercio con los desgraciados, con los imbéciles, con los degenerados, con los que habitan el fondo turbio y mortal de la sociedad, de los hombres con el espíritu contagiado de todo linaje de úlceras, llenos de tristeza, de maldad y de tinieblas, Gorki extrae la pura sustancia artística, como un alquimista sacaría de innobles elementos el grano de oro fulgurante.

El parentesco espiritual que fácilmente advertimos entre los personajes por él creados, no infunde monotonía a su obra. Los miserables viven en su miseria, llenos de congoja y de azoramiento ante la vida, sembrada para ellos de incomprensibles dolores, de contrastes incomprensibles. Todos sufren la angustia, una angustia incierta y vaga y al mismo tiempo muy honda, ante el misterio imperturbable de los destinos. Se agitan, luchan, padecen. Son tristes, feroces, cínicos, resignados. Contemplan y acarician su propio dolor, como un perro lame su llaga. Unos tienen la filosofía lúgubre y descarada de un “Compañero raro”; otros se agitan ciegos y ansiosos, en las tinieblas de su infortunio, como aquel Tomás Gordeieff, semejante al búho, que ofuscado con la luz del día se destroza las alas en su torpe vuelo de fuga contra los filos de las piedras del barranco...

Gorki pinta con especial vigor, en ambiente real de miserias y lástimas, sus personajes. Mas nunca es juez de ellos. Los deja obrar, ir y venir, padecer, vivir. En ocasiones, sí, una ternura velada y honda lo conmueve, como frente al panadero dipsómano y suicida, manso y doliente, que oye las lecturas con una avidez sentimental. Pero frecuentemente no hace sino dibujar el asunto, trazar las líneas características del ser humano. Y siempre la compasión, una piedad mezclada de lástima, se agita en nues-

tros corazones para ese rebaño deplorable y siniestro de hampones y vagabundos, roídos de vicio y de pena, que se agita en las negras honduras, como un enjambre de gusanos adoloridos. El vaho acre que surge de esa gehena nos irrita los ojos hasta llenárnoslos de lágrimas. Y nos lastimamos de toda esa desesperación sin remedio que ignoran los de arriba.

¿Qué influencia pudo tener la obra de Gorki en la reciente revuelta rusa? La exhibición desnuda de toda la miseria amontonada abajo, ¿influiría en el ánimo de los promotores de la revolución? Ningún escritor ruso había antes insistido con tanta terquedad en publicar ese estado de las cosas en su nación. Acaso todos esos libros de verdad y de dolor no sean sino producto natural de la sorda efervescencia que comenzaba en los espíritus, dirán algunos. Yo pienso que más bien contribuyeron a acelerar la conmoción que reclamara del Gobierno las reformas del régimen.

Esa misión de Gorki me parece muy noble y la más digna de su genio. No quisiera verlo como agitador vulgar de las muchedumbres ni metido en tramas de política. Otros son más para eso.

Gorki, ante todo, como escritor es *hombre*. Como hombre de su tiempo piensa, sueña y habla. Huye del misticismo descolorido de Tolstoi y conservando su actitud de artista, de escritor, sin promulgar hermosos evangelios inútiles, sabe luchar por la justicia y por la redención de la manada, allá donde parece que es más brutal el señorío de los amos y más oprobioso el yugo de los siervos.

No desprecia la vida ni desconfía del porvenir del hombre. Sueña con la humanidad victoriosa al fin de la tristeza y de la servidumbre. El hombre libre en la naturaleza y su rey en realidad. Su pesadumbre por los horrores actuales no llega nunca al desconsuelo; antes se fortalece con la esperanza del triunfo de la justicia.

Sí; el hombre lleno de prejuicios y crueldad u oprimido por los demás hombres es como un águila a quien le ataran una piedra enorme que le impidiera volar. “La vida es la lucha de los esclavos por la libertad, de los amos por el poder... Y la vida no puede ser dulce y plácida mientras existan los amos y los esclavos...”, dice un personaje de su último libro. A pesar de todo lo realizado por lograr esa libertad, ¡cuánto falta aún que hacer!

Las novelas de Gorki han triunfado principalmente, según mi sentir, porque en ellas prevalece la verdad de la vida, cruda a veces, es cierto, pero sin condimentos al modo naturalista, ni atenuantes románticas. Recuérdame, por su manera, el escritor ruso a Maupassant. Pero es más despreocupado de literatura. Los cuentos de Gorki tienen la menor cantidad posible de literatura, dentro de ella. ¡Cuántos males ocasiona el prurito literario, la constante persecución del efecto! Este escritor, que es un poeta (díganlo “El canto del halcón” y “El hombre”), no adereza la verdad con salsas líricas. Allí está su principal mérito y el secreto de su renombre universal, tan rápidamente adquirido.

DOSTOIEVSKI (1821)

Los rusos se han puesto a la moda con motivo de la revolución democrática que acaban de realizar. Las revistas y los diarios extranjeros vienen colmados de notas más o menos pintorescas acerca del pueblo ruso y sus tendencias de hoy día. Algunos recuerdan la influencia de grandes escritores rusos en el movimiento político que vino a dar al traste con la monarquía de los Romanoff. Anteriormente se ha hablado en estas breves notas de la influencia de Tolstoi sobre los revolucionarios del presente.

De los autores rusos, acaso el más popular en los círculos literarios es Dostoievski, el intenso autor de *Crimen y castigo*. Generalmente se ignora cuáles eran las ideas políticas del gran novelista, acaso el mayor de su siglo. Y sin embargo, la correspondencia íntima de Dostoievski nos suministra algunos rasgos de su espíritu patriota, impregnado de un esclavismo furibundo. Una de sus características es su mala voluntad hacia Turgueniev, cosmopolita y parisiense, “desarraigado”, que terminó por mirar con malos ojos a su propio pueblo.

Dostoievski escribía a su familia: “Lejos de Rusia me siento como el pez fuera del agua. Pierdo mis energías y todas mis facultades”. Era, pues, una especie de Anteo que necesitaba el contacto con la tierra maternal para dar de sí aquellas maravillosas flores de ingenio que tan fuerte aroma exhalan en las páginas de sus libros.

Turgueniev y Dostoievski encontráronse por vez primera en Baden-Baden, y, naturalmente, desde el primer momento, sus contrapuestas ideas provocaron entre ellos discusiones. El eslavismo era el sentimiento predominante del primero; y Turgueniev le soltó a quemarropa la siguiente declaración:

“—Tenemos que ser arrollados por los alemanes; no hay en realidad más que una civilización, y todas las tentativas para crear una cultura moscovita independiente son majaderías y locuras”.

Dostoievski le aconsejó entonces a su interlocutor que buscara un telescopio que le permitiera ver y estudiar desde París, lugar habitual de su residencia, al pueblo ruso.

“—Usted habla a todas horas de ‘cultura alemana’ —le dijo—, ¿pero de qué cualidades ha dotado a los alemanes esa cultura que los hagan superiores a los rusos?”.

A partir de esa época la animosidad entre los dos escritores fue incesante. En *El proceso*, Dostoievski hizo una cruel caricatura de Turgueniev; y en carta a un amigo escribía:

Fui y lo encontré (a Turgueniev), desayunándose. Te diré francamente que nunca he simpatizado con este hombre. Lo peor es que desde hace cinco años le debo doscientos rublos, que hasta ahora no he pagado. No puedo soportar sus modales aristocráticos y de fariseo. Se da ínfulas extraordinarias. Pero lo que más me irrita en contra suya es su libro *Humo*. Él mismo me comunicó la idea principal, el tema del libro, que es como sigue: Si Rusia fuera destruida por una catástrofe y desapareciera del mundo, la humanidad no perdería nada, ni siquiera se notaría la desaparición... Yo he observado que estos progresistas de la escuela de Belinsky encuentran placer especial en injuriar a Rusia. Y luego declaran que la aman. Odian todo lo nativo y se complacen en ponerlo en ridículo.

Es curioso conocer la opinión del gran novelista acerca de los alemanes. En una carta fechada en Dresden, en la época en que Prusia estaba venciendo a Francia, escribía:

¿Habrán rusos que crean que las escuelas son las que les han proporcionado la victoria a los alemanes? Semejante opinión resulta un verdadero delito. ¡Her-

mosa escuela en que los niños son atormentados y martirizados!... Al principio se oía a la gente en las calles cantar *Watch am Rhein*. A estas horas ya no se oye. La mayor agitación existe entre los profesores, doctores y estudiantes; el populacho permanece indiferente. La muchedumbre se muestra tranquila, pero los profesores ostentan suma arrogancia. Todas las noches lo observo así en la biblioteca pública. Uno de ellos, que parece ser muy influyente, ya de pelo canoso, decía anteayer: “Hay que bombardear a París”. Éste es el resultado de toda su ciencia; y si acaso no de su ciencia, de su estupidez. Quizá sean positivamente eruditos; pero son de espíritu horriblemente limitado. En cuanto a las clases del pueblo, todo el mundo sabe leer y escribir; pero todo el mundo es tonto, obtuso, testarudo y carece de altos ideales.

No vaya a creerse, sin embargo, que la mala voluntad de Dostoievski era exclusivamente para los alemanes. De Francia decía que estaba brutalizada y degradada, aunque esperaba que se regeneraría por el sufrimiento, a consecuencia de la derrota del 70. Arremetía contra la costumbre rusa de imitar los modales franceses. “Esas costumbres –escribía– inficionarán a los niños con su vulgar, corrompido, ridículo e imbécil código de urbanidad y con sus nociones torcidas de sociedad y de religión”. Cuanto a Italia, no habría cambiado todas las dulzuras del clima y todas las maravillas de arte que atesora el suelo italiano por la íntima satisfacción de encontrarse en casa, entre rusos. No ignoraba, por cierto, que en la vida rusa “todo era aún pueril y estaba sin desbastar”, pero el resumen de su opinión acerca de la cultura occidental europea se encuentra en estas líneas: “¡Si supieras la honda antipatía, casi aversión, que he concebido hacia la Europa occidental en estos cuatro años!”.

Era un bárbaro genial, dirán algunos, que no acertaba a comprender la civilización de Occidente y que se irritaba contra ella. Es posible. En todo caso era un patriota magnífico. Amó a su pueblo y tuvo fe y confianza en las fuerzas y en los destinos de su patria. Siempre parecerá preferible esa ceguera generosa a la inconformidad menospreciadora con que algunos “intelectuales” miran alrededor de ellos. Ya en nuestra América va pasando, por fortuna, la moda estólica del desdén a lo propio, a lo nacional, y de la imitación de lo extranjero, venga de donde viniera, sin comparación ni previo análisis. El amor a su pueblo fue lo que infundió

a Dostoievski aquella maravillosa energía con que pintó en rasgo que eternizará la emoción humana, el alma pueril, candorosa, fanática y recia de Rusia, que hoy se debate en las convulsiones de uno de los dramas más terribles que conoce la historia.

BUFONES DE SHAKESPEARE

I

Si los personajes que aparecen en primer plano en los dramas y comedias de Shakespeare seducen, asombran, embriagan, embelesan, deleitan, con sus furores, sus melancolías, sus angustias, sus desgracias o su gracia, los bufones que aparecen en sus composiciones reclaman tanto como los protagonistas nuestra atención y nuestra simpatía. Todos son pobres diábolos de buen humor, algo bribones y desvergonzados, pero casi siempre de un fondo cordial y excelente. Lo que les impide aparecer a nuestros ojos con el relieve enérgico y eterno que presenta Sancho Panza, por ejemplo, es que la plebe y el vulgo de señores para quienes se componían aquellos dramas, reclamaba, con implacable y famélico afán, que el gracioso dijera gracias, jugara del vocablo, e hiciera reír con su descaro, cobardía, glotonería y candidez.

Es el mismo *gracioso* de las antiguas comedias españolas, el lacayo feo, mostrenco, gallina y procaz, que presentan para formar contraste con el galán, su amo, todas las comedias de capa y espada. Vestidos de retórica, obligados a provocar la risa a todo trance, pierden parte de su personalidad profundamente humana para convertirse en títeres de feria, más o menos jocosos. Con todo eso, a ocasiones despójanse de esa envoltura con que el convencionalismo teatral de la época los envolvía, y descúbrense entonces, al través de la ruda costra, rasgos supremos de humanidad; la carne viva y doliente de la llaga. Nadie que haya leído con sentimiento simpático la escena de la tempestad en el *Rey Lear*, el diálogo tan lleno de espanto comunicativo y horror trágico entre el rey enloquecido por el dolor y el bufón que sigue ejerciendo su papel de divertir a un furioso maniático en aquella hora horripilante [*sic*].

Cierto que poner en ridículo, de una manera formal y por boca de personajes de otra alcurnia y condiciones que un bufón, las preocupaciones sociales y censurar los vicios generales no era cosa muy hacedera en aquella época. Así como en las cortes era privilegio que sólo poseían los bufones y enanos el de poderles decir la verdad a los magnates, del rey abajo, a los palaciegos ensoberbecidos por la privanza del momento, a las damas lindas y a los mandatarios, sin que tal desacato fuera apreciado como tal, asimismo, en la escena érale permitido al bufón censurar a sus anchas, y con las palabras más acres y duras, las costumbres de ciertos señores encopetados, las ridiculeces de los modales cortesanos, la liviandad de las damas y la crápula de los mozos.

Pero aquellas figuras creadas para regocijo y solaz de los espectadores no siempre son vanos fantasmas ideados por el poeta para completar la tropa de sus duendes expresivos. En realidad, Falstaff viene a ser, en la obra de Shakespeare, un bufón, un bufón épico, cínico, embustero, rijoso y borracho, cuyo buen humor es capaz, ya que no de borrar por completo, por lo menos de atenuar la copiosa suma de sus defectos. Y es un tipo en que encontramos la huella una de una vida persistente. Ninguno que conozca los dramas y la comedia en que interviene podrá olvidar nunca aquel baladrón panzudo, eterno enamorado de las mujeres y del vino, y esa figura perdurará en la memoria, no ya como la de un personaje fantástico, a quien vimos atravesar de prisa por entre la bruma de un relato, sino como la de un hombre de carne y hueso, a quien conocimos hace muchos años en una vieja taberna alumbrada vagamente por hachones humeantes, sentado cabe la chimenea, ante un jarro tremendo de vino, mientras soba a una moza del partido, despechugada e insolente. A su lado yace la enorme tizona, puesta en el tahalí de dimensiones desmesuradas, y su vientre potente, fornido y amenazante como una ola, se hincha en temblores de respiros y risas, acorde con su cháchara estrepitosa y pintoresca, y con las carcajadas amplias y sonoras que le abren la boca como en espasmos de júbilo.

Tal fenómeno nos ocurre con todos aquellos personajes de la fábula a quienes anima el soplo divino de la verdadera inspiración. Tal nos ocurre cuando comparamos con Sancho y hasta lo tenemos como legítimo com-

pañero de él al gordo albardán de mente obtusa y maliciosa, o al Quijote con aquel que se la pasa soñando sueños imposibles y hermosos.

Asombrados y confundidos por sus compañeros del mundo shakesperiano, los bufones, si se les mira de cerca, aparecen de súbito dotados de vida intensa, riendo con sus anchas bocas sardónicas, con sus ojillos de malicia y de vaya, prorrumpiendo en chacotas amables y en equívocos sabrosos. En ese mundo confuso y risueño no todo, sin embargo, es alegría, de vez en cuando estalla un sollozo bajo la corteza forzosa de las sonrisas y de las bromas, como aquel gemido profundo y lúgubre que resonaba, con desesperada angustia, bajo la máscara de los histriones, en el cuento de Marcelo Schowb...

II

LA CUESTIÓN BACON-SHAKESPEARE

En *The Dial*, de Chicago, el profesor Moorfried Turner consagra, a propósito del centenario del autor del *Hamlet*, un artículo a la cuestión Bacon-Shakespeare, “resabio –dice él– de una crítica fetichista y superficial que confunde las cuestiones estéticas e ideológicas con el estudio de personalidades, más o menos fútil”.

Según el articulista, el caudal de tinta que se ha empleado en el debate de la cuestión Bacon-Shakespeare, no ha producido ninguna ventaja para el conocimiento exacto de Shakespeare. Los comentadores de este oscuro e intrincado problema han perdido su tiempo. El profesor Turner les encuentra mucha semejanza con aquellos teólogos que se pasaron la vida disputando acerca de los atributos del Dios que ellos propios se habían forjado en las exaltaciones de un delirio místico, descuidando estudiar la obra del Creador que tienen a la vista, cuyas leyes y armonías les ofrecen no sólo materia inagotable de observación y aprendizaje, sino fenómenos útiles, aprovechables para el bienestar humano. A este criterio positivista y aún utilitario se une en el artículo de Turner una decidida tendencia individualista:

¿Qué ganará la inteligencia humana con saber si fue Bacon o el histrion Shakespeare quien compuso los magníficos dramas y las hermosas

comedias que todos admiramos? Cualquiera de esos nombres que se les aplique siempre será uno mismo el dramaturgo. Si convenimos en que existe un Dios todopoderoso, ¿qué más vale llamarlo Alah o Jehovah, Jove o Júpiter? Si existe un autor de las obras de Shakespeare ¿qué puede importarnos que se llame Shakespeare, Bacon o míster Smith? La cuestión es de un bizantinismo insípido y fofo.

No son en verdad privilegiadas inteligencias las que se ocupan hace años con el prolijo examen de esta cuestión. Es cierto que no debe censurarse a los aficionados este empeño de aclarar un enigma que parece indescifrable. Tal manía, como la de los millonarios que por tedio se ocupan en coleccionar cuadros o estampas cuyas bellezas son incapaces de sentir; o en fundar hospicios, aunque no experimenten la santa e íntima emoción de la caridad verdadera, resulta, al fin y al cabo, provechosa aunque sus móviles sean mezquinos o espurios.

Pero es intelectualmente más provechoso el estudio del teatro shakerperiano, modelo de elevación, de gracia, de fuerza artística y de magnífica elocuencia. El genio inglés alcanzó allí el ápice del brío creador y expansivo, y para encontrarle pares hemos de ir a buscar a los terribles profetas bíblicos, a Dante o al Manco de Lepanto, cuyo centenario también se celebra en estos días.

El hombre que compuso esas obras geniales se llama Shakespeare en nuestro espíritu y así seguirá llamándose en el de nuestros descendientes. ¿Qué nos importa que Job no se llamara así sino con cualquiera otro nombre familiar a la casta judía? Shakespeare será por los siglos el autor del *Rey Lear* y de *Macbeth*.

Y será más grande cada día porque no tuvo en su tarea creadora espíritu de aparcería ni de “nacionalismo”, como se diría ahora: fue autor plena y totalmente humano como Dante, como Cervantes, como Swift, como Rabelais, como Tolstoi. Su influencia dentro del género humano es siempre eficaz; y para no sentir la melancolía de Desdémona cuando canta la canción del sauce, o la desesperación del Rey Lear fugitivo o las angustias metafísicas del Príncipe dinamarqués, es necesario ser un botocudo, un patagón; de espíritu tenebroso y árido... o un comentarista de los que discuten todavía la cuestión Bacon-Shakespeare.

III EL ESPÍRITU DE SHAKESPEARE

Los espiritistas no se paran en pelillos. Es cierto que la persona que se atreve, de buena o mala fe, a evocar el espíritu de un difunto para acosarlo a preguntas indiscretas y aún ofensivas, es capaz de todas las fechorías imaginables.

Con los espiritistas es imposible sulfurarse, aunque incurren en los mayores desmanes. Si no fuera porque el comercio con los espíritus tiene sus puntas y ribetes diabólicos, nos sentiríamos inclinados a reír ruidosamente de las demasías espiritistas, de sus mesas parlantes y de sus sibilas cincuentonas. Pero el diablo le impone cierto respeto sordo hasta al más escéptico.

Tan animosos son los espiritistas neoyorquinos, que se han atrevido a interrogar nada menos que a Shakespeare.

¿Para descifrar el misterio de la persona que escribió los dramas insuperables? No tal. Los espiritistas saben que la crítica literaria no haría caso del dictamen por ellos “recogido” o aderezado y que en cuestiones de esa laya el vulgo no tiene voz ni voto. No les ofrece, pues, aliciente el problema Shakespeare-Bacon. Lo que les interesa es lo que llame la atención del público “grande”, los asuntos que llegan a la tercera página de los diarios y atraen hacia él o la médium la curiosidad, casi siempre malsana o enfermiza, de los necios y de los cazadores de impresiones fuertes o raras.

Un tal míster Chaloner, que tiene ya tiempo consagrado a la siniestra tarea de conjurar espíritus por medio de un lápiz que se mueve a impulsos del alma evocada, ha tenido la fortuna de servirle de intérprete a Shakespeare. El gran poeta dictó, para que Chaloner las escribiera con su lápiz de conjurador de muertos, dos nuevas escenas del *Hamlet*.

Pues habéis de saber que Shakespeare está arrepentido de haber escrito *Hamlet* tal como lo escribió y desea ahora, al cabo de los siglos, hacerle algunas modificaciones mayores de marca. Parecerá raro que un autor contraríe y desilusione a un mundo que durante generaciones sucesivas ha venido considerando al *Hamlet* como una de las obras maestras

del ingenio humano y como el ápice del arte dramático. Pero los lectores deben tener en cuenta que Shakespeare está hoy día despojado, en la inmortalidad del cielo o del infierno (que en esto no es explícito el médium), de todas las menudas vanidades que afean y oscurecen la menuda vida terrenal, por eso no es tan raro que confiese haber incurrido en errores graves que desea corregir por medio del diligente míster Chalone. Las pifias que ha observado en lo que juzgábamos nosotros obra maestra no lo dejan dormir en la eternidad y está ansioso de verlas subsanadas.

¡No os preocupéis, escritores desgarrados y premiosos, por la fuerza lentitud con que vais produciendo vuestras obras! No importa. Cuando muráis, podréis dedicaros a limarlas y pulirlas con toda la calma lenta y amorosa que se os antoje en el fondo de vuestra vida sempiterna. Pues, según parece, la gente huelga en el reino de Hades. ¿Cómo explicar, si no, la puntualidad con que los difuntos acuden, en cuanto los conjuran, a las mesitas diabólicas y la profusión de su cháchara gárrula?

Shakespeare le ha dicho a míster Chaloner que Ofelia no perderá el juicio en la nueva versión del *Hamlet* y que suprimirá la famosa escena del camposanto (*Alas, poor Yorich!*). En la obra, tal como saldrá corregida de ultratumba, Ofelia se envenenará cuando Hamlet y Laertes crucen los aceros; y los amantes morirán el uno en los brazos del otro.

Lo que asusta es que míster Chaloner tiene ya escritas, con su espantoso lápiz “intermediario”, las nuevas escenas del *Hamlet* y que los admiradores sensatos de Shakespeare no lo remedian a tiempo, los espiritistas son capaces de intentar y llevar a cabo la representación del nuevo drama. Si algún empresario avizor de los que aquí abundan columbra la posibilidad de llenar un teatro siquiera durante cien noches con espiritistas ansiosos de presenciar los estragos producidos por míster Chaloner en el *Hamlet*, es imposible prever ni calcular a dónde llegará la profanación.

Shakespeare no tiene quien lo represente, quien lo defienda de estas tropelías. Está a merced de los explotadores de la necesidad del público. Los periódicos comentan con frívola ironía la desgracia del *Hamlet* y a todos les parece la aventura muy divertida.

LAS BELLAS ARTES

EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

VARIOS ARTISTAS y aficionados y unos cuantos escritores han instalado en Caracas un centro de trabajos artísticos. En el conjunto de quienes lo forman predomina el elemento juvenil, es decir, el entusiasmo y la inexperiencia. Si la inexperiencia, que suele ser precipitada en sus proceder y es indiscreta en ocasiones, podría parecer un peligro para la vida misma del nuevo centro, el entusiasmo, prenda valiosa de la juventud, compensa con creces las debilidades que ella produce y es fianza cierta del triunfo.

Se proponen los fundadores de este Círculo¹ cultivar las Bellas Artes con la más amplia libertad, como no pueden permitirlo los institutos oficiales, congregarse en una tienda abierta a los cuatro vientos, sin normas impuestas, sin métodos exclusivistas, sin sistemas. Si logran realizar el intento cumplirán una obra de incalculable utilidad.

La enseñanza oficial de las artes, la que suministra gratuitamente el Estado, tiene que proceder, por discreción y prudencia, imponiéndose trabas, según un plan que —precisamente porque debe ser concebido con la perspectiva de muchos años de desenvolvimiento, y ejecutado con parsimoniosas y seguras demoras— debe ser lento y exige el cumplimiento de duras disciplinas. Nuestros pintores, nuestros escultores, nuestros músicos son escasos relativamente, ni las condiciones de nuestra vida les permiten crear estudios o academias libres de la fiscalización y vigilancia oficiales. Y como existen entre los principiantes algunos de verdadero talento y de nobles iniciativas a quienes repugna por temperamento o

1. El “Círculo de Bellas Artes” fue fundado en septiembre de 1912.

por convicción las normas rígidas del instituto oficial, es preferible que, antes que renunciar al aprendizaje por desgana que crea el descontento o inconformidad, procedan a buscarse a sí propios, investigando todos los senderos que se les ofrecen al paso. Ignoro por qué podría parecer algo así como despegue del Instituto la creación de este “Círculo” libre. Por el contrario, creo que traerá un beneficio de que antes no disfrutábamos. En primer lugar, el alumno de la academia oficial, bien puede ocurrir al centro independiente en busca de elementos que allá no encontraría, en busca de doctrinas y tendencias estéticas que allá deben prohibirle; y el estudiante o el aficionado del círculo encontraría a su vez en la Academia una enseñanza clásica, igualitaria y metódica que siempre le será útil, ya desde el punto de vista del indudable adelanto técnico, ya, porque penetrando en el conocimiento de ciertas inclinaciones y ciertos cánones artísticos contrarios a los suyos, afirmará su convicción contraria o quedará convencido de que se encuentra en un error. Como los miembros del círculo obren con sinceridad y con perseverancia es seguro que coronarán al fin una cumbre de alto ideal.

Los elementos de que disponen son, naturalmente, precarios. Todo deben hacerlo por sí propios; es muy conveniente que así sea, porque en resumidas cuentas dentro de poco se verá quiénes son entre ellos los que tienen verdadera vocación, los que se sienten impulsados por una íntima fuerza a seguir este o aquel camino, con fe, valor y constancia. El incapaz, o el que se engañó a sí propio creyéndose bien dotado para ejercer una función artística determinada, ciará a poco en el empeño y manifestará su carácter débil o su inteligencia corta. Si acaso en el grupo relativamente numeroso se encuentra un núcleo capaz de resistir la carcoma del desaliento y los soplos ásperos del pesimismo que suelen derrumbar nuestras más lindas y esbeltas torres de ideales, perdurará este concilio de artistas, y con el tiempo cobrará bríos, autoridad y tendencias expansivas. Deseemos que entonces no lo invada la roña maligna de quererse conservar uno e inalterable, que es el peligro de todas las sociedades; si de antemano no se propone la evolución, permanente y constante, estará perdido dentro de poco, el día en que pretenda petrificarse en el orgullo inalterable de la obra realizada.

Que no será así, porque en su seno existen espíritus de gran cultura, animados de fervido amor por la Belleza, llenos de tolerancia, de bondad intelectual y de fe en la eficacia redentora y regeneradora del arte. Pero entre los muchos consejos que se les han dado a los jóvenes que acaban de asociarse, no huelga colocar el consejo de que traten de vivir en el momento presente. Lo pasado ni lo futuro existen en realidad, ni mucho menos deben existir para el artista. El artista sólo debe curarse del pasado y de lo porvenir para convertirlos en cosas actuales. En la hora en que vivimos están condensadas muchas vidas pasadas y muchas vidas futuras. Este momento y esta acción de ahora son el producto de una infinita serie de momentos y acciones anteriores, y serán origen de una infinita serie de momentos y acciones venideras. Aferrarse a tal visión de antaño o empeñarse en alcanzar cualquier bien venidero es tan absurdo como aspirar a romper las leyes del tiempo y del espacio, como si pretendiéramos parar el curso del primero con sólo detener las manecillas de los relojes, o recorrer el segundo en un solo vuelo de ave torpe.

Por último, debemos alegrarnos de que la iniciativa individual comience a rendir buenos frutos. Y más todavía porque se trata en el caso presente de un gremio sobre el cual han querido acumularse siempre los estigmas de la pereza, del desorden y de la falta de perseverancia. Aquí, más tal vez que en ninguna otra parte del mundo se considera al artista de cualquier arte como entidad sin significación ni importancia, ser nulo y aún estorboso, que se la pasa soñando sueños estúpidos y cuya vocación es la haraganería. Por eso este ejemplo de entusiasmo por el trabajo y por la Belleza resulta de magnífica moralidad pública. Moralidad no en el sentido en que la entienden ni los tartufos, ni los utilitaristas, sino en el otro alto y perfecto sentido que le asignan los que quieren ver conciliadas en el mundo, como un grupo de las tres gracias omnipotentes, a la Verdad con la Bondad y con la Belleza...

III

Expresaba Thackeray en sucintas palabras una idea que quisiera yo ver grabada como lema de acción y emblema ideal en vuestros espíritus. De-

cía el gran escritor inglés que la vida es para el hombre como un espejo que reproduce sus gestos y sus actitudes: aquél cuya existencia está poblada de tenebrosos pensamientos y de feas acciones, encontraría en el mundo tinieblas y maldad, aquél que ilumina su existencia con las claras sonrisas del bien, hallará reproducidas en el mundo claridad y sonrisas.

Esto que a primera vista podría aparecer sólo una simple fórmula de moral, es en realidad un canon de estética; porque no es la conciencia la que reproduce acciones brindándonos la recompensa de la alegría por las hermosas e imponiéndonos el castigo de la pesadumbre por las malas; sino que también el mundo exterior nos devuelve en hermosura y en goce los esfuerzos que realizamos por la belleza. ¿Qué otra cosa es el júbilo de la obra realizada sino el pago con que esa misma obra agradece nuestro esfuerzo por realizarla?. Al contemplarla y hallarla buena, vemos cristalizada en elementos materiales una parte de nuestro espíritu, podemos disfrutar de un placer amado de los dioses, el placer de sentirse capaz de crear belleza con el solo esfuerzo del espíritu, el placer del padre que contempla a su hijo gallardo y robusto, triunfante.

Al congregarnos para instalar este humilde centro de arte, no debéis pedir a vuestros compañeros más que esa sencilla intención de no hacer gestos torpes, ni brutales, ni feos. El pensamiento unánime de todos debe fincarse en producir belleza. A los comienzos tal vez parecerá que tal intención no redunde en beneficios palpables; pero podéis estar seguros de que en el árbol que creéis seco y estéril reventarán a la postre primero los capullos de las flores y luego cuajarán y madurarán los frutos de la recompensa. Ningún esfuerzo es perdido si se ejecuta con el ánimo todo empapado en el amor del Bien y de la Belleza. Ese riego de amor fertiliza los eríos más ásperos, ilumina las cuevas más brancas, despunta y arrasa las más enconadas espinas, desvanece las tinieblas más espantosas. Su influencia parece nula, insignificante, ineficaz; pero es que la impaciencia humana quería hacer nacer, crecer y florecer plantas en el breve espacio de unas horas, como los mágicos hindúes. Sólo el tiempo refrenda y garantiza la eficacia del esfuerzo. Quien se pone a edificar sobre cimientos deleznales y confía por premura en el primer material que a mano le cae, verá perecer su obra deshecha por el primer turbión que sobrevenga, y

acaso perecerá el propio bajo sus ruinas. Precisa sudar de fatiga y acaso desesperarse de espera para elegir el terreno propicio, para aterrar árboles de dura madera, y acarrear las pesadas piedras angulares, y erigir las columnas, y bornear los paramentos decorosos: al cabo surgirá el edificio, magnífico y fuerte, fulgurante como el júbilo de una victoria.

La impaciencia y la prisa no suelen ser prendas válidas para el triunfo, y en la empresa que emprendéis resultarían venenosas y mortales. Algunos reflexionan que de nada sirve la lucha y el trabajo si no hemos de disfrutar de su rendimiento, si no hemos de saborear la dulzura del fruto cosechado, si no hemos de vivir a la sombra de la vivienda que edificamos; y que las fatigas y las penas de Moisés en su obra de liberar al pueblo hebreo y conducirlo a la tierra prometida no son envidiables porque apenas divisó en una lontananza desconsoladora las comarcas que Jehová prometiera a la raza judía. Precisamente importa comprender el símbolo que encierra la muerte del jefe hebreo lejos del suelo de promisión. En la Biblia el mito mosaico simboliza las amarguras de la servidumbre, el amor constante de la patria perdida, el ansia permanente de redimirse y de conquistar, con la libertad, la ventura y la fuerza: sentimientos en que predomina sobre el egoísmo brutal que prefiere holgarse y refocilarse en medio a los hermanos en esclavitud y congoja, el amor de la raza, el amor del porvenir venturoso de la raza, que impone sacrificios y no promete más premio que la satisfacción que proporciona la obra acabada, porque muy feliz fue Moisés, que pudo refrescar sus ojos y su corazón con la perspectiva lejana de la tierra prometida, ya que los más de los hombres que han bregado por conquistar para sus hermanos una tierra mejor, apenas si han logrado entreverla dentro de sí propios, en el reconfortante ensueño que les alumbra las entrañas.

El desinterés total, el olvido de todo premio inmediato y palpable, es condición esencial para que obras de esta naturaleza resulten fecundas. Cada quien debe emprender la tarea a que se sienta inclinado con el pensamiento exclusivamente puesto en la belleza, y a sabiendas de que es muy probable que sus ojos no alcancen a deleitarse con la hermosura que un día brotará de este esfuerzo acorde y convergente de todas las voluntades. En el espejo de que habla el inglés no debe uno verse con

miras de comerciante ni con esperanzas de avariento: para que el espejo nos devuelva en belleza el gesto bello que trazamos, es menester que sea desinteresado, espontáneo, nacido de un irresistible impulso del corazón o de la mente. Al obrar de otro modo, al intentar vender nuestras acciones por precio halagador, así como quienes dan la limosna con la mente puesta en el ciento por uno que les ofrece el Evangelio, destruiremos la virtud del espejo simbólico, y responderá con una mueca espantable a la pantomima que creíamos de suma gracia. Nuestra satisfacción propia debe ser nuestra única recompensa, y el convencimiento –la visión de Moisés– de que si la perseverancia y la buena fe no nos abandonan, un día, en este mismo lugar o en otro lugar cualquiera de la patria, con este nombre con que hoy nos reunimos o con otro nombre cualquiera, nuestra labor y nuestro entusiasmo habrán producido un fuerte y numeroso grupo de artistas. Contemple el pintor su cuadro y el escultor su estatua y oiga el músico su música; y cuando sólo con eso se sientan felices y pagados del desvelo que les costó la romanza o el bronce o la pintura, podrán decir que son en verdad artistas.

Pero la conciencia del arte, ni siquiera la conciencia del propio mérito superior, autoriza para mirar hacia el resto del campo de la vida con aquel desdén que preconizan vanidosos sectarios de la llamada “bohemia artística”. Dejemos que el bohemio tilde de inmundo y grasoso al burgués y que el universitario se mofe del filistino. Acaso tengan razón. Pero en ningún caso debemos pensar que por el hecho de ser fervorosos cultivadores de un arte ya estamos desligados de toda otra obligación en la existencia. Precisamente atañe con mayor autoridad al verdadero artista, al que ama y comprende intensa y gozosamente la belleza, ejercer influencia sobre sus semejantes, y dar también ejemplo de pulcritud y de decoro. Existe el pernicioso concepto divulgado con atolondramiento por algunos de los que debían combatirlo, de que el artista por solo serlo, debe zafarse de todas las trabas convencionales y vivir en el desenfreno, atropellando toda ley y todo respeto humanos. Algunos hombres del Renacimiento, figuras tentadoras al través de las brumas doradas de la leyenda, cuyas obras nos deslumbran con esplendor de legítima hermosura inmortal, sirven con su historia complicada, llena de gloria y de perversidad, para

cohonestar el concepto. Pero ¿no hubiera sido preferible que las manos con que Benvenuto forjó el *Perseo* hubieran sido manos limpias de sangre y que muchos artistas creadores de belleza hubieran sido al propio tiempo defensores de la verdad y ejecutores de bien? ¿Acaso vivir es sólo escribir prosas atildadas, pintar cuadros magníficos, esculpir grupos armoniosos? No: la vida impone otras obligaciones cuyo cumplimiento estricto importa tanto como el arte mismo, porque ellas aseguran y completan la verdad del arte y su influjo benéfico sobre los hombres. Los que aconsejan y practican el divorcio entre el arte y la vida, no son por lo común ni buenos artistas ni buenos hombres. La vida y el arte deben correr paralelos y acordes como arroyos de música análoga. La armonía y consonancia entre el arte y la vida, mientras más perfecta sea, mejor asegura la fuerza vital del arte y la belleza de la vida.

Considerarse aislado, como ente excepcional y único en el universo, es una aberración de consecuencias fatales para el propio individuo. Ciertamente que uno, en realidad, es el centro del universo sensible: pero esta posición predominante del *yo* no debe excluir del propio campo que el *yo* percibe y hasta pudiéramos decir que el *yo* crea, ninguna de las cosas por él percibidas o creadas. El individualismo se convertiría en nihilismo e inclinación suicida cuando quisiéramos prescindir de los elementos que acaso no existen sino dentro de nosotros y que la común creencia sitúa en limbos extraños. Siendo como somos un microcosmos, debemos atender a todas las fuerzas y las entidades que lo integran, so pena de destruir la íntima armonía de nuestro propio ser.

Por eso debemos cuidarnos de que el universo es una asociación, de que formamos parte de una sociedad de seres. Esa sociedad toma formas y nombres diversos; pero requiere organización y necesita de mil distintas actividades. No es la menor ni la menos útil la del artista. Pero el artista debe pensar en que es hombre; y la calidad de hombre y el papel que el hombre se ha arrogado o que le ha correspondido en la naturaleza, impone el cumplimiento de prácticas que excusen su acción de dominio o refrenden los eventos del azar o la disposición de poderes superiores. Tenemos que ser buenos y útiles, no para logro de utilidades de agradecimiento sino para mantener y esclarecer la armonía humana; tenemos que

ser patriotas, no para vestirnos fútiles ropajes de consideración pública, sino por consideración a nosotros mismos, para que la colectividad a la que pertenecemos, sea fuerte y buena y dichosa, con fortaleza, con bondad y con dicha que se reflejarán sobre nosotros mismos, por instinto de conservación, para decirlo con la palabra descarnada. La patria impone obligaciones al ciudadano, hasta el más tosco y oscuro de la grey que forma la nación; y con mayor motivo debemos reclamar su cumplimiento a los artistas, a los cultores de belleza, a aquellos que se encuentran por su cultura intelectual situados a un nivel donde puede y debe reclamarse mayor capacidad ética. Ciertamente que el simple cultivo del arte representa una contribución de decoro y de orgullo rendida a la patria; pero ello no basta, y se necesita que el artista, sin salirse de los límites modestos asignados en nuestras repúblicas a sus actos, lleve su grano —que no de arena será, sino de oro obrizo— a la fábrica de la nacionalidad. Haciendo arte tratemos también de llenar con la cabalidad que cumple a seres cultos y sensatos nuestros deberes de ciudadanos.

Congregados en ágape fraternal hemos de pensar primeramente en prescindir de los dogmas de cualquier linaje que sean. En arte, como en todo, la disparidad, divergencia y contradicción de las opiniones, es condición sin la cual quedaría destruida toda posibilidad de adelanto. Los conocimientos humanos, hoy vastísimos, se han adquirido merced a una serie de contradicciones sucesivas. Cada teoría, cada fórmula filosófica, estética, literaria, política, ha ido dejando en el depósito común del conocimiento lo que encerraba de incontestable e incontrovertible. Mas los mismos errores de las doctrinas y de las escuelas han sido útiles, siquiera porque han provocado su refutación, ya que el error no es un crimen sino cuando lo predica aquel que está convencido de que predica un error. Si las doctrinas estéticas llegaran a fundirse en una sola o bien si una sola llegara a imponerse con absoluta preponderancia, podríamos asegurar que el arte iba a morir dentro de poco. Falto del calor de la controversia y del entusiasmo que infunde la gloria de las demostraciones plásticas, se petrificaría en un sempiterno gesto de momia, acaso bello, pero único.

Y el arte no es, no puede ser único. Deseemos que junto a los partidarios del más riguroso clasicismo, junto a los más convencidos defensores

del romanticismo y sus derivados, vengan a reunirse con nosotros sectarios fervientes de las escuelas nuevas, por más extravagantes, por más absurdas que puedan parecernos, desde los adscritos al simbolismo esotérico hasta los frenéticos enamorados de la comunión futurista. Mientras más vario sea este círculo será mayor la fuerza. Debéis enderezar vuestros propósitos no a ser una manada dócil, de libreas uniformes, como cáfila de esclavos, sino un conjunto de hombres libres que deliberan, en que cada quien elige su camino, y en que cada quien disfruta de su albedrío a todo su talante. La tolerancia es la mayor de las virtudes del espíritu. Ella, como varita mágica, trueca rencores en sonrisas, asegura la paz, rompe el molde estrecho de las malas pasiones. Pero para tolerar es preciso comprender. Tratad, pues, de comprender. Comprender el error es tenerlo ya vencido. Y seréis victoriosos del error y culminaréis en verdadero triunfo el día en que pueda decirse que este Círculo es como el amplio templo de la Tolerancia...

LA PINTURA EN VENEZUELA

I

Con los penates del Conquistador vinieron a Venezuela los primeros cuadros en que se reflejaba alguna vislumbre de arte. Los aborígenes de la Costa Firme apenas si lo conocían en sus formas rudimentarias y simples: su designio artístico no pasaba de pintarrajearse la faz lampiña, grabar en la piedra la silueta tosca de las bestias familiares; adornarse la testa con plumas arrebatadas a las aves versicolores de la selva nativa; y arrancar al botuto el lamento plañidero del infortunio o el vivaz alerta de la guazábara. El español aventurero que pasaba a Indias seducido por la visión de los maravillosos Dorados no trajo ni la preocupación ni los sentimientos estéticos. Y así pasaron siglos sobre la obscura colonia. Los primeros cuadros vinieron a la Capitanía General traídos por devotos a adornar los templos católicos; y acaso algún curioso fraile entretuvo los ocios del claustro trasladando al lienzo la imagen de la Virgen María o la gracia risueña del Dios Niño. Pero estas obras, frutos de incultas aficiones, no

merecían ni adquirieron nunca fama. España enviaba a las iglesias de sus colonias los retablos, no siempre excelentes, a pesar de la opulencia y esplendor de la escuela española de la época.

Por lo demás, el sistema colonial no era propicio al amor a las bellas artes, ni mucho menos a su cultivo. Fue menester que sobreviniera la Independencia y que la República se estableciera formalmente para que principiara a apuntar en Venezuela las tendencias artísticas. Amodorrada primero en aquella especie de larga siesta tropical que fue la colonia, no tuvieron coyuntura tampoco para manifestarse durante la era sangui-naria de la guerra emancipadora, cuando todas las energías del pueblo se consagraban a la defensa o a la destrucción del gobierno realista.

El estudio de los orígenes de la pintura venezolana puede ser asunto para un estudio curioso, pero árido, que no cabría en un simple esbozo. La tradición y la historia conservan ciertos nombres oscuros, más meritorios ciertamente por la generosidad del esfuerzo realizado que por el fruto obtenido. Mientras las artes literarias alcanzaron auge y brillo en los primeros años de la República para oscurecerse luego y recobrar su esplendor en las postrimerías del siglo, la pintura sólo vino a tener cultivadores afortunados a fines de la pasada centuria.

El primer nombre con que tropezamos a comienzos del siglo XIX es el de Pedro Lovera, artista de vocación que realizó la maravilla de pintar cuadros muy pasaderos sin haber tenido maestros nunca. Algunas hazañas parecidas se han cumplido en Venezuela y esto da fe, cuando menos, de la tenacidad de nuestra gente, tenida por todo el mundo como frívola e incapaz de perseverancia. Puede conjeturarse lo que haría el bueno de Lovera en tales condiciones, sin más escuela ni modelos que los retablos de los templos y el espectáculo de la naturaleza. Si sólo hubiera pintado, su nombre probablemente habría quedado perdido con la memoria de los ancianos de la época, maravillados de sus raras dotes. Pero hizo algo mejor y más duradero que sus cuadros y fue fundar en Caracas una escuela de dibujo y pintura y sacar discípulos aprovechados para la época y el medio. Aquella escuela fue, puede decirse, el germen primordial del arte venezolano. Sus discípulos no eran escasos; y aunque no logró infundir en ninguno de ellos la temeridad de su vocación ni crearles aptitudes de que

seguramente la naturaleza no les había dotado, tuvo a lo menos la gloria y la fortuna de acreditar su arte, de sembrar el amor por la belleza de las formas, del color y de la luz en almas juveniles y ardientes. Las crónicas de la época nos hablan de Celestino Martínez y de un hijo de Lovera que llevaba el mismo nombre del maestro, como de los más aprovechados y hábiles.

Años después, la Sociedad de Amigos del País fundó en Caracas una escuela de dibujo que dirigió Joaquín Sosa, a quien sucedió más tarde como profesor Antonio José Carranza, artista de cierto mérito que poseía ya conciencia segura de su arte. Fue Carranza quien inició allí la enseñanza de pintura al óleo. La escuela funcionaba en el antiguo Convento de San Francisco y estuvo concurrida, aunque no dejó mayores huellas de su eficacia. El mismo Carranza fue nombrado profesor de dibujo y pintura al fundarse el Instituto de Bellas Artes de Caracas.

Ramón de la Plaza menciona en su estudio sobre las bellas artes en Venezuela, a Manuel Cruz, quien hizo estudios especiales en Madrid y Roma y pintó innumerables telas. El mismo crítico habla con encomio de su cuadro *La fontana del Papa Julio*. De Europa regresó Cruz a Caracas, pero parece haber abandonado la pintura sin remordimiento para dedicarse definitivamente a las faenas agrícolas. Acaso descubrió tardíamente su falta de vocación; acaso, contrariado por las condiciones del ambiente, poco propicio en aquellos tiempos al ejercicio de las artes puras, renunció a la paleta y a los pinceles y prefirió refugiarse en el seno cordial y disolvente de la naturaleza del trópico.

Carmelo Fernández, sobrino del general José Antonio Páez, vino a Caracas en 1822, siendo aún niño. Manifestó disposiciones felices para el arte y fue enviado muy joven a Nueva York, de donde regresó en 1827, emprendiendo entonces los estudios que imponía la carrera de ingeniero militar. Es a este Carmelo Fernández, a quien debemos los retratos que aparecieron en la primera edición de la *Historia de Venezuela* de Rafael María Baralt. Precisamente con ese motivo fue Fernández a Francia, donde perfeccionó sus conocimientos artísticos. Cuando regresó a Venezuela se entregó a la enseñanza del dibujo y de la pintura y puede decirse que su academia fue la semilla de la pintura venezolana: discípulo suyo en esa

época fue Martín Tovar y Tovar, en quien el maestro supo avigorar todas las fuerzas incontenibles de la vocación, estimulándolo a perseverar en el arte. No era tarea fácil, grata ni prometedora de delicias en aquel tiempo, elegir como profesión la pintura. La sociedad contemporánea no estaba organizada aún para apreciar el mérito del amor y del culto de la belleza, y la consagración a una actividad de tal índole parecía más bien pigracia de mozo mal entretenido que alta función social. Pero Tovar poseía, además del talismán de la vocación, ciertas facilidades que le allanaron el camino y le permitieron llegar sin tropiezos a convertirse en un maestro, acatado por todos, y que gozó el magnífico orgullo de ver cómo a su lado se formaba una generación heredera de su entusiasmo y de su talento. Tovar estuvo en Europa e hizo estudios formales en Francia con Cogniet; en España con Madrazo. Su personalidad como pintor no es extraordinaria, pero sí resaltante; y en Venezuela fue el primer ejemplar de artista sincero, ingenuo y consciente que logramos poseer.

Dice el crítico venezolano Ramón de la Plaza, refiriéndose a Tovar:

Ha podido Tovar fundir los varios caracteres de las escuelas que ha estudiado. Así como propia es franca su manera. Su colorido, sin ser fuerte, es brillante, natural y pastoso. Sus localidades son armoniosas; su dibujo firme y correcto; la semejanza de sus modelos perfecta; la difícil fundición de los tintes de la encarnación, muy señaladamente en nuestras morenas, sin embadurnar el colorido es jugosa y de una admirable transparencia.

Fue Tovar el autor de los célebres cuadros que exornan el *plafond* del Salón Elíptico del Capitolio caraqueño, concebidos con intenso fervor y ejecutados con sumo acierto. La visión de la gran guerra apareció a sus ojos no ya con la rudeza y ferocidad que tuvo en los primeros años cuando la horda de llaneros, con Boves o con Páez a la cabeza, pasaba por las sabanas como torbellino de estruendo y de cólera, erizado de lanzas; centauros furibundos de pecho lacerioso, rostro pálido y ojos de llama; héticos caballos que parecían animados sólo por el frenesí de los jinetes; por fondo de esa visión espantosa, pueblos en ruinas, escombros humeantes, carroñas devoradas por los “zamuros” y campos yermos. Era

la “roza” previa para la fundación de la patria. Como el labriego que llega al margen de la selva virgen y sabiendo que el hacha fatigaría su brazo antes de que pudiera abrir una brecha en el corazón hostil del bosque tropical, apela al fuego y somete a su voracidad la labor, así obran en los años trágicos de la República los caudillos exterminadores. Pero está por venir aún el artista que ha de fijar en el lienzo las fisonomías duras y crueles de los héroes, alumbradas por el cárdeno resplandor de los incendios que los circuyen. Tovar interpreta la epopeya cuando ya la guerra se ha regularizado, después de la derogación del tremendo decreto de Trujillo. Así, sus militares aparecen cabalgando en lozanos corceles, vestidos con uniformes resplandecientes, congregados en Estados Mayores que chispean de pura gala: sólo queda de la verdad histórica el ímpetu brutal del choque y la carnicería cuyo estrago se sobrepone a las componendas del arte, pero aún en ese mismo espectáculo persiste cierta compostura adecuada al estilo y procedimientos del pintor. El atuendo, el esplendor, el movimiento dramático de estos cuadros de Tovar son únicos aún en Venezuela.

Pintó también Tovar la popularísima *Firma del Acta de Independencia*, cuadro noble, lleno de solemnidad y de gloria en que cada uno de los personajes históricos que en él aparecen representa un esfuerzo gallardo de reproducción histórica y aún psicológica, pues el artista se esmeró y lo consiguió en mucha parte, en dar a cada fisonomía y a cada actitud una recóndita armonía, que expresara el carácter de cada personaje, tal como vive en la imaginación de los venezolanos.

Al lado de Tovar aparece su discípulo Herrera Toro, que alcanzó fama especialmente como pintor de asuntos religiosos, género en que dejó algunas obras notables. Después de haber hecho sus primeros estudios en Caracas bajo la dirección de Tovar, Herrera Toro vivió en París y luego en Italia. Completados sus estudios regresó a Venezuela en 1879. El Arzobispo de Caracas le encargó entonces los cuadros que exornan el presbiterio de la Iglesia Metropolitana: *La Asunción*, *La Fe*, *La Esperanza* y *La Caridad*. Por fortuna la índole de este trabajo se acordaba con las íntimas disposiciones del artista, quien no tuvo que sofocar sus nativos impulsos ni constreñir su ánimo para cumplir el encargo. Esos cuadros

eran cordial perfume de fe y evocan con enérgica dulzura a las virtudes y la santidad que los católicos veneran. *La Inmaculada Concepción* y el *Bautizo del Salvador* que existen en la iglesia caraqueña de Altagracia son, asimismo, del número de sus cuadros más alabados.

Herrera Toro dirigió los últimos años de su vida la Escuela de Bellas Artes de Caracas, en cuyo recinto su labor fue trascendente para los artistas jóvenes, quienes encontraron en él un verdadero maestro, afable, lealmente interesado en descubrir y estimular el mérito, y que con noble desinterés prestaba a sus alumnos el apoyo de su larga experiencia y exactos conocimientos técnicos, ayudándolos a penetrar los secretos deliciosos y arduos de la pintura.

Al lado de Herrera Toro debe mencionarse a un artista eminente a quien adversa fortuna postró en una silla de inválido durante largos años. Carlos Rivero Sanabria consiguió, no obstante su invalidez, equipararse a los más hábiles y fecundos artistas venezolanos de su tiempo. Estudió en Europa y prometía convertirse en un maestro cuando brusca desgracia lo condenó a la inmovilidad. Un alma de temple más blando que la suya, un ánimo menos irrevocablemente enamorado de la belleza habría renunciado –acaso con intensa amargura, pero habría renunciado– al manejo de los pinceles. Él no. En su sillón de paralítico, valiéndose de estratagemas ingeniosas y complicadas que ponían a prueba su voluntad heroica, siguió pintando, trasladando al lienzo aquellas maravillosas visiones de vida que le revoloteaban en el espíritu; y eso sin que en la tela aparecieran los rasgos violentos del sarcasmo, la tristeza ni la cólera. Las radiosas visiones de su espíritu borrábanle, como esponjas suaves, las pesadumbres naturales de su situación y fueron consuelo dulce a la monótona tristeza de sus horas. Ni se crea que sus obras merecieran encomios sólo como hechas por un hombre físicamente baldado; algunas brillan con el signo de la verdadera inspiración y todas son dignas de cualquier verdadero artista de los que disfrutan del pleno goce de sus miembros sanos. Sus retratos de próceres son magníficos por su severidad, pujanza y nobleza de la evocación; ante aquellos rostros alumbrados por la gloria vemos desfilar, como un tropel de águilas por un cielo profundo, los más caros sueños de la patria naciente, y nadie que no conozca la historia doliente

del pobre artista que pasó lo mejor de su vida condenado a la inmovilidad de su silla de enfermo, puede imaginar que estos cuadros en que vibra tanta fuerza vital, salieran de sus pinceles, al través de mil menudas artimañas urdidas para facilitar su manejo.

II

Arturo Michelena fue el primero de nuestros pintores que obtuvo recompensas resonantes en el extranjero; el primero cuyo nombre fue consagrado por el aplauso de los grandes maestros y de los grandes críticos. Fue un artista de luminosa inteligencia, profundamente enamorado de su arte y a quien la muerte asaltó en la flor de los años y en el ápice de su gloria. Ha sido una desdicha para Venezuela que sus dos grandes artistas de la paleta, Rojas y Michelena, perecieran entrambos jóvenes, arrebatados por análoga dolencia. Los dos estudiaron juntos en París y se profesaron perdurable amistad; pero ninguno influyó sobre su compañero y difícil sería encontrar dos seres nacidos en una misma tierra y en una misma época y consagrados a un mismo arte, a quienes separaran diferencias tan radicales y profundas. Pero mientras Michelena hubiera podido nacer, por su obra, en España, Francia o Inglaterra, Rojas fue profundamente venezolano, por los caracteres de amargura y violencia, que predominan en su producción y que le dan peculiar fisonomía.

Michelena tuvo una carrera fácil y brillantísima. No obstante las condiciones poco favorables del medio, jamás encontró obstáculos serios a su vocación y estudio: antes por el contrario todo fue propicio a sus propósitos. Obtuvo con justicia galardones resonantes en los Salones de París, y Venezuela se sintió orgullosa de aquel hijo lleno de gloria. Entonces, cuando prometía dar mayor copia de belleza, enfermó de muerte.

Oriundo de Valencia, su vocación se reveló desde niño, en dibujos y ensayos que le granjearon la protección del general Guzmán Blanco. Su carrera quedó fijada desde entonces. Enviado a París logró sacar buenos los más favorables presagios. Rápidamente alcanzó un perfecto dominio de la técnica y sus dotes de artista nato se revelaron entonces en toda su plenitud. En París alcanzó una segunda medalla, presea no concedida

antes ni después a un pintor meteco de estas tierras tropicales. A pesar de sus triunfos, a pesar de las facilidades con que hubiera podido contar en Francia, quiso volver a la Patria y a ella volvió, y en ella lo asaltó el mal terrible y sin remedio que en poco tiempo le abrió la sepultura.

La muerte de Michelena y de Rojas en edad temprana, cuando más útiles hubieran podido ser a la cultura artística nacional, fue una desgracia irreparable. De haber envejecido entre nosotros cultivando su arte, habríanse formado en torno suyos discípulos aprovechados, capaces de crear una tradición pictórica formal de que por desgracia carecemos. El arte nuestro va desarrollándose por sacudida; cada vez que aparece una personalidad potente le comunica brusco brillo, que se apaga luego al desaparecer el maestro. La carrera de la antorcha se interrumpe con harta frecuencia y la oscuridad, o a lo menos una penumbra pálida, impera entonces en el recinto del arte. Son acaso por eso más excelsos y claros los méritos de quienes logran, al través de sordas pugnas, arrancar a la tenaz laboriosidad un destello de hermosura. Desaparecidos los dos grandes pintores, los noveles no dejaron de encontrar maestros probos e idóneos; mas el ejemplo y el trato de los dos máximos artistas habrían sido sin duda de inestimable provecho para los jóvenes.

Michelena es un artista correcto, minucioso, afortunado en el dibujo y de colorido justo, sin violencias, exuberancias ni complicaciones. Su obra maestra —a lo menos la que por tal tienen los venezolanos— la *Pentesilea*, es un alarde cabal de todas las fuerzas de su numen y la habilidad de sus procedimientos. El episodio que Michelena ha perpetuado en este gran lienzo pertenece al ciclo de las fábulas griegas.

El tema no es fácil, pero sí pintoresco y adecuado a una opima interpretación plástica. Michelena logró sacar de la vieja leyenda, olorosa a remotos perfumes, un cuadro lleno de gracia heroica y de brutal belleza. Las Amazonas precipítanse furibundas y raudas a la pelea, montadas en potros violentos en cuyos músculos se adivina la costumbre de atropellar enemigos y desbocarse por los caminos de la victoria. La violencia guerrera no empece la gracilidad, dulzura y turgencia de los cuerpos femeninos que resplandecen en medio del tumulto guerrero con matices blancos y rosados de carne virgen. La luz anega el cuadro en desbordamiento ofuscante

que armoniza a maravilla con el tumulto furioso y rápido, rosado y blanco de las combatientes heroicas. Se siente el soplo incontrastable de fuerza que pasa por el cuadro como un frenético cántico de vida desbordada y también de muerte embellecida por aquella serenidad que el mito pagano ponía sobre ella, como bruma de oro tendida sobre las ásperas espumas del Aqueronte. Las cabalgaduras ágiles y veloces, orgullosas como hombres, están pintadas con una propiedad imposible de superar y resaltan por la vida animal y ruda que logra comunicarles el artista. Las guerreras realizan la fábula gloriosa de hermosura irresistible y fiereza indómita y parécenos escuchar, vibrando sobre los collados que domina la fortaleza de Troya, el ronco clamor de las bárbaras vírgenes, en cuyo acento creemos percibir algún eco vago del *evohé* con que Dionisio acrecentaba el sagrado furor de sus sacerdotisas. La atmósfera de *Pentesilea* trasciende a salvajes olores de potros sudorientos, y de cuerpos femeninos que transpiran en la furia de la embestida salvaje; y el aire anégase en vibrantes vislumbres en cuya transparencia dorada aparecen las siluetas de la ciudad de Priamo, predestinada a la destrucción después que perdieron el brazo de Héctor y están a pique de introducir en sus muros el caballo funesto. Cómo acudió al espíritu del artista esta visión antigua es ahora imposible de adivinar. Los escritores contemporáneos de Michelena no lo averiguaron, o por lo menos no nos lo dijeron. Ni sabremos nunca qué lectura clásica sembró en su mente el designio de evocar a las ojos de los modernos esta visión rauda y luminosa de la guerrera a quien Aquiles, el de los pies alados, había de inmolar a la vista de esos mismos muros que presenciaron el más remoto duelo entre el oriente invasor y misterioso y el occidente en que se depuran y clarifican las fuerzas y los sueños de la raza humana. Este cuadro de Michelena aparece dentro del conjunto de su obra como un ofuscante relámpago lanzado por la belleza antigua, que, aún cabalgando hacia la muerte, inquiera la postura más armoniosa y noble para la caída. Michelena no debía cultivar este género en que tan definido triunfo alcanzó con *Pentesilea*. Se alejó de la antigüedad fabulosa y vivió entre sus contemporáneos interpretando sus ilusiones, sus desazones y sus sueños. Pero no penetró dentro de las almas con la buida intención de Cristóbal Rojas, su glorioso compañero. Michelena se detenía en las forma sin indagar las esencias: sus cuadros expresan

lealmente lo que vieron sus ojos en el mundo, ennobleciéndolo con aquel profundo esplendor con que el arte viste las imágenes y las formas. Era, desde este punto de vista un realista de la pintura, mientras el inquietante Rojas con su espiritualismo nervioso y profundo acercábase más a las sutiles escuelas modernas, que aspiran no sólo a pintar rasgos y apariencias sino también a evocar estados de alma y a suscitar ideas y emociones complicadas con el lenguaje eterno del color y la forma.

La caridad, *El granizo*, *La vara rota* representan el ápice de su esfuerzo como pintor de la vida real. La composición de lugar de *La caridad* es amanerada, su mérito es exclusivamente de ejecución. Los que quieran comparar las dos maneras de nuestros dos grandes pintores no tienen sino mirar con atención *La caridad* de Michelena y *La miseria* de Rojas. En la primera aparece con sus estragos sombríos aquel cuadro de miseria socorrida que tanto les gusta a los ricos ver en estampas, lienzos y libros, porque es un alegato en defensa o excusa de la riqueza. Esta miseria aniquiladora que se incorpora sobre los andrajos del camastro hediondo, a recibir la limosna que manos caritativas le ofrecen tranquiliza la conciencia de los magnates. Dentro del espectáculo doloroso de la miseria negra aparece la caridad vestida de lujo; este convencionalismo, aceptado y aplaudido impresiona a las almas sencillas y desvanece la inquietud de los corazones alarmados. El espíritu de Michelena, poco crítico, propenso en ciertos instantes de debilidad y ofuscamiento al lugar común y a las trivialidades que la mayoría sanciona con su aplauso, se dejaba arrastrar por los fáciles sentimentalismos en boga. *La miseria* de Rojas, en cambio, no tiene remedio ni esperanza: es la miseria real, cuya presencia eriza los vellos del cuerpo en calofrío de angustia y las zozobras del espíritu, que adquieren proporciones de remordimientos. Y es porque Michelena fue casi siempre un pintor objetivo enamorado del mundo que ingenuamente creía extraño a su propio ser; mientras Rojas tuvo la intuición justa de que el mundo era sólo su propia inquietud moral revestida de formas visibles y armoniosas.

Por eso Michelena fue un retratista alabado y solicitado. Rojas con su invencible afición al análisis habría fracasado en el retrato, descubriendo ante los modelos desconcertados o enfurecidos aquellos rasgos ocultos

a la mirada del vulgo en que se revelara la fisonomía moral del sujeto, o a lo menos la opinión que acerca de ella se había formado el pintor. Tan peligroso hubiera sido pedir retratos a Rojas como biografías a Juan Vicente González. Michelena tenía la gracia, el sentido de las conveniencias y el arte esmerado de agradar que caracteriza a los retratistas de todas las épocas.

Sus cuadros históricos son de un mérito artístico incuestionable. Las reproducciones han popularizado su *Miranda en la Carraca*, cuya efigie se graba en todos los espíritus como la efigie leal del gran cautivo. El Generalísimo encadenado tiene cierto aire noble y altivo muy adecuado a la imagen ideal que nos formamos del Precursor. Para los venezolanos de mañana Miranda no aparecerá sino o en aquella severa serenidad con que lo pintó Tovar y Tovar en la firma del *Acta de Independencia* o en esta doliente celda en que discurrieron sus últimos años y en donde rindió el aliento. El conspirador de Londres, el general girondino, el expedicionario sin fortuna, el generalísimo de la primera República, se quedarán sin recuerdo plástico que lo perpetúe, como no sobrevenga un gran artista que los saque por siempre de la sombra.

Pero acaso de las evocaciones históricas de Michelena la más llena de vivacidad y arte profunda es *Carlota Corday*, obra que revela larga y esmerada preparación y en la que resaltan una serie de aciertos de primer orden. No hay allí afectación en los gestos ni convencionalismos en las actitudes ni en el ambiente. La figura de la niña fanática victimaria del Amigo del Pueblo se esclarece con ideales irradiaciones de firmeza sencilla y candorosa, mientras los representantes del Terror aparecen indiferentes casi ante la reo, tal como debía ser en aquellos días de violencia en que la vida perdía el valor decisivo que suele asignársele en los tiempos pacíficos.

Cuanto pintor místico Michelena mostró las mismas cualidades que predominan en el resto de su obra. A estas horas es difícil averiguar con certeza si fue un creyente o no. Pero por las conjeturas que de su obra podemos sacar no es difícil afirmar su fe. A lo menos en el amor con que algunos de sus cuadros místicos están ejecutados es lícito vislumbrar algo más que la mera complacencia del artista enamorado de su obra, cierta seguridad y complacencia que sólo la fe suele inspirar.

Sus principales cuadros místicos son *La agonía del huerto*, la *Multipliación de los panes*, el *Descendimiento* y *La Última Cena*, todos los cuales se encuentran en templos de Caracas. *La Cena* quedó inconclusa: el artista hubo de interrumpir su tarea, vencido por la tisis que debía arrebatarse la vida. Este último cuadro que impresiona especialmente porque es testimonio de la lucha que el artista hubo de sostener con la muerte, deseoso de llegar al término del lienzo. La enfermedad del pintor era de las que permiten conservar la lucidez de las potencias, y aún la asutilan y enriquecen con nuevas percepciones delicadas. Acaso de su vecindad a la eterna sombra sacó aquella sobrehumana belleza con que resplandece la cabeza del Maestro sobre los doce apóstoles, en la noche en que ya se anuncian las iras y blasfemias de la inmolación. Judas el Iscariote muestra allí su rostro ya torvo con el secreto designio sombrío. La figura del mal discípulo ha sido muy alabada y es, en efecto, un emblema lúgubre y repugnante en medio de la solemne y dulce comunión de los comensales.

Michelena representa, en suma, el arte correcto, medido y tranquilo, acatador de cánones y revelador de bellezas tranquilizadoras y suaves. Representó en Venezuela un esfuerzo que hasta ahora pocos han conseguido imitar y que atestigua que en él había una de las virtudes de que carece el alma nacional: la perseverancia, la disciplina y el método en el cultivo de las propias facultades. Trabajador obstinado y paciente, suplía a fuerza de estudio y ejercicio aquellas facultades que la Naturaleza le había escatimado y así obtuvo la plenitud de las dotes necesarias para ser, como fue, un artista de primer orden. No había en él romanticismo porque no sentía el arrebató de las inspiraciones repentinas ni se aventuraba a realizar nada sin previa deliberación madura. Para nuestros pintores jóvenes, picados por la tarántula de la impaciencia, que pretenden iniciarse pintando cuadros históricos, sus lecciones hubieran sido un tesoro inestimable. Les habría enseñado la moderación, la tenacidad, la desconfianza de sí propios y la veneración del arte puro, que no debe ser ocupación baladí sino culto definitivo, y que no puede elegirse como carrera sino después de haber consultado largamente con las propias fuerzas y de sentir el ánimo lleno de humildad y demisión.

III

Entre los pintores de Venezuela destácase eminente y lúcido, un artista extraordinario, lleno de originalidad, de fuerza y de brillo, cuya memoria ha permanecido apagada durante muchos años y parece despertar ahora a la vida de la gloria con esplendor irresistible. Como aquellos cantores condenados a la miseria, a la incompreensión de los coetáneos y a la angustia propia, que se conocen con el nombre de “poetas malditos”, tribu desesperada y melancólica que no encontró justicia ni amparo ni fraternidad sobre la Tierra, que legan a la posteridad el remordimiento de no haberlos conocido: así pasó Rojas por el mundo, dejándonos pedazos de su espíritu maravilloso en esos lienzos que ahora comenzamos a ver con sorpresa y delicia, y al mismo tiempo con la vaga desazón de haber tenido de huésped entre nosotros, sin reconocerlo, un pintor agraciado con el don del Espíritu.

Nació Cristóbal Rojas bajo un signo nefasto, que lo acompañó hasta la tumba, durante su breve vida, toda llena con las opulencias del arte comprendido y dominado y con las vicisitudes y zozobras de la lucha perpetua con la pobreza y contra las resistencias de la sensibilidad de los hombres. Su carácter y la índole misma de su genio parecían entregarlo, inerme y vencido, en manos del infortunio. Mozo callado, meditabundo, de una infatigable aplicación a su arte, poco mundano y aún hosco y severo, como quien pasa por entre los hombres con el depósito de un grave secreto, no fue nunca simpático a las gentes que lo rodeaban, a quienes seguramente producía secreta inquietud aquella mirada escrutadora y serena con que parecía inquirir, más allá de los seres y las cosas, la esencia misma de los fenómenos y de las sustancias. Poseído profundamente por las vehemencias reservadas y silenciosas de la vocación, no tuvo tiempo ni humor para cortejar a los dispensadores del triunfo, para adoptar una postura que le conciliara el aplauso de los coetáneos. Antes por el contrario, daba permanentemente la espalda a la opinión, no apostaba, sino seguramente olvidándose de lo que hacía, porque el demonio del arte poseíalo con intensidad tan violenta que apenas tenía ojos para ir del fondo maravilloso de su propio ser a las telas en que su alma misma iba apareciendo en formas múltiples y maravillosas.

Los contemporáneos ciertamente no estaban preparados para sumergirse dentro de la obra de Rojas, para penetrar con ánimo cordial y puro en la encantada y a veces hosca y lúgubre floresta de sus cuadros. En realidad no querían que les perturbaran la placidez con aquellas sorpresas llenas de sutil zozobra o de penetrante amargura. Hubieran preferido a cualquier pintor de cromos baratos que les ofreciera muchachas con mejillas de rosa e inverosímiles ojos azules; rostros risueños, cabelleras profusas y mesas atestadas de pintorescos manjares. Michelena, que era un artista de mayor capacidad práctica, por cuanto sabía acordarse más fácilmente con el gusto ambiente, no alcanzó tampoco popularidad positiva sino por cuanto sacrificó con frecuencia en el ara de las convenciones. Pero personalmente Michelena era hombre a quien los demás veían sin malestar ni sospechas, a quien comprendían ampliamente, porque las oleadas de luz franca y transparente de sus cuadros lo convertían en un ser diáfano, nada temible.

Pero aquel Rojas parecía saber muchas cosas, parecía querer expresar en las innumerables lenguas de la luz algunas de esas verdades profundas y temerosas que duermen más allá de la conciencia, en territorios siniestros que no hemos explorado todavía. La angustia de alguna de sus obras no es la del pintor que no acierta a dar la forma y el matiz justos es más bien propia de nuestras almas, nacida en nuestros corazones a la contemplación de aquel empeño frenético con que el espíritu del pintor se esfuerza por convertirse en puro clamor cromático.

Estas mismas condiciones de su labor alejaron de su lado a los críticos venezolanos de la época, a quienes probablemente no perturbó nunca la angustia contagiosa de aquellas telas y que preferían la elegancia blanduzca y mesurada de los pintores al uso. Rojas se quedó solo con su obra dentro de un lejano círculo de admiradores que murmuraban encomios a la sordina. Es cierto también que Rojas jamás averiguó siquiera si aquellos rumores significaban alabanza o censura.

La carrera de Cristóbal Rojas no parece verosímil en la Venezuela de aquella época. Su figura resalta única y espléndida, como testimonio de la energía que aun en los peores momentos de su historia, siempre guarda en sus entrañas la raza. Nacido de una familia de próceres, su-

mamente pobre, no tuvo jamás holganza ni regalo. Don Arístides Rojas nos ha dejado (en su estudio *El último de los expedicionarios*) un relato puntual de la genealogía de Rojas y de las hazañas de sus abuelos, estudio curioso porque enseña cómo al través de las generaciones la energía moral venía manifestándose en formas varias, hasta culminar en la fulgurante obra pictórica del último de la casta. En los años corridos entre 1730 a 1740, llegó a Caracas como empleado de la Compañía Guipuzcoana Don Francisco Antonio Vásquez de Rojas, oriundo de Granada, quien usaba el título de “Escribano Público de la Costa Firme del Mar Océano”, padre del sacerdote del mismo nombre, quien, antes de abrazar el estado eclesiástico, fue casado y hubo de su matrimonio un hijo de nombre Marcos José, amigo de la infancia de Simón Bolívar, el Libertador, y patriota esforzado. Hijo de Marcos fue José Luis, el expedicionario de Ocumare, padre del pintor.

Pero el procerato no concedió nunca fortuna material y Cristóbal Rajas creció y vivió siempre en la pobreza. De muchacho era tabaqueiro y vivía con el mísero jornal que ganaba en este oficio, lo cual no le impedía soñar siempre con el arte a que tan inclinado se sentía. A solas, consagróbase a pintar figuras rudimentarias, inconsciente aún de la fuerza que residía en sus retinas y en su espíritu. Sin embargo, las manifestaciones de su vocación fueron sin duda categóricas cuando Herrera Toro se atrevió a proporcionarle un trabajo cónsono con sus designios e ideales, en la Catedral de Caracas, que entonces estaba decorando aquel artista. Trabajo de artesano, por de contado, fue el que allí le confiaron. Pero era la coyuntura afortunada para proclamar y defender su vocación, y Rojas la aprovechó de una manera eficacísima. En lo sucesivo no fue más que pintor.

Rojas no se dejó arrebatar empero por los cuadros que había visto, ni se propuso imitar a nadie. Su arte íntegro lo llevaba en la mente misma, como semilla que iba cobrando vivacidad y fuerza de brote. Así, cuando Guzmán Blanco lo envió a París fue a buscar elementos que lo ayudaran a conocerse y revelarse a sí propio: los medios de echar a la luz aquellas ideas, aquellas formas que le hincaban el espíritu como un tropel de incubos atormentadores.

Porque Rojas fue toda su vida un atormentado. Mirad esas imágenes suyas que se conservan: rostro enjuto y enérgico de eremita, ojos que parecen abismados, más que en la contemplación del mundo en la aguda e insistente de la propia alma, mentón sin sensualidad ni blanduras, con las solas señales de una voluntad imperiosa e inapelable. Mirad sus cuadros, donde se desenvuelven no motivos plásticos, ni sinfonías de colores, ni estudiados juegos de luz, sino tragedias de almas, aventuras espirituales, el fuego de las pasiones, de los apetitos, de los deseos e inquietudes del ser humano. He allí por qué sus cuadros poseen ese encanto adusto y severo que solamente las almas fecundadas por la experiencia o ennoblecidas por el dolor aciertan a penetrar en su íntegra y profunda nobleza de emoción y de ensueño. Por este aspecto representa la faz opuesta a Michelena, artista que logró pintar con objetividad soberbia las realidades y las fantasías, y cuyas composiciones eran apenas pretextos para ostentar las opulentas dotes de su arte rico y correcto. Rojas es lo contrario: constriñe las cosas, los colores, la luz, a que expresen en ardientes o sombrías explosiones, las llamas que le abrasan el corazón. Trata de volcar su espíritu por las hilachas de los pinceles sobre el lienzo mudo; de transmutar sus amargas y desazones efímeras de hombre en formas y resplandores duraderos; de traducir por rasgos perdurables su visión del mundo; su concepto de los seres y de las cosas. No es que supongamos que poseyera una doctrina estética trascendental. Fuera de la técnica de su arte, Rojas no tenía cultura muy vasta; y aun es de suponer que le habría sido arduo expresar en palabras y con certera claridad aquellos oscuros impulsos que estaban siempre despiertos en su organismo, y que es lo que en suma puede llamarse inspiración.

El Purgatorio es la obra maestra de Rojas, a la cual sobrevivió apenas unos cuantos días. La última vez que abandonó su lecho de enfermo fue para ir a examinar en el Templo de San Francisco, la colocación de su cuadro. La tuberculosis lo devoraba ya con frenética virulencia. A su lecho de moribundo se llevó entonces la visión de su último cuadro, en el que puso tanta amargura y tormento, pero también tanta esperanza. Asimismo, la vida del artista, perseguido por reiteradas desventuras, arrebolábase a la hora de la muerte con la viva certidumbre de la gloria. Mas

su gloria no creció rauda y opima, como planta del trópico. *El Purgatorio* fue hasta ahora la única de sus obras populares, gracias a ciertas circunstancias propicias; las demás permanecían y permanecen aún en el olvido y Rojas es apenas un nombre vago y remoto, que acude a la memoria de los venezolanos fortuitamente. No tiene el más humilde monumento que refresque su memoria; y sobre su sepulcro, en el Cementerio de Caracas, crecen yerbas sin nombre y la soledad, el silencio y el olvido reinan sordos y mudos sobre la huesa y sobre el recuerdo del mayor de los pintores hispanoamericanos.

Son las últimas generaciones de Venezuela las que comienzan a mostrar algún interés por el magno artista y por su obra: aunque no se ve todavía próxima la hora del desagravio. Según que nos alejamos de sus contemporáneos vamos, sin embargo, adquiriendo noción más puntual y clara de los méritos del artista, que parece destinado a tener en lo futuro fama sin igual.

Rojas fue un trabajador infatigable, tenaz, fecundísimo. Poco amigo de lameduras y retoques, parece que cuando comenzaba un cuadro lo trazaba con rapidez, sin tanteos, sin vacilaciones ni incertidumbres. Rumiaba largamente la composición; pintaba primero dentro del espíritu, y cuando la visión interior se le aclaraba en contornos y matices firmes y definitivos, vaciábala en el lienzo con afortunada celeridad. Sus obras tienen por eso —exceptuando, como es natural los ensayos de su primera época, y tal cual esbozo trazado en busca de pormenores difíciles— un carácter de firmeza y resistencia que salta a la vista y sorprende y cautiva. Poco tributo pagó a los convencionalismos del momento; la índole misma de su arte, todo espíritu, le impidió caer en las veleidades de la moda, y despilfarrar en ellas su tiempo. Ninguno de sus maestros puso en él cariño. Todos le admiraron, si bien no todos lo dijeron. Era un hombre de personalidad demasiado intensa y ríspida para que pudiera armonizar con las blanduras ajenas que se le acercaban buscando la complicidad de la mutua lisonja. Y no porque fuera un ser indócil y agrio: más bien manso y dulce en el trato cotidiano, poseía sin embargo un caparazón formidable de silencio, contra el cual iban a embotarse inútiles y vanas, así la adversidad de los destinos como la estórida malquerencia de los que pretendieron que buscara de otro modo que

manejando pinceles la recompensa de sus méritos. Dado por completo a su arte, encontró en su arte mismo el premio de su labor; fuerza sólo concedida a los artistas de nacimiento; y la visión del *Purgatorio* ardiendo, sombrío y siniestro, en el fondo luminoso de la nave de San Francisco acompañó sin duda su última cavilación de moribundo, dorándole la oscuridad y zozobra de la agonía con aquella claridad de alba y de promesa con que brilla el lucero de la redención sobre la angustia de los pecadores.

Su gran cuadro ejerce sobre nosotros una influencia tan imperiosa que es difícil deshacernos del mal hechizo y rehacer la imagen del pintor en su cabalidad múltiple y espléndida. En general el público se detiene en *El Purgatorio*² y no tiene curiosidad ni interés por escudriñar el resto de la obra de Rojas, toda ella, sin embargo, tan armoniosa, fresca y fuerte. Gran parte de sus cuadros se quedaron en París, en poder de la señora que fue compañera abnegada del artista. Pero en Venezuela están los mejores y más afamados. El Museo Nacional posee algunos de ellos y en manos de algunos particulares andan otros.

Un cuadro casi desconocido de Rojas es el llamado *Orfandad*, en concepto de algunos entendidos su obra maestra y acaso la obra maestra de la pintura venezolana. Por primera vez se publica aquí una copia fotográfica de esa tela, verdadera maravilla de arte simple y patético. Únicamente Manuel Díaz Rodríguez, que yo sepa, ha consagrado una frase de encomio a este lienzo, que sólo ha aparecido en público una vez en la Exposición de Arte Cristiano, que se efectuó hace años en Caracas, y en la cual figuró como Madona o cosa parecida. Es difícil encontrar en toda la obra de Rojas mayor seguridad, firmeza y sentimiento que este cuadro, todo sobriedad pura y emoción intensa. El rostro de la madre aparece anegado en pesadumbre amarga, pero al mismo tiempo resplandece con no sé qué íntima fuerza de ternura materna. En el rostro dulce y serio de la mujer se resumen y armonizan la tristeza irremediable de las viudeces definitivas con aquella tibia claridad que sólo se exhala, como por arte de magia, del rostro de las madres amorosas. No hay allí un solo recurso adocenado, un solo rasgo que delate pereza ni

2. *El Purgatorio* de Rojas se encuentra hoy en la Iglesia de la Divina Pastora de Caracas.

apremio en el pintor: esta pintura es del linaje de aquellas que brotan, espontáneas y frescas, cuando el alma del artista encuéntrase empapada hasta lo más hondo, en el sentimiento de la obra misma, tan abundante y rico que se desborda en fácil rebosamiento y se fija en formas sempiternas. Ante este cuadro se viene a la boca inevitablemente la palabra inspiración. Puede haber allí ciertamente mucho arte minucioso, derroche de habilidades y sutilezas técnicas, estudio puntual y severo; pero por encima de todos esos méritos que el análisis lincea y explica, existe algo conmovedor y hondo; la melancolía cuajada en aquel rostro como la escarcha sobre una flor; la vida que brilla en aquellos ojos dulces y graves que miran al enigma del destino con pesadumbre de viuda y esperanzas de madre; todo ese rostro es un poema tierno y triste, que contagia con su íntima pena. La figura del niño, su inocente tranquilidad, la misma lasitud con que pende su brazo lánguido hacia el suelo, forman en el cuadro un contraste cruel de inocencia feliz y de contenidos sinsabores. El colorido del cuadro es magistral en todos sus pormenores y efectos: Rojas alcanzó en él la plenitud afortunada de su genio. Su humor de ordinario tétrico, propicio a la violencia, dórase con melancólicas tintas otoñales, antes ausentes de su paleta. Como esas frutas en que la sazón dorada, opima de mieles, resume casi por la corteza madura, su genio llegado al ápice, pierde las asperezas de la irritada congoja y adquiere el suave matiz de las serenas melancolías irremediables. Cuando el fruto de la inspiración, al principio acedo y resistente en su tallo, se hinche de mieles y fragancia, y parece dispuesto a depositarse blandamente en la mano que lo toque, el artista ha alcanzado la maravillosa plenitud de su poder de expresión. Así es evidente en este cuadro de Rojas, donde el tino del artista parécenos la obra sencilla y fácil de una mano guiada por los númenes misteriosos.

De los que figuran en el Museo de Caracas es el cuadro *La taberna*, composición llena de vivacidad y de fuerza y único cuadro en que Rojas se permite algún rasgo ameno, en medio de cierto malestar sordo desparrramado por la tela. Es ésta la única sonrisa picaresca de toda su obra. Ante sus ojos la vida no sabe sonreír. Su mirada sólo desentraña en el ser humano las actitudes y los gestos que revelan la pesadumbre, el quebran-

to o la angustia. *La miseria* es un cuadro que a primera vista choca y desagrada por su crudo realismo, pero que contiene en su ámbito desolado un agrio fermento de conmiseración inquietadora y patética. A poco que uno se familiarice con sus figuras y sus lúgubres pormenores penetra en la angustia íntima que la anima y reconstruye la tragedia intensa y vulgar, a que el pincel consigue infundir viva fuerza dramática. El numen de Rojas encontrábase allí en su propia atmósfera y parece haberse asimilado en sabias meditaciones toda la áspera y dolorosa esencia de la miseria humana para arrojarla sobre la tela convertida en inmortal agonía. Su musa no sabía engalanarse sino con rosas mustias, ramas de ciprés y funestos asfodelos. La muerte y el dolor lo llevan de la mano por el mundo, revelándole los terribles secretos que yacen al lado mismo de los espectáculos en que las rosas florecen pomposas y prosperan arrayanes y mirtos: el artista mira también hacia estos cuadros risueños y cándidos pero los olvida al punto; y su ánimo queda para siempre vinculado en la corona de espinas que se prende con desgarradores erizamientos a las sienes del hombre.

Todo espectáculo humano se convierte en tragedia dentro de su espíritu. Imaginaos la comunión de una niña interpretada por cualquiera de los pintores venezolanos de su época; e irán apreciando la carita inocente y dulce, alumbrada por los destellos de un puro gozo místico, acaso por el deliquio y éxtasis de la fe triunfante: esa composición de lugar y ese juego de rostros emocionados que todo el mundo ha visto alguna vez. Rojas junta a todo ese aparato tradicional de dulzura espiritual y emociones dulces la presencia tremenda de la muerte y el dolor. La niña que comulga es una moribunda en cuyo macilento semblante asoman ya las irremediables rigideces del cadáver y en torno suyo los rostros de las personas mayores están conturbados y afligidos. ¡Pero cuán potente soplo místico pasa sobre sus cabezas tristes y graves! Soplo de espíritu que le da animación extraordinaria y profunda a la escena en la cual vislumbramos al través del efímero deliquio religioso el tenebroso tránsito a la nada: aquel rostro pálido y doloroso de niña no pertenece ya a la vida humana y sólo el arte puede prolongar su melancólica agonía. Pero no hay allí tampoco un ápice de misticismo. No vislumbramos la esperanza de una vida ultraterrena en la congoja sombría que flota por el ámbito como

agorero perfume. El cuadro es de un realismo pungente y desesperado. No asoma allí el pintor de Beatriz la dulce compañera de Alighieri por las rutas del Purgatorio.

En sus últimos años Rojas sentíase inclinado a buscar los aspectos humanos en sus más vastas e intensas expresiones. Habíase consagrado a trazar los trasuntos de algunos pasajes de la *Divina Comedia*, poema abarcador y obscuro que tanto se compadecía con su genio taciturno y amargo. Desgraciadamente de aquella empresa apenas quedaron algunos sobrios esbozos hoy día dispersos en manos ignoradas y el cuadro de *Beatriz* andando por la senda de los lirios. ¿Fue que para prepararse a pintar su *Purgatorio* Rojas se dio a la lectura del Dante y seducido por la magia solemne y tenebrosa del *Infierno* se proponía pintárnoslo con colores de su interpretación personal? Así por lo menos permite conjeturarlo la existencia de los bocetos mencionados, algunos en extremo someros, como apuntes primordiales en los que el artista iba fijando las líneas generales, todavía vagas, de su empeño futuro. El lienzo de *El Purgatorio* podría ser en este caso la primera prenda de aquel designio, el primer fruto de aquel propósito ya maduro. Rojas no era hombre que se desalentara por lo arduo de una tarea. Su voluntad de trabajador era incontrastable y probó su entereza indeclinable y casi heroica cuando al través de los años, a pesar de no haber obtenido nunca el premio que merecía, perseveró en su trabajo con la misma fe silenciosa y la misma inagotable confianza en sí mismo que si hubiera obtenido galardones y aplausos sin cuento.

Se conserva la tradición oral de que Rojas mientras pintaba *El Purgatorio* y para proporcionarse impresiones adecuadas quemaba azufre en su aposento. La especie nació de seguro en el espíritu de algún espectador impresionado por las violencias de la obra. No había menester el pintor de esos cándidos artificios, cuando *El Purgatorio*, vivo y llameante, resplandecía con sombríos fuegos cárdenos dentro de la propia alma atormentada y dolorida. Pero por entre aquellas brazas rútilas, por sobre la ordalia devoradora, aparecía la figura ideal de Beatriz, la gloria pura y radiante, acaso la alegría de la conciencia alumbrada por el orgullo del arte victorioso, que se yergue sereno y fuerte más allá de las mundanales pesadumbres entre los lirios perennes que decoran el jardín inmarcesible

de la esperanza. En Rojas hay desasosiego y amargura, pero no desesperación, ni blasfemias, ni irreverentes ironías. Copiaba la vida en sus aspectos desolados y acerbos, pero allí mismo donde su pincel parece complacido en las lúgubres evocaciones, vibra un tibio rayo de luz con promesa de consuelo. Acaso por deliberado designio y como alivio pálido a los propios infortunios gustaba de estos leves toques que contrarían con un ligero comentario claro la acrimonia punzante de su pintura.

Cristóbal Rojas es nuestro pintor por excelencia. La cabalidad de sus dotes, su técnica poderosa y nimia y principalmente aquella inspiración inagotable y abarcadora que lo levanta por encima de los artificios y las convenciones, dipútanlo como nuestro magno artista; las nuevas generaciones de venezolanos comienzan a acercarse ahora a sus cuadros con mayor curiosidad y reverencia, con lo cual podemos presumir que, no tarde, sobre el pedazo de tierra que guarda los despojos del gloriosísimo artista se levantará el monumento adecuado a su fama y al lustre que su obra derrama sobre el nombre de la tierra nativa.

IV

Entre las artistas aparecidos en los últimos años descuella Tito Salas, pintor de vocación vehemente e ingenio vivo, que en edad juvenil consiguió triunfos resonantes. Como todos nuestros pintores actuales se inició en la Escuela de Bellas Artes de Caracas; y sus disposiciones sorprendentes le valieron ser pensionado en Europa. De París volvió a Caracas, ya consagrado por el triunfo en los salones parisienses, a presenciar la inauguración de su *Tríptico boliviano* que se efectuó durante el Centenario de la Independencia. Anteriormente había pintado escenas bretonas con mucho carácter. En el *Tríptico* afrontó decididamente las dificultades de la pintura histórica y a pesar de su juventud salió airoso en el empeño. Las tres escenas de esa composición presentan al Libertador en tres momentos culminantes de su vida: el juramento de libertad a su patria que según dice Simón Rodríguez, hizo Bolívar, siendo muy mozo, sobre las ruinas de Roma; el paso de los páramos andinos durante la fulminante campaña que paró en el triunfo de Boyacá; y la muerte del Héroe en Santa Marta, afligido ante el inminente desmoronamiento

de su obra. No han faltado censuras a este cuadro, mas todas ellas dirígense, más que a la ejecución misma, a ciertos pormenores que algunos consideran impropios. Pero positivamente el *Tríptico* es heroico. El Libertador del paso de los Andes tiene la fiera y recia voluntad que el héroe mostró en aquella empresa, clave de toda su obra ulterior y cuyo coronamiento aseguró su autoridad y con ella la Independencia de América. El cuadro de la agonía del Caudillo es evocador y grandioso; a su imaginación preséntanse a la hora del trance de la muerte, los recuerdos de aquellos días gloriosos en que encaramado sobre cerros memorables, presenciaba las cargas decisivas de los batallones patriotas en Carabobo o con la mente azuzada por el exultar de la victoria, imaginaba en su palacio de Lima las cargas de las legiones de Colombia contra las cuestas de Ayacucho.

También ha evocado Tito Salas uno de los episodios más siniestros de la guerra de emancipación nacional: la emigración a Oriente: cuando entre el avance irresistible de los lanceros de Boves, Caracas emigra en masa hacia el este, huyendo de los horrores que las huestes del bárbaro sembraban a su paso. Es deplorable que Tito Salas no haya perseverado luego en este género que tanta substancia heroica puede brindarle. Posee intuición aguda: desentraña del asunto los rasgos esenciales, característicos y los exalta en brochazos nerviosos: pinta con todo el espíritu puesto en los pinceles, cuyos hilos parecen prolongación de sus nervios. Es, por su numen y por su vivacidad, el designado para reanudar la tradición de Rojas, pues concilia en sus tendencias la fidelidad a la naturaleza objetiva con el ansia pura de infundir alma vibrante a los inertes colores. Si las contingencias de la vida no sofocan las felices inquietudes que lo atormentan, esas inquietudes que son como los desperezos oscuros de la obra imperiosa no realizada todavía, llegará a ser uno de nuestros primeros artistas.

A su lado aparece un grupo juvenil que viene acrecentándose poco a poco. Con la fundación del “Círculo de Bellas Artes” en Caracas floreció una de las más vivaces manifestaciones del entusiasmo por la pintura. Allí revelaron algunos principiantes sus talentos preñados de promesas. Fue lástima que la falta de perseverancia o de cohesión dispersara el grupo, dejando deshechas las esperanzas que todos teníamos puestas en él. Pero en la Escuela de Artes Plásticas no faltan discípulos aprovechados y se

dice en estos días que entre los cuadros que van a figurar en la Exposición Nacional próxima, hay algunos de evidente mérito artístico.

V

Cosa extraordinaria es que el paisaje haya sido en Venezuela forma artística poco cultivada, no obstante el imperio que la naturaleza ambiente ha tenido en el alma nacional. Ninguno de nuestros grandes pintores tuvo inclinación al paisaje; y aquellos aficionados que se dieron a su cultivo no nos dejaron obras de mérito. Parece que el espectáculo de la naturaleza se hurtara con persistente desdén al dominio del artista, o que éste menospreciara el conjunto de las cosas que nos rodean.

Hace solamente pocos años que los pintores venezolanos se empeñan en cultivar el paisaje. Y este empeño ahora no parece arbitrario fruto del capricho: parece obedecer, más bien, a causas profundas e ineludibles. El hombre del trópico está abrumado todavía por la naturaleza que lo circunda y de la cual no ha tomado aún plena posesión espiritual: no se ha asimilado todavía los aspectos del mundo en que vive y dijérase que trata de penetrar en los secretos de su intimidad con intenso ahínco. Recuérdese a este propósito lo que ha ocurrido con el paisaje en nuestra poesía: después de un afán descriptivo que perdura hace un siglo principiamos ahora no más a interpretar las formas y matices que nos son familiares con ánimo cordial, deponiendo las antiparras de la retórica. Algo análogo principia a ocurrir con la pintura.

Los intentos, algunos de ellos meritorios, realizados hace años por obtener un trasunto artístico del paisaje natal, fracasaron, o en el estéril amaneramiento o en los desmanes de un colorismo algo pueril. En realidad pocos son los pintores venezolanos que acertaron a ver con mirada lúcida; y por eso algunos, con buena técnica, engendraron obras en que la naturaleza resulta o sobrado pródiga o desangrada hasta la anemia: casi siempre disforme en el lienzo infiel. Parece como si el espíritu de los artistas no hubiera logrado nunca embeberse en la emoción de la tierra nativa: como si entre uno y otra hubiéranse interpuesto, con hostil terquedad, irremediables disimilitudes.

Hace algunos años, en las exposiciones del Círculo de Bellas Artes que existía en Caracas, pudo palpase esta deficiencia. Los pintores jóvenes se aficionaron al paisaje con el mismo ardor con que los “criollistas” literarios se habían puesto a describirnos puestas de sol, sabanas mustias o bosques estupendos, en páginas descoloradas, donde la prosa parece aturrida por las demasías del epíteto, y en versos de hueca y febril resonancia. Notábase el ansia con que los pintores, llenos de urgente premura querían trasladar a las telas la opulencia de las luces del trópico. Pero lo cierto es que las luces solares, agrarias, crudas, violentas, desconcertantes, se quedaron incendiando montes y campiñas en olas de oro, sin dejarse aprisionar en la encantada superficie de los lienzos.

De los nuevos pintores de paisajes merece especial mención Pedro Zerpa, muy alabado por la crítica hace cosa de diez años, y quien acertó a darnos una impresión fiel de ciertos aspectos peculiares del valle de Caracas en cuadritos que le granjearon rápida fama y una cátedra en la Escuela de Artes Plásticas de Caracas.

Manuel Cabré es de la nueva generación de artistas el que al cabo ha encontrado el verdadero rumbo del paisajista criollo. Comenzó exponiendo en el Círculo de Bellas Artes cuadritos llenos de vivacidad que al punto obtuvieron calurosas alabanzas y sirvieron de fundamento a felices presagios. Posteriormente ha expuesto en Caracas una colección de paisajes que permiten considerarlo como el futuro maestro en el género. Cabré no anda con circunloquios ni timideces ante la naturaleza criolla. Se encara con ella y valerosamente la fija ante nuestra vista en su integridad áspera y salvaje. Como aquellos domadores de potros que prefieren los más cerriles para mejor lucir la habilidad propia. Cabré elige para sus paisajes la hora en que la luz es más típicamente tropical, más ruda y agresiva en sus efectos: pinta entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde. Nada de amaneceres untuosos con nubecitas lindas en el turquí del cielo: nada de crepúsculos dulzones, con remotos desmayos de tintas rosadas, y azules, y melancolías de aguas dormidas y de árboles solitarios. No, Cabré afronta las recias faldas del Ávila, difíciles en la veleidad de sus aspectos; el mango cuya copa es una fiesta de arduos matices: esas fajas de luz que irrumpen, bruscas y audaces como gritos en la solemne sereni-

dad de la verdura arcádica. De su lucha con esos verdes ariscos, con esos amarillos de llama y de greda, con esos rojos de yema, de flor y de ascua, el pintor sale casi siempre victorioso: su pincel los domestica o los doma y allí los vemos aprisionados en el ámbito ideal de sus cuadros. Pero Cabré sabe poner alma donde sus predecesores ponían sólo pinceladas: aquellos cerros tiemblan en la reverberación del mediodía; aquellos árboles se esponjan en la atmósfera luminosa, ebrios de oxígeno; aquel suelo convida a andar con paso raudo por la vereda, a ganar la sombra de los mangos opulentos y frescos.

LA CRISIS DE LAS LETRAS

EL ESTUDIO DEL CASTELLANO (1906)

I

ANDA TAN SOCORRIDA la creencia de que el estudio asiduo y formal del idioma es sólo manía ridícula de unos cuantos, antigualla que sólo sirve de estorbo y rémora al ingenio, que no sólo opinan así aquellos escribidores que para disimular su falta de preparación y lo falso y hueco de su cultura echan pestes contra la gramática, sino que personas de valía y autoridad consideran los estudios gramaticales, si no perniciosos, a lo menos enteramente inútiles. Buena prueba de ello es la desidia con que se mira en casi toda la América española el estudio de las humanidades y el de la lengua nativa. Porque este mal no es sólo de Venezuela, y aun por fortuna podemos alegrarnos de que entre nosotros no es ni tan general ni tan profundo como en otras comarcas. Venezuela y la vecina Colombia son los dos pueblos de América menos azotados por la racha de corruptelas que vienen desmedrando, afeando y empobreciendo la lengua que hablamos.

Obran a la ligera quienes desdeñosamente afirman que la pureza del idioma no tiene importancia práctica para lo por venir de los pueblos de América. Antes al contrario, no existe por el pronto un problema de mayor interés y significación para la América hispanoparlante. Y los que preconizan la concordia, solidaridad y armonía de las naciones del continente que habla español, y que son, justo es decirlo con alborozo, todos los buenos americanos, suelen olvidar que la lengua es uno de los escasos vínculos reales que pueden servir para la unión futura, y que relajado y roto, el mutuo alejamiento sobrevendría con rapidez inevitable. No creo yo que el lenguaje común sea capaz de producir la alianza material de

los pueblos, pero no cabe negarse que la prepara y tal vez la suscita y estimula.

La inercia con que se mira la enseñanza del castellano ha principiado a producir en América fenómenos que pronostican una tenebrosa confusión de lenguas. El que haya leído la prensa del Sur puede dar fe de ello: con pocos años más de desbarajuste, el bonaerense no entenderá al caraqueño, ni el chileno al mejicano.

No es nueva esta observación. Tanto, que don Andrés Bello la apuntaba en el prólogo de su *Gramática*, augurando aciagos y tristes días para nuestros pueblos. Decía el ilustre escritor: “Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispanoamérica. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español, desparramadas en los dos continentes”...

Y agregaba luego:

Pero el mayor mal de todo y el que, si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neologismos de construcción que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros, embriones de idiomas futuros que, durante una larga elaboración, reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín. Chile, el Perú, Buenos Aires, Méjico, hablarían cada uno su lengua, o, por mejor decir varias lenguas, como sucede en España, Italia y Francia, donde dominan ciertos idiomas provinciales pero viven a su lado otros varios, oponiendo estorbos a la difusión de luces, a la administración del Estado, a la unidad nacional.

No se crean exagerados los conceptos del egregio hablista. Si hubiera vivido en nuestro tiempo sus recelos se habrían convertido en zozobra.

La corrupción del castellano en la forma en que la presagió Bello acarrearía irremisibles desgracias a los pueblos americanos de origen español, cuya cultura, incipiente y débil, con mucha menos razón podría soportar el caos que produjo la barbarie de la Europa medioeval.

La corrupción de las lenguas como elemento de atraso y desmedro social tiene un precedente memorable en la historia de la humanidad: el episodio de Babel, cuya significación inequívoca viene pintiparada para este caso.

Cuando los hijos de los hombres decidieron construir una torre que alcanzara a los cielos, Jehová sintió cierta inquietud ante el desmedido orgullo de sus criaturas, como debía sentirla el Olimpo ante el escalamiento de los Titanes. Zeus poseía el rayo, arma eficazísima para deshacerse de los rebeldes. Jehová, dios más astuto, acaso más político y de seguro más ducho en el conocimiento de los hijos de los hombres, no disputó al ángel exterminador ni a ninguna de las convincentes plagas de que disponía para castigar la loca soberbia humana, sino que con maña divina se valió de un ardid seguro: “Y dijo Jehová: He aquí que el pueblo es uno y todos tienen un lenguaje, y ahora comienzan a hacer, y no dejarán de ejecutar lo que tienen trazado. Ahora bien, descendamos y mezclemos allí sus lenguas, y que ninguno entienda la lengua de su compañero. Así los espació Jehová de allí sobre la haz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad”¹.

¿No están ahora los pueblos de Hispanoamérica construyendo con ahínco todavía oscuro, pero ya tenaz, la torre de lo por venir, la máquina por donde subirán a los pináculos del empíreo en donde se adquieren la fuerza y la sabiduría que son patrimonio de los inmortales? Sólo un demonio envidioso y protervo puede infundir en nuestros ánimos menosprecio hacia el idioma, a fin de que pronto no podamos entender la lengua de nuestros vecinos.

En esta hora de crítica gravedad para el género humano, importa considerar todos los problemas que de algún modo atañen a nuestro destino. Ciertamente que existen otros de incuestionable importancia: estúdienlos y esclarezcanlos enhorabuena las personas idóneas; mas no por ello se descuide éste de la lengua, cada vez más agorero y sombrío.

Conste, desde luego, que no recomiendo el purismo intransigente, riguroso y acérrimo, el cual pretende que escribamos a estas horas como

1. Génesis, cap. XI, vers. 6, 8.

los clásicos del siglo dorado, que tanto valdría cambiar nuestros flamantes automóviles por una pesada litera, así fuese la del mismo Papa. El caudal de la lengua no puede ser estadizo y único, so pena de adquirir la inmovilidad funeraria de las momias o la venenosa podredumbre de las ciénagas: ha menester la afluencia continua de las fuentes que lo nutren, para conservarse inalterable (aunque parezca paradoja), sano y vivo.

Los terminachos nuevos, tomados casi siempre de una lengua exótica, que en España y América suele ser el francés, bien o mal aprendido por toda la gente culta, terminachos que les revuelven la bilis a ciertos puristas, no son, si bien se mira, mayormente dañinos; ni echan casi nunca raíces en el lenguaje común, sino cuando designan objetos o usos nuevos. Como ni en España ni en Hispanoamérica existe ciencia original, hemos de tomar los nombres de los inventos nuevos al idioma de los pueblos inventores. Si el ferrocarril o el aeroplano lo hubieran trazado españoles o hispanoamericanos, es seguro que no se llamarían así. Estos términos, necesarios para designar cosas nuevas, no desnaturalizan propiamente el idioma; aceptamos la palabra consagrada por el uso de los pueblos cultos de Europa, adoptándola por necesidad.

El neologismo de construcción de que habla Bello es, en cambio, el verdadero enemigo de la lengua, de su limpieza, uniformidad y decoro. Una frase mal construida con vocablos rancios del idioma resulta mil veces peor que otra compuesta de palabras bárbaras, pero sintácticamente pura: porque en el primer caso se respeta la forma de los signos y se daña la esencia del lenguaje, mientras que en el segundo se echa mano de signos espurios o impropios, pero se conserva la norma fundamental de la construcción; la segunda frase parecerá, a lo sumo, extraña, tal vez extravagante; la primera repugnará de fijo.

Pues para no darse el trabajo de elegir entre una y otra forma, la mayoría de los que escriben para el público aglomeran en sus escritos, a mayor abundamiento, ambas maneras neológicas, con verdadera contumacia; y no falta quien se deje decir, como al descuido, aunque con buen cuidado, que las incorrecciones de sus escritos son deliberadas porque quiere romper y atropellar por todas las trabas gramaticales; jactanciosa socaliña que llegó a encontrar oídos y crédulos cuando la promulgó un célebre y pro-

fuso grafómano colombiano, quien dijo en cierta ocasión con desparpajo impúdico que él sabía más castellano que don Rufino Cuervo y más latín que don Miguel Antonio Caro, pero que no escribía en castellano ni en latín para que se enteraran todos del profundo desprecio que le inspiraban, a la par que el latín y el español, aquellos doctos humanistas.

Lo cierto es que los que no escriben castellano correcto es porque no saben hacerlo, porque no lo han aprendido; y, según la cuenta, es infinito el número de estos tales, como los necios de que hablaba el sabio Salomón.

II

Dos modos hay de aprender a escribir clara y elegantemente: el estudio puntual y minucioso de la gramática y de las reglas retóricas y la asidua lectura de los maestros del lenguaje. Bello, a quien es inevitable citar a cada paso en escritos del linaje de éste, decía que “la lectura de los buenos autores da un tino feliz que dispensa a ciertos espíritus privilegiados del estudio de las reglas”². Pero ¿cómo pedirle a quien no haga profesión de las Letras que consagre tiempo a la lectura de clásicos, no siempre amenos para el gusto contemporáneo, desviando así la atención de otros estudios profesionales de más momento y utilidad práctica? No es posible que un abogado o un médico de nuestros días tenga siempre humor ni espacio para dedicarse a este género de estudios. Tal ejercicio debe imponérsele al escritor, que logrará mayor fruto si ya se encuentra preparado por el conocimiento, así sea general y somero, de las reglas y principios gramaticales.

Mas aquellos que se dedican a una carrera científica deben aprender también a conciencia la lengua en que van a expresarse, para poder hacerlo con decoro, y principalmente con claridad, que es una de las cualidades indispensables en el lenguaje científico. Para ellos se han compuesto las gramáticas.

Ciertamente que tanto se puede curar como enviar al sepulcro a un enfermo en mal castellano. No quiero decir que para acertar en el diag-

2. Bello, Prólogo del *Análisis ideológico de los tiempos de la conjugación castellana*.

nóstico o para prescribir una pócima haya menester el esculapio otros conocimientos que los de patología y terapéutica, que se enseñan en las aulas y clínicas. Mas como el oficio de cirujano y médico no es ya el de curandero o sacapotras de antaño, trae aparejadas obligaciones de índole superior que no pueden cumplirse sino con cierta dignidad literaria. El informe académico, la comunicación enviada a las sociedades de sabios, la lección clínica, escritos en detestable prosa, merman por lo menos la estimación que los méritos de un médico reciben, y nos producen el mismo efecto que si contempláramos a un sabio admirable incurriendo en alguna grosera falta de civilidad.

Y tanto mayor es la necesidad de que los hombres de ciencia se expresen en términos perspicuos, porque un simple pasaje oscuro en alguna de sus disquisiciones puede estropear el sentido, trastrocándolo, o bien dejándolo confuso, defecto capital que no deja de ser frecuente aun en lo mejorcito que sobre ciencias se escribe a la hora actual en lengua española.

He oído decir más de una vez a reputados hombres de ciencia que el estilo científico no ha menester adobos, sino claridad. Así es. Sólo que en castellano, la claridad, y la sobriedad también, no son galas silvestres, sino refinados lujos del estilo. Llámese al primer palurdo que pase por la calle, póngasele a contar cualquiera de los cuentecitos populares que corren de boca en boca y nótese su narración con entera exactitud. Se encontrará en ella, además de los toques pintorescos y ladinos que son propios del pueblo, una serie desconcertante de repeticiones que redundan. Falta sobriedad porque el narrador carece de arte. Un buen cuentista, en cambio, narrará el mismo episodio en cortas palabras, precisas y graciosas. Y el caso es que la mayor parte de los escritores castellanos que tratan temas científicos lo hacen con la misma abundancia profusa y desacertada del narrador callejero.

He tenido yo la cachaza de leerme hasta un ciento de opúsculos científicos criollos, y de ir apuntando con curiosa paciencia aquellos pasajes en que el autor, o no atinó a decir lo que quiso, o lo dijo al revés de cómo lo pensó. No se trata de meros errores de forma, sino de faltas que dañan el sentido de la expresión. Y téngase en cuenta que tales obritas no han

sido escogidas aposta entre las más disparatadas, sino que muchas de ellas fueron escritas por médicos de excelente y bien ganada reputación, hombres de talento incontestable y vasta cultura... científica.

¿Y acaso un médico ha de ser solamente el curandero que va de casa en casa pulsando enfermos y propinando récipes? ¿No tiene que ser también catedrático, conferencista, académico, orador, experto redactor de informes que deben resultar lacónicos y clarísimos? Es de todo punto inexplicable cómo la Facultad, que ha de ser la más interesada en conservar el decoro y el brillo de la profesión, permitió que viniera a menos, años hace, el aprendizaje literario preparatorio, indispensable aun al más humilde galeno para hacer buen papel en el ejercicio profesional.

Pero existe un hábito más pernicioso aún, que ya no podrá desterrarse, por desdicha, pero que todavía puede atajarse para que no produzca estragos mayores. Me refiero a la jerga médica en formación, que cuaja ya en frutos de inverosímil extravagancia. Como ni en España ni en América hay ciencia original, los libros de textos para el aprendizaje de la medicina se leen en francés, sin que los estudiantes sepan francés ni español. De allí proviene ese guirigay diabólico en que se expresan los médicos, especialmente los de las nuevas generaciones, jerga especialísima que es menester descifrar con sagacidad laboriosa. Trasladaría aquí muestras de semejante galimatías si no fuera por el temor de que se atribuya a dañada intención satírica lo que es leal tristeza ante desbarajuste tan lastimoso.

Este abuso lleva camino de arraigarse y extenderse en tales términos, que bien podemos temer, a la postre, la formación de una especie de dialecto délfico especial para uso exclusivo de los esculapios.

Ni se crea que me refiero a los términos técnicos, impenetrables para el vulgo, de que tanto partido han sacado los escritores festivos al burlarse de los galenos. No tal. Hablo de los innecesarios neologismos y de los funestos galicismos que empiedran los escritos médicos (o *medicales*, que es el menor de los dislates que en ellos abundan), y de su sintaxis *gabacha*, si no bárbara.

Me he detenido algún tanto en los obstáculos que ocasiona al médico la falta de conocimiento del idioma, porque algo se me alcanza de medicina y mis lecturas suelen encaminarse por esos rumbos.

Pero no se crea que de las faltas antedichas están exentos los señores abogados o los señores ingenieros –siempre haciendo la salvedad que atañe a unos cuantos de ellos, escritores correctos y doctos–. Y hasta creo que en tratándose de abogados, el descuido de las formas literarias es más grave y funesto. La parte científica de la profesión de abogado es el conocimiento cabal de las doctrinas y de las leyes sociales; su lado artístico es el ejercicio profesional, que pide elocuencia. El buen litigante ha de ser buen orador, es decir, buen retórico. El instrumento que el retórico maneja es el lenguaje; y nadie puede ser buen obrero sin conocer el útil de que se sirve. ¿Qué juez, qué jurados quedarán, cuando no convencidos, por lo menos inclinados al perdón o a la piedad, con un alegato pedestre, mal urdido, desaliñado y tosco? Nuestra escuela de Derecho tuvo un tiempo representantes ínclitos, oradores melosos y persuasivos, literatos de justa fama; mas en cuanto se entibió la tradicional afición universitaria a las bellas letras, sobrevino la decadencia; y aunque no faltan abogados en quienes se aúne a la erudición profesional la elegancia del estilo, páreceme a mí desde lejos que el número de estos últimos es cada día más escaso.

Apunto estos hechos, que pueden aplicarse indistintamente a todas las profesiones liberales, para explicar cómo se propaga a todo orden de estudio el descuido de la enseñanza del idioma, nacido de primordial incuria durante un período azaroso de la vida de la nación, y convertido luego, poco a poco, en rutina perniciosa que cuenta ya, por desdicha, con la consagración de unos cuantos años de negligencia.

Barrunto que no poco ha influido en la tolerancia con que se consideró por mucho tiempo tal incuria, el concepto, divulgado y favorecido hace unos cuantos años, de que la rígida enseñanza del español olía a propósito reaccionario, y que uno de los medios de liberalizar la instrucción era no hacer caso de esas trabas y normas avejentadas. Fue cuando las humanidades cayeron en desuetud; y se consideró que el griego y el latín eran únicamente medios de torturar a los estudiantes; criterio muy propio de rapaz a cuya inquieta y pueril holgazanería no pete el estarse media hora dale que le das al *rosa-ae*, pero extraordinario en un profesor de luces y experiencia.

El hecho es que los jóvenes que llegan al bachillerato o han pasado por los estudios de composición castellana como sobre ordalias, o los olvidan al punto que obtienen la matrícula.

Y mucha culpa tiene en ello el precario sistema que se usa en esta enseñanza.

III

Defecto tradicional de la enseñanza del español es que se asusta y agobia a los alumnos con la inútil sobreabundancia de las definiciones y reglas que se aprenden de coro, sin acertar ni por asomos a comprenderlas. Bien puede un chico recitar de memoria, palabra por palabra, todo un epítome de analogía sin que por ello haya adelantado un ápice en punto de conocimientos etimológicos. En éste, como en muchos otros casos, el maestro se atiene a menudo al texto elemental, creyendo que basta con que los alumnos sepan recitarlo para que estén enterados de la materia. No debe ser así. El compendio, que se compone para uso de las escuelas, es simple vademécum, que sirve de guía al discípulo y de programa al maestro. Los niños que aprenden a repetir mecánicamente las reglas y las definiciones, sin curiosidad y sin interés, las olvidan en cuanto cesan de machacarlas, y, lo que es todavía más grave, conservan de ellas un recuerdo repugnante y odioso.

Resulta dañino torturar las inteligencias infantiles con esa manera de estudio, aburrida sobre estéril. Para los párvulos bastarán las meras clases de lenguaje, dictadas con discreción por un maestro hábil e idóneo, que pueda prescindir del texto abominable y eludir, hasta donde fuere posible, el aprendizaje de fórmulas sin inmediato objeto positivo. Esto es asunto de pedagogía rudimentaria que no entra en mi propósito tratar en tan sucintas notas como las que escribo. Insisto, sí, en que los maestros deben encender y estimular la atención y la curiosidad del niño hacia las normas del lenguaje; y que jamás deben exponer un precepto sin explicarlo con suficiente claridad, tantas veces y de tantos modos cuantos sean necesarios para que los alumnos lo comprendan en todo su alcance y amplitud. Enseña un lugar común de la pedagogía que sólo es perezoso y estudia mal y con flojedad el alumno que no se

empapa de las lecciones; porque el espíritu humano es curioso de suyo, y basta ponerlo en la pista de las ideas para que espontáneamente diga a rastrearlas y a seguirlas con ahínco goloso, siempre que no se trate de un cerebro tardo y obtuso.

Pero no es a los niños a quienes se debe imponer el aprendizaje acabado y metódico de la lengua: es a los jóvenes. He notado que a la edad en que ordinariamente se principian entre nosotros los estudios de bachillerato, ya los alumnos tienen olvidadas las someras nociones gramaticales que medio aprendieron en la infancia. Y es entonces cuando se encuentra la inteligencia en el instante más propicio al estudio del idioma.

Porque tal estudio, a la vez que proporciona la ventaja intrínseca de los conocimientos especiales que abarca, es de por sí un elemento de disciplina intelectual, factor valiosísimo que contribuye en gran manera a que el pensamiento obtenga claridad, relieve y energía.

Las ideas, al adquirir contornos precisos dentro de la mente humana, cuajan en forma de palabras, de modo que para ser del todo accesibles a nuestro espíritu, es decir, para brillar en nuestra conciencia con pleno esplendor, deben hallarse ya enunciadas en forma de lenguaje. Existe, a la par que en el lenguaje en que hablamos y escribimos, el lenguaje en que pensamos, el cual, aunque tiene rapidez de callado relámpago, está formado por los mismos términos o signos en que nos expresamos habitualmente. El conocimiento lógico y analítico de la lengua prepara y capacita al entendimiento para formular las ideas con mayor claridad, fuerza y orden, realzando la inteligencia y dotándola de eficaces medios expresivos. La mayor parte de las oscuridades de la expresión originan de que los pensamientos son confusos; cosa evidente en aquellos escritores que, empeñados en aparentar profundidad, tan sólo consiguen ser tenebrosos: como sus ideas son oscuras y vagas, el discurso les sale anochecido a fuerza de imprecisión.

Una norma de higiene intelectual que importa prescribir a los jóvenes es que huyan, hasta donde les sea posible, de esas quiméricas divagaciones morales que no aciertan a traducirse en ideas nítidas, y que asumen cierta indecisión nebulosa, como si vacilaran entre condensarse en pensamientos definidos o deshacerse en pura sensación pungente o grata. Por-

que tales movimientos del ánimo vienen a ser, en fin de cuentas, fruto de incapacidad para la expresión adecuada de emociones complejas. Cuando la literatura trata de verter en cláusulas esa cambiante bruma moral, cae irremediabilmente en el balbuceo de incertidumbre temblorosa con que el hombre de las cavernas debió de traducir las bárbaras emociones de su pecho velludo. Tal es, en suma, el origen de ciertas estrafalarias sectas poéticas, muy en boga hace pocos lustros y ya deshechas en el olvido. Todo el fárrago abigarrado y violento de los cenáculos líricos que pregonaban credos extravagantes y estéticas que se quebraban de sutiles: los colores de las vocales, *de la musique avant toute chose*, la supresión de los adjetivos, la ortografía simbólica, lo raro como suprema expresión de lo bello, y otras tantas majaderías ahora fiambres, fueron fruto de esa aguda inquietud espiritual que no encontraba moldes propios para verter emociones complejas y finísimas; que confundió la sensación con la idea, y que aspiró a borrar las fronteras de las artes, esculpiendo en verso, pintando en prosa y versificando en mármol. Por lo demás, me inclino a creer que las sensaciones deben traducirse en actos, y que sólo merecen la versión literaria aquéllas que se han elevado, por natural evolución, a la categoría de ideas.

El dominio del lenguaje, el conocimiento de su lógica, a veces desconcertante, y de sus sorprendentes evoluciones a través de las innumerables muchedumbres que lo hablaron, contribuyen a facilitar el mecanismo del pensamiento y también su expresión armoniosa y comunicativa. *Hombre que piense claro expresará siempre con claridad su pensamiento.* Ningún gran escritor fue oscuro ni enrevesado; y si alguno lo parece a estas horas es porque las formas de su lenguaje han dejado de ser corrientes. Las oscuridades del *Quijote* eran diáfanas para los contemporáneos de Cervantes; y la plebe coetánea no encontraba una sola frase de difícil interpretación en todo el teatro de Shakespeare.

La falta de términos precisos para pensar termina a la larga por introducir en las ideas la misma confusión, amaneramiento y perplejidad del lenguaje; y la repetición frecuente de formas triviales del estilo produce la enunciación reiterada de ideas fútiles y baladíes. En este mal camino suele llegarse, con mayor frecuencia de lo que se supone, hasta el extre-

mo de sustituir la legítima función literaria por nimio juego de oraciones pueriles –no aderezado siquiera con la salsa de la música– que suele ofrecérsenos en las columnas de los periódicos y hasta en las páginas de los libros, como composiciones literarias.

Para escribir sobre cualquier tema es preciso enterarse cabalmente de las ideas que acerca de él tenemos formadas, revisarlas con escrupulosa atención, desechar las que resulten ociosas, escoger las que han de servirnos y ordenarlas en cadena lógica en la cual unas a otras se sustenten y enlacen hasta formar concertado conjunto. Contra la creencia vulgar, la obra literaria es fruto de la meditación, nunca de inspiración repentina. *Quien quiere que medite maduramente sobre un asunto, volviéndolo y revolviéndolo hasta conocerlo por todos sus aspectos, podrá traducir sus meditaciones en frases perspicuas.* Es obvio que si no tiene uno a la mano los términos precisos para exponer las distintas fases del asunto, éste escapa a la atención de la mente, y el empeño meditativo resulta estéril. Así como el examinador desconfía del estudiante que con ingenuidad, no falsa siempre, dice conocer la respuesta que se le pide, sin hallar cómo explicarla empero, debemos desconfiar de los escritores que nos aturden con su estrepitosa vocinglería sin acertar nunca a decirnos con certeza qué es lo que los entusiasma, alegría o aflige, en términos tales que no logran desahogar su contento, exaltación o pesadumbre, sino contándonoslo en las páginas de un libro o en las columnas de un periódico.

¿Y cómo penetrar en ciertos elevados limbos del pensamiento sin poseer el secreto de las palabras que lo reflejan y explican? Estudios como los de la filosofía es difícil hacerlos con buen fruto sin conocimiento cabal del idioma. Precisamente para la expresión de las ideas abstractas y sutiles que es menester ir ordenando antes de escalar los vértices, nunca bien despejados de brumas, de la metafísica, es preciso haber establecido categórica y resueltamente el valor de cada uno de los términos que van a servirnos para la copia del pensamiento³.

3. He aquí un dato que no carece de interés a este propósito. Varios de los mayores filósofos modernos han sido profundos lingüistas. Valgan los nombres de Schopenhauer, Nietzsche, Renán, Littré y algún otro.

Entre nosotros puedo aseverar que no existe preparación ninguna para este trance. El aprendizaje gramatical es nulo si se juzga por sus resultados.

Quedan las nociones de retórica y la historia de la literatura española.

No existen en nuestra práctica escolar asignaturas más descuidadas. Los discípulos están en el aula como sobre ascuas. Suponen —y nadie hasta ahora les ha dicho lo contrario— que se trata de una costumbre desapacible y monótona que es preciso cumplir; y que el profesor de Literatura y los manuales que se ven obligados a leer —pedestres e insulsos casi todos, por cierto— pretenden enseñarlos a escribir... ¡versos! Es, con toda seriedad, lo que creen a pie juntillas casi todos los estudiantes, aun después de haber asistido al examen.

El *quid pro quo* es de explicación fácil. El sistema de enseñanza para la Literatura consiste, entre nosotros, en obligar a los discípulos a que retengan y reciten de memoria una tremenda retahíla de definiciones que inspiran pavora al más pintado. Un estudiante muy inteligente me decía hace años:

—No estudiaré para responder en la cátedra. Aprenderé mi Literatura de otro modo o no la aprenderé. ¿Qué tiene que hacer la sinécdoque con el buen discurso? Tampoco estudiaré lógica o la estudiaré a mi modo. ¿Qué tengo yo que hacer con de baralípton y demás sandeces?

Y tenía razón de sobra. Se puede escribir con propiedad y galanura sin saber lo que es epífonema; y comparar preciosas poesías sin saber lo que es verso faleuco y razonar a maravilla sin remota noción del baralípton. Mas sin pensar claro y sin hablar puro no puede uno realizar ninguna de tales proezas.

No tengo memoria ni noticia de que se haya hecho nunca nada práctico, ni verdadero ejercicio de composición, ni ensayo de análisis literario en nuestras clases de Literatura. Profesores y alumnos se atienen al texto; y después de repetirlo con fidelidad fonográfica se dan unos y otros por muy buenos servidores y bien servidos.

Pues si nos llegamos a la historia literaria, la rutina pasa de castaño a oscuro. Un profesor, intelectualmente honorable por mil títulos, me decía en cierta ocasión que él no había leído de Góngora sino las letrillas

y algunos romances, porque todo lo demás del gran poeta eran tinieblas y locura. Manifestéle, desconcertado, mi extrañeza, tanto mayor porque antes lo había oído verter agrias censuras contra el *Polifemo* y las *Soledades*. ¡Las noticias que el buen señor poseía acerca del gran cordobés eran todas de segundo mano! A pesar de ser varón de claro ingenio y vasta lectura se contentaba con las opiniones de don Joseph Mamerto; y ni por espíritu de curiosidad había ido a escudriñar con sus propios ojos las obras tachadas de ininteligibles.

Con eso, por lo común, se conforman los catedráticos: con repetir mansamente lo que leen en los manuales –casi todos escritos ya en plena decadencia intelectual española–, sin tomarse el trabajo de estudiar las obras originales y de dar a conocer a sus discípulos siquiera aquellas partes o fragmentos sobresalientes por algún motivo. Ni esbozan, así sea con sobria premura, las circunstancias políticas, artísticas y sociales que influyeron en el gusto general de cada época. Así, según la enseñanza usual, Góngora fue un mentecato que se propuso distinguirse a fuerza de extravagancias. ¡Una especie de Delpino español del siglo XVI!⁴.

Todas las nociones que se difunden en la cátedra acerca del más portentoso monumento de nuestra lengua, el teatro clásico, se compendian en seis nombres tradicionales con breve noticia, tres o cuatro nombres más sin noticia alguna y unos cuantos títulos de comedias y dramas. Y los maestros siguen muy orondos su curso, sin haber dictado una sola estrofa, sin haber hecho la crítica de ningún drama ni comedia, sin haber explicado el carácter, la transcendencia y la significación social, religiosa y literaria del teatro español.

¡Pero qué mucho, si existen catedráticos de historia de la literatura española que no han leído el *Quijote*!

Todos los conocimientos que tienen acopiados algunos de dichos maestros son de segunda mano, vale decir, enjutos y fofos, como bagazos de caña, recogidos para masticarlos, a orillas del cañaveral ubérrimo por un transeúnte, o idiota o pigre.

4. La frase es de un docto académico.

IV

Entre nosotros, los estudios científicos superiores cuentan siempre con buena copia de catecúmenos. Periódicamente nuestras Universidades nos proporcionaban el placer patriótico de ofrecernos una huestecita de doctores. Ignoro qué influencia haya tenido el nuevo régimen de estudios libres en la falange de los borlados flamantes, aunque sospecho que no la mermará, por fortuna. Salta a la vista, sin embargo, un hecho curioso en Venezuela: existe reglamentada una facultad de Filosofía y Letras que no funciona hace muchos años, y aun creo que pueden contarse con los dedos de la mano el número de graduados que a ella pertenecen.

¿A qué obedece tal fenómeno en un país donde es casi costumbre quejarnos de la sobra o abundancia de letrados? La explicación puede encontrarse en que dentro de nuestra organización social no hallan ejercicio fructuoso los doctores de Filosofía y Letras, los cuales, al salir de la Universidad provistos de su diploma en regla, tendrían que aplicarse a cualquiera otra ocupación u oficio. Así, pues, tales estudios sólo podría realizarlos, por antojo o por inclinación irresistible, algún curioso ricocho, *rara avis* en nuestro país.

Las contadas personas que sienten curiosidad o afición por semejantes estudios encuentran más cómodo, sobre todo más discreto y menos alarmante para el prójimo, realizarlos en privado, a hurto y clandestinamente, aunque no resulten todo lo provechoso y completo que debieran.

Porque —he aquí otra curiosidad de nuestras extrañas costumbres literarias— nadie se prepara en Venezuela para la carrera de escritor, y eso que —no sé si por fortuna o por desgracia— la carrera existe ya de hecho, y por lo mismo es urgente consagrarle más atención de la que por lo común se le otorga.

Tacharíamos de insensato a quien pretendiera ejercer de arquitecto sin nociones de arquitectura; y la ley tiene severos castigos para los que abusen del candor de las gentes dándoselas de médicos y curanderos sin previa aprobación y permiso de la Facultad de Medicina. Pero en cambio, cualquier zascandil sale por allí contándonos sus cuitas o despoticando

de lo lindo en un volumen de amena literatura, y a todos nos parece el caso muy natural, cuando no laudable. Tan frecuente es el hecho hoy día, que pasan años sin que aparezca en Venezuela, donde tanto se escribe, un libro de amena literatura que valga la pena leerse. Y nos acostumbramos de tal modo al desprecio de las buenas letras, que, salvo las de Cecilio Acosta⁵, no poseemos las obras de ningún clásico venezolano compiladas en volúmenes. Apenas algunos de nuestros historiadores obtienen ahora cierta boga, pero no como literatos. A Baralt no se le conoce más que como historiador, habiendo tenido su ingenio aspectos más brillantes; ni a Juan Vicente González más que como autor de la *Historia Universal* y de la *Biografía de Ribas*, aunque la popularidad se la debe el último a las diatribas y contumelias de sus diarios políticos, que escasas personas releen, y de éstas contadísimas son las que lo hacen movidas por puro interés literario.

Desprovistas de preparación especial, nuestras generaciones jóvenes se entran por el periodismo y por la Literatura con insólito desparpajo, audacia imprevisora que muchas veces resulta triunfante y consagra así con el triunfo la costumbre dañina. Y es de verse cómo algunos prohombres desvanecidos de presunción y con aturdida jactancia, se vanaglorian de no haber consagrado mucho tiempo al estudio, creyendo que así se hacen con una credencial que los recomienda de talentosos.

¿Cómo puede uno extrañar tal ligereza después de haber oído a un excelente bardo nuestro hablar con desdén de las Humanidades que ignora, sin percatarse de que la trulla de jovenzuelos que lo admira se arrojará, animada por el ejemplo nefasto, a las más temerarias empresas de versificación sin medir antes las propias fuerzas? Y conste que lo dicho por el excelente poeta es verdad de a puño: tanto, que sus críticos futuros dejarán en claro que no conocía la equivalencia de las vocales en la asonancia española.

Lo que más pena produce es ver a ocasiones cómo legítimos talentos, anublados y embotados por la ignorancia, pugnan por lanzar el grito de

5. Edición aborrecible si las hay, hecha sin plan ni concierto, y en la que parece como si apostara hubieran querido sacar a luz ciertos aspectos íntimos y poco afortunados del gran escritor. Libro que carece, por otra parte, de un estudio crítico indispensable ya para tal maestro; y de una amplia y puntual biografía.

belleza que les vibra en las entrañas sin lograr nunca más que emitir algunos débiles vagidos, en los cuales se le extenúan los bríos, dolorosamente infecundos. Si no me hubiera propuesto eludir toda mención que pueda atribuirse a avieso propósito, citaría aquí algún ejemplo. He conocido un escritor de indudable talento, de grandes dotes como prosista, cuyas preciosas cualidades se malgastaron en baladíes juegos de palabras, en forjar cláusulas lindas e imágenes platerescas, hasta quedar exhausto y caer en los amaneramientos de un lenguaje de hoja periódica, hueco y sin aliño. Todo por culpa de la falta de preparación, de segura base de estudios sobre la cual erigir el edificio ideológico, según las líneas especiales que va dictando, con certero instinto, el propio temperamento.

La confusión que reina en los cerebros de los aficionados a las bellas letras es tal, que ante observaciones como las que vengo trazando se encogen de hombros y alegan que eso de *gramática* es para los viejos.

La innúmero chusma escritora abarca con la denominación vaga y temerosa de *gramática* todo lo que signifique reglas, medida, armonía, orden y concierto; y no achaque esto a broma ni a prurito de abultar los defectos ajenos el lector que no conozca nuestros medios literarios. Escribo con toda formalidad y tal vez me quedo corto en lo que digo.

—Nada se gana con aprender castellano —prorrumpan muy serios—. Eso no es práctico. Esas son antiguallas, vejeces, trabas para el talento, el *sic de coeteris*.

Creo estar en el secreto de estas vociferaciones despectivas. Cogidos en la trampa y manifiesta su ignorancia, el primer impulso de los escritores es ocultar la cara, disimular la pifia. Hablan vagamente de errores de caja, de descuidos, sin confesar nunca el yerro, que sería lo honrado, mucho más porque nadie está exento de esta clase de traspies; pero al fin concluyen, como el grafómano de marras, alegando que ellos saben tanto como el que más, pero que todo eso de reglas es dura tiranía que no están dispuestos a sobrellevar.

—Pues no escriba usted y santas pascuas. Si usted no quiere vestirse un frac porque le parece incómodo o costoso, o porque no le da la real gana, nadie lo puede censurar por ello. Pero no trate usted de presentarse con una levita puerca en un sarao de rumbo. Hará mal papel en los salo-

nes cuando puede quedarse a las puertas, disfrutando de la música y de la vista del espectáculo.

Por eso es nuestra Literatura un bailecito mal alumbrado donde casi todo el mundo zapatea con desenfrenado frenesí, y en mangas de camisa, a lo sumo, cuando no en puros cueros...

* * *

Las recientes medidas dictadas por el Estado español indican que el Gobierno de Madrid se ha dado cuenta de los peligros que apareja a la unidad nacional el que los dialectos locales cundan y prosperen hasta imponerse en las comarcas de la Península con el carácter definitivo que fácilmente les concede el hábito. Los catalanes y los vizcaínos aducen, entre otras razones, en defensa de sus dialectos, que el castellano sólo tuvo mejor fortuna que el catalán y el vascuence, y que por eso predominó en las Españas. Pero el alegato parece tan descabellado como importuno; y en resumidas cuentas no puede considerársele sino como nueva y dolorosa señal de la decadencia española. En Francia vive el provenzal al lado del francés y tiene sus poetas que alcanzan fama en el orbe, sin que a ningún felibre se le haya ocurrido suplantar con la de Mistral la lengua de Racine ni equipararla a ella en sus prerrogativas nacionales.

Tanto es la unidad lingüística signo de la unidad nacional, que los pueblos conquistadores tienen buen cuidado de substituir con su propia lengua la de los pueblos sojuzgados o cautivos, y en ello ponen celosa rigidez, a fin de disminuir y borrar en el ánimo de la muchedumbre vencida la influencia y hasta el recuerdo de la antigua patria. Vivo está el ejemplo de lo que pasa en la Alsacia y en la Lorena, caídas en poder de Alemania; y en la Polonia, despedazada por sus rapaces y poderosos vecinos.

Si el desbarajuste lingüístico cobra en Suramérica las desconsoladoras proporciones que pueden temerse, cada uno de sus pueblos quedará en condiciones de manifiesta inferioridad frente a los demás países de Europa y de América. Desde la más remota antigüedad, la raza que prepondera por las armas y la cultura es la que impone su lengua. Grecia primero, y después Roma, que con lícita arrogancia llamaron bárbaro a todo extranjero,

impusieron su lengua a las demás naciones, como sello de su predominio, no obligando a las turbas a que hablaran griego ni latín, sino constriñendo a todos los magnates a que se expresaran en el idioma de los dominadores. El sátrapa asiático tributario de Roma y el jefe germánico o nómada aliado de las águilas romanas hablaban la lengua de Lacio.

Con la difusión de las luces a toda la redondez de la tierra, no han variado aquellas condiciones. Sólo que hoy día son dos las lenguas que se conocen generalmente en el mundo: la de Inglaterra y la de Francia. El español, a despecho de ser el idioma de todo un continente, resulta zaguero en este cómputo, cuando debería ocupar uno de los primeros puestos.

Tal decadencia no es difícil de explicarse, dada la relativa insignificancia industrial, militar y política de las naciones hispano-parlantes; mas urge percatarnos a estas horas de la arriesgada desidia a que todos nos abandonamos para poner remedio a los males conocidos, atajándolos con tiempo.

Algunos arguyen que las voces de alarma son exageradas, y que ningún obstáculo formal encontrará América en su camino por esta causa. Los que tal aseguran no han leído bastante los periódicos y los libros hispanoamericanos que ahora se publican. Es cierto que están escritas en español más o menos puro todas las obras de los grandes escritores y poetas. Pero no es tan fácil para un caraqueño desentrañar el sentido de una nota de crónica escrita en términos de uso local por un gacetillero de Buenos Aires o de México, como al bonaerense o al mejicano les será arduo comprender lo que quiere decir el cronista de Caracas que empiedra su crónica con términos y refranes de nuestra pródiga germanía arrabalesca. El lenguaje del pueblo, el lenguaje de la mayoría, invade ya la octava página de los periódicos, y no muy tarde obtendrá la consagración del uso sin discrepancia, que es el que prevalece a la postre.

Y al cabo, el español, ya bastardeado, pero español todavía, quedará relegado para el uso de los escritores cultos y para ciertos documentos públicos, mientras siguen creciendo y fortaleciéndose en boca del pueblo los distintos dialectos bárbaros de cada región y de cada provincia. Sobrevendrá la repetición de lo que ocurrió en la Edad Media con el latín, con mayor fidelidad de como la barruntaba Bello, pues en la confusión

medieval, el latín, más o menos injuriado por la ignorancia de la época, sobrevivió no más en los oficios eclesiásticos, en la pluma, cada vez menos limpia de los curiales y en los escritos de algunos raros monjes.

Puede formarse una idea de las proporciones que alcanzaría el enredo, observando, dentro de nuestra misma patria, los caracteres especiales que va asumiendo el castellano en las distintas regiones. El maracaibero, a poco que se ahonden un poco más las diferencias, no se entenderá fácilmente con el caraqueño. El uso especialísimo del *vos*⁶ propio de los zulianos, los arcaísmos de que salpican su conversación y sus abundantes provincialismos van apartándolos cada vez más por el habla de sus compatriotas. En las escuelas primarias no se realizan mayores esfuerzos para desterrar del lenguaje hablado de los niños esos peligrosos resabios dialécticos. Bien sé yo que el empeño de los maestros no los pondrá a hablar relamidamente; pero les enseñará cuál es la forma propia y castiza de las frases que estropean, que es lo que más importa a todos los venezolanos. Me refiero especialmente a Maracaibo, por conocer al dedillo todos los matices de la jerga zuliana; pero cosa análoga, aunque no tan general ni extendida, ocurre en Cumaná, en los Andes y en Barquisimeto.

Cuando todos los maestros reciban la enseñanza pedagógica en escuelas normales de la nación, y haya cuidado de ponerlos sobre aviso contra esos abusos, pueden irse contrariando hábilmente y con fruto las corruptelas del provincialismo exuberante. No me hago de ilusiones tampoco en este punto; y sé que al salir del aula los chicos maracaiberos recuperarán con entusiasmo y alivio el uso del *vos* y demás dislates pero ya estarán enterados de lo que son, y mucho se lleva ganado con ello.

Esto que en pequeño ocurre dentro de una nación poco poblada como la nuestra, se aumenta y agrava y adquiere relieve de calamidad

6. El maracaibero usa la segunda persona del plural, de un modo curioso; dice: *vos te vais*; yo *te* digo (a vos). El vulgo de Buenos Aires y el chileno hablan lo mismo. Del primero me consta por pasajes de libros argentinos en que se copia la manera de hablar de la plebe bonaerense. “Sobre el uso de la lengua castellana, dirigidas a los padres de familia, profesores de colegios y maestros de escuelas”, en los *Opúsculos gramaticales* (t. II). En Costa Rica el *vos* es también de uso vulgar en esta forma: en las *Concherías* de Aquileo J. Echeverría se hallan buenos ejemplos de ello.

continental cuando se trata de las naciones hispanoamericanas, las cuales, a pesar de cuantas declamaciones y discursos se escriban y pronuncien, encuéntranse aún a estas horas separadas por vastos abismos, el menor de los cuales no es el de la ignorancia recíproca.

Se ha dado el caso, aquí en Venezuela, de tener noticia de un libro argentino a través del estudio crítico que acerca de él han publicado, en francés, revistas parisienses. No existe trato regular y continuo entre unos y otros pueblos: Caracas está más cerca de Londres, Nueva York y París que de Santiago, Buenos Aires y Bogotá; y conocemos mejor a los novelistas rusos que a los filólogos colombianos. Mientras en nuestras librerías se amontonan pésimas novelas francesas, que nadie lee en Francia, y repugnantes publicaciones españolas, carecemos de buenas ediciones de nuestros propios clásicos, y para hacerse uno con ciertos libros suramericanos necesita afanes ímprobos. Estamos separados unos y otros por áridos desiertos de ignorancia.

Ya que no podemos laborar sino para lo futuro, empecemos desde luego la obra. Mañana mismo, al cesar la contienda que asuela a Europa, sobrevendrá sin remisión una era de vigoroso florecimiento para nuestras repúblicas: si entonces estamos aún alejados los unos de los otros, la prosperidad material, que siempre nos torna egoístas, concluirá por alejarnos tanto que al fin no nos reconoceremos ni entenderemos en la Babel novísima. La celosa conservación de la unidad del idioma puede ser de mucha eficacia en esa hora para fortalecer los vínculos mutuos. El gran Cuervo lo decía en estas palabras, memorables y dignas de acato como suyas: “Nada hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispanoamericanas como los fomentadores de aquellos estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas”.

* * *

No he de concluir sin dedicarle cuatro palabras a una confusión corriente en nuestras tertulias de letrados. Generalmente se habla de la crítica literaria confundiéndola con la mera censura gramatical, lo que produce

lamentables y ridículos desaciertos. La crítica literaria, según la entienden los más eximios maestros, prescinde por completo de toda cuestión sintáctica y etimológica. No porque desdeñe asuntos tales, como creen algunos con extraordinario candor, sino porque supone que el escritor digno de que se le someta a examen es un profesional competente, que tiene hechos sus estudios previos de lenguaje y composición. La crítica literaria propiamente dicha no pierde tiempo en el examen de pormenores que desde su elevado punto de vista resultan pueriles minucias, aunque examinados de cerca delatan imperdonable falta de preparación técnica. Es lógico que al juzgar una obra literaria el crítico admite de antemano que el autor conoce bien el idioma en que se ha aventurado a escribirla. Si la forma es pedestre y bárbara, todavía puede encontrar en el asunto y en las ideas copia de bellezas que, si no cohonestan los descuidos de la forma, acaso permitan olvidarlos. Mas cuando el contenido es trivial o necio y la forma tosca y espuria, no hay crítica literaria posible, puesto que tal esperpento está “fuera de la Literatura”, como decía Lemaitre del señor Ohnet.

Nada de esto es nuevo; pero conviene repetirlo, porque aquel erróneo concepto es comunísimo; y los cazadores de “gazapos” se amuchiguan en densa turbamulta, creyendo de buena fe que con señalar algún dislate o desliz ya han realizado un acto que los inviste con “el sacerdocio de la crítica”, sin percatarse que bien puede uno ser apto para cazar con certero tino todo error ajeno, sin acertar en obra propia alguna, ni siquiera en el comprender las extrañas.

La crítica literaria, tal como la comprenden los maestros, es un arte de las más bellas, tan alta y tan amplia, tan distinta de la fácil anotación de errores de forma, que para ejercerla se necesita poseer además de seguros conocimientos de vario orden, criterio tolerante y superior, sensibilidad capaz de apreciar en sus matices más leves, y en sus tonos más agudos y más sordos, las emociones sutiles y las ideas delicadas. Lo que ha colocado al crítico en elevada jerarquía intelectual es, entre otras favorables circunstancias modernas, lo inmenso de la producción literaria contemporánea. Tras una generación de autores eminentes sobreviene casi siempre un gran crítico. Por eso no ha habido ni puede haber en mucho tiempo críticos profesionales en nuestra América: porque no hay aún obra definitiva que juzgar.

Desvanecidas las hoscas tinieblas de la Edad Media, la crítica se encargó de comentar, aclarar y explicar las obras de la cultura grecorromana, sofocada entre los alaridos victoriosos de los bárbaros y despedazada por su ira ignara y brusca. Las mieles del Himeto, mezcladas con la agria saliva del celta, del ibero, del godo y del germano, perdieron su primordial dulzura; así como las avenas latinas resonaron broncas y trémulas bajo el recio soplo brutal de las razas invasoras. La obra del Renacimiento consistió en limpiar a la civilización antigua del resabio bruto que la maculaba: fue el humanismo, hoy en decadencia porque no tiene ya que cumplir aquella obra purificadora. La intensísima cultura moderna, con su exuberante producción artística, ha creado, asimismo, la necesidad de una depuración de especialistas que nos facilite el estudio y nos ahorre lecturas fatigosas o ingratas. Esta nueva corriente crítica data de la Enciclopedia, que es, a pesar de todos sus detractores, la matriz de la cultura contemporánea, como lo fue el Estagirita del Renacimiento.

Durante este último período, y en el Siglo de Oro, que fue su fruto, se realizó en lengua castellana una labor prodigiosa, gracias a lo cual cuajaron los portentos de la historia literaria peninsular: el teatro, la novela picaresca, los místicos, el *Quijote*, Quevedo y Góngora, los historiadores, desde Hurtado de Mendoza hasta Solís, todo ese emporio de maravillas, hoy desconocido cuando no despreciado. Guiándose por las apariencias, dicen algunos que entonces no hubo crítica: la hubo cabal, superior, de los mejores quilates: páginas enteras de el *Quijote* son de excelente crítica; y los místicos son sutiles escudriñadores del alma y de la belleza. Sin contar con que ya desde Covarrubias el idioma fue directamente estudiado con acierto sagaz. Mas no existían entonces los factores que propendieron después, y hoy con más fuerza que nunca, a descascar y empobrecer el castellano.

La crítica profesional nació mucho después, y por desgracia tuvo corifeos de escaso alcance intelectual. El representante más célebre de esa nueva crítica, que vino a copiar modelos exóticos en el idioma⁷, fue Gó-

7. La terrible *Perinola* fue un ensayo eventual de Quevedo, escrito más para denostar a Pérez de Montalbán que con miras estéticas.

mez de Hermosilla, ingenio romo, aunque versadísimo en Humanidades; era fervoroso adepto de la escuela francesa, y trasladó a nuestra lengua, con torpeza desdichada, las tendencias de La Harpe y Boileau, agravadas por aquel amor sistemático que los franceses profesaron siempre a la sobriedad y a la medida⁸. Lo que es difícilísimo encontrar en las obras maestras de la literatura española son precisamente esas cualidades. El teatro castellano es una selva inextricable, fosca, llena de sobreabundancia de flores: análoga en la lozanía, variedad y pompa a nuestros bosques del trópico en la hora del alba. Ese atuendo, esa profusión de galas, ese discreto enrevesado y múltiple, ese magnífico tumulto de imágenes, eran para los pseudoclásicos, señal de mal gusto. No se comprendía más belleza que la prosa seca, cristalina, de sucinta elegancia, de Voltaire. Todo el caudal de donaires que pasa, regando frescas risotadas o músicas de oro por la prosa rica y traviesa del gran Quevedo, no valían para Hermosilla lo que un soneto de aquéllos funestos que compuso el mediocre Moratín. Las demasías del autor del *Arte de hablar* resultan patentes en su opinión acerca de los odiosos versos moratinescos, que él tenía por obras perfectas e insuperables. La decadencia que agobiaba a las letras españolas la completó Hermosilla con su censura a los clásicos y con aquel desapoderado prurito de ensalzar las poesías y comedias de Moratín, de las cuales ya no nos acordamos por fortuna. Lo más grave fue que a pesar de su entusiasmo aparente por los griegos y los latinos, el señor Hermosilla no consiguió con su traducción de la *Iliada* sino inspirar a todos los que la leyeron aborrecimiento decidido hacia la máxima epopeya. De entonces data la influencia *francesa*, apoyada luego por la conquista napoleónica. España, que se levantó unánime y gloriosa ante las huestes del gran caudillo, estaba invadida ya por el aluvión literario transpirenaico.

8. El señor Moratín, hijo, fue el ídolo de Hermosilla. Este Moratín era afrancesado tremebundo. Compárense sus temerarias opiniones acerca del *Hamlet*, o *Hamleto* como él decía, con las de Voltaire acerca de las obras shakesperianas. Con diabólica tranquilidad el señor Moratín suprimió en su *Hamleto* escenas enteras, tachándolas de inverosímiles o impropias: proceder más de vándalo que de traductor. Esto, que hoy nos parece un desaguisado punible, lo creyeron sus contemporáneos muy justo. No comprendían. ¿Qué mucho si el italiano Manzoni llamaba a Shakespeare “un bárbaro que no carecía de ingenio”? Eran hombres de compás, y el que usaban no podía abarcar la talla formidable de Shakespeare.

El mismo espíritu que suscitó la llamarada de la Revolución y que forjó al guerrero que debía propagar sus fuegos desde el Tajo hasta la helada estepa rusa, fue el que movió a los patriotas de Caracas a formar la primera algarada revolucionaria, a la noticia de la abdicación de Fernando VII. Nuestra literatura, que debía ser al principio de motín y de libelo, nos nació inficionada de todos los males que reinaban en la Península, con el fermento revolucionario y extranjero como nuevo elemento de corrupción. No tuvimos por eso nada original: todo el romanticismo español y americano fue exótico; copia de remedos de Byron, primero, y después de Víctor Hugo.

Nuestras letras habrían podido librarse del vasallaje de la imitación si hubieran nacido unos cuantos Bellos en el Continente. Mas no por ser única resultó infructuosa la obra del gran caraqueño, y según que pasan los años, su figura va acrecentándose en la gloria. Gran poeta, gran humanista, educador de pueblos, su ejemplo logró despertar en América la afición por estudios que estaban postergados en España y eran desconocidos en el nuevo mundo: sin su influencia acaso no podríamos contar con el brillante grupo de filólogos que ilustran la historia americana. Y conste que Bello, a pesar de todo el respeto que se le rinde, no es honrado en la medida que debiera. A despecho de cuanto digan poetas cegados por la furia sectaria⁹ o desvanecido por el amor propio, nadie ha superado la célebre *Silva* ni igualado la sencilla y melancólica dulzura de ciertas estancias de *La oración por todos*. En la primera preconizó cuanto los diaristas están repitiendo hace ochenta años; trasladó en estrofas puras y con singular maestría el cuadro pródigo y pintoresco de nuestra zona¹⁰, cantó nuestra América, a nuestros héroes y nuestros fastos con viril pujanza y, en resolución, fijó de una vez los rumbos que debían seguir nuestras letras. No los seguimos sino a saltos, interrumpidos por lastimosos retro-

9. Es sorprendente que el señor Lugones no haya comprendido a Bello. En su doble carácter de poeta y de pedagogo parecía el más apto para interpretar la obra del gran poeta venezolano. Puede que en ello intervenga la necesidad patriótica y nacionalista de anteponer y exaltar a Sarmiento y a Mitre.

10. Toda la cacareada poesía criollista se encuentra en la *Silva a la agricultura*. Los nuevos poetas no han hecho más que glosarla, con fortuna diversa.

cesos, a causa de los infortunios y desórdenes que sobrevinieron sobre su América, que nosotros nada hemos hecho para llamarla nuestra.

Sus consejos no han perdido “actualidad”, como ahora dicen. Más que cuando fueron escritas tienen ahora sus palabras vivísimo interés para los pueblos hispanoparlantes, porque si el castellano está destinado a naufragar en América, corrompiéndose para dar vida a nuevas lenguas, dejará de ser idioma literario, pues sólo América puede darle en lo futuro esplendor y aun supremacía, que no alcanzará por luengos años en la España decadente, donde, si parece revivir ahora, es gracias al influjo americano.

Como siempre los escritores ejercen influencia sobre el vulgo, es obvio que importa conservar una tradición de pureza lingüística en la clase letrada. Gracias a los hábitos democráticos, nuestros pueblos son cada día más cultos; y acaso en ninguna región del nuevo mundo —si no es entre las tribus salvajes, no bien conocidas— se encuentra la bronca y sombría ignorancia en que viven algunas comarcas europeas, hecho no nada difícil de observar en la bastedad y rudeza de pensamientos y palabras de algunos europeos que vienen para nosotros en son de inmigrantes. Pero la enseñanza del idioma compete a los funcionarios de instrucción y a los padres de familia, los cuales deben acordarse de que al conservar limpio el idioma de sus abuelos realizan una función social trascendente, que repercutirá con beneficios claros en las generaciones futuras.

* * *

Creo necesario insistir en que nada tiene que hacer la crítica literaria con la gramática. Ésta es imprescindible para la buena organización social, pues el individuo de un país civilizado que no sabe hablar bien su idioma delata una carencia de cultura tan repugnante como la del patán enriquecido que a cada momento deja asomar su rustiquez indómita. La gramática es primero asunto de educación doméstica y luego de enseñanza escolar.

Los estudios literarios son otra cosa. Quienquiera que trate de pasar por persona culta estudiará la gramática de su lengua, porque sólo estu-

diándola puede aprender en breve plazo a hablar y escribir con propiedad. El que se prepara para alguna profesión liberal, debe estudiarla con mucho mayor motivo. En cambio, el que aspire a escribir para el público bien puede prescindir de los estudios gramaticales, si acaso le causan tedio; pero tiene que realizar entonces un trabajo de lectura copioso, metódico y asiduo durante largo tiempo, a fin de empaparse en la esencia del lenguaje y adquirir agilidad, presteza y soltura en el manejo del idioma; sólo así pueden ignorarse todas las reglas gramaticales; y no es verosímil que exista el caso, porque resulta mucho más fácil acogerse a la gramática como guía, y luego, bien provisto de conocimientos teóricos, entrar con huelgo en el estudio directo de los clásicos.

Todavía con mucha gramática puede uno ser escritor inelegante, tosco y hasta chabacano, por radical defecto del gusto, es decir, porque no posee capacidad crítica. Se pueden escribir muchas majaderías y sandeces en excelente español. Porque todo buen literato, para serlo, tiene que ejercer de censor con sus propios escritos. El trabajo de composición lo forman dos funciones simultáneas: la de concepción y la de crítica. A medida que se van fraguando los períodos, el ánimo crítico los vigila, y va desechando lo inútil, lo impropio, lo redundante. Cuando falla la censura de la obra propia, sobrevienen los tradicionales cabeceos de Homero adormecido. Tal labor la realiza incesantemente todo el que escribe, así sea una carta de etiqueta.

—Pues todo gran escritor sería gran crítico —oigo ya que dicen los lectores.

Sí tal, si no fuera porque el papel de crítico de la obra ajena requiere algunas dotes de otra índole, *que no todos poseen: la facultad serenísima de comprenderlo todo, de explicarlo todo, de atinar con el secreto del estilo ajeno y de asimilarse provisionalmente todas las ideas extrañas, desechándolas luego*, con curiosidad no satisfecha nunca. Rivarol, ejerciendo de crítico decía: “me parezco a un amante obligado a disecar a su amada”, sin darse cuenta de que alcanzaba más allá de donde quería. El amor verdadero mezcla la inclinación sexual involuntaria con el razonamiento que exalta al ser querido y lo encuentra hechicero y único. Lo demás no pasa de rija transitoria.

Traten los principiantes de ser severos y duros críticos de sí propios y acendrarán sus obras y lograrán echarlas a luz en sazón; eviten la premura atolondrada que pretende darnos en agraz el fruto de la mente; y sepan cultivarse a sí propios, con silenciosa tenacidad. Porque una vez adquirido el hábito de la indolencia, aunque logren triunfos más o menos fáciles, ya en ninguno hallarán estímulo para volver al estudio, que les parece, sobre enojoso, inútil. El buen éxito de algunos ignorantes antes que deslumbrarlos convidándolos a la imitación, debe servirles de estímulo para aquilatar el ingenio en el estudio, porque toda victoria de la ignorancia afortunada es efímera y se destruye en fracasos penosos.

Somos parte de un vasto conjunto de pueblos que va hacia lo por venir envuelto en nubes de aurora. Mas como la unidad y armonía de ese conjunto son hasta ahora endebles y precarias, urge fortalecerlas. El lenguaje común es una fuerza que debemos acrecentar, con deliberado abínco. Así como se tiene cuidado en las escuelas de cada país de sembrar en la mente y en el corazón de los niños aquellos gérmenes de donde surge, vivo y fuerte, el amor a la patria, debemos empeñarnos en que consideren el lenguaje puro y claro como deber imprescindible de buenos patriotas, de buenos hijos de América. Ello sin caer en las ridículas exageraciones y extravagancias en que suelen incurrir los novicios en el estudio gramatical, los cuales llegan con ingenuidad peligrosa a considerar sacrílego cualquier error leve o ligero descuido. La pureza del idioma reside principalmente, como ya lo dije con palabras de Bello, en la propiedad de la construcción.

No se diga de nosotros mañana que fuimos como esos hijos de millonarios, que por torpeza e ineptitud despilfarran en brutales desórdenes el tesoro heredado. En la pobreza que nos acongoja, es ésa una de las escasas joyas de valía que conservamos, y tirarla en medio del arroyo por ignorar su virtud sería obra de insensatez suicida. Son las nuevas generaciones, los niños que actualmente deletrean en las escuelas primarias, quienes decidirán si en Suramérica se hablará en lo futuro el castellano o alguna jerga bruta, cuya resonancia cerril pregone con acritud y en balbuceos infamantes nuestra regresión a las primordiales tinieblas...

LA DECADENCIA DEL ESPAÑOL

El español bastardea en el centro y el sur de América y está desapareciendo en Filipinas y en Puerto Rico. El triunfo de los anglosajones en la guerra pasada va imponiendo el predominio de la lengua inglesa en el mundo. El francés, que fue por siglos el idioma de la diplomacia, encuentra un rival en la lengua del Imperio Británico y de los Estados Unidos, las dos potencias principales del mundo de hoy. El poder de difusión del inglés es enorme y encuentra campo amplísimo y seguro en los dominios ingleses, algunos de los cuales, como Australia, Nueva Zelanda, el Canadá y el África Meridional, están destinados, según todas las señales, a convertirse en emporios de población y de riqueza; en las comarcas pobladas por razas antiguas hoy en decadencia, como la India y Egipto; y en las recientes adquisiciones de Mesopotamia y Palestina. Los Estados Unidos, por su parte, representan una poderosa fuerza expansiva para la lengua inglesa: están imponiéndola en Puerto Rico y Filipinas y es seguro que la impondrán en lo futuro a otras colonias y protectorados yanquis de lengua española. Los anglosajones mandan y triunfan. Su comercio predomina en el orbe entero, sus escuadras en el mar, sus palabras en congresos y ligas internacionales. El alemán se eclipsa; el francés, hasta ayer nomás lengua favorita de las ciencias y las artes, pierde terreno; los hijos de inmigrantes italianos que van a la Argentina o vienen al norte olvidan pronto la lengua paterna para hablar inglés o español argentino. El español...

Creíamos que el porvenir del español era espléndido. Las dieciocho repúblicas centro y sur americanas representaban una formidable fuerza futura, en la que creíamos a pies juntillas, como creíamos en la resurrección española. Esta fe es cada día menos firme y menos lógica. Los nacionalismos del mediodía, en vez de proclamar indispensable a la conservación de la fisonomía nacional la conservación de la lengua común a toda la América mestiza, se dan a instigar la formación de lenguas “nacionales”, y a fomentar las corruptelas de manera que logren cuanto antes imponer un carácter distinto a los dialectos locales. Si tal empresa prospera –y nada se opone a que así sea a la postre– tendremos entonces en Sur América una serie de idiomas flamantes, que, aun cuando llegaran

a adquirir consistencia y brillo literario, desempeñarían en el mundo por venir papel análogo al que hoy desempeñan el portugués, el provenzal o el rumano, para no citar sino lenguas latinas.

Lo que ocurre en Filipinas es muy distinto. En Filipinas no se trata de formar una lengua filipina sino de extirpar el español para sustituirlo con el inglés. Hay mucha gente empeñada en conseguirlo, y si no faltan protestas de los amigos del español, son sentimentales, como todas las protestas de los débiles. El inglés, entre tanto, se difunde y se extiende, convirtiéndose no sólo en lengua favorita de los funcionarios y mercaderes, sino también del pueblo.

En Puerto Rico el español cede rápidamente el campo al inglés. Dentro de quince o veinte años la isla será angloparlante. Lo mismo ocurrirá en Santo Domingo, y acaso en Haití, donde el francés desaparecerá al consumarse el exterminio de los nativos de color.

Es lo más curioso que la gente de habla española no cae en la cuenta de lo deplorable de tales perspectivas. Contribuyen al fracaso muchos profesores de español que viven en los Estados Unidos. Casi todos escriben en un español enteramente bárbaro, empedrado de formas y giros extranjeros. Raro es el literato español que llega a familiarizarse con el inglés y conserva intacta la sintaxis castellana genuina. Basta echar una ojeada a los periódicos castellanos que se publican en los Estados Unidos para notar los estragos que padece el español bajo la pluma de estos sayones. Las más de las traducciones que por tales se venden son copias del texto yanqui, en que algunas palabras inglesas se han sustituidos con las españolas, conservando hasta el orden de colocación de los vocablos. El español que llaman “comercial” es otro indicio funesto de disolución y ruina: es una traducción, macarrónica y a medias, de las acostumbradas fórmulas inglesas, como si los traductores pensarán en inglés, si acaso a tales seres puede atribuirse la función de pensar.

Todavía ni la ciencia ni el arte de lengua inglesa han llegado a la América española con la abundancia de los franceses en las postrimerías del siglo pasado, cuando sobrevino la epidemia del francesismo verbal bautizado con el nombre de galicismo. El día en que los literatos, los médicos, los ingenieros y demás gente de estudio sustituyan sus textos

franceses con textos ingleses, sobrevendrá un alud irrefrenable de anglicismos muchísimo más copioso del que padecemos ahora. Se pondrán a la moda el hipérbaton y las oraciones pasivas, que ya usan como galas no pocos escritores hispanoamericanos. Y así, atosigado por la germanía de golfos madrileños y toreros andaluces, que adoptan ciertos mozos de la nueva generación venezolana, y por la construcción bárbara a la inglesa y aún a la americana, el español quedará malparado y moribundo a manos, precisamente, de la generación en quien teníamos puesta nuestra esperanza y nuestra fe, hoy desvanecidas en acerbo desencanto.

Los nacionalismos que se despiertan en el sur son bastante violentos e imperiosos para buscar un instrumento de expresión enteramente nacionalista, lo cual debilitaría a los pueblos que se trata de fortalecer y avigorar. La única esperanza de un renacimiento de la civilización española está en Suramérica. España atraviesa una crisis tenebrosa, y el fenómeno de emigración, que es desangre, junto con el fenómeno de la empresa “colonizadora” de Marruecos, que es contumacia histórica, aplazan para días remotos el renacimiento de la Península.

La guerra convirtió a Hispanoamérica en un factor de primer orden en la vida económica del universo. Sin los cereales, sin las carnes, sin los cueros, sin el azúcar, sin el petróleo de la América española, no puede vivir el mundo. Su unidad económica resaltó viva en la crisis de la guerra, y afirma y fortalece la unidad geográfica. Gracias a la identidad de la lengua en los países que demoran al sur de los Estados Unidos están maduros para formar un vastísimo emporio de opulencia y cultura, que sirva de complemento y contrapeso a la formidable unidad de la América anglosajona. Sería deplorable que por pruritos nacionalistas la unidad lingüística se rompiera. Precisamente vivimos en una hora en que la humanidad, a través de los desvaríos de enconadas luchas económicas, anhela y solicita agruparse en grandes bloques que rompan con la tradición de suspicacias y codicias heredadas de las épocas más negras de la historia.

Salvo las disputas territoriales que, con excepción de la cuestión del Pacífico, carecen de importancia, todo concurre a unir en un solo grupo internacional a los pueblos iberoamericanos. El internacionalismo está hoy en boga. Lo que se opuso antaño a la unión de esos países, aparte el pro-

fundo desconocimiento mutuo y ciertas intrigas extranjeras, fue precisamente el orgullo y el recelo de los pueblos nuevos, de patriotismo estrecho y receloso. Pero ahora no será menester renunciar ni siquiera al violento nacionalismo para hacer buenas migas con los vecinos, para comerciar con ellos, para trocar productos e ideas, cuando los haya. Algunos Estados hispanoamericanos tienen petróleo, carbón y minerales de que otros carecen. Muchos producen lanas y carnes que otros importan y los hay exportadores de cereales, lo harán con mucha mayor facilidad si conservan celosamente un idioma común. Es pues, útil cuidar de la lengua como de un instrumento de cultura que, a través de una historia espléndida, tiene ya creada la riqueza de formas capaces de expresar los pensamientos más nobles y útiles y los más complicados matices del sentimiento.

El tema se trata periódicamente en las revistas hispanoamericanas, pero casi siempre en tono sentimental como asunto de amena literatura; y entre tanto las formas dialectales prosperan con una lozanía maravillosa. Oyendo hablar a ciertos mexicanos, a ciertos argentinos y a ciertos españoles, se pregunta uno si no será ya tarde para el remedio.

En Venezuela fue proverbial hasta hace unos cuantos años la afición al lenguaje galano y limpio. Gente sensualista la nuestra, amiga de regodeos y suavidades, sabía ofrecer un párrafo bien carpinteadado, un verso de resonancia pura y recóndita. Pero hace algún tiempo la tradición viene perdiéndose. El periodismo reemplaza a la literatura. La historia se escribe en estilo de oficio de jefe civil. El coplero sustituye al poeta. Se nos brindan doctas divagaciones vertidas en forma desapacible y claudicante; el lenguaje de las ciencias se obscurece con brumas bárbaras y los mismos comerciantes introducen algunas de sus corruptelas favoritas, que son las peores, en el caudal del idioma literario.

EL IDIOMA Y LA POLÍTICA

En los últimos tiempos, sobre todo después de la guerra, periodistas y escritores angloparlantes hablan de vez en cuando, con regocijo y complacencia, del incuestionable predominio que comienza a adquirir en el mundo el idioma inglés. Dicen que ningún idioma culto puede competir

con el inglés. Lo hablan más de ciento setenta millones de hombres y es un maravilloso lazo de unión para los pueblos anglosajones y muchos de sus vasallos, esclavos y súbditos. El doctor Shroer, profesor de literatura inglesa en la Universidad Colonia, acaba de escribir: “La posteridad de las otras razas jamás excederá en número a la de los ciento setenta millones de esta raza vigorosa y pujante”. Esto quiere decir que el mundo tendrá que resignarse a obedecer las órdenes que se le comunicarán dentro de poco en inglés. Hubo un momento en que la gente de la Italia antigua dio por seguro que el mundo iba a apresurarse a hablar latín, a fin de poder oír mejor las órdenes de Roma. La misma iglesia cristiana pareció inclinarse a esta creencia y adoptó el latín para sus oficios. Pero la lengua del Lacio se corrompió y deshizo pocos siglos más tarde.

El caso es ahora distinto. El latín imperaba a la sombra de las enseñas de las legiones. Las demás lenguas coetáneas suyas, con la excepción del griego ya decadente, eran oscuras, pobres y bárbaras. Los idiomas cultos del mundo moderno son, en cambio, numerosos. El francés hablado por unos pocos millones de hombres fue, hasta no hace mucho, la lengua favorita de las ciencias y de las artes. Es ahora, gracias al poderío político y económico de Inglaterra y de los Estados Unidos, cuando el inglés adquiere fuste de idioma que puede aspirar sin escándalo al predominio. En la edad de oro de la literatura inglesa, cuando florecían los Spencer y los Shakespeare, el inglés no era una lengua difundida más allá de las lindes geográficas de las islas británicas. El mismo Shakespeare no corrió con muy buena suerte en el continente, cuyos grandes escritores lo consideraron, hasta el siglo XVIII, como un bárbaro ingenioso, pero desordenado y confuso. Fueron los románticos los que se apoderaron de Shakespeare, lo ensalzaron, lo pusieron por las nubes y esparcieron sus obras por el mundo. Inglaterra no se lo impuso a nadie. Inglaterra tiene una lozana literatura moderna, pero ¿existe en los demás países de habla inglesa una literatura propiamente dicha? Sin duda que sí, pero en ciernes, muchísimo más en ciernes que la nuestra, la que prospera en las comarcas americanas de habla española. Y eso que los libros angloamericanos son sobreabundantísimos.

No obstante que son cientos los millones de norteamericanos del gran imperio acometedor, cabe dudar aún del porvenir del idioma an-

gloamericano como fructuoso instrumento de cultura. El idioma de por sí, no engendra cultura. Véase el caso de Puerto Rico y de las Filipinas, donde se les impone a los nativos el aprendizaje de la lengua de los amos, como medio de civilización. En los propios Estados Unidos es posible que el inglés adquiriera la gracia, la flexibilidad y la transparencia de las grandes lenguas cultas; mas, por ahora, no las posee.

Si los angloparlantes fincan tantas esperanzas en el porvenir de la lengua que hablan ¡cuantas más nos hemos de fincar nosotros en la nuestra. Lo malo es que ni España ni la América española se curan de este problema, cada vez más grave. El desprecio por la propia lengua, obra de suicidas, es cosa que alarma. Se trata hoy día no de calamidades hipotéticas sino de hechos. En Cuba, por ejemplo, ya no se expresan en español sino contados escritores. Y no porque hayan adoptado el inglés. Sería preferible que lo hubieran adoptado, prescindiendo del dialecto que usan, dialecto monstruoso, enturbiado por repugnantes impurezas de origen yanqui y africano. La jerigonza que resulta de mezclar mal español con mal inglés es cosa fatídica.

La lengua vale antes que todo por su poder artístico, por su capacidad para la expresión justa, comunicativa y elocuente. El pensamiento del hombre está profundo e irrevocablemente ligado a la forma en que lo concibe. Sin palabras adecuadas nadie puede concebir ideas. A lenguaje tosco corresponden por fuerza ideas confusas. La civilización habla siempre con claridad y con elegancia. Mientras un pueblo no se exprese con elegancia y con claridad no posee una civilización genuina y mal puede imponérsela a otros pueblos.

Se habla mucho de las diferencias locales que asume en América el español. Los matices locales son inevitables, y bien aprovechados pueden suministrar un elemento pintoresco. En cuanto a la fonética, predominará la hispanoamericana. Existen en los Estados Unidos profesores de español que suponen de buena fe que cualquier peninsular debe hablar mejor castellano que cualquier español de América, lo cual da por sí sólo alguna idea de como anda por aquí la enseñanza del español. El español, que es una lengua tan viva, tan llena de matices, pretenden someterlo aquí a una especie de *Standardization* mecánica que lo achica, deforma y

deslustra. En substancia, existe mayor unidad lingüística en la América española que en España, porque no toda España habla castellano, mientras que toda la América nuestra habla español, y, por con siguiente, la depositaria de la lengua y de su porvenir no es España sino América.

En cuanto a poder expresivo, o fuerza literaria, no acierto a ver la superioridad del inglés. Más aún, nada tenemos que envidiarles a los angloparlantes. Como el resto del mundo no nos hace mayor caso sino cuando se trata de despojarnos de las riquezas de nuestras tierras o de vendernos sus mercancías, nosotros hemos terminado por considerarnos inferiores, o peor aún, por resignarnos en algunas partes a vivir como inferiores. Mas nuestra capacidad para la civilización, a despecho y pesar de las señales desalentadoras que aparecen de vez en cuando en algunas comarcas, es poderosa y fértil. Recuérdese que apenas tenemos un siglo entregados a nosotros mismos. Véase lo que ha hecho el Brasil, lo que ha hecho el Uruguay en ese plazo. Los Estados Unidos no pueden ser término de comparación para nosotros, porque la civilización del Norte y la del Sur se desarrollan siguiendo rumbos diferentes. El que nosotros seguimos puede tener sus tropiezos y dificultades, pero es el que mejor se compadece con nuestra índole, pese a los que quieren seguir servilmente al Norte, fascinados por su admirable potencia material.

Para que todo el mundo le preste atención a lo que se dice en nuestra lengua lo que nos hace falta es influencia política. Todavía se nos considera en alguna parte como “campo de futura colonización”, o a lo menos como futuros vasallos económicos. Lo único que prepararía de seguro nuestra prosperidad intelectual, lo que nos aseguraría desde luego la integridad del ya mermado patrimonio territorial hispanoamericano sería la unión en alguna forma prácticamente asequible. No la unión en un solo cuerpo político, ideal de utopistas, a estas horas absurdo, sino una federación más o menos elástica en la cual cada Estado conservara, como soberano absoluto, el manejo de sus negocios domésticos, una forma de cooperación internacional ante la cual no tendrían porqué retroceder asustadas ni las oligarquías ni las minorías liberales, ni las mismas dictaduras. Esto mismo parece difícil y remoto aún, pues los grupos nacionales de explotadores no quieren oír hablar de cooperación sino de rivali-

dad “patriótica”. Sin contar con que –como acaba de verse en la América Central– la influencia extranjera se opone resueltamente y sin ambages a toda fórmula de cooperación hispanoamericana.

El español, sobre ser la lengua de un continente que ahora nomás comienza a adquirir la conciencia de su propia vida y el anhelo de la civilización, es hermano de las lenguas latinas de Europa; y si –como todo parece indicarlo– el francés pierde su carácter de intérprete o intermediario entre el mundo bárbaro y el mundo latino, el español está, desde luego, llamado a sustituirlo. Por supuesto que a los más de los extranjeros, estos cálculos les parecen demasías y delirios de nuestro “rastacuerismo”. Los extranjeros, sin excepción, nos creen unos pobres bárbaros, arrogantes y candorosos. Tarde vinieron los franceses, por su parte, a comprender la falta que les hace la romántica admiración de los salvajes de la América española. Estuvimos años y años postrados de rodillas delante de Francia, quemándole incienso, diciéndole ternuras, protestándole nuestro fervor amoroso. Francia jamás nos hizo caso. Su locura llegó hasta enviar a un archiduque austriaco a que conquistara a Méjico. Varias veces la vimos apandillada con los enemigos de nuestra América. Es ahora cuando en un instante de aislamiento crítico se acuerda de sus antiguas amigas menospreciadas, funda revistas especiales para halagar la vanidad de los escritores criollos y reparte con mano liberal la Legión *d' Honneur*...

Creo que era Eça de Queiroz quien decía que uno debe hablar los idiomas extranjeros exagerando con impertinencias, con insolencia, el acento nativo. Se formula así una especie de brava afirmación de la personalidad propia y de la propia patria. Para los cosmopolitas, desarraigados de todas partes, sería por el contrario un bello ideal hablar todas las lenguas del mundo con el acento con que las pronuncian los distintos pueblos, confundiéndose así, por el habla, con los individuos de cada una de las comarcas donde van viviendo.

Los defensores del humanitarismo, de la unión de todas las razas humanas en una gran familia amorosa, piensan lo mismo, y en su ensueño de paz y confraternidad universales querrían borrar las fronteras, unificar las religiones, las leyes y las costumbres, formar un solo idioma, convertir en único hasta el traje de las gentes que viven en el globo. De realizarse

este propósito de mansedumbre y de bondad, la tierra, ya de suyo monótona, se convertiría en el astro del fastidio. Pero por fortuna, parece imposible que se cumpla aquel deseo nivelador e igualitario. Todo contribuye a convencernos de ello, hasta hechos que a primera vista carecen de significación en este sentido.

Es preciso echar una ojeada por los periódicos franceses y españoles, de los días que siguieron a la firma del acuerdo franco-español sobre Marruecos, para darse cuenta de la radical y profunda diferencia que separa irremediabilmente y para siempre a los pueblos. Francia y España, vecinas territoriales, con una misma religión, una misma cultura y costumbres análogas, no lograrán comprenderse nunca. La frase de Luis XIV: “ya no hay Pirineos”, no pasa de ser una fatuidad absurda del monarca. Los Pirineos, en lo moral, siguen siendo tan altos hoy como en los días en que los Borbones se apoderaron del trono de España.

Los franceses no pueden comprender a España, por muchos esfuerzos de buena voluntad que se impongan. Los escritores franceses que viajan por la Península, regresan sin haber entendido jota de lo que han visto, y escriben unos libros llenos de los más sandios desatinos. Pintan un país de manolas, de *toreadores*, de panderetas, claveles y manzanilla, exclusivamente. Desde Gautier hasta Dumas, desde Barrés hasta Pierre Louys, todos los franceses ven las cosas de España a través del mismo pintoresco prisma embustero. El alma castellana, la energía castellana, escapa a sus miradas. Son verdaderos extranjeros, en la acepción profunda del vocablo. Dumas se quedó desconcertado ante las cosas de Andalucía: “El África principia en España –dijo–. El África, señor –le respondió no sé qué español de malas pulgas–, principia en usted”.

A los españoles les ocurre idéntica cosa con los franceses. En España tienen de Francia una idea igualmente errónea y absurda. Y eso que si alguna nación ha influido en España, en el terreno de las artes y las letras, ha sido Francia. De Francia se traduce todo para España, desde las novelas hasta los manuales de ciencia. Pero esta influencia no llega más allá de la superficie, más allá de las personas leídas. El pueblo no ha sentido ni remotamente la cercanía de sus vecinos del otro lado de los Pirineos; y la idea que la generalidad tiene de Francia es la misma que prevalece entre

nosotros: una especie de inmenso *boulevard*, lleno de *cocotas* y hombres mal entretenidos, que sólo piensan en tomar champagne, en trasnochar por teatros equívocos en donde las bailarinas danzan desnudas, y en escribir libros inmorales.

Y no es cuestión de que los pueblos se desdeñen mutuamente, no; es que está en la íntima naturaleza de ellos el no poder comprenderse. Desgraciado del pueblo que por encima de sus fronteras geográficas no posea y defienda sus fronteras morales, porque está escrito que desaparecerá absorbido por otros que tal vez tengan menor poderío material, pero que poseen mayor intensidad de vida colectiva.

Por eso es, no sólo inútil, sino peligroso predicarles a las naciones el humanitarismo trascendental que aspira a borrar fronteras. Por el contrario, para el progreso humano importa que las fronteras sean cada vez más claras, más definitivas, más insalvables.

EL ESPAÑOL EN AMÉRICA

La coyuntura que ha ofrecido el centenario de las repúblicas americanas a la buena voluntad grafológica de los hispano-parlantes ha dado frutos buenos y malos, aunque justo es confesar que la mayor parte de ellos son útiles, provechosos y proficuos. Estos escritores se han puesto a escudriñar historias, aquéllos a urdir monografías substanciosas sobre cuestiones de interés público para todo el continente; los poetas han echado a volar sus cantos impregnados de armonioso furor rememorativo o de una cálida palpitación de esperanza. Sin embargo, todos se han olvidado de tratar un asunto de común y profundo interés para las naciones de Hispanoamérica: la cuestión del español, de su conservación como lengua predominante y de los problemas que ofrece su porvenir. A estas horas nosotros, los americanos del Sur, somos los que tenemos el cargo y el deber de conservar y embellecer el castellano. España no significa nada ahora en el concierto político, económico ni literario del mundo; y en cambio nosotros representamos una tremenda fuerza para mañana mismo. El número de americanos que habla español no admite ser equiparado con el número de peninsulares, incluyendo en éste a los isleños

de Canarias. Nuestra lengua es una de las muy escasas cosas buenas que heredamos de los conquistadores; pero, como nos ha ocurrido con casi todas las cosas buenas heredadas, hemos puesto la incuria que empaña todo brillo sobre su excelencia: a pesar de las academias, a pesar de todos los hablitas y filólogos de primera clase que poseemos, el español nuestro pierde cada día claridad, nitidez y vigor.

Las cosas andan en España, peor aún. Los dialectos provinciales y locales cobran auge en estos años y es casi seguro que la mitad de los españoles no saben hablar español. En la misma literatura anda el idioma malparado y en derrota. Hay escritores y poetas catalanes, vascos, gallegos, valencianos, etc. Y los que escriben español allá lo hacen de un modo que espanta: las nuevas generaciones, influidas por los franceses de última hora y por los americanos de hace quince años, andan en un desconcierto lamentable. De los académicos viejos no se puede hablar.

En la América el aspecto de la cuestión no es tan desconsolador y permite abrigar aún algunas esperanzas de difusión y prosperidad del castellano en lo futuro. Entiendo que es en la Argentina donde se cometen mayores desafueros contra el idioma. Eso es debido seguramente a la copiosa inmigración de gente de Italia, de Francia y tantos países. Pero lo cierto es que yo no conozco español más nutrido de extranjerismos y con sintaxis más exótica que el que publican los diarios de Buenos Aires. Los mismos profesionales de reputación ofrecen descuidos que lo dejan a uno desconcertado. El Sur, que es la parte más poblada de la América Latina, no posee más que un gran prosador –Rodó– y dos grandes poetas –Lugones y Jaimes Fréire. En cambio, en el Norte tenemos plétora de estilistas. Los mejicanos, los colombianos y los venezolanos son quienes mejor hablan y escriben español. Lo escriben principalmente con mayor conciencia, propiedad y elegancia, que los mismos oriundos de Castilla. Poseemos nosotros una suma de nombres definitiva e incontestablemente superior desde el punto de vista del mérito, a cuanto puede presentar ninguna lengua con igual número de parlantes.

Pero lo que es preciso denunciar y destruir cuanto antes, con toda la urgencia que reclaman en su remedio los males mortales, es la indiferencia con que se ve el castellano entre nosotros. Yo, que soy médico, puedo

asegurar que no existe cosa etimológica y sintácticamente más absurda, estrafalaria y triste que el artículo de un médico venezolano que no sea profesional de las letras. Desde mis ilustres maestros Razetti y Dominici hasta Diego Carbonell, el muchacho de mejor voluntad científica emprendedora que conozco, todos escriben un castellano detestable y atroz. Abogados e ingenieros nada tienen que echarles en cara.

El defecto es consecuencia de nuestro sistema de estudios. Se les enseñan a los niños rudimentos de analogía, sintaxis y prosodia, a una edad en que ellos no pueden aún empaparse en lo que es y significa el idioma. El descuido en que se deja la educación clásica, especialmente del latín necesario, completa la mala obra. Y cuando el niño, ya adolescente, llega a estudiar medicina, ciencias jurídicas o matemáticas, ocúpase exclusivamente en aprovechar los días adquiriendo conocimientos técnicos, sin que ellos ni sus maestros se den cuenta de que les falta el instrumento esencial y primordial: el idioma.

No tenemos cátedra de literatura y composición castellana. Las lecciones de literatura que se leen en las universidades limítanse tradicionalmente a glosas de Hermosilla o de Gil y Zárate, con el condimento de alguna noticia histórica ocasional. Y en cuanto a la gramática propiamente dicha, es cosa de que sólo se acuerdan Julio Calcaño o Juan José Churión, por distintos motivos.

La cuestión no es nacional: es continental, o más aún, de raza. La enseñanza metódica y uniforme del castellano les asegura a los países hispanos de América un medio de comunicación y acercamiento excelentísimo y de una eficacia práctica. Porque al paso que vamos, dentro de pocos años será difícil para un caraqueño entenderse con un bonaerense; el día en que quede roto el vínculo de la lengua española en Suramérica, será para la raza latina más triste que el día en que Constantino vio la Cruz y que el día en que Napoleón Bonaparte huyó de Waterloo, derrotado.

LA CRISIS EN LAS LETRAS

Antes de la guerra los escritores no se quejaban mucho de la profesión de las letras. Bien por el contrario, parecían inclinados a considerar que

el oficio de la literatura otorgaba privilegios excepcionales. Inventaron, para arrogársela, la gloria, moneda singular y magnífica, vedada a casi todos los trabajadores y que los literatos y poetas sólo parecían dispuestos a compartir de buena gana con los artistas y los sabios y con los guerreros teñidos de sangre. En realidad la literatura no vino a ser una profesión lucrativa sino a mediados del siglo XIX. El desarrollo industrial de Europa y lo que entonces se llamaba con énfasis elocuente y vago “las luces” permitieron que los escritores populares vivieran en holgura. Algunos llegaron a desplegar boato. Los menos, los más ordenados, los administradores prudentes de la propia gloria y del propio talento, amasaban fortunas medianas. Cuando el libro se convirtió decididamente en un artículo de comercio, y las revistas y los diarios comenzaron a pagarles a los redactores precios que no eran del todo irrisorios, el mundo pensó que el gremio de literatos era afortunado, puesto que el éxito en las letras solía aparejar, a lo menos en ciertos países, honores y emolumentos envidiables. La guerra ha acabado con esa situación en Europa. La literatura principia a dejar de ser profesión lucrativa. No se habla aquí de España y de los países hispanoamericanos, donde las letras han sido siempre algo menospreciado y subalterno. En Francia, que es sin duda la primera nación literaria del mundo, la crisis literaria es ostensiva. Tan ostensiva que *Le Fígaro* de París comisionó a uno de sus redactores para que fuera haciéndoles a todos los literatos de nombradía esta significativa pregunta:

“¿Debe un escritor aumentar sus ganancias dedicándose a alguna otra ocupación que no sea la de escribir?”. Es decir, ¿es compatible la profesión de literato con otra cualquiera que rinda estipendios apetecibles? Más significativas que la pregunta son las respuestas. De los noventa y seis escritores a quienes interrogó *Le Fígaro* cincuenta contestaron que sí, treinta que no, y catorce se negaron a expresar opinión alguna sobre esta materia que seguramente les parece harto delicada. Unos cuantos de los que estuvieron por la afirmativa alegaron como argumento capital que un escritor ha de “conocer la vida”, y que sólo puede conocerla dedicándose a ejercer algún oficio, a fin de adquirir la experiencia necesaria. “El escritor ha de conocer la vida antes de escribir –contestó Claude Farrère– pues de otro modo ¿cuál es el asunto sobre el cual va a escribir?”.

Pero esta respuesta lo que hace es eludir la pregunta, pues considera la actividad del trabajo no literario como una especie de preparación para la literatura; y olvida, por otra parte, que se puede vivir intensamente sin trabajar. Vivir varios años como un vagabundo ruso, como la gente se imagina a Gorki en su juventud, sería la mejor preparación para la carrera literaria. Vivir, todos los escritores viven. Es obvio que un literato, por más laborioso que sea, no puede encerrarse desde la juventud en su cuarto de trabajo como en una celda de cenobio, apartándose del mundo y de los hombres que ha de interpretar y de describir en sus obras.

Los que responden por la negativa no han comprendido mejor la pregunta, al parecer. “No –dicen–. No se puede servir a dos amos. Hay que vivir al día, vivir en la miseria si es menester, pero el escritor ha de conservar la independencia”... Esto de la independencia y de la miseria les olerá a algunos a bohemia trasnochada, pero es allí donde está el nudo de la cuestión.

Y es que las letras se han industrializado, como las ciencias, como todas las demás artes. El libro es hoy día mero artículo de comercio y su mérito se deduce por la demanda que alcanza. La opinión de la crítica no vale nada en el dictamen de los compradores. El autor que vende cien mil ejemplares es mejor que el autor que sólo vende cinco mil: esa es la sentencia inapelable de los editores y del público. Existen algunos literatos que persisten en afirmar que el público es un rebaño y los editores unos filisteos; pero esos son los autores de aquellos libros que no se venden mucho. Los autores de libros populares discuten y a veces riñen con los editores, pero declaran siempre, en toda circunstancia, que el público, su público, es inteligentísimo. Un escritor español, por ejemplo, de quien el público haga poco caso en los países españoles, y a quien los editores norteamericanos le paguen bonitas sumas por la edición de sus novelas, dirá, con la más honda y sincera convicción del mundo, que los lectores españoles son unos mentecatos y que los lectores yanquis son espíritus nobles, delicados y finos.

Lo grave es que con la industrialización las letras van degradándose de una manera no vista jamás en la historia, ni aún en la época en que los poetas cortesanos tenían su puesto en el tinelo de los grandes. Los es-

critores de entonces pagaban las migajas que les echaban los “mecenas” dedicándoles, con loas resonantes y mentidas, las obras que los mecenas muchas veces no sabían leer. Hoy se corteja la popularidad con más avilantez... Se aderezan novelas ajustándose al gusto y al capricho de determinadas clases sociales. Fulano es, en Francia, el novelista de la gente linajuda. Zutano el de la burguesía. Fulano ha de tener buen cuidado de halagar los prejuicios, fomentar las preocupaciones y venerar las costumbres de los nobles. Zutano ha de dirigir sus pasos por otros rumbos, mostrándose complacido y respetuoso ante los prejuicios, preocupaciones y costumbres de los burgueses. Con la ascensión del proletariado como potencia social y política, aparece el escritor que aspira a explotar a su vez las preocupaciones y las debilidades del menestral. Esto quiere decir, en suma, que el arte puro va desapareciendo. Lo reemplaza el periodismo, que en realidad no es arte.

La literatura como profesión principia a aparecer, por eso mismo, imposible. Si el escritor deja de ser un espíritu desinteresado, cuyos únicos ideales son la belleza y la verdad, para convertirse en bufón que distrae los ocios del que le paga, o en agente de propaganda de una secta o círculo, ya no es un artista, ya no es un literato.

El remedio quizá consistiría en suprimir la literatura como oficio, como industria, como profesión. Pero eso es imposible. Tanto valdría proponer la supresión de los músicos que en los restaurantes de lujo distraen el aburrimiento de los parroquianos con sus concientos frívolos.

LAS LETRAS FUTURAS (1914)

Tenemos la esperanza de asistir a una resurrección violenta y armoniosa del amor a la vida, con todas sus penas y sus júbilos. La catástrofe que está destruyendo el mundo de ayer apareja de pronto la perspectiva de un hombre nuevo, destinado a vivir en un mañana distinto, si no mejor que el presente. El gran clamor de angustia que exhalaban los hombres despavoridos dentro de la recia tiniebla olorosa a carnicería que arropa al mundo como una mortaja, va rompiéndose poco a poco en voces

perfumadas por la esperanza. Recordando las tristes y estériles complicaciones que torturaron a nuestros prójimos desde las postrimerías de la centuria décima novena, no acertamos a comprender cómo el mundo ha tolerado el peso de esa bruma fatídica sobre su alma. Aquello era el culto del dolor y de la muerte propagado en mil formas, como un contagio seguro. La vida parecía despreciable, y cuando no se amancillaba en brutales aventuras, se la vivía con desdén que parecía supremo refinamiento de aristocracia. La literatura se asutilaba en estériles artificios, como mujer viciosa estragada por drogas diabólicas. A menos de hojar en los cienos lúgubres de un naturalismo enmascarado con picarescas sonrisas, era menester entregarse a la pesadumbre sin esperanza. El plañido perenne que colmaba de fúnebres resonancias el ámbito de la tierra parecía un signo de males sin remedio; y la misma farsa perdió el cristalino y puro don de sus risas, para estremecerse en la áspera convulsión de sofocados sollozos.

Aun en los países nuevos, donde la esperanza, virtud juvenil, debía fortalecer todos los ánimos con su rocío risueño, resonaba el inmenso suspiro de los dolores literarios. No siempre sutil, la crítica estimaba la profusión de los lamentos como deplorables estragos de la moda, lo cual era de una puerilidad inconcebible. A fines del siglo pasado se habló con frenesí de degeneración y de otras pamplinas barnizadas de burda ciencia. Pero la madeja de los males humanos iba enredándose cada día en nuevas formas de renunciamiento, con nuevos matices de inquietud inquisidora. Solamente los llanos humoristas, los fabricantes de chistes baratos, capaces de reír en la catástrofe más negra, seguían urdiendo frases de insoportable jocosidad baladí, tan impertinentes como una sonrisa en unos funerales. Era la atmósfera espiritual la que parecía preñada de desolación y angustia.

Pero de pronto la tragedia de la guerra, que estalló sobre el mundo como un nublado repentino, opulento de pompa aciaga y de relámpagos de ira, comenzó a barrer de libros y papeles periódicos la insulsez de los comentarios despreciativos de la existencia. Al comenzar la siega roja de las batallas, el hombre pareció darse cuenta de lo que él mismo valía y representaba en el concierto del orbe, no ya como entidad material,

deleznable y efímera, sino como fuerza moral, como ente pensante, en quien se resume y está representado el Universo.

Perduran, naturalmente, poderosos rastros de aquella literatura; pero la recia ráfaga que sopla de las fauces de la tragedia arrebatada en celeridad de fuga muchos “valores” literarios ayer en alza y crédito, y que principian a olvidarse en medio a la demoledora barahúnda del día. Ya desde el ápice a que la convulsión presente ha elevado los espíritus no contagiados de pesimismo, vislúmbrense perspectivas alumbradas por el sonreír indeciso y trémulo de lejanas auroras. En el horizonte de lo venidero hay la promesa de grandes obras que realizar. Hasta hace poco las fuerzas humanas flaqueaban cuando algún ser superior les señalaba nuevas rutas embellecidas por la serena satisfacción de la conciencia o por la belleza silenciosa del sacrificio. Y algunos corifeos de la basta ironía moderna respondíanle con mueca de mofa o risa de menosprecio. Esos mismos gestos decisivos esbozó el patricio romano ante las primeras tímidas y dulces insinuaciones con que el cristianismo naciente llamó a las puertas de la cultura quiritaria. Pero el viento que sopla es incontrastable porque viene preñado de ideales en flor. En la costra sangrienta que está coagulándose sobre el erío que la metralla azota con formidable batir de fuego, germina la simiente que lleva dormida en su maravillosa exigüidad el alma del mundo inminente.

Cuando la paz barra los escombros de ahora surgirá ante los ojos humanos un mundo nuevo. Aquellos que hoy son niños no acertarán a comprender el prodigio que en torno suyo se realiza. Pero las generaciones que hacen y sufren la guerra contemplarán entonces un espectáculo único, que será acaso el mayor premio para sus heroísmos y sus penalidades de hoy. La estéril frivolidad que les degradaba mente y corazón antes de 1914 se deshará al sol de los días futuros, como un témpano al aire del estío. Comprenderán en su íntegro y magnífico valor la vida que conservaron a través de azares y riesgos, y querrán disfrutar de ella en toda su intensidad y plenitud naturales, sin mancillarla con demasías ni cercenarla con penitencias. El amor se despojará de las opulencias complicadas y dolorosas con que lo engalanó la enfermiza sensibilidad moderna, y la Humanidad, libre de pesadillas y devaneos, podrá alzarse hacia la vida

simple, como la diosa ciprina hacia el cielo claro, sobre la cresta de las olas azules, en el instante de la epifanía.

Y entonces el lamento será un son aislado, delator de enfermedad y de muerte y quedará escondido dentro del vasto y trémulo susurro de colmena con que los hombres se entregarán a su obra, cantando bajo el sol o dentro de la tiniebla, también fecunda, mientras la confianza y la fe les hinchen el pecho con vigor de vientos que empujan velas. Y entonces la balumba de los libros lastimeros y desesperados que traducían hasta ayer la aflicción de los hombres, será polvo vil sepultado en sombras de olvido.

LA FUNCIÓN DE LOS LÍRICOS

La moda de las torres de marfil va pasando. Después de aquella inundación de gesto, ademanes y discursos, volvemos inevitablemente a la vida. El arte comprendido como medio de felicidad personal; el avaro amor de las joyas literarias, buenas sólo para el propio deleite exclusivo o para el deleite, cuando más, de exquisitos iniciados en los hondos misterios del numen y del número, son ya maneras desacreditadas de ocultar un vacío lastimoso o de publicar un reclamo inocente. Como las crinolinas de antaño, como aquellos turbadores miriñaques con que las abuelas risueñas esponjaban el brial, la actitud de los solitarios orgullosos, el narcisismo apostá, han sido depuestos como vanos arreos sin uso, y apenas se hallan en algunos rincones, como residuos lamentables de tiempos difuntos.

Algo queda, no obstante, como una sombra renuente a borrarse, de aquella autolatría aparatosa; aborrecibles prejuicios, fantasmas funestos, supervivientes de las viejas tonterías. Los inconformes literarios perduran en número enorme. De casi todos los labios disertos surgen protestas, surgen imprecaciones crueles contra la adversidad u hostilidad del medio. Todo aquel que cree haber encontrado una idea *suya* o que se supone capaz de rimar estrofas razonables, se conceptúa autorizado para denigrar del medio en que le tocó vivir y desatarse en invectivas rebosantes de encono contra lo estéril e inculto de la tierra natal. Esto se me antoja una

forma bastarda de narcisismo, de enfrascamiento en la propia hermosura, que estimo imperdonable en claros ingenios. Muchos sueñan con huir a tierras extrañas, en busca de aire para sus pulmones, demasiado amplios en la rarefacción del ambiente patrio. Y casi todos se complacen en dibujar con acerba ironía una figura inverosímil de mulata, adeliñada con ridículos perifollos y afeitada con mudas infames, que es la propia figura de Venezuela. Semibárbara y cerril, hosca y mugrienta, sale de sus manos iracundas la patria en que nacimos. Y sobre todo esto, son lamentaciones sin fin, quejumbres de víctimas, quejumbres de enfermos, de pobres enfermos condenados a una lenta agonía torturadora.

Bien que yo reconozca impropio el medio nacional para florecimientos robustos del arte, no acepto, de ningún modo, que el artista debe aislarse y murarse en la ilusión y en el sueño como dentro de una nube fantástica. La prédica de aquellos misántropos teóricos me resulta desolante. Todo arte surge de la vida verdadera, así sea la vida circundante inmundada como un estercolero y sombría como la noche. Sobre la inmundicia abren a veces rosas purísimas, y de las tinieblas nocturnas brota la maravilla de los astros. El artista, el poeta, el *vate*, deben *sentir* el significado más noble y generoso de la humana vida ambiente. Sin comprenderla ni sentirla jamás producirán sino vanos artificios frágiles, parodia de arte, exangüe y rígida. En el alma de las muchedumbres y en el alma del paisaje reposa, como en tenebrosas cisternas, el agua de los milagros, única que concede belleza y frescura inmortales a la obra de artista. Otra cosa es aquel sagrado reposo en que se sumen los plantíos, elaborando espigas y frutos. Después que la sembradura le rasgó el vientre y las lluvias del cielo la empaparon, cae sobre la tierra encinta el reposo de las gestiones.

No queda prohibida la soledad, mas es prescripción saludable. Ya lo dije: que aquél es más fuerte, que vive solitario. No soledad estéril y cómoda de eremita harapiento u orate acaudalado, sino esa otra soledad que cumple con el deber de la vida y es como una intangible valla alrededor de un pensamiento. Protectora campana de cristal puesta, en lo más crudo del invierno, sobre las plantas valiosas de los jardines.

Es menester pensar que el don excelentemente divinizador del espíritu es la comprensión, y que no hay nada en el mundo que merezca el

desprecio de nadie. Mas tal vez, que no hay nada que no sea necesario en absoluto. El labriego más imbécil o el mendigo astroso que pasa por la calle podrían decir, como decía Walt Whitman el poeta: “Sin mí, ¿qué sería el universo?”.

Las más personas, rústicos y caballeros, tal son más los caballeros que los rústicos, pretenden que los líricos son estorbosos, cosa sobrante que no hay donde poner, mueble sin uso ni sitio, sartén desfondada y sin mango, inservible aun para echarles la pitanza a los cerdos. En el concepto general un *lírico* (palabra deplorable en boca de nuestros despreciativos prohombres de la burguesía) ha de ser un hombre que suspira mirando a la luna y se entenece con las flores: rotundo necio, hace versos llorosos y demás necedades.

Los líricos se vengan con frases corrosivas, burlándose de la solemnidad de las barrigas burguesas y ponderando la estupidez inconsciente del honesto mercader de zarzas que vive a la esquina. Pero la indiferencia o el desdén de los otros los hiere en lo vivo, y conservan siempre en el alma, como una quemadura ardorosa, el despecho ocasionado por indiferencia o desdenes. No son comprendidos por nadie. Y la tierra de ellos es una dehesa o una zahurda. Estas quejas son fastidiosas letanías perpetuas, con ligeras variantes, vertidas por muchos labios.

Perdonemos al honrado mercader que no despunta de ingenioso su ignorancia de la función delicada y noble que desempeña el *lírico*. Pero a éste, alma culta y sutil, sedicente de excepción, no le podemos perdonar que mire impertinentemente para abajo al rico negociante, y no le dé sino del imbécil y del ruin, ni que se pase la vida declamando protestas ridículas y lamentando la incompatibilidad entre su propio espíritu y el espíritu bronco y burdo de sus compatriotas.

El hombre superior verdadero no tiene derecho para desbordarse en lamentaciones y denuestos porque no encuentre las cosas acomodadas en una armonía y gracia sumas, semejantes a la gracia y armonía que presiden y ennoblecen su existencia interior. Trabajar en esa obra de mejoramiento es su función principal en la vida. Lleva en sí una virtud que le permite sorprender en la vida una significación divina y vestir de nobleza y de luz las triviales fisiologías. Basta que revelen un solo aspecto de be-

lleza desconocido o ignorado o que promulguen una sola idea de las que latan sordamente en el ánimo de todos los hombres.

¿Quién sabe cuántas flores y frutos dará cuando la primavera decore los campos la semilla arrojada sobre la árida tierra, en el rigor del invierno? Una idea puede caer en terreno no abonado ni propio, en el momento, para las germinaciones luminosas y rápidas. Pero una idea no se pierde jamás. Escondida en el repliego mas seco y lóbrego del espíritu popular, la idea prende y prospera y cubre de follajes piadosos la tierra inclemente en que durmió por muchos años. Las influencias del medio pueden modificar el espíritu superior, mas nunca destruirán en él lo que propiamente constituye su superioridad. Ni se exenta jamás el medio de sufrir más o menos profundamente el influjo del hombre superior. Ese, precisamente, es el destino de las almas elevadas, imprimir en la humanidad como en barro dúctil, modificaciones ascendentes hacia el supremo primor viviente o viable. Toda idea nueva por la enunciación, cuarzo de futuros oros obrizos, sale de una de esas almas elevadas. Si éstas no existieran, la vida sería una eterna rutina, una eterna desfilada monótona, por unos mismos caminos tediosos, al amparo de una misma sombra indestructible, sin entusiasmo y sin esperanzas.

La esperanza es la fuerza que el hombre superior difunde y mantiene viva en las turbas. Sólo por obra del superior la esperanza conforta y anima a los seres de la muchedumbre. Cual confía en sí mismo, tiene una enérgica confianza en el destino y en lo futuro. Quizá muchas veces, quizá todas las veces, se ha valido de artimañas imaginativas para encender la esperanza en los pueblos. Salvadora mentira que le clava una espuela en el flanco a los corceles fatigados. Si nunca ha de llegarse al punto soñado de felicidad, es preferible correr siempre con la fe impetuosa de alcanzar los términos felices, antes que sentarse, desconsolado y desencantado, a la linde de la ruta, con inútiles lágrimas en los ojos y con la desesperación del renunciamiento en el alma.

Y si el desconsuelo y la renuncia principian por los dirigentes, ¿qué inopia de ideales caerá sobre la multitud?

Ese malestar de los dirigentes es quizá promovido por un concepto exagerado de la propia importancia y grandeza. No es que predique la hu-

mildad, virtud de confesionario, perendengue decorativo y sin valor. Pero a muchos los engaña un espejismo traicionero. Les ocurre lo que al caminante, perdido en la llanura, en una noche clara, de pies junto a una hoguera. Como la hoguera está a sus pies, su sombra es gigantesca. Y al caminante alucinado le parece que su sombra llena, en la noche, la tierra y el cielo. Es preciso apagar la hoguera y contemplar nuestra sombra a la luz de las usuales candelas de gas. Así no resultará mayor que la del gendarme de punto.

Vivir la vida es el deber de todos. Comprenderla, mejorarla y embellecerla es obligación de los mejores. Y cuando menos es risible el empeño que ponen los inconformes en degradarla y degradarnos, al proclamar que no existe en los seres ni en las cosas entre que vivimos nada que valga profesarles amor, ni que merezca el dolor de luchar con angustiosa porfía por modelar en el barro indócil y rebelde de la tierruca una estatua armoniosa.

EL PRESTIGIO DE LOS POETAS

Las castellanas medioevales solían agasajar con mayor afición y ternura que conviniera a la honra de sus maridos, a aquellos barbilindos pajes que tañían el bandolín con gracia de serafines y entonaban con incomparable dulzura canciones de amor, o al errabundo trovero que llamaba a la puerta de los castillos, todo transido por el crudo frío de los inviernos, y poseía una maestría singular para adobar con suspiros y ternezas sus serenatas. En los pueblos de Grecia congregábase la gente, respetuosa y atenta, en torno del aeda que narraba al son de su cítara las hazañas de los héroes epónimos y los amores de los dioses inmortales; y los mozos soñaban con las proezas de los héroes y las mozas suspiraban de amores ante el cuento de los de Leda o de la blanca Europa, o de Alcmena.

En los tiempos modernos el poeta ha conservado, más o menos intensos según los tiempos, pero siempre vivos, esos atributos de provocar la incansable admiración de sus auditores, convertidos modernamente en lectores. El romanticismo exaltó las cualidades de los poetas hasta colocarlos en la cima de las grandezas humanas: aun llegó a concederles entonces cierta especie de impunidad moral para cometer acciones

ordinariamente censuradas, que a ellos se les perdonaban sin mayor dificultad, con sólo acordarse de sus poemas. Fue la época de los seres extraordinarios: la época de Lord Byron, vicioso, voltario, cínico, de corrompidas costumbres, a quien hombres y mujeres, muy especialmente las últimas, toleraban todos sus desórdenes, sátiras y escarnios en gracia de su poesía. Hugo llegó a creerse él mismo –y también es verdad que algunos pocos participaron de su opinión– el arquetipo del hombre de genio, colocado en la cúspide de la montaña de los siglos para dominar y encaminar a la humanidad por los mejores senderos. ¿Quién era capaz de acordarse ante las estrofas resonantes y pomposas de aquel poeta de todas sus ridículas vanidades de hombre, de su mala conducta privada y de su avaricia innoble? Hoy mismo, cuando algunos críticos pretenden poner las cosas en su punto, en lo que se refiere al valor auténtico de ciertas indignaciones y protestas suyas y al valor literario de ciertos recursos más que artísticos comerciales, sus devotos se llevan las manos a la cabeza consternados al presenciar la profanación del ídolo. No hace mucho tiempo, aun la bohemia obtuvo auge y adoración sorprendentes: bastaba ser artista, bohemio, para que la gente procurara captarse la simpatía de uno y le perdonara acciones que en cualquier otro prójimo hubieran merecido ruidosa y unánime reprobación.

¿En qué se funda y a qué obedece ese sentimiento de simpatía que experimentan por el artista, por el literato, y muy especialmente por el poeta ciertas almas, que no pueden precisamente adorarlos ni venerarlos por la belleza de sus obras, ya que no las comprenden? Es éste un fenómeno curioso; y observemos además, que son los seres en plenitud de vida y actividad, quienes con más ardor los aman: los adolescentes a quienes ofuscan y aturden las primeras explosiones de la vida sensual sentimental: las mujeres como no sean ya ancianas o devotas y especialmente las jóvenes que se inician en la vida de los sueños y de los deseos; o aquellas cuya carne madura ya se acendra en las vecindades de la edad crítica.

Yo he pensado que en tales casos se realiza un fenómeno semiconsiente que liga por vínculo irresistible al devoto con el ídolo. Ocurre con los poetas en este caso lo mismo que con los desencantados, que buscan

en las religiones amparo y refugio, un nepente que les aminore y mitigue la amargura del desencanto. Muchas almas vuélvense hacia los creadores de poesía porque suponen de ordinario que ellos conocen mejor que ser alguno sobre la tierra el mecanismo de la pasión. El secreto de las angustias. Para cada individuo humano las faltas en que el propio incurre, principalmente si son faltas que provienen de impulsos pasionales son, si no justas y necesarias, por lo menos merecedoras siempre de excusa. El moralista frío y severo, el indiferente espectador a quien no conmueve su angustia, su pena o su alegría (que algunas faltas suelen producirla) le infunden disgusto o temor. Comprende que sólo aquellos espíritus que se dicen continuamente en un estado de exaltación, de apasionamiento y de inquietud pueden acaso comprender los motivos fatales que lo empujaron en la vida. Espera encontrar indulgencia en aquellas almas que cubren la mayor parte de los actos humanos con un velo de ilusión y belleza, con guirnaldas de compasión y lágrimas de piedad; que en cada charco negro o acaso inmundo echan a temblar el destello de una estrella de oro, y en cada cementerio ponen a trinar un ruiseñor patético. Ahora bien, la vida activa, entre los dieciocho y los cincuenta años masculinos y los quince y los cuarenta femeninos, suele ser para muchos seres humanos, para la mayoría, una serie de crímenes menudos, imperceptibles e ignorados para los demás, pero que forman un dogal molesto en el alma de la propia persona. Los poetas excusan, justifican y hermocean esos crímenes, esas pequeñeces atroces y ocultas, que cada quien abriga en lo secreto de su corazón.

El episodio de la adúltera en el Evangelio impresiona y conmueve con tanta intensidad, precisamente porque en él se ve la piedad de Jesús tendiéndose como un manto para amparar a la culpada a quien condenaban leyes, costumbres y prejuicios. La función de piedad de los poetas es no menos conmovedora e impresionante, y aquella comunicativa efusión con que de ordinario urden las delicias del verbo para cubrir con su velo suave y reconfortante los dolores humanos, es la prenda más noble de sus tesoros, el sentimiento más dulce de toda la poesía. Si no, advertid que los grandes satíricos y los grandes trágicos nunca han sido tan populares como los poetas sentimentales; porque la ironía y

el terror solo deleitan y conmueven a ciertas almas dispuestas ya para recibir semejantes impresiones, mientras que la emoción del amor, del desesperamiento, del hastío y de la congoja, pasa por todas las almas conmoviéndolas, por unas como soplo violento y continuo que las remueve y trastorna, por otras como leve hálito de céfiro que apenas riza, en caricia deleitable, el ensueño pacífico de las aguas dormidas. Y por eso el sentimentalismo cambiará de formas, pero permanecerá siendo siempre el fundamento y la esencia de toda poesía popular, prestigiosa entre la muchedumbre, por lo menos mientras dure la faz de civilización en que conocemos al hombre. Acaso un día remoto el mismo hombre, antiquísimo ya sobre la tierra, considerará bárbaros o pueriles estos sentimientos de la época actual.

La muchedumbre, sólo le pide al poeta que le dore su miseria, que le idealice su sensualidad, que le excuse sus faltas y le perdone sus culpas. Pocas serían las adúlteras capaces de decirle a Jesucristo: “No quiero tu perdón porque yo no necesito ser perdonada”. Menos serían en la catedral de los candorosos corazones que sólo encuentran poesía en la sentimentalidad, aquellos capaces de decir al poeta: “No queremos tus disimulos, tus idealismos, tus engaños, porque las pasiones humanas deben ser sanas y desnudas para ser inocentes, y cuando tú les vistes la túnica ilusoria de tus mentiras, les quitas la inocencia y las conviertes en simples complicaciones de la depravación”. Muy pocos: casi todos preferirían ser dulcemente engañados por el agasajo del espejismo.

En éste encuentra fuerza el vulgo para amar, para sufrir, para resignarse noblemente; y es imposible suponer lo que sería de esa humanidad tan fácilmente consolada, si de repente descorriéramos el velo de la ilusión, y mostráramos a la vista de la turba atónita las leyes de la fisiología en el lugar de las ficciones del sentimiento, y la más noble flor de las más claras y puras pasiones, brotando de las ásperas y repugnantes raíces de la más frenética animalidad.

SOBRE LA MUERTE DE LA POESÍA (1906)

I

Cada vez que un escritor anuncia o profetiza la muerte de la poesía, y esto ocurre con relativa frecuencia en estos años, los poetas, y principalmente los pseudo-poetas o versistas, alzan la voz en cuello para protestar, con enfado más o menos lírico, contra el augur irreverente. Y los unos se empeñan en cantar los funerales de las musas y los otros en mostrárnoslas más frescas, jóvenes y gallardas que nunca lo fueron. ¿Quién dice la verdad?

Antes que todo paréceme necesario aclarar ciertas confusiones, en las cuales consiste tal vez el desacuerdo entre unos y otros. La poesía propiamente hablando, no está únicamente en las canciones de los poetas:

“Bardo, la poesía no está en las canciones”, cantaba ahora poco un venezolano de claro numen. Si fuéramos, pues, a pensar que la poesía está rindiendo el aliento porque nos resultan frías las trovas que un mequetrefe le dedica a la señorita A..., o los lloros rimados que prosperan como un espeso plantío de coles en las páginas de los periódicos y revistas, incurriríamos en una majadería solemne. La poesía del papel, la escrita, puede ser y es en mayor parte artificial, falsa, lastimosamente inútil. Ibsen lo dijo por boca de uno de sus personajes: “La poesía del papel pertenece al pupitre; la verdadera, la viva, está en la vida, y a ella sola está permitido elevarse a las cumbres...”. El mal no está sino en quien se sienta al pupitre, en el interpretador de la vida. Por la boca del poeta no hace sino derramarse en ondas de música la esencia intensa de poesía que reposa en las entrañas del mundo. Cuando el que pretende expresar esa arcana armonía es un profano disfrazado de pontífice, prorrumpe en rumores vanos, sin alma, muertos, que sólo nos producen fastidio.

En esta acepción lata, la poesía está libre de la muerte. Podría dejarse de escribir versos y aun olvidarse todos los escritos desde que existe la humanidad sin que la poesía sufriera menoscabo, porque si los versos la expresan, no son su depósito exclusivo. Lo más que cabría decirse

entonces es que disminuyen los reveladores, las almas hábiles en recoger la emoción poética y brindarla a los hombres, purificada y fuerte, en el sonido de las palabras.

Esto seguramente es lo que quieren decir los que aseguran que la poesía se va muriendo como en lento desangre un organismo roto. Ha palidecido, se ha tornado frágil y endeble. Sin duda la poesía late aún en muchos espíritus y surge de algunos labios, sonora y fuerte, como la última ola henchida de una tempestad. Y no obstante, recorriendo la poesía universal nos ocurre lo mismo que al viandante que halló al comienzo de su camino montañas enormes, precipicios formidables, todo un paisaje grandioso y tremendo, como sueño de razas primitivas, y que luego, según que avanza, ve disminuir las montañas gradualmente, achicarse los abismos y a todo el paisaje tomar un aspecto común, trivial, así sea delicioso.

¿Es porque la vida moderna no contiene en sí poderosos elementos de poesía? ¿Es porque a ésta la desdeña el hombre contemporáneo? Ya se ha dicho que no hay poesía sin vida, y bien pudiera agregarse sin temor que no hay vida sin poesía. En cuanto al hombre contemporáneo, es evidente que es más apto para apreciar las delicadezas de los cantos entonados en torno suyo y sentir con mayor sutileza sensorial los sentimientos y las emociones que cualquier antepasado. Las almas contemporáneas están muy próximas las unas a las otras. Las acerca la semejanza de ideales, que en el fondo son unos mismos, a pesar de las divergencias de forma. No cabe duda que un hombre civilizado de este siglo es más parecido interiormente a su semejante que lo eran dos guerreros aqueos de los que asistieron al sitio de Troya. Lo que pasa, según mi entender, es que el hombre se ha salido de su *yo*, acaso por miedo de sí mismo o por miedo de romper las fórmulas, para vivir en una época siempre pasada. El poeta se ha fugado de su época y de su medio para refugiarse mentalmente en otros que supone más propicios. Ha dicho que el ambiente que lo circunda es venenoso, “asesino de la poesía”, brutal y hostil, lo cual no pasa de ser un *gesto*, una mentira que todos tácitamente han convenido aceptar. Imbuido, además, por la educación literaria, enamorada furiosamente de lo antiguo, en el amor del arte, y de las costumbres de

la antigüedad y en la idolatría de los modelos clásicos, tiene para lo que está a su alrededor miradas de indiferencia. Tiene las pupilas empañadas por una bruma anacrónica. Y en esas condiciones puede [no] decirles a los demás hombres que lo rodean, que junto a él viven, sueñan y sufren, algo que los conmueva, que sacuda en sus corazones el sentimiento, que los ayude a luchar y a vivir y los consuele en el desencanto. Así su canción se pierde en el espacio sin ecos, y la muchedumbre cruza indiferente al lado del cantor.

Los ideales permanentes, eternos, le permiten de vez en cuando lanzar un grito con repercusiones en la multitud. Pero los ideales propios del siglo no han sido casi cantados en verso. Una desagradable máscara de humanitarismo quejumbroso, un anhelo ficticio de fraternidad, de paz, de bienaventuranza terrestre, cubre en los discursos y en los libros el verdadero ideal de la época. Los escritores lo disimulan con mayor o menor habilidad. Muy pocos han tenido la audacia suficiente para exponerlo desnudo. El mundo está enfermo de mentira. Desde el incipiente trovador, sentimental y necio, hasta el político de opiniones ultrarradicales, todos mienten; muchas veces sin caer en la cuenta de su mentira, pero mienten. Mienten por hábito, por aparecer interesantes, por truhanería, por imitación, por oficio. ¡Y es tan peligroso romper el concierto unánime de los embustes!

Así como llega al pupitre de que Ibsen nos habla, el poeta se transforma. Ya no es el hombre que poco antes *vivía*: es un hombre animado de ideales distintos, de sentimientos distintos. Cambia de alma como de traje. Tiene su alma poética que se viste cuando va a urdir sus versos. Después, venga la otra. La cotidiana, *la verdadera*. Allí está el secreto del desprestigio de sus cantos. Sus cantos no salen de la vida ni del corazón. Son falsos, cascados, huelen a mentira y no interesan a nadie.

Esta poesía sí va a morir. En el caso en que no muriera sería preciso matarla, porque es malsana y dañina. Que se callen los pollos anémicos que están piando su desconsuelo ridículo en un corral de antaño, sin que nadie se asome a las bardas a ver sus figuras tristes. Los poetas épicos que se guían por Homero y Torcuato Tasso, los bucólicos que imitan a Virgilio, todos los imitadores de estados de alma, todos los que aspiran a sentir

como Bión u Ovidio o no importa qué clásico, tienen que perecer. Con el aire que respira, con el azul del cielo que lo cubre y el estiércol que está a sus pies ha de preparar el poeta la médula de su poesía. Y en ella poner lo que piensa, lo que ansía y lo que padece la humanidad que se agita a su lado. Si esto es posible ahora, la poesía no morirá.

II

Además de la falsedad evidente que repugna en toda la poesía contemporánea, el hombre actual no puede, por numerosos motivos que reclaman con urgente precisión sus energías para el cumplimiento de imprescindibles funciones, estar con el oído atento a lo que los poetas cantan y divulgan en su lengua armoniosa; tanto más que por un desacuerdo fatal que ambos, el poeta y el hombre, estiman de buen gusto y aun necesario, se creen desligados de todo deber de atención para su compañero. El uno tiene no más orejas para mortificarse con la abominable música de la flauta de su vecino, y a éste sólo lo turba y le encalabrina los nervios, el ruido de monedas o el jadear furibundo que escucha en el aposento próximo. Han hecho propósito irrevocable de no ver en el compañero sino lo que desdennan, lo que más agriamente molesta sus inclinaciones y sus ideales.

Sin andar mucho espacio remontando en el curso del tiempo, encontramos una época en que los poetas dijeron con tal intensidad sus pesadumbres, clamorearon con un grito tan lastimero sus dudas y lloraron de tal modo su desesperación, que desesperación y pesadumbres y dudas fueron contagiosas, como lepras. Pero corrieron los años, la epidemia pasó y una falsificación de la epidemia siguió imperando con tales demasías y desafueros que si hojeamos ahora los papeles de esos días ya olvidados, no podemos explicarnos cómo lo ridículo no fue patente para los mismos poetas de los lloros, las tinieblas y las siniestras desesperaciones de mentirijillas, cuando todos aquellos cantos sudan estupidez y tontería en copia que pasma. La reacción llegó; mas en vez de reacción contra el extravío, por lo que encerraba de mentira sistemática en los sentimientos, de exageración contra natura, podríamos decir, lo hizo únicamente en materia de forma, promulgando como salvadora la belleza impasible y

serena, soberbia y rígida, “que nunca ríe ni llora”, el mármol yerto y frío en su ataraxia gloriosa, sagrada y perpetua. En resumen, otra falsificación que se basaba en la tendencia estólida de regresar a la divina, pero difunta antigüedad helénica.

La salvación estaría en la libertad absoluta ya proclamada hace muchos años y aun establecida definitivamente en poesía. Queda el rebaño inevitable de los sandios que continúan deplorando males ficticios o cantando ideales, muertos por ventura. Nadie tiene la culpa de la obstinación de estos tardíos y flacos renuevos, si bien es justo confesar que ellos tampoco la tienen de la sandez propia. Pero después de todo lo dicho, ¿es posible a la hora actual vencer los obstáculos innumerables y poderosos con que tropieza el poeta para hacerse comprender de las muchedumbres y conmovérlas y empujarlas con esa suerte de latigazo benévolo y benéfico que es la emoción artística, hacia la suma felicidad y hacia el mejoramiento?

El que usa los resortes envejecidos, llenos de moho e inútiles, no ha logrado nunca nada, y los otros no han podido hacer comulgar con sus hostias de harinas extrañas a los espíritus áridos y hambrientos de la turba. Los últimos son acaso los que poseen más buena fe y más hondo imperio sobre sí mismos, porque se desatienden más del efecto futuro y sólo aspiran a la completa fotografía de su ser interior, que siempre tendrá, necesariamente, mucha semejanza con el de sus compañeros en la vida; y porque es más probable expresar sentimientos de la humanidad en el poema cuyo motivo sea una parte de ella, y no en el que para nada la recuerda como asunto directo ni lejano.

Y en último término, tengamos el valor de confesar que la muerte de las formas poéticas es un hecho natural, muy lógico y que tal vez no amerita muchas lágrimas ni lamentos. Siendo un artificio, tiene de transformarse, perfeccionándose cada día, o quedarse en el capítulo de las curiosidades obsoletas. Artificios que lo deslumbran, encantan y enamoran en los días de la infancia, el hombre los olvida más tarde por otros, más eficaces para satisfacer las ansias de su corazón. Para grabar en la memoria el recuerdo de las cosas bellas no hemos menester tantas argucias como los antepasados que tenían que habérselas con gente primitiva, simple y ruda, de nervios tardos y alma rodeada de tapices amortiguadores.

Y sin embargo, para el pueblo persistirá por mucho tiempo, con ligeras modificaciones, que más atañen a otra índole de su sensibilidad, el estado de infancia espiritual en que ha vivido desde las eras remotas. El pueblo podría proclamar todavía como divisa de su escudo aquella misma palabra que pronunciaba en son de ardiente grito de guerra la hueste jonía ante el tropel de los bárbaros, en Micala...

LA INMINENTE ERA POÉTICA

Pietro Cavagna ha examinado con atención los rumbos que probablemente tomará la literatura de Europa después de la presente catástrofe y se inclina a presagiarnos una era de pastorales e idilios que serán deleite y encanto nuestro dentro de breves años.

La literatura para Cavagna ha dejado de ser literatura. Contados nombres han logrado salvarse del naufragio de vulgaridad belicosa y atrabiliaria que anega las laderas del Pindo. D'Annunzio, Verhaeren, Kipling, Maeterlink, los más altos poetas de Europa, no han logrado exentarse del mal bélico, pero sus poemas guerreros, aun los mejores no resultan extraordinarios ni nos revelan una faz laudable de aquellos altos espíritus. Propiamente hablando, ninguno de esos poetas estaba preparado para cantar una epopeya tan desmesurada como la actual, cuyo eco atronador espantaría a la propia Musa de Homero. Y por otra parte, existe un fenómeno que impide de por sí la aparición de este gran aeda de la catástrofe: la repugnancia y la pesadumbre que los horrores de esta guerra sin nombre infunden en el ánimo. Los espíritus superiores, como el del propio Lloyd George obligado por su posición oficial a encontrarle un lado necesario a la guerra, nos disimulan su íntima repugnancia por el exterminio de millones de seres inocentes. Cuanto a los poetas alemanes, Cavagna los encuentra rastrosos e ínfimos: la *Canción del odio* alemana no contiene un adarme de poesía; y todo el ímpetu militarista y conquistador de Prusia no logrará formar un solo poeta, así perdurará durante siglos, mucho menos porque Alemania, según dice Cavagna, no ha logrado un solo triunfo militar definitivo, de esos que pudieran henchir con soplo épico el pulmón de los cantares de la mayor Germania. El poeta que can-

te en ritmos acertados y con voces robustas los trances de esta matanza gigantesca sobrevendrá tal vez dentro de algunos años, cuando la guerra haya perdido, a través de la distancia, sus brutales contornos, claramente perceptibles ahora, y comience a cuajarse la leyenda.

No es aventurado afirmar que se encuentra ya propiscuo el advenimiento de una poesía reaccionaria, sentimental y plácida, que buscando el contraste con las atrocidades de esta hora, sirva de alivio, consuelo y refugio a las almas atormentadas. Cavagna recuerda a este propósito que durante los días más sanguinarios y feroces de la Revolución Francesa, sobrevino un culto desenfrenado a la vida y a sus dulzuras, precisamente cuando la hoz de la muerte causaba mayores estragos en el género humano. Este tono idílico de paz campestre, de amores inocentes y tímidos, de tranquilas venturas en el seno de la naturaleza florida y acogedora, será el desquite contra los crueles suplicios que padece en estos instantes la Europa combatiente. Harta de sangre, la humanidad no tardará en olvidarse de las terribles hazañas que acaba de realizar, entregándose con frenesí al deporte de sentirse inocente y sencilla. Será una hora de amoríos pastoriles, de inquietudes pasionales, de violencias sensuales más o menos disimuladas, con las cuales la sabia y omnipotente naturaleza tratará de tomar el desquite de los estragos que ahora ocurren, levantando de un modo evidente el índice de la natalidad europea.

La intemperancia amoratoria de los románticos reflorecerá probablemente en los veinte años venideros y acaso sobrevenga un período de anarquía intelectual análogo al propio romanticismo, aunque sin la desesperanza ni las negaciones que formaron el patrimonio amargo de la generación del 48. Es más posible que de las terribles convulsiones de esta guerra resurja la esperanza humana con mayor brillo y fuerza, tanto más cuanto no es muy problemático aguardar el auge del espiritualismo, sí, como todo lo indica, los ensueños del materialismo prusiano se desvanecen en humo y ceniza de fracaso. Será preciso otorgar mayor confianza y poner mayor fe en la eficacia del idealismo –dice Cavagna– después que presenciemos el derrumbamiento estrepitoso y sangriento del imperialismo prusiano amasado con la doctrina de la obediencia, la predestinación, el carácter sagrado de la fuerza y el predominio del poderío material.

Inglaterra, que va tornándose romántica y cuyo ánimo caballeresco se revela cada día en más amplias formas de sacrificio, encontrará antes que sus aliadas y sus rivales, la fórmula expresiva de la nueva era literaria, que corresponderá en lo político, en lo artístico y en lo científico a un ideal positivo de justicia y de libertad. Así como ocurrió con Byron durante el período romántico, probablemente de Inglaterra saldrá el poeta que cantará al oído de las nuevas generaciones sus cantos de ternura simple y de esperanza profunda, cantos que escuchará nuestra generación con sorpresa y acaso con melancólica pesadumbre, después de haber vivido en las horribidas y sanguinarias tinieblas de estos días.

LA ACADEMIA ANTILLANA

En las Antillas se ha fundado una Academia Antillana de la Lengua. En ella tienen representación los tres pueblos mayores de las islas caribes: Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. Entendemos que la realización de este proyecto académico ha despertado mayor interés y entusiasmo en Puerto Rico, lo cual es fácil comprender si se toma en cuenta que donde la lengua se encuentra mayormente en peligro es en la Borinquen gobernada como colonia yanqui. La reacción contra el inglés invasor se traduce ahora en protestas literarias, en actos de adhesión a la lengua nativa. Considerada desde tal punto de vista, la fundación de la nueva Academia es plausible; y a la postre puede resultar fértil en resultados para la gente puertorriqueña.

En Cuba también principia a cundir cierta afición al purismo literario, ocasionado según todas las señales por un instinto de defensa contra la lengua intrusa que trata de suplantar al idioma popular cubano. Cuanto a Santo Domingo ignoro su situación presente en este asunto y sólo sé que sufre grandes y terribles desgracias.

Algunos periodistas cubanos con más juicio y sensatez de los que suelen atribuirse a los periodistas en general, se la pasan predicando la necesidad de conservar puro el idioma que heredaron de España, como un elemento del carácter y del sentimiento nacional. No faltan allá, según parece, algunos *snoobs* o llámense majaderos que por dárseles de entes

superiores quieren parodiar a los yanquis hablando inglés a la manera cisatlántica y aparentando haber olvidado el español en que aprendieron a hablar, a pensar, y a sentir, si acaso sienten y piensan. Esto ha provocado la ira de algunos honrados escritores que ponen de oro y azul a los anglicanos y yankófilos y reclaman medidas que aseguren al español su legítimo predominio en la tierra de Martí.

Pero donde el riesgo del castellano es grave e inminente es en Puerto Rico. Esta isla no es república protegida como Cuba, con fueros y prerrogativas respetables; ni estado autonómico confederado. El día en que el gobierno de Washington ordene que no se enseñe ni hable español en ninguna escuela pública puertorriqueña, el español desaparecerá, como por ensalmo de la enseñanza. La lengua oficial, en cambio, van aprendiéndola gradualmente todas las gentes de la isla que poseen alguna cultura: y así el español quedará pronto en condiciones de manifiesta inferioridad. He allí, pues, el origen de la Academia Antillana de la Lengua. No se trata de formar un cuerpo decorativo donde agrupar a los escritores de mayor mérito, influencias o habilidad, ni de premiar con honroso dictado las labores de los próceres de la literatura o los servicios de hombres públicos eminentes, como pasa con la mayor parte de las Academias de la Lengua desparramadas por el continente americano. El propósito es de mayor intensidad y alcance patriótico: se quiere crear un senado que guarde el tesoro de la lengua, que propenda a conservarla pura y prestigiosa entre los nativos, como un elemento de la vitalidad propia, que de continuo promulgue la aspiración general a la autonomía política.

Con tal carácter merece encomios la nueva asociación antillana. Es cierto que un gran poeta o un gran escritor tendrían mayor eficacia para obtener el mismo fin que todas las sociedades literarias del mundo; pero un ingenio de esa clase no se engendra y forma a voluntad, mientras que las compañías literarias están al alcance del arbitrio de un grupo de individuos que se asocien.

El núcleo colectivo ofrece en todo caso inconvenientes formales para una empresa de tal magnitud. Los que no tenemos confianza sino en la acción del individuo somos propensos a ver sólo los vicios nefastos propios de toda grey; pero debemos consolarnos al propio tiempo pensan-

do que acaso esas oscuras gestiones colectivas contribuyan a preparar el advenimiento del poeta, escritor, tribuno o apóstol en cuya lengua prosperen tales maravillas que gane para el español el dominio seguro de las Antillas.

Sólo en tal sentido puede ser útil la flamante Academia caribe. Concederle poder legislativo sobre el idioma sería sobre absurdo, ridículo. Lo que debemos desearle los que hemos visto con buenos ojos su fundación es que sus miembros tengan la suficiente alteza de espíritu para no convertirla en un cuerpo anquilosado y afásico, que se atraviese, como si niestro estorbo, en el camino del avance intelectual de aquellos pueblos.

TRADUCTORES Y TRADUCCIONES

A propósito de un libro publicado recientemente acerca del arte de traducir, los críticos de los periódicos han hablado bastante en estos días acerca de ese “arte”, dando por sentado que los traductores se entregan por vocación o por elección deliberada al oficio de traducir, como el escritor al de escribir o el pintor al de pintar. Sin duda cuando alguien, seducido por las bellezas de una obra literaria extranjera, emprende la versión de esa obra, procede como artista desinteresado: su labor entonces es labor de artista. Pero este caso no parece frecuente, y mucho menos en lo moderno. Justo es decir también que no siempre han sido estos traductores los más fieles y afortunados. El lector no tiene más que recordar a los traductores españoles de Homero, de Dante y de Shakespeare. Para traducir bien es necesario algo más que admirar y comprender el original.

Hablando con entera exactitud no existen, ni pueden existir, traducciones fieles. Es posible, sin duda, dar el exacto equivalente español de una carta comercial escrita en inglés. Pero ¿lo es dar el trasunto cabal de los sonetos de Shakespeare o de las poesías de Dante Gabriel Rosetti? Al encontrarse ante ciertas obras cuya belleza esencial estriba en la forma misma –más en los contornos que en el perfume de los pétalos– el arte del traductor resulta impotente y vano: y lo más que puede proponerse entonces es dar en su idioma una idea aproximada del original, una interpretación personal, lo que es algo menos, seguramente, que la copia en

que el pintor reproduce un cuadro ajeno. La traducción literaria es exactamente el tapiz vuelto al revés de que hablaba Cervantes: se conservan los dibujos y las figuras pero se pierden la claridad y el colorido que sólo da la inspiración directa.

Y aun sin tratarse de obras muy delicadas, aun tratándose de escritos en prosa en que el pensamiento y las expresiones asuman ciertos matices, no muy sutiles, provenientes de la técnica del estilo original, ¿debe preferirse la literalidad a toda costa aun a riesgo de desfigurar las ideas mismas del autor? ¿O será preferible buscar y adoptar una libre equivalencia literaria, con el peligro de que el autor no acertara a reconocer sus palabras en la versión? Se ha formulado la pregunta de si no será bueno, por ejemplo, reproducir en mal español el mal francés, inglés o italiano, es decir, ser fiel hasta reproducir los mismos defectos de lenguaje de la obra traducida. Toda la cuestión es, como se ve, de traje, de apariencia; mas no por eso deja de ser trascendental. Traduciendo obras de cierto carácter es como se llega a la conclusión de que, literariamente, la forma lo es todo. El lector que conozca y haya saboreado bien su *Quijote*, puede hacer el ensayo de leerlo traducido en cualquiera lengua extranjera: al punto caerá en la cuenta de que aquello tiene una relación con la obra de Cervantes pero que carece de su gracia, de su desenfado, de su sabor *sui generis*, el cual se aniquila y desvanece cuando se traspone a otro idioma su “contenido”. Los donaires y refranes de Sancho, muchos intraducibles, son parte esencial de ese contenido y desaparecen forzosamente en la traducción. La vestimenta de las ideas importa tanto como las ideas mismas. En sustancia, puede decirse que no conoce a Cervantes quien no lo ha leído en español, como no conoce a Shakespeare quien no lo ha leído o lo ha visto representado en inglés. Llegando a los extremos de este concepto podría quizás aseverarse que una idea cambia cuando se la expresa sucesivamente en español, alemán y ruso. El idioma en que se conciben y se expresan les da a las ideas un matiz peculiar, específico, intraducible.

Ese fénix que es el traductor con la conciencia de las dificultades de su cometido y con el afán de la exactitud literal y literaria, está condenado a duras contrariedades y desazones íntimas. Por eso los traductores

concienzudos y escrupulosos desertan pronto del oficio. Los pocos que perseveran lo hacen movidos por esa especie de hábito malsano que esclaviza a los fumadores de opio y a los bebedores de ajeno. Esta clase de traductores viven en el perpetuo disgusto de su propio trabajo, pero conservan, vivo y angustioso, el anhelo de una perfección que saben inasequible y que siguen solicitando a pesar de la irremediable desesperanza. He aquí porque el papel del traductor es heroico y trágico, acomete una empresa imposible, que sabe de antemano condenada al fracaso. Pero no hay que poetizar, dotándolo de estos sentimientos, al traductor de oficio que sale del paso como puede, que suple las propias deficiencias a fuerza de audacia y que se cura poco o nada del valor artístico de originales y versiones. Esos conceptos no pueden aplicarse sino a los traductores que sienten no sólo las bellezas del original sino también el deseo de hacerse-las sentir a los lectores en su propia lengua.

Existe la creencia vulgar de que los idiomas poseen expresiones equivalentes: nada más falso. Las expresiones de equivalencia estricta no existen en la realidad. Por eso el valor de las traducciones es siempre aproximado y relativo. Un hombre que pudiera pensar y escribir en dos lenguas repudiaría seguramente todas las traducciones de una obra suya, hecha de la una a la otra de esas lenguas, así fuera el traductor competentísimo, porque al pensar de nuevo su obra en el otro idioma la pensaría de una manera distinta, escribiría una obra gemela, pero no idéntica propiamente hablando. Esto quiere decir que uno no puede ser fiel traductor ni siquiera de sí mismo.

El único arbitrio para evitar los inconvenientes de las traducciones sería que todo el mundo aprendiera idiomas extranjeros a fin de que cada cual leyera en el original las obras que le interesan. Pero ¿cuántos idiomas habría que aprender? El hombre dotado de curiosidad literaria tendría que aprender por lo menos seis lenguas europeas y otras tantas asiáticas. Lo malo sería que cuando el lector las hubiera aprendido, cuando estuviese preparado para comenzar a leer, sería ya un anciano desprovisto de curiosidad, convencido de la vanidad de todo, dispuesto a entrar en el silencio de la tumba.

EL CRÍTICO SUFRIDO

BIBLIOGRAFÍA DE UN LIBRO QUE NO SE HA ESCRITO

Quería preguntarte para qué escribes libros, para qué te esfuerzas en conquistar aplausos con la pluma. ¿Quería preguntártelo? No. Ya sé que escribes libros porque es el medio más fácil de granjear fama. Andar en libros es gran cosa y tú andas en libros. Los libros pueden ser de versos falsos, de historias soporíferas, de cuentos sin envidia, de novelas desarticuladas, de crónicas sosas; pero tú eres autor, y puedes decir, hablando de uno de esos escritores, honrados que nunca han querido o no han podido publicar un libro: ¿Y cuáles son las obras de Fulano? Juan Vicente González, Cecilio Acosta tampoco publicaron libros. Hay que despreciarlos.

A ti hay que admirarte. Publicas un libro. Publicas un libro compuesto de retazos de periódicos, un libro de impresiones de viaje en cuya composición distraes tu ocio de imbécil; un libro fragmentario, un aborto de libro.

Los libros que nacen del corazón como los grandes poemas, o del cerebro, como las grandes obras científicas, o de la fantasía, como las grandes novelas, son buenos o malos según el humor del lector que los lea; pero tus versos, tu prosa, tu mezcolanza, ¿de dónde proceden, en qué órgano ocioso tuvieron su origen?

Ni siquiera tuvieron su origen en un órgano. Tuvieron su origen en una función que se empeña en crear órgano. La función crea el órgano, reza la fórmula clásica. Vosotros –fijaos, infelices, en el tú de este plural–, vosotros estáis empeñados en crear con la función el órgano de que carecéis. Y conseguiríais fundar o crear o despertar ese órgano si tuvierais siquiera el rudimento del órgano. Pero es que en moderna fisiología no hay función que cree órganos, hay funciones que despiertan la actividad del órgano. Y si permanecéis inmóviles y pesados, pensando si es esto espontáneo, ¿qué ha de pasar?

NOTAS CRÍTICAS

MODOS DE CRÍTICA

DICE UNO de los personajes de Shakespeare, que la bondad de las palabras humanas antes reside en los oídos que las oyen que en los labios que las pronuncian. En realidad, allí está compendiada la mejor fórmula de lo que es la crítica y acaso la más poderosa razón contra su autoridad. Vulgares proverbios y versos de todos conocidos promulgan que cada quien posee un gusto propio, peculiarísimo, y que la lente a través de la cual miramos al mundo y sus pormenores varía de color según la individualidad, las momentáneas pasiones y los impulsos especiales de cada espíritu. Por eso la crítica que conceptúa un deber expresar una opinión definitiva y concluyente acerca de las obras que examina, no podrá subsistir, como no subsiste en efecto, pues a la hora actual ha perdido casi todo su crédito y la popularidad de que logró disfrutar un día. Más que nada el auge que se formó como un nimbo de alabanza en torno de ese género de crítica debióse a la virulencia agresiva con que se señalaban defectos e incorrecciones. Aquellos señores de espíritu superficialmente pedagógico, estimaban como un insulto personal a ellos propios irogado el menor desliz sintáctico, y se enfurecían contra los pobres escritores que le hubieran faltado el respeto a la gramática, exactamente como si el desgraciado escritor hubiera abrazado la mujer del crítico en las propias narices de éste, o si al mismo crítico le hubiera asestado un bofetón solemne.

Ahora no es común que nadie se indigne y vocifere por minucias de dicción; y la crítica del humanismo, del purismo y demás respetables antigüedades, no cuenta apenas con cultivadores, sino con algún rezagado maestro de escuela, o con aquellas honorabilísimas reputaciones

provincianas que han consumido gran parte de su vida reproduciendo en los periódicos locales los comentarios de Cuervo o de algún pseudofilólogo de menor cuantía, y dándose, por ministerio de la copia, un baño de sabiduría sorprendente para sus compañeros y cofrades del nativo pueblucho.

Pretendióse, en los momentos de reacción contra esos estrechos procedimientos y cánones, que la función de la crítica era entender la obra ajena y explicar este entendimiento. Si nos fijamos en que el arte no se entiende sino que se siente, aquella fórmula resulta de una impropiedad completa. La más sabia exégesis literaria no agregará un ápice de emoción a la lectura apasionada de la *Divina Comedia* ni los más cuidadosos escudriñadores y comentadores del *Quijote* han logrado nunca con sus disquisiciones eruditas exaltar la admiración y el regocijo con que se suele repasar las páginas del famoso libro. Los espíritus frívolos, venas capaces, naturalmente, para adoptar esa actitud sonriente, cortés y cordial, muy parecida a la actitud del visitante que ha de vestir su rostro de sonrisas y de verter mieles por sus labios, en la sala del amigo a quien visita [*sic*].

Nuestra vanidad no puede resignarse de ordinario a que nos contengamos con el papel de curiosos del arte. El genio de la especie alienta hasta en el más oscuro cronista de la más ignorada provincia del orbe. Y como el genio de la especie es esencialmente creador, cada quién trata de crear una fábrica de ideas, emociones y palabras, aun cuando sea a través del autor de quien se habla. Los más simples comentarios, las apostillas más triviales escritas al margen de cualquier libro, meritorio o anodino, revelan en todos los casos la aspiración resuelta a dar una fórmula personal de la manera de entender el arte y la vida, aun en aquellos críticos saturados de lugares comunes que certifican claramente la estupidez del que los promulga. Por lo demás, en la obra ajena no nos agrada sino precisamente lo que nosotros mismos hubiéramos querido producir; y repugnamos aquello que, aun pareciéndonos armonioso y bello, no se acuerda con nuestro modo de pensar y de sentir.

Por eso, la manera más sensata de criticar es la que no juzga, la que se conforma con escudriñar simplemente, y construir sobre los cimientos de la obra ajena un humilde y franco edificio de comentarios.

NOTAS CRÍTICAS (1905)

Si no comprender es un inconveniente irremediable para la formación de un juicio sobre cualquiera obra, la inflexibilidad de criterio, esa suerte de malhumor en el dictamen y las conclusiones promulgadas como definitivas son partes suficientes a desbaratar el crédito de un crítico. Es curioso que los críticos de minucias, ávidos buscadores de solecismos, que esgrimen la retórica como un código inapelable, decidan del valor de una obra nada más que por la pureza del lenguaje en que está escrita y según el mayor o menor acatamiento que su autor rinda a las reglas de Horacio o las prescripciones de Hermosilla. Verdad que todas estas manías y defectos, derivan acaso del primordial que consiste en no comprender.

Así vienen a resultar la delicadeza y complicaciones de estilo oscuridades de mal gusto y prurito de asombrar o deslumbrar a los inocentes; y cuanto rompa la jaula cubierta de herrumbre de la rutina, es un atentado contra el pudor meticuloso de aquellas gentes. Huir de esas lecturas peligrosas, que despiden vaho deletéreo, cual una retorta de bruja, es amonestación frecuentemente repetida a los jóvenes. Hay que cuidar de la candidez del alma y de la salud corporal de los adolescentes. Y no obstante tiene tanto atractivo el riesgo de los caminos ignorados, que todos los consejos resultan al cabo inútiles y los jóvenes se envenenan con el perfume de las retortas siniestras y corren a dilapidar la juventud de su carne en las fiestas de la vida...

¡Imitar los *buenos modelos*!... Si se lo prescriben es para que cierren todas las puertas del espíritu a lo que no haya sido consagrado con el aceite mágico del tiempo. Es precaución ladina quizás, e intento solapado de sujetar con las cadenas de la imitación las inquietudes y la avidez fogosa de la juventud. Intento que no resulta vano en muchas ocasiones, cuando se trata de jóvenes enclenques, morigerados y tímidos, como son aquéllos que forman el pasmoso linaje de los imbéciles o el discreto y humilde rebaño de las futuras medianías, que con tanta presteza alcanzan el cariño la admiración y el valimiento de los que les predicán aquellas re-

glas de conducta tal vez con el propósito disimulado de presentarse ellos mismos como *buenos modelos*, dignos de imitación seguramente.

No podemos, honradamente, suponer mala fe en nadie, y así hemos de aceptar que una convicción sincera preside estos discursos y consejos; pero entonces, para las necesidades de la explicación, tenemos que concluir que el comprender no es facultad concedida a esas almas. Realmente entre comprender y admirar hay una diferencia profunda. Comprender una obra no implica necesariamente que le rindamos admiración ni mucho menos, como ha pretendido establecer alguno. Sería peligroso establecer esta confusión como verdad indiscutible. Así incurriríamos torpemente en un extremo exagerado. Si el deber del crítico es despojarse de todo prejuicio, de toda creencia anterior y hasta de predilecciones estéticas, para la tarea de apreciar y juzgar, no está siempre obligado a terminar su viaje espiritual a través de la producción juzgada, colmándola de mieles ni ciñéndole rosas de alabanza. El aplauso nace del agradecimiento. Cuanto mayor sea el goce que nos produzca, la intensidad con que nos agasaje el espíritu, más ferviente y más profundo será nuestro elogio. Ni podremos encubrir cierta frialdad indecisa, una indiferencia llena de perplejidades, ante aquella que aun pareciéndonos muy hermosa y nutrida de robustas ideas, no ha logrado conmovernos, prendernos una fúlgida chispa de entusiasmo en el corazón. Nos ocurre lo que con muchas mujeres reputadas de hermosas, a quienes todos cortejan, admiran o aman y que en nosotros no despiertan ninguna turbación, ni la más ligera, ni la turbación inesperada y efímera que siempre nos ocupa ante la visión de una belleza. Pero la indiferencia entonces se viste y disimula con alabanzas sin calor. Y no es difícil sorprender, debajo de la fina corteza florida del elogio, el hueco vano, vacío de sentimiento y verdadera emoción.

Así la crítica, en último término, resulta personal siempre, individual, porque no expresa sino las impresiones y pensamientos provocados en el lector por la lectura, y se sitúa fuera de todo sistema posible. Algunos dirán que todo el mundo podría entonces ejercerla a conciencia y con tino y que no requiere aptitudes especiales ni mayor suma de conocimientos. Cultura mental muy vasta y robusta ha menester. Más vasta y robusta aún,

naturalmente, que la del mismo creador. Y las indispensables aptitudes para vislumbrar la belleza en donde se halle y comprenderla, las cuales lindan por un lado con el conjunto de cualidades espirituales que se llama talento y por otro piden una sensibilidad exquisita, rápida, sutil.

Por supuesto que la otra forma de crítica puramente objetiva está al alcance de todos los sabedores de gramática y estudiantes de retórica. Y de estos podríamos decir aquello del avaro, tan repetido, el cual es esclavo de su oro antes que dueño. Estos señores, de la misma manera, vienen a convertirse en simples siervos de la gramática, pues no la emplean sino para examinar las obras ajenas, cuando lo natural y más cuerdo es aplicarla, como un instrumenta proficuo, en aderazarles, nítido y gallardo, el ropaje a las propias ideas.

Como la consternación les inunda el espíritu ante los *ismos* de la sintaxis, la cólera los subleva ante otros ismos literarios. Denominaciones completamente convencionales las postreras y a veces absurdas, como ese *decadentismo* ilusorio, que nadie ha conseguido ver patente hasta ahora. Simple nombre impuesto por el malévolo capricho de algunos, se ha tolerado y aún aceptado sin protestas. Tal vez una niebla opaca tendida sobre sus ojos les impide a esos contemplar las luces del pleno día y suponen que ya se aproximan las tinieblas... Y en la alucinación de las cercanas sombras que los oprime, escuchar el rumor de las campanas que en el crepúsculo están saludando a la noche.

Y acaso en el fondo de estas afirmaciones, de estas conclusiones, tan rotundas, no haya sino simplemente el deseo de afirmar, de concluir. Creen ellos tal vez, que es preciso inclinarse siempre de un lado y defender la verdad, lo que a ellos se les antoja la *verdad*, eso que quizás tiene una risa profunda y silenciosa desde el Misterio, cada vez que un hombre afirma a sus semejantes que lo conoce y lo posee...

* * *

Si la literatura representa o refleja con fidelidad el espíritu del pueblo que la produce, resultaría el venezolano un pueblo triste. El literato, el poeta, han reído raras veces entre nosotros, y eso con tan escasa fortuna que

cuando no ha resultado la risa disfraz de una sandez, ha descubierto un malestar que trata de olvidarse a sí mismo escudriñando los lados ridículos de la existencia. Es verdad que no hemos tenido muchas ocasiones ni motivos para reír ni regocijarnos. La vida emotiva de la nación ha girado siempre alrededor de dos sentimientos no nada risueños: el ímpetu y la inquietud de la guerra y de las pasiones políticas, y la angustia económica resultante de las aventuras belicosas. Si una y otra circunstancia han permitido a trechos algún espacio en que hubiera podido florecer la alegría colectiva, ésta apenas se ha manifestado: diríase que todos ignoran el modo de ser alegres. Las posibles alegrías individuales, productos de un temperamento o de fortuitos sucesos, se disuelven en la grave e inmensa pesadumbre general, como una gota de miel en las ondas de un lago, todo amarguras.

El regocijo capaz de contagiarnos; la sonrisa, así tenga sus dejes de velada tristeza, el humor, la actitud mental capaz de encender una chispa clara de alborozo en nuestras almas, no son nuestros. Acaso es propio de nuestros espíritus la alegría un poco brutal que surge de los instintos sexuales en exasperación o de los instintos crueles que se satisfacen. La sensualidad y la crueldad, sentimientos tan análogos, no producen sino furias de goce efímero, que se desvanecen en tedio o en melancolía.

La gracia no tuvo nunca entre nosotros mucho de dulce ni de fina. Cobró vigor y fuerza de bronce resonante en boca de tribunos y austeros patricios y seducciones intensas en la pluma de los escritores que declamaban contra la tiranía, atizaban el incendio de los rencores y señalaban y castigaban vicios. La burlería fue violenta y burda, como un martillazo, hasta en boca de los poetas de postres. Jamás se deslizó la ironía amable y horrible, entre velos y disimulos, como una linda serpiente mortal entre flores. La ironía nuestra es abrupta. El gesto atrabiliario del encono interrumpe siempre la felicidad de la sonrisa. Somos rudos y melancólicos. Quien pretende idealizar un esguince, urde una basta cabriola bufonesca, sin que él mismo tenga de ello la culpa. Leed nuestros poetas, todos nuestros grandes poetas. Podría decirse que todas sus quejumbres y sus lamentos son artificio, retórica pura, ademanes académicos. Es posible, individualmente. Pero en realidad, no hicieron sino expresar, promulgar la

tristeza colectiva. Ninguno sonrió siquiera con ternura verídica y honda. Y los epigramáticos no sonríen nunca, antes hacen gesto de venganza o de ira. Leed todos nuestros grandes escritores. Son taciturnos, tristes, muchas veces sombríos. Cecilio Acosta gemía con frecuencia. ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer ese espíritu delicado y profundo, condenado a vivir en la Venezuela de su tiempo, como un claro poeta griego entre sármatas? Juan Vicente González tampoco sonrió jamás con buena sonrisa: su ingenio era como una hoguera: si las lenguas de sus llamas iluminan espectáculos de dolor, suelen también ocasionar quemaduras trágicas. ¡Y los demás de su época y los que siguieron! En cuanto a los vivos, y mayormente a los jóvenes, es inútil nombrarlos. El dolor es para ellos como una costumbre, como una obsesión, algo que llevan en sí cual una enfermedad, a despecho de ellos mismos. La literatura se ha tornado en un río de pesadumbres, en una floresta hermosa y opaca, poblada de gemidos. ¿Es eso lamentable? De ningún modo; y tanto más que ese árbol quejumbroso tiene hondas raíces en el corazón nacional. El alma dolorida de todo un pueblo se lamenta por esas bocas que le deparó el destino. Sería preciso curar el mal para que se acallara el lamento y apuntara el alba de las sonrisas.

Así, pues, el humorismo nacional tiene que ser doloroso o insulso. La última condición la realizan perfectamente los “cuadros de costumbres”, suerte de género chico de nuestras letras, cuadros que son del todo intolerables, a fuerza de vulgaridad, desgarmo y desabrimiento. Caricaturas sin asomo de talento ni gracia, chascarrillos estirados imprudentemente y a los que se ha pretendido dar trascendencia de estudios sociales, quedan fuera de los límites de la literatura. Todo conato de risa provoca en nuestras letras dolor, porque cuando la resignación, que siempre es muy triste, no la inspira, es una ironía cruel la que la produce. Recordad todos los pasajes de autores venezolanos capaces de producirnos hilaridad un punto: esa risa es preludio de secretas lágrimas; pues si no son amargos o corrosivos, nos descubren una inmensa perspectiva de tristeza o de baldón. Una piedad doliente impregna todas las reflexiones formuladas ante las cosas nativas. La misma copla popular, que vibra al son del cuatro en labios del gañán rústico, tiene por lo común una intención triste, o está

llena de una filosofía vulgar y escéptica. La alegría impetuosa y libre y sana ha huido de nuestro cielo.

¿Cómo se compadece esa melancolía interior con el paisaje espléndido y jocundo, con la naturaleza que en ocasiones parece burlarse de todas nuestras meditaciones sombrías? Diríase que la naturaleza posee el verdadero humorismo, el humorismo que se escapó de los corazones lacerados y fue a buscar en ella un amplio refugio; y que mientras nosotros nos quejamos o sufrimos en silencio, ella irónicamente, ríe con los labios de sus flores, con la porcelana de su cielo, con el incendio de sus crepúsculos, de la bestia triste y enferma que se agita en su seno exultante y que en plena luz camina a tientas, buscando en vano un asilo de silencio, de melancolía para sus incurables dolores...

* * *

Muchos escritores han llegado a afirmar, con estrafalario desprecio de la moral del oficio, que el plagio no existe en realidad sino cuando el original de la obra robada sigue siendo superior a la copia. De modo pues que en literatura, como en historia, hay que puntualizar la diferencia entre el bandolero rudo, que asalta y roba en despoblado a los viajeros, y el gran capitán heroico que roba comarcas y territorios con el auxilio de sus huestes. Declaro que nunca me ha pasado por la mente comparar a un salteador con ningún general ni aun el más truculento y desenfrenado; y que no aceptaría tampoco el que un don cualquiera pretendiese excusar sus raterías literarias, aduciendo nombres de gente ilustre que incurrió en culpa análoga. Pero me parece incalificable majadería, tanto el que los letrados formen algazaras y escandalicen porque un compañero aprovechó, con mayor o menor intención culpable, el pensamiento o el plan elaborado antes por cualquiera otro, como que se defienda públicamente el que uno entre a saco el bagaje de los demás, como quien conquista plazas enemigas.

Una y otra cosa tiene sus inconvenientes. Ante todo, lo que se llama plagio es una cosa muy vaga, confusa y sin fronteras precisas. Es innegable que no puede existir plagio en los asuntos que no pueden pertenecer

exclusivamente a nadie, y forman algo como el tesoro común de la literatura universal. Quienquiera, si se le antoje que con ello realizará una bella obra de arte, puede ponerse a narrar como mejor le pete el furor de Aquiles y la muerte de Héctor, sin que a nadie se le ocurra calificarlo de plagio, con tal, naturalmente, que su descaro no se atreva a poner mano sobre el plan mismo, las situaciones e ideas esenciales de los poemas homéricos, que ya entonces sería escamoteo feo y aborrecible. El asunto en sí mismo no significa gran cosa. Dos escritores van a aprovechar para sus obras un mismo elemento vital: un personaje famoso. Cada uno según su propio temperamento, considerará el asunto desde un punto de vista diferente de aquel en que su compañero se sitúa. Y tendrán así, de seguro, a menos de coincidencia muy rara y poco verosímil, dos visiones del todo distintas. Y adaptándose a la visión interiormente concebida, ejecutarán sus obras de un modo diferente: el uno escribirá un poema, otro una novela, otro una página de crítica histórica.

Ahora bien, si en vez de ser concebidas a un tiempo estas obras, lo son sucesivamente, ¿el que escribió el último plagio por ventura al primero? De ningún modo. Y no sólo pueden ser obras distintas sino pertenecientes a un mismo género. Es cosa frecuente. ¿Hay en el *Hamlet* plagio del Orestes? ¿Qué tienen en común la *Ifigenia* de Eurípides y las mil Ifigenias más que andan por el mundo literario? Si la una eclipsa a la otra es por su belleza. Cuántas obras hay cuyos autores explotan unos mismos temas y que no tienen nada de común entre sí.

Actualmente, en el exceso de producción que anega al mundo civilizado, consecuencia de la epidemia de literatura, es mucho más difícil fijar los límites del plagio o de la imitación, que se generalizan de una manera rápida, no exenta de peligros. Entre nosotros empieza a cundir la epidemia literaria y se han visto algunos casos muy leves de plagio y muchos casos graves de imitación bárbara. Está bien que los jóvenes, los principiantes aún tímidos y acobardados por el temor del fracaso, traten de adaptarse a las modas del momento, por ver si logran el triunfo, amparados por ese capricho pasajero del gusto. Con ese intento no censurable en absoluto, pueden incurrir en casos dignos de censura extrema, como es el de copiar imágenes enteras de otros escritores a quienes sin

duda conocen, porque somos muy escasos en número. Los que se atreven a trasladar íntegro un poema o un estudio cambiándoles únicamente la firma, no merecen por fortuna, que se les tome en cuenta. Son simples y desvergonzados ladronzuelos, hez de hampa literaria o personas insensatas. Lo demás puede incluirse en el capítulo, formidable entre nosotros, de la imitación. Lo que nos agrada en sumo grado quisiéramos nosotros haberlo producido. Desearíamos sentir el orgullo de haber engendrado aquello que nos produce admiración y entusiasmo y nos llena de emociones. Pero ese sentimiento, que puede ser un estímulo poderoso, puede ocasionar también hijos espurios, como es el caso de la imitación. Imitamos aquello que deseáramos, pero que no podemos producir; pues un verdadero escritor es siempre capaz de producir obras bellas..., siempre que no imite a los demás. Otro producto bastardo de aquel sentimiento puede ser, al cabo, y hasta pasando por la admiración, la envidia. Un imitador es un hombre que está siempre proclive a envidiar sus modelos. La diferencia es que la envidia ya no piensa en trabajar, en producir, sino en la destrucción. La admiración se desvanece en odio, como la luz de una hoguera en humo tenebroso. No sabemos cuántas personas habrán llegado hasta detestar a sus maestros.

La imitación de los escritores más pulcros, brillantes y finos es peligrosa; pero no así su estudio. Leyéndolos, interrogándolos, examinándolos atentamente, pueden adquirirse muchas nociones acerca de los secretos recónditos del estilo, acerca de los matices de las palabras, acerca del valor musical de las sílabas y el poder sugestivo de las frases melodiosas; pero debe siempre procurarse desvanecer todo recuerdo confuso, porque en él es donde viene envuelto el peligro. Lo que está claro en nuestra memoria no lo copiaremos jamás; pero aquello que nos queda zumbando sorda y vagamente en los oídos, como el recuerdo de una música imprecisa y remota, puede volver, aún a nuestro pesar, en hora imprevista y verse en palabras sin que nos demos en la cuenta de la exactitud de la copia verificada.

Y sin embargo, preferible es la franca imitación de escritores llenos de gracia y de fuerza, que no el tejer lugares comunes a destajo y con impertinencia notoria, a propósito de todo asunto y en todo trance. Entre

nosotros una de las fiestas que debían celebrarse con ardor por todo el mundo es la fiesta del Lugar común. Todos somos sus señores y sus víctimas. Lo manejamos a maravillas y nos maravillamos de los prodigios que obra. La fiesta pública del Lugar común sería una hermosa fiesta nacional. Cada lugar común tendría su paladín predilecto y todos acudiríamos armados de frases triviales, a rendirle culto. Y pues que no podemos pensar ni hablar, y acaso tampoco sentir, sino en lugares comunes ¿qué cosa más digna y justa que su pública glorificación?

Más triste que el plagio, más bajo que la imitación es el hábito de emplear en todo punto esos conceptos sandios y pobres encerrados en formas viejas y ridículas. Entonces no se plagia a nadie; pero se imita a todos, se imita al imbécil, al pobre de espíritu, al idiota.

* * *

Hay quienes suponen ingenuamente que al copiar las palabras y remedar las maneras verbales preferidas por los escritores de primer orden, logran asemejarse a sus modelos en la belleza total de la obra que producen. Son “los discípulos”, los humildes obreros del arte, mirados con desdén aniquilador por la crítica, arrendajos sin fortuna, turbios espejos en que aparece pálida y borrosa la imagen del dechado.

Pero los imitadores ejercen una función benéfica en parte, aunque obscura: divulgan las nuevas formas de arte, acostumbran a las muchedumbres ignorantes a escuchar las músicas nuevas y a contemplar los nuevos matices. En poesía su labor es positivamente útil, puesto que ejercen el oficio de heraldos o pregoneros que difunden por el mundo la buena nueva artística.

Ordinariamente a los imitadores se les tilda con motes despreciativos y satíricos, cuando más bien merecerían una clara recompensa de los coetáneos, ya que la posteridad los sotierra en el olvido. Aunque de vez en cuando el imitador logra efímera fama popular, entre las clases literarias suele mirársele con lástima o menosprecio. Injusto baldón. Ellos han contribuido más que cualesquiera otros, a difundir, a acreditar, a dar lustre y honra a los grandes escritores y poetas. Son como las escalas por

donde bajan hasta la multitud iletrada y perpleja las grandes ideas, las mayores bellezas que producen los ingenios de primer orden, y que sin estos intermediarios oficiosos y humildes quedaríanse flotando arriba, en la etérea serenidad empírica, sin descender nunca al ánimo de la muchedumbre curiosa.

En literatura como en ciencias naturales, es menester conceder también galardones a los que propalan las ideas nuevas. Un Darwin, un Pasteur no pueden, por la índole misma de sus trabajos, consagrarse a la propaganda de sus teorías y descubrimientos: su función se limita a acopiar hechos, anotar y explicar fenómenos, construir hipótesis ingeniosas y delicadas que abran resquicios de luz en medio de las temerosas tinieblas que rodean al hombre. Pero tras ellos formando cohorte modesta e industriosa, comparecen los divulgadores, los que se empeñan en que todos quedemos enterados de las observaciones hechas y de las conjeturas promulgadas por los grandes sabios. Son estos divulgadores, iluminados por la buena fe y la ingenuidad, tan útiles como aquellos investigadores que les suministran asunto para sus tareas de divulgación científica: porque gran número de obreros oscuros de la ciencia que no disponen de recursos ni tiempo para enterarse de las novedades que ocurren en el orbe, pueden, merced a ellos, enterarse de los descubrimientos más flamantes, de las nuevas hipótesis que desquician el monumento de la ciencia antigua, de las nuevas formas que asume el edificio de la ciencia nueva. Son, si no perínclitos, meritorios; y su montón anónimo y honrado merece un monumento colectivo, junto a las estatuas únicas de los grandes sabios.

Asimismo, en el orden literario, cumplen una función plausible y honorable quienes se encargan de poner al alcance de la turba la belleza fúlgida de las grandes obras de arte. Lo que el espíritu entorpecido de muchos no puede percibir en el original deslumbrador, que a su incapacidad parece hermético o tedioso, ellos se encargan de revestirlo con ropajes humildes, algunos de préstamo, y de irlo exhibiendo por calles y plazas, con diligencia no exenta de orgullo. Los ojos del transeúnte se acostumbran al remedo contemplado una y otra vez, y acaso cuando comparezca el modelo auténtico, puedan prorrumper en el límpido grito de

gozo de los que admiran porque comprenden. Son educadores del gusto, aunque el de ellos mismos sea a ocasiones inseguro y tropiece en errores. Cuando pasan los años y la gente continúa absorta de admiración ante los maestros, ellos se hunden discretamente en la tiniebla, desaparecen para siempre, sin dejar una sola huella que delate su paso por este mundo...

* * *

Es incalculable el maleficio que causa entre los jóvenes que se inician en el cultivo de cualquier arte el elogio desmesurado, la ponderación exorbitante que se estila entre nosotros. La costumbre de distribuir alabanzas a diestra y siniestra ha traído como primera fatal consecuencia el descrédito de toda censura y el peligro de censurar, así sea de un modo lene. La reprobación se atribuye siempre a inquina, a envidia, a alguna negra pasión del ánimo; y luego, todo el mundo cree obligados a los escritores a que le encomien sus obras sin reparos, porque de lo contrario se considera víctima de atroz insulto.

Muchos poetas noveles no se sienten satisfechos y tranquilos sino cuando los comparen por lo menos con Verlaine o con Quevedo; los pintores quieren que se rememore a Velázquez y los escultores a Miguel Ángel o a Rodin cuando se trata de sus obras. La camaradería, la amistad de los periodistas, derrite todos los escrúpulos, y allá van elogios insensatos. No he visto cosa más perniciosa. El crítico, al pasar por alto defectos esenciales en la obra de arte, causa un daño inmenso al principiante, el cual termina por creer que sus defectos y errores son virtudes y aciertos; y tal vez, al destruir el sentido crítico del artista, malogra para siempre las buenas facultades que posee. Cuántos fracasados no lo hubieran sido si acaso un censor rígido les hubiera indicado a tiempo el lado flaco de su labor, las faltas en que incurrían, ayudándolos a encontrar el buen camino. Pero el hábito de la alabanza ha exasperado entre nosotros el amor propio de los artistas, tornándolo acérrimo y vidrioso. Aun cuando acuda alguien a nosotros con un poema, reclamándonos nuestra opinión sincera, sin ambages ni atenuaciones, y jurándonos que mientras mayor sea nuestra franqueza más profunda será su gratitud, cuidémonos de de-

cir la verdad desnuda, so pena de captarnos un mortal enemigo. A lo sumo podremos permitirnos, y eso con parsimonia y mesura, entreverar ligeras observaciones entre las alabanzas que busca y espera el que nos consulta.

Este hábito es funesto también por cuanto permite la improvisación de críticos sin conciencia ni competencia: como sólo se trata de urdir párrafos melosos en que se pone por las nubes el talento del agraciado, sin necesidad de estudio razonado y metódico, el primer malsín literario que sobreviene se desmanda a distribuir elogios desenfrenadamente. Y como los elogiados no son por lo común capaces de comprender que envaneciéndose con los aplausos que les tributan plumas sin autoridad sólo consiguen ponerse en ridículo, el mal sigue propagándose entre nosotros y causando estragos.

Lo primero que debía aprender un autor era a censurarse a sí propio sin piedad. Sólo así logrará verdaderamente adquirir conciencia de su personalidad y el conocimiento de los propios aciertos, de los propios yerros. Y sólo así podrá leer sin enfurecerse ni darse por afrentado las tachas que los demás le pongan a su obra. ¡Pero es tan difícil desarraigar una costumbre adoptada por los periódicos!

En último término, consolémonos pensando que de los elogios que hoy se escriben, poquísimos resistirán a la acción purificadora de los años.

* * *

Es de notarse con qué insistencia hablan algunos escritores de la hermosura de las cosas frágiles. Llegan hasta predicar la necesidad de anteponer a todo las emociones fugaces y ligeras, vaciadas en formas ligeras y fugaces. Abundan los poemas en prosa, los cuadretes con pretensiones a lo Watteau, las páginas hechas con simples palabras, así como la espuma que un solo momento enseña su blancor, está formada de burbujas efímeras que se rompen y crepitan sin dejar de sí ninguna huella sobre el azul permanente del mar. Recuerdo la abundancia de las flores de abrojo, inodoras y gualdas, que en ocasiones visten de oro puro toda una vasta pradera nativa. No sería temerario suponer que en poco tiempo prospe-

ren las florecillas profusas hasta invadir del todo el terreno literario. No es muy difícil, en efecto, aglomerar sustantivos y adjetivos alrededor de una imagen central, más o menos hermosa, tomada como asunto. Mucha gente podría dedicarse con éxito a este entretenimiento. Hay que precaverse contra el resultado de ciertos excesos.

No soy partidario de los harapos mugrientos ni las ropas de tela burda sobre el encanto armonioso de una belleza femenina. Digno ropaje suntuoso a señoría de hermosura y prestigio de gracia. Más las canijas damiselas antes resultan risibles que adorables ataviadas con pompa de ricas vestiduras. Que la idea noble se cubra sus ropajes de estofas magníficas; pero es sandez dilapidar con sombras de ideas maravillas de frase.

En cierta ocasión estuve a pique de defender la melodía de las palabras colocada sobre el vacío de los pensamientos. Citaba a propósito una frase de Joubert, que sigue pareciéndome admirable: *ce n'est qu'en cherchant des paroles que l'on trouve des pensees*. Cierto que buscando palabras se nos ocurren ideas en ocasiones; pero eso mismo enseña que las ideas son necesarias a las palabras. Tal vez un simple vocablo sugiera en nuestro espíritu inesperados pensamientos; pero cuando buscamos palabras sin duda es para expresar algún movimiento del espíritu.

Cuando uno se resuelve a escribir es porque tiene algo que decirles a las gentes. Verdad muy trivial, pero que es preciso repetir ya que algunos suponen que con bordar encajes de armonías verbales o con hilar en rueca antigua hilo de lugares comunes, se realiza obra de arte. El arte nació de la imitación de la naturaleza y la vida natural es su fuente fecunda y pródiga. Echemos un velo de olvido sobre las brutalidades de la existencia, pongamos una bruma de ensueño voluntario sobre la ambiente vulgaridad, claman los enamorados enfermizos de la quimera. Sobre las lepras y los llantos, sobre la muerte, la pesadumbre y el amor, que flote la niebla musical de los ritmos, decorada con los iris de nuestros sueños.

Es preciso despertarlos de esa ilusión culpable y peligrosa. El olvido de las úlceras no es el ungüento mejor para sanarlas. Es preciso acercarse a la boca de las llagas y contemplar las contorsiones del dolor; descender a los precipicios de impureza y a las cisternas del odio. Sólo pasando por el purgatorio y el infierno se consigue penetrar en el paraíso. Ante todo es

preciso pensar. Bien sé que esta función no puede ejercerla todo el mundo, y que es más fácil urdir telas triviales que destilar en recogimiento doloroso el licor de la idea.

Los orígenes de esta tendencia, un poco estrafalaria y pueril, están en la mala interpretación de algunas maneras literarias. Ciertas personas que usurpando títulos de moda pretenden adquirir distinción, en su manía de hacerse notar, inocente a los principios, pero de seguro perniciosa en sus resultados, han torcido el propósito amplio y benéfico del *modernismo*, interpretándolo de un modo indiscreto. Precisamente la reacción modernista fue contra el vacío habitual de la obra pseudoclásica. Limitándose a repetir con ligeras variantes lo que algunas veces con hermosura se había ya dicho, los pseudoclásicos condujeron las letras castellanas a un deplorable abismo de monotonía y estultez. Los cánones de la nueva doctrina literaria fueron muy sencillos y amplios. Que cada quien contemplara la vida con ojos propios y dijera su pensamiento y su emoción con tan completa sinceridad que todos pudieramos identificarnos con ellos. Respecto de las palabras, que cada quien procurase amoldar al sentido del asunto las armonías de la expresión.

He aquí que otros vinieron a promulgar que con la música de los vocablos es suficiente. Y dijeron que sólo las prosas breves y vacías son meritorias y que la extensión mata la obra de arte.

Cuanto se torna más excusable la necesidad por lo breve, se convierte en grata la discreción elegante por lo que dura. ¿Quién soportaría la *Iliada* de un mal poeta? Y llegamos al final de la *Divina Comedia* con una emoción dulce en el espíritu y un peregrino perfume de rimas entre los labios.

No es posible tampoco negar la belleza de infinitas obras de arte, diminutas por las dimensiones. Lo que quiero decir es que la brevedad no concede por sí sola belleza. Bastantes bajo-relieves sin gracia se habrán labrado sobre la tierra. Los juguetes frágiles no son valiosos sino en manos de los chicos, y aún éstos suelen fracasarlos para averiguar qué es lo que encierran.

Falsificando los procedimientos únicamente se logra que unos por mala fe y otros porque no comprenden, se apresuren a juzgar por los frutos de artificio el valor de los frutos jugosos, nacidos en la propia rama del árbol.

Por fortuna los que predicán esta norma de la belleza son jóvenes a quienes el ansia vehemente de celebridad o el deseo de considerarse a sí mismos magnos artífices del idioma, turba y arrastra a estos discursos desatentados. Acaso en lo futuro corrijan el rumbo de sus ideales hacia horizontes propicios. Cuando no, el tiempo tomará para sí la tarea de pasar una esponja de olvido sobre sus fantásticas divagaciones.

* * *

Un amigo dispéptico, hombre habitualmente malhumorado, encontraba muy ridículo el que uno se ponga a contarles a los demás hombres cuanto se le ocurra pensar, sentir o soñar ante los espectáculos de la naturaleza o las cosas de la vida. ¿Qué le interesa a nadie (en su decir) estar al cabo de las cavilaciones o melancolías de nadie? Mi amigo encuentra muchas semejanzas entre el poeta o el escritor y aquellos enamorados fastidiosos que detienen en la calle a todos sus conocidos, para narrarles sus cuitas o venturas de amor. Poco más o menos piensan de seguro los lectores de los diarios que pasan velozmente sobre las páginas consagradas al arte puro, sin dirigirles más que una simple mirada indiferente o desdeñosa. Se atiborran en cambio de variedades más o menos fantásticas, de noticias pavorosas y de chascarrillos. Y terminan el banquete, si no es que lo comenzaron, saboreando la crema para ellos delicada del folletín.

Esto explica en parte por qué la popularidad propiamente dicha es difícil de alcanzar por los escritores. El rumor de la fama principia en los vértices de la sociedad humana y luego desciende a las llanuras, acrecentándose con un eco poderoso y múltiple. Además de que los que aplauden por imitación inconsciente, porque los embriaga y sugestiona el trueno unánime de los otros aplausos, tal vez hay seres rudos a quienes el hechizo de la belleza turba confusamente, removiendo las sombras de sus cerebros, aquel sueño pesado y sordo de agua muerta que los ocupa. Para ganar rápidamente el favor general del público no hay como adaptarse a sus gustos, agasajarle sus pasiones, convertirse en su esclavo diligente y sumiso. Naturalmente ya no quiero hablar aquí de los escritores satíricos de baja estofa, ni de los oradores altisonantes y vacíos, ni de los

folletinistas, ni de los poetas lacrimosos, sentimentales, cuyas hipérboles fascinan a las muchedumbres. Eso está fuera de la literatura. Son lo que podríamos llamar escritores populares, linaje numeroso que posee muchos caracteres dignos de estudio.

Las cualidades fundamentales de gracia y de fuerza en un escritor son inapreciables para el vulgo. Me refiero aquí al vulgo de las letras, rebaño infinitamente más numeroso de lo que muchos pueden imaginar. Una persona de cultura mediana aunque haya recibido en aulas una instrucción general, o conocimientos especiales profundos en cualquiera ciencia, no está en aptitud de conocer los secretos del estilo, que es un elemento esencial en la belleza literaria. Los matices de ideas, la intensidad de las sensaciones, requieren en ocasiones un lento trabajo fatigoso que esas personas no sospechan siquiera. El arte especial de vestir las ideas con un ropaje gracioso y digno, no se adquiere simplemente estudiando gramática de la lengua o ciencias naturales. Hasta para un cultivador de estilo es difícil a ocasiones penetrar en los arcanos del estilo ajeno, aunque perciba y guste con deleite sus delicadezas y hermosuras. ¡Cuánto más difícil no será para los profanos de gaya ciencia!

No pretendo asegurar con esto que la belleza quede inadvertida para todos. Ni siquiera los más rústicos se escapan a su influjo por completo. Un patán soez siente en las profundidades de su conciencia penumbrosa una cierta veneración sagrada ante la estatua perfecta. Tal vez luego la profane con un chiste de cortijo, irreverente como una cox; pero antes ha sentido vagamente, sin que él mismo pueda explicárselo con claridad, que hay una vida superior y la angustia de una aspiración indefinible, aprisionadas y ocultas en los paros contornos del mármol... Y acaso la semilla que esa contemplación de un minuto deposita en el alma del Albardán, labre con sorda paciencia de hormiga y logre abrir un diminuto agujero de luz en las tinieblas de su nativa bestialidad sin escrúpulo.

El literato fuerte no se doblega casi nunca a satisfacer los deseos de la masa. Como su criterio superior aprecia las cosas de una manera que a la turba se le antoja inaudita, porque está sujeta a preocupaciones sombrías con ataduras de ignorancia, no logra sino que la turba se indigne o lo menosprecie. O las ideas que promulga no logran penetrar a través

de la densa y burda capa de estupidez que protege, como una piel de unicornio, el espíritu de las muchedumbres. Menospreciado o ignorado, con mucha mayor frecuencia ignorado, discurre entonces por su época, sin imprimirle huella profunda. Acaso la posteridad lo desagravie tardíamente con su admiración. Desagravio perfectamente inútil para él...

Pero la verdad es que aún comprendiendo todas estas cosas, muchos anhelan la popularidad con ahínco intenso, otros la tolerarían con sonrisas de placer medio desdeñosas y muy pocos son los que de corazón la odian y rehuyen. Aparte de la satisfacción de vanidades más o menos profundas que alimenta todo ser humano, la popularidad procura numerosas ventajas en la vida. Y sin embargo, no son siempre los más meritorios quienes logran disfrutarla. Con triste frecuencia y en todos los tiempos a los grandes poetas, a los grandes pensadores, el favor general ha sobrepuesto medianías endebles...

Y en último término ¿de parte de quién está la razón? La multitud la tiene cuando no brinda la algazara y el festejo de sus aplausos a quien no la sabe seducir y fascinar. Su silencio es su desquite. Pero también es justo que el que se siente anegado en vigor y en gracia cante al ídolo interior de su espíritu y vierta en glorias de músicas las ansias de su corazón o exprese en palabras firmes como el bronce y eternas, las verdades augustas que en el oído le murmuró el Misterio. En todo caso el beneficio es para la primera, porque tarde o temprano habrá de escuchar con veneración atenta, bien así como se escucha un divino oráculo, las revelaciones del numen, en otro tiempo desechadas... El deber del superior consiste en cumplir su labor sin amarguras, sin desconsuelos ante los caprichos adversos de la multitud, frente a la misma boca lúgubre del olvido contemporáneo. Aún los mismos que como el dispéptico irónico se burlan de las letras o que cual un mercader cualquiera las repulsan con horror, como cosa perniciosa y dañina, sufrirán su influjo inevitable; y tal vez si un día en la oscuridad desolada y estéril de su vida interior, abrirá en milagro delicioso, cual un jazmín en árido erío, la flor de un puro, de un inocente júbilo claro... Y ante el imprevisto fenómeno, se quedarán absortos y abismados, sin comprender el recóndito origen de la Emoción...

Así como las novelas predominan en los últimos meses en la literatura, los estudios de historia vienen prosperando con una lozanía prodigiosa desde la época del Centenario. La cosa principió por las poesías y prosas que en inaudito desbordamiento fueron a colmar los certámenes propuestos por corporaciones gubernativas o literarias. Desde entonces el furor historiográfico y poco histórico, antes de calmarse, se ha exaltado por el contrario en furias cuya contemplación es muy divertida.

Muchos factores han concurrido al desarrollo de este gusto por el estudio y análisis de nuestros anales, por la puntual investigación de hechos que permanecían en obscuridad e incertidumbre y que se prestan a interpretaciones distintas y por el examen minucioso, nimio a las veces, de documentos que pueden esclarecer siniestros eventos de nuestra vida nacional. Las publicaciones históricas ocupan el primer lugar desde el punto de vista de su cantidad en la bibliografía venezolana. Eso puede asegurarse *a priori*, sin que sea menester formar ni consultar estadísticas.

La epidemia, si epidemia puede llamarse, como la de las novelas, redundará al fin al cabo en beneficio de la cultura general y es una muestra inequívoca de cómo se va acendrando y fortaleciendo el amor de la nacionalidad, la conciencia de la patria, lo que ordinariamente y con tan poco seso suele llamarse patriotismo. Cuando tanta gente se preocupa de averiguar nuestros orígenes y los hechos principales de nuestras grandes guerras, es porque están empeñados en desentrañarles una significación trascendente, y no son los venezolanos los únicos consagrados a esta tarea, que muchos extranjeros escriben estudios y libros sobre nuestro pasado, y la figura del Libertador, especialmente, llama y fija la atención de los extraños, quienes escriben panegíricos o diatribas acerca del grande hombre.

De donde menos se piensa salta un “historiógrafo”, como la liebre en el refrán. Entiendo que todos quieren ser versados en cosas de fastos venezolanos, cosa imposible. Pero lo que más ha atraído mi atención en esta materia es que buena porción de las personas que se dedican con plausible entusiasmo, muchas veces con ninguna preparación ni autori-

dad, a este género de trabajos, se empeñan en discutir puntos que, no obstante ser muy discutibles, maldito el interés ni la importancia que puedan ofrecer a nadie. Yo creo que ni nosotros, ni la posteridad ganamos nada con saber si el general Anzoátegui pisó el puente de Boyacá o si los condes que fueron en Caracas pagaron o no pagaron tanto por hacerse de sus títulos.

Esta epidemia es dañina porque olvida las líneas generales en donde reside el alma de la evolución nacional, tal vez americana, para encallar en fútiles nimiedades, en triviales pormenores, cuya comprobación queda al alcance de cualquier paciente escudriñador de legajos en los archivos públicos. Creo que lo que importa es trazar, así sea a grandes rasgos, la evolución de nuestro pueblo, sus caracteres fundamentales, que se han revelado en acciones grandes y gloriosas y también en acciones inicuas. Esto es lo que pueden aprovechar el filósofo y el estadista para sacar conclusiones y recomendar o implantar procedimientos salvadores.

* * *

Una de las cosas que más preocupan al hombre contemporáneo es la opinión que tengan de él sus prójimos. Probablemente al hombre primitivo no le quitaba el sueño el que su vecino de árbol o de caverna lo creyera una bestia ferocísima, tal vez por la razón capital de que entonces podía serlo impunemente. Al asociarse a sus semejantes el hombre se vio obligado a prescindir de la sinceridad de las acciones, que ahora se llama descaro. El que se asoció vióse precisado a cuidarse de lo que agradaba o desagradaba a sus asociados, para disimular aquello que pudiera chocarles y provocar su expulsión de la comunidad y acaso de la vida misma. Del hecho de haberse asociado los hombres unos con otros, es de donde procede, pues, la hipocresía humana. Ocultamos aquello porque podíamos ser castigados según la ley escrita; y acaso con mucha frecuencia, aquello por lo cual la opinión pública nos tildaría de indignos, incorrectos, irreverentes o demás motes con que suele designar la mayoría de las gentes —ora por costumbre, o bien porque en realidad les desagrada— a los que realizan ciertas acciones.

Si el respeto al reposo y al bien ajenos es deber elemental del hombre, éste debe reclamar con idéntico derecho del que asiste a los demás, que sean respetadas sus acciones, como no sean lesionadoras de lo que la comunidad, por órgano de legisladores competentes, ha estatuido que no puede contrariarse ni lesionarse, so pena de incurrir en tal o cual castigo. Pero existen actualmente acciones cuyo carácter transgresivo no está explicado en ningún código ni en ninguna pragmática y que la *opinión* cobra con la imposición de castigos tal vez más graves que los que dictan los códigos. Y como las inclinaciones humanas son tan diversas, resulta que muchos que se sienten irresistiblemente impulsados a cometer tal o cual acto generalmente censurado, lo cometen en sigilo y a hurto de los demás, a fin de no incurrir en la censura de todos, aun de aquellos que hayan incurrido en actos iguales. Es fuerza disimular, pronunciar en voz alta condenaciones definitivas y resonantes contra aquello mismo que nos place y regocija en el secreto de nuestro corazón. He aquí, pues, excusado al hipócrita por gracia de la conducta de todos. Y me refiero al hipócrita hábil, que logra engañar de verdad a los otros, pues el que finge poseer ciertos sentimientos y cualidades que ostensiblemente no posee, según su conducta notoria, ese apenas sí es un burlador de más de marca, que se mofa de la gente entre que vive con descaro mayor y más rudo que el de quien se rebela francamente contra las preocupaciones, creencias o prejuicios de sus prójimos coetáneos.

La opinión pública a que se atribuye por algunos eficacia de sanción y vindicta es, pues, un ídolo moderno, uno de los ídolos a que se inmolan mayores esfuerzos, una de las energías sociales que mayores beneficios y maleficios debemos. Como todo el mundo le teme, salvo cínicos de temperamento que van siendo difíciles de encontrar en nuestro mundo contemporáneo, refrena muchos apetitos innobles, evita muchas acciones feas, pone valla insalvable a ciertas violentas hambres de la sensualidad. Pero en cambio es muy posible que asesine muchas aspiraciones justas, que anegue en agua amarga muchos sueños de bien. *No juzgues*, decía Jesús. ¿*No juzgues*? La opinión pública es un juicio inevitable, fatal, sobre todo cuanto ocurre en el universo. Sólo un Robinson en su isla desierta escaparía al veredicto espontáneo de sus semejantes.

¿Acierta y es justo en muchas ocasiones el dictamen de la opinión pública? Ciertamente. Pero en otras muchas es discutible que el veredicto sea acertado ni justo. La suma de las opiniones del público es incalculable, por el número primeramente; y luego porque el número de factores que entra en la génesis y crecimiento de la opinión son más incalculables aún. La multitud, como el mar al primer soplo de viento, se mueve en la dirección que le imprime el primer impulso sugestivo que sobrevenga. Si el viento sopla del norte, las olas azotarán frenéticas las costas meridionales; si sopla del sur, batirán rabiosas las del septentrión. Así la opinión humana, según los diversos factores que la mueven, encaucen y dirijan, condena o aplaude. Los intereses colectivos deben realmente anteponerse a los intereses individuales y hasta enderezarlos por los rumbos más propicios a todos. Pero lo raro, lo que hoy en día es verdadera excepción es que la opinión pública sea unánime, se encuentre acorde en las afirmaciones o en las negaciones. Por lo común la opinión se divide en dos bandos: una que se pone de parte del más fuerte, del más hábil, del más bueno o del más útil; otra que apoya al contrario, cuando no a varios contrarios distintos. Entonces de la pugna salen vencedores casi siempre los más, la gran fuerza democrática moderna, el régimen parlamentario, del cual no se excluye la compra de votos, puesto que no existen medios materiales de excluirlo. Sobran los ejemplos; y para escogerlos no tenemos más que extender la mano. Busquemoslos afuera pero cerca: Teodoro Roosevelt es coronel, político, cazador, conferencista, periodista, etc. Hubo un tiempo, cuando don Teodoro era Presidente de la mayor de las repúblicas americanas, en que la opinión pública de su país lo consideró un genio militar mayor que Alejandro, que Julio César y que Napoleón, más profundo político que Pitt, más hábil cazador que un piel roja, etc. Rubén Darío, poeta latino si los hay, creía lo mismo. Llegó hasta a compararlo con Washington y con Nemrod. Pero muchas personas, en la misma Yankilandia clamaban que el señor Roosevelt no era más que un tirano brutal y bajo, tuerto del alma como de los ojos. Las irreverencias hispanoamericanas para el coronel no faltaron. Pero él cumplió sus dos períodos y fuese al África a cazar no sé qué bestias horripilantes. Obtuvo triunfos. Habló en la Sorbona. Los franceses sonrieron, corteses; pero

en su patria nadie sonreía: se descoyuntaban las manos y el rostro en los ademanes y gestos del aplauso. Pero de repente resulta que la opinión del partido republicano, por esta o aquella razón que no viene a cuento ahora, se rompe en dos fragmentos. Roosevelt provoca el cisma progresista y se forma un tercer partido, que es ahora minoría. La opinión democrática y la republicana pura se indigna: y el antiguo coronel representativo resulta ahora, según la opinión adversa, un vulgar ambicioso, un Tartarín, un tipo del género de tragedia bufa.

¿No sería mejor que buscáramos siempre el mejor modo de ponernos fuera del alcance de la opinión, evitar que juzgara nuestros actos? ¿Quién sabe lo que los ciudadanos de cualquier parte hubieran opinado de los santos penitentes de la Tebaida? No juzguemos para no ser juzgados; pero para no juzgar se necesita estar alejado de sus prójimos. Los cenobitas eran grandes sabios.

VISIONES DE CARACAS

VISIONES DE CARACAS

TRAS LOS MESES de la desolación, durante los cuales, despojada de hojas, erigía al cielo sus brazos macilentos y retorcidos, la ceiba de San Francisco pimpollege de nuevo. Los pimpollos, primero tímidos y rubicundos, cobran ya matiz verde; y el árbol magnífico aparece enteramente vestido con sus hojas nuevas, verdegaye las más fuertes, de un tinte anaranjado y rojizo las más tiernas. En el momento transitorio que ahora vive es como más me agrada contemplarla, porque produce una profunda impresión de vida rara y jubilosa.

En las otras épocas del año, cuando aparece desnuda, la ceiba ofrece un aspecto áspero y duro, llena de hoscas erizamientos en sus ramas peladas, cuyas puntas, vistas a la distancia, parecen púas agresivas. Y luego, su conjunto ofrece entonces una sequedad estéril y repulsiva, como la huella de un dolor malvado. Al fin se siente contagiado uno, si la observa por mucho tiempo, de un sentimiento angustioso de aridez y de muerte, como si lo penetrara la convicción tristísima de la inutilidad de todo esfuerzo por la belleza, de lo perecedero de todas las galas; el viejo y oscuro abatimiento que sobrecoge a la humanidad cuando ve de cerca la destrucción final de sus individuos.

En cambio, cuando su follaje llega a la plenitud del crecimiento, impresiona como una fuerza formidable de la naturaleza. Las hojas maduras, de tonos densos, que sugieren algo así como la robustez de poderosos músculos animales, se agrupan y aprietan y convierten el árbol en una gran tienda de verdura, amparadora de pájaros que cantan y de abejas que acendran miel; amada de las brisas que le mecen a compás sus

luengos follajes; amiga de los hombres a quienes presta sombra y abrigo; cómplice del artista a quien sugiere imaginaciones y fantaseos de clara hermosura.

Mas ni siquiera es así como me place contemplarla, sino como se nos aparece ahora, como una juventud llena de gallarda ufanía, como una promesa de bellezas futuras. Manifestando ya el brío y la opulencia de sus ramajes, posee todavía la gracia suave ligera de las infancias que se desvanecen en potentes nubilidades. La hoja endeble y temerosa apenas puede vacilar aún al soplo del viento; y el sol se cuela todavía por los claros de la fronda y pinta en el suelo extrañas manchas luminosas. Y así es como un ejemplo de renovación triunfante, como una lección para el permanente esfuerzo que debemos realizar en la existencia, a fin de cambiar a la continua: es como un alegato frenético del supremo vigor de la esperanza.

En las primeras horas de la mañana y en las postrimerías de la tarde, cuando el sol dora su copa y lanza, al herirla, rutilaciones deslumbrantes, brinda a los ojos que la contemplan con amor una extraordinaria fiesta de luces, relampagueos, tonalidades inesperadas y maravillosas. Es a tales horas cuando ostenta con mayor encanto el secreto de su hermosura, cuando parece predicar con toda su esplendidez imponente que la gracia de hoy no es más que preludio de la belleza de mañana, y que las fealdades y asperezas de ayer eran necesarias para la gracia de hoy.

Y entre tanto, Caracas discurre indolente bajo el más hermoso de sus árboles...

* * *

Cuando la ciudad reposa y duerme, el arrabal impuro vela todavía. Arrebujado en su tristeza, como un mendigo en sus harapos, espera, cual un mendigo a la vera de la ruta, la bastarda limosna del vicio, que al día siguiente será pan, alimento de su vida mezquina y repugnante. La callejuela, alumbrada por opacos y tímidos faroles de gas, tiene un aspecto de macilenta pesadumbre. La mugre y la impureza parece como si juntaran sus emanaciones en un solo perfume casi doloroso, que nos infunde malestar y desasosiego; como una ráfaga impregnada de los olores de un

hospital enorme y lejano. En el ambiente flota ese abominable y confuso olor de sentina, así como una desgarrada invitación del vicio.

Las casas vierten en la calle luces indecisas. Ahora pobres fulgores vacilantes de candil, ahora claros brillos de lámpara. Y por las ventanas se vislumbra el interior, bien como una tentación o una sonrisa. ¡Y qué triste sonrisa de tentación muestran algunas! Son pálidas, angustiosas, llenas de resignación muda y de tormento, esas sonrisas de la luz trasnochadora en las ventanas abiertas.

Por la callejuela pasan raros transeúntes. Unos con premura rápida, como azorados fugitivos, otros con lentitud escudriñadora, tal vez poseídos sordamente de indecisión y secreta desconfianza, tal vez sofocando impetuosa avidez brutal. En la esquina, sentados en la acera, dos hombres discuten con calor, villanamente ebrios. En la taberna próxima otros muchos hablan, beben y fuman. El humo denso del tabaco forma una diáfana niebla, a través de la cual los bebedores gesticulantes, risueños o torvos, aparecen un poco fantásticos, principalmente uno, greñudo y solitario, de faz truculenta, que se inclina con silenciosa curiosidad sobre la sartén en que debe de crepitar la fritura. A lo lejos, un vendedor ambulante pregon a su café.

A la esquina llega entonces un organillero con su organillo. Lo instala con grandes cuidados que podrían decirse cariñosos y principia a darle vueltas al manubrio con indolencia monótona. Entonces, invadido por la música, el suburbio despierta de su perezoso letargo y su languidez se anima como si se despezera de su modorra habitual y oyera con atención complaciente la canción de un dulce coro de ángeles. Y sin embargo, la música del organillo es triste. De su vientre torturado surgen las notas rotas, agrias, como desgarradas por un diente oculto y feroz. Y se arrastran miserablemente por el suelo, como lisiados, o suben en un vuelo torpe, a malas penas, con incertidumbres y dolor de aves heridas. Expresan toda la congoja, el desaliento del propio suburbio enfermo y nefando. Y en la hora tranquila, en el ambiente poblado de quejumbres, parece escucharse la sinfonía ruda del arrabal adolorido. Es como un concierto de voces innumerables, plañideras, suplicatorias, como si la podrida callejuela en que se refugia la miseria bajo el yugo del vicio, vertiera en los sonos del

organillo errabundo una queja mortal, un clamor canallesco y hondo, desolado como la propia afrenta que ella ampara en sus ruines casucas, estéril como el vientre mismo de las mujeres que en ella moran.

Desparramadas en aquel sitio las lentas y gallardas contorsiones del tango, pierden su encanto penetrante y lúbrico, y se convierten en siniestras contorsiones de tortura y de muerte, como en el macábrico baile amoroso de un esqueleto, que intentase adular al deseo con el movimiento serpentino y horripilante de todas sus vértebras.

Y sin embargo los borrachos que disputaban, sentados al borde de la acera, se levantan y aproximan al organillo complacidos, bien como si la música les acariciase, los refrescase interiormente, los arrancara a la soñolencia brutal de la borrachez. En la taberna alguien se ha asomado a la puerta y marca los compases con un bastón sobre el pavimento. Y otro silba, con un silbido agudo, desagradable, acompañando la música. En las ventanas de las viviendas asoman rostros manchados de bermellón, de labios áridos y sangrientos como llagas, de ojos profundos, cercados de oscuras ojeras, anegados de estupefacción, de indiferencia o de fastidio, tal vez de una común y fatal resignación ante la existencia engendradora de podredumbre.

El organillo calla. El organillero se aleja. Y sobre la callejuela cae entonces una mudez absoluta, aplastante como una losa funeraria. Y el silencio lúgubre de la alta noche va a refugiarse en aquel lugar maldito como un enorme y fétido can vagabundo, roído de sarna y de hambres. Me imagino ese grave silencio cual un gran perro sucio, tendido en la callejuela miserable bajo el temblor de silencio y de oro de las altas estrellas.

* * *

La colina, sembrada de bambúes verdes está casi solitaria en esta hora en que el mediodía acaba y la tarde principia. Apenas veo dos hombres, el uno sentado a mitad de la gradería ya resquebrajada, entre cuyas grietas prospera la hierba mezquina; el otro al pie de la estatua de Colón, que desde la primera plataforma, en la que termina la escalinata, señala

con el dedo, obstinadamente, en su pesada inmovilidad de bronce, cierto caserón del feo suburbio extendido al mismo pie del cerro, orilla del barranco profundo, en cuyo fondo se desliza el agua silenciosa y exigua del Caroata. Con la frescura de la tarde llegarán nuevos visitantes, casi todos gente de blusa, jornaleros sin trabajo, de manos rudas y rostro serio, ociosos profesionales y muchachos vagabundos.

Pero en esta hora, casi de bochorno aún, el paseo está lleno de soledad. Uno que otro desocupado, dormitará allá arriba, en un banco, bajo la frescura de la arboleda.

El panorama caraqueño, contemplado desde el término de la grade-ría, es amplio y bello y permite sorprender una faz, por muchos inadvertida, de la ciudad. Puede uno verla como si ella reposara en descuido, así como a hurto contemplaríamos a una mujer en la intimidad de su aposento. Pero Caracas sólo nos muestra sus espaldas, su lomo abigarrado e irregular. Es una confusión de techos rojos, paredes blancas, torres y cúpulas. Desde las faldas del Ávila, la ciudad descende como con languidez perezosa, por el muelle declive, extendiéndose por sus puentes innumerables, hasta el valle deleitoso y las vegas del Guaire, vestidas de puro verde claro en la gloria de una interminable primavera.

Sobre el abigarramiento de los techos, en el cual alterna el rojo sombrío o intenso de los tejados con las manchas sucias del zinc, predominan con severa y muda vanagloria, las torres eminentes; las del Panteón, en la lejanía azulada por tenues brumas, como dos flacos brazos de súplica, tendidos al cielo pálido, donde sonríe una tranquilidad azul; las de la Pastora, achatadas, borrosas en la distancia; la de Catedral, pesada y única, con su color de antigüedad impasible, mirando imperturbable con miradas de tedio a cuanto la circunda, con las miradas de los cuatro ojos áridos de su reloj; las de la Merced, amarillentas. El Capitolio se alza plomizo y herrumbroso; el Municipal enseña la mitad de su estatura corpulenta y junto al Teatro Nacional que da al Oeste con juvenil petulancia, una espalda blanca y nueva, Santa Teresa erige sus torres y cúpulas distintas, con sus aires de basílica orgullosa. Y más cerca, al Norte, como la nota más viva del paisaje, la única bandera, izada en Miraflores, ondula a las brisas del Este su orgullo de iris.

El sol derrama aún vivos fuegos. En las lejanías el ardor solar se amortigua, se entenece entre difusas neblinas. Y la ciudad parece llena de modorra bajo la luz cálida. El Ávila limpio de nieblas y brumas aparece muy claro, muy próximo y enseña como en una indulgente confianza, todos sus matices. Antójaseme así benévolo, lleno de cariño suave hacia la vieja ciudad que vive hace siglos al amparo de su mole y a la cual ha visto, empavesada de júbilos en las horas felices o inundada de sangre, convertida en ruinas y llena de congojas; a la cual vigila desde el propio instante de su fundación; a quien vio emprender la fuga, abandonando sus hogares, hacia el orto enigmático, en un día de pavora y de lágrimas, y cuyo último día presenciara también, sino es que a una misma hora la destrucción final los hiere juntos...

Al continuar subiendo la colina, bajo el verdor de los árboles, en la sombra fresca y dulce, por entre cuadros de flores, sobre innumerables hilos de agua de riego, que discurren por la tierra con un imperceptible rumor de caricia, semejante al que produce el vuelo de una mariposa en la calma y el silencio de un jardín solitario, veo la soledad habitual del paseo con ojos de tristeza. En un gran claro unos negritos mueven algazara ensayando un *base-ball* rudimentario, torturando la paz de los follajes con atroces chillidos. Un extranjero vestido de blanco los contempla con atención y con todas las trazas de hallarse muy satisfecho. No lejos la voz nasal y áspera de un jardinero increpa a alguien, de seguro a algún muchacho travieso, invisible para mí al través de los árboles.

Abandonado a la soledad de su propia belleza, el Calvario se ha rodeado de melancolía. Los bambúes esbeltos se me antojan llenos de murria en su perpetuo cimbrarse bajo las manos de la brisa. Y el agua que fluye de la guarura rosa en caño plañidero, llora la pesadumbre de la colina abandonada. Suspira tal vez la Naturaleza del sitio por un cuadro rumoroso, cándido y vivaz, digno del marco hechicero que ella misma forma. Sueña tal vez con frescas risas de niños, con juegos de niños en alborozo, con coloquios de enamorados bajo las frondas indulgentes, con música de besos en el misterio de las penumbras. Sueña acaso con todas esas cosas bellas y puras, que no le interrumpen ahora su sueño solitario, sino fugazmente, como un rápido y efímero gesto de gozo.

Al descender fatigado, me paro otra vez al pie del bronce de Colón, que sigue señalando con su dedo el caserón contiguo. Pero el cielo no está ya limpio de toda nube como antes. Hacia el Norte y por el Oeste cruzan lentamente densos jirones blancos, de un blancor luminoso, como espesos copos de algodón flotante. Todos se dirigen pausadamente, como en una marcha muy fatigosa, al occidente incendiado de sol. El Ávila permanece a la misma distancia aparente, siempre mostrando todos sus matices a través del aire muy diáfano. Pero las nubes errantes echan sobre el monte sus sombras, también móviles. Y a trechos obscuro, y a trechos claro, el monte tiene un extraño aspecto de tapiz ilusorio.

Mi compañero, grande amigo de figuras extravagantes, me dice:

—Mira el cerro. Parece una vasta piel de tigre. El cerro, ataviado de ese modo, tiene algo de ferocidad tranquila. ¿No es verdad que parece, con ese vestido que le prestan las nubes, un enorme, un fantástico tigre, echado a la vera de Caracas, entre Caracas y el mar? Un formidable tigre paterno, echado allí por los siglos de los siglos, a velar el sueño y las vigili-
lias de la ciudad, débil y pobre ante el monstruo pintoresco... entre la mar perversa y llorosa y la ciudad frívola y confiada, sería como un centinela amoroso y terrible...

* * *

Por la noche, los alrededores de la plaza Bolívar, alegres de luz eléctrica, con sus tiendas de escaparates llamativos y sus botillerías llenas de luces, cobran un aspecto de melancolía confusa, a despecho del tráfico numeroso y de las casas resplandecientes de alegría. Los edificios oficiales, con sus puertas y ventanas cerradas, parecen dormir obscuramente; la Catedral conserva su aire austero y taciturno, arropada en su desdén de piedra, pregonando las horas con insolencia despreciativa. Los transeúntes pasan apresurados, llenos de preocupación, sin mirar en torno. Los paseantes tienen una indolencia augusta y triste, como de cansancio, las manos a la espalda, el cigarro en la boca, buscando el compañero habitual con quien hablar del último suceso ruidoso. Los árboles de las orillas de la plaza padecen un fastidio negro, vestidos de miseria y de sombra,

escuchando el palique monótono de los hombres ocupados en sus fútiles problemas allá abajo. Y se vuelven hacia arriba, a conversar ellos a su vez no sé que cosas con los rubios luceros. Seguramente los luceros piadosos consolarán a sus buenos amigos de la tierra, con brillantes razones, desde el terciopelo índigo que los aprisiona en los cielos inalcanzables. Los focos eléctricos parpadean en las esquinas con sus ojos deslumbrantes de centinelas. Alguna cigarra atrevida chirrea entre los follajes su canción aguda.

La soledad y el silencio van invadiendo aquellos contornos. Cuando el pito de los gendarmes comienza a desgarrar la noche, como una aguja fina y resonante, los paseantes, los visitantes del lugar se han ido casi todos. Queda algún ocioso remiso, algún infeliz, que no encuentra en donde dormir; algún desocupado que espera los primeros bostezos del sueño para irse a la cama. Ciertos coches cruzan entre tanto las calles con lentitud, buscando clientes.

Pero la nota cruel, dolorosa, es la del vicio errabundo por las aceras, que va pescando con su gancho de oprobio la vida de mañana. Las mozas del partido halconean por aquel sitio como un enjambre de lástimas. Van, vienen, pasan junto a los hombres indiferentes, exasperan la invitación de sus andares, claman, más con sus bocas marchitas, con el silencio desolado y descarado de sus ojos —flores de impureza y de hastío—, anegados de inconsciente desesperación ante la vida lúgubre. Pero en vano aletean como mariposas de ignominia y miseria las pobres cortesanas (¿de qué corte de Angustias?), en vano giran en árida ronda por el arroyo, bajo los árboles que dialogan con las puras estrellas. El reloj va tañendo las horas desde la alta torre. La soledad va dilatando su silencio. Ellas entre tanto, discurren sin ideas, llenas de sorda inquietud, como animales que presienten cómo el hambre se avecina, y prolongando sus sonrisas de fiebre y mirando con ojos dilatados de estupor, profundos de azoramiento.

Pero la nota de piedad no falta. ¿Dónde que hubo y gimió una pesadumbre no asoma un consuelo? Un mendigo trasnochador, lisiado de una pierna, va recorriendo esos parajes en las horas desiertas de la noche, rompiendo el silencio soñoliento con los golpes de sus muletas, secos e isócronos, mientras las busconas pasean su búsqueda. Ese viejo canoso,

inútil y medio borrachín, va hablándolas, bromeando, consolándolas a su manera, con extrañas razones, de una sabiduría y dulzura extravagantes. Algunas ríen, sin comprender los discursos estafalarios del viejo; las más no le hacen caso y siguen su camino de desespero sin oírlo; otras lo escuchan largamente y se van medio consoladas con sus palabras. El viejo sigue su camino, parlanchín y meditabundo, acaso pensando en cosas tristes, acaso lleno de efímeras venturas alcohólicas...

Y muchos hombres, si lo vieran en esa tarea, pensarían que este viejo desarrapado y cariñoso, es el mismo Satanás, vigilando y dirigiendo su aprisco... Y otros supondrían que por su boca hablaba humildemente Jesús, Nuestro Señor.

* * *

Un rincón de silencio y de paz, lujoso de árboles y de sombra, oculto entre las callejuelas de Candelaria. Por la noche su soledad inculta tiene mucho de nemoroso, y en ciertos parajes podría uno creerse en medio de un oquedal, si no fuera por los faroles de gas que se fastidian en la tiniebla. Grande y umbroso, el parque tiene en las horas nocturnas un aire de severa desolación. La soberbia de sus altos árboles se viste de luto, el césped claro y pródigo que tapiza la tierra se ennegrece y los rumores se apagan en su término opaco. Sólo el frío chirrido pertinaz de los grillos, la canción viuda de alguna cigarra o el grito de una errante ave nocturna rompen el silencio. El mismo viento no alborota mucho entre los follajes. El parque en su antigüedad y su descuido parece vivir en una lejana ciudad muerta.

En la prima noche los vales de algún piano doméstico de las cercanías suelen turbarle su reposo. Por la tarde algunos chiquillos corren y chillan bajo la arboleda. Nada más turba la perfecta tranquilidad, sino son los amores discretos del gendarme con la cocinera o el idilio de alguna otra pareja errante. Los perros vagabundos también buscan amparo en la frescura de la hierba.

Sentado en una piedra de las que forman la gruta inmunda que se levanta en todo el centro de la plaza, miro la soledad y escucho el silencio. En la alta noche el cielo se abisma en tremendas profundidades

y las estrellas pálidas parecen mirar hacia la tierra con ojos inundados de sueño. Las ramas de los árboles se inclinan como poseídas también de una invencible soñolencia. Sólo los chaguaramos paralelos erigen con imperturbable firmeza sus copas hacia el espacio triste. Una neblina muy tenue y diáfana se difunde en el ámbito y pone en torno de los faroles de llama amarillenta un halo mortuario y blanquecino, como alrededor de un ojo una ojera. Un ligero hálito frío se exhala de no sé dónde e inunda el paraje: quizás venga de la sombra de los ramajes, tal vez de la bruma, tal vez de los cielos distantes en que están tiritando las estrellas. Es como la impresión de una presencia misteriosa y aciaga en el recinto lleno de mudas gestaciones. Un perro gris, muy flaco, atraviesa el claro central con pasos mustios.

Ahora la ciudad duerme. Y yo procuro adquirir, inútilmente, en el sosiego del sitio, la imagen completa y viva de la ciudad que reposa. Me parece entonces una ciudad remota y desconocida, ya libre de la zozobra y de las fiebres de las ciudades, petrificada en un olvido de centurias, yerta en una quietud prehistórica.

Pero en el regazo de este silencio escucho voces confidenciales. Los céspedes tenebrosos bajo la noche, que a la luz del sol florecían en verdores pálidos y resplandecientes, tienen la tristeza confusa de un hermoso tapiz vuelto al revés. La gloria verde y gallarda de la hierba florida dura muy poco espacio... Los árboles viejos, cubiertos de parásitas innumerables y doblegados en muda melancolía sobre la tierra como con ansiosa curiosidad, poseen una confianza pura y sencilla. Vieron al hombre agitado en la alegría o en el duelo y también moribundo; vieron tremolar banderas y apagarse los vítores ardientes en los labios desencantados, tal como la hierba fresca se quedó a sus plantas convertida en secos manojos que barrieron las brisas.

El poeta sintió correr con acerba y dulce abundancia la vena lírica en su corazón y cantó en el secreto de su vida recóndita las antífonas contrarias del gozo y de la pena, en el refugio de la selva minúscula. No vio los perros de encarnizados ojos feroces y ávidos dientes, que contempló en cierta ocasión, en las callejuelas vecinas, un filósofo que tal vez se sentía lleno de lobreguez trágica. No quiso buscar la mañana bajo las frondas ni

ver la plaza a la cruda luz desolada de los mediodías y evitó la luna como debemos evitar que nos miren con insistencia casual las pupilas de las mujeres hermosas e indiferentes, por temor de caer en ridículo...

—También el dolor es un oficio como la risa. No ya cual las plañideras alquilamos nuestro lamento y nuestro llanto, sino que vendemos el mismo dolor sincero de nuestro espíritu. No son ya sólo lamentaciones y lágrimas de fórmula. La pesadumbre se explota como una rica mina de obscura obsidiana. Una mina honda y lúgubre, como una gehena...

—Mientras andamos en el comercio con los hombres en lo más escondido del pensamiento van acumulándose lentas gotas de angustia. Y nos revestimos interiormente de una capa de excrecencias deformes, como la corteza de algunos árboles enfermos... Suplantamos con el delirio de las pasiones o con el tormento de las ansias no cumplidas, la vestidura de ingenuidad de los corazones.

—Bajo la inmensa noche sembrada de turbios luceros, en el lugar casi agreste, donde impera una gracia rústica, podemos despojarnos del artificio y de la tortura cotidiana y tejer una tranquila meditación bajo los follajes dormidos... Como a los brazos de la madre tras una larga ausencia, llegamos al seno de la Naturaleza con amorosa alegría tras el olvido continuo en que la tenemos durante la existencia diaria. Aunque sea naturaleza vigilada y protegida por el ojo municipal... Madre Naturaleza... Sólo nos está permitido soñar o leer bucólicas, porque no somos amigos de la égloga real, y para nosotros los prados existen inútilmente. Y sin embargo, el gendarme burdo y la fregona en su coloquio de enamorados deben mucho de su ventura a los pobres árboles hojosos de quien nadie se acuerda... En los ojos del perro refugiado bajo la espesura, una chispa de agradecimiento se dilata con infinita mansedumbre. Dijérase que los árboles reparten dicha y toman para sí parte de la amargura que junto a ellos pasa, tal como hacen con las sustancias de la atmósfera...

La neblina se ha ido tornando más densa. Los faroles están más tristes. Sobre la plaza cae la mirada tediosa de las estrellas con una imponderable languidez. Y el aire se me antoja como saturado con el rumor imperceptible y piadoso de una palabra pronunciada en guisa de confidencia... La misma palabra que es el nombre de la plaza hermosa y desierta...

Desde la hondura que exhala ligeros frescores, el río diafaniza en el ambiente lleno de calma su largo, perpetuo y húmedo murmullo. Los últimos destellos del crepúsculo agonizan en el poniente taciturno y violáceo, donde poco antes esplendió en un lujo sacrílego de sangres y oros, una fauna fantástica de dragones, endriagos y quimeras de cruda púrpura o violentos amarillos. Apenas una lóbrega franja cárdena, tendida sobre los cerros tenebrosos, delata la fuga de la tarde. El lucero vespertino late con un brillo casi de llama, cual un vivo corazón de oro en los cielos oscuros.

Ya los coches han abandonado el paseo. Una victoria pasa mirando con sus dos ojos gualdos, sacudiendo en una vibración estrepitosa la armadura del puente. El río calla entonces, para emprender de nuevo, tras la fuga veloz del carruaje, su fresco murmullo, bajo el alto puente sonoro. El véspero riega sobre las linfas errabundas su brillo de oro en manojos trémulos; y su reflejo finge en las ondas minúsculas del agua una inquieta palpitación de escamas rubias. Las luces eléctricas azoran el paisaje con sus rápidos parpadeos repentinos.

¡Cuántos poetas han cantado las arenas, las músicas y el líquido caudal de este río que entona allá abajo su permanente antífona dulce! En los buenos tiempos de antaño los trovadores comenzaron a decirle rimas pálidas con filial veneración. En la inocente era romántica, cuando los poetas gordos, sencillos y bonachones, se creían obligados a estar tristes, como un saucedal cuando anochece, y a imprecicar y gemir siguiendo a los pobres poetas de España, cuántas veces no mirarían con deleite el discurrir de los exiguos raudales, y escucharían con placidez afable, mientras el crepúsculo se ajaba en los cielos como un desmesurado heliotropo, la voz discreta y melancólica del Guaire, desde sus riberas floridas. Y acaso más de una vez comprendieron entonces que la vida es dulce y bella, que la propia melancolía suele posarse sobre el ánimo cual una caricia benévola, sin resabios de amargura; y se acordaron de sus cantinelas lúgubres y de sus ritmos de congoja con una sonrisa bondadosa y confusa...

No ha sido nunca muy caudaloso el pobre Guaire. Dícenme que un tiempo trajo más copia de aguas para su ruta risueña, y hasta que nave-

garon en él barquichuelos y botes. Estas pueden ser malignas cuchufletas de los hombres. Es verdad que ningún cantor puso “el esquife”, usual en cierta época, a romper sus ondas pacíficas. ¿Pero no se desmandó alguien a pintarnos “zagalas y pastores” que divagaban por sus orillas cantando endechas? Solo faltó el caramillo, porque hubiera sido demasía y desacato, no obstante que bien puede prosperar el tomillo rústico o jugar el cefirillo por las vegas.

Pero nadie le ha repetido al riachuelo enjuto aquel verso irónico que dirigía al Manzanares Francisco de Quevedo, seguramente acompañándolo con una mirada de malicia detrás de sus antiparras burlonas.

“Arroyo aprendiz de río...”

El Guaire no es vanidoso ni presume de gran señor. Se desliza humildemente por el valle deleitoso, ciñendo con un abrazo de amor a la ciudad, amparándose a sus términos con morosa lentitud de enamorado. Es antes hijo que padre de Caracas. No tiene la paterna majestad de los ríos fuertes. Es vocinglero y pueril. No relata cuentos heroicos ni aventuras trágicas ni viene de los bosques profundos, poblados de visiones y leyendas, a decir con lengua ruda el secreto de comarcas ignotas y tribus desaparecidas. En su frívola locuacidad se ha borrado el recuerdo de los viejos Caracas que un día habitaron sus riberas. Ha olvidado todo lo antiguo, grande y sangriento y no sabe sino balbucir en ingenuo idioma las travesuras cristalinas del agua en los manantiales remotos.

Aseguran, sin embargo, que algunas veces su cordial sonrisa se transforma en mueca de rabia; que crece y se cubre de espumas de ira y ruge, como una alimaña colérica, sobre la modestia de su cauce. Ha llegado hasta empurpurar con reflejos luctuosos de tragedia la habitual manse dumbre de su curso... Cóleras fugaces de niño...

Mi solitaria pesadumbre interpretó en el silencio de la noche el murmullo claro de las aguas. Y eran como voces salidas de un corazón gemelo. Acaso tiene el río sus horas de tristeza. En el silencio profundo vibraba una invocación patética al amor y al olvido, que parecía brotar de las entrañas de la linfa corriente. Sonrisa de humildad y de resignación, odio al estruendo importuno de los torrentes y a la perfidia azul de las praderas oceánicas:

—Canta y sueña bajo las frondas ignoradas: construye tu huerto de invulnerable alegría bajo los altos puentes, lejos de las muchedumbres que se embriagan de júbilos ruines, lejos de las enormes montañas orgullosas...

Convertido en un río urbano que adula a la ciudad con sus lamidos y su asidua canción, acaso no dirá lo mismo en otras noches y a otros oídos. Acaso prefiera entonces a la libertad perfecta, sin puentes, ni labranzas, ni paseos, el deleite de copiar de continuo un desfile de carruajes sonoros o la delgada silueta de tentación de una señorita vestida de claro, que contemple con divinos ojos estúpidos la desnudez armoniosa de las aguas...

Véspero entretanto hace ligeras cabriolas áureas sobre las ondas fugitivas.

* * *

Bajo mi balcón, en la calle abrasada de fuegos solares, la recua está inmóvil, al borde mismo de la acera. En esta calle de comercios y almacenes no falta nunca una de estas filas de burros rabiados, que llegan de caminatas melancólicas por las rutas asoleadas y polvorientas, o aguardan la carga para emprender el camino. Impasibles y resignados, esperan, alineados bajo el bravío riego del sol, en tanto que los arrieros de rostros curtidos y largas blusas mugrientas acarrear los fardos, charlan en su lenguaje pintoresco o refrescan con el carato que un rapagón escrofuloso y flacucho pregon a voz en cuello, acompañándose con el rumor cristalino e igual que arranca hábilmente de la botella, chocándola contra el vaso amarillento y nada limpio que lleva en una misma mano, mientras en la otra balancea un cántaro rebosante de agua fresca, que sirve a la vez para lavar el vaso y para que se mantengan frías otras botellas de la bebida que “alimenta, refresca y fortalece” según su pregón continuo y sonoro.

El trajín de los carreteros, la bulla de los vendedores ambulantes, el chirrido áspero de los convoyes de carretas, ni los innumerables ruidos del ajetreo, que llenan la calle juntándose en un solo zumbido, arrancan a la recua macilenta de su actitud inmóvil. Gachas las cabezas, los ojos la-

crimosos entrecerrados, apenas denuncian su propia vida cuando agitan las orejas peludas y grandes para sacudir las moscas importunas que los acosan, revoloteando en el aire cálido con irritante zumbido. Mueven las orejas un punto y tornan a su inmovilidad de desolación.

No tienen siquiera la curiosidad, que es lo último que suelen destruir las tristezas. Permanecen del todo indiferentes a cuanto ocurre en torno. No es la indiferencia majestuosa, rica en desdenes, casi despreciativa, de los gatos esbeltos y taciturnos, que se deslizan por los corredores familiares con lentitud de reyes hastiados. Es el aniquilamiento total de los deseos de ver y de ser, la resignación profunda y definitiva, la aceptación del oficio fatigoso, de los tremendos varapalos, de los áridos y ardorosos caminos, del perpetuo ir y venir con la carga auestas, al son de la campanilla triste que va repicando al cuello del asno delantero, y regando por las sendas solitarias, por los paisajes silenciosos y magníficos, sus tenues clamores de melancolías, con un aviso claro y monótono.

La sonrisa luminosa de las mañanas, la vibración febril de los mediodías o el tibio y pesaroso encanto de los crepúsculos, pasan sucesivamente sobre las recuas infatigables que conducen su carga y su tristeza por los senderos sin fin. Los burros avanzan, avanzan, impasibles. Los pájaros del camino suelen burlarse en sus parlerías melodiosas de aquellas bestias graves. Se burlan de sus fachas desgarradas y zurdas, de sus feas patas nudosas, de sus orejas inquietas y enormes. Los burros pasan sin oír el coloquio fisgón de los pájaros.

Cuando alguno se retrasa o desvía, un garrotazo oportuno corrige el error o destruye el cansancio. El díscolo, tras un trotecillo de excusa, vuelve a sumirse en su apatía; las orejas le cuelgan más lacias y entrecierra los ojos lacrimosos con mayor indiferencia ante el espectáculo de las amplias carreteras. El cristal de sus ojos copia los campos verdes, las montañas, los aldeorrios que se agrupan entre los árboles, a la vera de los caminos; pero ellos no ven nada. Algunas veces los seducen las hierbas húmedas y apetitosas, junto a las cuales caminan, pero el garrote listo y vigilante del arriero, pone en fuga a tiempo sus malos pensamientos de refocilo. Acaso algún día contemplan con tristeza infinita sus propias imágenes reproducidas en el agua risueña y límpida de alguna quebrada.

En la frescura del espejo líquido las figuras de sus cabezas ridículas y deformes les parecerán una mofa maligna, una burla cruel de las aguas vocingleras y regocijadas.

Ahora, inmóviles allá abajo, con sus pelajes astrosos y las cabezas inclinadas a tierra con irremediable pesadumbre, me parecen más tristes, más lastimosos, más dignos de piedad que toda criatura de Dios; más que los mismos bueyes de ojos abismados en un asombro doloroso y eterno, más que los bueyes tardos y gordos que uncidos a la carreta o al arado, arrastran su obesidad indolente de eunucos; más que las fieras de circo; más que el hombre...

Por la noche en el corralón convertido en cuadra, bajo la luna complaciente, mientras mascan las últimas hojas de malojo cruzarán los pescuezos escuálidos sobre el pescuezo acogedor del hermano, y se quedarán así, cabizbajos, contemplando melancólicamente las tristes y extrañas sombras que en el suelo manchado de celeste blancura, pinta la clara luna llena.

Y mañana resonará con angustia por los senderos el tenue y penetrante clamor de la esquila que guía a la recua.

* * *

El edificio, solitario a las faldas del Ávila y escondido entre árboles –verdes mangos copudos y marías resplandecientes de púrpura en los días de la floridez– tiene apariencia de granja o casa de campo rústica, vista de lejos. Casi podría decirse que sonríe sobre la aridez oscura del cerro, con su verdura vegetal, con sus corredores limpios, con las flores de su jardincillo delantero. En las barandas del portón y por los exiguos cuadros de tierra que circundan la entrada sonríen las flores, frescas y jóvenes, como esperanzas. Las flores de pascua, curiosas y tímidas, dan su azul bienvenida al visitante, desde la arcada en que reciben su baño de sol. Las rosas, los claveles, las gladiolas, cantan la escala del rojo, desde el intenso bermellón hasta el tenue y desmayado rosa. Todas las flores lucen y se agitan bajo no sé qué brisas traviesas en estremecimientos galantes: –Buenos días. Impresionado con el nombre y los usos del edificio, el visi-

tante no atiende al saludo de las buenas flores. Es el Lazareto. Allí moran los desventurados heridos del tremendo mal sin remedio. Suerte de *Dit* trágica, más pavorosa que la del poeta, ésta esconde detrás de los verdores de su arboleda y la sonrisa de sus flores, una espantable desolación.

Caras monstruosas, gestos leoninos, narices desaparecidas en dos cárdenos huecos de espanto, manos crispadas para siempre como en el desesperado ademán de agarrar a la Vida que huye, ojos incendiados de horror y de ira, ojos tristes de resignación, ojos de protesta contra los destinos crueles, ojos de súplica, hipertrofías, tubérculos, llagas, pus, manchas de carmín en los rostros, palideces horripilantes, muñón de manos desaparecidas en las fauces voraces del mal, todo el aparato siniestro, horroroso, que infunde calofríos y crispa los nervios, de la lepra victoriosa.

Estos desgraciados charlan, fuman, ríen, bromean. Sus risas son gestos satánicos, su conversación animada simula un diálogo de sábado, en una noche abominable, bajo la lívida luna creciente. Mas todo esto ocurre bajo el sol. Las voces enronquecidas, húmedas, opacas como salidas a través de un diabólico gargarismo, nasales y lúgubres, se esparcen al claro día radiante, bajo la arboleda de fresco verdor, y parecen saludar a la ciudad que se distingue allá abajo, con sus tejados y cúpulas y torres, rodeada de verdura, de cerros, viviendo su vida libre y de la inquietud, de la desesperación, y corroído también por sus lepras ocultas. Los leprosos miran a Caracas con curiosidad, como miramos las cosas prohibidas; con tristeza, como miramos las cosas perdidas para siempre.

En este paraje de angustia, de dolor y de miseria, rompe a cantar de repente un cuatro. Entre las manos hábiles y mótiles de un leproso, el cuatro gime, como un niño enfermo a quien estrujan las propias manos del dolor. Las flores sorprendidas por el rumor gemebundo, se miran unas a otras con sobresalto; la luz del sol palidece en las copas de los mangos y sobre el follaje de las marías. Sólo la ciudad ignorante y sorda, permanece indiferente en la distancia, llena de lumbres solares. El cuatro se lamenta profundamente y expresa con el gemido de sus cuerdas locuaces el dolor acumulado, como en una cisterna emponzoñada y lóbrega, en el alma de los leprosos. Canta la vida, mustia como una rosa prematuramente deshojada; canta el anhelo

deforme de vida que palpita, como una fuente inagotable, en el fondo de aquellas existencias irrevocablemente condenadas al desamparo y a la podredumbre; canta la soledad y el silencio glacial en que discurren los días irónicos, bellos de sol, de paisajes y de flores, los días que se agitan allá abajo, en la ciudad indiferente, como Arlequines, grotescos a fuerza de júbilo; cantan las dichas rotas, la reclusión perpetua, la amargura incurable, la esperanza muerta a las manos odiosas del mal, como una blanca virgen estrangulada por un espantable monstruo de leyenda. El cuatro gime tan largamente que su voz es casi un alarido ahogado, que se arrastra lamentablemente por los corredores claros sobre las flores llenas de asombro de terror. Pero no hay voz que lo acompañe. ¿Qué copla cruel y monstruosa expresaría las angustias que el cuatro dócil exhala de sus hilos sonoros, bajo las mútilas manos que lo sacuden con furor de agonía? ¿Qué copla digna de ser cantada por una voz afónica, ronca, como salida del vientre inerte y mecánico de una *marioneta*? Sería un suplicio no imaginado el escuchar un solo momento esa voz de pesadilla, entonando en el paisaje florido y verde la copla ulcerada, como la misma garganta del cantor...

Una hermana de la caridad atraviesa entre los grupos de leprosos. Su corneta blanca, sobre el enjambre de rostros trágicos entre las deformidades y las úlceras, parece una azucena muy blanca, errabunda sobre un mar de muerte, todo lleno con los despojos de un naufragio...

* * *

En la madrugada del domingo la luna redonda y de un imponderable y fresco blancor, como de hielo luminoso, impera en un cielo profundo, de un extraño azul blanquízco desnudo de toda nube, en el cual las estrellas palidecen glacialmente, como si estuvieran más lejanas y tristes que de ordinario. La calle recta, limpia, aparece muy blanca, así llena de luna, y se prolonga en una nítida faja a lo lejos. Sumergida en esa agua prodigiosa de luz lunar, la calle cobra un aspecto de hermosura fantástica, hermosura imprevista que atrae con una fascinación de miraje y obliga al transeúnte a detenerse un momento y contemplar con ojos ofuscados la solitaria maravilla.

Las dos aceras paralelas parecen hechas de plata, de una plata mortecina, opaca, sin brillos, plata mate, oscurecida por una tenuísima sombra como si sobre ella se copiara la sombra casi imperceptible de una gasa diáfana, ligera, no visible para los simples ojos mortales, que estuviese suspendida como un pálido sueño de encanto entre el cielo inundado de luna y la tierra humilde y silenciosa. Y en el centro, entre las dos aceras, la calle tiene un tono más oscuro, menos albo y fúlgido, como una cinta de agua turbia entre dos arroyos claros, de linfas resplandecientes. A trechos, en la cinta central relumbran y destellan guijarros y vidrios. A lo largo de la calle, ante el espectáculo florido de luna, las ventanas y las puertas herméticas se me antojan ojos que no quisieran ver, ojos de rústicos obstinadamente cerrados ante la belleza de la calle desierta. Tal vez de un modo idéntico permanecen cerrados los ojos de los raros pasantes. En esta hora muy poca gente transita en la ciudad. Y los que cruzan la calle tienen las pupilas y el corazón cerrados al hechizo intenso del cuadro lunar. El sereno, acurrucado en un quicio, envuelto en su cobija, dormita pesadamente, acosado por el frío, y cuando despierta es para bostezar con rudas quijadas, ampliamente, ante la indulgencia de la luna que desciende democráticamente a pasear toda su fascinación de princesa encantada por las calles inmundas. Los perros han huido a no sé qué escondrijos.

Propio sería el marco para las divagaciones melancólicas de un Pierrot urbano, ebrio de inefables fastidios ante las lumbres brutales del sol de los trópicos, saturado de tedio y de ira ante el desfile trivial de Colombinas a precio fijo, un Pierrot que fuese un poco poeta, enemigo de las sombras nocturnas, de los cielos simplemente estrellados, de las voces fluidas que se querellan acompañándose con una guitarra sentimental y de los perros que aúllan en la lejanía. Después de haber vagado por los jardines públicos y entre la multitud, atento a músicas que no existen, llegó con la madrugada al sumo contento en la vía solitaria, porque el planeta mudo se despertó y vertió sobre la ciudad, pacífica en el sueño, su sinfonía silenciosa y misteriosa de resplandores. Con la lengua enigmática de su luz el astro habló al enamorado en términos de un idioma secreto y profundo. Antes que el mar bravío que se empina para escuchar la confi-

dencia confusa, fue el amante ambulativo, errabundo en la noche, quien interpretó con emociones y lágrimas el secreto confiado a su ternura, piadosa de sí misma. Para que las frondas, el gorgceo del ruiseñor rival ni la canción molesta de la fontana como decoración de idilio ilusorio, al que los rumores turbarían rudamente el misterio delicado [*sic*]. En la calle plana y vacía, Pierrot dialoga en silencio con la señorita sideral.

Reconfortado y feliz, el alba lo sorprenderá abismado en su ventura, sin que él advierta la risa de la aurora, sin que sus ojos anegados aún de coloquios celestes, copien el triunfo del oro y las rosas matinales. Discurrirá entre los éxtasis y los furores del domingo soñando aún con la hora de la entrevista, en la calle blanca y desierta, donde bostezaba un sereno y de la cual habían huido los canes vagabundos: ¿Y ella? Volverá a entrar en el silencio de su paseo nocturno. Alta y luminosa como una idea, alta y hermosa como un sueño, se desvanecerá su imperio en una palidez glacial y tranquila. Se inclinará en el regazo acogedor del cielo, *grise de cosmiques chloroformes*, como cantaba el poeta lunólogo, que se enamoró de la “reina de los lirios” en una absurda noche de pena, de ensueño y de hastío...

* * *

A media noche por filo, cuando el reloj rompe la solemnidad del silencio con sus campanadas indiferentes, hay en la muchedumbre un extraño desbordamiento de emoción. En la hora patética, cuando el año cae en el abismo de lo que fue, invade todos los espíritus una suave y sincera ternura. El hombre que en el resto del año no ve al hombre sino con ojos de recelo, de suspicacia o de odio, se torna como por gracia de un hechizo fuerte, a la hora que la costumbre ha vestido con una ropa de gravedad, en un hermano dulce y cariñoso, dispuesto al amor, al perdón y al agasajo. Es un solo instante de tregua a la inquietud de vivir, una etapa de reposo fugaz en la fatiga de esta peregrinación cruel a través de cuantas son pasiones, desventuras y alegrías. A los ojos de la muchedumbre los últimos minutos del año cobran un aspecto de solemnidad inaudita. La voz de la campana le resuena en sus oídos atentos y ávidos como un au-

gusto rumor, lleno de elocuencia y de augurios. Retiñe el bronce sobre la multitud congregada en la plaza como un anuncio sobrenatural. Parece entonces que el año no es cosa imaginaria, ilusoria, forjada por la necesidad de medir el tiempo, sino una cosa real y viva, un ser misterioso e invisible que estuvo a nuestro propio lado por muchos días y presenció todos nuestros pesares y nuestros júbilos.

Acaso sin comprenderlo así, sin caer en la cuenta del origen de su emoción, los hombres no hacen sino deplorar silenciosamente en lo más recóndito, oculto e ignorado de sus corazones, la fuga sin remedio de la propia vida. La Nada incomprensible y glacial se avecina con la fuga veloz de las horas. Y ante el presentimiento confuso de la tiniebla inevitable (sudario que espera a todos cual dos enormes brazos abiertos en una invitación fúnebre, al término del camino que andamos) una suerte de piedad íntima y difusa ocupa al hombre. Piedad de los demás y mucha más piedad de sí mismo. Y en la fraternidad frívola que lo inunda por unos instantes, se inclina con sentimental enternecimiento hacia su hermano, como pudiera inclinarse con amor y lágrimas pasajeras, sobre el rostro helado de un moribundo.

Cuando la primera campanada, que simula el rumor con que se desprende del árbol una fruta podrida, rueda por los aires, la emoción resbala sobre la turba de los hombres como un brusco ímpetu de vientos sobre las aguas de un golfo tranquilo. Algo esperan todos que ocurra, con un grave y hondo anhelo. Cual los villanos llenos de curiosidad y regocijo se reúnen a ver pasar el magnate con su cortejo suntuoso, la gente se junta para *sentir* la muerte del año. En el silencio preñado de ansias cae el signo sonoro del tránsito con un choque rudo, como una piedra en el sueño diáfano de una agua muerta. Y sin embargo nada ve la gente de nuevo ni inaudito y nada inusitado ocurre. La lengua del reloj dice la hora con el mismo acento con que la dijo ayer y con que la repetirá mañana. Pero una loca esperanza quimérica fructifica en los corazones. Acaso es la esperanza de mejores días, de horas menos ásperas, de menor pena y mayor gozo bajo los cielos. Visto con encono el tiempo pasado resulta cruel, inútilmente transcurrido sobre las fantasías y los anhelos, sobre el imprescindible deseo de sumar en un solo raudal de mieles cuantos son

colmos de la felicidad y sueños de ventura. Los puntos de oro fantástico que rutilaron en la tiniebla del infortunio, cuajados en un solo lucero, en una sola luna enorme y clara, prodigiosa y rubia, van iluminando con luz engañosa y hechicera los senderos entrevistos en la pálida consolación de un ensueño.

El misterio de la noche violada por la vigilia de todos huye a ampararse en los sitios desiertos. Más feliz es el hombre distante que no escucha la algazara urbana y puede contemplar en el seno de la noche desnuda, junto al perro familiar y oyendo la música estridente de los grillos y la respiración serena del campo, cómo ruedan las constelaciones en el azul celeste, pautando la vida de los seres en su ritmo indescifrable. Y la convicción de lo estéril que es contar el tiempo con vanos mecanismos, lo llenará de indulgentes sonrisas y con sonrisa tolerante verá los cohetes remotos con que la ciudad festeja la muerte del año.

Malsana y cruda, la alegría popular es una costumbre sólo; pero dijérase observando la fiesta y viendo el alborozo ardiente que ilumina los rostros, que el pueblo celebra una luminosa fiesta pagana. No celebra sino la victoria del Tiempo, el triunfo inevitable y continuo del eterno enemigo del hombre. Implacable como todos los dioses, el tiempo devora con un hambre desatentada y de todo ser y de toda cosa hace una víctima. Y el rebaño de los hombres se embriaga y canta celebrando los hechos del enemigo atroz, como la cáfila de siervos en la noche que precede a su propio sacrificio, se emborracha y entona canciones impregnadas de furores de vida...

Esa alegría tiene el hervor de la espuma del vino. ¡Si el mismo hombre que se alimenta de desencanto llegó a olvidar la ironía y tuvo en los ojos una lumbrerilla pueril y transparente en medio de la muchedumbre ebria de alborozos falaces, bajo los árboles floridos de luces! Mañana volverá su espíritu a ser trono de la melancolía; acariciará el desconsuelo propio con manos de seda, y apagará de nuevo con el agua de sus lágrimas, copiosa e inútil, las sedes de su corazón...

* * *

Hundiendo los dedos temblorosos en la barba rala y gris y mirándome con una escudriñadora mirada de sus ojos sanguinolentos, inquietos bajo los párpados edematosos, hablaba con voz ronca y triste, que me llenaba de malestar y desconsuelo. En el ambiente denso de la cervecería, el sordo y vago rumor de la conversación flotaba como un lánguido velo angustioso. El son de una lluvia menuda y monótona entonaba afuera su salmodia triste. El frenesí alcohólico del domingo refrescaba, entusiasmado y sonoro, ante las mesas blancas, prolongando en una última efervescencia ruidosa la intemperancia del cálido día de fiesta.

En una mesa vecina, dos alemanes gordos bebían cerveza en enormes jarros y hablaban vivamente en su idioma gutural y rudo. Tres borrachos agrupados en la penumbra de un rincón gruñían sordamente, todos a un tiempo, como gatos friolentos junto a la lumbre del fogón.

—Cuando yo tenía su edad era un jovencito como usted, lleno de agradables ilusiones... De vez en cuando me sentía terriblemente desdichado, sin saber por qué... Ahora veo que en realidad era muy feliz... Aunque a veces me ocupaban ciertas inexplicables tristezas, no dejaba de disfrutar de las dulzuras de la vida... Tenía mis sospechas de que era un capullo de grande hombre y también mis ratos de vanidoso desvanecimiento... En las reuniones manifestaba mi desprecio por los imbéciles... Delante de las señoritas sentimentales me enternecía con los versos... Como mí patrimonio era casi cuantioso y yo derrochador, tuve muchos amigos y hasta hubo un período en que fui muy mimado por todo el mundo... La verdad es que entonces viví satisfecho... Yo siempre me he profesado a mí mismo grandísima estimación... Siempre me he creído por lo menos igual a los mejores... Para que usted vea, esa estimación no ha menguado con la desgracia. Soy el único que ha seguido estimándome... Pero lo raro es esto que pienso: si yo me hubiera visto en mi situación presente con mis ojos, con mi juicio de entonces, ¿qué habría opinado?... Le confieso que hubiera mirado con lastimoso desprecio a este harapo de carne y de vicio. ¿Y ahora?... Si no conservo mi falsa moral de antaño es porque he vivido ya mucho... No me condeno, no me desprecio... En realidad soy tan digno de lástima como cualquiera otra persona, mientras esa persona no tenga demasiada hambre. La mía no es resignación, es el

convencimiento de que todo es igual e indiferente... Todo esto es cosa del tiempo... Lo que muchos llamarán mi degradación, lo que yo llamo más ampliamente mi evolución, comenzó a cumplirse desde el propio instante de mi nacimiento...

El hombre hablaba haciendo ademanes inciertos. Arrimaba su silla cada vez más a mí. Interrumpía su discurso incoherente con largos sorbos de cerveza, frecuentemente renovada. Después de una pausa que parecía congojosa, como yo no hablara, prosiguió:

—Por lo demás yo conozco qué elemento me faltó para triunfar... o para vivir de otra manera... Yo andaba por la vida sin un fin, sin un propósito, sin un anhelo. Iba hacia un lado, hacia otro, sin rumbo... El fastidio, por supuesto, no tardó mucho en volverse mi compañero habitual. Para sacudir mi tedio y mi murria emprendí el camino que me trajo aquí... Es el único camino que he emprendido en mi vida... La hipocondría me empujó suavemente por un sendero lleno de dulzuras y de dolores a un tiempo... Sin embargo, ahora no sufro hastíos... Tengo para pasar la vida ocupado, mi infinito caudal de recuerdos, en los cuales me hundo a reposar como en fantásticos y deliciosos cojines. Luego tengo la bebida... Y para colmo, tengo mi propósito muy razonable, de lograr a todo trance la perfecta indiferencia...

Se quedó un momento mirándose. Después apuró su vaso y continuó:

—Mi vida ha sido un poco fantástica... Hay en ella muchos episodios curiosos, muchos lances de interés; pero en su conjunto es demasiado estúpida para que yo me tome la pena de narrarla... Recordarla es ya otra cosa... La recuerdo con placer, para embriagarme con otra embriaguez, pero sólo en detalles... Lo que recuerdo son fragmentos, los más luminosos, los más rebosados de vida... Vivo en la miseria, en una miseria lóbrega y sin esperanza, y debo recurrir a estos anestésicos para no quebrantar mi indiferencia... A veces pienso que la miseria podría ser peor. Para conservar el equilibrio en la altura y para subir hasta ella, se necesita cierta cantidad de ideal, como los buques han menester el lastre. Ideales, no ideas. Las ideas pueden ser inútiles y aun estorbosas. En cambio los ideales, aún no cumplidos, son siempre un estímulo, una espuela clavada en el flanco del corcel en fuga...

—Ando al acaso, no sé como... Alguna vez me dedico a vender libros viejos... Me paseo con mucha libertad... Nadie se acuerda de mis días mejores ni sabe quién soy... Actualmente me considero un poco borracho... Tal vez habré dicho algunas fastidiosas tonterías... Pero vivo un poco opreso entre la gente que anda a mi lado, me roza, me empuja, sin saber que contengo, que es lo que hay en mí...

Los bebedores habían ido desocupando la sala, poco a poco. Apenas quedaban dos. El uno, cabizbajo, parecía escuchar con atención lo que le decía su compañero, quien lo agarraba por las solapas y discurría con violentas ademanes. Mi interlocutor, por su parte, estaba del todo borracho. Tenía los ojos encarnizados y la palabra incierta:

—Asisto siempre a las retretas... La música nos desviste de ferocidad: yo hubiera podido ser músico. ¿Por qué no? Tocaría el contrabajo en mi casa a mediodía... Es inútil... Ya no sirvo sino para vivir en silencio y para beber... Pero le digo que se agarre usted de un ideal, de un ideal cualquiera... La cuestión es tener uno un ansia que lo empuje a marchar por tal dirección permanente... Desea usted ser una cosa cualquiera, lo que más hermoso o más útil le parezca... Lo importante es el deseo...

Y como yo me levantase para salir, me siguió trastabillando y murmurando entre pausas, con incertidumbres de borrachez:

—Sea sincero joven, y busque una pasión que lo salve... No viva sin propósitos... Es preciso tener ideales...

Y ya a la puerta, mientras yo, con las manos en los bolsillos, titubeaba un momento ante la lluvia terca y fina que continuaba cayendo, oí que mi compañero de unos minutos me gritaba como con vehemente ternura, entre frases ininteligibles:

—Es muy necesario... Procure ser general.

* * *

Este filósofo es joven y tímido. Sólo es audaz para adoptar estudiadas posturas. Ha dedicado todo un lento, largo, asiduo estudio a la manera de hablar, a la manera de caminar, a la manera de sonreír. Habla pausado y recio, como hombre que sabe lo que valen sus palabras: como si fue-

ran joyas sin precio que él va extrayendo, bondadoso y magnánimo, de las minas que yacen en el fondo de su entendimiento, y que brinda con extraordinaria liberalidad a la miseria impía de los hombres. Cree que al hablar nos hace un regalo inaudito; y en su cara canija y seria refléjase el sentimiento de la importancia propia.

En la plática sonríe siempre, bondadoso y pacífico, con cierta bondadosa tolerancia, merced a la cual aparecemos a su lado como niños ingenuos que hablan incoherencias ridículas junto al anciano abuelo que atesora en su cerebro y en su corazón caudales de experiencia. Diríase su sonrisa la de matrona octogenaria que escuchara con frío y amable desencanto a la niña que le cuenta el amor suyo, fresco y albo, como capullo de lirio. ¡Oh! ¡Él nos perdona toda nuestra ignorancia, todo nuestro candor, toda nuestra ceguedad ante su ponderosa sabiduría!

Anda como hombre desocupado e importante, que desdeña la observación: ni mira a los lados sino con imperioso desdén. ¿No es él acaso un filósofo “a pesar de su juventud”? ¿Y qué tienen que hacer los filósofos con lo relativo, con lo circundante, con lo transitorio, con lo contingente? Él es un esclavo de lo absoluto y lo lleva dentro de sí, en su alto espíritu es el depositario del mayor tesoro que pueden poseer los hombres. Ese carretero que lucha con su mula encabritada y que huele a estiércol, ¿qué interés puede tener para su sabiduría? Así pues, afirma su paso indiferente, despreciativo, arrastrado por lo absoluto, que le empuja el cuerpo endeble y le hinche el pensamiento atuendoso, como hinche la vela y empuja la barca el viento marino.

Principió engañándose respecto a los demás y terminó embaucándose a sí mismo. Hombres irónicos o amigos necios le dijeron que llegaría a culminar en los vértices de la especulación, que estaba organizado para la investigación de la verdad, de las causas y de los principios; y el muchacho llegó a confundir la vida y su objeto con una comedia de títeres en que era la suprema belleza y el mérito sumo representar el papel de hombre entendido en cosas espirituales.

Entregóse a lecturas incongruentes y brumosas, cuya esencia no lograba comprender: se emborrachó de barata metafísica y un día lo llama-

ron en una revista indulgente, “el joven filósofo”. Tal fue el motivo de su perdición.

Porque a las puertas de los filósofos se quedaba desconcertado y perplejo. Lo fundamental de los sistemas escapaba a su mente, no preparada para semejante ejercicio. Y sin embargo, según que su íntimo desencanto por la filosofía y sus pontífices íbase aumentando, su actitud exterior de hombre meditabundo adquiría solemnidad sorprendente. Incapaz de estudio disciplinado y metódico que pudiera abrirle las sendas de la sabiduría, incapaz, por vanidoso, de renunciar a la fama de “joven filósofo en quien fincaba la patria muchas esperanzas”, sólo le quedaba, como broquel que podía ampararlo de los saetazos de los fisgones, aquella actitud de reserva, entre compasiva y desdeñosa, hacia el género humano.

Los jóvenes de su edad tenían costumbres libres, alimentaban pasiones, entregábanse a desórdenes que él censuraba con severidad acerba. Clamaban, en el frenesí insuperable de la juventud: “—¡Vivir la vida! Tiempo había para ser sesudos y graves...”. Mas a él no le era dado vivir la vida ni comprender un día con desconsuelo el *vanitas vanitatem* del Rey hastiado.

—Pensar es lo único grande, decía.

¿Y pensaba?

Ha llegado a fastidiarse él mismo de aquel papel que se puso a representar en la vida. Mas el orgullo inexorable lo constriñe a persistir en su sistema. Ocioso e hipócrita concluyó por ser un hombre de melancólica catadura. Predica en ágapes de jovencitos que lo escuchan atónitos:

—La esencia es todo. La forma es lo contingente.

Al revés de su vida.

Temprano, como conviene a un hombre de cuenta que estudia a Kant, que tiene principios y que desdeña las vanidades de este mundo, se mete en su cuarto. Y allí echado en el lecho, a la luz de la lámpara, cuyo persistente resplandor es pasmo de la morada toda, el joven filósofo, esperanza de la Patria, se encenaga como cualquier mozalbete, en la lectura de Paul Kock.

* * *

Solemos agregar un escollo lúgubre a la página de gracia y de sonrisas en que el Carnaval prodiga sus claras locuras. El comento luctuoso suele turbar la canción de alegría, tal como un crimen brusco el exultante frenesí de los joropos. Una siniestra cinta de luto remata las rosadas y frescas vestiduras del alborozo. Tras la hora rápida en que el alma se nos cubre de ilusión y de regocijo, como un árbol de flores en efímera primavera, y pronunciamos el contento en frases sonoras, nos acordamos sin remedio del sombrío Dolor humano que ronda y cautela su intención bajo los velos luminosos de la alegría; nos acordamos del viejo Dolor que late en la frenética algazara de la muchedumbre, como un pulso de muerte, trágico e irónico, en la momentánea ventura de un enfermo incurable. Asimismo caen sobre el espíritu, cual una tiniebla mortuoria, el disgusto de la vida y el tedio de los goces difuntos, cuando agonizan las últimas lámparas de la fiesta, exhalando un humo fétido y sordo, en vez de la lumbre propicia a los deleites...

La muchedumbre corre al vértigo del goce en un impulso unánime, ebria de vivir intensamente y acaso con embriaguez menos pura y noble. ¿Reside en el alma de esos seres el sedimento oculto de pesares que suponemos escondido en todo corazón de hombre? ¿Cubre el vivo color de las vestimentas de alborozo y de extravagancia a la nefasta calavera que ríe con una risa sardónica y cruel, apuntando los dientes como puñales pérfidos, a los corazones en que el placer rebosa y donde ensayan las campanillas del antruejo un repique hilarante?

Fantasías melancólicas de poetisas; cavilaciones egoístas del hombre desencantado... Triunfa e impera solo el placer, con el ardor de un monarca de reinado muy corto, que pretendiera gozar en contados días, tras un destierro doloroso, todas las dulzuras del poder. Ni anticipa ninguno el grave pensamiento de la ceniza en medio del estruendo locuaz de la fiesta.

Los matices ardientes y fogosos rompen la oscura y monótona vulgaridad de los trajes corrientes. Reinan los colores de la vida, los colores del entusiasmo, del deseo y del júbilo. Esa sinfonía de los colores expresa la alegría profunda de los espíritus, canta silenciosa y ásperamente el raudal de risa y de música que surge en los espíritus a la hora de la fiesta pagana.

La harina es en las caras como un jalbegue de extraña virtud, que exalta el anhelo furioso de la vida plena. Las bocas pintadas de crudos carmines dicen una ardiente hambre de goce. En los rostros abren las risas sangrientas rosas y las muecas anormales son como de una epilepsia risueña. Las cabriolas tejidas por calles y plazas, forman un himno desenfrenado y jocundo.

¿Dónde está la pesadumbre? No veo sino que predominan los instintos de fuerza y de salud, los instintos de la libre naturaleza. La carne se venga anticipada y furiosamente de la cuaresma católica, opaca y rígida. Los dioses fuertes y risueños del paganismo le roban al pálido nazareno tres días de reinado feliz. El antiguo fauno hambriento de vida y fecundo en silvestre bienestar resucita bajo los trajes abigarrados o ambiguos. El baile tiene la gracia sensual y sutil de días mejores. La pesadumbre habrá ido a refugiarse lejos de las plazas sonoras, lejos de las vías inundadas por la multitud clamorosa y alegre, en quién sabe qué tugurios de cavilación, de quebranto y de silencio. Venguémonos alguna vez del dolor, olvidándolo. Que permanezca solitario en sus recintos funestos. Pronto saldrá de nuevo de su escondrijo para apresar entre sus dientes insaciables al lastimoso animal humano.

Surgen y reviven amables personajes. Pierrot está alegre como unas flores y salta como un pájaro, enseñando bajo la luz artificial su rostro de yeso, sus ojos sagaces, y la crispatura amorosa y ávida de su boca bermeja. Colombina ríe con frescura matinal. Y los personajes grotescos, graves, sombríos, ridículos, se confunden en una batahola rápida. Las murgas dan un alarido jovial. El aire se satura de un acre perfume de gozo.

La naturaleza también se place con la alegría de sus hijos. Viste de un azul de prodigio su cielo, lo abrasa con crepúsculos sanguinolentos y áureos y su sol bondadoso desparrama una lluvia festiva de luz, incendia el aire con llamas de oro, aumenta la risa múltiple de los colores violentos y fermenta un vino de juventud impetuosa y vivaz en los corazones.

Únicamente la luna tendría derecho a ponerse un poco triste. Únicamente la pobre luna ausente y piadosa, a quien odia el antrujejo, acaso porque turbaría muchos de sus misterios que reclaman umbría de alcoba o de selva, como las nupcias; acaso porque la luna ha mantenido intacta

en su celeste reclusión la túnica de la castidad. Dionisio y Cipris le guardan rencor a la doncella solitaria. Y no será en las noches de carnestolendas, doradas de amor y de vino, y nunca por su resplandor de melancolía, cuando contemple el cortejo de los Pierrots fatigados, que sonríen con malestar y tedio, casi arrepentidos, mientras muere la noche del martes y la ceniza se apronta en los altares del Cristo, para signar en el rito de las purificaciones las frentes sembradas de besos de pecado y llenas de hartura y de silenciosos fastidios...

* * *

Pero de las cosas, las que más se llenan de alegría, de una alegría locuaz y frenética son los cascabeles. Es su alegría muy análoga a la de los chiquillos, por largas horas martirizados en el duro banco de la escuela, ante las gafas avizoras del maestro, y de súbito libres en el asueto, lleno de algazaras y risas. Los pobres cascabeles padecen infinitas torturas en su silencio forzoso de todo el año. Ocultos en un rincón, en las gavetas oscuras, envueltos en silencio y en polvo, los cascabeles sufren un largo martirio. Sufren cruelmente, como mujeres parlanchinas y joviales, a quienes se obligara a vivir en el vasto silencio imperioso de una cartuja; como sufrirían aquellas jóvenes cuya alma es un raudal sonoro de risas y en cuyos vanos cerebros repica infatigablemente una campánula frívola, muradas en un recinto de sombras, callado y severo. Es horrible el tormento de la campanilla que nació para vivir en un sólo rumor placentero, para vivir cantando como el agua fresca que fluye en los límpidos manantiales...

Todo el año corre para los cascabeles en clausura, como un bostezo sombrío. Pasan las horas cual un desfile de tinieblas opacas e irónicas sobre su inmovilidad preñada de amarguras. Viven encerrados en sus vulgares cajas de cartón, como una ruín mercancía cualquiera, incapaz de un minuto de charla. Ellos también están obligados a ser mudos, como las viles mercancías a quienes desprecian, acaso con ligereza de niños alocados. Envidian a las cintas vistosas que pueden lucir siempre sus colores radiantes; envidian a las estofas resplandecientes que hablan en el idioma

elocuente y luminoso de sus matices. Con desconsuelo y languidez sienten pasar los días iguales, infamemente monótonos.

Tal vez se hacen entre ellos, en voz muy fina, que las mismas arañas no lograrían escuchar, algunas confidencias de melancolía. Nadie ha logrado descifrar el misterio de estas quejumbres; nadie sabe qué le cuenta el cascabel quieto y silencioso a sus compañeros taciturnos.

Pero ocurre que un día principian a emigrar de las tiendas, a escapar de los escondrijos deplorables. Llegan los buenos días, los días de la luz, de la charla sin término, del vaivén jocundo y sonoro. Es la resurrección de las músicas fugaces que van a durar tres días. Cuanto sienten llegar la hora de su triunfo, los cascabeles van llenándose de júbilos, de risas, de zumbidos, de charlas, de trémulas voces de juventud, de todas las suertes de rumores en que vibran el alborozo y la ventura. E invaden entonces la ciudad que se apresta para el ardoroso festín, como un ejército de hormigas de alegría, como un enjambre de avispas regocijadas adueñándose de un enorme avispero.

Y al cabo llega un día en que todo el caudal de su risa exasperada que se aumenta con la inmensa delicia de la eclosión, se desborda en fuentes de música nítida y picaresca y jovial, en tilinteos, en repiqueteos agudos, en clamores de salutación a la alegría humana, que también rebosa como una falaz espuma, y ruge cual una marea furiosa, formada con todos los ímpetus francos del vivir, desatados de súbito, como una trahilla de canes hambrientos.

Y van entonces por todas partes regando sus repiques los cascabeles que comentan el gozo. Suenan remecidos por el viento lo que cuelgan en los adornos de los sitios públicos; suenan los que traen los coches y los caballos; suenan los que van prendidos al traje de Arlequín y a las hopas funambulescas que se agitan en la ardiente farándula. Es un concierto de risotadas en desorden. Penetran en todas partes, y en todas partes sus vibraciones alborozadas cantan el canto de la fiesta. Contemplan los amores de un minuto, que hierven con una extraña energía, como un vino brusco y fuerte; contemplan las embriagueces fortuitas, que se coronan de falsas flores de sangre; presencian las furias del amor y oyen romperse el cristal de la risa de Colombina, y sienten

latir el delirio claro de las parejas animadas por el vértigo de los amores fugitivos...

Pero la Ceniza es muy lúgubre para los cascabeles. Entonces van a refugiarse de nuevo en los rincones oscuros o quedan olvidados en la vía, miserablemente olvidados, como despreciables desperdicios de la fiesta. Los ultrajan, los magullan, les apagan la voz frívola con un pisotón bestial... Y acaso en el día del miércoles, un granuja harapiento recoja el cascabel perdido en la calle, confundido con los despojos marchitos de las carnestolendas, y lo sacuda en el aire con inocente alegría, para arrancarle al minúsculo charlatán un lánguido, un pesaroso y desolado clamor de arrepentimiento y de agonía...

Como los hombres.

* * *

Una mula rucia y gorda y un caballo huesudo y hético, ayuntados en sorprendente contraste, arrastran el tranvía, calle abajo, al son de sus infatigables campanillas. La tarde también se ha vestido lujosamente en el domingo, como una ingenua provinciana. Tiene un traje llamativo de oros sangre y añiles. En el cielo, sobre las casas, sobre los árboles, sonríe en un claro incendio y derrama sobre los guijarros del arroyo, cerca y en la lejanía, un vivo baño de resplandores. Bajo el ardor crepuscular del cielo, el carro desciende entre las dos filas de casas, a cuyas ventanas se asoman bustos de mujeres. Los pasajeros del tranvía, bastante numerosos, forman una aglomeración heterogénea. Junto a un jovencito de traje pulcro y aspecto adamado, que enseña las medias listadas de muchos colores, un señor entrado en años, de seguro un comerciante rico, conserva un aire de solemnidad imperturbable, una tiesura indiferente a lo que ocurre en torno. Dos chiquillas casi rubias parlotean y ríen cristalinamente con toda la frescura sagrada de su niñez. Sus risas y charlas se difunden en el ámbito como si estuvieran en un jardín primaveral y luminoso. Y una negrita, sentada junto a ellas, sonríe de cuando en cuando, mirándolas. En el coral de sus encías, resplandece entonces como un efímero relámpago de nácar, la sarta de los dientes, risueña y nítida. En el rincón de un asiento un hombre cabizbajo bosteza.

Las casas desfilan a los lados, enseñando en sus ventanas bellezas de mujeres. Son bellezas rubias, morenas, ardientes o lánguidas, risueñas y tristes. Y las miradas de los ojos, severas, curiosas o plácidas, juntan su encanto diverso al fogoso encanto del crepúsculo, abierto en el espacio como una vivaz corola purpúrea que manara destellos.

El ruido y el polvo, que se dora pálidamente en los aires, llenan la avenida. Los coches estrepitosos sobre el empedrado cruzan raudamente. Es la fiebre gozosa del domingo que hinche la calle. Brilla y suena y se desborda en el ambiente. Y el crepúsculo cómplice le presta su marco soberbio y fulgurante. Sólo el tranvía obscuro y feo, con su marcha pesada y el tenue repique melancólico de sus campanillas, rompe la armonía alegre y clara de los parajes que atraviesa. Es como una enorme hormiga lenta que camina por la vía, entre los carruajes veloces.

Más allá de la Alcabala, allí donde el puente de Anauco se tiende sobre un minúsculo valle verde, de un verde suave y nuevo de pimpollos, el paisaje cambia de súbito. Entonces aparece la perspectiva de los cerros del Norte y de los cerros del Sur, a los dos lados de la vía. Acariciado por la lumbre de la tarde bermeja el Ávila aparece, a pesar de la proximidad, como un inaudito coloso purpúreo. Y hacia el Sur alternan los tonos cárdenos del lomo de las colinas, con la penumbra violeta que llena el espacio entre dos lomas. Los verdes lejanos se ausentan en la tarde.

En este punto ya la calle está casi desierta. El tráfico no trae hasta este sitio sus rumores ni su inquietud.

Mi compañero me dice:

—Un alma hermosa encuentra hermosura en todas partes como un alma fuerte descubre un manantial de vigor en los sucesos o en las cosas más triviales y comunes. Este paisaje es bello como una mujer enamorada. Y tiene mil matices de belleza que tal vez nadie comprenderá nunca... Ocurren siempre mil cosas análogas... En este tranvía donde todos nos mezclamos en una promiscuidad momentánea, un poeta amigo mío viene todas las tardes a meditar sus estrofas. En el ruido agrio de las ruedas al resbalar sobre los rieles, en el tilinteo congojoso de los cascabeles, halla la música de sus poemas delicados. Sorprende en esa música basta y ruda y monótona, un alma secreta, fina y suave, que

aprovecha para sus canciones, que transforma en deleite de versos floridos... Acaso influye también el espectáculo que lo circunda, la visión de las mujeres lindas, el paisaje de los cerros en atavío de escarlata o soñolientos con la bruma...

El espíritu invasor del paisaje tal vez se vierte en el poeta, disfrazado en el traqueteo cerril del carro... Tal vez sea que asilado en el errante tranvía logra la soledad perfecta, precisamente porque está rodeado de mucha gente desconocida, de mucha gente a quien ve muy distante de su propio espíritu, de sus nervios y de su corazón... Y no obstante el caso es curioso... Pero es que nada existe fuera de nosotros mismos. Fuera de nosotros no puede haber sino sombras y vacío... Cuando creemos mirar las cosas de afuera no hacemos sino contemplar la copia exterior de nuestro mismo ser...

Yo sonreía, anegado en la placidez de la hora y escuchaba distraído el discurso incoherente de mi compañero. Empezábamos a subir la cuesta suave del final del camino, entre dos hileras de bambúes flexibles y verdes. El crepúsculo se apagaba en una paulatina y diáfana sombra de lila. Bajo los árboles comenzaba a cuajarse la tiniebla. En los follajes la noche cautelosa preparaba su sorda invasión. Y ya en tierra, mi amigo seguía con ojos ávidos y atentos la ondulación de un cuerpo de mujer que se alejaba...

* * *

Viajando en el tranvía foráneo que corre raudo orillando los cerros que las lluvias han tapizado de claros verdes, disfruto de la maravillosa fiesta de la luz en el paisaje que se dilata hasta las colinas lejanas en encantadas perspectivas. La mente se le nubla a uno en deliciosa pereza ante la visión del campo apacible y fecundo: las ideas se ahogan y esfuman bajo el tropel de las sensaciones dulces, acariciadoras, sedantes, a la postre de vaguedad de embeleso, con que nos envuelve, aturdiéndonos casi, la impresión de los campos frescos al salir de la agria y sucia atmósfera urbana. Es todo el organismo, macilento de fatiga por el tráfigo de la vida de la ciudad, el que se entrega de pronto con todas sus fuerzas, en firme ímpetu apasionado, a la contemplación pura de la naturaleza, en cuyo risueño regazo parece cobrar bríos el ánimo hostigado por cansancios estériles.

Esta sensación de suavidad reconfortante suele ser peligrosa. Ante el paisaje claro en el cual la luz revela con desenfrenado júbilo todos los matices del verde, es fácil de comprender el hechizo en que nos prende la naturaleza circundante y la pertinacia conque intentamos traducir en fieles armonías aquella recóndita dulzura del paisaje, que nos hechiza los ojos y la mente. Nuestra tierra, con sus galas feraces, nos aparta de nosotros mismos, por medio de fáciles embriagueces de la vista, en una como abdicación del propio pensamiento: dijérase entonces que, involuntariamente, vaciáramos nuestra alma íntegra en el paisaje exterior, creándolo en múltiples esfuerzos, con el empeño inútil de embellecernos el espíritu en el contacto con la hermosura objetiva. Ante el paisaje espléndido venimos a quedar momentáneamente abolidos, porque hacia él se nos escapa el alma, como ave ansiosa de libres espacios.

Los cañaverales tienden por el llano sus amplios tapices claros, que se pierden de vista en el horizonte: los cerros destacan en el cielo de añil sus jibas cubiertas de vegetación que la distancia aterciopela; y los mismos trechos de campo inculto están cubiertos de una débil túnica de yerbas. Sólo rompe el concierto de los verdes matices el surco de los caminos, que se destacan en el lomo de los cerros distantes como cicatrices rubicundas, o el tejado color de acre de alguna mansión campesina. El cielo cerúleo ampara estos vastos y tranquilos verdores con su concavidad solemne; mas no logra comunicar su color ni aun al pausado riachuelo, cuyas aguas, al copiar los follajes de las márgenes, que entretejen sus gajos sobre la corriente, tiñen asimismo de verde sus temblorosas escamas líquidas.

El poeta que se aventura a contemplar este espectáculo se arroba con las voces que cunden por el espacio en discretas y vagas sinfonías, que cantan, como hamadriadas cautelosas, en las copas de los árboles y suspiran, como náyades prisioneras, en las aguas traviesas del arroyo. Y arrebatado por la irresistible hermosura del paisaje, trata de entonar una égloga ardiente bajo la pródiga risa de oro del sol matutino.

Recuerdo volúmenes enteros consagrados a este frustráneo empeño de poesía descriptiva. Los poetas, los novelistas, los cuentistas han consagrado profusas páginas al paisaje; y de ellas apenas podríamos apartar un

exiguo manojo para la antología. Porque la vibración de este aire transparente y vivo, la dulzura cordial de la luz, el encanto de las curvas que alzan al cielo las colinas, parecen escaparse de la red de las palabras, con zahareño ahínco, a inmovilizarse, burlones y risueños, en el sempiterno paisaje.

Los pintores, especialmente los de las generaciones juveniles, han escuchado asimismo el cantar de las sirenas y se dedican con ardor a trasladar al lienzo estos verdes múltiples, innumerables, cálidos, rebosantes de savia y de vida; verdes que parecen de florecencia y no de follaje, irritantes con la sorpresa de sus matices, con sus tonos únicos, que van desde la palidísima sonrisa verdegay hasta la dura y lóbrega coloración que confina con el negro. Pero de ordinario el artista se nos presenta con un cuadro desteñido y endeble, porque el paisaje ha celado el secreto de su belleza con obstinación invencible.

Mas aunque ambos, pintores y poetas, con afortunadas excepciones, regresen vencidos de la aventura, consuela y anima la tenacidad con que unos y otros porfían en su empeño, sin desconsuelo y hasta con entusiasmo.

Eso es amor. Es puro, vivo, hondo amor a la tierra natal, acendrado al través de las generaciones de cuatro siglos, amor que nos arrastra hacia el suelo materno con ímpetu inconsciente y ardoroso: es que todavía no nos hemos apoderado plenamente de nuestro solar, pero las raíces que a él nos ligan como cordón nutricio, se afianzan, cobran categórica resistencia, nos atraen, como mano cariñosa que nos induce a que miremos hondo hacia esos campos que son pedazos de nuestro propio ser, mientras el instinto filial nos coloca en el alma, como una rosa en un vaso, a que nos la perfume con aromas de ternura apacible, esta fruición penetrante y dulce que sentimos sin poder expresarla, al contacto con la tierra de padres y abuelos.

Así, en lo que un crítico superficial estimaría deplorable debilidad, existe sobra de fuerza. Estamos hace años descubriendo el paisaje nuestro, es decir, creándolo, construyendo patria. Años emplearemos todavía antes de ponernos plenamente en contacto íntimo con las cosas que nos circundan; pero ya nos encontramos apegados a ellas; y el vínculo for-

mado no puede romperse. Cuando futuras generaciones abran los ojos con penetración afectuosa ante este paisaje lleno de verdes claridades y escuchen el son divino que de él se exhala, como música todavía para nosotros confusa e incomprensible, es porque la Patria habrá sido creada por nuestros hijos con relieve íntegro y armonioso, en su forma externa y palpable. Los balbuceos tremulantes de los poetas y los ensayos infructuosos de los pintores son las primeras voces del gran coro futuro, en el cual se fundirá el alma de la tierra con el alma acorde de sus moradores.

Y mientras así razono, arrinconado en el asiento del vagón del tranvía, parece como si el paisaje risueño fuera tornándose más cordial, más acogedor, ofreciéndome en la pompa de sus verduras, con los sutiles temblores que en ellas suscita el aura, una muda salutación a mi pensativo silencio.

* * *

Comprendo la aguda, íntima y solitaria voluptuosidad del recuerdo. ¡Qué don inefable poseemos pudiendo revivir según el antojo del alma los hechos de nuestra vida, recorrer de nuevo con la mente los caminos en cuyo polvo quedó impresa la huella de nuestra sandalia! Aquella pasa junto a mí indiferente; pero un día mis labios poseyeron los suyos, conocí su gemido de amor; y ahora, en mi soledad meditaabunda, puedo renovar según mi capricho las antiguas horas idílicas. ¿No quedó para siempre aprisionada en mi memoria, no me pertenece en el silencio cuando rememoro los días del amor lejano? Fue entre mis brazos Venus propicia. ¿Acaso ella también no se hunde un instante en el golfo del recuerdo, y entonces soy yo de nuevo, durante un minuto fugaz, tal vez a pesar suyo, el amante de otro tiempo, el ser que poseyó la llave de oro de su carne y de su corazón, el enamorado que la cubrió de besos y la levantó altares como a un ídolo...?

Pasan por la vida, perfumándola, torturándola, anegándola de luces gloriosas, obscureciéndola en crepúsculos de tristeza estos seres delicados y dulces, bellos y frágiles, que son, sobre el vaivén azaroso de nuestros días, estrellas polares o arrecifes pérfidos. Y es una peregrinación en-

cantadora en su mansa melancolía esta en que vamos recorriendo, como si fuera un vasto jardín diverso; la vida pasada resucitando al rostro, las gracias, el espíritu de aquellas mujeres que el destino juntó a nosotros en un día feliz e infausto.

Como los enamorados exhuman del viejo cofre, en horas de apasionada pesadumbre, las prendas amorosas, los retratos evocativos cuyas dedicatorias manan ternura, las cartas de letras menuditas y copiosas, rebosadas de lágrimas, de suspiros y de juramentos; los pañuelos minúsculos que guardan aún en la trama de la tela el rastro de un perfume remoto, del acerbo sabor de las lágrimas o del dulzor de los besos difuntos, renovando las horas que fueron, vamos desenterrando de nuestro espíritu, que es siempre un gran cementerio de sueños, de alegrías y de dolores, un mundo vivo, un mundo que despierta y bulle dentro de nosotros con existencia prodigiosa. Nadie lo sospecha ni puede sorprenderlo si nuestro antojo no entreabre los postigos de la confidencia. Allí reposa un tesoro de secretas maravillas cuya posesión nos pertenece en absoluto; y es acaso lo único que en absoluto poseemos. Disfrutamos del don magnífico de poder llevar con nosotros el compendio de nuestra vida anterior; un yacimiento de bienes y de males, de rencores, angustias y goces; y así la parte de nuestro espíritu que se difunde con el viento de la pasión, en la marejada de la vida exterior, vuelve a nosotros mismos, condensada en la memoria, como en una gota de esencia el perfume de flores innumerables.

En la soledad permanecemos acompañados. Y es grata y triste la hora en que en torno a nuestra melancolía solitaria vienen a agitarse aquellas figuras que un día realmente cruzaron junto con nuestra perpetua inquietud con un revuelo de faldas amables; con una sonrisa sobre la boca en que gustamos miel de amores, en el éxtasis fugitivo del beso, con lumbré de dicha en el fondo de las pupilas por donde penetrábamos en paraísos ilusorios. Esa cohorte interior nos acompaña invisible, pronta a acudir a nuestro llamamiento, dócil a nuestro deseo, como un harén fantástico y maravilloso. Y es un estímulo a la vida nueva, al amor nuevo, al deseo de lo futuro, enigmático y sombrío, porque nos infunde la nostalgia de días mejores, y junto con la nostalgia suspirante, el enérgico impulso de

recorrer otras sendas, de escudriñar ignotos en el vasto arcano del mundo que se nos ofrece ante los ojos...

Voy caminando al azar por un sendero umbrío, orillado de altos árboles y matorrales frescos, frente a un valle de bucólica amenidad, sobre el cual y a lo lejos el sol derrama el escándalo de sus oros. También logra colarse por los exiguos claros del ramaje, y como en el insolente despilfarro de un potentado, riega monedas de oro —manchas de lumbre amarilla— sobre el suelo alfombrado de hojas muertas. Y ante este dilapidarse de su oro puro sonrió un momento puerilmente, pensando en los ávidos avaros que viven en el poblachón, y continuo evocando, con dulzura un poco triste, memorias de tiempos pasados. Sobre la sombra confusa del presente vuela el tropel de los recuerdos, como las palomas del alba, azules y blancas, en las tinieblas de la noche moribunda.

—¿Fueron crueles? Crueles y dulces, malignas y dulces, perversas y dulces... Pero qué crueldad deliciosa la que tortura inundándonos de aromas divinas. ¿Vale más la indiferencia mortuoria de los que miran la vida con una ataraxia en que se hielan los más nobles impulsos, que aquella otra inquietud dolorosa en que se cavila con el negror propicio de unos ojos que nos miran benévolo, con la escarlata de una boca donde puede florecer falaces palabras y besos de embuste, con la gracia nevada de una mano que puede, con un solo ademán, elevarnos a las venturas del éxito o precipitarnos de súbito en fríos abismos de desesperación? ¿Vale más vivir entre nuestras quietudes, fajados de indiferencia como una momia entre sus vendajes centenarios, o sentir cómo nos quema o suplicia la llama de las pasiones, el ardor santo y atroz en que se consume para tornarse en ceniza, ceniza de vejez, de impotencia, de sueño pacífico, nuestro espíritu y nuestra carne?

El concilio de las sombras viene conmigo por el umbrío sendero, bajo los altos árboles, en la mañana en que el sol triunfa con alardes de oro. Viene conmigo y ahuyenta la tropa taciturna de los pesares, de las incertidumbres, de los rencores. Y en medio del concilio amable me siento amparado y seguro, como dentro de una muralla de rosas de acero. Y converso con las sombras inundado de arrepentimientos y vaga melancolía, de esa melancolía que deben sentir en lo más hondo de su corazón

aquellas mujeres, aún jóvenes y bellas, en el intervalo de furibundas pasiones, cuando se arrodillan junto al confesionario donde extraños oídos van a escuchar cómo discurre con mansedumbre dolorida el rosario de todas sus culpas, el arrollo de los pecados, musical, malsano, sonoro...

Fueron amadas. Buscábamos algo que ninguno ha encontrado tal vez aún, inquiríamos con ardiente afán algo que tal vez no encontraremos nunca, el sentir gemelo de nuestro sentir, las lágrimas hermanas de nuestras lágrimas. Cómo matar el ansia del perpetuo deseo, la onda ardiente y ávida que sube del corazón como la llama de un incendio frenético... Fueron amadas. El egoísmo, sin embargo, como un viejo jardinero de mal humor, llegó un día y con heladas y fúlgidas tijeras cortó el tallo de la rosa más bella, el tallo del lirio más esbelto y fragante. Olvido, desesperanza, penumbra en que se borran todos los sueños, melancólica voluptuosidad de no mover la mano para evitar la caída de la última flor... Entre músicas y lloros vinieron a morir... Y parece como si la misma sombra suave que me protegía con sus alas contra las mareas embravecidas del infortunio fue iluminada de alburas y aromada de rosas en un grave día de pasión y de muerte. Y he aquí que desde aquel momento a la vez dichoso y fatal, me acompaña la sombra, emblanquecida de aurora, aromada de rosas. El sacrificio de las rosas la perfumó como el humo cálido de una sanguinaria inmolación. Y es junto a mí como un ángel de la guarda, sonriente y taciturna, esfinge que vigila y ampara el rebaño de mis sueños...

Ninguna trajo consigo el secreto de la redención, ninguna dijo sobre el dolor de la vida las palabras de la libertad. Llegaron con rumor de risas o con graves miradas de pesadumbres. —¡Oh grandes ojos negros, llenos de ilusión y de súplica, en aquellos que perfumaban los naranjos florecidos en la ribera del vago río perezoso!— llegaron, sonrieron, lloraron y emprendieron de nuevo el camino que se funde a la distancia en una negrura ignorada por todos los que viven. Aún me parece contemplar cómo flotan a la brisa de la tarde, doradas por los rayos postrimeros de sol triste, sus vestiduras blancas, azules, rojas, como un revuelo de adioses distintos...

Sobre las verduras del valle cruzan sombras de nubes que oscurecen el verdor metálico y nítido de las sementeras. El silencio se ahonda en

un recogimiento roto por el rumor de mis pasos sobre el tapiz de hojas muertas. El canto de un pájaro tiembla en el bosque, solitario y único. Es como la flauta de un melómano en barrio abandonado. No muy tarde, cerca de la solemne soledad de este paraje, cruzará el tren con su estrépito, furioso de hierros y sus humos nauseabundos, y las caras de los viajeros que se asoman a las ventanillas, curiosas o aburridas. Y acaso un lindo rostro femenino abrirá sus pupilas deliciosas ante el paisaje espléndido, y suspirará con vagas ansias de dicha ante la idílica naturaleza...

El pájaro sigue cantando en el fondo del bosque, y yo echo a andar hacia el río, en busca de frescura.

EL 19 DE ABRIL DE 1810

A los comienzos del siglo XIX, antes de que la invasión de la Península por las tropas francesas y los sucesos ulteriores acaecidos en el Viejo Mundo suministraran oportuno pretexto para el movimiento de Independencia, el espíritu revolucionario cundía en toda la América española. Las clases sociales poderosas y cultas no se avenían con los exclusivismos y exageradas rigideces del régimen colonial; y ya se agitaban con el intento y la esperanza de la autonomía política y administrativa de sus territorios. La Revolución Francesa había puesto la palabra Libertad a la moda; y los sorprendentes frutos de engrandecimiento y prosperidad que la América del Norte cosechara al separarse de la Gran Bretaña y erigirse en nación libre, ofrecían un ejemplo muy próximo y muy halagüeño¹ para que la población ilustrada de la América del Sur no tratara de imitarlo. Los movimientos revolucionarios que estallaron entonces en diversas partes del Nuevo Mundo eran la señal de una extensa y unánime aspiración colectiva. El pueblo era por lo general indiferente a tales novedades, ni las comprendía. Fueron las clases influyentes y ricas las que promovieron la emancipación; aquellas que aspiraban, como era justo, a manejar por sí mismas los negocios públicos de sus comarcas nativas, donde tenían fin-

1. "Ejemplo tentador", escribe Rafael Seijas a este respecto, *La Opinión Nacional* (29 de octubre de 1877).

cados haciendas y afectos; y a suprimir el predominio de los españoles, el cual, forzosamente, había de resultar para ellos irritante y odioso, como siempre los dominadores para los dominados.

Bien que durante la guerra de Independencia, y hasta muchos años después, mientras permanecieron vivos y amenazantes los rencores escondidos durante la lucha, el bando patriota exageró un tanto la tiranía española y la pintó con tintas más negras de las que tuvo en la realidad, es lo cierto que el español tuvo siempre por inferior al criollo, sin tomar en cuenta su origen, y que los magistrados solían eludir las leyes o torcer su interpretación cuando eran favorables a los americanos². Sólo se empeñaban en defender los intereses y prerrogativas de los pueblos sus Cabildos, cuya energía y autoridad, tan enteras durante las primeras épocas de la conquista³, habían sido mermadas aposta y paulatinamente por el gobierno de la Península, el cual, viendo quizás en la entereza de aquellos cuerpos un peligro para lo venidero, puso empeño especial en deprimirlos y despojarlos de influencia efectiva en los negocios públicos de las colonias; pero con todo y “reducidos a una sombra pálida de lo que fueron en el primer siglo de la conquista, compuestos de miembros en cuya elección no tenía ninguna parte el vecindario, tratados duramente y a veces vejados y vilipendiados, no abdicaron jamás el carácter de representantes del pueblo y se les vio defender con denuedo en repetidas ocasiones los intereses de las comunidades”⁴. De la firmeza de los Cabildos en sus funciones es donde resalta el ímpetu inicial de la Independencia. Por más que el pueblo fuera extraño a sus intenciones, cumplían con una sagrada obligación al defender los intereses que representaban.

Hanse suscitado disputas y controversias sobre si los actos ejecutados por el Ayuntamiento de Caracas el 19 de abril de 1810 tuvieron una significación revolucionaria o fueron sencillamente un grito de adhesión a Fernando VII y de protesta contra el gobierno intruso de Bonaparte: si al instalar la Junta de Gobierno y deponer a las autoridades españolas

2. *Documentos para la vida pública del Libertador*, t. II, N° 269.

3. Véase Ángel C. Rivas, *Discurso de recepción en la Academia de la Historia*.

4. Bello, *Obras completas*, t. VII.

se pensó en los intereses, libertades y fueros de la colonia misma o sólo en los derechos del monarca español y de su dinastía sobre estas tierras. En el segundo caso, el 5 de julio vendría a representar en nuestros fastos una reacción contra el 19 de abril, y no su consecuencia lógica, como se inclinan a opinar los más de los historiadores, venezolanos y realistas.

Es cierto que en la forma, y según las palabras escritas en los papeles oficiales por aquellos días, los directores del movimiento hablaron de adhesión a España y a Fernando VII; pero las circunstancias del momento requerían tal disimulación, perfectamente excusable en asuntos de este linaje. Se temía alarmar al pueblo y enajenarse su opinión. En cosas de política, principalmente en aquellas en que se ventilan intereses de tanta importancia como el porvenir de todo un grupo humano, no puede pedírsele a los hombres que comprometan el resultado de sus labores hablando con aquella franqueza y sinceridad que son prendas de valiosa virtud en las cuestiones particulares. Un estudio, sucinto cuanto fuere posible, de los sucesos de aquella fecha, nos permitirá fijar el carácter de nuestra revolución.

Buena parte de las personas influyentes de Caracas estaba disgustada con el gobierno de Emparan y conspiraba para destituirlo. A principios del año descubrióse una conjuración que contaba, según se dijo, con el batallón de milicias de Aragua, y fueron entonces arrestados y confinados algunos individuos de nota complicados en ella⁵. Los espíritus se movían inquietos y ansiosos y sólo aguardaban una coyuntura propicia para tentar fortuna. Muchas de aquellas personas, bien conocidas por sus tendencias radicalmente revolucionarias, tomaron parte en el 19 de abril. Algunas se entrometieron en el Cabildo arrogándose el título de Diputados del pueblo y el clero y fueron quienes decidieron los sucesos de ese día⁶.

5. Los Ayala, los Carabaño, Diego Salom, Florencio Palacios, etc.

6. "Un puñado de hombres conocidos en los pueblos por sus opiniones trastornó la obra de 300 años a presencia de una multitud asombrada con suceso tan inesperado, y del Real Ayuntamiento de la Capital, que teniendo en su seno tres del número de los conjurados, fue la víctima de su audacia, del terror y de la sorpresa", *Manifiesto a todas las naciones civilizadas de Europa*, citado por Urquinaona, *Revolución de Venezuela*.

Las primeras medidas de la Junta fueron abolir algunas disposiciones del oneroso régimen colonial, manifestando el propósito de reformar la administración, como si el nuevo gobierno fuera definitivo o por lo menos como si tuviera la firme intención de serlo. Algunos miembros de la Junta eran varones de claras luces y de experiencia, y no podían equivocarse acerca del modo como serían recibidas por los españoles las noticias de aquella novedad. La Junta expulsó a Emparan, a Basadre y a otras autoridades, considerándolos peligrosos. Las frecuentes conspiraciones urdidas por peninsulares, a raíz del 19 de abril, no dejaban duda acerca del carácter que tomaría la revolución. El canónigo Madariaga hablaba, con su desembarazo de costumbre, pocos días después, de la “emancipación de Caracas”⁷.

Ni las autoridades españolas se equivocaron acerca de la verdadera intención del movimiento y de su influencia en los destinos de América. En Coro Ceballos recibió “con indignación al comisionado de la Junta, y a los enviados a Maracaibo los arrestó Miyares y los remitió presos a Puerto Rico”. Por más que la Junta, obrando con la cautela y discreción del caso, le protestó fidelidad al Consejo de Regencia en los términos más respetuosos y comedidos, la Regencia no mordió el cebo del ardid, y se deshizo en denuestos y frases destempladas contra los que escribieron la apacible comunicación, motejándolos de “insurgentes, facciosos, escandalosos y rebeldes, llenos de ambición desatinada, desnaturalizados”, etc.; y ordenó el bloqueo de las provincias “traidoras”. Por su lado, los resueltos partidarios de la Independencia no perdonaban medios para despertar en el pueblo la aversión hacia los españoles. Cuando llegó a Caracas la noticia de las matanzas de Quito, el pueblo se amotinó y reunido en grupos numerosos se dirigió a la residencia de la Junta “pidiendo a gritos la expulsión de los españoles y canarios”⁸. Entre los atizadores de aquel alboroto andaban algunos personajes que tomaron parte principal en los sucesos de abril⁹. Para fines de 1810 el pensamiento de la emanci-

7. Carta a don Joaquín Berrío, desde la Hacienda de Estanques, Mérida.

8. Baralt, *Resumen de la historia de Venezuela*, t. II.

9. J.V. González, *Biografía de José Félix Ribas*.

pación está profundamente arraigado en el corazón de aquellos que poco después emprenderán el camino sangriento de la guerra, para darle vida libre a la Patria, a costa de sacrificios innumerables y tremendos.

Desde un principio comprendió la Junta, en toda su amplitud, el altísimo interés que debía ligar a todos los pueblos americanos en el propósito de la Independencia. Una de sus primeras gestiones fue dirigirse a los Cabildos de las capitales de América, exponiéndoles las razones de su conducta e invitándolos a que la imitaran y sostuvieran. A vuelta de varias consideraciones, encaminadas a aparentar sentimientos de patriotismo estrictamente español, dice la Junta: “Caracas¹⁰ debe encontrar imitadores en todos los habitantes de la América en quienes el largo hábito de la esclavitud no haya relajado todos los muelles morales; y su resolución debe ser aplaudida por todos los pueblos que conserven alguna estimación a la virtud y al patriotismo ilustrado”¹¹. Conoce el flamante Gobierno que todas las fuerzas de iniciativa favorables a la libertad con que puede contarse por entonces en América residen en los Cabildos, y a ellos se dirige. El pensamiento de la Independencia resalta ya clarísimo como el inconfundible fulgor de un lucero a través de una diáfana nube, en el pasaje donde la Junta manifiesta que la actitud del pueblo español “al recobrar sus antiguas prerrogativas” autoriza tácitamente a los pueblos americanos para darse cada cual el Gobierno que estimare más conveniente¹². Nunca se había razonado antes con tanta elocuencia y energía el derecho de Suramérica a la libertad.

La situación de las demás colonias españolas era igual a la de la Capitanía General de Venezuela, salvo, naturalmente, las diferencias que les imponían sus riquezas y la frecuencia de sus comunicaciones con la Metrópoli. Para estudiar siquiera someramente su estado intelectual y político sería menester un volumen. Basta a nuestro propósito el hecho indiscutible de que todas las comarcas americanas del Sur eran terreno abonado para recibir la semilla fecunda. “Después de la contienda (se

10. El himno venezolano tiene versos de invitación en el mismo sentido: “Seguid el ejemplo que Caracas dio...”.

11. La Junta Suprema de Caracas a los Cabildos de América.

12. *Ibid.*

refiere el historiador a la rebelión encabezada por Tupac-Amaro) fueron frecuentes los avisos de los Virreyes del Perú, Méjico y Santa Fe, participando a la Corte que en la cabeza de los americanos principiaba a fermentar principios de libertad: peligrosísimos a la soberanía de España”¹³. Las diversas insurrecciones, fracasadas por prematuras, concedíanles cumplida razón a los Virreyes. La revolución de Quito, que en 9 de agosto de 1809 destituyó y arrestó a las autoridades españolas y fundó una Junta Suprema de Gobierno, fue una de las manifestaciones más elocuentes y categóricas del sentimiento predominante en todo Suramérica. Pero en los asuntos de la política o de la guerra el buen éxito es el que da o quita razón; y el que con más fuerza empuja a las gentes a uno u otro bando. Por circunstancias, cuyo examen no vendría al cuento ahora, la revolución de Quito fracasó lamentablemente y terminó entre los horrores de una carnicería. La Junta de Quito se mostró, sin duda alguna, bastante débil y no poco candorosa. Y fue precisamente la conducta discretísima, de insuperable sagacidad política y al propio tiempo de sorprendente energía, templada, cuando era oportuno, por la clemencia, lo que le concedió al nuevo gobierno de Venezuela la autoridad y el vigor necesarios para seducir con sus arranques patrióticos a los demás americanos del Sur. El gobierno revolucionario de Caracas, resuelto, temperante y magnánimo, pero sin contemporizaciones peligrosas para su propia vida, tenía que influir sobre los innumerables descontentos de las otras comarcas, ofreciéndoles el ejemplo de una revolución llevada a cabo felizmente, sin estragos ni ruinas, animándolos a imitar sus procedimientos, alentando a los vacilantes, infundiendo fe en los incrédulos y principalmente fortaleciendo el ánimo de aquellos partidarios de la revolución a quienes la indiferencia o la frialdad de sus compatriotas mantenían en la inacción y la reserva, obligados a reprimir y ocultar los sentimientos que abrigaban.

Los adalides de las revoluciones suramericanas anteriores al 19 de abril, después de principiar su obra vacilaron, temieron, se sintieron acongojados y llenos de perplejidad ante las dificultades de la empresa apenas

13. Baralt, *op. cit.*

iniciada, dificultades que el temor acrecentó y contempló insuperables, y al cabo, casi despavoridos, sucumbieron. Los revolucionarios de Caracas, en cambio, todo lo habían previsto, hasta la guerra. En efecto, a raíz del movimiento del 19 de abril salieron para Londres dos comisionados de la Junta Suprema y entre las proposiciones¹⁴ que presentaron con fecha 21 de julio de 1810 al gobierno británico, se encuentra la siguiente: “...Entre tanto se emplearán todos los esfuerzos de una interposición amigable, con el objeto de prevenir la guerra entre la provincia y la Madre Patria”. Los comisionados recibieron sus instrucciones de la Junta días después del 19 de abril; y esta cláusula prueba que los revolucionarios venezolanos pensaron desde el primer momento en el conflicto bélico. La Junta no poseía grandes elementos de resistencia; pero procedió a organizar su defensa como lo permitían las circunstancias; ni se amilanó con la plaga de piratas y filibusteros que desató Cortabarría con sus patentes de corso sobre las costas de Tierra Firme ni con las rebeliones de Guyana, de los catalanes de Cumaná, de Maturín, etc. A todo hicieron frente, sin sombra de temor, los hombres del nuevo gobierno, si no con el ímpetu arrollador y terrible que más tarde aprenderían a desplegar, aleccionados por los azares de la guerra y endurecidos en los lances de un largo infortunio, por lo menos con honorable firmeza. El Ejército que comandó el Marqués del Toro en la campaña de Occidente no era un dechado de brillantez ni pericia; más tarde esos soldados, hambrientos, enfermos, cubiertos de harapos, sin otra gala que el heroísmo de sus corazones, realizarán campañas estupendas, vencerán ejércitos veteranos de Europa, libertarán extrañas regiones; y ya vestidos de resplandecientes arreos marciales, dirigidos por el primer soldado de América, conquistarán en Ayacucho el supremo triunfo de las armas americanas.

Es verdad que las comunicaciones de Venezuela con las demás comarcas de América eran precarias y tardías. El movimiento de insurrección inició el acercamiento que naturalmente habían de procurar los pueblos ligados por el vínculo de los intereses políticos comunes. Los re-

14. *La Gaceta de Caracas*, (26 de octubre de 1810), al insertar las proposiciones a que luego nos referimos, habla de “negociaciones estipuladas entre Venezuela y la Gran Bretaña”.

volucionarios a quienes expulsaron de Venezuela, primero las suspicacias de los gobernadores españoles, y luego los reveses de las armas, llevaron a otros suelos sus ideas y sus entusiasmos de libertad, o se comunicaron en el extranjero con otros personajes a quienes la desgracia ponía en circunstancias idénticas. La emigración consecutiva a los sucesos de 1812 fue, en este sentido, más favorable a la independencia suramericana que muchos triunfos militares. Porque los venezolanos demostraron desde el principio de la revolución un ahínco tan tenaz e inflexible en el empeño de la libertad, que al fin llegó a adquirir entre los españoles un renombre fatídico de contumacia. Un historiador peninsular¹⁵ escribe: “La capital de las provincias de Venezuela, Caracas, ha sido la fragua principal de la insurrección americana”.

La noticia de los sucesos de Caracas corrió con rapidez mucho mayor de lo que podía esperarse de los medios de comunicación de la época, y a pesar del empeño que ponían las autoridades españolas por atajar la divulgación de aquellas novedades. El Vicepresidente de la Junta Suprema de Santa Fe de Bogotá les escribía a los Señores de la de Caracas con fecha 6 de agosto de 1810 felicitándolos por el movimiento del 19 de abril; allá no se habían recibido nuevas oficiales de Caracas, seguramente debido, dice el Vicepresidente, “a las máximas del antiguo Gobierno, de quien hay no pocas sospechas de que interceptaba la correspondencia”.

La rebelión venezolana produjo hondo regocijo en todos aquellos hombres de los pueblos de América que venían laborando clandestinamente, como lo permitían los duros azares de los tiempos, por la libertad del Nuevo Mundo. La marcha regular de los sucesos, la aquiescencia más o menos sincera del pueblo y la moderación y liberalidad con que procedieron los hombres del nuevo Gobierno, diéronle a éste un carácter circunspecto y respetable que eran segura prenda de fuerza y de buen éxito. No sería muy aventurado afirmar que si el movimiento del 19 de abril en Caracas hubiera fracasado poco después, habríase retardado, y tal vez por muchos años, la independencia de Hispanoamérica. Ese fracaso hubiera desconcertado y desengañado a la mayoría, porque no puede

15. Torrente.

pedírseles a todos los hombres que posean aquel extraordinario temple de espíritu del héroe, que le permite enderezarse más íntegro y arrojado después de cada infortunio, tal como la retemplada hoja de acero que presenta de nuevo su punta amenazadora, en cuanto cesa la presión que la mantuvo por un momento encorvada e inútil.

Sólo la inexperiencia y lenidad de los patriotas en asuntos militares, el efecto del terremoto de 1812 sobre las turbas ignaras y supersticiosas, las desventuradas desconfianzas de Miranda y la audacia de Monteverde, pudieron producir el estrepitoso derrumbamiento de la primera República. De entre sus escombros salía con su fe ilesa y con el alma dispuesta a nuevas luchas, el Padre de la Patria. La semilla estaba sembrada y había arraigado hondo en tierra propicia. Los personajes predominantes habían adquirido, con los sinsabores de los reveses, la confianza en lo porvenir, y nada podía detenerlos para lo sucesivo en la senda de la Victoria.

LA REVOLUCIÓN FEDERAL

De 1858 a 1863 Venezuela se convirtió en un caos político. La oligarquía llamada liberal de los Monagas unió en contra suya los hombres de ideas más contrarias, desde los conservadores antiguos hasta muchos liberales burlados en sus ambiciones. La Revolución de Marzo confabuló por el juego de intereses múltiples, para los cuales el Gobierno era un inminente peligro, las más de las inteligencias capaces y de las voluntades poderosas de la nación. Mas al punto que dejó de ser el enemigo común, cundieron las disensiones provocadas por los apetitos opuestos, y cada bando procuró apañar el poder. De allí nació el estado caótico de la política; no tanto por lo vario y distinto de los bandos, sino precisamente porque ninguno acertaba a concretar en definitiva sus aspiraciones: declamando todos con el énfasis sempiterno de los políticos de profesión, que sólo alentaban y vivían para la salud y la salvación de la patria, ninguno hubiera podido formular un programa claro y factible de los remedios que urgía aplicar a los males que reconocían todos, un plan de reorganización que se acordara con el anhelo de las mayorías y fuera cónsono con el medio étnico y con el ambiente moral: todo se volvía

disquisiciones etéreas, quimeras más o menos hermosas e impracticables: “delirios de legisladores”.

El mal venía de muy atrás, de los días turbulentos de la Gran Colombia y de la Guerra; de los días de aparente sopor, animados de rencillas parroquiales, de la Colonia, cuando a los criollos comenzó a subírseles a la cabeza un extraño orgullo de casta, y se vistieron ínfulas infructuosas de revolucionarios quienes no podían serlo ni por temperamento ni por educación, ni aun por la propia conveniencia. El desacuerdo profundo que desde entonces existía entre las fórmulas escritas que se adoptaron para basamento de la República y los instintos individuales y colectivos, había de traer un desquiciamiento periódico, en que los poderes públicos quedaban destronados y substituidos, para recomenzar a poco la misma eterna y estéril pugna. Quiso jugarse con los pueblos un juego imposible: adaptarlos, como si fueran cosas maleables y dóciles, al espíritu de instituciones urdidas por la desbocada fantasía de legisladores alucinados; en vez de adaptar las instituciones de gobierno al espíritu de la comunidad. El caso es que la mayoría se llamaba a engaño en cuanto notaba que ni la letra de los códigos ni los procedimientos efectivos de los dirigentes les garantizaban ni les cumplían las promesas retóricas de las proclamas de guerra; y los mismos personajes que asaltaban el poder encontrábanse constreñidos y molestos por la presión ambiente y por la sorda inquina de los menos afortunados.

El estado de Venezuela en aquella época era de una profunda corrupción social, más profunda y más grave en las clases políticas y entre las personas instruidas. Así lo atestigua un varón de tan irrecusable honradez como Fermín Toro: “La segunda clase de los que sostienen al Gobierno, ¿cuál es? La de aquellos que lo sostienen por conveniencia. ¿Cuáles son éstos? Los que derivan del Gobierno un salario pagado por las rentas públicas. Esta clase constituye una plaga. La mitad de la población aspira a vivir del público: es una lucha por tener empleos y el hombre de honor y conciencia que ocupa una vez el poder, lo arroja de sí para siempre, porque, o tiene que prevaricar, o hacerse enemigo de la mitad de la sociedad”¹⁶. En cuanto a la otra clase “es ciertamente la más

16. Fermín Toro, *Discurso en la Convención de Valencia, el día 29 de septiembre*.

ilustrada, es aquélla que puede formarse una idea de los deberes y de los derechos y de las relaciones entre los gobernantes y los gobernados, en fin, de la política. Desgraciadamente en Venezuela ésta es la clase que ofrece menos garantías a la sociedad. Limitada por naturaleza... es también la más viciada”. Existían además “los que llaman gobierno al jefe del Estado, los que simbolizan la nación en un hombre y no conocen más derechos ni más voluntad nacional que la voluntad de ese hombre”. La descomposición que fermentaba desde la segunda mitad del siglo XVIII, apresurada y exasperada por el trágico ardor de la guerra de Independencia, durante la cual fue olvidado todo fuero y conculcado todo derecho, aparecía, repugnante y formidable, a flor de las primeras capas sociales. Tal estado de desquiciamiento moral, que hizo imposible el ensueño de la Gran Colombia y amamantó los disturbios que surgieron al momento, fatales como en organismo enfermo, se prolongó, agravándose al través de los desmanes del despotismo, hasta incubar, en el extraño período que se abre con la Revolución de Marzo, aquella confusión espantable, aquel intrincado y confuso enredijo de conjuraciones, infidencias y golpes siniestros en que se debatían los partidos.

Por desgracia no poseemos los documentos necesarios, ni aún estamos a la distancia conveniente para escribir la historia social de la Venezuela de la época: faltanos [*sic*] datos acerca de muchos pormenores, principalmente en lo que atañe a la vida privada; ni la vecindad de los tiempos permiten escudriñar muy de cerca aquellos enredos, para echar a vuelo la verdad debidamente comprobada. Algún día lejano un historiador que disfrute de las libertades concedidas por el tiempo, dibujará acaso sobre el fondo de tormenta el bosquejo exacto de los tipos representativos de ese período de la vida venezolana: siluetas trazadas con punta de almagre sangriento de la propia gleba nativa, sobre el fondo ennegrecido de auténtico horror.

Entre la muchedumbre de las tendencias descolló vigorosa la federalista, cuyo auge se debió, no a lo que en su esencia entrañaba, sino a que en el vaivén de los sucesos vino a representar un movimiento democrático, ya que contenía más largamente el pensamiento revolucionario, el propósito de destruir abominables prácticas conservadoras.

La federación no fue más que una palabra de señuelo en los labios de los mismos corifeos federalistas: así lo confesaron algunos de ellos, personas de autoridad en el partido. Los demás apenas se daban cuenta de lo que la federación significaba; y en el alma del pueblo que le fue adicto, apenas era una especie de fórmula incomprensible, en la cual estaba contenido el remedio de todas sus calamidades. No es raro en la historia de los pueblos ese género de sugestión ejercido por una palabra. “La lucha fue en realidad por la democracia, y la federación asunto de forma”, escribe Alvarado. En realidad tanto hubiera valido inscribir cualquiera otra palabra en el estandarte de la revuelta. La mayor parte de los federales de nota, aun aquellos mismos que sobrevivieron largos años al triunfo y pudieron palpar la inutilidad del esfuerzo de la guerra en busca de una fórmula que no llegó nunca a implantarse, sino apenas en el vago ensayo infructuoso que se intentó a raíz de la victoria, hacían sinónimos los términos federación y liberalismo, que ninguna relación tienen entre sí, ni se explicaban la existencia de un centralista liberal. La lucha fue por la democracia; mas el pueblo no estaba preparado tampoco para la democracia circumspecta y llena de cordura. El pueblo sólo estaba listo para la protesta, para la guerra, para sacudir la pesadumbre de la opresión que lo estaba aniquilando. La guerra era lo irremediable, y el pretexto aducido y las fórmulas que se emplearon para justificarla y dirigirla es lo que menos viene a cuento ahora. Fenómeno social que abre válvula de escape a sentimientos comprimidos en el espíritu colectivo, la guerra era consecuencia forzosa de la agitación, del malestar, de la sorda inquietud que laceraba los ánimos arrebatándolos en el torbellino de la pasión, a buscar con el expediente de la matanza una salida a las agobiadoras incertidumbres que los oprimían. Hasta entonces el pueblo había seguido con admiración o espanto la trayectoria recorrida por los guerreros gloriosos y terribles de la patria, y había adquirido ya el hábito de vincular las escasas e inferiores ideas políticas que le estaba permitido concebir, a un hombre de guerra, cuando no, raras veces, a algún prócer civil de reputación resonante. El hombre encarnaba la idea; y los que no poseían capacidad para comprenderla ni para amarla, la amaban y defendían en el Jefe que la representaba a

sus ojos. Fetichismo oscuro de pueblo primitivo, si se quiere, pero muy natural en la época.

Por lo demás, es fenómeno psicológico corriente en los pueblos del trópico que se desentiendan de los principios para apasionarse por las formas y que a las ideas abstractas antepongan el ser tangible en quien pueden admirarlas a su sabor. Tal vez podríamos asegurar que si la Independencia fue prematura para nosotros, carentes de materiales con que constituir una nación firme, y la fragmentación de Colombia, su consecuencia, un exabrupto insensato que no han pagado todavía las tres naciones ni con la centuria de crímenes, desórdenes y turbulencias que han vivido, la evolución democrática, que a precio tan caro de catástrofes se compró, vino a ser casi inútil por extemporánea. Con todo, aun ese algo que se conquistó excusa cabalmente la violencia empleada.

Luego de conquistada la emancipación por la guerra, todas las ambiciones y apetitos quedaron en pie y de facción, apercebidos a satisfacerse por el medio que tan sorprendentes frutos les diera al fin y al cabo. La guerra podía crear un nuevo estado de cosas, mas no edificarlo con solidez, bueno para irse perfeccionando por medio de la natural evolución pacífica. En vez de amenguarse y debilitarse, prosperaban y crecían los gérmenes que habían de producir las convulsiones revolucionarias; y menos mal que por último se lograra algún adelanto en el sistema democrático. La Revolución Federal afianzó en el espíritu público el amor, a la forma republicana y liberal de gobierno al promulgar el Decreto de Garantías, y fomentó los instintos democráticos de la turba, vivaces en el fondo, a despecho del fetichismo personalista que suele oscurecerlos de vez en cuando. Los resultados fueron en cierto modo más del dominio de las ideas que los hechos: a las tiranías conservadoras sucedieron las tiranías liberales y democráticas.

Cuanto a la guerra, presenta dos fases: una regular, en que generales sensatos e instruidos dirigen la campaña e imponen el orden y la disciplina en el ejército; y otra de guerrillas encabezadas por bandoleros brutales, aventureros feroces, abominables por su lujuria, su sed de oro y de sangre y sus instintos de destrucción. Esta última faz tuvo el predominio; porque muchos oficiales del Gobierno emulaban en tropelías a los cabe-

cillas insurgentes, con menores excusas, ya que se trataba por lo general de militares tenidos por cultos y civilizados: de Cumaná escribían: “Aquí tenemos un señor Capó que es segunda edición de Boves”, y ya se sabe la fama que rodea al nombre de éste en aquellas comarcas. Cuando así procedían los militares de cultura extensa, adquirida en los grandes centros, ya es fácil suponer cómo obrarían los guerrilleros broncos e ignaros. En la pandilla de generales oscuros y de estrategias de menor cuantía que pululan en la época, se destaca y culmina la figura fiera y enérgica de Zamora, con su perfil moral y físico de ave de presa, hombre tallado en la madera de que se forman los grandes capitanes, hábil como Sertorio, dotado de un vigor de acero legítimo en medio a las vacilaciones y endeblesces de sus contemporáneos. La campaña de Santa Inés es laurel lozano, digno de la frente de un héroe epónimo. Lo efímero de su fulgurante curso de meteoro, su muerte inesperada y trágica, fue buena parte a cimentar ese prestigio de ídolo de que disfruta en el círculo liberal.

La guerra, regularizada en parte por breve tiempo, reasumió después de la jornada de Coplé sus caracteres atroces de merodeo y devastación; y sus efectos económicos repercutieron largamente sobre la vida nacional, preparando la crisis definitiva de angustia y miseria que estalló al cabo de treinta años, cuando ya el país no tuvo aliento para soportar la serie estrepitosa de las catástrofes. El estado de corrupción que indica Toro en el recinto mismo de la Convención, debía ser factor de importancia en el mecanismo de la guerra. Manejada ésta siempre por hombres sin escrúpulos, cabecillas paupérrimos sedientos de oro y de exterminio, animados de vicios turbulentos, sus efectos devastadores debían ser mucho más hondos y duraderos. Aun personalidades eminentes del bando conservador, fueron acusadas de haberse apropiado con fraude el tesoro del Ejército Constitucional de Occidente después del desastre final de Curbatí. Los beligerantes no tenían ley. La miseria de todos imponía la exacción como una necesidad. Las autoridades no hacían gran cosa por evitar las tropezas ni disminuir el descontento de los pueblos; antes bien lo exasperaban con sus procedimientos. A los principios de la guerra en Portuguesa, los tenientes del Gobierno “obligaban a los naturales a empuñar las armas, no se les acordaba vestuario ni pre ni rancho a los reclutas y a palos les enseña-

ban la táctica; hacíanse razzias de caballerías, acémilas y bueyes y requisas de monturas, sin miramiento a la propiedad”¹⁷; ni el gobierno central se ocupaba con lo que ocurría en las provincias. No sin razón hablaron los conservadores de “guerra social”. Bueno es recordar que los facciosos de Portuguesa, que no obedecían a ningún plan de levantamiento general, ni tenían nada que hacer directamente con los liberales, fueron capitaneados por comerciantes fallidos, y su grito de guerra fue: “¡Todos somos iguales! Abajo los blancos”¹⁸, lo cual denunciaba la opresión y el malestar en que vivían las últimas clases, que emprendían una obra de venganza y desquite. A poco del pronunciamiento de Coro y del desembarco de Zamora, éste, ya dueño de un ejército, habla de “moral, orden, respeto a la sociedad”¹⁹; pero lo natural era que prosiguieran, como prosiguieron, los atropellos y desmanes de los cabecillas y de los oficiales del Gobierno sobre quienes no podía ejercer vigilancia el poder central. Ni aun el mismo espíritu magnánimo de Falcón consiguió atenuar los horrores abundantes: mientras él perdonaba y mostraba comedimiento, las facciones obraban a su talante, sin percatarse de lo que agradara al Jefe.

La pugna de ambiciones desapoderadas que cundían en el seno de los partidos, y el eclipse del sentido moral explican todos los sucesos extraños de la interinaria de Tovar con la absurda peripecia del Ministerio de las treinta horas; la reacción que dirigió Aranda; los intentos de conciliación de Castro y su proclama del 30 de julio que lo colocaba en una falsa posición; la conjura de Las Casas y los jefes de tropas que proclamaron la Federación; el efímero gobierno de San Pablo; el contragolpe constitucional, que trajo días de calma relativa a Caracas; y finalmente los manejos subrepticios de Páez y su desastrosa dictadura. No parece sino que los hombres hubieran perdido el juicio en las tenebrosas andanzas de la política de la época. Muchos, como Castro, parecen atacados de locura, otros se degradan voluntariamente en aquella sombría confusión de arrebatos, como el anciano general de Carabobo, león decrepito a quien sus áulicos obligaban a tirar del carro de sus propias pasiones, antiguo

17. Alvarado, *Historia de la Revolución Federal*, p. 87.

18. *Ibid.*, p. 84.

19. Orden general del 23 de febrero de 1859.

dignatario del heroísmo convertido por arte de sus aduladores y secueces, en fiera de feria.

En suma, la Revolución Federal pudo ser salvadora. Mas del seno del partido en triunfo salió al punto la dictadura de hecho, como la cabeza renaciente de la hidra. El partido se mostró dócil con la tiranía, aceptó sus violencias, olvidó su programa, y al condenarse él mismo al oprobio, exterminó la más próspera esperanza de renacimiento. Triste espectáculo ofrecen los partidos políticos de Venezuela, que al desaparecer en un vertiginoso frenesí de mando arrojaron, como despojo definitivo, afrentoso sudario sobre el cadáver sangriento de la República.

LA FIESTA DEL ÁRBOL

Culmina en mayo la alegría y la gracia de la naturaleza. Triunfa entonces, sobre el correr premuroso y robusto de las savias, la pompa de las flores; y los follajes opimos cubren al vegetal con un manto opulento, como la vestidura de riqueza imponderable a los antiguos magnates fabulosos. Es la resurrección y la victoria de la Vida; y una aleluya unánime surge de los seres y de las cosas, diafanizada por el alto sol en los cielos azules.

Felices nosotros, más que los moradores de comarcas apartadas del ecuador, no presenciamos nunca la muerte transitoria y triste de la vegetación que se llama invierno. Las nieves no asuelan nuestras arboledas con sus caricias devastadoras, con sus besos mortales y fúnebres, ni nuestros corazones tienen que deplorar la visión de paisajes escuetos, de los cuales están ausentes las sonrisas de las lumbres solares y las sonrisas de los frescos verdores. El sol es nuestro asiduo amigo cotidiano y bajo su cálido imperio relumbra de continuo la esmeralda de las frondas, cuando no un florido regalo de púrpura, tinta predilecta en la cumbre de los árboles criollos, como si ellos quisieran expresar en el tono sangriento de sus copas, antiguos recuerdos heroicos o el ímpetu gallardo y fiero con que se vierte la sangre venezolana.

No podemos, en realidad, dirigir un saludo exultante y ferviente al retorno de los júbilos primaverales; pero la institución de la Fiesta del Árbol es un pensamiento generoso, fecundo en claros beneficios y represen-

ta mucho más que una simple fiesta pública, mucho más que una caprichosa comedia momentánea. Manos de candidez y pureza, que ignoran el pecado y el crimen, vienen a sembrar en día de memorias solemnes, como en la reverente ejecución de un hermoso rito, agradable al Dios de la Naturaleza, árboles tiernos, símbolos oportunos de prosperidad y de vida.

El respetuoso culto rendido a los árboles, es tradición de los pueblos que aman los sitios en que se asientan sus hogares; y hasta señal distintiva de ese mismo amor. Un rastro de la esencia de aquel culto, antaño poderoso, subsiste en el afecto racional que les profesamos ahora y en los cuidados con que protegemos su existencia. En el espíritu rebosante de tinieblas del hombre primitivo no cabía este sentimiento de veneración cariñosa para nuestros amigos del mundo botánico, sino en la forma con que su simplicidad y rudeza revestía todo impulso interior, y así fue primero culto de superstición y religioso respeto. Cada árbol distinto estaba consagrado a un dios, y divinidades risueñas o tenebrosas adversas o propicias, habitaban en ellos. En la sociedad temerosa era la encina ilustre favorita de Júpiter; y el laurel, amado de Apolo, porque bajo su eximia corteza se ocultaba Dafne la esquivia.

Las hamadriadas jocundas henchían las selvas con el rumor cristalino de sus risas y voces, mientras a la sana sombra de los follajes bullía la danza armoniosa de los oréades... Era un fuerte y profundo instinto, de aquellos que agitan la conciencia con impulsión enérgica y oscura, de los que nacen en la fuente recóndita en que residen las fuerzas más vivaces de la especie, lo que imponía en aquellas almas agrestes y duras, sumidas entre nublos de ignorancia, el cariño lleno de fervor temeroso que tributaban a los árboles. Sin comprenderlo del todo, presentían en ellos una bondad maravillosa y arcana, y los suponían moradas divinas y los colmaban de sobrenaturales atributos.

Ahora que la ciencia ha disipado el lóbrego nimbo de misterio que circundaba tantas cosas, el culto del árbol, más consciente, ha venido a convertirse en más intenso y necesario. Ventura sería que todos fuésemos capaces de comprender y medir hasta dónde es útil, noble y proficuo ese culto. Por eso mismo, inculcándolo en el alma infantil, como una simiente mañana rica en frutos de oro, se cumplirá un propósito de amplio

patriotismo. Imponiéndolo en el alma del niño, blanda aún y dócil, como la cera versátil que guarda la impresión de los dedos que la moldean, realizamos una labor de saludable educación. Los plantaron sus manos, frágiles y vírgenes, como vivas flores de carne, y en sus corazones habrá de nacer un afecto profundo por aquellos árboles, para siempre enlazados a sus propias vidas con un lazo de invencible ternura. Niño y árbol crecerán juntos, y a través de los años y de los vaivenes de la vida seguirán siendo dos amigos, el niño, ya transformado en hombre, y el árbol que ostentará su gallardía en el ámbito de una plaza pública o a la vera de una avenida, brindando la frescura de su sombra a los pasantes indiferentes. Qué aspecto trascendental puede adquirir este afecto que une al individuo con el árbol junto al cual discurren los otros sin dedicarle una mirada de cariño; y con cuánto mayor razón si se transformara en sentimiento colectivo, de todos los ciudadanos para todas las arboledas que con ellos crecieron, que viven junto a ellos como mudos hermanos, oriundos de una tierra misma, que respiran un mismo ambiente y a quienes cubre un mismo pedazo de cielo luminoso.

Pues una de las fuentes efectivas del amor a la patria, es el amor que insensiblemente va prendiendo en nuestros corazones por los paisajes familiares, por aquellas visiones que fueron la delicia de nuestra infancia, y que después, ya adultos, nos animan y encienden en un sentimiento inefable, robustecido por la clara noción del patriotismo. Así, según que las raíces del árbol van hundiéndose en las entrañas del nativo terrón y alimentándose de su jugo, el alma del niño irá aferrándose lentamente, bien así como por invisibles y potentes raíces, al suelo en que nació, y nutriéndose con savia de su amor, hasta sentir al cabo, como en su propio corazón hay un latido que responde al inmenso corazón de la patria.

Jamás el nómada errabundo, que lleva sus penates, melancólico y aventurero, por los arenales desolados, sintió la fuerte y divina emoción de sentarse a la sombra del jardín familiar saboreando la deliciosa alegría del regreso; y su aduar árido y mustio, va emigrando por el desierto sin detenerse largos días en ningún sitio, sin conocer la encantada belleza de las flores cultivadas con las propias manos en la propia huerta, ni saber cuánto encierra de calma bienhechora y de consuelo en las horas de in-

fortunio, el refugio de los bosques natales. Y con la aridez y desolación de los parajes por donde cruza su existencia ambulativa, y con la perpetua fuga de su tienda precaria, se le ahonda en el espíritu una triste y áspera ausencia de amores. Por eso el beduino no siente sino duros instintos egoístas, y sus actos comunes son pillajes y tropelías, hazañas de bandoleros, crueles y brutales. No posee el amor de una tierra fija, y al acaso va corriendo por el mundo, sin freno y sin medida en sus apetitos y pasiones. Las errantes hordas bárbaras que aparecen en la historia, conmoviendo y arrasando los imperios de floreciente cultura, o desconocían o desdeñaban las faenas agrícolas y no sentían ningún amor por las inclementes regiones en que nacieron. No pudieron, por desidia o por barbarie, utilizar el suelo nativo para su subsistencia cómoda y se lanzaron en tropel furibundo sobre ricas comarcas, prósperas merced a la industria de sus moradores. Fijáronse luego en los territorios conquistados, y cuando labraron la tierra propicia y conocieron el amor de las deidades domésticas, alcanzaron un veloz progreso y se convirtieron en naciones de caluroso patriotismo. Acaso las invasiones de los bárbaros no pudieron ser benéficas para el Imperio Romano, lleno de extenuación y decadencia, sino porque aquellos hombres abruptos se acostumbraron, en el comercio y trato con la cultura del Mediodía, a amar la tierra que los sustentaba y a olvidar de ese modo sus bélicas correrías destructoras. ¿No marcó un adelanto en la civilización más remota del mundo la transformación del bovero rústico y basto que erraba con su rebaño por las planicies, de zona en zona, en el labriego que regó con sudores el surco y se aficionó a la tierra férvida y pródiga?

¡Qué amigo cariñoso en su mudez, es el árbol para la sociedad! Es el turíbulo donde se queman las substancias deletéreas del aire cuya acumulación sería un peligro para los seres: son los pulmones por donde respira con respiración imperceptible la tierra maternal. Pero también de otra manera más delicada ejerce un benéfico influjo. Su arquitectura esbelta y fina, o majestuosa y recia: la belleza radiante de sus flores, en las que cuaja el iris sus más nobles matices y las aromas exhalan su alma benévola, inundan el espíritu que los contempla en el amor de lo bello, y así lo revisten de hermosura. La armonía completa en que la sociedad

vegetal prospera y vive, evoca el ensueño de una sociedad humana libre y acorde, en la cual todos los individuos cumplieran su misión en silencio y con fecunda eficacia. Debía ser norma de nuestra propia vida su desarrollo impregnado de impecable armonía, que se efectúa en silencio y sin interrupciones, hasta dar de sí, en la hora del florecimiento, su cosecha de flores, su cosecha de color y fragancia, deleite de los sentidos, delicado producto de una larga elaboración verificada con la divina paciencia armoniosa que pone la naturaleza en todos sus actos; y que al fin, ofrece el breve y dulce compendio del fruto, donde resume la esencia más pura y sabrosa de las entrañas de la tierra y la esencia más suave que reside en el aire ligero y cristalino. Una norma semejante en la existencia de la familia humana sería el ideal más justo y fértil. Aquellos cuyas manos inocentes plantan los árboles en esta fiesta de la República, tienen mucho que aprender de sus buenos amigos: a ser espontáneos, firmes, laboriosas, serenamente infatigables: a ser útiles y bellos, con palpable belleza de acciones. Y el principio de este aprendizaje inconsciente es, sin duda, la aproximación del alma infantil a los vegetales, por la veneración y el cariño.

Cundieran los follajes opulentos, ricos de florescencia y verdores arpa de las brisas y refugio de las aves del cielo, en nuestras poblaciones acariciadas con amor demasiado intenso por la urente llama de los soles; tuviera cada uno su arbolado predilecto, donde solazar vista y corazón y el cual estuviera unido por ataduras sentimentales, que sin duda sería más fuerte el apego y el amor al terruño, se exaltaría y refrescaría el patriotismo en esos asilos de sombra, y la confraternidad daría nuevas flores puras en el recinto de la patria venezolana... Del raigamen, más o menos firme y hondo, que nuestro cariño haya echado en la tierra en que vivieron nuestros mayores y que nos vio nacer, depende y surge, en gran parte por lo menos, lo más alto y bello de nuestras acciones en la vida. Cultivando la belleza del paisaje que nos rodea, cultivamos en cierto modo la belleza y la armonía de nuestro íntimo ser. El espectáculo de las cosas exteriores impone muchos de sus caracteres a nuestras almas; y elevando al grado sumo el decoro y la gracia de afuera, trabajamos indirectamente por la gracia y el decoro mismo de nuestro ánimo. El medio material ejerce

grande influjo en la determinación de la secreta psicología humana. No desechemos nunca como vanas o ilusorias aquellas fuerzas que arrastran nuestro espíritu hacia lo bello... ¿Qué cosa presta más gracia y hechizos al paisaje que el lozano primor de las arboledas? En las ciudades, ruidosas en el áspero ajeteo de la lucha por la vida, desoladas de polvo, de humo y de lodo, ellas vienen a representar lo mismo que afeites y joyas ingenuas en el rostro de hermosas mujeres llenas de fatiga... Sobre la tierra obscura ellas abren sus quitasoles frescos y la amparan de los fuegos de sol. En las altas vertientes del monte, sobre la ciudad y sus devaneos febriles, están atrayendo las lluvias del cielo, cuyas aguas vienen luego cantando, traviesas y melodiosas, a alimentar el valle, a calmar las sedes de cosas y hombres, a repartir dones de dicha y de belleza, como si fueran linfas de santas virtudes.

No serían fantaseos inverosímiles suponer que una generación educada con la ayuda de esta fiesta añal y a la que se le infundiera el respeto razonable y exquisito del árbol, sería capaz de un patriotismo vibrante y de claras virtudes cívicas. El niño verá en el árbol una obra suya, pues el mismo lo sembró con sus manos, en un día de mayo, con la felicidad del que ejecuta un rito dulce y humilde. Y será su amor por la tierra nativa semejante a aquel arbusto, débil y tímido primero, que después erige su copa con audacia y vigor, como en una ansia impetuosa de beber con sus follajes la lumbre y el azul de los cielos; pero sin desprenderse nunca de la tierra madre, en la cual penetran sus raíces, como brazos apasionados en un perpetuo abrazo de amor.

Por otra parte, esta fiesta consagrada al prestigio del árbol, representa un alto ideal de justicia. El árbol ha recibido ya homenajes y consagración como símbolo viviente de la Libertad. La escarapela que presidió el primer motín resonante de la Revolución Francesa, fue arrancada de un árbol público: en la casaca de Desmoulins una hoja verde fue el distintivo revolucionario. Un sacerdote, enamorado de la Libertad, convirtió el árbol en símbolo elocuente de ella, e instituyó la Fiesta de Mayo, hermosa, ingenua y viril, como la estancia de un idilio de Teócrito, en que latieran gérmenes oscuros de tragedia: los árboles de mayo, plantados en la plaza pública, recordaban de continuo a los ciudadanos lo que debían a la pa-

tria libre. El árbol no sufre esclavitud ni desigualdad. Libre en la naturaleza, como los pájaros y las nubes, a pesar de su inmóvil raigambre en la tierra, expresa a maravilla la concordia completa, la armonía natural, que se eleva siempre a lo alto, sin que pueda padecer opresiones. A las almas bisoñas debe ponérseles por modelo la libertad que el árbol simboliza, libertad serena y sin escándalos, distante de la licencia, y que busca siempre su perfección en el equilibrio que toma el rocío y la luz de los cielos, los fluidos del aire y los zumos vivaces de la tierra, para laborar sus flores vistosas y la miel de sus frutos.

La institución venezolana de la Fiesta del Árbol en los días amables de la primavera, glorifica tácitamente el reino de la Paz. ¡Qué influjo no ejercerá esa fiesta que representa en alegoría rústica los goces que la paz trae consigo, y en que palpita la veneración con que sentimos su imperio dichoso! Con su serenidad, con las sonrisas cordiales de su verdor puro y de sus flores, los árboles nos invitan a desechar para siempre el atroz expediente de la matanza. Fuertes y tranquilos, ignoran la discordia; y su contemplación infunde en nuestros ánimos un ensueño de vida agraria, un ensueño de trabajo, de paz y de amor. Nacido en días de primavera el pensamiento de la fiesta, diríase que de la primavera ha tomado la hermosura amplia y lírica; y lo que a la hora actual no es sino intento de un entusiasmo generoso se transformará en lo futuro en sólidos bienes perdurables, como las flores efímeras que ahora sonríen a la plácida luz, se tornarán un día en frutos rebosantes de mieles...

* * *

En la celebración de la Fiesta del Árbol se pronuncian discursos más o menos elocuentes, elogios acerca de lo trascendental que es para los párvulos enterarse de la importancia y significación de dicha fiesta. Sin que ello pueda amenguar la estima literaria que les profesamos, sea permitido hacerles a sus autores un reparo: las galas, arrequíves y donosuras que arrean sus oraciones les impiden a los niños para quienes están compuestas, comprender por entero, plenamente, las ideas que los oradores han tratado de exponer: y que si acaso la forma es como para ser enco-

miada por un jurado de escritores, se hurta por ello mismo al alcance y conocimiento de las mentes infantiles. Sería de desearse que en estos casos se organicen varias conferencias sólo para niños en que el plan, la terminología y las propias ideas expuestas por el conferencista fueran de un todo comprensibles por las tiernas inteligencias para las cuales se pronuncian. No creo que para un pedagogo avisado, que posea la costumbre de escribir en estilo llano sencillo, si acaso con el aditamento fortuito de alguna imagen explicativa, y nunca de adorno, sea obra difícil explicar a los niños de las escuelas la importancia de los árboles y la significación de la fiesta anual que celebran, dándole a ésta cierto matiz de religiosidad natural y panteísta, explicando cómo el amor de todos los seres y de todas las cosas es uno de los fundamentos esenciales y definitivos del perfeccionamiento humano.

La lucha entre los hombres apegados al terrón nativo, al paisaje familiar arraigado dentro de una comarca más o menos fértil y benigna, y la horda errabunda que andaba de monte en llanura y de valles en riscos, debió de ser a muerte en los lugares primitivos de la historia humana. El nómada, ladrón y brutal, debía envidiar con furia tremenda al labriego tranquilo, el cual se sustentaba con la cosecha de los árboles que poseía. Allí está la pugna entre Caín y Abel, entre el labriego y el pastor, entre el patriota y el vagabundo, entre la sociedad que principiaba a organizarse en núcleo fijo y permanente, y el desbarajuste de la horda errátil.

Naturalmente, aquellos que con sus afanes habían embellecido y fecundado la tierra, tenían legítimo derecho de propiedad sobre ella. Pero las tribus inquietas, sin patria ni hogar, merodearían a las veces, en busca de fáciles productos de latrocinios y de botín que debía parecerles fastuosos, por las comarcas fértiles, cuya delicia y riqueza envidiaban. Hostigado por esta amenaza permanente y por estas agresiones continuas fue cuando Caín se armó, se dispuso a defender su propiedad, el producto de sus desvelos y fatigas, y mató a Abel. Es decir, el espíritu sedentario y progresista de las sociedades primitivas exterminó al bandolero errabundo y peligroso que pillaba a la continua su hacienda. Caín, en este sentido podría compararse con el Hércules de la mitología helénica. Acabó con los salteadores que despojaban de sus bienes a los viandantes y vivían de la rapiña.

Cualquiera otra exégesis de la fábula bíblica resulta a todas luces contestable. El pastor rústico y errante había de ser supeditado por el labriego a quien la inmovible raigambre de sus árboles fija en la tierra que le rinde sustento y amparo. Más tarde, encerrará sus ganados dentro de los límites de su fundo o de su heredad, rehuyendo siempre la res tras-humante que lo obligaría a andar de prado en monte periódicamente. El árbol, pues, fue un vínculo de unión fuerte y eficaz entre el hombre y la tierra nativa. Las comarcas feraces congregaron a las primeras tribus, las cuales asentaron sus penates en una misma región fértil y formaron los primeros núcleos sociales de alguna extensión, donde el interés, el egoísmo y la necesidad de conservar cada quien los bienes adquiridos, produjeron una mancomunidad, primero artificial y de superficie, que luego se convirtió en enérgico sentimiento colectivo, raíz del sentimiento patriótico, precursor del más amplio y noble sentimiento de humanitarismo que había de aparecer al cabo de siglos.

He aquí uno de los aspectos por los cuales hubiera querido ver tratada la cuestión de la Fiesta del Árbol, la cual, por lo demás, ofrece aspectos y matices de todo linaje, y brinda al ingenio vasto campo propicio a disquisiciones de vario orden, desde el himno de alabanza hasta la exaltación de su eficacia como fuente de prosperidad económica.

Éstas y otras análogas entiendo yo que debe ser lo que se les diga a los escolares en la Fiesta del Árbol. La oración elegante y pintiparada, propia para halagar el sentido estético y la mente de los adultos, resbala por los oídos pueriles, tal vez como música grata, pero sin dejar en el ánimo de los niños ninguna huella que perdure. Importa decirles con la mayor sencillez, con la mayor ingenuidad, tratando de acercarnos cuanto sea posible a su ingenuidad y sencillez, por qué deben retribuir en cuidados y en cariños los beneficios permanentes y silenciosos que el árbol nos dispensa, desde que la vida animal apareció sobre la tierra.

Esta materia suministrará tema para varias conferencias, que compuestas con claridad, exentando al lenguaje de complicaciones y recursos retóricos que puedan no ser entendidos por los párvulos, los edifique sobre el vasto y preponderante papel protector y auxiliar que el árbol representa para la raza humana. La intuición de las razas primordiales dei-

ficaba a los árboles y les tributaba idolatría. Al presente, semejante culto resultaría absurdo, y el racionalismo contemporáneo lanzaría contra él airadas voces de protesta. Pero el amor y el respeto razonado que debe rendírseles, son sentimientos que oportuna y discretamente inculcados en el alma de los niños darán, al fin y al cabo, frutos de bendición y tal vez de progreso y reposo...

DIÁLOGOS

DIÁLOGOS DEL DÍA

EL DIÁLOGO

—NOSOTROS, que conversamos hace tiempo sobre diversos asuntos, nunca hemos hablado acerca de la conversación. Entre nosotros se charla mucho.

—Y mal. La conversación es un arte que no cultivamos. Tanto, que cuando alguien tiene conversación chispeante, o siquiera abundosa, se le convierte en hombre genial. Lo cierto es que no sabemos conversar.

—Sin embargo, son muchos los que tienen nota de charlatanes.

—El charlatán es la caricatura del conversador. El charlatán despostrica a diestra y siniestra, sin tono y sin son, borboteando palabras y palabras como agua el caño de una fuente: habla sin meditación y sin medida, y ya conoce usted el gran refrán viejo: el que mucho habla, mucho yerra.

—Sí, ya sé que hay quienes atribuyen terribles virtudes al silencio, pero el silencio hermético, ¿no es demasiado fuerte para un hombre ordinario?

—Ciertamente. Un hombre callado siempre parecerá a la postre imbécil o peligroso, porque el cambio de impresiones e ideas es una necesidad de los seres humanos; hasta diré que es la única forma en que el pensamiento se expresa de una manera natural y espontánea. El verdadero naturalismo literario no produciría más que diálogos o monólogos.

—Según eso, el teatro sería la forma literaria más lógica.

—¿Quién lo niega? Es la forma perfecta. Toda nuestra vida se traduce y resuelve en monólogos o diálogos. Si usted piensa, soliloquia. Si usted pinta la vida de los demás en libros en que usted es el narrador, pronuncia usted un larguísimo discurso. Si copia los diálogos de las per-

sonas cuya vida cuenta, se limita a pasear por los caminos del mundo aquel espejo que Tackeray colocaba en manos del novelista. Pero existe un punto discutible: ¿cómo es más eficaz la acción del poeta, pintando con palabras las emociones y pensamientos de sus héroes, o dejando que éstos los expresen en término adecuado?

—Todo dependerá, según creo, de la capacidad del narrador.

—Es obvio. Y también del lector. En general, el diálogo tiene en su abono grandes nombres y antecedentes muy favorables. No ya la dramática ni la novela, pero la misma historia ha sido adornada siempre con hermosos discursos. Las historias antiguas, cuando no contenían arengas de los generales, discursos de los magnates, vociferaciones de los guerreros y lamentos de los cautivos, parecían tibias y pálidas. Los historiadores de mayor fuste no tenían empacho en poner en boca de los príncipes peroraciones atildadas y floridas, acicaladas con mucho reposo durante largas meditaciones del escritor. Hasta hace poco perduró la costumbre.

—Sí, era una costumbre pseudoclásica, que seguían algunos por puro afán de remedo.

—¿Y los antiguos a quienes remedaban?

—Los más antiguos seguían el impulso de sus instintos o las inclinaciones espontáneas de su inteligencia.

—¿Y las insinuaciones de sus contemporáneos?

—Sin duda.

—Se habla mucho de la influencia de los grandes escritores sobre sus contemporáneos y poco o nada de la influencia de los contemporáneos sobre las obras que ellos escriben. Ahora bien, puesto que el diálogo floreció en los comienzos de las civilizaciones y adquirió auge y predominio a través de las edades, es porque reúne las dos condiciones elementales de toda forma literaria que goza de la predilección pública: espontaneidad en el escritor; simpatía de los oyentes o lectores. Si a éstos no les hubiera agradado la forma del diálogo literario, los escritores se hubieran cuidado bien de no emplearlo. En Grecia, la forma literaria más popular fue el teatro.

—¿Más que Homero?

—Mucho más. Homero era para gente refinada y sutil, que podía, durante sus ocios, complacerse en su lectura. La mayoría, en cambio, colmaba los teatros.

—Pero aquellos autores dramáticos eran verdaderamente geniales.

—Le parece a usted, porque ahora encuentra en las bibliotecas a los mejores. Los demás se han perdido. Pero en Aristófanes verá que eran muchos los autores dramáticos detestables, de quienes se burla él con donosura y a veces con crueldad. Los autores de comedias y tragedias eran en Atenas tan numerosos como en cualquiera gran capital moderna, proporcionalmente a la población claro está. Lo que ocurre es que estamos viendo a las medianías y nulidades coetáneas nuestras, mientras que el olvido se encargó ya de borrarle hasta el recuerdo de las antiguas.

—¿Es usted, pues, defensor del teatro?

—No. Explico que el diálogo es una forma literaria legítima, mucho más que los soliloquios a que se entregan, no siempre con fortuna, los más de los escritores. Es hasta más fácil de leer, más rudimentario, menos presuntuoso, y, por otra parte, permite al escritor exponer puntos de vista antagónicos o distintos con la mayor facilidad. Un lector que posee alguna inquietud imaginativa ve el diálogo vivo, reviste a cada interlocutor de fisonomía y aspecto peculiares, y concluye por familiarizarse con ellos, poniéndolos a vivir realmente con el esfuerzo de su potencia de imaginación. Por eso el teatro perdura y es cada día más popular.

—¿En qué sentido?

—Se acerca más al pueblo y obedece cada vez más a las oscuras insinuaciones de su gusto.

—Pero entonces bastardea...

—Sí, mientras no aparezca un gran autor, un Shakespeare, un Calderón, un Racine... Pero entretanto conserva el fuego del amor al arte. Obedece al público, porque no hay quien obligue al público a que lo obedezca.

—Ha habido algunos grandes autores a quienes el público no hizo caso...

—El público de su tiempo. Los de la posteridad borran la injusticia. Sólo parece del todo el que no tiene legítima razón por que vivir.

LA NOVELA

EL JOVEN. —Ocurren en esta guerra cosas novelescas, que según me parece no han sido explotadas aún por los escritores. Imagínese usted qué cuento interesante podría escribirse con ese gigantesco cañón alemán que está bombardeando a París.

EL VIEJO. —Es usted impaciente... La literatura de la guerra no ha aparecido aún, propiamente hablando.

EL JOVEN. —Sin embargo, en todos los países beligerantes se imprimen mensualmente centenares de libros y opúsculos sobre la guerra.

EL VIEJO. —Pero son libros y folletos de propaganda en su mayor parte: publicaciones encaminadas a demostrar que la razón asiste al país nativo del autor. Es una prolongación de la lucha en el campo de la publicidad. A esta tendencia no puede escapar nadie. Pero la novela de la guerra, es decir, una visión artística y desinteresada del conflicto no ha aparecido ni puede aparecer aún.

EL JOVEN. —¿Por qué?

EL VIEJO. —Estamos demasiado próximos al conflicto, y los pueblos de más refinada cultura están todos envueltos en él. Será menester que sobrevenga la paz y el espectáculo de las batallas se aleje para que pueda realizarse un trasunto artístico de la matanza. Vista de cerca, ésta se rompe en episodios, interesantes sin duda, pero que no pueden abarcar en su exigüidad las vastas proporciones de un conjunto de hechos y de ideas tal como el que implica la guerra. Hasta ahora, y por esa razón, los que escriben acerca de la guerra son meros cronistas que nos revelan algunos hechos curiosos, pero aislados, que lo mismo han podido acaecer en nuestros días que en la era napoleónica; o bien propagandistas de tales o cuales tendencias surgidas de la guerra misma.

EL JOVEN. —¿Cuándo tendremos entonces una buena novela de la guerra?

EL VIEJO. —Lo ignoro. Pero es muy probable que pasará mucho tiempo. Recuerde que a fines del siglo pasado prosperó la literatura napoleónica, que todavía tiene cultivadores. Las buenas novelas acerca de la Revolución y el Imperio principiaron a escribirse medio siglo

después de haber sido destronado el Corso, es decir, cuando los pormenores menudos de su fisonomía histórica comenzaban a borrarse, y perduraban solamente los rasgos generales y precisos de su ser, aquellos con los cuales perdurará, en la historia del mundo. Es seguro que los poetas homéricos, los de la *Ilíada* y la *Odisea*, compusieron sus hexámetros mucho tiempo después de la campaña contra Ilión, es decir, cuando podían compendiar en rasgos de imaginación el recuerdo que el mundo heleno conservaba de la guerra de Troya. Un contemporáneo no habría visto a Aquiles ni a Héctor ni a Ulises del tamaño ni del color, con que aparecen en la gran epopeya.

EL JOVEN. —¿Pero entonces fueron deformados?

EL VIEJO. —Seguramente. El arte tiene que deformar los tipos humanos para hacerlos perdurables. Es una operación análoga a la que realizan los cirujanos cuando embalsaman un cadáver: les inyectan en las venas sustancias que les impiden corromperse. Así obra el artista verdadero con sus héroes: los dota de tal temple, que la flaqueza humana desaparece y sólo queda la pura sustancia heroica, que es inmortal. La *Ilíada* es la novela perfecta de la guerra de Troya; pero si nos fuera dado ver con nuestros ojos mortales lo que ocurrió frente a los muros de la ciudad de Príamo durante los años del asedio, no reconoceríamos en los hexámetros del poeta nuestra visión material, porque nuestros ojos incapaces verían sólo las menudencias y no lograrían abarcar de una ojeada la epopeya, como logró hacerlo el poeta. ¿Cree usted que sin tener el genio de un Dante se puede compendiar una época en la serie de cuadros de la *Divina Comedia*? La obra de los antiguos cronistas no nos interesa gran cosa por eso: anotaron lo que vieron o lo que oyeron decir en sus días; pero nos parece todo tan sin jugo ni alma que cuando los leemos es más con ánimo de curiosos de algunos pormenores de la lengua o de las costumbres de la época, que no como escudriñadores de la verdad histórica... El arte es otra cosa.

EL JOVEN. —He oído decir que la novela es un género literario en decadencia, que está llamado a desaparecer.

EL VIEJO. —Eso lo dicen los que no se dan cuenta de que el espíritu humano, al desarrollarse, se desarrolla en todas sus potencias. La

imaginación, como todas las facultades, se desenvuelve con el progreso intelectual. La ciencia misma necesita mucho de la imaginación, más de lo que cree la gente. Sin imaginación no habría descubrimientos de ningún orden. El progreso de las ciencias físicas en la última centuria, XIX, es una verdadera novela, y quienes la realizaron fueron espíritus novelescos. Urdir una teoría para explicar hechos oscuros de la naturaleza es más arduo que trazar el plan de un drama. Es claro que el sabio ha de estar armado de conocimientos especiales en gran copia, como un cazador tiene sus perros y su escopeta. Pero sin imaginación ningún hombre de ciencia pasará de mero aficionado, ni alcanzará originalidad. Yo tengo para mí que la imaginación de Newton era tan poderosa como la de Shakespeare. La crítica comprendió bien esto cuando atribuyó los dramas shakesperianos a Bacon. La imaginación seguirá desempeñando un amplio en la vida humana y la novela, como obra de entretenimiento, tiene asegurada su vida. Parece que el mundo está abocado a una era de rápido adelanto científico durante la larga paz que por fuerza ha de seguir al conflicto actual. Durante esa paz, la imaginación del hombre echará alas veloces y urdirá maravillosos poemas fantásticos. Entonces la guerra de hoy aparecerá a los ojos de las generaciones venideras, en un futuro remoto, alumbrada por claridades que nosotros no percibimos. El cinematógrafo no me dejará mentir...

EL JOVEN. —¿Va a ser ahora el cinematógrafo como instrumento de progreso?

EL VIEJO. —Y de arte. Por más inquinas que nos cause el cinematógrafo, tenemos que aceptarlo como un maravilloso instrumento para la difusión de la cultura. Es menester tomar en cuenta que el cine es arte en mantillas, creado ayer no más. Es cierto que los fabricantes de películas han adoptado un sistema que tiene mucho de deplorable; pero al fin y al cabo se logrará utilizarlo como instrumento civilizador. Ya se usa para informaciones, y con un poco de imaginación (sin ella no puede uno nada) el cine nos permite viajar por los países más remotos, asistir a las grandes fiestas de las mayores ciudades, presenciar las maravillas de la mecánica nueva sin movernos del humilde asiento de un salón de espectáculos. Eso mismo hará la novela de la guerra, que escribirá un día no sé qué escritor.

Mostrará al tranquilo lector, arrellanado en un sillón de lectura, el espectáculo maravilloso y siniestro de la lucha con una fuerza de evocación tal que el lector, desde el cómodo asiento de su biblioteca, verá desfilar, dentro de las palabras evocadoras, toda la gesta de hoy, cuya grandeza y significación escapa en gran parte a nuestro espíritu, que ahora se distrae en los pormenores, en la anécdota, en el avance que anuncia el cable hoy, en el episodio que comenta un articulista.

EL JOVEN. —¿Cree usted entonces que la novela como género literario tendrá gran boga en lo venidero?

EL VIEJO. —Sin duda. Cuente usted con los dedos a los grandes escritores del siglo pasado: la mitad, por lo menos, la forman novelistas. Cuente los grandes escritores de la humanidad: Homero, Esquilo, Aristófanes, Rabelais, Cervantes, Shakespeare, Diderot, Goethe, Dickens, Poe, Dostoiewsky... Todos novelistas, entendiendo por novelista al escritor que utiliza como principal recurso y resorte de su arte la imaginación creadora, no crítica.

EL JOVEN. —¿Colocaría usted a la imaginación por encima de la inteligencia?

EL VIEJO. —No es posible: la inteligencia es la matriz. Pero un hombre muy inteligente sin imaginación sería como un espejo puesto a la sombra. El genio, la más alta expresión del espíritu, está formado por una inteligencia aguda que tiene a su servicio una imaginación fecunda y amplia.

LA POESÍA

—Si tiene usted confianza en el florecimiento de la novela, no le pasará lo mismo seguramente con la poesía.

—¿Por qué no?

—Muchos aseveran hace algún tiempo que la poesía está llamada a desaparecer.

—Se refiere usted a la poesía versificada, ¿no es así?

—Seguramente. No voy a exponerme a que me cite usted a Bécquer:

Mientras exista una mujer hermosa,
habrá poesía.

—Yo no me acuerdo de Bécquer e ignoro esos versos que cita, que me parecen detestables... Yo creo que la poesía toda es cuestión de forma: sin rima y sin ritmo poético no hay poesía.

—Sin embargo, oigo hablar a menudo de la poesía en prosa.

—Enredos. Poesía es todo lo que se expresa con palabras combinadas en un ritmo fijo y regular. Todo lo demás es pura pampolina.

—No faltan quienes digan que esas combinaciones musicales regulares son resabio de las viejas barbaries.

—Ya lo sé. El hombre cavernario se encontró un día solo y ocioso, sentado al umbral de su caverna. La tarde estaba tranquila y dorada, el firmamento apacible, el bosque respiraba perfumes y los pájaros cantaban en los árboles cercanos. El hombre había regresado ese día temprano, con su caza auestas. Adentro, en la caverna, dorábase al fuego el muslo de una bestia sacrificada. La mujer gruñía satisfecha, y los pequeñuelos, velludos y feroces, daban ronquidos de júbilo. En los ojos del hombre encendíase la luz vaga y temblorosa de una emoción desconocida; aspiraba el perfume de la tierra, bebía por los ojos la luz azul y dorada de los espacios, comprendía oscuramente que estaba cumpliendo un solemne destino, y de pronto, en un ímpetu irrefrenable de poderío, rompió a cantar ante la naturaleza sorprendida. Aquel canto sería horrendo para nuestros oídos de ahora, pero al salvaje que lo entonaba debió de embriagarlo furiosamente, arrebatándolo en su ritmo brusco y espontáneo, que alababa con cadencias inexpresivas y torpes a los elementos propicios: al cielo cerúleo que lo amparaba, a la selva que le brindaba alimento, al arroyo que le apagaba la sed, al fuego que lo defendía de la intemperie y de las fieras enemigas, a la hembra que le ofrecía su áspero amor, a los rapaces por quienes su corazón latía con cariño de padre... He allí el origen probable de la poesía.

—Es una explicación ingeniosa.

—Y que tiene muchas probabilidades de ser la verdadera, o de aproximarse mucho a la verdadera.

—¿Pero qué tiene que hacer el origen del arte con la poesía después de la guerra?

—Allá vamos. Ahora el hombre no lanza aquellos ronclos clamores de leticia; pero la naturaleza, es decir la contemplación de sí propio en el mundo, sigue impresionándolo de idéntico modo; pero como ha conquistado muchos dominios para sí, como se ha refinado y pulido, sus voces le salen ahora de la garganta vestidas de música, y en ellas van disueltas las memorias que su larga experiencia le proporciona: recuerda y presume, y sus sensaciones, convertidas en ideas o limitadas a presentimientos, revisten formas delicadas y sutiles, que tienen la virtud de comunicarnos el mismo estremecimiento que presidió su aparición en el espíritu del poeta. Siempre habrá seres capaces de interpretar las voces de la naturaleza, convirtiéndolas en ritmo elocuente; siempre habrá poetas. Porque el misterio de la Naturaleza es impenetrable; es acaso una de las razones de la existencia del hombre. Si lográramos un día descifrar el enigma que nos rodea, la vida perdería todos sus encantos y sus dulzuras, porque la desesperación o el fastidio sin remedio se apoderarían de nuestro espíritu. Y mientras perdure el misterio habrá que comentarlo y cantarlo en estancias poéticas. Después de la guerra sobrevendrá sobre el mundo una nueva esperanza de oro o una pálida resignación: una y otra hondas fuentes de poesía: será grato, en la paz del hogar, recitar los poemas en que ruge el torbellino de acero de las batallas de hoy, como el viajero cuenta complacido ante el coro de curiosos los pormenores de un naufragio terrible. En el sosiego de los días venideros gustará el hombre de escuchar el concento furibundo de los cañones que ahora siembran la muerte en los campos de Europa. Ni faltará el poeta que cante de nuevo en la dulzura de la paz los aciagos azares de esta tormenta de odio y de sangre.

—¿Cree usted que la poesía se remozará pronto?

—Creo que prosperará, por lo menos.

—Me sorprende verlo tan optimista.

—A menos de no ser pesimista por sistema, lo cual es odioso, importa ser optimista a ratos.

—¿Y qué carácter tendrá la nueva poesía?

—Ya sabe que las conjeturas no son de mi gusto. Pero sin duda la nueva poética nos reserva sorpresas.

—¿No cree usted que la guerra puede contagiarnos de futurismo?

—¿Futurismo? La poesía se ha limitado siempre a cantar lo pasado y estremecerse ante lo porvenir. Lo futuro no existe; no puede, pues, ser fuente de pura poesía.

—¿No existe lo futuro?

—Creí que ya se lo había dicho en otra ocasión. Lo futuro y lo pasado no existen sino por cuanto pueden convertirse en presente. Al rememorar lo pretérito, lo animamos con vida fugitiva, momentánea. La historia revive así fugazmente en nosotros. Los grandes poetas han convertido la sustancia de sus poemas en hechos presentes, indeclinables, eternos. La imaginación nos transporta fácilmente a la hora y al lugar del poema, y así retrocedemos en el tiempo.

—También podríamos avanzar...

—Sí; pero sería aventurado hacerlo, porque los sucesos de mañana podrían darnos un chasco, destruir todas nuestras suposiciones, acreditándonos de malos soñadores. Mientras que lo pasado es una alhóndiga abierta a todas las imaginaciones. Usted puede escoger allí el asunto que le plazca, aderezarlo a su antojo y construir un poema. Por más que sobrevengan historiadores demostrando con documentos incorruptibles en la mano que usted ha falseado la historia, podría responderles que la historia no admite falsedad, que cuanto usted ha contado pasó positivamente, puesto que así está consignado en perdurable poesía.

—¿Según ese concepto la poesía no debe respeto a la verdad?

—Tentado me siento a preguntarle, como Cristo a Pilatos, qué es la verdad; pero no lo haré. La verdad está en el poema, en todo buen poema.

—¿Y la historia?

—También está en la historia.

—¿Cómo?

—La verdad, joven amigo, está únicamente en el espíritu del que lee; si usted se conmueve con el poema, si lo siente hondamente y lo llena de vida con sus ansias espirituales, ésa es la verdad. No hay que sacar a la verdad de su recinto natural, que es el espíritu humano. Fuera de allí no existe nada.

—Comprendo. Es el lector el que hará el poema.

—Anda usted por buen camino. Lo que un poeta necesita es tener lectores que lo acompañen en sus viajes ideales, en sus sueños, en sus pesadumbres, en sus alborotos. Un poema sin lectores no existe.

—En ese caso el poema venidero es lo probable que sea un resumen de las emociones e inquietudes que produce esta guerra.

—Es casi seguro, pero su forma es lo que no podemos adivinar todavía: puede ser un idilio, o una elegía o una epopeya, pero en él estará disuelto el dolor humano, como la sal en el agua marina, y en él brillará la esperanza del hombre, como el iris en las lágrimas.

EL TEATRO

EL JOVEN. —¿Y qué clase de teatro tendremos después de la guerra?

UN DRAMATURGO CRIOLLO. —¡Oh! El teatro ha padecido mucho con la guerra.

EL VIEJO. (Sin hacerle caso). El porvenir del teatro es un verdadero problema. El teatro se ha complicado mucho en la edad moderna.

EL JOVEN. —¿Qué clase de complicaciones?

EL VIEJO. —De todo linaje. El teatro es ahora negocio mercantil, instrumento de propaganda, muestrario de modistas, lugar de exhibiciones para la vanidad, pero no ha perdido su antiguo carácter de espejo y escuela de la vida.

EL DRAMATURGO. —¡Oh! Hay muchos grandes autores modernos.

EL VIEJO. (Sin hacerle caso). —Los atenienses les pagaban a los ciudadanos porque asistieran al teatro, a oír versos de Eurípides y Aristófanes. Creo que a nadie se le ocurrirá comparar a Rostand con Eurípides ni a Benavente con Aristófanes. Hoy, para ver representar a un cómico de la legua, que habla con acento distinto al nuestro y que no encuentra en su tierra quien lo aplauda sino unas pocas veces al año, se necesita disponer de una porción de recursos casi fantásticos para la mayoría. Pero me salgo de mi propósito, que era manifestar que el teatro no cuenta en el mundo actual con autores capaces de darle brillo y encumbrarlo en manifestaciones perdurables del espíritu de una época.

El teatro es a estas horas y en todas partes muy superficial, y anda todo lleno de relumbrones.

EL JOVEN. —Sin embargo, todo el teatro clásico español, que es una maravilla, también está vestido de relumbrones insoportables.

EL DRAMATURGO. —El teatro clásico es la octava maravilla...

EL VIEJO. (Sin hacerle caso). —Sí, pero debajo de las hojarascas profusas, del estrépito pomposo, de las frases de efecto, discurre, como vena de agua cristalina, todo el espíritu de una raza y de una época. De la tremenda balumba del teatro clásico pueden apartarse hasta una docena de obras que conservarán sempiterna frescura, porque copian aspectos perdurables de la humana naturaleza.

EL JOVEN. —¿Y los dramas de hoy no copian acaso al natural a los contemporáneos?

EL VIEJO. —No tal... Tomemos, por ejemplo, a los dramaturgos franceses, que son los más conocidos. ¿Qué problemas plantean, qué asuntos prefieren? La estadística es clara: primero, la cuestión del adulterio, sobada y resobada hasta haberse convertido ya en pura carroña; segundo, el problema religioso, que no tiene hoy en día ninguna importancia dramática; tercero, la comedia de costumbres, más o menos picante, aunque sin la menor miga.

EL JOVEN. —Pero esas limitaciones las impone el gusto de la época.

EL DRAMATURGO. —Eso dicen. Que uno ha de adaptarse al gusto del público. Yo, por mi parte, no quiero ceñirme a imposiciones de la turba.

EL VIEJO. (Sin hacerle caso). —Shakespeare no tuvo nada que hacer con el gusto de la época.

EL JOVEN. —¿Y qué son las extravagancias de Lope, sino tributo pagado a la moda?

EL VIEJO. —Es cosa discutible. ¿Ha leído usted la “Jerusalén liberada”?

EL JOVEN. —No he tenido cachaza.

EL DRAMATURGO. —Ni yo.

EL VIEJO. —Yo la tuve. Este poema demuestra, en sus oscuridades y desvaríos, que Lope estaba envenenado por la extravagancia y que contribuyó a envenenar a sus coetáneos. No; Lope, que escribía sus comedias

en un periquete, con fecundidad que asombra, no se curaba mucho del público. Sabía que éste aplaudiría hasta los peores dislates que le ofreciera con tal que le llegaran a los oídos envueltos en música.

EL JOVEN. —Lo mismo hace el público ahora.

EL VIEJO. —Pero ahora no hay grandes poetas que escriban para el teatro. El señor Rostand es aparatoso y vacío. Y en cuanto a D'Annunzio, tan admirable como lírico, es mediocre poeta dramático. Sus tragedias son más para ser leídas. La culpa no es, naturalmente, de los poetas ni del público. Es que la humanidad atraviesa hace tiempo una crisis y que para abarcar la esencia de los problemas actuales se necesita un vigor extraordinario, la visión taladradora de tinieblas de un Dante, las formidables facultades sintéticas de un Shakespeare... Y éstas no son plantas que prosperan todos los días.

EL JOVEN. —Pero si vamos a esperar que florezca un genio de ese tamaño, ya tenemos para rato.

EL VIEJO. —¡Quién sabe! Pero no se trata de aguardar al genio, al que vendrá, al que se espera en todos los momentos en que el desasosiego y la incertidumbre se apoderan del hombre, sino de averiguar qué modificaciones introducirán en el teatro de mañana las terribles lecciones de la guerra. Una de las consecuencias inmediatas de ella ha sido desterrar de la vida misma la frivolidad, el *snobismo*, el culto de los vicios elegantes. El hombre de Europa, ante la inminencia de la muerte, ha visto, como ocurre siempre en estos trances, que la vida es una cosa seria, que puede ser bella y útil y agradable. La muerte habrá saciado de tal modo sus apetitos destructores, que por muchos años el instinto de combatividad aniquiladora quedará supeditado por los demás instintos, por los de creación. Han terminado las dolencias complicadas, sutiles, exquisitas, alquitaradas que nos mareaban hasta hace poco con sus tormentos melódicos, perfumados con olores de extracto costoso y de pestilencia cadavérica. Una novela como *El triunfo de la muerte*, de D'Annunzio, pongo por caso, resultará mañana un sacrilegio. Es casi seguro en cambio que en una u otra forma se escribirá el *Triunfo de la vida*. En el teatro volverán a vencer las primordiales y sanas virtudes: el valor, la perseverancia, la caridad, el amor.

EL JOVEN. —¿Más amor? Todo el teatro moderno es un lío de amor.

EL VIEJO. —¿De amor? De lujuria, diga usted, que es lo contrario. El amor nada tiene que hacer con los brutales apetitos que aparecen en el teatro contemporáneo. Usted pone teatro francés. Bien. Lo conozco a medias. He leído un centenar de piezas sin encontrar un solo enamorado.

EL JOVEN. —¿Cómo?

EL VIEJO. —Tal como lo oye. ¿O es que cree usted que amor se llama esa vanidad complicada de lascivia, ese deseo, exasperado por las peores torpezas de la vida ociosa, que aparece en los dramas, no digo de Bernstein, que es un autor rastrero y mediocre, sino de los verdaderos poetas, como Bataille. Amigo mío, el teatro moderno puede desaparecer sin que perdamos gran cosa en ese naufragio.

EL JOVEN. —Se ha vuelto usted pudibundo.

EL VIEJO. —¡Oh, no! Río de buena gana con los autores más crudos cuando su crudeza proviene de un desbordamiento de vida sana, fuerte, jocunda, de un reboamiento de salud. ¿A quién pueden parecerle malasanas las demasías y crudezas de Rabelais? Su carcajada es tan sonora, tan fresca, tan sana, que se comprende que ríe con todas sus potencias, sin que en ello haya perversión ni enfermedad. Lo censurable, lo dañino, es cultivar el vicio por aplacer al vicioso.

EL JOVEN. —Entonces la nueva dramaturgia será severa y solemne.

EL VIEJO. —¿Por qué solemne? Aristófanes era severo, su chacota vibrante, agria, violenta, no tenía ninguna solemnidad. Pero cuando el público reía un rato, meditaba después durante un rato más largo aún. Es lo que pasa con todo drama de buena ley: no es pasajera ráfaga trágica que nos espeluzna un momento, sin dejar huella en nosotros; tras el espeluznamiento viene la contemplación: rumiamos sus bellezas durante días, durante años, a veces durante toda la vida, como les ha pasado a algunos con el *Hamlet* o con el *Quijote*...

EL JOVEN. —¿Pero cree usted que el alma de la humanidad inminente gustará de tragedias?

EL VIEJO. —Lo ignoro. Ponga usted que la dé por la farsa y el sainete. En cualquier género que resulte preferido predominarán siempre las

cualidades esenciales de respeto al ideal, de veneración a los sentimientos capaces de mejorar la especie; las tendencias idealistas que buscan el equilibrio del mundo en la salud moral del individuo. Si el hombre de mañana será mejor que el de hoy, es asunto que no nos toca dilucidar, pero quedará encaminado por rumbos más nobles que los que seguía antes de la guerra. Y ya eso compensará, siquiera en mínima parte, los estragos y horrores que la lucha ha sembrado en todo el universo. La humanidad quedará después de la guerra en la situación de un convaleciente. Ayer era pletórica y necesitaba sangrías. Mañana habrá menesteres tónicos y reconstituyentes.

TEATRO CRIOLLO

Ahora que no aparece en el horizonte temor alguno de estreno dramático en los teatros, ¿no será permitido hablar un poco de teatro nacional?

—El momento es oportuno. Como hombre cauto me cuido mucho de que a mis palabras puedan atribuírseles intenciones de sátira, pero de zumba siquiera. No hay estreno reciente ni comedia en perspectiva, con que nadie echará a mal que hablemos de nuestro teatro... ¿que no existe!

—¿No existe? ¡Y tanto como se ha hablado del criollismo teatral!

—Los hombres se complacen a veces en hablar de cosas inexistentes para usurpar así las funciones que ellos mismos atribuyen al creador. La palabra tiene, sin embargo, una eficacia maravillosa, y a fuerza de hablar de teatro criollo terminaremos por crearlo. Todo es cuestión de tiempo...

—De modo que para usted no hay obras nacionales...

—Cierto que las hay, pero no en calidad ni en cantidad que basten a formar lo que se llama un teatro. No hay ni siquiera una que merezca el nombre de buena obra teatral.

—Es usted severo.

—No hay severidad en este juicio porque no entraña desdén, ni siquiera descontento. Los esfuerzos que se han hecho por escribir obras teatrales de carácter nacional han sido aislados, efímeros, nacidos más del momentáneo humor de los escritores que no de un designio deliberado y

maduro. Las coincidencias en el esfuerzo revelan, eso sí, que existe cierta vaga y tímida tendencia entre los escritores de la nueva generación a vaciar sus ideas y sus impresiones en comedias y dramas.

—Pero parece que el público es insensible a estos ensayos...

—Le parece a usted. El público, el pueblo, mejor dicho, no es insensible a nada noble. No lo digo por adularle. El pueblo nuestro es muy calumniado y sobre él caen las culpas que sólo debían enrostrarse al vulgo culto.

—¿Qué llama usted vulgo culto?

—El vulgo culto, mi querido amigo, es una terrible plaga social que padecemos, como todos los pueblos jóvenes. Lo forman gentes de toda calaña, que visten con decencia, saben leer y, por lo menos algunas, han viajado un poco. Gente superficial en todo, en las ideas, que son postizas, en la cultura, que es epidérmica; en la sensibilidad, que es fingida o enfermiza. Es esa gente que sabe el francés necesario para leer una novela de Paul Bourget, que cree que París y la Francia son el *boulevard*, que da opinión sobre los trajes de las actrices con una seriedad de modista, que tienen siempre un oráculo a cuyo dictamen ajustan sus palabras: ese oráculo es a veces un escritor extranjero, ordinariamente una medianía; a veces una revista a la que están suscritos; a veces un amigo a quien suponen profundamente versado en cuestiones de buen tono... Gente que nunca ahonda nada ni piensa por sí propia ni es capaz de enfrentarse a su conciencia en busca de una opinión.

—¿Pero existe gente así?

—Claro que existe, y vive al lado de usted, y usted se deja influir por sus ideas y por sus hábitos, porque usted no se ha puesto a pensar nunca seriamente que X es un imbécil. La gente dice que X es un mozo ilustrado y talentoso, y usted sigue la opinión de los demás.

—Yo trato de pensar por mi cuenta...

—No puede lograrlo, a menos que se someta a curas de soledad heroicas. Es el mejor camino; apartarnos de los demás con frecuencia, a rumiar nuestras ideas y sensaciones.

—Pero el vulgo de que me hablaba...

—El vulgo de que le hablo es tanto más peligroso porque es semiletrado. Un hombre capaz de hablarle a usted de la música de Wagner, de

los libros de D'Annunzio, de *Los dos pilletes*, de los poemas de Víctor Hugo, de los sermones de Monseñor Bolo, del monjío de la Cavalieri y del proceso Caillaux, todo con circumspecta superficialidad de charlatán profesional, es un imbécil rematado e irremisible. Ahora bien, la mayoría del público está formada por gente de esa laya. Y el pobre mozo que ha aderezado una comedia con el objeto de herir el alma de esos espectadores, se encuentra con que esos espectadores no tienen alma.

—Es usted injusto, me parece. ¿Cree usted que se ha escrito en Venezuela alguna obra teatral que valga la pena?

—No tal...

—¿Entonces?

—Es que no se creará mientras no haya público capaz de sentirla. ¿Cree usted que fue Homero quien creó los poemas que se le atribuyen? No hay tal. Fue cada uno de los griegos que eran capaces y dignos de sentir el encanto de los hexámetros gloriosos. Homero, entre los sármatas, hubiera pasado por un delirante peligroso. El día que nos hayamos asutilado y ennoblecido la sensibilidad; el día en que merezcamos poseer un autor dramático, lo tendremos.

—Ahora se sitúa usted en un extremo distinto al de otras veces. Considera usted el ingenio como producto de la colectividad.

—De la colectividad no; de cada uno de los individuos que la forman, lo cual es ya distinto. ¿Cree usted que Sócrates hubiera sido gran cosa sin Platón? La mayor parte de su gloria la debe el Estagirita a que el discípulo supo escuchar. Si los apóstoles hubieran sido sordos y ciegos, la obra de Nuestro Señor Jesucristo no hubiera corrido victoriosa por el mundo.

—No quiero salirme de la cuestión, porque me parece usted empeñado en eludirla. ¿Lo que me quiere usted decir es que el primer factor indispensable para el teatro es público con entendederas?

—Se lo estoy diciendo desde el principio. Primero, público; después, autores; después, farsantes.

—¿En último término?

—En último término... Cuando el histrión se adueña del público, anteponiéndose al poeta, jure usted que el público anda mal. Los ate-

nienses se preocupaban de lo que decía Sófocles por boca de sus héroes o Aristófanes por la de sus truhanes, pero no tenía muchos recuerdos para los cómicos. Cuando el cómico se convierte en ídolo, todo anda mal. El teatro francés contemporáneo y el español son buen testimonio de ello.

—¿Y qué habemos menester nosotros?

—Las tres cosas. Pero antes que otra, público. Espontáneamente surgirán los autores, y también los farsantes... Mientras no haya público cariñoso, cordial, inteligente, capaz de ponerse a tono con el alma de los poetas, no habrá teatro posible. ¿Qué ganaría Esquilo con nacer entre nosotros? Que le silbaran sus tragedias, o, lo que es peor, se durmieran en ellas.

—¿Pero es que no aplaudimos las cosas buenas que se representan aquí?

—Sobre eso habría mucho que hablar. Se aplaude el cinematógrafo y los toros y las comedias españolas contemporáneas y el teatro francés, plagado de adulterios. Eso no prueba que haya público.

—¿Pero cómo se sabe cuándo hay público?

—Cuando aparezcan buenos autores dramáticos.

—Es un círculo vicioso.

—Es un círculo lógico, y de él no logrará usted sacarme en mis días.

EL VIEJO, EL JOVEN, UN POETA

I

EL JOVEN. —¿No observa usted la falta de espíritu crítico que nos aflige?

EL VIEJO. —Años hace que lo observo, desde antes de haber usted nacido. Pero hay sus razones.

EL JOVEN. —¿Para qué sirve la crítica? Lo que necesitamos son grandes poetas, grandes escritores.

EL VIEJO. —La crítica es el último peldaño del arte. Arte en mantillas no puede tener crítica. El crítico sin grandes autores sería como el pintor que se empeñara en pintar paisajes metido en un sótano.

EL JOVEN. —Sí, sí... El crítico es una especie de parásito de las grandes obras.

EL VIEJO. —Creo que su oficio y aficiones lo extravían a usted. El crítico descubre al poeta y lo divulga siempre en alguna forma nueva. Naturalmente, el poeta que ofrece a la crítica la gloria de esas divulgaciones ha de ser amplio y humano; entonces, mientras, más críticos sobrevengan, mayor amplitud, más significación estética irá alcanzando su obra.

EL JOVEN. —Para censurar, apenas si se necesita alguna dosis de mal humor, de atrabilis.

EL VIEJO. —¿Quién le dice a usted que el papel de la crítica es censurar o alabar? La crítica no hace sino interpretar las obras ajenas, situarlas en el territorio propicio, esclarecerlas y exaltarlas.

EL JOVEN. —¿Y las malas?

EL VIEJO. —La crítica verdadera ignora las obras necias y sin jugo. No tiene nada que hacer con ellas.

EL POETA. —La crítica es una labor de envidiosos o de maniáticos.

EL VIEJO. —...Y de personas demasiado complacientes entre nosotros; de personas muchas veces talentosas, aunque deplorablemente débiles, quienes con la mayor sangre fría y aun a sabiendas del mal que hacen, componen prólogos, laudatorias, notas bibliográficas y demás sandeces. No tachará usted de envidiosos a tales caballeros. Por fortuna, o por desdicha, se acabó el tiempo en que era posible “reventar” una obra literaria. Si a usted se le ocurre “reventar” un esperpento lo tachan de envidioso, lo cual, después de todo, acaso no carezca de fundamento, porque las obras “reventables” pertenecen a la categoría de aquellas que todo crítico de conciencia debe ignorar. Ese es el error corriente, suponer que el crítico ha de ser un caballero celoso, suspicaz, una especie de vigilante del orden literario, dispuesto a toda hora a darles de garrotazos a los transgresores de las reglas.

EL POETA. —¿Y quién dictó esas reglas?

EL JOVEN. —La crítica.

EL VIEJO. —He allí otro grave error, queridos señores. La crítica jamás ha dictado por sí misma ninguna ley: las ha extraído pacientemente de aquellas obras que el consenso de los hombres considera como magistrales, como perfectas flores del espíritu; en eso descansa la autoridad de las reglas, no en quien las aplica. Es el mismo caso del lenguaje.

EL POETA. —El lenguaje lo hace el pueblo.

EL VIEJO. —Y lo corrompe. Las reglas de la gramática no las han hecho los gramáticos, sino el pueblo, el uso, por medio de los grandes escritores. Tanto, que nuestra lengua, por ejemplo, se encuentra plagada de idiotismos, de modos peculiares de hablar, contrarios a la lógica, y que los gramáticos acatan, porque el uso de los grandes escritores les ha dado legitimidad.

EL JOVEN. —¿Entonces en materia de arte todo depende del capricho?

EL VIEJO. —Así lo desearían muchos poetas al uso. No es de concebirse que un gran espíritu, capaz de componer el *Quijote*; o la *Divina Comedia*, o el *Hamlet*, pueda dejarse arrebatar por el capricho: en almas de tal grandeza no caben caprichos, pues sus mismos impulsos espontáneos se encaminan derechamente a la belleza, como la brújula al norte. ¿No cree usted, señor poeta, que su espíritu es un girasol de la belleza? Me parece que le gustará este símil en que figura Apolo.

EL POETA. —Tengo sospechas de que usted quiere burlarse.

EL VIEJO. —En ese caso usted no está convencido de su vocación apolínea. ¿Se considera usted un sacerdote espurio del dios crinado?

EL POETA. —No, señor.

EL VIEJO. —Pues entonces no tiene por qué darse por aludido. Si se ofende es que no tiene la conciencia tranquila. ¿Cree usted en el numen?

EL POETA. —En el numen?... Claro que sí.

EL VIEJO. —Pues bien, los críticos interpretan y aplican los dictados del numen. También son sacerdotes de Apolo. Sólo que no están inspirados directamente por él. Se atienen a su propia razón humana, que, según usted sabe, no viene a ser más que una chispa de la divinidad colocada en el barro de nuestro cuerpo. Pero armados de la razón penetran en la obra divina de los poetas y encuentran en ella leyes maravillosas. Sin duda el dios ha permitido que esas pautas sean descubiertas y difundidas entre los hombres, con lo cual el arte, divino en sus orígenes, se ha vuelto ahora humano.

EL JOVEN. —No me queda duda de que se burla usted.

EL VIEJO. —Explico los fenómenos estéticos casi con las mismas palabras que usan ustedes en sus habituales disquisiciones. Supongo que ustedes habrán leído a todos los grandes poetas, desde Homero hasta Rudyard Kipling. ¿Y no han tenido nunca que acudir a la crítica para comprender muchas partes oscuras?

EL JOVEN. —La poesía no es para comprenderla, sino para sentirla.

EL VIEJO. —Su amigo, este joven poeta, dirá lo mismo. Pero entonces, jóvenes sensibles, ¡qué portentosa labor de estudio no tendrán ustedes que realizar antes de entregarse a la lectura de los grandes poetas! Para *sentir* a Homero, si eso es posible a estas horas, necesitarán ustedes aprender el griego de un modo perfecto, conocer como a sus manos a las razas griegas y a las que poblaban a Ilíon y una cantidad de pormenores como sólo es posible reunirlos a un erudito formidable. En la adquisición de estos conocimientos lo sorprenderá la vejez, y cuando se disponga usted a sentir a Homero, estará usted empedernido como un ídolo viejo. Se quedará convertido en mero erudito, cosa que, según barrunto, lo llenaría a usted de desesperación.

EL POETA. —Es que uno no ha menester nada de eso para ser poeta.

EL JOVEN. —Eso es. La poesía es pura espontaneidad. Uno canta la naturaleza, las cosas que lo circundan, los sentimientos que lo animan cuando se encuentra con el ánimo rebosado de emociones nobles. ¿No fue usted mismo quien me aseguró el otro día que el hombre primitivo inventó las artes en una tarde de primavera en que andaba ocioso y contento? Sólo se necesita estar contento y ocioso para ser poeta.

EL VIEJO. —Joven, un ser velludo y ríspido que brama ante el crepúsculo carmesí y dorado, puede ser venerable porque fue nuestro abuelo y porque deseaba ser mejor. Aunque proponémoslo ahora como modelo de bardos, me parece una sátira audaz contra este joven poeta inofensivo. Pero usted lo dice, y ese es el ideal que persiguieron algunos románticos desbocados, y ese es el que preconizan los partidarios de la inspiración pura, sin pautas, ni reglas, ni estudios. Un animal afligido o en celo que brama impetuoso, alzando el hocico trémulo hacia los horizontes desconocidos.

II

EL JOVEN. —Bien, aceptemos el papel que usted quiere asignarle a la crítica. Pero los críticos son detestables.

EL VIEJO. —Es que se confunden los términos. Al primer bromista que comparece burlándose de los dislates de un escritor lo toman por crítico. No es tal: es una caricatura del crítico, y aunque suele poner sal recia en sus censuras, estas carecen siempre de doctrina, de circunspección y del elevado sentimiento de belleza.

EL JOVEN. —¿Pero qué necesidad tenemos de crítica?

EL VIEJO. —Sin crítica no habría arte de ninguna especie, joven amigo. En todo poeta, en todo escritor, más todavía, en cada lector, existe un crítico. Porque ningún poeta, y usted que es del oficio debe saberlo, ningún poeta compone sus versos de pronto. Eso de improvisación es bueno para disimular la endeblez de alguna poesía ocasional y festinada. Y ya sabe usted que la mayor parte de las improvisaciones tienen por detrás un apercebimiento clandestino. El versificador va alineando sus renglones y tacha aquí, agrega allá, escamonda en el otro lado, cambia epíteto, se fatiga tras los consonantes, y si no es hombre de mucha habilidad y de mucho talento, puede acontecerle que diga lo que no quiso o no diga lo que quiso, que a veces es peor. Cuando el espíritu crítico no lo conduce de la mano por entre las imágenes y las palabras, el poeta se extravía, por más numen que lo asista, y entonces lo vemos cometer desacierto sobre desacierto.

EL JOVEN. —Entonces no es poeta.

EL VIEJO. —Sí, es poeta, pero el mal gusto, que es falta de crítica, lo empequeñece. En América y en Venezuela tenemos poetas de esta clase; usted comienza a leerlos con admiración, y de pronto se tropieza con pasajes tan aborrecibles por lo vulgares, por lo opacos, por lo sobados, que se queda perplejo. ¿Cómo el mismo ser que escribió aquellos versos pudo estampar estos otros sin horripilarse? No es menester citar nombres; y usted no negará que tales desaciertos son fruto de la falta de crítica.

EL POETA. —Sin embargo, muchos poetas escriben arrebatados por un ímpetu ciego.

EL VIEJO. —Sí, por el numen... ¿Es usted espiritista?

EL POETA. —¿Por qué lo pregunta?

EL VIEJO. —Porque el numen lo convierte a usted en una mesa parlante, en un vil instrumento. Viene a ser usted como una flauta en que un desconocido sopla aires diversos a su capricho. Reverenciamos al músico y desdeñamos la flauta. Usted no posee mérito alguno al exhalar su cántico. No puede hacer otra cosa, porque es meramente la flauta de que se vale el numen para dar gemidos.

EL JOVEN. —Es ingenioso...

EL VIEJO. —Todo lo ingenioso de la invención recae sobre este joven poeta y sus congéneres. Pero se disminuye así en gran parte el mérito que suele atribuírseles a los bardos, porque su papel resulta pasivo: son simplemente ungidos de la Divinidad, como los reyes antiguos: su esfuerzo es nulo.

EL POETA. —Los poetas son algo sagrado.

EL VIEJO. —Frases que nos apartan de nuestro tema. Porque si son sagrados, la crítica es una irreverencia. Pero son los mismos poetas quienes ordinariamente solicitan los favores de la crítica.

EL POETA. —¡Oh! No todos.

EL VIEJO. —Todos. No me refiero, naturalmente, a las vulgares solicitudes del bombo. Lo digo porque un poeta sin críticos se queda arrinconado, arrumbado en el olvido. ¿Qué sería *El Quijote* sin sus centenares de comentadores? ¿Cree usted que los críticos de Cervantes o de Shakespeare son simples maniáticos, meros idólatras, fetichistas, para decirlo con palabra más al uso?

EL JOVEN. —Algo de eso habrá.

EL VIEJO. —Los más de esos comentadores son intérpretes. El espíritu crítico es el de interpretación. Y recuerden que es cosa sagrada: críticos son —y de la Divinidad— los exégetas. ¿Saben ustedes cuántos millares de libros se han escrito sobre los Testamentos?

EL JOVEN. —Pero allí se trata de establecer y aclarar doctrinas religiosas y morales

EL VIEJO. —Pues acá se trata de establecer doctrinas estéticas, que son siempre más amplias porque su radio abarca toda actividad del espíri-

tu: comprenden la ciencia o el arte de la expresión. Todo el que quiere expresar de un modo digno sus pensamientos, de cualquier índole que sean, busca las formas adecuadas a su difusión y crédito. ¿Qué diría usted de un hombre que se pusiera a curar enfermos sin haber estudiado medicina?

EL JOVEN. —Sería loco o criminal.

EL VIEJO. —Pero, mi querido amigo, es el mismo caso del poeta que se confía a la inspiración, desentendiéndose de la crítica. Sólo que en el caso del curandero las leyes establecen castigos severos porque se trata de la salud física y de la vida de los ciudadanos. Los “curiosos”, los aficionados, los empíricos de las bellas letras son no menos dañinos para la salud intelectual de los pueblos. Tanto es así, que con mucha justicia se mide el adelanto de las naciones por la obra intelectual de sus ciudadanos. Cuando oye usted hablar de los esplendores del siglo de Pericles piensa, principalmente, en las obras de los grandes artistas de la época, desde los mármoles del Partenón hasta las tragedias de Eurípides.

EL POETA. —¿Llegaría usted hasta prohibir el comercio con las musas a los poetastros?

EL VIEJO. —Nada de prohibiciones. El público es el que debe juzgar y es menester por eso preparar al público. Se necesita paciencia para insistir en el cultivo de cualquier rama literaria cuando el público se muestra esquivo con el autor.

EL JOVEN. —¿Y cómo se explica usted entonces la popularidad de ciertos escritores necios?

EL VIEJO. —La culpa es del público, que tiene estragado el gusto. Cuando no hay sanción literaria, la literatura desaparece para dejar el puesto a la grafomanía. El público es quien hace a los escritores con su favor. Si en el público no hubiera necios, los malos poetas y los malos escritores no existirían.

EL JOVEN. —¿Y cómo haríamos para ejercer esta sanción?

EL VIEJO. —Es muy fácil. ¿No silban en el teatro las comedias fastidiosas y en el circo a los toreros cobardes?

EL JOVEN. —Yo convengo en que se podría ponerles coto a los poetas selváticos.

EL VIEJO. —Tanto más cuanto que son meros imitadores. La imitación indica una deplorable carencia de espíritu crítico. Fíjese en lo que abunda la imitación entre nosotros, tendencia servil, que abdica de la personalidad propia, encenagándola. La admiración pura es respetuosa: la superficial y poco comprensiva es la que se desmanda a imitar los modelos admirados. No conoce freno. El imitador es un vanidoso.

EL POETA. —¿No dice usted que es servil?

EL VIEJO. —Uno puede ser vanidoso y servil. Aquí se da el caso literario. Quienquiera que imite se cree apto para superar, o a lo menos para igualar, al modelo. Si el imitador se diera cuenta de que se pone en ridículo, no imitaría. Está convencido de que su labor es magnífica, pues de lo contrario no la realizaría.

EL POETA. —¿Y el servilismo?

EL VIEJO. —Es inconsciente. El imitador es un monstruo intelectual. Es como el asno de la fábula que se vistió la piel del león. Se cubre con las apariencias de los grandes autores, pero al menor desliz, y sus deslices son frecuentes, asoma la categórica oreja del asno...

EL VIEJO Y EL MOZO HABLAN SOBRE LECTURAS

—¿Frecuenta usted las librerías?

—Propiamente hablando no. ¿Por qué lo pregunta?

—Dicen que a un hombre puede juzgarse por la clase de libros que lee, como puede deducirse su conducta de la clase de gente que trata.

—Sí; pero entre nosotros el gusto por la lectura es vago, inconsistente, salvo, como es natural, excepciones contadas. De modo que le sería difícil juzgar a la mayoría por su afición como lectores...

—Sin embargo, en el mundo moderno, es raro quien no tiene su autor favorito. Es imposible vivir en este siglo sin leer.

—Sí es. Y muchas personas leen los papeles diarios y los almanaques con chistes que suelen regalar los farmacéuticos...

—Exagera... Todo el mundo lee sus libros.

—Muchas personas leen los que le caen a la mano. He conocido a un caballero cuya biblioteca se componía de cinco libros, a saber: *Robinson*

Crusoe, *Los girondinos* por Lamartine, *Venezuela heroica*, un Nuevo Testamento y un volumen de cuentos de Bocaccio. El tal era hombre prudente, y antes que despertársele la curiosidad de conocer nuevas obras y nuevos asuntos se hundió deliberadamente dentro de sus cinco libros, que conocía al dedillo. Fue un hombre que vivió feliz y sin duda contribuyó no poco a ello su alejamiento de las lecturas peligrosas.

—Usted habla en broma. Para no leer sino cinco libros durante toda la vida se necesita ser un imbécil acabado.

—Yo no le digo que el caballero a quien me refiero no fuera un imbécil. Atestiguo dos hechos: leyó cinco libros y fue feliz.

—Pero sin leerlos también lo hubiera sido.

—Un poco menos, porque el haber leído y releído aquellos cinco libros era para él un elemento formidable de felicidad: tenía cinco vidas más, o, para ser más explícito, estaba enriquecido con cinco matices más de vida.

—Ya comprendo su idea...

—Si usted, le hubiera puesto ante los ojos libros llenos de visiones abstrusas, complicados con erudición, de esos que imponen la necesidad de reflexión y estudio, y que nos van induciendo y arrastrando por caminos nuevos, el pobre hombre se hubiera fatigado y a la postre habría aborrecido la lectura. En cambio pasaba un día con Robinson y otro con San Marcos, atravesaba con el corazón lleno de latidos temerosos, por entre las tempestades de sangre y de ira de la revolución; se enardecía con las hazañas de los grandes patricios nuestros y por último sonreía con las aventuras llenas de gracia y con las picardihuelas del gran italiano. Si alguien lo hubiera inducido a apartarse de sus fieles conocidos para aventurarse por el piélago de los libros ignotos, habría perdido acaso la serenidad que lo acompañó en la vida, como una benévola sonrisa perdurable de los destinos.

—¿Uno entonces debe limitarse?

—¿Y qué otra cosa hace todo el mundo? Existen médicos, pongo por caso, que en su vida han leído más libros que los de medicina. Creen ellos y creen bien, que toda otra lectura huelga. Imagínese un médico que le dé por la metafísica. Al poco tiempo aborrecerá su propia ciencia como cosa baladí, vana y transitoria.

—Pero conozco naturalistas que han llegado por las gradas de la medicina al estudio de los grandes problemas universales.

—Eran metafísicos de vocación y no curanderos.

—Es que hay quien sea excelente filósofo y médico práctico.

—Son cosas inconciliables... Pero no es ese el caso. Nos apartamos de las lecturas. Cada quien lee cierta clase de libros única y exclusivamente, con raras excepciones. La cultura contemporánea, que viene imponiendo lo que se llama *especialización*, impide, por estorbosa para la vida práctica, aquella idoneidad en los asuntos de toda índole que tuvo su arquetipo en el filósofo de Estagira. Hoy el hombre de ciencia se conforma con ser especialista en tumores sebáceos, en construcciones campestres, en pleitos de divorcio o en cultivos de tártago. Con eso le basta para ser útil a los demás y para ganarse honradamente la vida. ¿Cuántos libros necesita conocer a fondo un especialista en quistes sebáceos?

—Lo ignoro; pero veo que usted se burla. ¡La lectura es un campo tan amplio!...

—Amplio y fértil, pero se necesita método... Si usted se pone a leer cuanto libro le caiga en las manos, sin plan y sin orden, terminará por perder casi todo el tiempo que consagra a la lectura... Lo sé por propia experiencia. Si alguien me hubiera guiado con prudencia y lealtad en mis lecturas cuando mozo, hubiera despilfarrado menos tiempo en inútiles exploraciones. Ahora sé lo que debo leer. Pero a los 20 años pocos son los que lo saben. Derraman la atención sobre una porción de libros inútiles o vacíos, y además se dejan arrastrar por la moda...

—¿Qué moda?

—La Moda, amigo, la terrible y funesta deidad moderna: la que lo obliga a usted a cortarse el cabello en esa forma, a usar los bigotes mutilados, a vestir como va vestido, a saludar de tal modo, y a comer tales manjares, y a fingirse deleitado con cual música, y a opinar sobre la guerra europea; la que lo puso a bailar ayer el tango y mañana lo obligará a volar por el cielo en aeroplano, la que lo tiene boquiabierto ante las extravagancias de las costureras; la que recomienda libros frívolos o necios o embusteros. ¿No recuerda usted el auge glorioso de *¿Quo Vadis?*, novela sin originalidad ni arte, o de *La grande ilusión*, volumen propio

para suscitar las cavilaciones de un agente viajero fatigado?... Gracias a los dioses los grandes libros nunca han estado de moda...

—Sin embargo, suelen ponerse...

—No: lo que pasa es que en ciertos instantes de la vida humana parecen lanzar chispazos nuevos desde las lejanías del tiempo, como las grandes estrellas cuyas fulguraciones tienen a veces relámpagos cegadores. Cada vez que releo a Shakespeare, por ejemplo, encuentro alguna faceta cuyo brillo no había notado... Me refocilo entonces golosamente con mi descubrimiento. Si acaso, solicito a algún compadre, idólatra como yo del gran poeta, a quien comunicar mi impresión. Ciertos lectores somos como esos pacientes víctimas de enfermedades secretas, que buscan a sus cofrades de dolencia para contarse mutuamente sus cuitas.

—Comparación impura...

—Pero propia... El lector necesita experiencia que sólo encuentra en la lectura varia y numerosa: al cabo de algún tiempo se orienta y entonces sabe el rumbo que debe tomar. Lo malo es eso: el experimento personal. Si hubiera personas que se consagraran exclusivamente a la lectura, podrían darnos alguna luz a tiempo...

—Me recuerda usted un cuento de Anatole France...

—Sospecho cuál es, el del sabio que se propuso compendiar en las menos palabras posibles la historia de los hombres. Después de escribir volúmenes fue desechándolos y mutilándolos hasta que sólo consignó, en exiguo trozo de papel, estas tres palabras: nacieron, sufrieron, murieron... Cosa igual podría hacerse con los libros; pero perderíamos muchos momentos de emoción noble y de pensar sereno. Para quien no posea fecundas fuentes espirituales propias, y esos somos la mayoría enorme de los hombres, cuyo pensamiento no es tan alto ni puro que en su propio ejercicio encuentre ocupación magnífica y permanente, para los hombres vulgares que formamos la humanidad corriente y moliente, la lectura es necesaria porque nos ennoblece, y nos purifica y nos mejora produciéndonos la ilusión de que somos buenos. Cuando usted lee en un libro un pensamiento feliz, se dice muchas veces para sí: esto mismo hubiera sido yo capaz de decirlo; y se fragua así la ilusión de ser usted capaz de nobles ideas y por ese solo acto se eleva usted en dignidad hasta convertirse en

par del autor favorito. Cuando usted lee el *Hamlet* con profunda simpatía y sincera emoción, es usted un continuador de Shakespeare; y vale usted tanto como Cervantes cuando se queda pasmado ante las peregrinas aventuras de Don Quijote o ríe con los donaires de Sancho. Autor y lector concluyen por formar una entidad única. A medida que la obra ajena va apareciendo en la mente de usted, le pertenece tanto como al autor.

—Son sutilezas...

—Pues no ha leído usted nunca con amor efusivo y hondo ningún libro. Lo deplorable es que la energía de la sensibilidad y de la imaginación se despilfarra en lecturas necias. ¿No se ha fijado usted en los libros favoritos de los chicos de hoy? Creo que leen aventuras estúpidas de detectives, y ni siquiera los libros originales de Conan Doyle, que no carecen de cierto arte, sino folletines baratos y sin asomos de ingenio... Cuando usted era muchacho leía a Julio Verne; nosotros leíamos a Dumas. Ignoro por qué los chicos de hoy, en vez de leer a Wells o a Stevenson, dos maravillosos novelistas, se empeñan en atosigarse el ánimo con las aventuras estrafalarias de los detectives de nombres ridículos que se amuchiguan en las librerías... ¿Será necesario que algún humorista moderno componga otro *Quijote* contra estos nuevos libros de caballería?

—Compuesto con gracia no dejaría de hacer fortuna.

—¿Y el desdén por la Historia? Nuestros letrados se ocupan en cosas de historia con tenacidad y hasta contumacia aguda. Pero en general los lectores de Historia son raros. Sin embargo, la lectura más recomendable a la juventud es la de la Historia.

—¿Cree usted en la Historia?

—¿Yo? En mis días... Pero el estudio de la Historia es ameno, como de cosa novelesca al fin, y prepara para la vida de un modo práctico...

—¿Porque enseña la verdad?

—Porque enseña que no hay verdades escritas posibles: que sólo la Vida puede darnos en ciertos momentos reflejos de la verdad. El medio más seguro de caer en el escepticismo trascendental es compulsar historias.

MÚSICA

—La gente anda muy contenta con la ópera que ahora tenemos en el Metropolitano...

—¿Qué gente?

—Lo que se llama “medio mundo”, las personas que vemos todos los días, aquellas con quien conversamos... Es uno de los temas obligados de cháchara...

—¿Quiere decir usted que está de moda hablar de óperas?

—Y oírlas...

—No tanto...

—Es usted de los que opinan que es un espectáculo especial para determinada clase de personas...

—El dicho es una estupidez... ¿Cómo diré?... anti-zoológica. El hombre es un animal melómano... Y mientras más animal sea más melómano será...

—No parece usted de buen humor...

—De mejor humor que nunca, mi querido amigo. De mejor humor que nunca... Yo me divierto mucho con las especies disparatadas que leo y escucho... Un disparate me alegra el corazón. Me reconforta el ánimo. Río de buena gana cuando oigo decir que la música es un misterio difícil de penetrar... No hay cosa más clara para los nervios de cualquier animal, desde el elefante hasta la araña. La fábula de Orfeo es, como usted sabe, muy antigua. La aparición de la música puede situarse en las eras negras de barbarie. Nuestros aborígenes, que no andaban muy bien que digamos en punto de civilización, poseían instrumentos de música imperfectos, pero ya muy adelantados. El fotuto sabía llorar con cierto aire rústico y muy hondo yaravíes desesperados. Usted no los ha escuchado: pero le aseguro que destilan una amargura tan patética como la de cualquier lamento exasperado en notas musicales cultas.

—¡Hombre! ¡No irá usted a comparar a los músicos guajiros con Verdi!...

—¿Por qué no? Potencialmente valen tanto como el maestro. Sólo que son puro instinto y que no ahondaron en el arte por defecto de la

inteligencia y del conocimiento. Pero cualquier indígena, el más bronco y obtuso, que sienta profundamente los sonos dolientes de su fotuto y la martirizadora quejumbre del canto de sus congéneres, sentirá Verdi con tanta intensidad como el más fino *dilettante* y aún más, porque su capacidad de sensación auditiva no se encuentra estragada con el hábito de la música adquirido por el hombre civilizado...

—Las que dice usted son paradojas...

—No hay tal. Son cosas muy viejas y sabidas, aplicadas a un caso concreto. El oído no es el más noble de los sentidos humanos. La música apareció en el antro cavernario y acompañó al hombre en largos días de tiniebla...

—Sí; pero lo ayudó a redimirse de la sombra.

—Perfectamente, como el hambre, como el amor, como todos los instintos y sensaciones que presidieron su existencia. Las demás artes son muy nuevas, requieren nervios más sutiles para su buena apreciación y una cultura especial. La música la siente el primer *quidam* que pase por allí, tan bien como puede apreciarla el señor Kipling, el señor Maeterlick o el señor Lloyd George, pongo por hombres civilizados.

—Lo que quieren decir los escritores a que usted alude es que un técnico aprecia más a conciencia que un ignorante los matices de dificultad vencida, el acierto del compositor...

—Todas esas son pamplinas. Yo conozco profesionales de la música a quienes supongo imbuidos en los secretos de su arte, que poseen un gusto detestable... Respóndame a una pregunta: ¿hay músicos buenos y malos?

—Es pregunta ociosa. Claro que sí...

—Pues cualquier persona de sensibilidad sutil sentirá, es decir, comprenderá la música mejor que un mal músico. Contando, por supuesto, con que no carezca totalmente del sentido musical, desgracia que no puede achacarse a inferioridad, puesto que algunos genios no han gustado lo mínimo de la música... Napoleón, para citarle ejemplo conocido, despreciaba profundamente la música y los músicos...

—Tal vez despreciaba las artes que no fueran guerreras.

—No, porque recuerde que decía, suspirando por un Corneille, que deploraba que no viviera en su época para hacerlo Mariscal del Imperio.

Y crea usted que lo hubiera hecho tal como lo decía. El azar no quiso que viéramos a un poeta mariscal en aquella época... Volviendo a nuestro problema, le diré que Tolstoi encontraba detestables los dramas de Shakespeare. Y antes que el ruso, Voltaire llamaba bárbaro al formidable inglés. Ahora bien, a nadie se le ocurre discutir la autoridad literaria del patriarca de Ferney ni del menos patriarca de Iasnaia Poliana. Muchos estamos de acuerdo en que Shakespeare es el mayor escritor que han visto hasta hoy los siglos, sin que por eso queramos tachar de bárbaros ni de incompetentes a los dos grandes escritores... Supongo que a ningún estólido croniquero se le ocurrirá tachar de salvaje al que confiese que no entiende la música de Wagner...

—Lo pondrán de oro y azul con la mayor frescura.

—Es que nadie se atreve a disentir de la mayoría, y la mayoría se sigue por la opinión que promulgan los que supone autoridades... Yo conocí a un hombre que confesaba que el *Quijote* le parecía una obra pesada, indigesta y tonta... Pero es el único caso de sinceridad de esa marca que he encontrado.

—¿Entonces la gente dice embustes para que la crean una cabeza más en el rebaño?

—Así es. Cualquier mequetrefe cuarentón que lee, mal que bien, una que otra revista francesa de las destinadas al público gordo, se cree revestido de autoridad suficiente para presentarnos la música como cosa impenetrable, sino es para escasos iniciados, siendo así que es un arte vulgar, en el sentido de que es asequible a todo bruto. Son éstos los que gesticulan tararean, vociferan, claman y discuten una porción de vaciedades y tontunas, mientras el oyente discreto saborea en silencio su íntima impresión de hermosura en recogimiento casi religioso. El hablar, el discutir, el vociferar, es una señal de animalidad desbordante, que excitada acaso por la música, se desata y traduce en signos ruidosos y efusivos... El otro animal, más dueño de sí, más fino, más intelectual, rumia su emoción cabizbajo...

—¿Y no hay un tercer tipo, el que no percibe encanto alguno en la música?

—Si lo hay no es fácil encontrarlo, especialmente porque tratará de vestir su indiferencia con fórmula de exaltada admiración. Si Napoleón

no hubiera llegado a ser Emperador de los franceses y el primer guerrero del mundo, no hubiera prorrumpido aquella frase a que antes me referí. El capitán, o el coronel, o el general Bonaparte se hubieran abstenido de pronunciar tales palabras, que hubieran podido parecer afectadas y lo habrían puesto en ridículo...

—¿Según eso, las clases populares están en mejores condiciones para la música?

—Claro que sí. Las clases cultivadas encuentran goces y distracciones de otro orden, cada quien según sus aptitudes e inclinaciones... Terminan por educar su sensibilidad en un sentido unilateral. Hay quien se acostumbra a la lectura, al amor de las mujeres, al vino, al teatro dramático, al juego de ajedrez, a los comentarios de la guerra... El pueblo, las clases de nervios oscuros y vírgenes, siente en su integridad deliciosa el hechizo de la música, que a un hombre cuyo cerebro esté preocupado en la cavilación de un arduo problema filosófico le parecerá ruido vano e insustancial, tal vez incómodo...

—A la mayoría, sin embargo, la música les eleva y purifica el ánimo...

—Les domestica la fiera que todos llevamos adentro, unos libre y otros encadenada. No otra cosa expresa el mito de Orfeo... Las fieras amansadas son las malas pasiones, los apetitos feos... La música nos desliga de las contingencias brutales de la vida real, nos exalta a las esferas pitagóricas, nos convierte el alma en oquedad resonante donde tiembla el puro amor de la belleza y las pasiones ideales... De nuestros espíritus, que suelen ser estercoleros, o espeluncas, o eríos silenciosos, o siniestros boscajes, hace vergeres efímeros, alfombras de oro, claras avenidas de rosales. Nos limpiamos, nos iluminamos, nos enfloramos, llegamos a exhalar íntimos perfumes que nos embriagan, redimiéndonos fugazmente de nuestras miserias e infamias, convirtiéndonos, por fugitivos momentos, en seres alados y nobles...

EL HOMBRE MADURO Y EL MOZO REFLEXIVO CONVERSAN SOBRE UN TEMA LITERARIO

—Usted que es curioso estudiante de las cosas que pasan a su alrededor le convendría dedicar unas horas a la lectura de la prensa literaria del

país... De ella podría sacar conclusiones provechosas y buenos ejemplos. Dicen los optimistas que literariamente valemos mucho... Podría usted comprobar la verdad o mentira del aserto...

—La verdad es que leo poco de lo que aquí se escribe...

—Pocos leen aquí obras criollas. Ello no puede indicar sino dos cosas: o que lo que se escribe es ilegible; o que no estamos preparados para leer...

—O las dos cosas a un tiempo...

—Iba a decírselo... Iba a decirle también que los dos hechos son correlativos. La buena producción siempre encuentra lectores, porque no se da sino después que los pueblos han alcanzado lozano progreso: cuando el árbol está fuerte, sano, henchido de savia fecunda, rompe en flores...

Nuestra producción es enclenque todavía. Conozco la prensa del país. Aquí y allá, una flor perfumada y linda, entre profusos follajes incoloros, cuando no cactus erizados de púas...

—Y no se ha fijado en el carácter predominante de la poesía.

—Es amatoria y lacrimosa...

—¿No le llama a usted la atención el consorcio?...

—Los enamorados suelen llorar...

—No de ese modo... Me refiero a la poesía juvenil... Un enamorado sano de cuerpo y espíritu puede pensar en mil diabluras, puede pasar por mil matices de la emoción, desde la ternura suavísima hasta el ronquido del rijo, pero no llora sino por despecho o por impotencia. El amor en un hombre joven no hace sino sonreír mostrando los dientes, con hambre de placer y de vida... Un enamorado joven que se pone a lanzar quejumbres es algo ridículo.

—Pero si los jóvenes se ven desdeñados...

—Sepa usted que un joven no es desdeñado nunca. Lo que pasa es que se supone desdeñado de antemano.

—Es muy aventurada la suposición... Sería menester confirmarla.

—No es tal... Podemos comprobarlo sin mayor esfuerzo... Ya sabemos lo que son los lamentos literarios... Es muy probable que este coplero que aquí llora como un Job sea en la vida práctica un bromista del peor género. Casos se han visto... Pero yo me refiero al conjunto... ¿Por

qué solloza una generación entera de enamorados? Diríase que necesitan un ejército de Celestinas...

—Es muy fácil tomarlo a broma...

—¿A broma? Si casi estoy por ponerme lúgubre. ¿O cree usted que es cosa de broma ver a una generación entera, cargada con la podrida herencia romántica, lanzando lamentaciones de plañideras? Tienen que ser enfermos o locos...

—Tienen una sensibilidad que usted no acierta a comprender.

—Pero es una sensibilidad enteramente venérea, instintiva, inferior... No se preocupan por ningún problema moral ni intelectual y ni siquiera los seduce la naturaleza ambiente. La poesía descriptiva está difunta y enterrada y sobre su tumba llueven raudales de lágrimas que ni siquiera son amargas: son meras gotas de agua artificial.

—No dirá usted que fingen...

—Tampoco finge el maniático, a quien se le mete entre ceja y ceja cualquier disparate.

—Ni que no sufren...

—Eso es lo que yo dudo. Dudo de que sufran. Prodigan demasiado el suspiro. Creo que, como esas viejas devotas que repiten las palabras de sus plegarias sin atender al sentido, estos mozos majaderos repiten los consonantes aciajos sin pizca de pesadumbre...

—Creo que su edad no le permite juzgarlos con acierto infalible...

—Un viejo que sabe envejecer siempre puede ponerse en la situación moral de cualquier muchacho. ¿De qué se quejan estos mozos? Dicen que son desgraciados. También nosotros, los de mi generación, fuimos desgraciados a ratos y no somos muy felices después de viejos...

¿Qué diría usted de un campesino a quien sobreviniera de pronto en mitad del camino, un dolor atroz y se sentara a la orilla a sollozar desconsoladamente?

—Que era un estúpido.

—Justo. Lo natural es apresurarnos a llegar al pueblo vecino, en solicitud del remedio para su mal... ¿No hace el mismo papel este poeta que lloriquea inútilmente, sin la esperanza siquiera de que algún transeúnte se conduela de su dolor?

—Esos chicos se sienten desorientados...

—¿Y por qué no tratan de orientarse en vez de despilfarrar el brío en lamentos? ¿Cree usted que los dioses los ayudarían?

—Solicitan tal vez piedad del destino...

—Es como pedir oído a las peñas. ¿Puede el destino ablandarse ante quien no tiene voluntad?... Y a estas horas, joven, quejarse sin un motivo profundo y solemne es un pecado espantoso de humanidad. En esta hora el género humano entero debería estar llorando según la lógica de usted; y está de pies, combatiendo, sufriendo sin gemidos, con las fauces abrasadas de sed y las entrañas furiosas de hambre y el espíritu lleno de obscura desesperación. Y en este momento sale un mozalbete exhalando alaridos porque una dama, probablemente fantástica, no le da el “dulce sí”. ¿No es eso una blasfemia?...

—Ellos están lejos del drama o no lo comprenden...

—¿Y no sería bueno que ustedes, los de la propia generación, les dijeran a esos mancebos atolondrados que obran de un modo irreverente?

—Usted es de los que proclaman que el mundo es en realidad como cada quien lo ve... Donde usted ve el mal del orbe, ellos no ven sino su propio mal, egoísta y minúsculo para nosotros, pero que a ellos se les antoja la gran catástrofe del universo...

—Aceptaría lo que usted dice si esas inquietudes, ansias y tormentos fueran cosa viva, carne sangrante y dolorida. Un Leopardi tendría derecho a desentenderse del dolor del mundo para atender solamente al pesar propio. Es que los Leopardi vienen a ser la boca clamorosa de la humanidad coetánea. Pero ese muchachote gordo que compone versos ¿por qué viene a llorar miserias imaginarias ante el luto del Universo? ¿No ve usted que hace el papel de un bufón en un entierro?

—El problema no estriba sino en que sufra. Si sufre, sus lágrimas son respetables.

—El sufrimiento no se adorna nunca con cascabeles... Ya lo sabrá usted con los años. El dolor se emboza en la tiniebla y allí derrama su llanto. Cuando el dolor sale a la luz es para obrar: es el dolor trágico. Y de ese no padece su generación.

—No, ciertamente.

EL VIEJO Y EL MOZO HABLAN SOBRE CONCURSOS LITERARIOS

—¿Cree usted en la utilidad de los concursos literarios?...

—Sí creo...

—Esperaba otra respuesta de su boca...

—Hacía mal. Los certámenes literarios tienen a su favor unas cuantas ventajas incontestables...

—¿Cuáles?

—Son útiles. Mucha gente, y de la capaz de escribir bien, no trabaja ordinariamente en asuntos literarios porque no tiene recompensa. Sólo un hombre dotado de irresistible vocación es capaz de escribir sistemáticamente, aunque nadie le haga caso. Hablo de recompensa no en un sentido meramente material. Sin duda es agradable para un autor percibir el precio que se otorga a su trabajo escrito... Pero la recompensa puede revestir muchas formas...

—¿El aplauso público?

—No sabe usted cuántos esfuerzos, cuántos sacrificios se realizan en este mundo por obtener el aplauso de los demás...

—Los vanidosos...

—Se engaña usted... Los escritores verdaderamente vanidosos se conforman con leer ellos propios lo que han escrito y encontrado bueno, a lo menos el vanidoso puro... Cuanto al orgullo, es ya otra cosa... Y, sin embargo, tengo alguna experiencia y sé que es difícil encontrar un escritor a quien no halaguen los aplausos de todo el mundo... El aplauso es la única forma en que podemos pagar las nobles emociones que nos proporciona un autor...

—¿La única?

—Me refiero a nuestras costumbres... No nos creemos obligados a comprar el libro que nos agrada... Lo leemos de préstamo o lo reclamamos como presente y siempre, siempre le decimos al autor que nos ha parecido excelente...

—Es una fórmula cortés.

—Que emana de nuestra costumbre de no comprar libros... Si usted adquiere un volumen en la librería, no tiene en la lengua las ataduras del reconocimiento; y si el volumen no es de su gusto, nada le impide expresar su opinión... Por eso la crítica entre nosotros es precaria... Los autores, pues, han de conformarse con las apostillas corteses de los periódicos y con las cartas amables de sus cofrades...

—Pero hay algunos que traspasan las fronteras.

—No me refiero, naturalmente, a los escritores de primer orden, conocidos y alabados en toda la América... No todos los buenos escritores con que contamos pueden ser conocidos en el orbe... En todo caso si el autorizado aplauso extranjero premia a los más ilustres, es seguro que no han obtenido jamás ganancias pecuniarias con sus libros, ni aun los más famosos... ¿Cree usted que los libros de Díaz Rodríguez, unánimemente alabados y que ahora reeditan en España, le han producido alguna renta módica siquiera?

—Lo ignoro...

—Pues ya sin saberlo por datos autorizados, le aseguro que no le han producido nada. Si acaso sumas irrisorias, que en modo alguno retribuyen la ardua labor que representan...

—Pero estos son casos de vocación literaria...

—Es que ni los mismos escritores populares, aquellos cuyas crónicas o cuentos o versos lee todo el mundo con avidez, obtienen tampoco mayores rendimientos de su labor... Y menos mal si escriben en los periódicos. Los libros nadie los compra...

—¿Y usted cree que los certámenes compensan esta diferencia?

—En cierto modo sí. Un poeta laureado obtiene con el lauro satisfacciones que no le proporcionaría la divulgación pura y simple de su poesía... Es un caso algo raro. X publica un poema y nadie para mientes en él, así sea hermosísimo. Pero si lo envía a un certamen y gana el premio, todo el mundo lo lee, y lo alaba o lo discute. Un poeta laureado tiene para la mayoría talento que no puede discutirse. El premio es una consagración.

—¿Y no hay temor de premiar un poema sin mérito?

—A menos que se trate de un aborto absurdo, todo poema tiene

su mérito. Lo que se necesita es penetración para inquirírsele... Claro que es difícil encontrarse en un certamen con una de esas obras que perduran en el tiempo como monumentos literarios, porque ésas no se improvisan.

—¿Acaso son improvisados los poemas de concurso?

—Hay algo peor y es que muchas veces el poeta no simpatiza con el asunto. El tema en que X se luce resulta para Z árido y estéril, lo cual no prueba que X sea mejor que Z.

—En ese momento y en ese tema sí.

—No puede negarse. Pero es muy posible que Z componga versos más resistentes al tiempo que X. Lo cual no quiere decir que yo niegue la conveniencia de los certámenes. Ya le he dicho que el solo premio otorgado es una fuente de nobles estímulos. Además, los concursos literarios crean emulación, promueven el estudio, suscitan curiosidad hacia las letras...

—Está usted optimista...

—Porque veo las cosas de lejos. Ya sé que de cerca se ven intrigas menudas, rivalidades ínfimas, toda esa muchedumbre de nonadas que forman la urdimbre de los chismes literarios... Pero no valen la pena. Como preparatorios de más alta cultura los certámenes son excelentes...

—Con tal que los hicieran periódicos...

—Las grandes naciones literarias tienen concursos permanentes, los premios que se otorgan, cada año o cada tantos años, al mejor libro de poemas, a la mejor novela, al mejor ensayo histórico publicado... Es una costumbre laudable.

—Pero a veces premian libros sandios...

—A veces, no siempre. Entre nosotros también hubo premios análogos. Recuerde el de la Academia Venezolana otorgado a *Sensaciones de viaje*, que provocó una alharaca. Fue un premio justo, porque *Sensaciones de viaje* es acaso el mejor libro de Díaz Rodríguez.

—Sin embargo, no es el más famoso.

—La fama es cosa sin importancia. En *Sensaciones de viaje* hay más frescura, más fuerza y más gracia que en sus demás libros. Los otros son frutos de arte más refinado, magistral y sutil, pero los aciertos de la prosa

primeriza me producen una impresión de belleza espontánea, que sólo a ratos encuentro en los segundos.

—Habla usted como un rústico...

—Porque no quiero ser crítico... El gusto de un rústico, si lo tiene, es más certero que las cavilaciones de Taine.

—Esas son paradojas...

—No hay tal... El juez mejor en materias literarias es el público, todo el público... El dictamen debía hacerse como se acostumbra en los certámenes de bellezas, por votación general...

—Pero, ¿cómo confiar esas materias al capricho de los indoctos? Me hace usted acordar de Rabelais y del juicio por los dados del juez Bridoye...

—No hay por qué tales recuerdos. El poema que le guste a la mayoría debe ser el premiado... Así se evitarían disputas...

—Yo recuerdo que cuando el Centenario de la Independencia se efectuó un certamen por ese método. Y muchos quedaron descontentos...

—¿Pero es que desea usted que los no premiados queden alegres? No sería humano...

—Bueno, eso es lo que respecta a los jueces. ¿Y los concurrentes? Quieren decir algunos que los poetas ya laureados no debían enviar poesías a los certámenes; que deben dejar el campo a la gente joven, que principia a cultivar las letras y puede hallar verdadero estímulo en la recompensa.

—La reglamentación en ese sentido podría ofrecer un inconveniente de más de marca: y es que con frecuencia los concursos se quedarían desiertos. Se necesitaría una población literaria numerosa para permitirnos ese lujo.

—Me he fijado en que los concurrentes derrotados son aquellos que encuentran luego que los concursos literarios no prueban nada...

—Es bueno no poner atención en lo que dicen. Cuando un autor premiado una y otra vez diga que los certámenes literarios carecen de importancia, podemos tomarlo en consideración. Entretanto se trata de que las uvas estén verdes...

—¿Y usted concurriría a un certamen?

—¡Oh! No en mis días. El azar domina ya nuestra vida, a despecho nuestro: me parece sobra de candor concederle aposta mayor espacio aún en nuestra existencia...

LOS INTERLOCUTORES DEPARTEN ACERCA DE LA FIESTA DEL CENTENARIO DEL ILUSTRE POLÍGRAFO

—¿Conoce usted bien a Cecilio Acosta?

—Aunque me apene el confesarlo el caso es que apenas he leído alguna cosa suya...

—Ya lo sé. El famoso discurso en la Academia de Letras... No es mucho pero es algo... No ha sido don Cecilio muy afortunado después, de muerto...

—¿Y en vida?

—¡Oh! No alcancé a conocerlo; pero he leído todas sus obras, cosa que es más rara de lo que usted cree entre los venezolanos. Y puedo asegurarle que fue un hombre que vivió feliz, salvo ineludibles sinsabores que todos probamos.

—Lo cierto es que no fue llorón a lo que se me alcanza.

—Antes por el contrario, fue un pensador sereno, a veces plácido, de un candor inagotable... Tal hombre mereció haber vivido en otro país y en otra época... Aquí vivió como cordero entre tigres... Le salvó su candor mismo. Porque su talento era tan alto y veía de tal modo el conjunto de las cosas, que se le desvanecían a la vista las pequeñeces y sólo alcanzaba a divisar los hechos grandes, luminosos y dignos...

—Dicen que era de una timidez deplorable...

—Cordero entre cunagueros. Según parece sacó de sus años de seminarista esa timidez invencible, que acaso fue escudo que lo preservó de los zarpazos de las fieras coetáneas. Era un hombre honrado y fue escritor honrado.

—Me parece, por eso mismo, que será pálido y pobre este centenario en el pueblecito de San Diego, su cuna. Un escritor de ese tamaño pedía un homenaje nacional...

—Mi querido amigo, gusta usted demasiado de las pompas. Si el bueno de don Cecilio resucitara ahora, lloraría de dulce emoción presenciando ese homenaje ingenuo y sencillo. Creo que su alma se asustaría ante el atuendo de un tributo pomposo. Ciertamente es la plegaria la que hace los dioses; pero humilde y todo, este homenaje lo pone vivo por unos momentos delante de nuestros espíritus fatigados...

—Es cierto... Vivirá por unos días en las páginas de los periódicos...

—Existen algunos espíritus donde habita y habla... Ponga que sean contados: esos se encargarán de perpetuar el culto. Y ese culto, no lo dude usted, será un día profesado por millones de seres. Lo que importa es que se conserve una chispa del fuego sagrado.

—¡Se ha hablado tan poco de él!

—Sí, ya lo sé. Aparte el medallón labrado por Martí, vamos perdiendo la memoria de sus perfiles. Pero ya los encontrará un día el que sea digno de verlos, en las obras suyas, que no carcomerá el tiempo. Tiene su obra las grandes virtudes que preservan de la polilla: la sinceridad, la gracia, el entusiasmo. Cuando pasen los años borrando nuestro recuerdo y se haya desvanecido la memoria de obras y de nombres que consideramos un día gloriosos y grandes, el dulce fantasma de Cecilio Acosta vendrá a sentarse al hogar de nuestros nietos, a repetir palabras de oro que los abuelos desdeñaron. Hay otra figura olvidada que entonces aparecerá también ante nuestros descendientes, vestida de furor y deslumbradora de fuerza: la del gran Juan Vicente González. ¡Hermosa pareja!

—Son antitéticos.

—Por el contrario, son gemelos y se completan: los dos juntos forman el orbe del alma venezolana. El uno es la calma meditabunda y florida que cubre con rosas de sueño el légamo en que vive; el otro es la cólera vindicativa que ruga en la noche como león hambriento: Orfeo y Hércules...

—Me agrada ver que siente usted entusiasmo de veras.

—¿Por qué no? Sin entusiasmo no hay propiamente arte, porque para sentirlo se necesita cierto fuego espontáneo de corazón y la mente. Desconfíe usted de quien permanezca frío ante Juan Vicente González o Cecilio Acosta: es imbécil o malvado. Como tengo buen juicio acerca

de usted acepto que no se exalte, porque no ha leído a Cecilio Acosta, ni propiamente conoce su vida, lo cual es solamente una desgracia...

—Confieso que sólo tengo referencias muy vagas...

—He allí uno de los pecados de nuestros jóvenes, creen que lo traen todo consigo y se exponen a echar a perder el porvenir. No se dan cuenta los mozos de que son el nexo entre lo pretérito y el futuro: entre la Venezuela de ayer y la de mañana: un eslabón de la raza. Sin saber de dónde vienen ¿cómo pueden sospechar siquiera a dónde van? Están enfermos de frivolidad y pierden el tiempo leyendo pamplinas sin jugo. No se percatan de pensar cuál fue el rumbo que les señalaron los muertos para poder seguirlo o corregirlo con plena conciencia de lo que hacen. ¡Qué mucho que las nuevas generaciones anden a tientas y dando traspiés a cada paso! Al primer buhonero que pasa vendiendo abalorios literarios le forman cauda de admiración. Aceptan sin discutir lo que se les vende por gloria legítima, oropel cuyo brillo no resiste sino unas horas de claridad del sol. Es fácil eso y por fácil lo practican. Pero no es digno ni noble...

—Es verdad, pero carecemos de fuentes de información...

—No es la desidia la que enterrará entre cenizas impuras a su generación. Pereza, desgana, falta de curiosidad. La curiosidad que fue la que les robó el Paraíso a nuestros primeros padres, será la que lo devuelva a nuestros hijos remotos... Si alguien publicara ahora una biografía puntual de Cecilio Acosta, resultaría una novedad sorprendente para todo el mundo, y sin embargo, apenas medio siglo nos separa del gran prócer literario, que alcanzó en vida popularidad muy honrosa para sus contemporáneos. Todavía viven algunos que le conocieron. Era hombre tímido, casi apocado, que vestía con poco garbo y mucho desaliño. Pero su talento era tan radioso que pocos se le acercaban que no salieran embelesados. Tenía las palabras y el corazón de oro. Su virtud trascendía como perfume moral. De una inocencia de niño, sabía sonreír con pureza. En una sociedad bronca y áspera, acostumbrada al fúnebre olor de la cotidiana carnicería y en la cual hambres feroces hablaban de República con las manos tintas en sangre; él aparecía sereno, plácido, luminoso, como un contraste brusco. Mientras Juan Vicente González lanzaba destellos procelosos, como una nube preñada de rayos, y con relámpagos súbitos les

alumbraba el alma a los contemporáneos enfurecidos, el buen Cecilio exhalaba gorgoros de alondra. Acaso confundía el resplandor del incendio con la risa de la aurora, mas no por eso fue su canto menos dulce, grave y hechicero. Ambos gustaron de cultivar la historia: el uno para escarmiento de forajidos; el otro para ofrecerles consejos a las generaciones, ambos en el fondo moralistas empeñados en alumbrar la selva oscura. Sus palabras fueron ruido vano para los hombres que las escucharon. Y en las ulteriores catástrofes, uno y otro fueron arrastrados por la corriente del olvido. A través de cincuenta años nos parecen abuelos distantes que nos hacen señas incomprensibles entre brumas de siglos. Es menester que nos acerquemos a ellos con veneración y reverencia. Lea usted sus libros y encontrará una porción de novedades, dichas con claridad y con energía. Léalos porque en ellos hay estilo, que es cosa no común, Estilo, es decir, fisonomía peculiar del lenguaje, no máscara rosada o azul de palabras, que es lo que venimos considerando hace años como estilo. Las cosas buenas que ellos dijeron, las dijeron de un modo inmejorable y perfecto, en concreciones verbales que no pueden pulirse. Póngase usted a aquilatar cualquiera de las frases lindas que otros ofrecen por prodigios de estilo y al cabo de un poco de ejercicio tedioso logrará mejorarlas musicalmente. Pero las frases de Cecilio Acosta no podrá mejorarlas usted ni por medio de magia. Tal es el arte verdadero.

—Pero siendo tan grande ese hombre, las sociedades literarias le harán una apoteosis en el Centenario.

—Lo ignoro. Sólo sé, y se lo repito, que si Cecilio Acosta tuviera conciencia del festejo concertado temblaría de contento en su sepulcro. Una ofrenda como la que se le prepara colmaría la medida de su deseo. El fausto de la apoteosis atemorizaría su corazón. Pero a esta fiesta humilde y cariñosa que tiene la dulzura de una ceremonia familiar, su alma acudirá amante y solícita, a confundirse con la de los oferentes con sonrisa tranquila y dulce, como la que florecía entre sus labios elocuentes, cuando a la vera de la madre adorada, escuchaba el susurro de las cláusulas que le zumbaban en el alma, como abejas de oro, impacientes por volar, hechas triunfo vivo, en los éteres de la gloria.

DEPORTES

—Vamos penetrando poco a poco en los deportes. El *baseball* es a estas horas popularísimo en Venezuela... ¿Le agradan a usted estas manifestaciones de cultura física?

—¡Lo que las habemos menester! Usted ha vivido poco y no ha visto nada. Hace cuarenta años hubiera parecido absurdo descansar dando carreras y tirando pelotas por el aire... Los deportes de mis padres y abuelos eran distintos...

—Pero han decaído también: la equitación perdura en los llanos, la natación se pierde como costumbre en las ciudades de la costa. Deporte propiamente hablando, sistemáticos, organizados, vinimos a tenerlos hoy.

—Por eso su auge de ahora me place. El trópico es mal enemigo nuestro, nos amodorra, nos aniquila, nos balda: ahora es cuando principiamos a luchar contra sus ponzoñas.

—¿Cómo? ¿Es usted enemigo ahora del trópico y de sus dulzuras? ¿Qué haremos con la *Silva a la agricultura* y demás cantos a la Zona Tórrida?

—¿Qué? Aprenderlos de coro y recitarlos de vez en cuando con reverencia admirativa... Pero tenemos que modificar muchos conceptos corrientes hasta hace poco. El de la feracidad espontánea de nuestra tierra entre otras cosas...

—¿Vivimos acaso en algún Sahara?

—No, al revés, vivimos en uno de los territorios más fértiles del mundo como todos repiten. Sólo que esa fertilidad fue durante años enteros un mal...

—¿Un mal? No me lo explico.

—Sin embargo es cosa clara. El nativo encontraba a la mano cuanto había menester para subsistir. La tierra le daba pan y abrigo sin reclamarle esfuerzos. Las estaciones se resumían en una larga primavera con interrupciones de lluvias... El hombre no tuvo que prever inviernos ni atemorizarse ante la crudeza de los fríos... Alimento lo encontraba en los árboles y animales de la selva y en los peces del río. ¿Qué lo preocupaba? Por eso probablemente nuestros antepasados los indios de la costa firme

estaban atrasadísimos en comparación con sus congéneres del Anahuac o del Cuzco... La civilización no puede salir nunca sino de una lucha continua, tenaz, enérgica contra la naturaleza ambiente. Sólo así se despiertan y asutilan las cualidades del espíritu. El hombre no progresa sino por el dolor. Por eso el Paraíso bíblico era la condenación a la eterna ceguera y a la eterna sordera, el encenagamiento en la dicha bestial de los chimpancés. Cuando nuestros primeros padres comieron del fruto del Árbol de la Ciencia se condenaron al dolor sin tregua y sin término, pero se arrancaron la costra de ceguera y pudieron mirar a lo porvenir, se destaparon las orejas y pudieron escuchar el vasto y vario rumor del universo: por eso se tornaron aptos para el progreso, cuyo precio es la lucha y el dolor.

—Sin embargo, usted mismo me ha dicho que el sueño de todo hombre superior es la felicidad: la propia y la del linaje a que pertenecemos.

—Si así no fuera, el mundo estaría convertido en vasta necrópolis. La esperanza es la que anima al hombre, el motor que lo empuja por los caminos del mundo. Pero el día de la perfecta felicidad será el del aniquilamiento universal.

—¿El hombre es un condenado entonces?

—No, porque su congoja es transitoria y efímera. No hay ser que no tenga en la vida sus momentos de placidez, de júbilo, de satisfacción, que alternan con las horas de zozobra y pesadumbre. Ello es una condición de la vida misma. Y es lo cierto que la voluntad bien enderezada puede apartarnos del dolor con frecuencia y acercarnos a la felicidad, siempre que no tropecemos con la angustia metafísica que proviene del extremo afán de razonamiento. El hombre del trópico hubiera permanecido durante siglos en su semibarbarie si el nuevo mundo no hubiera sido hallado por los europeos. Después de la conquista adoptamos costumbres y vicios importados, pero conservamos la pereza nativa. Hicimos esfuerzos enormes, que podrían creerse productos del fastidio, para destruirnos unos a otros en guerras que parecían propiamente las convulsiones de un organismo envenenado por el ocio... Se diría que no sabíamos en qué emplear la energía que se nos acumulaba lentamente, durante el perpetuo vagar en que vivíamos...

—Sin embargo, muchos trabajaban.

—Cierto que sí. Pero no me refiero sino al conjunto. Muchos también holgaban. A medida que pasa el tiempo vemos que la tierra nuestra puede ser muy fértil, pero que mientras no se la cultive científicamente será en la práctica un erío tan estéril como el Sahara... En eso la guerra universal nos habrá hecho un bien.

—¿Bien la guerra?

—Nos ha enseñado que si ponemos un poco de perseverancia en nuestra obra, podremos mantenernos con nuestros propios recursos, produciendo gran parte de lo que necesitamos y un excedente con qué adquirir holgadamente los productos exóticos que nos hagan falta...

—Pero nos alejamos de los deportes...

—Aparentemente, porque ya volvemos a ellos. El deporte rudo y violento prepara a las nuevas generaciones para la acción continua, para el trabajo fructuoso. Las nuevas generaciones serán más sanas, más aptas para la lucha por la vida, más alegres, porque el cansancio después de cualquiera obra realizada es tranquilo y lleno de serena alegría.

—Casi va a convencerme con su exaltación. Sin embargo, yo creo que será necesaria una larga práctica de los deportes para modificar los nervios de la raza. Una sola generación no basta.

—Pero desde chicos los hombres de mañana irán habituándose a estar continuamente en acción, cuándo en el trabajo, cuándo en el deporte. Los placeres viciosos ocuparán menos tiempo a las jóvenes. Y la generación subsiguiente será más fuerte...

—Largos van sus cálculos.

—Cuando se habla de problemas de esta índole, no puede esperarse el fruto para mañana. Sólo largos años nos darán la respuesta...

—Que no oiremos.

—Yo, a lo menos, no...

CERTAMEN DE BELLEZAS

—¿No ha votado usted aún en el Certamen de Belleza?

—No. Y probablemente no votaré. No tengo ni la edad ni las inclinaciones que se necesitan para consagrarse a tal votación.

—¿Quiere decir que no le agradan estos concursos?

—Me agradan, claro está. Desdichado de aquel a quien no gusta la belleza y mucho más la belleza femenina, compendio y cifra de todas las bellezas que pueden encontrarse en el Universo... Pero para tomar a pechos un certamen de esa índole es menester sentir una adoración activa por la belleza, no contemplativa, como la que compete a un ser de mi carácter y de mis años.

—¿Entonces somos los mozos los llamados a votar?

—Por lo menos aquellos que conserven siquiera una chispa de la mocedad. Cuando uno pierde la capacidad amorosa puede seguir adorando a la belleza femenina con amor sagrado y respetuoso: pero no es éste el que conviene a las señoras ni mucho menos a la especie... Un mozo no: un mozo cuando pronuncia su voto en un debate de estos, sabe lo que hace y está en capacidad de demostrar que tiene razón al opinar de tal modo. A los viejos nos quedaría para el caso el recurso de razonamientos sutiles, ingeniosos y acaso convincentes a fuerza de argucias, pero expuestos siempre a desbaratarse al primer soplo de cálida pasión que asome. En realidad, la prudencia de la senectud, que tanto suele valer en otro linaje de asuntos, resulta estéril y aun suele quedar vencida y avergonzada en estos casos... Por eso es bueno reservarse uno sus pensamientos...

—¿Pero para los mozos será conveniente este ejercicio?...

—Claro que sí... Todo mozo que sepa serlo tiene, pública o inconfesada, una admiración por determinado palmito... Es ésta una coyuntura que se le presenta para hacer valer su admiración... Es un modo de servir a su dama. El acto de depositar el voto en el buzón, acto que a muchos les parecerá de una trivialidad vulgarísima, resulta así un ademán profundamente caballeresco... No dé usted esas muestras de inquietud...

—Barrunto que quiere usted burlarse un poco de mí...

—No hay tal cosa. Hablo con entera circunspección. Y aun estoy dispuesto a analizar todos los matices del sentimiento que caben en el votante...

—¿Habrán algunos más que el amor y la admiración?

—A primera vista parece que no. Fulano vota por Zutanita porque siente hacia ella toda la admiración y todos los sentimientos que un mozo

puede experimentar hacia una muchacha bonita: primer factor, que es el más frecuente.

—¿Por qué afirma usted eso?

—Ya lo verá. Segundo factor. Zutano vota por Fulanita porque es un fervoroso admirador de la belleza plástica, un artista, un esteta, o como quiera usted llamarlo: ha encontrado que Fulanita realiza los ideales estéticos que él concibe...

—¿Y no pueden ser estos los más numerosos?

—No.

—¿Por qué?

—La respuesta es peliaguda. ¿Cree usted que en los tiempos que alcanzamos es posible comparar con pleno conocimiento de causa la belleza de dos mujeres?

—Claro que sí...

—¿Qué llama usted belleza?...

—La armonía y proporción...

—No es menester que siga... Ahora bien, a la mujer no la ve el hombre hace siglos, como el hombre es el animal a quien menos ve la mujer hace siglos...

—Comprendo algo...

—La indumentaria, joven amigo, que es enemiga declarada de la belleza, lo ha echado a perder todo en esta materia...

—Pero no aspirará usted a que las candidatas de belleza imiten a Friné...

—Dios me libre... Soy un ciudadano honesto... Y me opondría a ello si se presentara el caso y estuviera en condiciones de hacerlo. Hay ciertas tradiciones que conviene respetar, y el indumento es una de ellas: el traje es un factor de civilización.

—Se contradice...

—No. Me explico, nada más. Defiendo el traje e insisto en que el certamen de belleza moderno no puede ser como los análogos que celebraban los griegos. Aquellas eran fiestas nobles que no podrían celebrarse ahora sin escándalo. El cristianismo alteró los conceptos que privaban entonces...

—Es usted enemigo del cristianismo.

—No soy enemigo de nadie, ni de las instituciones ni de quienes las crearon. Estoy enumerando hechos. Repito que hoy día no resultaría decente aquella solemnidad a que los griegos atribuían una importancia nacional y religiosa de primer orden. El concepto de la belleza también ha cambiado...

—¡Acabáramos!...

—Sí, ha cambiado, pero ignoro si ha mejorado...

—¿Cambian los instintos del hombre?

—Parece que sí, pero con una lentitud prodigiosa... Y hasta barrunto que no cambian propiamente sino que se destruyen, lo cual es un peligro espantoso para la humanidad... Hay quien afirma que el hombre se va convirtiendo poco a poco en una bestia meramente inteligente, es decir, en un monstruo atosigado de ideas...

—Pues entonces nuestros instintos serán menos intensos que los de los helenos...

—Pero no más puros.

—Desde el momento en que el hombre es más inteligente...

—No he dicho eso.

—¿Cómo? ¿Se desvanecen los instintos y la inteligencia sigue siendo una misma?

—Así lo creo. La inteligencia del hombre no puede aumentarse ni disminuirse: es una aptitud más que una entidad.

—¿Pero entonces el hombre decae?

—Parece que la inteligencia tiene una reserva de recursos que no conocemos y que puede poner en acción...

—En resumidas cuentas, ¿cree usted que la supresión de los concursos de belleza a la manera antigua es un adelanto?...

—Es un retroceso y por eso debemos alabar y estimular los modernos. La belleza no es una virtud pero es un mérito valioso. El cristianismo quiso cambiar el culto de la belleza por el de la virtud y no consiguió sino que una y otra se pusieran embozos... Es muy posible que en un próximo esfuerzo, el hombre se desembarace de esos tapujos... Será mejor y más feliz...

—¿Y los concursos de belleza?

—Son excelentes porque exaltan la hermosura misma, la hacen aparecer como lo que realmente es, como un don de los cielos. Las divinidades amigas del hombre fueron las que pusieron en su corazón el culto y el amor de la belleza femenina. ¡Si viera usted una reproducción exacta de nuestras abuelas cavernarias, se espeluznaría de pavor! ¿Qué podía hacer el hombre con semejante compañera? Lo que hacía...

—Era un ser espantable...

—Sí, pero los dioses amigos la fueron desbastando, ennobleciendo, llenándola de puros encantos, de flexibilidades y dulzura y sonrisas. Gran parte de lo mejor que llevamos en el alma se lo debemos a ella. ¿Qué mucho que se lo paguemos en galantería?

—Entonces es bueno votar en este caso...

—Es un acto de virilidad simpática y de propio ennoblecimiento. Vote usted, llene boletas con el nombre que le plazca y realizará usted una acción más plausible que todas las majaderías que se les ocurren a los mozos ahora...

CIVILIZACIÓN E INGESTA

—Leo en un periódico: “las civilizaciones alimentadas por el trigo han alcanzado la mayor perfección asequible al hombre hasta hoy”. ¿Qué le parece?

—Es una afirmación muy antigua y que parece comprobada por la experiencia.

—¿Y nosotros tenemos una “civilización de trigo”?

—Nos aproximamos a ella. Pero en general nuestro modo de comer no me satisface.

—El periódico no habla de “modos de comer” sino de sustancias empleadas en la alimentación.

—Todo entra en el conjunto. La característica del hombre civilizado es una nutrición copiosa y perfecta. El salvaje está siempre mal nutrido. Todo pueblo atrasado come mal...

—¿Y todo pueblo que come mal está atrasado?...

—Claro. Mientras mejor comamos más rápidamente iremos hacia adelante... Cuando oigo hablar de las opulentas cosechas de nuestros campos me regocijo...

—Todo el mundo hace lo mismo...

—Pero yo me regocijo porque veo en ello un positivo adelanto moral: nuestra gente comerá y progresará. Y mientras más coma más rápidamente avanzará... Lo malo es que en general no sabemos comer...

—¿Acaso es un arte el comer?

—Un arte matriz, un arte de insuperable trascendencia. Por su modo de comer se conoce la cultura de un pueblo. No me refiero a las convenciones estipuladas por la etiqueta: eso es harina de otro costal: me refiero a la escogencia de los alimentos, a su aderezo, a la cantidad de ellos que se ingiere y asimila. En general comemos mal todos, pues las personas pudientes suelen ocuparse de una porción de nimiedades sin importancia y se curan poco de lo que se les sirve a la mesa: les parece de mal gusto discutir con el cocinero la lista, siendo así que es ello una obligación fundamental de todo ser dotado de razón. Vivimos despreciando la comida. Se diría que somos como padres del yermo que tienen miedo de caer en gula. Y caemos por eso en la miseria fisiológica. El trópico es un mal enemigo y dentro de sus lindes hay que vivir ahorrando fuerzas. Es de capital utilidad pública enseñar a comer al pueblo...

—A comer, como a todas las funciones fisiológicas esenciales, “se nace aprendido”, como suele decirse. Son funciones instintivas.

—El hombre es cada siglo menos instintivo. El instinto apenas si empuja al hombre a llenarse la panza, lo cual le destruye momentáneamente la sensación de hambre, pero no le asegura la nutrición adecuada. La Costa Firme es fértil y en ella han ocurrido cosas curiosas de que solemos olvidarnos. El trigo, base excelente de alimentación, se cultivó un tiempo aquí con fruto, como los viñedos, como los olivares, como los campos de añil...

—¿Y por qué han desaparecido?

—Causas complejas. El gobierno metropolitano creyó que prohibiendo el cultivo de la vid y de la oliva aseguraba para siempre un buen mercado a sus vinos y aceites. El resultado es que comemos grasas vene-

nosas importadas y que los aguardientes de caña envenenan a nuestras poblaciones. Porque cuando se logró la independencia nadie pensó en restaurar los antiguos cultivos.

—¿Y el añil lo prohibieron también?

—No. La historia es más curiosa aún: parece que un labriego especulador que era lo que corrientemente se llama “vivo” —tan “vivo” como el que prohibió los cultivos de la vid y de la aceituna— se puso a mezclar con la sustancia tintórea una fabulosa cantidad de greda fina para obtener mayor ganancia. En un dos por tres el añil nuestro cayó en el descrédito, sus precios bajaron a lo irrisorio por causa del fraude: los cultivadores tuvieron que abandonar su cultivo... Hoy día casi no se recuerda que existieran aquí campos de añil...

—Nos salimos de la cuestión...

—No. Penetramos en ella. El trigo también existía y existe aquí. Si un grupo de agricultores se empeña con firme voluntad en ello, tendremos trigo para nuestro consumo y aun para venderlo a los extranjeros. El gran inconveniente para este cultivo es que las zonas más propicias estaban aisladas; pero ahora, con las vías de comunicación nuevas no habrá tal problema. Porque el aislamiento fue durante largos años la rémora principal de nuestro adelanto. Caracas estaba hace quince años más cerca de París que de varias capitales de provincia. Amparada por el aislamiento imperó la rutina. La rutina agrícola impone y manda que se cultive café: por eso el café es nuestro cultivo mayor. El café es una obsesión del hacendado, una obsesión que le favorece poco.

—Es que no puede prescindirse bruscamente de los hábitos y de los intereses creados...

—Sí, ciertamente. Pero usted ve que poco a poco la gente va abriendo los ojos, mirando a lo porvenir. No creo que tarde mucho el bienestar para el labriego: es decir, el día en que tenga ahorros...

—¿Ahora no tiene?

—Hace siglos que no ahorra. Nuestro campesino es imprevisor. El día que cuente con un exceso de recursos principiará a comer en toda forma, a comer no con la avidez del instinto sino con el refinamiento de la inteligencia...

—¿Quiere usted que nos convirtamos en unos Lúculos?

—Dios me libre de tal pensamiento. Lúculo representa el extremo opuesto: el de la civilización que, demasiado madura, principia a corromperse. Lúculo comía por comer. Lo que deseo es que comamos para nutrirnos bien, para ser dichosos, para tener fe y confianza en la vida: ya conoce usted la frase célebre: un *beefsteak* representa una ilusión. Una mesa servida con abundancia y arte es un almacigo de ilusiones. Somos tristes y nos la pasamos mal humorados porque nos nutrimos mal todos, desde el mozo de cordel hasta el universitario exquisito. Unos comerán más caro que otros, pero todos, en definitiva, comen mal, tal vez con excepciones muy contadas. Recuerde usted las grandes civilizaciones: los griegos filosofaban a la mesa catando vinos luminosos, comiendo viandas exquisitas, a la sombra limpia y fresca de los plátanos. Roma en sus buenos tiempos no fue tan frugal como se acostumbró decir luego, cuando sobrevino la corrupción de las costumbres. El romano conquistó el mundo porque aprendió a comer. Moisés estipuló minuciosamente lo que había de comer el pueblo de Dios. Y Nuestro Señor Jesucristo eligió la hora de la Cena para comunicar a sus discípulos uno de los mayores misterios de la fe católica: fue en el pan donde puso su cuerpo y en el vino su espíritu. Nuestro Señor quiso honrar así dos de los actos más solemnes de la vida.

—Bien. Eso es un poco bizantino; pero no importa. La erudición en esta materia es fácil...

—La erudición sí: la interpretación no. Existe un hecho común a todos los grandes reformadores y legisladores: que se han preocupado siempre de la alimentación de sus pueblos. Saben que es asunto esencial. En los libros fundamentales de la humanidad están puntualizados los banquetes: los griegos de Homero comían de un modo que explica el denuedo de Aquiles y la prudencia sutil de Ulises.

—¿Y bebían?...

—Claro que bebían, pero no los menjurjes tóxicos que aderezan los modernos. Bebían vino que les alegraba el corazón noblemente... El día que aprendamos a comer y a beber con arte y con dignidad seremos mejores...

—Pero no querrá usted que nos convirtamos en unos Gargantúas...

—No tal. El exceso es peor. Cuando una civilización se pudre, los individuos que a ella pertenecen se convierten en caricaturas de sus abuelos: imitan acaso los gestos mecánicos pero se les ha escapado la esencia que los ademanes expresan. La civilización corrupta come por comer y se vale de artificios para vomitar las comidas a fin de seguir comiendo... Supongo que usted habrá leído la descripción de los banquetes neronianos en cualquiera de los malos libros que han vulgarizado aquella era, desde *Quo Vadis* inclusive.

—¿*Quo Vadis* es un mal libro?

—Pésimo. Pero no es ese el caso. Todo instinto llevado al extremo del refinamiento degenera en lo monstruoso. Usted comprende que comer anguilas alimentadas con carne de esclavos o refocilarse con lenguas de ruiseñores es una aberración estúpida, que señala la extrema decadencia del hombre. Entonces el que come es un simple vicioso, que no se alimenta, que es débil, que está prometido al sepulcro...

INDUMENTARIA

—¿No lee usted nunca los periódicos de modas?

—Jamás...

—Porque cree sin duda que es malgastar el tiempo en frivolidades. Sin embargo, bien puede, sin leer revistas de figurines, enterarse de la moda en la calle, en el teatro...

—No me he fijado nunca en la moda que se lleva...

—Malo. Eso es señal de superficialidad... Un buen observador, un hombre curioso, se fija siempre en la manera como visten las demás personas y él mismo. Uno de los grandes males de lo que se llama civilización es que tiende a uniformarnos, a convertirnos en seres exteriormente idénticos. Un caballero o una dama de Caracas se parece mucho a un caballero o a una dama de París o Nueva York por la vestimenta. De lejos usted ni nadie logrará distinguir el uno del otro. Lo cual no puede ser más atroz.

—¿Desearía usted que cada quien vistiera de un modo distinto?

—Sería el ideal. El de vestir es un arte; y he leído, escrito por personas de autoridad, por profesionales de la moda, que un estilo de traje que le queda muy bien a X, pone horroroso a Z... El sastre o la modista hábil corrigen pormenores, hasta encontrar la adecuada armonía entre el sujeto y su envoltura. Pero el hombre, y especialmente la mujer, son muy proclives a la imitación, de lo cual resulta la uniformidad desesperante en los trajes.

—Pero siempre ha sido así...

—No tanto. Antaño hubo tal diversidad en los vestidos, que cada profesión tenía el suyo, lo cual no es de aplaudirse tampoco, porque era imposición opuesta a la libertad del individuo. Cuando los cronistas cursis hablan de la “tiranía de la moda” dicen más de lo que piensan, pues ya sabe usted que esos tales no suelen pensar mucho. El consenso universal, al acatar la moda, nos ha impuesto una servidumbre degradante. Se explica el uniforme de los ejércitos, de algunas órdenes y cofradías, y aún de los colegios. Pero el uniforme civil es una de las más deplorables costumbres del mundo moderno.

—¿Hay un uniforme civil?

—¿Pero no lo ve usted? Asómese a la esquina y observe con cuidado a los transeúntes. Todos visten igual, absolutamente igual. Las clases menesterosas tienen su uniforme, como las clases acomodadas. No hay más desesperante espectáculo que una reunión numerosa de gente.

—¿Usted prefiere entonces el espectáculo de un manicomio, en que este loco anda vestido de profeta, el otro de Jesús y el de más allá de mariscal de Napoleón? Resultaría un carnaval...

—He allí a donde yo quería llegar. Esa es la tendencia natural, espontánea de los hombres: manifestar sus secretas ambiciones, sus ocultos anhelos, en el traje. Como el mozo lleno de primerizos candores que comienza a urdir versos y se deja crecer las melenas, creyendo que sin los mechones copiosos no serán asequibles para él las cuestas del Parnaso, todos tenemos cierta tendencia decidida a revestirnos con el ropaje de lo que quisiéramos ser. Un ser dotado de fuerte individualidad, el niño, que viene a ser el que menos hemos deformado, busca la manera de traducir en el color y en la forma de sus vestidos sus pensamientos embrionarios. Lo malo es que sofocamos esta tendencia, obligando a los chicos a que

se vistan según el último patrón de París, con lo cual parece como si pertenecieran a alguna inaudita congregación religiosa. Colores, forma de los trajes y de los zapatos, corte del pelo, todo está previsto y estipulado minuciosamente en los códigos de la moda.

—Pero uno puede eludirla.

—No puede. Si usted se viste a su antojo, despreciando las pragmáticas de los sacerdotes de la indumentaria, será tenido por loco. Pruebe a aderezarse un traje siguiendo nada más que los dictados de su propio entendimiento y gusto, vístaselo y échese a la calle, no camina usted dos cuadras sin que la policía tenga que intervenir para evitar un escándalo, o cuando menos para impedir que se interrumpa el tráfico. Con la sola cauda de arrapiezos que arrastrará usted por esas calles tendrá para adquirir un arrepentimiento eterno. Hace poco estuvo en Caracas un indio de la Guajira que viste todavía la “manta” usual en aquella comarca. ¿No vio usted a una trulla de papanatas boquiabiertos ante el aborigen?

—En todas partes pasa lo mismo con los seres exóticos.

—A eso me refiero. El hombre, en todas partes del mundo, va perdiendo la noción del respeto a los caprichos de los demás. La voluntad individual va quedando sofocada debajo de una mole tremenda de reglamentaciones menudas, no estipuladas en las leyes, pero autorizadas por las costumbres. Usted tiene que someterse a ellas por conveniencia propia. Y el mundo terminará por ser una especie de cuadra de cuartel...

—Usted exagera... En el mundo quedan todavía muchos usos y costumbres diversos. Y en materia de indumentaria existe una variedad riquísima. Desde los chinos hasta los turcos...

—Pero que se disminuye rápidamente. El japonés viste ya a la europea, y los chinos comienzan a imitarlos rápidamente: ya sacrificaron la sagrada trenza tradicional... El turco apenas conserva el fez que será pronto reemplazado por el abominable sombrero de copa. Tiene usted que ir a comarcas muy apartadas del trato con la civilización para encontrar un traje autonómico. Y ahora, con las aglomeraciones de pueblos diversos que la guerra ha congregado en Europa, acabará de unificarse pronto el vestido de todo el género humano.

—Tal vez sea ello una señal de civilización común.

—¿Por qué?... Cada clima reclama un traje adecuado. ¿Es posible que en el trópico nos vistamos como en las zonas templadas? ¿Concibe usted a un samoyedo de frac? Y sin embargo, en nuestros pueblos más ardientes encuentra usted, en plena canícula, cuando el sol de agosto es un trasunto del infierno, suspendido sobre nuestras cabezas, a mucha gente vestida de recio paño negro, que suda la gota gorda con circunspección inefable, exponiéndose a una sofocación, solamente porque la costumbre quiere que a los entierros se asista con determinado traje.

—Pero son suplicios sin consecuencias...

—¿Sin consecuencias? Consulte usted con un médico de inteligencia medianamente ágil y le dirá que nuestro modo de vestir es una rémora para el progreso: nos prepara para contraer algunas enfermedades desastrosas, nos trastorna funciones capitales de la economía, fomenta la pereza...

—Pero entonces debíamos cambiar de trajes.

—¿Quién es capaz de luchar contra la moda? Sería menester que se pusiera de moda hacerlo...

HISTORIAS EL CULTO DEL DIABLO

EL VIEJO – EL JOVEN

EL VIEJO. —Le ruego que se fije usted en lo irreconciliables que son las opiniones de los caballeros que hablan de la guerra...

EL JOVEN. —Claro que lo son. Si no hubiera opiniones irreconciliables, no habría guerra...

EL VIEJO. —Así es. Como los beligerantes no lograron convencerse los unos a los otros de que uno de ellos tenía razón, se fueron a las manos. Tal es el origen de todas las guerras... Pero no quiero referirme a eso... Me preparaba para hacerle una pregunta. ¿Cree usted que cuando uno de los dos bandos quede vencido se convencerá de que no tenía razón?...

EL JOVEN. —Por el contrario: me parece que seguirá creyendo que la suerte fue injusta...

EL VIEJO. —Así será... Y entonces se escribirá la historia de la guerra de dos maneras. Los unos la contarán como un triunfo de la justicia; los otros como una iniquidad del destino...

EL JOVEN. —La historia de las guerras la escriben siempre los vencedores... Los vencidos procuran olvidar su vencimiento cuando no se preparan para vengarse.

EL VIEJO. —Qué me place su respuesta... Porque de todos modos habría dos versiones futuras acerca de la guerra, cuyo resultado será forzosamente justo para unos e inicuo para los otros... Conocemos la opinión de Roma sobre las guerras púnicas pero ignoramos lo que de ellas pensaron los cartagineses... Esta gran guerra contemporánea nos ofrecerá después de tantos horrores el aliciente de comparar las opiniones contrapuestas... Especialmente nos proporcionará el singular deleite de pesar lo que valen las opiniones humanas en materias históricas.

EL JOVEN. —¿Por qué? La historia es única...

EL VIEJO. —La historia, amigo mío, tiene varias caras. Lo que pasa es que los historiadores, por inclinación de temperamento, o por razones de cualquier otra índole, aprecian los sucesos de un modo muy distinto y por lo mismo opinan sobre el conjunto de los hechos contradiciéndose los unos a los otros...

EL JOVEN. —Pero siempre predomina una tendencia...

EL VIEJO. —Por descontado. Siempre predomina la tendencia del vencedor... Los espectadores sacan cuentas así: si los romanos acabaron con los cartagineses, fue porque los romanos eran superiores. Si los bárbaros acabaron con Roma, era porque representaban el vigor humano frente a los hombres corrompidos de la ciudad de Rómulo. *Et ceteris...*

EL JOVEN. —Y probablemente tienen razón...

EL VIEJO. —Quién sabe, nunca me he preocupado mucho de la razón que pueda asistir a los hombres en sus empresas. No tengo temperamento jurídico y en general creo que todo el mundo tiene razón...

EL JOVEN. —Eso es despotricar...

EL VIEJO. —Para sí mismo, cada quien tiene razón. Cuando un hombre ejecuta un acto, a menos que sea movido por la desesperación, encuentra buenos y sólidos motivos para realizarlo y raras veces lo con-

sidera malo... La prueba es que el remordimiento resulta raro entre los hombres, tanto que no faltan psicólogos que lo consideren como una perturbación nerviosa...

EL JOVEN. —Destruyen la sanción más segura con que contaban los moralistas irreligiosos...

EL VIEJO. —Pero no los legisladores. Los legisladores nunca han creído en la conciencia; y no la consideran factor de expiación. Hacen bien, porque graves hombres de ciencia nos aseguran que el remordimiento es las más veces una hermosa invención de los novelistas modernos... Todo el mundo cree, pues, tener derecho a proceder a su manera. ¿Cómo no va a tener cada quien una explicación personal de los hechos históricos?...

EL JOVEN. —Hay ciertas opiniones inconcebibles...

EL VIEJO. —¿Concibe usted el maniqueísmo?...

EL JOVEN. —Entre gente enferma, de mente trastornada.

EL VIEJO. —Entre gente muy dueña de sus sentidos y potencias. Los representantes del Dios bueno los hostigaban, perseguían, expoliaban y pisoteaban de tal modo que concluyeron por volverse hacia el Dios malo, hacia el demonio. Lo que es yo puedo asegurarle que me habría afiliado a la secta tenebrosa. Todo lo que arrastraba a uno hacia el demonio... Lo malo es que quienes escribieron la historia del satanismo no fueron sus secretarios sino sus enemigos, unos sectarios contrapuestos. Por eso le aparece absurdo y horrible. Si los maniqueos hubieran sido gente militante y convincente y hubieran logrado predominar, Dios sería hoy el Diablo.

EL JOVEN. —Hombre, creo que usted quiere asustarme con raciocinios...

EL VIEJO. —No es diversión que me agrada. Hubo algunas posibilidades de que el Diablo destronara a los dioses antiguos. ¿Fue un bien que los destronara el Cristo? Creo que sí; carecemos de la demostración experimental que nos hubieran reclamado hace veinte años; pero es fácil convencernos de que el Diablo habría sido un dios efímero: no tiene madera de legislador: el Diablo no cree en nada y se mofa de todo: su propósito es demostrar que nada vale la pena... Es el Dios de los escép-

tico, de los demolidores, de los que, suspirando por la eterna justicia y sabiendo que no la alcanzarán nunca, terminan por burlarse de ella con palabras crudas y crueles...

EL JOVEN. —Nos apartamos de la historia...

EL VIEJO. —La historia es ésa. Los hombres van concatenando ilusiones, basadas en hechos incoherentes y muchas veces inexplicables: aderezan teorías como albañiles que construyen un andamio alto y fuerte. Uno se pregunta: ¿para qué construye ese hombre semejante andamio en el vacío? ¿Piensa acaso descolgar las estrellas? Los demás hombres nos dicen que sí, que va a explicarnos el mundo y sus hechos. Y de pronto el constructor del andamio da una voltereta y se despeña en el vacío... Ello no impide que otros obreros, poseídos del mismo mal, se pongan inmediatamente a construir una obra nueva... La historia de Roma nos la están contando desde hace siglos y no conocemos jota de ella. Lo que ayer nos parecía radiante, transparente de pura claridad, mañana se nos antoja fuliginoso y lúgubre... Desentrañar historias es perder el tiempo... La novela y la poesía son los únicos géneros literarios que pueden satisfacer el gusto de un hombre formal, que esté en el secreto de las historias y que conserve un poco de melancólico cariño por Luzbel, el Dios fracasado...

CORREO DE NUEVA YORK

LA ESPERANZA FEMINISTA

LA ÚLTIMA ESPERANZA a que ahora parecen aferrarse ciertos hispano-americanos para promover el progreso político de la América española es la intervención de las mujeres en la vida pública. “Las mujeres –dicen más o menos– llevarán a la actividad política sus virtudes suavizadoras: la piedad, el sentido de la justicia, la benevolencia”. Y desaparecerán entonces vencidos por el encanto femenino, como en las viejas fábulas, los horrendos dragones que afligen, devastan y deshonran a los pueblos.

Esta es una vieja canción. Los feministas de esta laya dan por sentado que la mujer es un ser enteramente distinto de su pareja masculina y que sus virtudes y sus vicios son distintos y aun que sus cualidades morales son opuestas a las del hombre. Suponen que la bondad femenina puede contrarrestar la perversidad varonil por una especie de proceso químico, como un álcali neutraliza un ácido. Por desgracia –o quizás por fortuna– no hay tal cosa. La mujer y el hombre son dos animales enteramente idénticos, salvo por aquellos rasgos que determina la diferencia de funciones sexuales. La mujer es capaz de las más claras virtudes, como el hombre, pero también, como el hombre, es capaz de las depravaciones más horribles.

Lo que pasa es que bajo el régimen de los sexos, que creó el gineceo y el prostíbulo, la mujer fue relegada a una condición no ya subalterna, sino ínfima, como de ser inferior. Se ha dicho que el cristianismo, al divinizar a la madre del Dios cristiano, exaltó a la mujer; pero esto es, si no falso, exagerado. Los grandes santos, los padres del yermo, los predicadores, clamaron a grandes voces contra la mujer, instrumento de Satanás,

ocasión del pecado. En las celdas de los cenobios y en las soledades de la Tebaida, el Maligno solía aparecer no como una bestia cornuda que apesta a azufre, sino como hembra pestífera de culpas, que exhalaba de sí irresistibles perfumes de brama y era tentación perenne de pecado para el justo. Los que no eran santos ni sabios consideraban a la mujer, y la consideran aún muchos, como joya cuya posesión halaga la vanidad, o como instrumento de placer, o como juguete divertido. Hay excepciones, mas no tantas que destruyan la regla.

Lógicamente, por su parte, la mujer considera al hombre fundamentalmente como enemigo por confusa reminiscencia de los días en que su pareja la cazaba como una presa apetitosa para las brutales nupcias en la maraña de las frescas selvas primordiales. A la sensación de susto que provocaba la presencia del macho lúbrico en las edades prehistóricas se han mezclado sentimientos más sutiles, pero no más elevados ni mejores. Encerrada en el harén, o en el hogar cristiano de antaño, que era una forma hipócrita del harén, la mujer adquirió vicios mentales y sentimentales de que ahora se la quiere redimir. Pero hay que decir a favor suyo que no se degradó hasta el punto que lo esperaba el hombre.

Los hipócritas, que ahora hablan del designio cristiano de ennoblecer a la mujer, olvidan que hace poco, cuando las mujeres comenzaron a pedir igualdad de derechos, todas las iglesias, todos los partidos, todos los honorables representantes de las tradiciones, se pusieron las manos en la cabeza, consternados cuando no enfurecidos, y clamaron que el hogar iba a quedar destruido y demás zarandajas que todos nos sabemos. Por supuesto que no fue así y que en todos los países que se gobiernan con mediana prudencia las mujeres van adquiriendo aquellos mismos derechos que a mediados del siglo pasado parecían sueños insensatos sugeridos por el mismo demonio.

Es bastante problemática la influencia benéfica de las mujeres en la vida pública. Ello no obsta, entiéndase bien, para concederle plenamente sus derechos, no femeninos, sino humanos, es decir, exactamente los mismos derechos que pertenecen o se le reconocen al hombre. Los que alegan que las mujeres no están preparadas para ejercer esos derechos son hipócritas redomados, del mismo pelaje de los que aseguran con voz melosa que hay pueblos que no están preparados para gobernarse a sí

mismos y que es preciso someterlos a la servidumbre a fin de que aprendan en la servidumbre a hacer buen uso de la libertad futura, argumento que muchos suelen tragarse como válido con la mayor docilidad y simpleza.

El que sea problemática esa influencia no se debe a que la mujer sea inferior, sino precisamente a que es igual al hombre; y el hombre es una animal que se alimenta de errores e iniquidades.

La situación del mundo hoy día no puede tomarse ciertamente como una lisonja para la inteligencia ni para los sentimientos de justicia de la raza humana. La mujer es la digna pareja del hombre y lo ha acompañado, y aun lo ha dirigido en ocasiones, a sus más funestos extravíos. Figuras femeninas hay en la historia que aparecen nimbadas por un halo de dulzura angélica, pero los “galantes” declamadores que suelen evocar esas figuras suaves y luminosas dejan en el olvido a las mujeres célebres por su ferocidad y por sus vicios, las reinas y las emperatrices lúbricas y crueles, estúpidas y vanas, las amazonas y las Mesalinas.

Y prueba de que la mujer no trae nada nuevo a la vida pública es la docilidad con que se afilia a los partidos existentes organizados por los hombres y con que adopta los prejuicios, la hipocresía y las falsedades que plagan y corrompen la vida contemporánea. Y esto no porque el hombre haya pervertido a las mujeres sino porque la mujer ha nacido con idénticas propensiones que el hombre.

La apelación a las mujeres, no es, como pudiera creerse a primera vista, una confesión, por parte de los hombres de que su propia estupidez y su propia maldad han traído al mundo a la charca de lodo y de horror en que se encuentra y de que, con la ayuda de sus compañeras, aspiran a limpiarlo de cieno, sangre y lágrimas. No. La mayoría de los hombres a lo que aspiran es a que la mujer los ayude a permanecer dentro del lodazal. Y las mujeres, naturalmente, se dividen en dos bandos, como los hombres: las que se conforman con el ambiente sembrado de miasmas y las que aspiran a purificarlo; pero como se agruparán en los dos bandos aproximadamente en la misma proporción que los hombres, la participación de la mujer en la vida pública no producirá el esperado y redentor desequilibrio con que sueñan los revolucionarios.

Redimir a la mujer de su servidumbre en nuestros países es deber primario, que no cumplirán por cierto los hombres que mandan en la América española. Si ella no se redime por su cuenta no debe esperar ayuda ajena, pues todas las declamaciones de los supuestos partidarios de la “emancipación femenina” se enderezan a engañar a las mujeres con falsas simpatías o calmarlas con arteras promesas. Redimirse es un deber para consigo mismas; pero una vez redimidas no caben desmesuradas esperanzas de que echen su influencia en el platillo de la justicia. Algunas lo harán, como lo hacen algunos hombres, los menos bribones o los más honrados; pero otras vestirán sus codicias de sofismas blandos y se darán a la dulce tarea de la depredación, como sus consortes...

Nueva York, 22 de abril de 1924.

EL ESPAÑOL, ARMA DEFENSIVA

Más ominosa que la influencia económica del capital extranjero y de la “diplomacia del dólar” es el influjo que comienza a ejercer sobre el español de América el idioma yanqui.

Nuestros abuelos clamaron llenos de tribulación contra el peligro de la “influencia francesa en la lengua” y hasta se escribieron entonces “diccionarios de galicismos”. Con el mejor conocimiento del francés, la epidemia galoparlista se desvaneció pronto, pues el conocimiento cabal de un idioma extranjero contribuye a cimentar el respeto por el propio, mientras que el conocimiento superficial de una lengua extranjera y más si ese conocimiento es veleidad impuesta por la moda —y no fruto de curiosidad espiritual— contribuye a que el idioma propio bastardee y se deslustre.

Bello advertía hace un siglo que si los pueblos españoles no conservaban pura e igual para todos la lengua común, terminarían por caer en una confusión análoga a la que sobrevino en Europa con la invasión de los bárbaros, confusión de la cual salieron las lenguas modernas. El precedente más remoto de esta ocurrencia es la confusión de las lenguas de la torre de Babel. El mejor arbitrio que Jehová encontró para impedir que los hijos de los hombres escalaran el cielo fue confundir sus lenguas, de

modo que no se entendieran los unos a los otros, leyenda de simbolismo transparente y profundo, que le viene muy bien a la América española actual. ¡Qué más quisiera el Jehová contemporáneo del nuevo mundo que confundir la lengua de los hombres que habitan las Américas hispanas, a fin de impedirles mejor que se entiendan unos a otros algún día y se pongan de acuerdo para construir la torre de la alianza!

La desnaturalización del castellano no es, por supuesto, obra de los extranjeros, sino de los criollos. Las diferencias del habla popular no son muchas en nuestra América. Unos grupos se distinguen de los vecinos por el uso de ciertos términos anticuados de origen peninsular y de vocablos heredados de los abuelos aborígenes. Esas diferencias son inevitables y contribuyen a la riqueza del léxico común. Pero son mortales los barbarismos de construcción, los barbarismos sacados del dialecto anglosajón que se habla en los Estados Unidos. El francés es, por lo menos, una lengua romance, hermana del castellano; pero esta otra lengua nórdica que ahora se imita es enteramente bárbara. Es la estructura misma del castellano la que se deforma y corrompe con la introducción innecesaria e importuna no sólo de voces anglosajonas, sino también, lo que es mucho más grave, de giros y modismos yanquis, que son una verdadera afrenta en la pluma o en la lengua del hispanoparlante que los usa.

La culpa de estos desafueros recae sobre los denominados ministerios o “secretarías” de instrucción pública. En casi todos los países españoles el aprendizaje de la lengua nativa es cosa de la incumbencia de cada individuo, sin que las autoridades escolares se crean obligadas a intervenir en el problema. Los cursos de gramática castellana son tan sucintos y someros como enfadosos para profesores y alumnos. En ninguna parte se enseña composición castellana de un modo científico; y el estudio, siquiera sea superficial de los clásicos, se tiene por una de tantas vejeces académicas. Lo más curioso es que se imita con afán a los extranjeros en todo, menos en esto. Los cursos de inglés son obligatorios desde la escuela primaria hasta el colegio en Inglaterra y en los Estados Unidos como el aprendizaje del francés es uno de los fundamentos de la instrucción primaria y secundaria en Francia. En la América española

—con alguna excepción— se tiene el aprendizaje sistemático del español como antigualla. Por supuesto que algunos defensores de la pureza del español han incurrido en el error de aferrarse a tradiciones y pautas demasiado estrictas, aunque quizás procedieron así con la esperanza de que pidiendo mucho lograrían obtener bastante. Pero, en general, la defensa de la pureza de la lengua nativa se toma como señal de pedantería no exenta de ridiculez.

Sin embargo, para pueblos amenazados de desintegración y de subyugación a manos del extranjero, nada es más peligroso que dejar que se corrompa la lengua que hablan, la lengua en que piensan y sienten, en que cantan y lloran, en que odian y aman. Un idioma bastardeado y corrompido denota y denuncia un espíritu que se desintegra, una mente colectiva en vías de putrefacción. Todas las decadencias han hablado en lengua bastarda y mestiza. Sólo las razas fuertes y cultas piensan claro, y por eso, hablan claro. La adopción de inútiles o dañinas novedades extranjeras en el lenguaje les parece a muchos inofensivas novelorías, pero significa en el fondo, reblandecimiento de la propia personalidad. Como cada nación de América corrompe y deforma a su talante el idioma heredado, preparando la confusión de lenguas de la alegoría bíblica, nuestra América vería desaparecer a la postre el único lazo poderoso que une a los pueblos que la componen, perdiendo el mejor instrumento de cultura común que ahora poseen.

En materia de modas, de deportes, de comercio, de banca, y aun de artes mecánicas e industriales, los pueblos del Caribe emplean una terminología bárbara y absurda; y la gente de pro, o de “alta sociedad”, empieza a hablar una jerga especial, extravagante y ridícula. El periodismo, fidelísimo espejo del medio en que vive, está contagiado hasta las médulas de “yanquicismo”, hasta en las mismas páginas editoriales, donde era gala antaño la pureza del estilo y que hoy no se diferencian mayormente por el lenguaje de las cotizaciones de las lonjas y de las crónicas de los deportes. Propágase con violencia invasora el anglicismo de construcción, las oraciones pasivas que chocan con la índole del castellano, y ciertos eufemismos que son de buen gusto en inglés, idioma hipócrita si los hay, pero que repugnan en español, lengua realista y franca, inverecunda si se quiere, pero de una precisión llena de vida.

Esto quiere decir que estamos perdiendo algunas de nuestras virtudes y de nuestros defectos, trocándolos no por virtudes exóticas –que ello sería llevadero– sino por defectos exóticos. Así perdemos nuestra espontaneidad, nuestras fuerzas de resistencia y nuestras esperanzas de desarrollo propio. El lenguaje no es cosa arbitraria ni subalterna. Es una de las expresiones más elocuentes y exactas del espíritu nacional, entendiendo por tal no un sentimiento estrecho y mezquino, limitado por fronteras políticas, sino un vasto, hondo y unánime sentimiento de familia cuyas fronteras las determina el idioma.

Nueva York, marzo 31 de 1924.

LOS CORREDORES DE ARMAS

En estos días se habla mucho de los esfuerzos que se realizan para prohibir el tráfico internacional de armas. La Liga de las Naciones se propone, ya que no suprimirlo, “regularizarlo”, según dicen. Los pacifistas han llegado a tal estado de desesperación que creen que el único medio de conseguir una paz duradera es desarmar a las naciones, que es como si dijeran que el mejor arbitrio para amansar a un tigre es cortarle las uñas de las zarpas y sacarle los dientes de la jeta. Estos admirables filántropos creen que los hombres se hacen la guerra porque tienen armas a su disposición y que si desaparecieran las armas de los mercados, todo el mundo adquiriría de pronto un espíritu conciliador y manso.

En primer lugar, importa tener en cuenta que las naciones poderosas, las potencias “de primera clase”, están dispuestas a desarmar a los vecinos, pero no a desarmarse ellas. En la conferencia de Washington, cuyo fin substancial fue el reparto económico de China, se fijó un límite para los buques de batalla de los contratantes, porque los peritos navales habían decidido ya que, con los nuevos inventos, el buque de batalla, con toda su monstruosa imponentia, es poco menos que inútil.

Mientras se habla de limitación de armamentos y de desarme, en todas las potencias grandes, y en algunas chicas, está andando una intensa

propaganda nacionalista y militarista, unas veces desembozada, otras veces, las más, con artero disimulo.

Luego, las naciones pequeñas, no militarizadas aún del todo, son víctimas de las intrigas y manejos de los corredores de armas, especialistas sutiles que se encargan de buscar, directa e indirectamente, buenos negocios para la industria de armas y municiones.

Para nadie es un misterio que la fiebre de los armamentos, que comienza a manifestarse con síntomas agudos en el Brasil y en la Argentina, es, en parte, obra de los negociantes de armamentos y de las intrigas de ciertos intereses que consideran peligrosa para ellos la armonía y acuerdo entre las principales naciones de la América meridional. Los nacionalistas rabiosos fomentan, de buena y de mala fe, esos sentimientos de mutuo recelo y desconfianza, que les permite hacer su agosto a los corredores y a los fabricantes de armamentos.

Los corredores de armas no tienen escrúpulos y gozan de profunda influencia con los gobiernos y con ciertos órganos de publicidad, por lo cual pueden hacer sus negocios a las callandas. Las potencias convinieron, por ejemplo, en prohibir la exportación de armas a Abisinia para impedir las cacerías de negros a los cuales se vende luego como esclavos. Para cazar esos esclavos, los cazadores abisinios necesitaban armas, y los mercaderes de un país cristiano y civilizado, que no había firmado aquel convenio, les suministró rifles a los traficantes de esclavos, sin que nadie chistara.

Durante la guerra los fabricantes de armas y municiones realizaron ganancias estupendas. Poco después del armisticio, viendo que iba a acabárseles el negocio, enviaron agentes a distintas partes, con el objeto de fomentar, o de crear donde no la hubiera, la manía de los armamentos, exactamente como se envían agentes a vender automóviles o máquinas de coser. La casa Schneider, por ejemplo, tenía un agente que viajaba de Buenos Aires a Río y de Río a Buenos Aires.

Cuando les vendía un lote de armas a los argentinos corría a la capital brasileña, a alarmar al Gobierno, comunicándole “el secreto” de los negocios que acababa de hacer en Buenos Aires, y ofreciéndole en venta una cantidad de armas de la misma especie, todavía mayor. Lo más singular es que los gobiernos, algunas veces, caen en el garlito.

Los corredores de armas forman una banda de verdaderos malhechores internacionales, suaves, pulidos, capaces de engatusar al más pintado. Se dice que a veces logran introducirse en la carrera diplomática y que meten la mano a menudo en las agencias de noticias. Últimamente, estos corredores de armas se han detenido en Montevideo a propalar la especie de que “el campo de batalla de los ejércitos argentinos y brasileños será el Uruguay” y que éste, por lo tanto, debe armarse para “mantener su neutralidad” y para no quedar “a merced del vencedor”. La aviesa propaganda es tan amenazadora que en Montevideo se organizó hace poco una junta de jóvenes estudiantes de la Universidad con el objeto de combatir esas alarmas artificiales y de mantener la paz entre los pueblos de la América española.

Una guerra de esa índole sería la peor calamidad que podría afligir a nuestra América. Recuérdese la herencia de odio que dejó la guerra del Pacífico. La guerra entre pueblos hispanoamericanos retardaría de un modo mortal la unión entre ellos, que es lo que desean impedir a todo trance ciertos factores prepotentes ya en el nuevo mundo. Las misiones militares y las misiones navales, los corredores de armas, los instigadores de empréstitos para obras militares buscan ese fin: la guerra.

Ante la gestión de la Liga de las Naciones para limitar o impedir el tráfico de armas, los Estados Unidos declaran que no pueden entrometarse en la industria doméstica de la fabricación y venta de armas sin previa legislación del Congreso; pero que “se oponen a cualquiera limitación de su derecho a vender armas a los países del continente americano, en el caso en que lo crean oportuno”. Washington asume claramente el derecho de sostener o derribar a los déspotas y a los gobiernos legítimos del trópico, según convenga a sus intereses.

LA TRAGEDIA NEGRA

La propaganda Abisinia. El rojo y el negro.
La muerte de Gaiters. La aventura de Alfonso Harleston

A un motín que acaeció hace pocos días en Chicago le atribuyen los periódicos una significación tremenda; y aunque salta a la vista el delibera-

do propósito de infundir con ello miedo a gran parte de la población, el plan denunciado apenas inspira chacotas y arranca sonrisas.

En Chicago ocurrieron ahora poco, a fines de junio, algunos desórdenes, dícese que provocados por los negros, o a lo menos por una sociedad negra llamada “La Orden de la Estrella de Etiopía”, nombre muy adecuado al énfasis, grandilocuencia y pompa a que tan dada es, por desdicha, la raza africana. La susodicha corporación se propone principalmente congrega a todos los negros del universo en una acción común que los manumita al cabo de la opresión a que los tiene sometidos el blanco.

Como en estos días los periódicos se la han pasado hablando con mal fingido estremecimiento y sudores de susto de la inminente agresión de las razas de color capitaneadas por los japoneses, el descubrimiento de las secretas gestiones que realizaba la sociedad de la Estrella lúgubre ha servido para que las voces de alarma suban de punto, azorando a los blancos crédulos con la perspectiva de encontrarse de la noche a la mañana derrocados del alto asiento a que han llegado por el empleo de la fuerza injusta.

Uno de los principales fautores de la imaginada revolución de color es un blanco, el doctor R.D. Jonas, Consejero de la Delegación Abisinia, que está gestionando la unión de las razas perseguidas. La sola presencia de este doctor caucásico entre los negros es más que sospechosa, a menos que se la tome como un nuevo testimonio de la simpleza y tontería de los africanos. Parece que Jonas y otros quemaron en Chicago una bandera norteamericana, acto simbólico que acarrea penas rigurosas.

A quien quiera que conozca medianamente la índole de la raza negra, lo primero que se le ocurrirá es que se trata de una de tantas fantasías a que tan adicto es el hombre de color, como las que se han visto en Haití y la que ocurrió en Venezuela con el Rey Miguel de Buría. No existen mayores razones en contra de la legitimidad de esta conjetura.

Pero es lo malo que “los órganos de la opinión” no lo creen así. Es verdad que los periódicos no despuntan por lo zahoríes, y se atienen además, antes que a la buena lógica, a la conveniencia política o a la necesidad primaria e imperiosa de formar bulla, pues un periódico que no levante aquí todas las semanas un caramillo en el viento, pierde el crédito,

los lectores y principalmente la clientela de comerciantes que anuncian y que son, hoy por hoy, quienes pagan los periódicos, ya que la modesta contribución de los lectores no alcanza ni para cubrir una mínima fracción de los gastos, dados los precios fabulosos del papel y lo crecido de los salarios. Dicho se está con esto que los periódicos no se componen e imprimen para el pueblo sino para las clases anunciadoras.

Nada de particular tendría que los negros se hubieran dejado embaucar por predicadores de mala fe. La situación en que se encuentran no es halagadora, y por eso se dejan engatusar fácilmente por quienes les prometen sacarlos de su condición mísera. En nada les valió su comportamiento durante la guerra, en la que pelearon con tanto ardor y denuedo como cualquier blanco en defensa de la llamada “civilización”. Aunque cuenta con algunos caudillos capaces, la masa general de los hombres de color permanece aferrada todavía a ciertas supersticiones tradicionales en que los imbuyó la raza dominadora. Entre sus rasgos descuella la falta de confianza en sí mismos, fruto de la secular servidumbre: no son hombres, cabales aún, pues como cantaba Homero en la *Odisea*, el ser esclavizado pierde la mitad de su decoro y de su valía.

Dicen los negros que sus caudillos fueron a Chicago a pedir que se incluyera en el programa del partido republicano la renovación del tratado con Abisinia que caducó en 1917. Pero se cree que tal propósito es mero pretexto, y los periódicos aseveran que los negros son meros instrumentos de los “rojos”, los cuales, con astucia prava, intentan valerse de los crédulos africanos para sus infernales miras subversivas. A pesar del chasco que nos dio el cacareado alzamiento del 1° de mayo, que se redujo al susto del público, amedrentado con los presagios espantosos que hicieron ciertos funcionarios, la gente, o por lo menos cierta gente, se asusta todavía cuando le hablan de rojos; y es claro: había que dibujar el fatídico espantajo encarnado detrás de la grotesca conjuración negra.

Entre tanto la persecución contra el negro perdura y aun se encona. El mismo día en que los periódicos anunciaron la conjuración de Chicago, publicaron la noticia de que la muchedumbre había linchado a un negro cerca de Rincon (Georgia) y el peligro de muerte que corrió aquí en Nueva York, otro negro. El primer caso nada tiene de nuevo a no ser

el procedimiento seguido por los linchadores. El negro en cuestión, llamado Philip Gaiters, es culpado del estupro y muerte de una muchacha, blanca por supuesto, pues si la moza hubiera sido negra la muchedumbre no hubiera tenido qué hacer con las fechorías de Gaiters. Sacaron a éste de la cárcel y lo amarraron con cadenas a un árbol; empapáronle luego los vestidos en petróleo, y ya se disponían a aplicarle una antorcha cuando el negro, en uno de esos esfuerzos frenéticos producidos por la desesperación rompió la cadena o, mal segura ésta, se desató, con lo cual uno de los linchadores, más impaciente o ejecutivo que sus compañeros, empezó a disparar su revólver sobre Gaiters. Al punto cientos de balazos acribillaban a la víctima de la equívoca “justicia popular”.

Este caso nada tiene de extraordinario ni pasan muchos días sin que los periódicos nos regalen con el relato de análogas proezas “justicieras”. Más curioso es lo sucedido al negro Alonzo Harleston, de Nueva York. Pasaba Harleston por una calle cuando se encontró con dos muchachos blancos que estaban aporreándose de lo lindo, rodeados por un grupo de espectadores blancos que se divertían a todo su sabor con la partida de boxeo. El negro, que es de entrañas blandas, hendió la muchedumbre de blancos alborozados, acudió a despartir a los enfurecidos combatientes y se puso luego a darles elocuentísimos consejos cristianos acerca de la concordia y la fraternidad entre los hombres.

Mas antes de que pudiera concluir la suave homilía, saltaron de la turba unos cuantos hombres, hechos unos basiliscos. ¡El negro Harleston pretendía privarlos del entretenimiento delicioso que les proporcionaban gratis los dos rapaces del aporreo! ¿Con qué derecho intervenía un negro tal en la querella de dos pilluelos blancos? Harleston les conoció las intenciones y puso pies en polvorosa con la celeridad que comunica el motor del susto. La multitud se dio a perseguirle, regodeándose de antemano con las feas muecas del negro ahorcado de un farol. Harleston tuvo la fortuna de poder meterse en el hotel Pennsylvania, no sin haber recibido antes varias pedradas. De allí lo rescató la policía.

Estas historias delatan un estado de ánimo colectivo. ¿Qué mucho que los negros deseen irse no digo a la tierra de sus hermanos de Abisinia

sino a los mismos infiernos asfixiantes de azufre, con tal de verse libres de sus próximos blancos?

Los rumores de inminente guerra de razas propalados con fervor por blancos asustadizos o calculadores pueden contribuir no a evitarla sino a apresurarla. Pues lo cierto es que hablar de armonía y tolerancia en esta materia es ocasionado a peligros, como lo demuestra el ejemplo de Alonzo Harleston, a quien de milagro no lincharon por meterse a pacificador...

Nueva York, julio 1929.

GUERRA DE RAZAS

Algunos europeos principian a mostrarse inquietos ante ciertas posibles consecuencias de la guerra universal. Las naciones occidentales, que durante siglos han venido gobernando al mundo por la fuerza, encuéntranse hoy día debilitadas o en descrédito y parecen proclives a perder el predominio indisputable que venían ejerciendo. La civilización pasó primero de la península griega a Roma, y cuando la invasión de los bárbaros destruyó el imperio, formáronse, durante la Edad Media, los núcleos civilizadores, tal como existen hoy. ¿Pero no ha sonado la hora en que esos pueblos sucumban bajo la iniquidad de sus propios crímenes y cedan el puesto a otros? Al decir Europa occidental se entiende también los Estados Unidos, hijo legítimo de aquélla, y donde imperan, *mutatis mutandis*, unas mismas costumbres sociales y políticas. ¿Quién va a recoger entonces la herencia de los europeos degenerados?

Las razas de color, es decir, los amarillos y los negros, que más felices que los indios de América, no fueron aniquilados sino explotados y esclavizados por el blanco.

¿Es el hombre blanco superior al amarillo, al negro y al rojo? Sí, responde gravemente la ciencia blanca. El hombre blanco es el que ha creado la mejor civilización, la moral más pura y la religión más humana. A esto nada responden las razas de color; a lo menos con palabras. ¿Responderán con hechos?

Eso es lo que temen unos cuantos escritores franceses, ingleses y norteamericanos.

Se dice, con orgullo, que uno de los fenómenos más prodigiosos es la expansión y predominio de la raza blanca entre los siglos XVI y XIX de la era cristiana. Ocupa hoy las cuatro décimas partes de la superficie del globo y tiene bajo su dominio político a las nueve décimas partes de la población de la tierra.

Pero en ciertos momentos la situación del blanco fue precaria. Los mongoles, los árabes y los turcos tenían amenazados de muerte al Occidente que fracasó en las cruzadas, y su ruina parecía cosa de un par de siglos y acaso de menos tiempo, cuando Cristóbal Colón descubrió la América y Vasco de Gama, dándoles la vuelta al África, halló el camino marítimo hacia la India.

De ese modo el europeo se adueñó del Océano y en consecuencia del mundo. Europa se convirtió en el centro productor de hombres y de artes y sobre todo de mercancías, pues Europa creó la civilización mercantil más formidable que se ha conocido. Después de organizar una máquina industrial complicadísima, en la cual fincó toda su gloria y su orgullo de raza civilizadora, los europeos se vieron forzados a buscar parroquianos, compradores. No fue que Europa se hizo industrial por necesidad, sino que se convirtió en industrial por haberse hecho primero conquistadora. Los hombres blancos de Europa (y a poco los de Norte América) se dedicaron a oprimir pueblos remotos con el pretexto de civilizarlos y con el único objeto real de venderles sus mercancías.

Lo que deploran hoy los europeos y norteamericanos no es la iniquidad ostensiva de ese empeño pseudocivilizador, sino la competencia armada que produjo. Los compradores blancos se disputaron entre ellos a los esclavos amarillos y negros, y precisamente los celos, ambiciones y codicias que entraron en la disputa fueron factores de primer orden en la guerra pasada y siguen siéndolo del fatídico malestar presente. Los europeos y norteamericanos comienzan a temer que el pleito entre los compadres haya sido igualmente dañino para todos. Cuando los aliados, llenos de tribulación ante la máquina de guerra germánica, les hicieron a las razas de color promesas de fraternidad y justicia que nunca pensaron

en cumplir, cometieron una pifia cuyas consecuencias tratan de eludir ahora.

Para medir la potencia expoliadora de la raza blanca bastan unas cuantas cifras. En 1818 el comercio internacional, todo en manos de los blancos, alcanzaba a dos mil millones. En 1900 era de veinte mil millones y en 1913 subió a la suma prodigiosa de cuarenta mil millones. Esas cifras dan la medida de la “cultura” europea en la décima novena centuria, el famoso siglo “de las luces”, meras antorchas filiginosas de Mercurio. Pero según que ascendían las cifras indicadoras de la cultura blanca, declinaba con celeridad la proporción de los nacimientos en Europa. El valor biológico de la raza predominante se disminuía a ojos vistas: los mejores tipos blancos mermaban cada día. Inútil es insistir acerca del decaimiento de la natalidad que tantas alarmas suscitó en los años anteriores a la guerra, principalmente en Francia.

Y a estas malas condiciones fisiológicas juntábanse pésimas costumbres morales. El materialismo invadió el terreno intelectual y social y se infiltró hasta en la misma religión del Occidente. La guerra civil entre los blancos los debilitó, mientras las razas de color apenas sufrieron mayormente en el conflicto. El Japón es hoy una de las primeras potencias militares del mundo, y si llegara a capitanear una alianza de los pueblos amarillos y negros, nada podría resistirles.

A pesar de sus millones de negros, los Estados Unidos se creen una gran nación blanca. Por lo tanto, correrán la suerte de Europa. Las naciones hispanoamericanas, a pesar de todos los innumerables mulatos que se proclaman allá blancos con cierto candor grotesco, son todas repúblicas de color, mestizas de negros e indios y con gotas de sangre blancas mínimas, pues el conquistador ibero era ya mulatísimo en el siglo XVI, cuando comenzó la conquista.

El mundo de color podría unirse fácilmente, pues no existen discordias esenciales que lo dividan. El mundo blanco, en cambio, es un campo de Agramante. La situación de los blancos es hoy idéntica a la de los griegos al fin de la guerra del Peloponeso que desangró a los pueblos helénicos y los entregó sin defensa al bárbaro. Los blancos han perdido el instinto de la solidaridad, y para colmo de males, han logrado despertarlo

entre sus víctimas a fuerza de sistemática agresión injusta; por el empleo de la fuerza sin moderación ni equidad y por el desenfrenado materialismo en que se inspira su conducta. Las razas de color no solamente abominan al blanco, sino que sus representantes más altos lo desprecian y lo juzgan un ser degradado. Su predominio corre serio peligro.

¿Cuál será el legado del hombre blanco a la historia? El arte greco-romano y el del Renacimiento y las bufas o estrafularias torpezas contemporáneas; los principios nunca acatados del Sermón de la Montaña y el inmoralismo militante de sus costumbres, su filosofía y su ciencia, el libre examen y la libertad individual, con el culto al Becerro de Oro y los más estóridos prejuicios sectarios; la estratificación social, según normas inicuas, desde la esclavitud antigua a la servidumbre feudal y al régimen plutocrático moderno.

¿Qué le ofrecerán al mundo las razas de color? Probablemente no mucho, pero no a causa de su incapacidad sino a causa de la iniquidad del blanco que las esclavizó. De la esclavitud no ha salido nunca nada bueno. El blanco que abusó de su poder sucumbirá al peso de su iniquidad misma; es como un dragón al que devora su mismo fuego.

Atosigados por la fetidez de la podredumbre occidental, los pensadores inquietos creen oír el rugido violento de las razas bárbaras y hostiles que se apresuran al desquite. Mas con todo eso es de dudarse que los negros y amarillos se estén preparando para la aventura. Hay indicios de que el blanco no necesita que lo asesinen para morir. Lo que lo postra y aniquila es la ponzoña de la concupiscencia. El tósigo de la propia putrefacción. Su terror ante las razas negra y amarilla es una alucinación producida por el recuerdo de sus crímenes...

Nueva York , julio 1920.

EL FIN DE UNA RAZA

El indio de los Estados Unidos, como el indio de todas partes de América, no ganó nada con la Independencia y la República. Allí, en la América hispana, donde había el recuerdo de las opulentas civilizaciones aborígenes

y donde la mezcla de las razas fue un hecho consumado desde el primer siglo de la conquista, la retórica de nuestros abuelos los libertadores se complacía en adornarse con plumajes indígenas, explayándose en evocaciones sentimentales de los viejos poseedores del continente, evocaciones que parecían engastadas en los poemas y en los discursos patrióticos como piedras falsas en alhajas de similor. Pero “las sombras de Atahualpa y Moctezuma”, que cantó Andrés Bello, no pasaron de recurso retórico. Los descendientes de Atahualpa y Moctezuma siguieron siendo parias bajo la República. La única excusa que tiene la otra raza, la de los mestizos, es que ellos nunca pasaron tampoco de parias, y cuando salieron de parias fue para convertirse en verdugos, que es peor que parias. Las oligarquías que hicieron la independencia, y que eran bastante hipócritas, jamás pensaron en la suerte negra del indio; ni se percataron, por propia conveniencia, de que el indio manumitido y regenerado prestaría una poderosa contribución a las repúblicas nuevas. El exterminio de la raza aborígen parecía decretado irrevocablemente; y se ha cumplido en muchas partes. Pero en otras, la raza subsiste, a pesar del maltrato y del cautiverio, como en México, donde ya el indio tiñe con el carmesí de su pasión confusa y potente la turbulencia intestina enderezándola por rumbos nuevos, desconocidos hasta ahora en la América española. Algo parecido acaecerá con el tiempo en las otras naciones de población indígena: en la América central, en el Perú, en Bolivia, en el Ecuador. Si el indio subsiste, introducirá en la vida colectiva elementos imprevistos, quizás fecundos, en todo caso tónicos, que bien los necesita el organismo de esas naciones cuyas principales aspiraciones y normas consisten en imitar ciegamente lo europeo y lo yanqui. El indio puede ayudar a América a que se encuentre a sí misma.

La otra perspectiva: la perspectiva de naciones organizadas con sujeción estricta al patrón europeo o norteamericano –que es la que se han propuesto y se proponen la mayor parte de nuestros “civilizadores”– no tiene nada de halagüeña. Si no bastara a hacérsola detestar la idea de la uniformidad que es el ideal sustantivo de las civilizaciones, la haría aborrecible el pensamiento de que por ese camino nos encontraremos con calamidades análogas a las que han afligido y afligen a las naciones que se nos ofrecen como modelos.

En los Estados Unidos no hubo tanta retórica indiófila como en la América hispana. Los colonos extranjeros adoptaron para tratar con los indios un procedimiento más expedito: los extirparon metódicamente, como se extirpan las cizañas en un plantío. El anglosajón, movido por su superstición de la pureza de la raza, mató al indio con grandísima eficacia y prontitud, cazándolo a tiros y vendiéndole aguardiente. La civilización anticristiana de los protestantes procedió con ligereza y perversidad no menos atroces que las que empleó la civilización igualmente anticristiana de los católicos. El anglosajón hizo las cosas con más destreza, quizás porque no se encontró con poblaciones numerosas. Cuando los colonos del norte resolvieron romper con la metrópoli, el indio había desaparecido de las provincias inglesas y no adujeron sus derechos ni se recordaron sus hazañas ni sus martirios para justificar la emancipación, como en el mediodía. Más tarde, a los indios de los territorios comprados o conquistados se les suprimió con la misma limpieza.

Ni aquí ni allá la República se mostró amiga del indio; pero si vamos a cuentas, nuestro proceder fue peor. Solemos tachar de hipócritas a nuestros primos anglosajones; pero, en este punto, les ganamos en hipocresía. En México y en el Perú, en Bolivia y en Venezuela, se siguió explotando, esclavizando y envileciendo sistemáticamente al indio, mientras los gobernantes y sus voceros se llenaban la boca con palabras rotundas y embusteras, y las constituciones resplandecían con artículos generosos. Los Estados Unidos mantuvieron a los indios en condición inferior por leyes especiales. Algunos disfrutaron, a lo menos nominalmente, de la ciudadanía; pero la mayor parte de los que habitan las tierras *ad hoc* reservadas para ellos, eran pupilos de la nación, no ciudadanos.

Es ahora, a los ciento cuarenta y ocho años de la declaración de Independencia, cuando el Presidente acaba de refrendar una ley que concede la ciudadanía a todo indio nacido en el territorio de los Estados Unidos.

Ignoro si los pocos indios que quedan están en capacidad de medir a interpretar los móviles de los amos blancos, y si recibirán la nueva ciudadanía con la sonrisa que merece, una sonrisa de que el indio es capaz;

pero el hecho es que los aborígenes están prácticamente exterminados: eso es lo que proclama tácitamente la nueva ley. El crimen que comenzó hace cuatro siglos está consumado aquí. Los primitivos dueños del territorio han quedado suprimidos por el fraude y la fuerza. Envenenados por licores fuertes, despojados de sus tierras, reducidos a condición subalterna e infame, el indio de los Estados Unidos habría desaparecido hace tiempo como factor nacional. Lo que llama la atención es ese repentino alarde de respeto del gobierno blanco por la exterminada raza de bronce. Esa concesión de una ciudadanía póstuma parece, más que benevolencia, ludibrio. Se le concede la ciudadanía porque ya no le sirve de nada.

Nueva York, 19 de junio de 1924.

TRECE DIVORCIOS

La señora Alice L. Yocum, de Cedar Rapids, Iowa, acaba de obtener su decimotercera sentencia de divorcio. La llamo *mistress* Yocum por ser tal el apellido de su último esposo. Ignoro su nombre de soltera, y es probable que a la misma doña Alice se le haya olvidado. ¡Imaginaos que desde que dejó de ser soltera ha llevado trece nombres diferentes!

Mucho llamó la atención a los que le llevaban la cuenta de sus divorcios, este último proceso. Los reporteros acudieron a interrogarla, ávidos de arrancarle algunas palabras que permitieran a los diarios poner dos o tres líneas de letreros gordos sobre la noticia. Mas la señora Yocum, púdica como la violeta, se negó a decir esta boca es mía, cosa rara tratándose de una señora, y de una señora que tantas cosas debe haber visto y experimentado en su agitada existencia. Así, pues, los curiosos se han quedado con un palmo de narices.

Pero allí está el hecho desnudo: los trece divorcios. Una de las preguntas que los reporteros le hicieron a la señora Yocum fue:

—¿Piensa usted volverse a casar?

A lo cual la veterana matrona contestó, ignoramos si adusta o sonriente o ruborizada (aunque esta última conjetura es bastante gratuita):

—No sé nada... No puedo decirles nada...

Lo cual parece indicar que hay gato encerrado: que avezada al amor y curtida en su ejercicio continuo, la exseñora Yocum no renuncia aún a él, y perseverará en sus prácticas de rey muerto, rey puesto.

Trece maridos son, o testimonio de curiosidad inagotable, o de exaltado temperamento erótico. Ningún hombre corriente y moliente puede aducir una lista de esposas análogas, sino es algún musulmán de los viejos, porque ya se sabe que los musulmanes jóvenes se han visto obligados a rebajar el número de sus esposas, a causa de la carestía de la vida. Al cristiano que casa cuatro o cinco veces se le considera ordinariamente como una especie de Barba Azul. Y no se trata ahora de hazañas a lo Don Juan ni de liviandades de hembra loca de su cuerpo. No: se trata de casamientos formales, honestísimos, de acuerdo con las leyes y con las costumbres. La señora Yocum es furibunda enemiga del amor libre, como lo demuestra su contumacia en rendir la cerviz al Himeneo; y probablemente posee arraigados sentimientos religiosos.

Nadie puede acusarla de relajación de costumbres, a pesar de que ha venido pasando de los brazos de un caballero a los brazos de otro caballero con la mayor facilidad, donosura y regocijo. Para ella el amor no es, como para nuestros jóvenes y sombríos poetas, un motivo de lágrimas, sino de juegos y risas. Convierte la vida en una danza erótica y dulce, en que va exprimiendo para su crátera el juego de los racimos que le ofrece el azar de las veredas por donde transita. Brilla el sol, el campo está florido, y ella canta, coronada de pámpanos, como una ninfa antigua. Podéis imaginárosela —si gustáis de imaginaciones— como una bacante inquieta que danza por otoño en una campiña clara donde jóvenes faunos con el rostro untado de mosto y la boca dilatada en sangrienta risa sensual, agitan las patas de chivo, a compás de la canción amorosa.

Pero también podéis suponerla, con humor menos clásico y simple, con taciturno humor romántico, una mártir del amor, alma apasionada y ardiente que corre tras el fantasma del Amor, sin poder alcanzarlo nunca. Los poetas inventaron algo análogo para explicar las bestiales manías de los tenorios. ¿Por qué no aplicar esa misma explicación al caso de esta Doña Juana, ya no muy joven —¡oh tristeza!— que todavía parece pronta

a emprender con ardor su décima cuarta aventura conyugal? Va por el mundo buscando al hombre prometido, al hombre soñado, su ideal terreno, sin que logre encontrarlo; y cada nueva ilusión se le marchita en nuevo desengaño. Empero sigue firme en su afán de investigación, como aquellos sabios que despilfarran su vida buscando la incógnita de un problema insoluble.

Tal vez los que fueron maridos de la señora de los trece divorcios sepan menos que nosotros de las verdaderas causas de la manía de que parece afligida. Pero si en su próximo enlace no resulta más dichosa, podemos darle por vencida. Acaso la melancolía del otoño, de los cuarenta o de los cincuenta años, sea la única capaz de devolverle la tranquilidad a esta intrépida cazadora de maridos.

Nueva York, marzo 1920.

LA HUELGA DE LOS *OVERALLS*

La huelga de los *overalls* es una consecuencia de la carestía de los trajes. La ropa alcanza tales precios, que para vestirse, en la significación estricta de la palabra, es necesario ser rico o ganar salarios enormes. No se trata de vestirse de tal o cual modo, ni de tener el guardarropa provisto de trajes más o menos variados y ricos: se trata de no andar desnudo. Para no andar desnudo es menester el dispendio de sumas casi fabulosas. No es extraordinario el precio de cien dólares por un vestido de mal casimir americano, no muy lujoso de forros ni de hechura muy esmerada.

Al acercarse los meses primaverales la vaga desazón de las gentes fue aumentando, pues aquí hay que cambiar de traje al desaparecer el frío. Esta renovación del indumento resulta ardua por lo oneroso y por lo inexcusable. Nadie puede seguir vistiendo las pesadas ropas invernales sin peligro para la salud. Pero existen muchas personas a quienes el problema les parece de imposible solución por falta de medios pecuniarios.

Así, cuando aparecieron las primeras señales del movimiento a favor de los *overalls*, todo el mundo las acogió con gozo. Lo que aquí llaman

overalls es lo que los españoles llaman zaragüelles, palabra inusitada en Venezuela, aunque no lo es del todo la prenda que designa. Se trata de unos pantalones amplios de tela burda, que se prolongan por el pecho hasta los hombros y quedan sujetos atrás a las pretinas por tiras o bandas: esa especie de delantal que usan en el taller algunos obreros para preservar de tiznes y aceites la ropa callejera. Como una protesta contra la carestía de los trajes, apareció el feliz pensamiento de prescindir de los usuales ternos de casimir y apelar a los *overalls*, no como indumentaria de trabajo, sino también de calle, paseo y aun ceremonia.

La iniciativa no fue neoyorquina; pero llegó pronto a Nueva York. El sábado pasado se organizó una “procesión de *overalls*” que recorrió gozosa varias calles y avenidas neoyorquinas, y en la cual figuraron gentes de toda calaña, desde obreros hasta profesores universitarios.

La ropa ha comenzado a bajar, y los ardientes sectarios del zargüellismo perdurable claman que es menester obligar a los especuladores a que lleguen al precio lícito. Los vendedores de ropa explican en sus anuncios que si ofrecen hoy trajes a 69 y a 75 dólares, es porque las huelgas de los ferrocarriles les han impedido despachar oportunamente a sus clientes las remesas debidas: de este modo procuran pregonar su inocencia y pintarse a sí propios como víctimas lamentables de los malos tiempos que corren. ¿Ellos pedir más de lo justo por un traje? Antes por el contrario: todos están perdiendo en el negocio... Y si persisten en él, es sacrificándose al bienestar de sus clientes: unos Vicente de Paúl, como veis...

Los organizadores de esta huelga de vestidos están sin duda animados de excelentes intenciones; pero yo creo que se olvidan un poco de quiénes son sus prójimos: es decir, de quiénes son ellos mismos. Uno o dos millonarios han salido en estos días a la calle vestidos de zaragüelles, y yo no he podido averiguar de qué clase, materia y costo eran tales prendas. Pero, cierto sastre neoyorquino ha publicado ayer mismo un anuncio en los periódicos de mayor circulación, ofreciendo zaragüelles “especiales, de corte artístico y magnífica tela” al modesto precio de ochenta dólares. Os inclinaréis a creer que este sastre es un fisgón y que quiere burlarse de los zargüellistas. Tal vez. Pero más parece un psicólogo; y si logra vender los primeros zaragüelles a 80 dólares, los pobres están perdidos. Si los

ricos se adhieren al movimiento y empiezan a usar zaragüelles lujosos, todo fracasará.

¿Y quién nos dice que los ricos no lo hagan de propósito? Los ricos de todas partes son solidarios. Saben que el día en que el sastre no pueda explotar a los pobres, todos los explotadores están en vísperas de perder a su clientela de explotados, pues la explotación, de cualquiera índole que sea, se debe no tanto a la rapaz malicia del depreciador como a la estúpida resignación de la víctima. Como las víctimas son siempre más que los victimarios, la capacidad opresora de éstos sólo puede subsistir mientras las víctimas están desunidas: el día en que se unan serán más fuertes y nada podrá resistir a su ímpetu.

El traje que es un símbolo, y una señal externa y visible de solidaridad, podría consumir esta obra. El zaragüellismo sería una suerte de ley suntuaria popular, que echaría una línea divisoria clarísima entre explotadores y explotados. Lo cual resultaría peligroso para los primeros, principalmente, porque ofrecería a los segundos un testimonio ofuscante de la propia fuerza numérica. Por esto los ricos quieren introducir la confusión en la fila de los huelguistas, encargándose zaragüelles opulentos. La vanidad humana es tonta, y lo probable es que todo el mundo rechace pronto el *overall* de tela basta y haga inconfesables sacrificios por vestirse unos *overalls* de los más caros...

Pero si la protesta del indumento perdura y los infelices no se dejan alucinar por el ardid de los poderosos, la huelga de los *overalls* puede hacer algo por el bien de los infinitos hombres cuya misión en la tierra se reduce a sudar en el trabajo, amasando la fortuna de que disfrutaran otros seres extraños y aun hostiles...

Nueva York, abril 1920.

EL BÍGAMO

José Bright, mozo de veinte años, se encuentra a estas horas procesado por bigamia en Baltimore. Este ardoroso joven casó con la señorita Julia Lusky, de diecinueve años, muchacha agraciada, al decir de los repórte-

res a quienes por esta vez hay que dar crédito. El matrimonio se realizó el 16 de febrero pasado; y a mediados de este mes, con una contumacia sorprendente, Bright casó de nuevo con la señorita Clara Wilhelm, de dieciocho años, muchacha asimismo bonita, según el parecer de los repórteres susodichos. Ambas esposas comparecieron al tribunal que juzga el caso, mas no se hablaron, limitándose a echar aquellas mutuas miradas rencorosas de las fieras que se disputan una misma presa. Después que el mozo bígamo y adúltero fue conducido de nuevo a la cárcel, sus dos mujeres obtuvieron sucesivamente permiso para hablarle, y según averiguaron los sutiles periodistas de Baltimore, cada una de ellas trató de convencerlo de que al salir del duplo lío en que está enredado, debe marcharse con ella a seguir viviendo la vida matrimonial. Es de barruntarse que el joven bígamo haya prometido a entrambas hacerlo así.

El abogado de Bright dijo en su alegato que el muchacho no sabe lo que hacer porque está medio loco: que recibió en la guerra seis heridas, una de ellas en la cabeza, que es la que le ha producido el atolondramiento en que vive, y que, en fin, es más inocente y casto que un elefante. Bright lo interrumpió para explicar:

—No fue eso: era que estaba muy enamorado y no supe lo que hice—, aclaración que puso a latir de entusiasmo sentimental las vísceras de las mujeres que se encontraban en la concurrencia de curiosos.

Lo que hizo Bright no es extraño aquí ni en ninguna parte del mundo. Sólo que casi siempre el novio tiene buen cuidado de guardar una sentencia de divorcio antes de contraer nupcias nuevas, pues no hay delito en cambiar de cónyuge sino en acumularlos. Y ya que su impaciencia o su doble amor no lo inclinaba al divorcio, el bígamo ha debido de adoptar precauciones para ocultar su situación, pues el delito ignorado por la justicia no es delito.

El juez Rohlder, quien, a lo menos en apariencia, no se deja engatusar por la música de los bramidos de amor de Bright, que tanto agradaron a la concurrencia femenina, dijo que el mozo es un mentecato o un criminal, y que eso lo averiguará pronto la justicia.

Lo que no se atrevieron a decir Bright y su abogado es que el hombre es un animal polígamo y que como la ley contraría a la naturaleza en este

punto, él, movido por irresistibles impulsos naturales, se colocó fuera de la ley artificial, cosa que de seguro lamenta, pero que no tiene remedio. La poligamia es un hecho consumado, vivo, claro, resaltante en la sociedad moderna; pero todo el mundo trata de ocultarlo con aquel esmero cuidadoso, que en otro tiempo se llamaba hipocresía.

Si Bright hubiera sido hombre de experiencia y no un tarambana, habría podido vivir tranquilo repartiendo su amor generoso entre sus dos esposas legítimas. Para lograrlo apenas necesitaba un poco de calma y de maña. Mas ya sabéis que el mozo es vehemente y precipitado: una verdadera brasa de amor o de lo que él designa con este nombre tan maltratado.

Es evidente que existen hombres que han nacido monógamos; pero los más, por temperamento y hábito son polígamos. Cuando el polígamo es millonario, su poligamia se ampara detrás de tupidos velos, como en el caso reciente del difunto Shont. Cuando es un mozo inexperto, va a parar al banquillo del juzgado, entre dos policías severos.

Las mujeres, con la sutileza de su instinto, aciertan muchas veces allí donde yerran legisladores y magistrados. Las dos esposas de Bright se lo disputan porque están inficionadas de los celos propios de la monogamia corriente; pero en lo íntimo sienten que su conducta es natural, y la prueba es que no consideran al esposo traidor, ni perjurio, ni indigno, puesto que cada una quiere conservarlo para sí. Con una ligera intervención amistosa de un clérigo de respeto o de un magistrado sutil, las dos vivirían en paz, como turcas.

Pero hay mucho que andar todavía para llegar allá...

Nueva York, marzo 1920.

PROPAGANDA MAHOMETANA

Ignoro si será por falta de tema por lo que todo el mundo ha hablado en estos días de la propaganda mahometana en los Estados Unidos. Y no en tono de chacota, sino con palabras solemnes.

El Baptista, órgano de la secta cristiana del mismo nombre, llama la atención de los fieles acerca de los peligros del islamismo. Cuando leí

la denuncia, me puse a hacerme cruces, no tanto de cristiano, como de asombrado.

Dícese que los mahometanos están repartiendo un opúsculo en que se ponderan las bellezas de la religión de Mahoma: “El Islam, declara entre otras cosas, se lo han pintado a ustedes los misioneros cristianos, no como es verdaderamente sino en una representación desfigurada y mutila. El verdadero Islam es un inapreciable tesoro de verdades espirituales, tal como no lo posee otra religión alguna”.

Comenta *El Baptista*:

Para desvanecer esta fábula basta recordar el proceder de los mahometanos con las mujeres, la crueldad de sus sectarios, y su fracaso en promover y estimular la vida espiritual. Comparando a los pueblos cristianos con los mahometanos no cabe duda acerca de la diferencia entre las dos religiones. Pero la propaganda mahometana, conducida con habilidad y por medio de una literatura suave, es engañosa, y los cristianos deben, por lo tanto, estar sobre aviso.

Si es cierto que los musulmanes llevan adelante la propaganda que les atribuyen *El Baptista* y otros órganos cristianos, confieso que son dignos de admiración profunda. Primero porque no se amilanan en la adversidad, señal de que tienen fe positiva en su religión; y después porque conservan el espíritu de la caridad, del amor al prójimo. Quieren que todo el género humano se salve con ellos.

El mal mayor que deploran los musulmanes es haber depositado el poder espiritual en manos de los monarcas turcos. Los turcos han sido los principales enemigo del islamismo, como papas y reyes fueron, en cierto momento los peores enemigos del cristianismo. Sin la intromisión de los turcos, los musulmanes civilizados habrían hecho grandes cosas. El Islam en manos de los árabes fue un instrumento de civilización. Las religiones son buenas o malas según sea el espíritu de quien las propaga o profesa. Comparad al cristianismo predicado y practicado por el santo de Asís con el que nos trajeron a América ciertos misioneros españoles. El islamismo de los grandes árabes es una institución digna de respeto: el de los turcos es un instrumento político atroz.

El comentario de *El Baptista* deja entrever cierto vago temor de que algunos cristianos pudieran trocar en sus afectos la cruz por la media luna. Y la verdad es que si la religión de Mahoma no goza ahora en el mundo de mucho crédito, la nuestra anda asimismo mustia y alicaída. Generalmente cuando se habla de religión musulmana se piensa en turcos feroces, degolladores de inocentes y señores de serrallos. Para los cristianos, musulmán y turco, todo es uno. Pero existen centenares de millones de hombres que profesan la fe de Mahoma y que no tienen los instintos crueles y bárbaros del turco. Los políticos y los caudillos turcos son tan buenos musulmanes como los políticos europeos son buenos cristianos. Seguimos llamando cristianos a los gobernantes franceses enemigos de la iglesia de Cristo. También se llama mahometanos a los sultanes protervos y estúpidos, a quienes Mahoma habría mandado degollar por traidores no ya al islamismo sino al género humano todo.

La sustancia de la religión musulmana no es odiosa ni impura. *El Baptista* habla horrorizado de los harenes como si el divorcio concertado como cláusula del matrimonio, que es costumbre en ciertos países cristianos, fuera peor que la poligamia legal y circumspecta de los orientales. El cristiano tiene profundamente arraigada la idea de que cuanto no sea monogamia es inmoral y escandaloso. Lo que pasa es que el occidental ha corrompido la poligamia al practicarla sin freno y con innoble espíritu de licencia. La iglesia cristiana es enemiga del divorcio, pero los cristianos, allí donde las leyes civiles lo permiten, practican el divorcio; y en ciertos pueblos es señal de distinción para el hombre tener un harén más o menos diseminado en la ciudad donde reside. El islamismo no prohíbe la monogamia, aunque aconseja la poligamia: discreta política que impediría muchos escándalos y desafueros en los países llamados cristianos.

Y en cuanto a la recomendación de que se comparen los frutos de la religión cristiana con la musulmana, no parece bien aconsejada del todo. A la mano tenemos a España. Todavía nos ofusca el esplendor del califato de Córdoba. Vinieron los cristianos y ¿qué hicieron? Romper las termas, porque el baño es pecado. Se dirá que no hay justicia en la comparación. ¿Pero la habría en comparar a los sanguinarios y obtusos déspotas de la

Turquía moderna con un Enrique IV de Francia? Compárense a los pares: a Abdul-Aziz con Fernando VII: ¿no parecen gemelos?

Lo malo para *The Baptist* es que las religiones no han ofrecido nunca ni dicha, ni bienes, ni gloria en este mundo. Los dioses, los profetas, los apóstoles, nos dicen:

—Mirad cómo vivís en este mundo. Porque según viváis aquí, así os irá en la vida eterna.

Exactamente como yo le digo a mi chico:

—Pórtate bien. Si te portas mal, no irás al teatro ni el sábado ni el domingo.

Con la diferencia de que mi hijo sabe lo que es teatro, mientras los cristianos no sabemos lo que es el cielo.

Mahoma también ofrece su paraíso, un paraíso distinto del nuestro, pero que tiene la ventaja de ser mucho más fácil de concebir y apreciar que nuestra pura bienaventuranza. La oferta de Mahoma se compadece más con la índole del hombre moderno, violento, sensual y polígamo. La guerra y el amor son los ejercicios predilectos del buen musulmán, como del hombre contemporáneo de Europa y América.

Con una circunstancia que se les ha escapado a los publicistas de la propaganda musulmana: a los fieles de Mahoma les está prohibido el vino. Es verdad que también les está prohibido comer cerdo y que esto les acarrearía la enemistad de los “reyes del tocino”, enemistad de seguro funesta. Pero en cambio podrían contar con el apoyo de los “secos”, de los prohibicionistas; y con los discursos encomiásticos de míster Bryan.

...Siempre que tengan con qué pagarlos...

Nueva York, septiembre de 1920.

(Exclusiva para *El Universal*)

LA FUENTE DE JUVENCIO

Quizás el mejor testimonio de que vivimos en un mundo caduco es el afán anheloso con que los hombres buscan el secreto de la eterna o de la larga y renovada juventud.

Los mozos no suelen pensar mucho en la propia mocedad. Es cuando la juventud ha desaparecido cuando el poeta sentimental y envejecido llora sobre el recuerdo del divino tesoro que perdió. Todo hombre maduro de nuestros días cree haber desperdiciado la juventud; pero las generaciones jóvenes no se regodean mirándose en el espejo límpido de la propia mocedad; por el contrario, esperan con cierta impaciencia casi enfermiza la madurez, porque el mundo contemporáneo está mandado por viejos. La guerra que segó por millones las vidas jóvenes aseguró este predominio de las canas y las arrugas, aunque sean canas teñidas de abenuz embustero y arrugas disimuladas a fuerza de masajes y afeites. Mientras los jóvenes viven aguardando la hora de ser viejos, los viejos viven soñando en recuperar la juventud. Los jóvenes no saben ser jóvenes, y esto es malo; pero los viejos tampoco saben ser viejos, y esto es pésimo. Lo probable es que estos jóvenes que quieren ser viejos ni sepan serlo mañana; como es fácil asegurar que esos viejos que no saben ser ahora viejos no supieron ser jóvenes en su tiempo. Esto equivale a la confesión del propio fracaso por parte de cuatro generaciones.

¿Para qué quieren los viejos y las viejas volver a la juventud? No para evitar o corregir los propios errores juveniles; no para emprender de nuevo con más prudencia el camino de la vejez, sino para “gozar” abominable sabiduría de viejos. No caen en la cuenta de que si existe algo monstruoso es un anciano remozado.

Los hombres han comprendido lo que significaría esta inversión de las leyes naturales; y por eso han puesto siempre el don de remozar a los mortales en manos del demonio. Entre los milagros de los santos no se cuenta la devolución de la juventud a los viejos, porque no se concibe que esta devolución sea un beneficio, sino una maldición, y, por lo mismo obra del diablo. Es Mefistófeles el que tienta a Fausto y lo engaña, pues todos comprendemos que el remozamiento de Fausto es mera ilusión diabólica, mera alucinación inspirada por las potestades del infierno, como lo era el volar de las brujas y las fiestas horrendas de los aquelarres.

El siglo diecinueve había prescindido de estos sueños absurdos de eterna juventud; pero el siglo veinte, este siglo de viejos impotentes, autoritarios y mezquinos, que asesinó la juventud del mundo en una gue-

rra insensata, acaricia con ardor la esperanza de la juventud perdurable. Desde el fin de la guerra han aparecido por lo menos una docena de charlatanes de toda clase, pelaje y catadura, ofreciendo rejuvenecer a los carcamales, dotándolos de la energía, frescura y robustez de la mocedad. Unos conservan cuidadosamente su secreto, otros hablan de injertos glandulares, de operaciones más o menos complicadas y sutiles –que cuestan un dineral, naturalmente, pues, como es obvio, el rejuvenecimiento en todo caso está sólo al alcance de los viejos opulentos que puedan pagar sumas espléndidas a los magos modernos. Se dice que algunos caducos ricachones y algunas viejas verdes y ricas han conseguido rejuvenecerse, pero éstos son rumores de tentación que echan a volar los que explotan las misteriosas aguas de Juvencio y la debilidad y estupidez del género humano. Varias veces al año los periódicos divulgan rumores de que un mágico o una mágica están rejuveneciendo vejestorios. Como los periódicos conocen bien su negocio y no publican sino aquello que halague a la gente, es claro que la pertinacia con que insisten en esas publicaciones obedece a la demanda que tienen los procedimientos rejuvenecedores.

Ahora mismo acaba de publicar la prensa una noticia de París, centro de estas socaliñas y camelos, en la cual se asegura que un médico, cuyo nombre parece ruso o polaco, ha descubierto definitivamente la fuente de la juventud, y ha presentado a una actriz francesa muy conocida como testimonio vivo de la eficacia de su tratamiento. Bien es verdad que, según confesó el doctor eslavo, su primer propósito era aducir como prueba de las maravillas que obra su descubrimiento un viejo cabrón remozado, convertido de nuevo en chivo o en cabrito; mas parece que los encargados de la administración y manejo del Jardín de Aclimatación se negaron a permitir el remozamiento de la bestia elegida por el médico. El secreto de éste consiste en la transfusión de la sangre de personas jóvenes en las venas de los viejos. Antaño se creyó que para rejuvenecer un vejestorio no había como darle a beber sangre de niños y bañarlo en ella. Este mago no es, por lo tanto, original: se limita a moderar la práctica antigua, a fin de hacerla lícita.

A falta, pues, de cabrón convertido en cabrito, el doctor de marras presentó a una actriz que era ya famosa por su belleza y por su desenf-

do hace unos treinta o cuarenta años, y que se conserva tan fresca como entonces gracias al nuevo tratamiento. Pero hay que tomar en cuenta que el oficio de las actrices consiste en producir ilusiones agradables; y que la susodicha actriz se ha negado categóricamente en dejarse averiguar los años que tiene, lo que da mala espina, pues uno de los cuidados profesionales de toda actriz lista consiste en hacerse con una fe de bautismo apócrifa que todo el mundo acepta como fehaciente con la mayor circunspección. Quizás el prodigio de un añoso cabrón convertido en chivo de buenas a primeras habría convencido a la gente con más prontitud y eficacia que la contemplación de la equívoca juventud de una anciana actriz que hace gestos y visajes de falsa jovencita.

El auge de estas triquiñuelas remozadoras no se explica sino por el ahínco con que los viejos pretenden volver a la juventud, a fin de conservar el mando y de disfrutar de los deleites mundanos. Se dijo que la guerra barrería a los viejos y pondría los destinos del mundo en manos de la juventud. La verdad es muy otra. La guerra segó las generaciones en flor y perpetuó el dominio de los viejos. Son estos viejos precitos los que aspiran a rejuvenecerse. Los aventureros y los charlatanes lo saben bien, y por eso procuran engañarlos y explotarlos con promesas de una renovada y diabólica juventud.

Nueva York, 4 de noviembre de 1924.

LA GOBERNADORA

El partido demócrata de Tejas ha escogido, como candidata para Gobernadora del Estado, a la señora James E. Fergusson. Algún periódico español ha dicho que la han escogido como “candidato” para “gobernador”, lo que quizás infunda en el lector la sospecha de que la candidata se propone mudar de sexo al asumir su cargo. En este caso se trata probablemente de cierta renuncia instintiva a usar los términos femeninos, porque el traductor, cronista o como se llamare, teme quizás que los lectores no lo entiendan. El disparate tendría, en este caso, una explicación psicológica. Estamos tan acostumbrados al predominio de los varones

en el Gobierno, que nos repugna, por instinto, usar el término femenino para llamar gobernadora a la gobernadora, aunque nadie tendría empucho en llamar así a la mujer de un gobernador. Sin embargo, en España ha habido reinas gobernadoras y la forma femenina del vocablo es anti-quísima en la lengua.

Por supuesto que puede darse otra explicación, a la que quizás se acoja el lector malicioso: y es suponer que el traductor no sabe lo que se pesca y que se limitó, con servilismo atolondrado, a copiar el inglés, sin traducirlo. En inglés, en efecto, Mrs. Fergusson es *candidate for governor*. El inglés es tan pudibundo que trata de ocultar o disimular todo lo que denote sexo: por eso su adjetivo es invariable.

Pero nuestro español no es pudibundo; antes por el contrario, es la lengua moderna más cruda y categórica; y a eso se debe en gran parte su vigor. La hipocresía contemporánea no ha logrado amansarlo en este sentido. El español escrito puede ser relamido y ruboroso, es decir, descartado; pero el español hablado, que es el más vivo, es siempre impúdico, o digamos, mejor, ingenuo. El periodismo y la imitación de lo extranjero nos están induciendo a perder esas virtudes verbales, que virtudes son, y grandes, por más que digan los hipócritas.

Mrs. Fergusson no sólo es la candidata de los demócratas para gobernadora, sino que tiene casi la seguridad de ganar las elecciones y de ocupar dentro de algunos meses la casa de gobierno y la curul de la gobernación.

Este hecho es curioso desde distintos puntos de vista. En primer lugar, Mrs. Fergusson no está apoyada por feministas ni tiene nada que hacer con el feminismo militante. Lo que le granjeó su candidatura fue su oposición vehemente al Ku-klux-klan, secta poderosísima en Tejas. Las peripecias políticas del momento le dan al Klan una importancia tremenda en política, y los comentarios de la prensa sobre las elecciones primarias de Tejas se refieren principalmente a la derrota de los encapuchados de las tres káes; y el hecho de que asistimos a la aparición de la primera mujer gobernadora apenas obtiene una mención secundaria y efímera.

Cabe dudar de que la entrada de las mujeres en la vida política altere substancialmente la vida doméstica; pero si la altera no será para mal sino

para bien. A pesar de todas las deformaciones, desvíos y corruptelas que sufre en la práctica, la política es la ciencia de atender al bien de todos, al procomún. Es cierto que vivimos en una época en que el espectáculo del mundo entero parece demostrar que el hombre, más que un animal político, según la definición clásica, es un animal impolítico, es decir, incapaz de gobernarse; y que la participación de la otra mitad del género humano en los negocios públicos no aparejaría mejoras perceptibles.

Esto demuestra la facilidad y la prontitud con que la gente, hasta los mismos conservadores empedernidos, se acostumbra a las novedades. Hace diez años nadie pensaba en los Estados Unidos que a una mujer se la pudiese nombrar gobernadora. Entonces se discutía, con gran vehemencia y calor, si era sensato y prudente concederles a las mujeres el derecho de votar. Les concedieron el voto entre los aspavientos de los antifeministas, quienes veían ya el cielo desplomándose de pura cólera divina sobre el mundo corrompido. Pero no pasó nada. Las nombrarán gobernadoras y tampoco pasará nada. Las nombrarán presidentas de la república y el mundo seguirá tan tranquilo.

Hay mujeres que votan con puntualidad y discreción, y las hay que votan a tontas y a locas y las hay que no votan, lo que sin duda es peor. Habrá gobernadoras buenas y gobernadoras malas, y habrá, cuando llegue el día, buenas presidentas y malas presidentas. Es decir, no se diferenciarán en lo mínimo, como gobernadoras y presidentas, de sus congéneres masculinos. Nada más lógico ni más sencillo ni más claro.

Sin embargo, hay quienes siguen aduciendo argumentos tan solemnes como especiosos contra la participación de las mujeres en la política: los niños andarán sucios y descuidados y habrá innúmeros matrimonios desavenidos por diferencias de opiniones políticas; y los escritores jocosos se complacen en imaginar al pobre marido solitario remendando los calzoncillos o aderezando una sopa horrenda, o dándole el biberón al chico de teta que berrea con frenesí, mientras la esposa vocífera con gallardía y desnudo en una reunión pública.

Pero está demostrado que la mujer puede votar y asistir a las reuniones políticas sin dejar de atender a su hogar y aun atendiéndole mejor al hogar entonces. Nadie ha acusado a las elegantes “damas de la sociedad”

de que desatiendan a sus maridos e hijos, y estas señoras suelen perder ante el tocador, en la casa de la modista y del peluquero y en saraos, insípidos unas veces y otras malsanos, más tiempo del que cualquiera gobernadora empleará en despachar los asuntos del Estado. Por otra parte, los hijos de los ricos, por regla general, están tan mal criados como los hijos de los matrimonios extremadamente pobres, de los misérrimos. En ambos casos los padres no saben ni quieren ni pueden cuidar de sus hijos; los unos por embrutecedora frivolidad, los otros por embrutecedora ignorancia.

Pero parece que, al revés de lo que piensan los antifeministas, cuando las mujeres todas se ocupan en los negocios públicos estarán menos propensas a devaneos y frivolidades, menos expuestas al peligroso fastidio de la “reina del hogar”, que todavía es gineceo y a veces presidio. Los sacerdotes cristianos, psicólogos sutiles, adoptaron en los cenobios y conventos reglas estrictas y puntuales para evitar el ocio de las mentes femeninas. La política puede reemplazar al rosario y a los ejercicios devotos con menos peligros de seguro para la salud corporal y quizás también para la salud espiritual.

Curioso, por lo demás, es que los mismos que se alarman ante las contingencias del hogar de las funcionarias públicas se queden tan plácidos y serenos ante la situación de los hijos de las mujeres que trabajan, las cuales suman millones. ¿Por qué es un peligro para el hogar que las señoras sean políticas y no apareja tal peligro el que sean mecanógrafas, modistas, médicas, policías o jugadoras profesionales de tenis?

Pero lo seguro es que los países españoles, que se la pasan imitando a los Estados Unidos con fidelidad algo excesiva en ciertas costumbres de conveniencia dudosa, no los imitarán, a lo menos por muchos años, en este paso espléndido hacia la efectiva igualdad de los sexos.

Nueva York, 29 de agosto de 1924.

NARRATIVA

COMPASIÓN*

LA TROPA, unos veinticinco hombres siniestros, curtidos, envueltos en harapos, sucios de sudor, de barro y de polvo, caminaba con zozobra de huida. Iban todos más o menos borrachos y animados del ansia única,

* Entre los veinticuatro y los treinta y un años, Jesús Semprum publicó catorce relatos en *El Cojo Ilustrado*. Parece abandonar la hechura de esas ficciones breves a medida que se afirma su labor y su prestigio de crítico literario. Tampoco los recogió en volumen alguno, por lo cual, creo, es ésta la primera vez en que vuelven a ser editados desde aquellos inicios en 1906, y recogidos en conjunto.

No sin asombro sus lectores de hoy volvemos a notar la gran capacidad de olvido y la escasez de valoración propia que caracteriza a nuestra Venezuela: esta obra narrativa de Semprum, así como sus avanzados *Diálogos del día*, son excelentes muestras de la versatilidad intelectual del autor: y han estado largamente postergados.

Cierto que el modernismo imperaba en América por aquellos años, aunque la eficacia del criollismo ya revelaba ásperos territorios para la ficción. Es posible que estos relatos hayan surgido de ese caldo contradictorio, efervescente y magnífico que podía reunir, entre sus componentes, la adjetivación lujosa de Manuel Díaz Rodríguez y de Alejandro Fernández García, la concisa y refinada ironía de Pedro Emilio Coll y la deliberada rudeza de Urbaneja Achelpohl.

Algún sesgo de esos autores, tan próximos a él, pudieran tener los cuentos de Semprum. Sin embargo, la prosa de ritmo sólido y acabado, el despliegue de párrafos calculadamente escénicos, otorgan un carácter muy personal a estas historias. Un toque inesperadamente sensible de lo humano (Shakespeare), un vuelco simple y definitivo de la anécdota (Chéjov), dan a sus personajes trágica, patética, cómica o confusa energía.

Cuando éstos son generales, matones o simplemente militares extraviados en alguna de nuestras guerras intemporales, dentro de remotas provincias, la sombra de algún “presidente” los arroja con su búsqueda de poder absoluto; cuando la ciudad es el lugar del hecho, el movimiento y lo nocturno cumplen funciones precisas: la dulce y mísera Caracas de entonces apenas sobrepasaba los cien mil habitantes. Así veremos los desbordados límites de la impiedad cercarnos en textos como “Compasión”, “La caída del jefe civil”, “El general”, “La palmera” y el giro sinuoso de las almas en “La pesadilla” (con su cervantina llanura

por el momento, de poner tierra en medio con los enemigos. Su desorden abigarrado, sin compostura y repugnante, trotaba, gruñía, blasfemaba, como una piara de bestias. En el conjunto heterogéneo saltaban tres o cuatro notas vivas: los pantalones rojos de un negro ruidoso y corpulento, la ferocidad fisonómica de un hombre enteco y largo, con aspecto de zancudo, y la silueta del jefe, titulado coronel, el cual montado en una mula poderosa no cesaba de animar a los hombres en la marcha, ora con palabras de colérica amenaza, ya con promesas. Atravesaban una llanura sembrada de cujíes desmirriados, de cardonales cuyos múltiples brazos erguidos, se erizaban como miembros de agresivos animales, a la vera de los senderos angostos, que rompían la llanura como una red clara. No podían sino marchar por estos estrechos caminos, pues más allá de sus bordes aguardaban los alfileres enconados de las tunas, o alguna serpiente escondida entre los arbustos y herbazales. Había llovido poco antes y hacía calor. De la tierra caliente y mojada se exhalaba un aliento húmedo, repugnante cual una inmundicia caricia. Una que otra remisa ráfaga de viento esparcía de vez en cuando un poco de tenue frescura y un rústico y denso aroma de orégano.

Principiaban a caer las primeras sombras de la noche y la tarde moribunda se anegaba en tinieblas opacas. A través de los ramajes, claros como velos, se distinguía el brillo de las primeras estrellas, aún tímidas, en el fondo lejano de un cielo de ceniza, donde flotaban redondas nubes de plomo. Envueltos en las confusas sombras incipientes, como entre vagas brumas lóbregas, los hombres caminaban con el *mausser* agarrado de cualquier modo, empujados por las iras del coronel alcoholizado. Hablaban, contaban el asalto del pueblecito, las tropelías que en él cometieron, comentándolas con alegría y orgullo, como hazañas dignas de perpetuo

“convexa”), “La dicha de Julia”, de mórbidas implicaciones, “Las rosas”, fotograma chaplinesco. En cuanto a la breve saga de Pierrot, si por un lado Semprum parece pagar con ella su deuda a las imágenes prerrafaelistas, la serie, con los otros cuentos, hace del escritor un profundo y sorprendente pensador, de avanzada y suelta discreción, acerca de los misteriosos cauces del erotismo.

Por último, indiquemos que todas sus ficciones parecen obedecer a un mismo y cambiante eje narrativo: el ejercicio de la paradoja –conceptual, existencial, filosófica– que in/voluntariamente cumplen sus personajes. [J.B.].

renombre. Al hombre aquél con aspecto de ave zancuda que avanzaba rápido, cautelándose, con un paso de felino en acecho, cedíanles todos la palma de la crueldad. Llamaban a este hombre con el apodo raro de El Alcarabán, que entre los individuos de aquella sórdida manada era su nombre único. El Alcarabán, después del coronel, era el favorito de la tropa, a causa, quizás, de sus desmanes frecuentes y numerosos, no igualados por el más atroz de los bribones que formaban la pandilla.

El pueblo, un pobre caserío, acostado, como un mendigo, en la ribera del lago, era triste y soñoliento. La trulla de los revolucionarios lo había sorprendido aquella mañana; y entre alarmas y terrores de los vecinos se derramaron por la única calle y en los contornos, robando cuanto a mano habían, instalándose principalmente en las dos pulperías únicas, cuyo aguardiente agotaron, hartándose, junto con el aguardiente, de soliviantada ferocidad. El jefe civil huyó aterrorizado a los primeros tiros que en la entrada del pueblo dispararon los del bando rebelde; y los vecinos se encerraban en sus casas, tratando de esconder y soterrar toda suerte de armas y el dinero y las provisiones. Quién sabe en dónde hubiera parado el desenfreno de la gavilla, si una falsa alarma, salida de no se sabe dónde, no hubiera obligado al coronel a tomar el portante con su tropa, ya ebria, y cargada con el escaso botín que pudo recoger en la prisa. Entre los elementos del botín figuraban principalmente botellas de aguardientes distintos: litros de brandy rojizo, *canecas* de ginebra, frascos de caña cristalina, frascos de ron amarillento, y no faltaba alguna flaca botella de cerveza criolla, de vidrio oscuro. Pero en su avidez de dipsómanos ninguno había se percatado de robar provisiones de boca, y en medio de la borrachera sólo el coronel fue previsivo, en otro respecto, llevándose la mula del más pudiente personaje del aldeorrio.

Así marchando, y creyéndose perseguidos, con la noche sintieron la fatiga de la borrachez, a medias disipada por el ejercicio de la marcha, y un hambre violenta, que acompañada por la sed hidrópica se convertía en ardiente gazuza. De su hambre hablaban.

—Si nos sigue así la cosa nos comeremos a Barriguita, decía el Alcarabán. Barriguita era un hombre bajo y gordo, y borracho como veinte, que gruñía y resoplaba de continuo con un apuro de marrano.

—Por aquí debe de haber algún rancho, onde encontraremos que echale a las tripas. Apura el paso, que la noche se nos viene encima, y fea... dijo el coronel.

Camaron en silencio. Sólo una chacota aislada del Alcarabán, a la que no respondía nadie, rompía el silencio preñado de disgusto. Alguno se detenía a veces para vaciar el contenido ya moribundo de una botella. Así anduvieron algún tiempo. De repente el Alcarabán, que iba delante, se detuvo.

—A'hi hay un rancho...

En un claro se alzaba un rancho de palmas, mezquino y pobre, delante de un platanal, ruidoso a la caricia del viento. Por una abertura de la negruzca pared de barro se divisaba un vago resplandor.

—Toque la puerta, sargento...

El Alcarabán le asestó dos culatazos bestiales a la enclenque tabla que hacía el oficio de puerta. Un silencio de segundos.

—¿Quién es?, preguntó una voz hombruna, temblorosa de temor.

—Abra, abra pronto, ordenó el coronel a gritos.

—Pero ¿quién es?

El coronel soltó un terno gordísimo. El hombre de los pantalones carmesíes se acercó al Alcarabán.

—Vamos a romper la puerta...

—Abra, si no le suelto un tiro...

El coronel se había apeado de la mula. Se oía un ruido sordo en el interior del rancho. La puerta se abrió después, tras un vago ruido. Un mulato pálido asomó su rostro flaco y asustado.

—¿Qué quieren?

El Alcarabán estaba ya adentro, inspeccionándolo todo, husmeando como un perro. El coronel decía:

—Usted debe tener algo qué comer... Tenemos hambre... Se lo pagaremos...

El hombre, lleno de terror, retrocedía, sin poder articular respuesta. Algunos soldados asomaban la cara, como hocicos de canes a la entrada de la cueva en que se esconde la pieza. Se les había prohibido entrar. Cuatro estaban ya adentro. Un interior destartelado, mísero, mostraba

su desnudez desagradable, como la superficie de una úlcera. En la pared, aquí y allá utensilios colgados. Dos taburetes cojos. Una mesa sucia sobre la cual ardía un candil humeante. Dos chinchorros de curva cerrada. Un gran cajón. Los rincones se perdían en la oscuridad.

—No tenemos nada... nada... señores... militares... prorrumpió una voz de mujer, trémula y enfermiza; una voz mate que parecía un vaho de tumba.

—¿Nada ?... No se niegue a atender al ejército, que puede salirle por un ojo, dijo el Alcarabán.

—No tenemos nada, general... se atrevió al fin el mulato, se lo juro... si no se lo daríamos... No hay nada...

Tenía una expresión alocada y accionaba con ademanes zurdos, inciertos, sin hallar qué decir.

—¡Registre el rancho!...

Ya el Alcarabán lo ponía por obra.

—Amarren a éste...

El de los pantalones encarnados se le echó encima al mulato, el cual ni asomos de resistencia opuso. La mujer rompió entonces a llorar sin fuerza, con sollozos largos y profundos.

—¿Como que quiere fiesta también la vieja?

El Alcarabán lo registraba todo: ollas, cajones, totumas, los rincones, el suelo, con una furia de hambre. No había nada, nada. La mujer proseguía su llanto. El coronel estaba furioso y su embriaguez exaltaba la cólera de un modo brutal.

—Amarren a la mujer también.

La mujer se levantó de su chinchorro con los ojos dilatados de terror, temblorosa y pálida. No pudo hablar. Apareció claramente como era, una india pequeña, de rostro feo, lívido en aquel instante por el miedo, enjuta de carnes, envuelta en una camisa precaria, mostrando sus hombros y sus brazos desnudos.

—Afuera con ellos. Amárrenlos a un cují ahí afuera... Nos han escondido la comida... Nos quieren matar de hambre...

Se llevaron a los infelices. El hombre estaba mudo. La mujer había reasumido su llanto, penoso, roto por sollozas tremulentos y largos, como angustiados hipos.

—No podemos seguir de aquí esta noche... Estamos cansados y sin comer... y si se aparece la gente del cojo Rueda, acabamos de componernos. Por fortuna creo que no llegarán hasta aquí ahora... Sin embargo es bueno vigilar... Pondremos centinelas... Estos montunos son capaces de haber escondido la comida. Pero me la pagarán... me la pagarán...

La borrachera del coronel llegaba a su colmo. El Alcarabán, mustio, apoyado en un machete, frente al candil humeante, parecía cavilar en cosas tristes. En realidad, había bebido más que todos los demás juntos. Barriguita estaba inquieto. El coronel salió del rancho y se oyeron sus órdenes y sus votos tremendos y amenazantes contra todo el mundo. Injuriaba con gritos y frases horribles a la desdichada pareja, llena de ataduras.

—Estos montunos... decía el Alcarabán, meditabundo.

Barriguita se reía con una risa extraña y por sus ojos cruzaban relámpagos indecisos, como los fatuos destellos que brotan de la podredumbre.

Afuera la alharaca del coronel continuaba cada vez con mayor frenesí. De repente sonaron ruidos opacos y dos alaridos desgarraron el ambiente. Después un llanto fuerte pobló el aire con notas desesperadas. El coronel golpeaba a los dos campesinos.

Barriguita y el Alcarabán se miraron sonriendo. El gordo resplandecía como una lámpara colmada de aceite. El larguirucho mostraba una discreta y reservada fruición, inmóvil, apoyado en su machete.

Entonces sucedió una cosa rara, inesperada, y que dejó contundidos de súbito a los dos bandoleros. Del chinchorro más distante, que estaba colgado en la parte del rancho sumida entre sombras, partió otro llanto, un llanto distinto, tierno, agudo, un llanto de niño que reclama su alimento.

—Hay un muchachito, dijo Barriguita confuso.

El Alcarabán se mostraba también lleno de alguna turbación.

—Vamos a ver...

Agarró el candil y se acercaron al chinchorro. Envuelto a medias entre trapos nada limpios, entre los cuales asomaban sus carnes morenas, un niño de pocos meses perneaba y manoteaba, llorando a gritos, con una desesperación de hambriento. Sus ojitos negros parpadearon de súbito a

la luz del candil, e interrumpió su llanto, como ocupado de una intensa curiosidad, o pensando tal vez que era la madre solícita que acudía a aplacar su lloro, dándole de mamar. Pero después recommenzó sus chillidos con furor redoblado, quién sabe si lleno de susto ante los truculentos rostros de los guerrilleros.

Éstos, inmóviles, miraban al niño con una estupidez silenciosa.

—Tiene hambre el crío.

—No será más de la que yo tengo.

Afuera los gritos se habían apagado y un silencio de soledad inundaba el recinto. El coronel entró por la puerta, con los ojos encarnizados, tambaleándose casi, por fuerza de su ebriedad, con su machete desnudo en la mano. ¿Qué es eso, condenaos?

—Una cría, coronel, mire.

El Alcarabán alzó el candil con la siniestra y le mostró al coronel el fondo del chinchorro con su dedo largo y huesudo. El chico aullaba como un perro apaleado. La sombra de los hombres agrupados en un aquelarre fantástico se movía, encogiéndose y estirándose, por el suelo y en las paredes negruzcas. Algunos soldados curiosos penetraban en el rancho y se agolpaban en torno del chinchorro. El coronel borracho examinaba al chiquitín con mucha atención.

—Ea, ¿por qué lloras?... Si te hubieran pegado como a los bichos de tus padres... ¿Por qué llora el muchacho, sargento?... ¿Qué le han hecho?...

Tenía la palabra difícil,

—Tiene hambre, coronel, según supongo... Será la hora en que la india acostumbra darle de mamar... Debe ser eso, a menos que no esté enfermo, el animalito...

—¿Tiene hambre?... ¿Tiene hambre?...

Miraba el rostro de sus hombres con una mirada interrogativa, como tomando consejo, como preguntándoles lo que debía hacer. Las fisonomías idiotizadas por el aguardiente, las caras cargadas de sueño, imbeciles y entristecidas, lo miraban con asombro, con indiferencia o esbozando una sonrisa de estupidez y malicia.

¿Qué debía hacer? ¿Cómo iban a saber ellos nada? Él era el jefe, el general... ¡En su lugar ellos quién sabe lo que hubieran hecho!... Acaso

no hubieran hecho nada... Pero el coronel tenía que hacer algo, debía hacer algo con aquel rorro hambriento. Les sonrió con una sonrisa, hedionda de alcoholismo. Había encontrado lo que debía hacer.

—¡Es preciso darle de mamar!...

El Alcarabán lo miró con asombro. Realmente no hubiera nunca creído a su jefe capaz de tal humanitarismo.

—Venga, sargento. Tráigase la luz...

Salieron. En el rancho, inundado por las tinieblas, el chico lloraba con gritos desgarradores de criatura abandonada. Afuera, en el claro que había frente al rancho, amarrados al tronco de un guayabo tísico, juntos, confundidos en un montón de trapos y carnes, de donde partía sin tregua un quejido vago monótono, horrible, estaban hombre y mujer. El candil del Alcarabán esparcía resplandores inciertos en un estrecho círculo, en el cual se destacaba el mismo rostro del Alcarabán impávido. La llama amarilla e inquieta estaba coronada por un penacho de humo tenebroso. Más allá del círculo de fulgor pálido se dilataba la noche, oscura, como un luto enorme. No soplabá hálito de brisa, y las estrellas parecían congeladas en el cielo distante y lúgubre.

—Venga, sargento.

El Alcarabán se aproximó, pensando que su jefe iba a soltar a la mujer. Mientras el marido, con la cabeza gacha, parecía lleno de una infinita resignación ante todos los ultrajes que sobrevinieran, la mujer tenía erguida la cabeza y miraba con ojos llenos de dolor y ansiedad.

—¡Por Dios!... Mi hijito... Suélteme, señor general...

El coronel gruñó, como un cerdo alegre. Agarró la camisa de la mujer y con un tiró brusco y fuerte la desgarró. Apareció el seno de la india, seno de madre, henchido de leche. Sobre la flacura de su tórax, resaltaban lo orbes de sus pechos maternos.

—Venga, sargento...

Alzó su machete, que relampagueó un momento a la indecisa luz del candil con un lampo lívido, y comenzó la más espantosa amputación... La mujer aullaba, se retorció, bramaba, como una res degollada, y hacía esfuerzos inútiles por librar sus manos de las ataduras. El mulato había alzado la cabeza un momento, para volverla a inclinar luego lanzando un

gemido, trágico, sordo, horripilante, donde latía el más tremendo espanto, un terror sin límites, un extravío de locura... Algunos de los forajidos, azotados de repente por el horror de la escena, miraban aterrorizados, súbitamente libres de la embriaguez. Otros veían con los mismos ojos estúpidos de siempre aquella operación. El Alcarabán sostenía el candil con impasibilidad. Tenía fruncidas las narices y apretadas las mandíbulas, como quien trata de soportar un dolor. Barriguita con las manos en la cintura se mostraba indiferente.

Con torpeza de carnicero inhábil que descuartiza una res, el coronel se apresuraba en su tarea. Quería andar de prisa y cortaba con precipitación brutal. La sangre salida en raudales, le bañaba todas las manos en un baño rojo y cálido. Al fin terminó. Cogió el seno amputado, que goteaba sangre y lo mostró a su gente. La mujer estaba desmayada. El marido, el mulato, proseguía exhalando su quejido de pavor.

—Venga, sargento.

Entró en el rancho. El niño que se había callado un momento antes rompió de nuevo a llorar.

—Alumbre.

El Alcarabán alzó su candil. El chico lloraba con furor. Entonces el coronel puso a un lado su machete, cogió con entrambas manos el pecho arrancado a la pobre india y lo colocó, con cuidado, complacido y meticuloso, en la boca del chico. Éste chupó con hambre bebiendo aquel licor de muerte.

Y al resplandor del candil, la fisonomía del facineroso se iluminó con una luz de bondad...

LA PESADILLA

HÉCTOR CANQUIS era un poeta lunófilo. Vivía pendiente su inspiración del continuo menguar y crecer del ópalo lunar. En sus versos era imposible no encontrarse con un destello selenita. En cada estrofa suya asomaba el rostro menguado o pleno de Diana, como una princesa fantástica a sus líricos miradores. Hubiera podido componer un libro de versos lunáticos, así como aquel extraño, y caprichoso Julio Laforgue, que compuso la “Imitación de Nuestra Señora la Luna”, dedicada a la *petite Salambó, prêtresse de Tanit*. Se extasiaba largas horas, con fervor sacerdotal, ante el disco luminoso del satélite. Contemplaba con emoción de enamorado la ascensión del astro, entre vapores blanquecinos, por los tibios azules de la noche incipiente, sobre el pálido perfil de los montes. Andaba siempre inquiriendo una imagen nueva y exacta del planeta mortuorio. Y cuando atrapaba una imagen de su gusto, tenía buen rato de regocijo.

Así este hombre había llegado a ver las mujeres a través de uno como vidrio lunar. Sus amores venían a ser simples reflejos de su pasión por la peregrina perla del cielo. En unas mujeres veía la hermosura majestuosa de la luna llena, que se levanta con lentitud y solemnidad en un celeste mar, lleno de sobrio respeto, preparado, como un salón suntuoso, para la recepción de una emperatriz, soberbia de silencio y de blancura. En otras sorprendía y adoraba la esbeltez de los primeros cuartos de luna, cuando el astro pone una gracia grácil y tímida en su andar taciturno, tal como una niña enferma, sonreída en un crepúsculo otoñal, en medio de un jardín azul, sembrado de rosales para siempre marchitos... Para poder amar a las mujeres y disfrutar de su amor gozosamente, buscaba siempre

en ellas algo que le sugiriera un asomo de la hermosura prodigiosa de su químera.

Así, en sus poemas, en sus cuentos, en sus fantasías, destellaba comúnmente una cristalina lumbre lunar. Eran los cuadros de un pintor atormentado, en una extravagante idolatría, por el planeta de sonrisas glaciales. Hoy era una enorme y portentosa naranja de oro triste, flotante sobre una agua inmóvil, diáfana y azul; después un arco tenue de lumbre, como la fina ceja de un ojo invisible que avizorara la tierra sobre montañas de puro añil; ora un grave y trunco disco de melancolía, sobre el sueño caliginoso de las nubes. Y en todas partes, por las calles, en los cerros, sobre las arboledas urbanas o en la fuga clara de los riachuelos, perseguía los efectos de luna.

Cierta noche, Héctor Canquis, fatigado de un largo paseo por las afueras de la ciudad, a donde había ido a contemplar las primeras sonrisas de los árboles que despertaban con las primeras lluvias, estaba sentado al balcón de su estancia, en una mecedora muelle, contemplando con serena delicia el milagro que los fulgores de la luna urdían sobre las colinas remotas y en el piélago de techumbres de la ciudad que se extendía abajo, ante sus ojos complacidos. La leve neblina diafanizaba los contornos de las cosas lejanas y ponía un halo turbio alrededor de las luces temblorosas. Una paz infinita llenaba la noche, cual una aroma inefable y confusa. Los ruidos de la ciudad se amortiguaban discretamente en el aire moroso. La luna, invisible para Héctor, bañaba todo el paisaje en un resplandor de mansedumbre, idealizando y sutilizando todas las cosas. Héctor Canquis, absorto, lleno de un bienestar profundo y vago, miraba el paisaje lleno de luna. Lentamente las cosas fueron apagándose, desvaneciéndose, como si se alejaran con lentitud hacia horizontes distantes, y se quedó dormido.

Entonces se encontró en una llanura enorme y convexa, sembrada de enormes piedras y llena de agujeros extraños. Había en el cielo un suave resplandor muy semejante al de la luna en las noches muy claras; pero no se veía astro de ningún linaje: ni luna, ni sol, ni luceros. Un camino derecho, ancho y blanquísimo, se perdía a lo lejos, en los confines de aquella planicie, describiendo un arco de círculo perfecto. Héctor Canquis com-

prendió de repente, que estaba en la propia superficie de la luna. No le pareció extraño el suceso y sintió una gran alegría presintiendo que iba a presenciar cosas inauditas.

Por el extremo de aquel largo camino apareció de repente un animal muy parecido a una rana: una rana amarillenta, ambarina y enorme. Andaba a saltos insólitos y avanzaba hacia Héctor, mirándolo curiosamente con unos extraños ojos blancos, como perlas. Héctor no sintió temor, sino curiosidad ante la alimaña selenita. Pero he aquí que la rana le dijo abriendo una boca inmensa y chata: “Los árboles se han convertido en piedras...”. Entonces el hombre terrestre sintió un escalofrío de pavor y se encaramó en el espinazo áspero de la bestia. La piel del monstruo estaba fría y Héctor comprendió que cabalgaba sobre un animal de hielo. Por el camino blanco aquel bicho había emprendido una fuga desenfrenada. A los lados, Héctor veía pasar las enormes piedras, como si corriera velozmente en un automóvil, Súbito, el animal se paró; pero con grande asombro de Héctor las piedras seguían huyendo con una velocidad infinita, dando trompicones y saltos, como si fueran un tropel de ranas locas. La rana de hielo ambarina había desaparecido. Héctor se puso a correr detrás de las piedras fugitivas, dando alaridos de entusiasmo sintiéndose arrastrado por un torbellino de fuerzas. De improviso resbaló y cayó en el vacío; pero caía en un suave descenso, con una morosidad y placidez de globo a medias flácido. Mientras caía echó de menos su sombrero. Seguramente se le había olvidado en casa, lo cual le contrarió mucho. Al fin se detuvo en la copa de un árbol escuálido y seco, por cuyas ramas bajó a tierra. Allí se encontró con dos señores vestidos solemnemente de negro, que se pusieron a registrarle los bolsillos con grande impertinencia y furia y callados, como muertos. Al cabo uno de ellos, dijo, encendiendo un cigarrillo que le había quitado a Héctor: —Éste es... Entonces los tres se pusieron a caminar fúnebremente por una campiña triste, llena de malezas. Héctor sentía grandes deseos de llorar; sin saber por que. Llegaron a un lugar limpio de yerbas y uno de los hombres dijo: —Es preciso que lo enterremos... Aquella voz era fría y fétida y Héctor vio de pronto que los dos hombres eran dos esqueletos. Entonces embistió con ambos a grandes golpes. A cada golpe caía al suelo una lluvia de huesos, hasta que

de los dos esqueletos no quedó sino un gran montón de huesos blancos y limpios, sobre el cual se sentó Héctor Canquis a dibujar una calavera en blanco sobre un papel negro. Comenzó a soplar un viento frío que traía acordes de música y perfumes de aguas de tocador. La noche había cerrado y apenas una que otra estrella parpadeaba en el cielo oscuro. En el confín se distinguían luces inmóviles, rojas, amarillas, azules, verdes. Héctor comenzó a caminar hacia las luces. De aquel sitio provenían de seguro el olor de perfumes y el rumor de las músicas. Así debió de andar mucho tiempo. Repentinamente se encontró en su cuarto, ante un espejo, contemplándose a sí mismo. Tenía los cabellos y la barba blanca. Habrían pasado muchos años porque era ya un viejo. Sentía un gran abatimiento y ganas de dormir, ganas de tenderse en el fondo de una urna negra, con hambre de reposo...

Una mujer joven, muy bella y muy blanca, apareció entonces en el aposento, iluminándolo. Iba desnuda, como si saliera de un baño y su cabellera de oro pálido la envolvía como una túnica. Sonreía y Héctor advirtió que tenía un diente orificado. Además, tenía los ojos blancos, como los de la rana de hielo. Héctor Canquis, con mucho descaro, la invitó que se sentara en el lecho, pues en el aposento no había ninguna silla. La joven se puso a pasear con gran coquetería, recogiendo y agitando con una de sus manos la cabellera rubia, como si fuera una lujosa falda amarilla. Después se detuvo frente a Héctor y comenzó a hablar.

—Tú estuviste un tiempo enamorado de mí y nunca llegaste a verme... Y sin embargo, muchas veces estuve junto a ti, a tu lado, y hasta en tu lecho, sin que tú me advirtieras, sin que me sospecharas... Eso era al principio, cuando eras discreto y fino, como los amadores de tus baladas desgarradas... Después te pusiste impertinente como un rufián o cual un poeta apócrifo... Me perseguías, me fastidiabas, me hostigabas con tus majaderas trovas y con tus cuitas de engaños... Eras embustero como una prostituta y trivial como un político... Te has vuelto un anciano impotente en castigo de tu necesidad. Vas a tener que teñirte las barbas y tendrás reumatismo y te darás fricciones nauseabundas con una esponja llena de piedras, que te desollará todo el cuerpo... ¿De qué te sirven tus sonetos que recitan las señoritas románticas y alguna jamona ardiente?...

Tienes que purgar el pecado de tus poemas gemidores... Te desollarás la piel con una esponja ríspida y quedarás nauseabundo hasta la muerte...

Héctor escuchaba, sobrecogido, el discurso de la mujer, cuyos ojos blancos tenían un resplandor de luz voltaica. Se llevó las manos a la cabeza y sintió que tenía un pañuelo anudado, a manera de gorro, sobre la frente. La mujer continuaba:

—Y además, has tenido mucha parte en mi desprestigio... Nadie me respeta... No soy pan para el niño ni aliciente para los enamorados... para los enamorados de verdad, que se besan con ardentía y cumplen sus importantes funciones... Así dirías tú en un arrebató de descoco académico... ¿Qué es eso de los suspiros y el mecer los ojos?... Te vas a morir canceroso por impúdico... Te cruzas de brazos como un estúpido, a mirarme el rostro, mientras yo estoy pasando a tu lado llena de deseos, mientras yo te invito desde otro lugar a que realices tu amor... Hueles las flores indecentemente, como un can a otro... Oyes la música y el corazón te tiembla y te pones a soñar: allá lejos, más allá de los mares, en un bosque de lauros, duerme entre flores la Elegida... ¡La Elegida! ¿Y por qué te pones a soñar frente a mí, en vez de montar sobre la rauda aventura, en vez de ejercitar tus músculos en una lidia verdadera, en vez de conquistar valerosamente tu goce?... Ésa es la ley... Es preciso tener músculos fuertes... Lindas canciones y bordoneos de guitarra... Muy bien... ¿Acaso ése es ejercicio que puede agradarme?... ¡Buena reputación se granjea andando en redondillas!...

El resplandor intenso de los blancos ojos de la mujer cegaba a Héctor, que se había ido arrebujaudo entre las sábanas, temeroso. Sin duda aquella mujer era loca y estaba irritada:

—Sois todos brutos... Mi sueño, mi ensueño, mi ilusión... ¿Por qué no dices mi verdad, mi realidad, mi carne?... Alteráis y trastrocáis todas las cosas... Tienes una peluca abominable y todos tus instintos están depravados... Por eso es preciso tomar venganza en todos vosotros, los predicadores de la falsía, que engaños con lulos imaginarios y con lágrimas de ficción... ¿Qué haces tú cuando vengo a buscarte a tu vivienda, porque te has extraviado, creyendo seguirme, en detestables aventuras?... Te acurrucas en tu lecho como un gallo enfermo o como un ratón miedo-

so... ¿No deseas, entonces, nada en pago de tus galanterías? ¿Te callas?... Eres descortés y bestial...

Héctor Canquis se sentía muy viejo y dolorido. Y sentía un inmenso y hondo pesar ante la cólera de aquella mujer imperiosa, de quien tenía miedo.

—Los árboles se han convertido en piedras... y tú no tienes tiempo para desechar tu timidez triste —prosiguió la joven—. En verdad tú eres un enfermo avecindado a la tumba...

Se acercó al lecho donde Héctor temblaba, lleno de espanto, y agarrándolo por los cabellos, lo suspendió en vilo y lo arrojó en medio de la estancia. Héctor aterrado vio sobre sí un horrible gañán que lo molía a golpes. Pero los golpes no le dolían; parecía como si los recibiera a través de una espesa felpa. Entonces despertó.

Sobre la ciudad y los cerros la luz diafanizaba sus fulgores, como en una suave e indefinible ironía...

LA PALMERA

LOS DÁTILES que producía aquella palma de don Faustino disfrutaban de fama, aun más allá de las lindes del pueblucho. Era palma fecunda, que rendía copiosa magnífica, y uno de los grandes orgullos de don Faustino era poseer aquel esbelto emporio de dátiles. Muchos años hacía que él disfrutaba de los sazonados beneficios de la palma. Cuando se estableció en el pueblo y compró aquella casa con aspecto de quinta y resabios de alquería, ya la palmera famosa alzaba su gallardo penacho verde en la arboleda y en sus racimos acendrabá sabores de delicia.

Además de su prolífica palmera poseía don Faustino otro tesoro mucho más bello y magnífico: su nieta María, única prenda que le restaba de su familia de hijos, cuya muerte había llenado de tristezas y sombras su larga vida. En la muchacha compendiaba el viejo todos sus amores, y si no hubiera existido en su huerto aquella palmera arrogante, María hubiera sido el único amor del viejo. Pero el amor por el árbol solitario había tomado en el anciano las proporciones de una manía profunda, de raíces hondas y firmes como las del árbol mismo en la tierra del huerto.

La muchacha —una hermosa rosa humana de dieciséis años— florecía en aquel poblachón caluroso y triste de la costa con una pompa sana y lozana de flor silvestre. Su gracia núbil se abría esparciendo un perfume de virginidad sagrada y poseía esa ardiente inocencia de las vírgenes que discurre junto a los más atroces fuegos venéreos sin contaminarse de impurezas, y sobre la cual pasa el viento de la pasión natural sin evocar imágenes ni deseos precisos, sino conmoviéndola en un sordo, vago y delicioso anhelo de cosas enigmáticas, que se traduce en sonrisas, en impulsos sin objeto

fijo. Su temperamento grave y ardoroso determinaba una precocidad viva y clara en su vida, en su cuerpo, en sus pasiones. Adivinábase en sus ojos serenos y hondos, de una oscuridad poblada de ensueños, el agitarse y vibrar de una intensa vida interior; diríase que bajo el terciopelo húmedo y límpido de aquel remanso, se precipitaban corrientes rápidas y rudas, que arrastraban en su tumulto muchas ansias y muchos ardores.

A pesar de su juventud y del cariño celoso, como mezcla de afecto paternal y amor de amante de su abuelo, María tenía un novio. Este novio, casi tan joven como ella y oriundo del propio pueblo, era el hijo del general Ramírez, famoso en todo el litoral por su testarudez, su carácter bronco y la rudeza brutal de sus opiniones. Este general, que logró distinguirse en los años de la Federación por su tenacidad y su inteligencia en la guerra de guerrillas y por su odio inagotable e inflexible hacia los “godos”, ejercía en el pueblo grandes influencias; era una suerte de cacique, respetado por todo el mundo, con quien el jefe civil procuraba estar siempre de acuerdo, y del cual el cura procuraba huir siempre por miedo a sus tremendas blasfemias y a sus sonrientes amenazas de hecatombes del clero. Su hijo, Rafael, había regresado tres años antes a su pueblo, de la capital del estado vecino, con su título de bachiller y lleno de modales que resultaban modernísimos en la villa natal. La historia de su encuentro con María y del comienzo de sus amores era un cuento de esos vulgares y deliciosos que se repiten con frecuencia desesperadamente en el mundo. Él, en la ciudad capital, había aprendido a ser audaz con las mujeres. Conocía los secretos del amor y había probado ya en la metrópoli de la provincia, que tenía sus pretensiones de ciudad muy civilizada, y hasta soñaba en rivalizar con Caracas, los frutos acres y tristes de las más sencillas depravaciones ciudadanas. Con esto se suponía, bastante ingenuamente, un hombre hecho y derecho, y contando algunas de sus inocentes fechorías de la ciudad, pasaba entre los jóvenes de su pueblo como un muchacho capaz de cosas terribles; y algunas cabezas juveniles sufrían insomnio, rumiando envidias ante la imaginación de las aventuras, inauditas para ellos, que Rafael había corrido.

Puestos enfrente uno de otro, aquella muchacha de cándida fogosidad y este mozo que aún no había probado sino el sabor vario y efímero de los

deleites venales, el amor nació espontáneamente, con una frescura clara de rocío matinal en ella, con una intensidad de celaje de aurora en él. La vanidad de ser amado por aquella joven fresca y linda y de ser envidiado por muchos hombres, alimentaba el amor de Rafael, poniendo en su espíritu el orgullo varonil de beluario que domestica una alimaña hasta aquel punto montaraz. En el fondo de su corazón vivía realmente el amor; pero asomaba a la superficie en sus palabras, en sus gestos, en su conducta, mucho más apasionado e intenso de lo que era en realidad. Como todos aquellos hombres que no han sufrido aún los verdaderos martirios del amor, ponía, por una inconsciente obra de su imaginación sentimental, sobre sus propios sentimientos un matiz de artificio amoroso, una exaltación frenética y lánguida, que salía propiamente de su cerebro antes que de su corazón. Muy poco intelectual y bastante burdo, amaba casi tanto con su cerebro como con sus sentidos, al contrario de lo que, por un curioso fenómeno, les ocurre a las personas de inteligencia privilegiada y culta, que aman principalmente con el corazón y los sentidos, sin que en el ardor erótico intervenga, sino por acaso y de un modo eventual, el poder de la inteligencia.

Así le pasaba a María, que aislada del mundo al lado de su abuelo, ponía en Rafael toda la suma de sus ternuras ingenuas. Su potencia amorosa debía naturalmente concentrarse en aquel amor, como todas las luces de una estrella en el éxtasis de la pupila.

Tanto el truculento general como don Faustino conocían los amores que ligaban al hijo y a la nieta; pero ambos como por una especie de convención tácita, aparentaban no haber caído en la cuenta de ellos. Ninguno creía prudente aludir a aquellos amoríos, aunque los dos pensaban acaso que bien podrían llegar aquellos devaneos juveniles hasta adquirir un aspecto más grave e ir a parar a la iglesia, pasando por el salón del Concejo Municipal más tarde, cuando los niños con más formalidad, fueran capaces de soportar el peso y solemnidad del matrimonio.

Así corrió algún tiempo, los enamorados felices en la era dulce del arrullo, la sonrisa y la súplica, el general dirigiendo la “política” del jefe civil del distrito y echando de menos, entre ternos pintorescos, los tiempos en que incendiaba pueblos junto con el general Zamora, o en que Guzmán Blanco, en medio de una pompa olímpica expulsaba al arzobis-

po de Venezuela, cerraba iglesias y metía a la clérigalla entre un zapato. Don Faustino, por su parte, vivía su vida plácida, sonriendo ante la gracia floreciente de María y cuidando con cariños meticulosos su palmera lozana, que cada año parecía mejorar la calidad de sus dátiles.

La casa del general, orillas de la mar, poseía también una huerta umbría, con grandes árboles, y en la playa su doble fila de cocoteros. Pero lo que más contribuía a completar el orgullo que don Faustino sentía con la posesión de su célebre palmera, era que en el patio del general se erguía, como en la suya, una palma datilera, tan alta, tan esbelta, tan hermosa como la otra; pero estéril del todo. Era una palmera macho. El general no la miraba nunca. Solamente alguna vez, cuando probaba los dátiles deliciosos de la otra, solía pensar:

—¡Si mi palmera diera frutos como estos!...

No pasaba de allí.

En cierta ocasión llegó al pueblo un Florencio Rodil, estudiante que cursaba en Caracas los últimos años de medicina, y que iba a su pueblo a pasar las vacaciones. Este Rodil, hombre maleante e ingenioso, hablador de mucha labia, pasaba ya en su pueblo por hombre de pro, y el periodiquito *La Estrella*, que publicaba cada quince días en el pueblo un boticario que tocaba la guitarra y escribía versos untuosos, aseguraba que era uno de los hombres que “honraba a su terruño con los brillos de su talento”. El estudiante, como prohombre en ciernes, era grande amigo del general y cuando fue al pueblo, visitólo con frecuencia, halagándolo con su labia inagotable, porque el ladino médico pretendía asegurarse de antemano la protección del influyente veterano para medrar en el aldeorrio y su distrito, cuando de ello fuera tiempo. Cierta día, en que Florencio se hallaba de visita en casa del general, hablóse de los dátiles famosos de don Faustino y de su prodigiosa palmera.

—Si mi palmera diera frutos como la de don Faustino... —decía el general, por único comentario.

—¿Es macho la palmera de usted?, decía Rodil.

—Sí señor, así dicen, porque no da frutos...

— Y no da fruto porque es macho... Estas palmeras, *phaenis dactylifera*, son unisexuadas. Hay las hembras y hay los machos, exactamente

como en las razas animales, pues la hembra necesita que llegue hasta ella el polen del compañero para que sus flores cuajen en frutos. El viento se encarga de ejecutar estos amores a la distancia. Acaso los grandes vientos que suelen soplar en el desierto tienen por principal fin trasladar las semillas masculinas hasta el seno de las flores femeninas... ¿Es curioso, verdad, que estas plantas sean casi como personas?... Entre los árabes esta cópula aérea de las plantas tiene su fiesta especial, su rito noble. En esa fiesta, pasean los devotos en el extremo de largas astas, las flores de la palmera macho, agitándolas al viento como un pendón místico. Así logran que el polen se desprenda más fácilmente; apresuran y aseguran la fecundación de las hembras y hacen la cosecha venidera mucho más copiosa y regalada... Resulta que aquí en el pueblo tienen ustedes nada más que una pareja... Pero le advierto que la palmera no es monógama: un solo macho basta a fecundar muchas hembras. Y como en realidad no sirven para representar otro papel que el de fecundadores, los que plantan palmeras tienen el cuidado de cortar y destruir los machos; y conservan sólo aquellos que extríctamente han menester para que fructifique el plantío... Vea usted... En Venezuela no nos percatamos nunca de lo que nos pudiera convenir, sino...

Aquí el estudiantón se exployó en una serie de lugares comunes sobre la agricultura precaria del país, las declamaciones que todo el mundo repite de coro, como repiten una lección bien sabida los muchachos en la escuela. Pero al general se le había clavado en el pensamiento aquello de las palmeras machos y hembras. En lo más fogoso de su peroración interrumpió al estudiante:

—De modo que según usted las palmeras hembras necesitan un macho en la vecindad para dar fruto...

—Sí señor... En el desierto una palmera puede ser fecundada por un macho muy distante, a causa de que la tierra es allí una planicie igual y los vientos frecuentes pueden trasportar las semillas de las flores masculinas a grandes distancias... Pero en terrenos de otra clase se necesita que estén más próximas.

—Entonces, ¿cree usted que sin mi palmera, la de don Faustino no podría dar esos dátiles tan sabrosos?

—No daría dátiles de ninguna clase: porque es imposible que las brisas del Caribe traigan hasta aquí polen. Las islas están muy distantes; y en ellas no abundan ciertamente los dátiles. Del lado de la tierra no es posible que le lleguen por encima de la montaña. Sería un milagro que la palmera de don Faustino diera dátiles si usted no tuviera aquí la suya. El viento del mar le lleva el polen a don Faustino hasta su propia casa.

—Pues entonces, tanta parte tengo yo en sus dátiles como él mismo. Los hijos no son exclusivamente de la madre: pertenecen igualmente a la madre y al padre... Yo tengo perfecto derecho para reclamar de don Faustino mi porción en cada cosecha. ¿No le parece a usted?...

Al estudiante lo entusiasmó la idea.

—Es lo más natural y lógico del mundo... Si usted corta su palmera, don Faustino no tendrá más dátiles... Así pues, es natural que comparta con usted los frutos de cada cosecha.

Quedó decidido que el general reclamaría de don Faustino una repartición tan justa.

Y fue entonces cuando pudo verse el amor que don Faustino le profesaba a la magnífica palma de su huerta. Se mostró indignado cuando el general le habló de sus derechos a la mitad de los dátiles.

—No señor... Esas serían triquiñuelas y picardías de aquel Florencio Rodil. ¡Qué iba a necesitar su palmera de la del general para producir sus dátiles!... Esas eran bromas impropias de hombres serios. Y él no partiría su cosecha con nadie, puesto que su árbol le pertenecía y por lo tanto los frutos que daba eran exclusivamente suyos.

El general era hombre testarudo en quien los deseos solían tomar cuerpo de obstinación; y su capricho de poseer la mitad de los dátiles, asesorado por el maleante bachiller, era uno de esos caprichos inquebrantables que no ceden ante obstáculo ninguno, y cuya contradicción sólo sirven para exaltarlos y convertirlos en ansia frenética. Entre los dos viejos ocurrió una escena desagradable. El general, conciliador y convincente al principio, hubo de indignarse al fin ante la pertinaz y dura resistencia de su contrincante. Le había expuesto en el tono más elocuente de que era capaz y del modo más claro que supo, cuanto a él mismo explicara Rodil.

—Porque yo podría cortar mi palma, y entonces no tendría usted dátiles. Su palmera se quedaría estéril por falta de marido... Y como no sea por obra y gracia del Espíritu Santo... y ya el tiempo de los milagros se acabó...

—Cuentos, cuentos, nada más. Se ha dejado engatusar usted... Corte su árbol que bien tranquilo me quedaré yo. Y con la certeza de que nada sufrirá con eso el mío... Puede usted hacerlo y está en su derecho.

—Lo cortaré, ¿no lo cree usted? Lo cortaré ahora mismo, ahora que van a florecer ambas... y ya verá usted si tiene dátiles este año.

Tal como lo prometió, lo hizo el viejo. El hacha mordió el tronco y la garrida palma vino a tierra. El general la contempló con satisfacción.

—Ya veremos a ese viejo bruto convencido de que yo tenía razón.

Y miraba hacia allá arriba, hacia la casa de don Faustino con una mirada de regocijo rencoroso.

Pasaron días, y la enemistad nacida de aquel fútil incidente iba acrecentándose con el alimento de los comentarios, que todas las lenguas desocupadas del pueblo hacían de las pretensiones del general y de la vehementemente determinación de don Faustino. Había hasta sus dos partidos, pues unos aseguraban que la palmera daría como siempre sus dátiles en abundante copia y con sabor más que nunca exquisito, y los otros juraban que la palmera no solamente se quedaría estéril como una monja en la soledad del cenobio sino que privada de su distante compañero se secaría no muy tarde, exhausta de savia. Esto último colmaba la medida de la cólera de don Faustino, el cual principiaba a sentir cierta zozobra secreta y recelos vagos, pensando que bien podría resultar verdadero en último caso, lo que le habían predicho. Pero se mostraba indiferente con altanería ante la acción del general, como si se le importase un bledo todo aquello; y no quería que le hablaran ni una palabra acerca del acerbo asunto.

El altercado y la cólera de los dos viejos vinieron a rebotar sobre Rafael y María. El abuelo salió del silencio indulgente y de la ignorancia que aparentaba, para prohibirle a la joven que viera a Rafael ni pensara en amoríos con el hijo de “aquel bruto”; y el general, entre injurias a don Faustino y votos redondos, amonestó a Rafael, aconsejándole y advirtiéndole que no era conveniente que siguiera en trapicheos y martelos con la nieta de “aquel

viejo imbécil”, pues aunque ella no tenía la culpa de la estupidez inaudita de su abuelo, él no toleraría que el otro pretendiera humillarlo.

Los enamorados hubieron de recurrir entonces a mil estratagemas para comunicarse. Cartas, breves entrevistas, y otras trazas inocentes, todo a hurto de los dos enconados y flamantes enemigos. Y así corrieron los días sobre el pueblo caluroso y la comedia que en él se desarrollaba.

Pero al fin llegó un día en que don Faustino hubo de convencerse con angustia y desesperación de su alma, de que el general había tenido razón en sus pronósticos. La palmera había venido floreciendo lozana y vigorosamente, como todos los años. Pero una mañana don Faustino, que contemplaba todos los días aquel árbol de su adoración con encanto moroso, como un enamorado a su querida, encontró en el suelo, al pie de la palmera, ocho, diez, doce flores, que empezaban a marchitarse y se habían desprendido del alto racimo. Con inquietud las recogió, las escudriño con atención como si buscara en ellas la cifra de un enigma, las ocultó con cuidado en su faltriquera y dio vueltas en torno del árbol, examinándole la copa con atención. Todo aquel día anduvo desasosegado por la casa y de vez en cuando volvía a contemplar el árbol.

La palmera lloraba. La palmera lloraba como una viuda verdadera, con el llanto de sus flores inútiles. La palmera lloraba. Cada vez que una ráfaga de brisa marina, caliente y cordial, pasaba acariciándola con su beso enervante, con aquel beso que era antes mensajero de amor, cálido lazo de ventura, el árbol entregaba al soplo de la brisa algunas de sus flores perdidas. En el aire cristalino de luz descendían las flores con revoloteos de mariposas difuntas. Y todo ese día, y en los días siguientes, la palmera solitaria prosiguió su lloro de flores, silencioso, lento, tristísimo, hasta que de los racimos florales que adornaban su copa como galas de novia y promesa de júbilo, no quedó una sola flor raquítica; y el árbol esbelto pareció envolverse en una desolación sempiterna bajo el cielo azul, ante el noble mar que antes le enviara, con cada uno de sus soplos, un mensaje de su compañero desaparecido.

Entonces fue cuando la ira se tornó en frenesí en el corazón de don Faustino. ¡Aquel asesino, aquel forajido, aquel bribón acostumbrado antaño a las malas fechorías de la guerra, había abusado de él destruyendo

e inutilizando su palmera! ¿No era una acción inicua y cobarde destruir así por el gusto de hacer el mal, una fuente de bien, una de las cosas que formaban el encanto de los últimos días de su vida? En realidad no pensaba que él había tenido su parte de culpa, por no acceder al reclamo del general. Para él toda la culpa de aquella desdicha –porque lo sentía como una inmensa desdicha–, la tenía aquel protervo.

Los novios, por su parte, habían sentido crecer su amor y arraigarse hondo, con las dificultades y obstáculos que a él se oponían. Pero con el desencanto final de don Faustino, su animadversión hacia Rafael, reflejo de la que profesaba al general, se convirtió en odio franco y violento; y el general, a su vez, pensaba en los medios de ponerles coto a los jóvenes en su pasión. Su astucia de hombre de experiencia le sugirió uno eficaz. Hasta entonces había pensado en conservar a su lado a Rafael; pero desde aquel día comenzó a insinuarle la conveniencia de que fuera a proseguir estudios en Caracas, el sueño dorado de todos los muchachos de provincia.

—No quiero que te quedes aquí en este pueblo salvaje, bestializándote, en la compañía de esta piara inmundada... Creo que mejor sería que fueras a Caracas... ¿No me decías antes a cada rato que te tiraba el derecho y que lo estudiarías gustoso? Lo mejor que puedes hacer es eso... Así adquieres una buena arma para abrirte camino pronto... Tengo buenas relaciones en Caracas y es seguro que llegarás a donde quieras...

El muchacho opuso dificultades y quiso excusarse de varias maneras. Pero el viejo sagaz y penetrante le cerró todas las salidas. ¿Por un simple amorío iba a perder todo el porvenir de su vida? No parecían sino ocurrencias del imbécil más infeliz...

Después de haberle prometido a María con juramentos de profunda sinceridad no olvidarla jamás mientras alentara en la vida, y de habérselo prometido también a sí mismo con juramentos de juvenil e ingenuo ardor, Rafael partió una tarde. Desde el balcón de su casa María estuvo viendo cómo se alejaba por el mar azul y dorado, la goleta en que se iba...

* * *

Primero fue él asiduo y ardiente como verdadero enamorado. Poco a poco la asiduidad y el ardor se disminuyeron. Pretextaba, para este enfriamiento gradual, mil ocupaciones, los estudios, los exámenes y otras tantas cosas verdaderas, que no eran las que le impedían ser el de antaño. María esperaba confiada y ciega, reservando su amor en el fondo del pecho como un tesoro inapreciable y seguro. Jamás dudó un minuto de la buena fe de su novio ni de la constancia de su amor; y cuando él cesó de escribirla, ella continuó en su confianza ciega y cada vez que tenía noticias de un triunfo suyo, el corazón se le regocijaba, como un pájaro en una mañana de primavera. El joven progresaba rápidamente en posición y fama. Entraba en la política con elásticos pasos, como un tigre en su selva y sabía ambicionar y no tenía escrúpulos y sabía seducir. Era un “vivo”. Todos auguraban que iría muy lejos.

Pero un día la noticia era concluyente como una puñalada. Rafael se casaba. El palacio de los sueños dichosos, ya maltrecho en el alma de María, se derrumbó de súbito con un estrépito sordo. Y en su alma se instaló desde entonces cual un huésped frío y grave, la eterna tristeza.

Por las tardes, cuya melancolía evoca con su rostro grave y mustio, María se sienta al pie de la palmera solitaria, a gustar a solas el manjar de sus sueños difuntos. Sin esperanza, sin ilusiones, con una desesperación seria y helada, contempla su pasado, su historia de amores y mira hoy su existencia vacía y negra bajo las tardes iguales a las de tiempos mejores, bajo la palmera que se erige hacia el cielo impasible en una rigidez de viuda –como su alma...

LA DICHA DE JULIA

ESTE CUENTO me lo contó un amigo que gusta de fantasear —a veces con desparpajo irónico— acerca de todos los temas. Pero no obstante, él me aseguró con seriedad que había ocurrido tal como me lo narraba.

—En una de nuestras ciudades del interior vivía un hombre joven, rico, excéntrico, que había viajado mucho y que no encontró nunca ni en viajes, ni en placeres, ni en vicios, remedio al aburrimiento que le emponzoñaba el corazón como un veneno mortal. Había despilfarrado buena parte de su fortuna en la vida desordenada e inquieta de los placeres; mas ni en las horas del aturdimiento de la orgía disipábase la nube de fastidio y tristeza que nublaba su vida como una maldición. Lo cierto es que sus amigos y familiares no lo creían sano del cerebro y suponían que aquella persistente murria provenía de algún desequilibrio nervioso. Algo de ello puede barruntarse por su mismo fin trágico, inesperado y misterioso sino es para muy contadas personas de mi pueblo.

Cierto día amaneció acostado en su lecho con las sienas perforadas por una bala. Dejó escritas varias cartas, entre ellas una en que aseguraba que no podía tolerar el peso de la vida sin el amor de Julia Andral, cuyos desdenes no lograra vencer nunca. Esto produjo, más que extrañeza, estupor en todos cuantos conocían al suicida y a la propia Julia.

Era ésta, en efecto, un verdadero tipo de belleza criolla, esbelta, elegante, de ojos magníficos y opulenta cabellera sombría. Pasaba por ser una de las más hermosas mujeres de la población. A las gracias y encantos de su cuerpo armonioso y robusto juntaba, para complemento de seducción, los encantos y gracias del espíritu: era discreta, entendida e

ingeniosa y de conducta seguramente irreprochable. Como ves, una verdadera joya de señorita.

Con todo esto, supondrás que Julia sería asediada por multitud de pretendientes y que los hombres se disputarían su amor, como si fuera tesoro incalculable. Pues nada de eso. Ocurríale a Julia como a algunas mujeres de quienes las mismas perfecciones de la belleza y el mismo brillo de la inteligencia parece como si apartaran a los hombres, infundiéndoles recelos, miedo, no sé qué... Seguramente habrás conocido algunas mujeres hermosísimas y virtuosas a quienes ocurre esto mismo que a Julia acontecía.

Pero lo verdaderamente extraño del caso era que jamás en el pueblo, donde estas intrigas no se conservan secretas veinticuatro horas, nadie había sospechado —ni materialmente podía sospecharlo— que el suicida estuviera tan profundamente enamorado de Julia. Sabíase sólo que eran compañeros de la infancia y que se trataban con mucha confianza y afecto; pero siempre como buenos amigos casi fraternales, nunca como enamorados ni novios.

Además del papel en que el muerto afirmaba que se arrancaba la vida a causa de los rigores e indiferencias de Julia, dejó escritas algunas cartas para dos o tres amigos íntimos, y además una, cuidadosamente lacrada y sellada para la misma Julia. Nadie logró enterarse del contenido de este pliego; y ella sólo dijo que lamentaba la muerte de aquel buen amigo; pero que nunca imaginó que el amor y la desesperación pudieran arrebatarse el ánimo hasta lograr que se diera la muerte. El suceso, como ocurre en toda población pequeña, tuvo extraordinaria resonancia y los comentarios fueron diversos y contradictorios. La verdad de lo sucedido sólo la supimos tres o cuatro personas; pero la memoria del muerto nos obligó siempre a guardar silencio irrompible.

Julia pareció en los primeros días conmovida y apesadumbrada por la muerte de su amigo; mas a poco su vida siguió el mismo curso de siempre: asistía a tertulias, oía por los domingos la misa de gala, a que concurren solteras que buscan maridos y novias que van a dejarse ver y aun a hablar con sus galanes. Su luto fue bastante efímero. Parecía haberse olvidado del pobre muerto que dormía para siempre allá a lo lejos, bajo los tristes cipreses

del camposanto. Su belleza parecía culminar en aquellos días, tornándose más fresca, luminosa y espléndida, bien como si fuera un rosal al que un riego de sangre hubiera comunicado nuevo vigor y hermosura.

Y entonces ocurrió un curioso fenómeno que nos dejó a muchos atónitos y desconcertados. Aquella hermosura a quien todos admirábamos antes, pero a quien nadie acudía lleno de amor, fue de pronto circuida por un verdadero enjambre de pretendientes. Como si de pronto los hombres hubieran descubierto en ella atractivos y virtudes que no descubrieron antes. En las reuniones revoloteaban en torno suyo los enamorados suplicantes y humildes; en los bailes todos se disputaban un valse con ella; por la calle la seguían las voraces y ardientes miradas del deseo. Hubo riñas por su causa, y los hombres parecían poseídos por un demonio amoroso en su presencia.

Yo comprendí entonces el espantoso poder sugestivo de la muerte; y cómo y por qué ignorados caminos se une con nexos fortísimos al amor. Comprendí que sin la tragedia del suicida, acaso Julia hubiera visto marchitarse su belleza, amojamarse y envejecer su carne fresca y dulce de virgen casta, sin que las llamas del amor se inclinaran nunca en ímpetu de fuego hacia su esplendor magnífico. Lo que excitaba el deseo de los hombres era cierta curiosidad malsana, algo parecido al vértigo que desquicia la voluntad y nos impele en ciego impulso de muerte hacia los abismos. Parecía como si Julia hubiese adquirido de súbito, por siniestra virtud de la sangre que por ella se había derramado, un hechizo de fatalidad irresistible, una oscura y poderosa fuerza de seducción. Yo mismo, a quien no podía turbar el hechizo, como verás luego, me maravillaba de aquella transformación evidente e inexplicable. Tal vez sucedería, imagino, que ella, al dar en la cuenta del dominio que ejercía sobre los hombres, al sentirse deseada, al verse cortejada, cuando antes nadie paraba mientes en su belleza sino para admirarla de lejos como se admira el esplendor de la luna, altísima y fría, desplegó entonces todos esos mil recursos de fascinación que la mujer posee y que antes o no había comprendido, o quizás había desdeñado por inútiles. Sin recurrir a las coqueterías llamativas y ostentosas de las mujeres livianas, supo usar esos innumerables y menudos pormenores con que las mujeres, aun las más honestas, saben turbar

el corazón y la carne del hombre, soliviantando las fuerzas del instinto. Lo más probable es que unas y otras razones concurrirían a transformar la helada beldad de otros días, en imán violento que atraía todas las pasiones, por quien se cometieron muchas locuras y sandeces.

Al principio ella no demostró hacer caso de los obsequios de nadie. Aunque sembraba a su paso la fiebre de los deseos, permanecía incontrastablemente altiva, orgullosa como una princesa, encastillada en la torre de su hermosura. Pero al cabo de algunos meses principióse a susurrar que el corazón de Julia se ablandaba, que amaba a un su pariente, muchacho simpático y rico, aunque un tanto necio. La noticia sorprendió un tanto a la gente, la cual no comprendía bien cómo Julia se resolvía a elegir en su corte de adoradores a aquel mozo, antes que a otro cualquiera de los excelentes partidos que se le ofrecían.

El hecho es que el de los amores resultó cierto; y que el matrimonio se efectuó a poco. Julia parecía radiante de júbilo en sus bodas, mucho más radiante que el propio esposo, a quien muchos mirarían de seguro con las entrañas devoradas por la envidia y los celos.

Lo que quiero explicarte ahora es el secreto de todo lo acontecido. Desde el principio estaba yo al cabo de lo que sucedía, pero cuantos conocemos la clave del misterio lo hemos sabido guardar rigurosamente.

Nuestro amigo no amaba a Julia, como decía en su última carta. Fue ésta una mentira piadosa que le inspiró su inteligencia sutil y su experiencia de hombre de mundo.

Solo y hastiado, como ya te dije, en un momento de negra melancolía, convencido de la inutilidad de vivir, convencido de que llevaba en la sangre el veneno de esa fría y amarga desesperación espontánea que no tolera una hora de paz ni un día de luz, resolvió apelar al suicidio como único remedio de sus males. Había vivido cuanto se puede vivir; había derrochado el oro; conocido la amargura de la carne harta, que infunde un insensato vacío en el corazón; había apurado la copa de todos los vinos: desde el vino de fuego de la crápula hasta el vino de los deleites espirituales; y de todas las embriagueces había salido con el alma más entumecida y el cuerpo más cansado. ¿A qué vivir entonces? Tal era en suma lo que nos comunicaba en sus cartas.

Pero no quería marcharse de la vida sin hacer algunos bienes, él que tantos males había hecho. En aquellas cartas nos suplicaba que nos encargáramos de practicar algunas obras de caridad; y entre otras, la mayor y la más bella de todas, sellando nuestros labios y para siempre acerca de los motivos del suicidio.

Él quería profundamente, con afecto fraternal y puro, a Julia, con quien había jugado de niño, a cuyo lado habían discurrido los días de su infancia, los únicos días dichosos de su existencia. Habíase acostumbrado a considerarla como a una hermana bondadosa, fiel y leal, que siempre se dolió de sus extravíos y de sus penas. Pero nunca fue aquello amarla de amores. A su lado permanecía indiferente, como les pasaba a todos los hombres. Propiamente nunca se había fijado en su belleza. La quería porque era buena, y acaso también por hábito.

Y Julia le había comunicado a él solo el secreto de su corazón. Julia estaba desesperadamente enamorada de un primo de ella, un muchacho simpático y medio tonto que nunca había sabido descubrir que era amado por aquel corazón puro y bellísimo. Su mentira piadosa convertiría hacia la hermosura de Julia las miradas de aquel hombre y con un poco de habilidad por parte del ella caerían las costras de ceguera que tapaban los ojos del estólido y sin duda Julia alcanzaría la dicha que anhelaba.

Y como lo pensó y lo pronosticó, exactamente asimismo avinieron los sucesos. Pero Julia estaba también en el secreto de la piadosa mentira por medio de la cual aquel hombre que la había amado con pureza de corazón quiso hacer su ventura y conquistar para sus nupcias al hombre a quien ella adoraba. De la muerte sangrienta brotó la rosa fragante y divina del deseo de la vida; y es con temblores de agradecimiento en el corazón como Julia, hoy dichosa, cuya vida se desliza en dulce paz de amores, se postra en el viejo camposanto a regar flores sobre el túmulo en que duermen para siempre los despojos del hombre que supo hacerla feliz.

SOBREMESA DE NAVIDAD

EL INVITADO más viejo, hombre entrecano que sonreía a la cháchara de sus compañeros, con asentimiento de tolerancia melancólica, rompió de repente el silencio final de la cena, apartando de sí su plato, y diciendo con lenta voz de cansancio, no obstante que las copas habían sido apuradas con frecuencia durante el festín:

—Yo he visto con mis propios ojos un sucedido extraño, cuando era muy joven. Es una cosa sencilla, que no mueve a risa ni a contento, como las que ustedes han contado y que me han hecho reír o me han llenado de buena alegría. Fue una cosa sencilla y curiosa al mismo tiempo.

Los comensales callaban, atentos, enseriándose, porque era el decano de la casa, porque tenía mayor sueldo, porque entre todos ellos, empleados exóticos de un fuerte comercio caraqueño, él poseía el mando, puesto que teniendo familia en Caracas había accedido a presidir el banquete con que sus compañeros y subalternos de otros pueblos, muchachos aventureros o desarraigados que celebraban el nacimiento de Jesús...

—Ni es para tomarlo muy en serio, porque en este momento un cuento serio resultaría tan abominable y odioso como un aguafiestas. Pero tal como lo ví voy a contárselos...

Era yo niño, muy niño aún, y por eso mismo el recuerdo indeleble de aquello tiene mayor profundidad. Cuando uno es muchacho e inocente, resbalan sobre su espíritu las impresiones como el agua de las lluvias sobre las estatuas y los monumentos que demoran a la intemperie, en las plazas públicas, sin penetrarlos. Pero esto que les cuento penetró en

mí como un ácido corrosivo, cuyos estragos perduran en el metal de la estatua más sólida.

Yo lo conocía de antaño. Era panadero, y yo, por aquella época aprendiz de una panadería. No recuerdo su nombre. Para lo que sobrevenga en el cuento lo llamaremos Augusto... que así es mi nombre. Era el empleado más formal de la casa. Sin un solo vicio, puntual, atento, exclusivamente consagrado a cumplir con las obligaciones de su empleo y a atender a su vieja madre, baldada y ciega. En la casa disfrutaba de esa confianza que los patrones inteligentes depositan en los seres a quienes saben incapaces de menoscabar en lo mínimo el rendimiento de sus negocios. Porque Augusto procedía en efecto como si fuera un “socio de la casa”. Cosa que a él no le gustara, a regañar; cosa que él no viera claro, a que el patrón la viera con sus ojos de patrón; zahoríes, ojos que no pueden equivocarse nunca. Era el coco de todos y amigo de todos porque pedía de todos aquella misma consagración suya a sus deberes. Pero por lo general no era querido. Cuando él lanzaba uno de sus gritos de mando, los obreros se apresuraban a cumplirlo; pero nunca de buena gana, ni menos dispuestos a excederse en la rapidez ni en la eficacia.

Hacían lo que se les ordenaba, y nada más, porque sabían que si la falta les podía acarrear reproches y multas la diligencia no les traería premios. Por la madrugada besaba el rostro frío e indiferente de su madre, y se echaba a dormir hasta las primeras horas de la tarde, ya avanzada. Se marchaba entonces a su trabajo, después que acostaba la anciana ciega y baldada, único amor suyo sobre la tierra.

Era alto, fuerte, un poco encorvado de espaldas a pesar de su juventud y tenía unos ojos de pena resignada, espantosos, por lo menos según el efecto que producían en mí, pues, como ya les dije, yo era entonces un chiquillo aprendiz que correteaba por todas partes, sin servir para nada. Precisamente debido a mis picardigüelas y desmanes reiterados, había ordenado mi padre que me retuvieran en la panadería hasta pasadas las once de la noche; y como debía estar en mi casa antes de las once y media, so pena de azotes, y no blandos ni breves, era obvio que yo me portaría bien aquel veinticuatro de diciembre. Debido a la orden de mi padre fue como presencié el caso.

Para aquella noche habían preparado, los empleados todos de la panadería que quedaban libres, y eran los más, y que no tenían familia en la ciudad, o que si la tenían daban preferencia a la parranda callejera, una cena que debía resultar maravillosa, dado el escote relativamente exorbitante a que se habían sometido. Un delegado especial de los empleados se allegó a Augusto con maneras diplomáticas, a manifestarle el deseo de “que su muy digna persona honrara con su presencia a aquel banquete”, con la exención consiguiente de la cuota. Augusto prometió asistir y realmente asistió.

La cena era para las diez de la noche. Augusto que no tenía nada que hacer ese día “en la casa” durmió durante el día, se levantó a la hora de costumbre, presenció el primer ronquido de su madre, se puso los trapos de cristianar, y limpio, pintiparado y hasta perfumado se echó a la calle a la hora en que comenzaba su trabajo en la panadería.

Las calles, a esa hora eran ya una barahúnda. Las oleadas de gentes lo mareaban, chocaba con todo el mundo y daba excusas torpes; temía pararse ante los escaparates fulgurantes de las tiendas, temía detenerse. Un pasante lo saludó. Era un compañero de la casa. Iba para casa de la novia, jubiloso, con las dos manos ocupadas con sendos paquetes.

Siguió andando, inquieto. En la plaza Bolívar sonaba música y el ajetreo era mareante. Huyó atolondrado, por una calle adyacente; y de repente, frente a una botillería varias voces lo clamaron:

—¡Augusto!... ¡Augusto!...

Eran tres o cuatro conocidos, que lo invitaban a tomar *whisky and soda* en honor del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Rehusó, atribulado, y prosiguió su ronda por las calles donde el gentío le estorbaba el tráfico y le atronaba los oídos. No era así en el establecimiento.

Y siguió andando hasta que llegó la hora de encaminarse a la casa de la cena. Era la casa de un compañero medio atolondrado, en su concepto, a quien el patrón le había puesto una panadería en un barrio lejano. El creía que aquellas eran preferencias espurias, pero todo el mundo decía que el favorecido era la persona más inteligente de la casa y que el amo hacía bien en favorecerlo y proporcionarle la manera de establecerse por su cuenta. Era el único que favorecía a “la casa”. La casa no debía prodigarse así.

El advenedizo vivía de una manera sorprendente para Augusto. Tenía en su casita de soltero hasta piano, los cuales, como todos saben, sólo sirven para que las niñas de canillas magras aprendan a hacer escalas y a vocalizar, lujo inconcebible.

Entró, fue recibido con agasajo, se sentó. En torno suyo se apresuraban solícitos los compañeros de trabajo, festejándolo, llevándole de aquí para allá, en un mimoso paseo triunfal.

—¡Don Augusto, una copita de Oporto!...

—Don Augusto, no ha visto usted tan linda que estaba la vecina...

—¡Don Augusto, péguese conmigo este palo!...

—Don Augusto, le invito a pasear en coche, por la mañana.

—Don Augusto...

Y lo que puso remate a las tribulaciones y angustias de Augusto fue la aparición de una linda mujer, vestida de seda, risueña, perfumada, benévola, que se inclinó ante él, tendiéndole la mano, que le dijo frases confusas en el recuerdo de él, y en cuyos ojos reverberaba una golosa y amplia alegría de ser mujer y de vivir.

Poco antes de las once de la noche, Augusto, con ojos de loco, vestido de paltó-levita y más apresurado que nunca penetró en el patio del horrendo refugio en que a mí me tenían prisionero, gritando:

—¡Mi delantal!

Creíamos al principio que estaba borracho.

Pero se despojó de su palto-levita, de su chaleco, de su cuello postizo, de su camarita y de su corbata, y con la misma isócrona voz de todos los días se puso a gritar órdenes.

Y así concluyó su tarea inútil de la noche, como si tal cosa, como si no fuera a nacer el Redentor...

Calló el hombre canoso, y todos callaban. Y de súbito, rompiendo aquel silencio, exultantes y frenéticas, las campanas de la Navidad cuyos sonos, como un viento de violenta alegría, pasaban anunciando que había nacido Jesucristo el Redentor...

EL GENERAL

A Rafael Ángel Arráiz

AQUEL RENCOR era viejo y profundo. Entre los dos adversarios, buenos amigos en la juventud, el odio había cavado lentamente un negro pozo de venganzas. El uno, el general Galíndez, jefe de una facción en la provincia, era un indio rústico y gallardo, de prodigioso valor, manchado con frecuencia por crueldades y crímenes. Salido de no se sabe qué ranchería o hato ignorado había ido encaramándose poco a poco, por los peldaños de sus valentía, de sus hazañas y de su espléndida liberalidad, hasta el vértice de la adoración en que sus partidarios le tenían. Cohonestábase su crueldad so la capa atrayente de la energía; y sus amigos juraban que era el hombre más sano y mejor intencionado del mundo, el hombre que junto con la buena intención poseía la dosis de voluntad suficiente para dominar quisquillas locales y sobreponerse al interés de las banderías. Su contendor, el doctor y general Perdomo, era casi el polo opuesto. Hombre apacible en apariencia y tan mañero como díscolo y violento parecía Galíndez. Perdomo había cursado Derecho en la Universidad de Caracas, había hecho un viaje por Europa, asistido al Congreso y pronunciado en él discursos elegantes. Figuraba entre lo “escogido” de la sociedad de su provincia; estaba enlazado con vínculos de parentesco, por su esposa, con las más honorables reliquias “godas” de su tierra; y todos, aun algunos de sus enemigos, acataban su cultura, y confesaban, si no era algún intransigente exasperado en sus pasiones políticas, que Perdomo era un caballero muy capaz de dirigir el gobierno de la provincia con buen tino. Sin embargo, los “galindistas” tachábanle de “patiquín” y de hipócrita. Para desvanecer lo primero no habían bastado las campañas en que dio

pruebas hermosas de coraje, porque siempre atribuían sus victorias a alguno de sus tenientes. Lo segundo lo confirmaban sus enemigos trayendo a cuenta la fiesta anual que el señor general y doctor, a quien todos sabían incrédulo, celebraba en honor de una Virgen, famosa en la propia provincia y en las alledañas, por sus milagros inauditos. Pero entre los dos adversarios mismos, el odio era muchísimo más fuerte que entre sus amigos y partidarios. Cada vez que ocurría una guerra, los dos se hallaban en los sendos bandos enemigos. Y cuando era Perdomo el que mandaba en la provincia, los amigos de Galíndez habían de andar a salto de mata, corriendo todo linaje de riesgos, tanto sus personas como sus familias y haciendas. Y lo propio les acontecía a los del bando de Perdomo cuando el imperante era el brusco y truculento general. De este modo, la deuda que recíprocamente tenían que colmarse los dos en sangre y en lágrimas, iba acrecentándose, en vez de disminuirse, con las constantes agresiones, partidas ya de uno, ya de otro de los contrincantes.

El Doctor, como todo el mundo lo llamaba en la ciudad, era casado y con varios hijos. Frisaba ya con los cincuenta y el último vástago de su prole, Luís, contaba apenas cuatro años. El general era célibe empedernido. Habiendo corrido bastantes aventuras amorosas, logradas muchas con su presencia imperiosa y gallarda, otras por obra de su prestigio de guerrero afortunado y sanguinario, que influye tanto en ciertas mujeres, no había logrado nunca sucesión. Decía que por ese motivo no contrajera, ni contraería jamás matrimonio. Entregado por completo, además, a sus sueños ambiciosos, que eran grandes, como los de todas aquellas personas en las cuales la pobre raza aborigen cree poder tomar el desquite de sus viejos dominadores, no tenía espacio para consagrar su esperanza y sus sueños a la vida doméstica. Era como un árbol solitario en medio de sus amigos, numerosos y fervientes, a los cuales solía aconsejar con malicia cariñosa, que multiplicaran su prole a tiempo, de manera que pudiera él utilizarla para el triunfo de sus propósitos. En su cruel ingenuidad primitiva no comprendía de seguro la atrocidad encerrada en estos términos de guerrero ambicioso; y es muy probable que no conociera la invocación del Emperador francés a la lujuria de sus buenos súbditos de París.

En aquel tiempo, el presidente de la República, hombre conciliador y político sagaz, se empeñaba con buenas maneras en efectuar la consolidación de su poder absoluto, debilitando y destruyendo toda facción poderosa que pudiera perturbar sus planes en las provincias. El general Galíndez había sido nombrado comandante de las armas en el Estado, y el doctor Perdomo tenía un cargo más honorífico que lucrativo, pero en el cual podía mantenerse, si no contento, tranquilo. En efecto, el cargo de su adversario era tan honorífico como el suyo, pero ninguno de los dos pesaba gran cosa en la política. El presidente del Estado era oriundo de otra provincia, ni tenía conocimiento minucioso de los anhelos y rencillas que en torno suyo bullían, ni menos estaba interesado en el predominio de ninguno de los partidos, sino más bien, según las instrucciones de Caracas, empeñado en anonadarlos poco a poco, hasta destruir todo germen de división, grescas y enconos en el Estado. Galíndez se avenía a su papel secundario de jefe de fuerzas que casi no existían, creyendo que su contendor estaba aún en condiciones peores que las suyas. Y Perdomo no chistaba, acomodándose al arreglo, por temor de perder, si protestaba, hasta el modo de poder influir vagamente en las cosas de su terruño. Uno y otro seguían odiándose encarnizadamente, haciéndole la corte al presidente y preparándose, cada quien a su modo, a echarle al otro la zancadilla, en cuanto ocurriera favorable coyuntura. Por fortuna el presidente era ladino, y los engañaba a ambos con dulzura y buenas palabras, inclinándose ya al uno, ya al otro, según conviniera al mejor y más estable equilibrio de sus propios intereses.

* * *

Galíndez vivía en el único cuartel de la ciudad, en medio de sus soldados, soñando con hermosas campañas próximas, con inverosímiles proezas, y con adquirir en breve plazo la supremacía que hacía años no lograra. Todos los días sentábase a las puertas de su cuartel a departir con oficiales y amigos, cuando caía la tarde y el calor sofocante iba refrescándose con las brisas que llegaban desde el mar, a través de las praderas ubérrimas e incultas.

En una de esas tardes en que Galíndez tomaba el fresco, acompañado sólo por un capitán de sus fuerzas, a las puertas de su cuartel, pasó por la calle un niño conducido de la mano por una criada. El niño parecía vivaracho y alegre como un pájaro. De grandes ojos negros, melenas castañas que le circuían el rostro rosado y blanco, como un nimbo dulce, iba conversando con la niñera a grandes voces.

—Yo también, cuando sea grande, compraré un fusil... ¡pam!... y una espada...

A Galíndez lo encantó la plática del chico, su frescura, la vivacidad de sus grandes ojos inocentes.

—¡Ven acá, lindo!... ¿Tú quieres una espada y un fusil?... Ven acá...

El chico se lo quedó viendo con sus hermosos ojos, un poco cortado ante aquel gran señor, de traje con botones dorados y grandes barbas grises. Miró a la sirvienta como para pedir consejo y encontró que la sirvienta sonreía. Entonces se acercó a aquel señor membrudo y barbado, que seguía llamándolo con epítetos cariñosos. El general lo sentó en sus rodillas, le hizo mil preguntas, lo agasajó, le regaló dulces y le ofreció comprarle un bonito sable si se portaba con él como buen amigo. El niño estaba encantado, y cuando, al despedirse, Galíndez le pidió un beso, agarróse de las luengas barbas grises y plantó uno, sonoro y claro, en la bronceada mejilla del soldado.

Cuando se marchaban, el general, que se había levantado a acompañar unos pasos al chiquillo, haciéndole lagoterías, preguntó a la criada:

—¿De quién es Luisito?

—Es hijo del doctor Perdomo...

El general se inmutó por el pronto, mas recobrándose al punto, preguntó de nuevo:

—¿Sabes quién soy yo?

—El general Galíndez.

—Pues bien, no dirás que yo he agasajado a Luisito... Tal vez sería eso mal visto por sus padres... Cállate y yo te recompensaré bien.

Se fueron, y Galíndez se quedó viendo al niño, que alegre y parlanchín se alejaba dejando flotar a la brisa fresca de la tarde sus melenas oscuras.

Desde aquel día la amistad entre Luisito y el general fue estrechándose. El niño gustaba de aquel Hércules membrudo y canoso, de adusta fisonomía, que al mirarlo se le iluminaba con el destello de un sereno júbilo interior. Gustaba sobre todo de sus regalos continuos y numerosos. Todos los días, Galíndez lo esperaba con un nuevo juguete. Y como a veces, por malicia, el general no le ofreciera nada, él ya acostumbrado al presente, lo reclamaba con su candidez adorable:

—Mira, Julián, Julianón, ¿qué me vas a dar?...

Y le registraba los bolsillos con una curiosidad ardiente de niño impaciente, en busca de su juguete. Al fin se amoscaba:

—Tú eres malo... ¡Yo no te quiero!...

Entonces el guerrero lo cogía en sus brazos, se lo comía a besos, lo lanzaba en el aire aparándolo en sus bastas manos toscas, y haciéndole cosquillas, hasta ponerlo a chillar, entre risas, como un desesperado. Y en seguida le presentaba su regalo, lo cual producía una explosión de alborozo en Luisito. La criada, bien pagada por Galíndez, no decía una palabra de esto en casa de Perdomo. Atribuía los juguetes que a Luisito regalaban, ya a un pariente, ya a la tía Brígida, una solterona agría que vivía en las afueras de la ciudad y a quien nadie veía nunca porque era una suerte de ogrera malévola, ya a alguno de los numerosos amigos de Perdomo. En la casa a nadie le parecía extraño esto, acostumbrados como estaban a que los miembros de la familia recibieran las pruebas del cariño y del respeto al jefe.

Galíndez era el que había descubierto en el niño un manantial fresco y puro de amor. Sin haber disfrutado nunca de los placeres de padre, aquel hombre rudo se acercaba a Luisito con una especie de adoración temblorosa y entrañable. Poco a poco llegó a querer al niño como si fuera su propio hijo y su pensamiento cariñoso estaba de continuo puesto en él. Inquietábalo sólo el pensar que acaso algún día descubriera Perdomo aquella amistad clandestina, y su odio se interpusiera, invencible, entre el hijo y el enemigo.

* * *

Aquella tarde llegó a su casa Luisito vestido de general, gracioso bajo su kepis floreado, dentro del uniforme lleno de alamares rútilos y de charreteras arrogantes, con su espadil, al cinto. A las preguntas de la madre, la criada respondió tranquila que la tía Brígida le había mandado hacer aquel uniforme a Luisito, para el día de su santo. La madre se quedó encantada contemplando al niño, orgulloso con su equipo militar:

—¡Lindo!... ¿Conque has sabido embrujar a la tía Brígida que es tan huraña ?... Es verdad que ¿quién no se queda embelesado con este dios?...

Todos admiraron aún más que la belleza del uniforme del chico, la esplendidez inusitada de la tía Brígida. Perdomo se quedó asombrado:

—No hay duda que es chochez... En fin, menos mal que la tome por engalanar a Luis...

Pero aquella alegría fue efímera. A la mañana del otro día Luisito, en su cama, se asfixiaba, presa de una fiebre aguda, con la garganta inflamada, los ojos vidriosos, sudoriento, haciendo esfuerzos por recoger un poco de aire en sus pulmones. La difteria traía de la mano a su buena amiga la muerte. Luisito se moría sin remedio. Su agonía fue lenta, angustiosa, tristísima, entre ademanes convulsivos de desesperación, crispaturas de dolor, y los llantos de la madre y de las hermanas, que resonaban como fúnebres adioses... El niño no miraba a nadie, los ojos empañados, la boca entreabierta y estertorosa, que se movía de vez en cuando como con ansias de decir algo. Sólo la criada silenciosa, que asistía llena de lágrimas a su agonía, comprendió que el niño pensaba de seguro en su amigo ausente y que tal vez intentaba murmurar, como implorándole socorro, como pidiendo que lo libertara de las garras que le estrujaban el cuello:

—¡Julián!... Julianón... ¡No seas malo!..

* * *

A mediodía, en la sala mortuoria, donde reinaba un calor sofocante, las moscas sólo interrumpían el silencio con sus tristes zumbidos; y a intervalos llegaba, apagado y ronco, el lamento de la madre, desde la estancia vecina. Unas viejas señoras vestidas de negro cuchicheaban en un rincón

de vez en cuando, con susurros de brujas melancólicas. Perdomo pálido y serio, en medio de sus deudos y amigos, guardaba silencio. En el centro de la sala, todo cubierto de flores blancas, entre blandones de brillo mustio, reposaba Luisito, con las manitas sobre el pecho, como en una plegaria. De repente, dos golpecitos en el portón. Algunos miraron hacia la entrada, distraídos, esperando que apareciera algún conocido, compungiendo el rostro y apercibiéndose al pésame...

Pero en el hueco de la puerta apareció, gigantesco y sombrío, con su cara de bronce empalidecida, trajeado de luto, mudo y serio, con los ojos tristes y enrojecidos, el viejo enemigo de los Perdomo, el general Galíndez. Sin pronunciar una palabra, avanzó erguido y seguro, hasta el blanco féretro que se erguía en medio de la sala, inclinóse a besar con un beso largo y grave la carita del muerto, y en el hondo silencio de la estancia mortuoria, sobre el estupor de los presentes, retumbó de súbito, bronco y húmedo de lágrimas, el sollozo de su vasto pecho de héroe, el sollozo de aquel hombre que no había llorado nunca...

LAS ROSAS

LLOVÍA. Las gotas menudas se deslizaban por el aire, resbalaban por los tejados, inundaban las aceras, con un ritmo de tedio, igual, igual, lánguido y triste. La noche iba cerrando, prematura, bajo el velo gris de la lluvia pertinaz. A lo largo de la avenida se encendían los globos eléctricos. Arrojadas en el manto de agua, turbio y melancólico, las luces parecían enormes perlas de luz entristecida. Ni siquiera en el Oeste perduraba el vago rastro luminoso del crepúsculo. La tarde sólo tenía el brillo húmedo del agua. La calle estaba desierta: era una paz desoladora de angustia y de muerte la que reinaba en el ámbito casi enlutecido. El joven caminaba de prisa bajo los alfilerazos fríos y agudos de la lluvia. Pensaba en cosas tristes, sentía un vacío vasto en torno, algo como si la humanidad, su humanidad –amigos, familia, seres queridos– hubiera huido muy lejos, y lo hubiera dejado solo en un vasto planeta habitado por la sempiterna e incurable tristeza de un día de invierno.

Subió a un carro de tranvía, tosco y feo, que tenía uncidos dos jamelgos héticos cuyas orejas protestaban con sacudimientos nerviosos contra la perenne caricia de la lluvia. Sentóse, desconsolado, junto a un hombre barbudo, envuelto en una cobija, que lo miró con ojos de tranquila ferocidad, como puede mirar un perro de presa a un falderillo cordial. En lo alto una lámpara de kerosén desparramaba fulgores mustios sobre las cabezas de los pasajeros. Una vieja gorda, en el círculo brillante de aquellos fulgores, enseñaba su rostro de manzana podrida, donde brillaban unos ojuelos de malicia y de escrutinio, ojos de bruja benévola o de alcahueta lista. Un silencio pesado y nauseabundo flotaba, como una nueva tristeza,

en lo interior del tranvía. El joven miraba en torno, distraído y caviloso y su tristeza iba agravándose, como una música que se torna cada vez más lenta y angustiosa en un paraje solitario visitado por todos los malos augurios. Contemplaba con melancólico horror la faz de la mujer gorda y el resplandor agudo de aquellos ojillos penetrantes. Pensaba: —¿De qué se forman estas vidas, Dios mío? ¿Qué suma de vulgaridades, de pasiones y de pesadumbres abriga cada uno de estos seres bajo sus apariencias fastidiadas?... Y luego, ante el olor que flotaba en el ambiente, ante aquel vaho vago de cuerpos sucios, de ropas húmedas, de agua, de mugre y de vicios, una invencible repugnancia lo invadía. —¿Qué son? ¿De dónde vienen? Son seguramente animales voraces y ríspidos, las bestias hambrientas de alimentos, de deleites, de bienestar, los seres inmundos y grotescos que he conocido. ¡Cuán felices somos más bien al no saber nada de esas vidas! Seguramente se arrastran como gusanos perezosos por encima de pestilencias y podredumbres... ¿A qué conocerlas?... ¿No basta con las que nos han rozado el alma y nos han marchitado buena cosecha de ilusiones? Yo mismo...

El cochero sacudía la fusta. A lo largo de la acera un hombre corría pegando gritos. Entre la neblina más densa los focos eléctricos lagrimeaban su luz. El tranvía arrancó con un largo chirrido que parecía una queja, y echó a rodar lentamente, calle arriba, bajo la pertinacia monótona de la lluvia. La luz se acostaba con brillos mates sobre los charcos de la calzada y en la superficie tersa de las aceras. El joven proseguía con desgana el curso de sus pensamientos taciturnos: —Andan, se mojan, gritan, se hartan de carne y de pan, beben, se refocilan y sufren. ¡Qué clase de seres que lo aceptan todo con tal de vivir!... ¡Vivir! ¿Qué atractivo maravilloso reside en el vivir que con tal afán de ignominias, de vergüenzas, de dolores, quieren asegurarse ese don, como si fuera precioso y divino?... Hambres, afrentas, tristezas, peligros, humillaciones, todo lo soporta el animal humano con tal de conservar la existencia... ¿Cuántas historias de pena, de lágrimas, de baldón, no ocultarían los pocos seres que se acurrucaban silenciosos en aquellos bancos? Bien hayan los felices capaces de despedirse de la existencia valerosamente, sumergiéndose en la tiniebla de la nada como conquistadores victoriosos. ¿Qué mejor vellocino puede

encontrar la raza humana que ese don de silencio y de permanente paz conquie nos regala el sepulcro? ¿Y qué vale retardar un poco más, un minuto, la espera diaria de la muerte?...

Ante sus ojos prolongábase en una vasta perspectiva siniestra el espectáculo de la vida de aquellos seres que respiraban a su lado, dentro de aquel mugriento carromato, que errabundo sobre los rieles, en el triste crepúsculo, alumbrado por sus tétricas lamparillas de marchitos resplandores, parecía una andante cripta fúnebre. Herido de mal de hastío y de desengaño, sentíase solo, y la amargura de la soledad le subía al pensamiento, como un sabor de acíbar a la boca de un febricitante.

—¡Cómo llueve!... Han hecho bien esos desesperados, al fugarse de esta existencia como prisioneros de su calabozo...

Poco antes escuchara con curiosidad malsana aquellas historias de suicidio que corrían por la ciudad, la crónica macabra que rodaba de boca en boca, que todos comentaban, satisfechos interiormente de vivir aún, cuando muchas personas, mujeres jóvenes y hermosas, hombres fuertes, mancebos a quienes auguraban futuro de oro, resolvían sumergirse de repente en la espelunca de la nada... Hubiérase dicho que los que comentaban los casos, se sentían contentos de no ser aquellos a quienes la fatalidad señaló con su dedo. Aparentaban compunción; y en el fondo sentían cierto alivio, algo como el placer de la tranquilidad bruscamente recobrada, tras una zozobra intensa. ¿No quedaba aplacado con esa serie de sacrificios el dios de los negros destinos? Desde que imperaba aquella lluvia —hacía varios días ya— habíanse sucedido los suicidios con trágica abundancia. Ya el viento del pavor había pasado y todo recobraba su serenidad de costumbre.

Perdíase el pensamiento del joven en limbos abismales de angustia. Su vida ¿cuál objeto tenía? ¿No le había mostrado el camino de su deber aquella niña frágil y bella que supo arrancarse a la vida cuando vio rotas las esperanzas de su cariño, destrozados los nobles motivos que la circundaban dentro de la existencia, como hermosos vallados en flor?

De súbito el tranvía paró. Vuelto en sí, volvióse a mirar. De la acera desprendíase una joven vestida de negro, con las faldas recogidas, que avanzaba a pasos menuditos y rápidos hacia el horrendo carro. Trepó

luego con agilidad juvenil junto a él, saludólo con una inclinación de cabeza y se sentó enfrente, sonreída, rosada por el esfuerzo de la prisa. Miróla entonces curiosamente. Era esbelta, blanca, joven, fresca: su traje negro contribuía acaso a exaltar su frescura de flor, así como la gracia de su sonrisa, una sonrisa superficial, leve, florida, que se exhalaba de su boca como de una flor la fragancia. Tenía los ojos vivaces y húmedos, la nariz arremangada con cierta maliciosa insolencia. Bajo el traje ceñido, elegante, modelábase un cuerpo fino y fuerte de escultura, formas firmes, delicadas, llenas de poderío como las de una Diana cazadora. El busto henchía el corsé como una ola de cosas dulces: rosas, espumas, nieve de carne olorosa. Y llevaba en la mano un ramo de rosas húmedas, hermosísimas y lozanas.

Pensó él primero:

—La primavera vestida de luto. Luego se puso a mirarla con disimulo. Ella se componía el cabello; arreglóse luego las faldas con cuidado meticuloso; y acercó por último el rozagante ramo de flores a su naricilla pizpireta. Aspirando el aroma de las flores entrecerró los ojos tiernos, como al influjo de una larga caricia íntima.

El joven pensaba:

—¿Quién será? ¿Alguna señora que vuelve a su hogar después de una visita en que le regalaron flores? ¿Alguna soltera que regresa de una cita con su novio?

En el círculo de luz mortecina resplandecían los ojuelos agudos de la vieja gorda. El mal pensamiento se le enroscó a la imaginación con una tenacidad constrictora.

—Ha de ser de casa de su amante de donde regresa... Sí: tiene los ojos lánguidos y la alegría y el bienestar irradian de toda ella como el calor de una pira. Y es hermosa en medio de su ventura presente, con sus rosas como un símbolo... Pero ¿por qué ha de venir de una cita de amor?... Seguramente es una enamorada; pero no por eso ha de regresar de una cita de amor...

La vulgaridad de los pasajeros, la tristeza nauseabunda del carromato pesado y ridículo arrastrado por aquellos dos jamelgos dolientes, la melancolía de aquella lluvia tenaz, la tristeza de la noche prematura,

anegada en neblinas, iban desapareciendo poco a poco, para dejar sólo sitio a la linda enlutada y a su ramo de flores.

Las rosas eran espléndidas; rosadas, de una extraordinaria frescura, y de aromas tan intensos que al joven parecióle que lentamente iban invadiendo el tranvía y perfumándolo, convirtiéndolo en una arca de gracia y de finos olores. El hombre de la cobija inmunda parecía hallarse a mil leguas de allí, en una bruma fantástica de recuerdo. La gorda vieja de ojillos picarescos adquiría una fisonomía de beatitud risueña y amable. A los lados de la vía los globos eléctricos tenían una apariencia de rosas de luz prendidas en el velo blanco de la neblina. La joven sonreía sobre sus rosas.

Él seguía mirándola con insistencia, aspirando con los ojos la gracia turbadora y fresca de su belleza; y sus ojos iban desde la flor de su rostro al ramillete de las rosas magníficas, entre cuyos pétalos lucían diminutas gotas de agua, como inquietos ojos vivaces de duendes, que invitaban a la alegría y preludiaban felices sucesos. El olor de las flores, poderoso y dulce, flotaba en el aire como un cántico silencioso, como una invitación callada a la vida, a la voluptuosidad y al amor. Y él pensaba de nuevo, subyugado y convencido:

—Es la primavera...

Pero el luto había ya desaparecido a sus ojos: ya no veía de ella más que los ojos magnéticos, la boca de flor que sonreía, el rostro fresco, y aquel manojo de rosas divinas que aromaban entre sus manos, en el vulgar tranvía, convertido de repente en el altar de la primavera. Y pensó el joven de súbito:

—No debe de ser casada...

Y luego:

—¿Y si lo fuera?...

Los celos le mordieron el corazón con dentellada brava. Sintióse cólerico:

—No, no es, no puede ser... Y aunque fuera...

Su intención iba condensándose en nube de luz. De repente el tranvía paró. La joven saludó de nuevo con sobria inclinación de cabeza y descendió con ligera elegancia. Él se quedó atontecido. Pero de súbito se levantó, se lanzó del tranvía, sobre el suelo húmedo. La silueta de la

joven avanzaba no lejos, graciosa y ondulante. A él parecióle percibir una estela de aromas, como si las rosas fueran dejando a su paso un sendero fragante. Echó a andar tras la mujer con pasos resueltos...

Y a lo lejos, por la calle desierta y fangosa, alejábase la luminaria mortecina y melancólica del tranvía, como una tristeza.

LA CAÍDA DEL JEFE CIVIL

EL CORONEL Unquera andaba muy alarmado, de un lado para otro, en continuo ajeteo. Era el Jefe Civil de Aguasclaras, y al día siguiente, de Epifanía, se aguardaba en el pueblo, capital del Distrito, al general Boliche, “Presidente Constitucional del Estado”. Unquera andaba solícito en prepararle al general un recibimiento espléndido y suntuoso. Su conducta en el tiempo que llevaba de Jefe Civil había sido brutal y desenfrenada, y abrigaba serios temores de que el Presidente lo depusiera al convencerse de alguna de sus innumerables fechorías, cuanto más si en Aguasclaras mismo llegaba a entender sus depredaciones y escándalos.

El programa de los festejos, elaborado por el secretario de la Jefatura Civil, un enano enclenque y patizambo que componía décimas atroces y las declamaba con voz afilada de flauta en todas las fiestas familiares, comprendía desde la cabalgata que iría a recibir al Presidente a cosa de dos leguas del pueblo, hasta la iluminación, fuegos artificiales y retreta de murga improvisada con que despediría Aguasclaras, ebrio de entusiasmo, al día de Reyes y al general Boliche, Presidente Constitucional del Estado. Por más esfuerzos que hizo el Unquera, no logró que el Presidente accediera a asistir al baile. Había resuelto Boliche dormir algunas horas en el pueblo y seguir de madrugada para el Distrito vecino. Hacía lo que suele llamarse “visita oficial”, con premura y de mala gana.

Este tal Boliche era hombre bonachón y llano, sólo que algunos lo tildaban de rijoso. Presidía el Estado más por ambición de sus amigos que por deseos suyos. Todo el mundo sabía que en la guerra era terrible, cauto y astuto como una zorra, cruel como una hiena. El entonces Presidente de la

República necesitaba por su parte apoyarse en Boliche para conservar tranquilo aquel Estado, de suyo voltario y levantisco. Mas en la paz y en la magistratura, la hiena tornábase cordero. Dadivoso y franco, como casi todos los hombres de fortuna, su mayor deseo era que todo el mundo anduviera contento. De los fraudes y violencias de sus subalternos, todos antiguos soldados, él no veía nunca sino lo que dañaba y hería a los demás, nunca a sí propio. Rico de gran riqueza, poderoso y respetado, quería que todos manejaran los tesoros públicos como él podía hacerlo, con manos limpias.

Unquera, por esto mismo, le temía a la visita de Boliche. Venía extorcionando el Distrito con el mayor vilipendio y descaro. Impuestos ilegales y exorbitantes, exacciones brutales, empréstitos forzados, y una conducta “social” detestable. En el pueblo murmuraban. Los cuatro o cinco ricos de la comarca le adulaban, para ampararse de sus brutalidades, pero era detestado por la mayoría del Distrito, y especialmente la clase humilde lo odiaba.

Por aquella época la situación de Aguasclaras y su distrito era de gran miseria. La guerra que se sostuvo por largo tiempo en la comarca fue sobre ella como un riego de llamas, como una verdadera devastación. El pueblo gemía, angustiado, entre fatigas y hambres. Y Unquera había caído sobre el pueblo y sus contornos como una calamidad mayor aún, definitiva. Su rapacidad devoraba con frenesí las migajas que perdonó la furia guerrera.

Por eso andaba Unquera solícito y cuidadoso. Organizó en el pueblo el festival y a la madrugada del día de Reyes, se fue a encontrar a su “jefe y amigo” por la carretera maltrecha. Pero el jefe y amigo no vino. Se había detenido más de lo que quisieran los suyos en un pueblo vecino, seducido por el encanto de una india lánguida y dulce que le negó sus favores. Unquera fue avanzando, desalentado y triste. El general se apareció a la una, a seis leguas de Aguasclaras, con un humor de mil demonios, porque la susodicha india había hecho tanto caso de él como de las estrellas errantes. Unquera se mostró abyecto en vano, porque Boliche no llegó a desarrugar el ceño y apenas le hizo dos o tres preguntas corteses.

A la entrada de Aguasclaras los hombres que Unquera había apostado lanzaban vítores vinosos, a los que hacía eco el silbido y final estrépito

de los cohetes. Las mujeres curiosas asomaban rostros tímidos por las ventanas. Los más del pueblo, silenciosos, contemplaban al Presidente con indiferente mirada. Era de otra comarca y entre ellos apenas tenía el renombre de guerrero bravo y brutal. Era, además, el Presidente, y los tiempos eran duros, y la dureza de los tiempos la achacaban ellos con candorosa lógica primitiva, al Presidente. ¿Pues no era aquel ciclón de Unquera criatura del Presidente y teniente suyo? Los más sentían hambre auténtica. Pero les habían obligado a que salieran a vitorear a Boliche. Con el retardo de éste el programa de los festejos se vino abajo. Ya a aquella hora sólo eran posibles los toros “coleados”, diversión de que gustaba mucho el general Boliche y a que había sido gran aficionado. Ahora ya no coleaba por sus achaques, aunque él aseguraba sonriente que era por el decoro de la magistratura. En momentos en que le estaba ofreciendo al Presidente del Concejo Municipal construir por cuenta del Estado un “Palacio Municipal” en Aguascaleras, Unquera, con sonrisa servil, le anunció que tenía “toros coleados” en su obsequio. El general, del brazo de una señorita que tenía los cabellos rojos como un incendio y era pecosa, se marchó al puesto que le habían preparado, una especie de balcón rústico, con un zarzo florido por techumbre. En la calle ante el improvisado balcón caracoleaban sudorientos, a caballo, cuatro o cinco mozos que dirigían miradas aduladoras al Presidente. Eran los coleadores.

—¡Allá viene el toro!... ¡Allá viene!, gritaban los muchachos.

No venía. En la esquina en la pulpería, un borrachín enfático predicaba:

—Toros coleados, imbéciles, toros coleados... Vosotros sois los coleados, pero sois bueyes... ¡Hambrientos! Sabéis acaso, ni habéis pensado nunca en ello, cuántas arrobas de carne digerible... ¡alimenticia, estúpidos!... contiene cada uno de esos toros que ahora van a colear!... Colocados en vuestros estómagos, y no sueltos en la calle, os curarían la estupidez con los jugos de sus músculos... En vez de dejarlos colear debíais coméroslos... matarlos y alimentar con su buena carne la vuestra, flaca y anémica...

En el tumulto tuvo buena acogida la idea.

—¡Muy bien!... ¡Muy bien!...

- ¡A comernos los toros!...
- ¡A beneficiarlos!...
- ¡Viva el general Boliche!...
- ¡Mueran los toros!...

En un tris estuvo todo hecho, como pasa siempre con la muchedumbre en sus horas de voluntad colectiva. Entráronse al toril, suerte de cercado precario, con audacia de borrachera. Mas no sabían cómo matar a los cuatro toros de hermosa lámina, apuestos y bravíos.

- ¡Cáele a tiros, compadre!
- A tiros no...
- Está rascao...
- ¡Con tu machete!...
- ¡Dale esa estocada!...
- Desjarrétenlos!... ¡Desjarrétenlos!...
- ¡Sí!... que los derrienguen!...

Predominó esta opinión. Un mocetón bizco y forzado les fue cortando los jarretes, taimado.

En cuanto rodaron por el suelo la muchedumbre se precipitó ávida. El borrachín de la idea había despojado a un policía de su carabina y amenazaba con ella a todo el mundo. Los tres policías que quedaban armados se retiraron llenos de consternación a llevar la noticia del desafuero al Jefe Civil.

- Ya éste andaba impacientado:
- ¡Que suelten el primero!

Lo había dicho ya tres o cuatro veces, en vano. El toro no aparecía en la calle polvorienta, llena de sol.

Por fortuna el general no se daba cuenta de nada. Conversaba ardentemente con la rubia pecosa, y se inclinaba cada vez con más fervor sobre su escote generoso. Los ojos le relampagueaban con la perspectiva de pasar la noche en Aguasclaras, feliz. La muchacha roja era maestra de escuela.

De repente, uno de los policías se acercó a Junquera, demudado. El vocerío del toril llegaba ahora hasta él. No dejó hablar al subalterno:

- Dígale a esa gente que suelte el toro... ¡O voy a ir yo mismo!...
- Coronel... es que se están comiendo los toros...

—¿Qué?

—¡Que se están comiendo los toros!...

Boliche se volvió.

Por el extremo de la calle avanzaba una muchedumbre de hombres del pueblo, vociferantes, armados de asadores de palo y de hierro, donde traían los pedazos de carne asados de prisa. A lo lejos se levantaba la humareda que daban las bardas del corral ardiendo: era el fuego en que asaran la carne de los toros.

Y el borrachín enfático, puesto ante el balcón del Presidente, gritó:

—¡General!... ¡Nos vamos a comer los toros a vuestra salud!... ¡General, estamos hambrientos! ¡General! ¡Más vale una buena comida que una mala coleda!...

Y Unquera, a poco, consternado y colérico, contemplaba cómo se desvanecía en el horizonte la nube de polvo que levantaba la comitiva del general en fuga. Asimismo iban desvaneciéndose en su espíritu los pensamientos de ambición y de lucro.

LA VIDA DE PIERROT

PRESENTACIÓN DE PIERROT

EN EL MUNDO podía llevar un nombre cualquiera, más o menos elegante, y sobre todo, más o menos oscuro. Él no se distinguió en la vida por ninguna hazaña espléndida, no conoció la gloria y ni siquiera la notabilidad.

Por esto pensarán muchos que fue un hombre feliz; y aunque en realidad no dejó de serlo algunas veces, pensaba con mucha frecuencia que el dolor había sido creado para que él lo experimentara: era un sentimental, muy sensitivo y muy vanidoso.

Jamás ocupó su mente proponiéndose problemas agudos ni sintió angustias metafísicas. Vivía, simplemente. También soñaba y gustaba en cierto modo de las paradojas y de los gestos raros, como de una fácil diversión, al alcance de todas las fortunas y de casi todos los cerebros en que no se encuentra apelmazada demasiada suma de estupidez. Su sensibilidad estaba abierta como una tienda generosa, a los treinta y dos vientos; y lentas brisas de pesadumbre y raudas brisas de gozo la penetraban de continuo.

El hubiera querido llevar un disfraz que disimulara la flaqueza de su corazón. Por eso lo he vestido de Pierrot. Acaso resulte un Pierrot fantástico, un poco falso, a través de cuyo traje se descubre sin esfuerzo la tristeza contemporánea de un hombre atormentado por “el perpetuo deseo”. Siempre que de su corazón saltó una vena de pasión, dejola correr con espontánea indulgencia y jamás se arrepintió de haber obrado según los primeros impulsos de su espíritu, ni aun cuando la amargura destiló más cruelmente sobre sus ansias y sus sueños. Además de los vagos estig-

mas que se le hubieran podido echar en cara, tal vez con alguna injusticia, no tenía un empaque completamente ridículo y podía discurrir por en medio de la muchedumbre, sin aparecer como un fenómeno singular, y pasearse por los jardines públicos sin que a nadie se le ocurriera encontrarlo sospechosamente extraño. Era, pues, un ser vulgar de apariencias, que tal vez habría parecido completamente extravagante, si la gente hubiera podido asomarse, como por una diáfana ventana, a los imperios de su espíritu. Él, por su parte, no gustaba de confidencias, como no fueran confidencias amorosas, murmuradas junto a lindas orejas, teñidas de otros claros por la emoción.

Nunca, ciertamente, murmuró en esos oídos sino frases de galantería, de ternura o de verídica desesperación. No gustaba de entretener con hilos sedenos y burdos las tramas de la vida. Hubiera querido tejlarla con la más noble seda del mundo. Esto no es de ningún modo posible y es preciso entremezclar las bastas fibras con las puras hebras. De allí manaba para el alma de este Pierrot una fuente de disgustos y duelos.

Nació como todos los seres humanos, sin que por ninguna señal pareciera un caso anómalo la aparición de aquel nuevo ser en el mundo. Todos parecían dispuestos a aceptar de buen humor y con cariñosa tolerancia la compañía del recién nacido, y los elogios de estilo acerca de su robustez y gallardía no eran mucho más calurosos que los que otras veces prodigarán aquellas personas mismas. Su infancia corrió risueña y dulce, como un arroyo jovial, de linfas músicas, en que se disolvieran todos los azules del cielo, en las mañanas primaverales. Abría los ojos al mundo con la simple curiosidad de un recién llegado en un salón de baile. Por desgracia no siempre se mantuvo en esa actitud del invitado más o menos curioso, dispuesto a sonreír y a hacer cordiales genuflexiones ante las personas que a su paso le dirigían una sonrisa de saludo o una frase. Él se empeñó más tarde en arrancar sonrisas a labios que no le pertenecían y desde aquel momento no fue dueño de sí propio: se hundió lentamente en un rosado abismo de pasiones y de tristezas.

Espectador lleno de vagas inquietudes, contempló primero aquel concurso de movimientos y de ambiciones que se agitaban en torno suyo, como un tropel sediento en busca de aguas ignotas. Veía los afanes tur-

bios que se atropellaban por llegar a una ilusoria meta. Todos sonreían; pero detrás de la sonrisa, él llegó a adivinar desde temprano el jadear ardiente de las ansias que se aproximan al fin suspirado. Así, de toda su infancia no hubiera podido él mismo sustraer con el más intenso esfuerzo de su memoria, un incidente trascendental, una escena que determinara rumbos a su carácter, que hubiera dejado una huella duradera y honda en su espíritu. Por lo demás, nunca adquirió el hábito de mirar los fenómenos sorprendentes con la indiferencia fría con que por lo común son mirados. No se acostumbró nunca a escuchar las voces del piano con tranquilo deleite, pues sospechaba un misterio encantador y terrible en la armonía de las notas. Aquellos que llegaban a usar el teléfono con naturalidad de dioses, complacidos de que las fuerzas naturales les prestaran dóciles su concurso, parecíanle seres dotados de una maravillosa elegancia. No llegó nunca a explicarse cómo tales gentes aceptaban con la complacencia legítima del que recibe un don o un homenaje que les es debido, aquella apacible servidumbre, aquella incondicional sumisión de fuerzas para ellos desconocidas.

¿Cómo no debía, entonces, permanecer absorto y resultar vencido cuando por primera vez le fue revelado el secreto maravilloso de los sexos, el secreto de la vida y del amor? Desde aquel instante su vida se encaminó llena de curiosidad por los eróticos senderos; pero supo amar con amor natural, sincero, espontáneo, fresco, hondo: el sufrimiento vino a instalarse en su ser llenándolo de tormentos y delicias, como una brisa venida de jardines remotos que arrastra muchos olores de manantiales alegres, muchas fragancias de flores envenenadas. Nunca pudo falsificar la pasión, ni entregarse por el momentáneo capricho de un deseo falaz, a la ejecución de amores efímeros.

Colombina, las diversas Colombinas, encontraban en él un juguete delicioso para sus sonrisas de pecado, de ardor lascivo, de voltarias inquietudes. Su corazón fue para ellas como una fruta llena de noble virtud de la cual fluían maduras mieles. Los dientes golosos mordieron y estrujaron la fruta y aquel corazón realizó tal prodigio de fuerza y de fecundidad que nunca, durante años y años, se agotaron las fuentes de la dulzura. Es verdad que en el licor de delicia iba disuelto cierto acre

sabor de sangre, lo cual, seguramente, era un atractivo más para las lindas bocas ávidas que chupaban con deleite acariciador y asesino aquel jugo de oro. Siempre miraba con una atención ardiente y temerosa hacia el abismo incognoscible de las almas de las mujeres. Miraba con atención profunda y dolorosa, tratando de escudriñar hasta el fondo aquellas enigmáticas cisternas ocultas, como lagunas de un bosque lúgubre, en el fondo de los bellos ojos que relampagueaban y se humedecían en las horas de la ternura; pero que jamás revelaban el secreto dormido bajo sus resplandecientes hechizos. En vano hundíase con ahínco férvido en aquellas aguas seductoras: el secreto huía, huía ante sus manos trémulas y solitarias. Nunca comprendió que los seres humanos no pueden poseerse de un modo absoluto y definitivo; que reciben, como las inocentes flores de los jardines el polen que fecunda, el beso, la caricia, y que el resto de las ansias que perdura después de los fugaces contactos improporcionables, se desvanece en lágrimas, en duelo, en angustias... Por eso el amor nunca podría ser más que un motivo de dolor.

Poco desdeñoso, este hombre tuvo sólo desdén por la mentira. Escuchó complaciente todas las voces que llegaron a sus oídos, desde la voz de sus consejeros que le reprochaban con elocuentes razones y largos discursos sus apasionados arrebatos, hasta las zalemas de la mujer calculadora que pretendía organizar el amor como un banquete, donde los manjares han de servirse con cierto orden y decorosa medida, pues de no ser así se incurriría en el plebeyo hartazgo. Él, con orgullo ávido y supremo, apuraba la copa ofrecida a sus labios, sin sabias precauciones, que nunca pudo aprender, a pesar de su experiencia de los dolores, a pesar de aquellos razonables consejos que le fueron musitados al oído con fascinadora voz de sirena. Además, siempre fue completamente ingenuo, como un niño; y las señoritas de catorce años, a quienes apenas acababan de alargar las faldas, jugaban con él como con una muñeca humana, tan dócil como cualquiera verdadera muñeca, y más divertida. Sólo era temible por el impulso irrefrenable de sus pasiones, que le convertían en un seductor afortunado, a fuerza de ponerlo a padecer inefables suplicios.

No es de temerse que lance demasiados clamores gemebundos. El dolor está bastante desacreditado y no es prudente contribuir a su to-

tal descrédito. Conserva algunas prerrogativas de cosa respetable; pero a causa de la facilidad y de la frecuencia con que se aduce como una presea o se expone como un mal, va viéndose finalmente expuesto a convertirse en un fofu lugar común de la necesidad de los hombres. Es preciso saber sonreír con sonrisa oportuna; y toda su vida, su vida corta e intensa cual una cálida ráfaga de olor de flores, está sembrada de sonrisas, como un cielo de luceros. Acaso en la mayor parte de sus sonrisas hay cierto resabio de pesadumbre. De todos modos aquella pesadumbre es más noble que sabe sonreír de buena fe, que se comprende a sí misma y conoce el misterio divino de la resignación. Cuando era una moda magnífica aparecer uno como incurable enfermo de desesperanza y de dolor, el gesto de este Pierrot hubiera parecido de una frivolidad inaceptable, de un escepticismo demasiado injurioso para los hombres serios, que estiman que la vida tiene un fin trascendental para el hombre. Hoy es fácil convencernos de que los gemidos lúgubres suelen evocar fantasmas adversos a nuestros anhelos, despertar ecos y resonancias absurdas en las selvas interiores, donde duermen, no vencidas, ni siquiera vigiladas con eficacia, manadas de bestias tristes y hostiles.

Los símbolos no existen en la realidad exterior, y todos nuestros más rudos esfuerzos no lograrían crear un solo símbolo. Cuando más, las personas que no posean una humildad consciente y perfecta, pueden aspirar a descubrir y revelar algunos que existen diseminados dentro de nosotros mismos: exteriorizarlos en una forma que sea propicia a su aprehensión por los sentidos y el entendimiento de los demás hombres. Si latan las fuerzas simbólicas en el corazón de una fábula, que nos fue presentada de súbito por el tumulto interior de ideas y emociones, en un instante de claridad íntima, a la luz de un relámpago revelador, no ha sido propósito preconcebido demostrar un aspecto o una variedad del ser humano en la desigual agitación de la existencia.

Viviría en ésta la emoción como el sonido en las cuerdas mudas del arpa, latente, listo a despertarse bajo los hábiles dedos del músico. Aquellos espíritus dotados de la aptitud fecunda de comprender, de desentrañar en el fondo de sucesos vulgares, de donde apostan han sido desterrados los artificios aun a riesgo de comprometer la claridad, significativas inten-

ciones, apreciarán –cada quien según su modo– el sentir que se oculta en entre los velos diáfanos del verbo. Pero debe confesarse que el relato apenas desempeña el papel de la mano del músico con las cuerdas del arpa silenciosa: despierta el enjambre dormido de las emociones y de los pensamientos. Acaso el recuento rápido de la vida de este Pierrot pueda evocar olvidadas ideas, renovar impresiones de otro tiempo, despertar emociones que se habían quedado dormidas, como princesas perezosas, en lo más, recóndito del espíritu del que lee...

LAS DOS PRIMAS

Eran dos jovencitas lindas y frescas, de bellos nombres: Florinda, Rosa Amelia. Florinda, la mayor, tenía unos grandes ojos ingenuos, de color pardo oscuro, siempre abiertos ante las cosas como con un asombro divino. Alta y esbelta como una vara de lirios, en sus menores movimientos poseía una gracia turbadora de mujer cabal; su espíritu infantilmente curioso, lleno ya de malicias agudas, parecía perseguir por el mundo la explicación de muchos fenómenos, bien cual aguijoneada por el ansia de columbrar el objeto de la vida. Rosa Amelia era frívola y atolondrada, como un pájaro; más robusta y más pequeña que su hermana, blanca, de bello rostro y ojos vivaces y pequeños, que erraban siempre de una en otra parte, sin fijarse mucho tiempo en nada, así cual su espíritu inquieto, que corría sobre futilidades interminables, como un niño contento por una calle de rosales inodoros. Advertíase en ella que la mujer no estaba ya distante; y la salud de su cuerpo y la ingenuidad de su alma se manifestaban de continuo en sus actos y en sus raras preguntas, en las cuales hubiérase podido sospechar a ocasiones una malicia de niño suspicaz que se propusiera conturbar y poner en apuros a las personas mayores, con el deseo inocente de conocer ciertos secretos que a los niños les están vedados.

En aquel tiempo contaba Pierrot trece años, y ya comenzaba a despuntar en él aquel ser inquieto, dulce y maligno, que más tarde debía atormentarlo como un verdugo. Del colegio –en donde los maestros trataban de explicarle una muchedumbre de cosas que él no entendía bien, cuya esencia se escapaba a su inteligencia poco experta, y de las cuales

sólo conseguía aprehender la forma exterior— salía siempre por las tardes con un loco anhelo de aire libre y de bienestar. Ocurría siempre entonces a casa de su abuela, una anciana medio ciega y muy beata, cuyo caserón amplio y solitario, era alegrado por las risas y voces de sus nietos. En el jardín de aquel caserón triste jugaban todas las tardes Florinda, Rosa Amelia y el jovencito Pierrot. Las muchachas estaban allá desde temprano. Besaban a la abuela; y el claro y fresco rumor de sus risas y sus voces que eran como un canto, y el perfume sano y juvenil que despedían sus cuerpos en flor, reanimaban a la anciana un momento, y la ponían a pensar en cosas gratas y tiernas, mientras acariciaba con temblorosa mano de inválida, los cabellos sedosos y profusos de las nietas. Las muchachas gustaban de jugar y corretear por la tarde en el amplio jardín de la casa, entre arbustos floridos, bajo verdes ramajes.

Pierrot se sentía unido a sus primas por una atracción invencible y suave. En las horas de fantaseo y de vago ensueño que anuncian la eclosión de la pubertad, ellas se le aparecían como encarnación de lo más amable y divino. Eran en sus ensueños, ya juntas, cogidas de la mano y sonrientes, con los cabellos llenos de flores, como venían a revelarle el secreto de la vida; ora aparecía sola Florinda, en una decoración dulce de paisaje campestre, con sus ojos húmedos y amorosos, como dos caricias agudas o Rosa Amelia, blanca y rosada, con su sonrisa ingenua y prometedora. Bastante sabía él ya de los secretos de la vida para comprender siquiera de un modo confuso lo que era el amor. Pero jamás se le ocurriera pensar que estaba enamorado de sus primas. Sabía que el amor elige un solo ser en quien concentrarse y excluye cualquiera otro que no sea el elegido. Pero él fluctuaba entre las dos lindas muchachas o mejor, a entrambas de igual modo profesaba cariño y ternura recóndita. Rara vez se encontraba con sólo una de las niñas. De ordinario andaban en compañía, así en su propia casa, como en la casa de la abuela. Asimismo, en sus pensamientos y cavilaciones, rara vez podía separar a las dos muchachas encantadoras. Era una pareja inseparable cuyo recuerdo lo hechizaba y lo aturdía, como el recuerdo de una promesa inesperada de amor, como un perfume sensual y violento. Juntábalas de continuo en su recuerdo y en su memoria eran como dos flores gemelas, nacidas

en un mismo ramo, destinadas a perfumar una misma cabellera con sus unánimes aromas.

El trato con sus compañeros de colegio habíale descubierto una punta del velo delicioso que le ocultaba los secretos del amor y de los sexos. Con ese afán cándido y ardoroso que ponen las criaturas inocentes en conocer todo lo vedado, aquello que precisamente les está prohibido saber, había inquirido y ahondado hasta donde le era posible la verdad sobre los amores humanos. Sabía que la mujer es conquista, premio y don. Conquista del ingenio, premio del valor, don del amor. Pero ignoraba los recodos, callejuelas y escondrijos de la Ciudad amorosa. Sólo sospechaba y conocía, por relatos, las grandes avenidas por donde el amor discurre como un noble río de oro, fulgores y músicas; o aquellas turbias y tristes aventuras de muchachuelos ávidos de vida, que pasean su presuntuosa inocencia por las más tristes regiones del vicio, sin sospecharlo, poniendo en él sus pobres ignorancias como raras y dulces perlas en un muladar.

Pierrot se suponía enamorado. ¿Enamorado de Florinda? ¿Enamorado de Rosa Amelia? En su interior, él se formulaba de un modo indistinto estas preguntas que lo confundían. Pero en realidad nunca acertaba a decidirse, a aclarar de un modo definitivo cuál de las primas era la que poseía su corazón. Continuaban siendo para él el engendro de un dichoso ensueño, la realidad viva, o por lo menos posible, de sus quimeras de muchacho soñador. Así, llegaba a ellas con una suerte de timidez amorosa y afable, abarcándolas en una sola mirada tierna, casi persuasiva; pero sin atreverse jamás a manifestar ninguna predilección, sin que –inconscientemente– se le ocurriera encontrar a la una más seductora y bella que la otra.

Las niñas eran, por su parte, vivarachas y pizpiretas. Con esa penetración que se desarrolla en las mujeres mucho antes que en el hombre, ya que no podían comprender, barruntaban y con mucha vehemencia, que el primo andaba enamoriscado de ellas o cuando menos, a punto de enamorarse. Cada una, además, con la ingénita vanidad femenil, creíase la adorada, la elegida por el corazón del primo, y en el secreto de su pensamiento, ambas habían resuelto amarlo. Pero con la habitual reserva y disimulo involuntario de la mujer, entrambas se escondían sus sospechas

y sus pareceres, y cuando hablaban de Pierrot era para atribuirse recíprocamente la inclinación oculta que las dos iban sintiendo por el primo.

Éste con el perpetuo cavilar en las muchachas, y con el trato continuo de ellas, que alimentaba aquellos pensamientos como un aceite oloroso el fulgor dulce de una lámpara, iba aficionándose y apasionándose cada día más hasta ser la visión de las niñas una obsesión de su espíritu. Entonces despertaba su adolescencia, como una aurora rosada, y aquel capullo de amor se esponjaba y henchía, prometiendo una flor pomposa y fragante en breve término.

Pero su timidez era un obstáculo infranqueable. En cuanto se hallaba a solas con una de las niñas, el corazón se le estremecía y atropellaba con violentos latidos; y apenas lograba con un gran esfuerzo disimular su turbación y aparecer a medias tranquilo y hablar con indiferencia simulada de asuntos triviales y tontos. Toda su energía la gastaba en este fingimiento, y nunca le sobraba la más pequeña dosis para iniciar siquiera con falacia y cautela una declaración solapada, ni para que su pasión saltara en brusco ímpetu, como agua que se desborda, en palabras o en actos apasionados y elocuentes.

La menor de las primas, Rosa Amelia, fue al cabo la que vino a triunfar de sus vacilaciones, dudas y temores. En el propio jardín antiguo de la abuela, en la mañana de un domingo, Pierrot al fin rompió el silencio que sellaba su pasión de muchacho. Florinda había salido de paseo y Rosa —acaso ingenuamente, acaso con previsión ladina— había venido a hacerle compañía a la abuela. Los rosales perfumaban. El sol dorado y tibio iba alzándose por un cielo limpio, y las sombras de los árboles tenían una insólita frescura. Rosa Amelia, vestida de blanco, recogiendo las faldas que no le llegaban aún al suelo con picaresca coquetería, iba armada de una tijera, y con un cesto al brazo, cortando flores para el San Luis y la Inmaculada que en el cuarto de la abuela recibían perenne homenaje de luces y flores. Pierrot la ayudaba en su tarea con torpeza inquietante, atolondrado todo.

—¡Mira, córtame tú aquélla, que está muy alta!... ¡Jesús! ¡Inútil que eres tú como todos los hombres!... ¡Aquélla!... ¡Aquélla!... ¿Qué?... ¡Te hincaste!... Yo tengo la culpa... A ver... a ver... Apriétate para que te salga la sangre... Será preciso chuparte el dedo... A ver...

La muchacha se apoderó del dedo herido y con gracia compasiva, mientras una centella de malicia y de triunfo resplandecía en sus lindos ojos de pájaro, aplicó su boca menuda fresca y roja, al sitio de la herida, donde aparecía un puntico de púrpura, y chupó con fuerza. Pierrot protestaba a medias, oponiendo una vaga resistencia, con aspecto de imbécil, azorado, como si le hubieran dado un porrazo en las sienes. Le latía el corazón con violencia, la cabeza principiaba a darle vueltas y sólo veía el rostro de Rosa Amelia graciosamente inclinado, su nuca adornada de rizos de seda, su cabellera espesa, de la cual parecía surgir un perfume que lo mareaba, como si de ella se desprendiera un vaho de vértigo. Y sin ver ni pensar, con un súbito impulso de todos sus nervios, tomó con entrambas manos la linda cabeza de Rosa Amelia, y sobre sus labios frescos, pequeños y húmedos, estampó un beso callado, ardoroso y largo, mientras ella, asustada y contenta, cerraba los ojos...

* * *

Eran, pues, novios desde aquel día. En lo de guardar el secreto ambos parecían redomados comediantes; y a pesar de las miradas furtivas del procurar hablarse a solas con frecuencia, y de algunos pormenores, ellos creían disimular bastante bien para engañar la sagacidad o suspicacia de Florinda, su compañera inseparable. Pero a Florinda no se le escapaba que entre los dos primos existía algún secreto, y mucho más algún secreto de amor. Primero fue un vago recelo que sintió ante ciertos silencios repentinos, ante ciertas miradas clandestinas que ellos se dirigían; y la sospecha, ya nacida, fue acrecentándose y arraigándose, así por los indicios verdaderos que descubría en su ahínco celoso, como por mil imaginaciones que se forjaba con perspicacia inquieta. Cierta día, resueltamente, interrogó al primo sobre el caso.

Estaban solos en la sala del caserón de la abuela, junto a una mesa arcaica, en el centro de la cual una Victoria de bronce sostenía el globo de una lámpara antigua. Por las ventanas abiertas entraba en soplos dulces, el aliento de las flores del jardín y el olor de la tierra. Un resplandor de tarde triste penetraba por las ventanas, besaba con un fulgor amarillo

los filos de los muebles, y se amortiguaba por los rincones como un terciopelo viejo y borroso. Florinda tenía un aspecto triste y meditabundo, como de enferma, y sus grandes ojos pardos rebosaban en una vaguedad melancólica y lejana, como dos fuentes para siempre rebosadas de tinieblas nocturnas.

—¿Qué tienes hoy, Florinda, que pareces triste?

—¿Triste? Lo pareceré, pero lo que es estarlo... ¿Por qué? No hay motivo... Tristes deben estar los viejos o los enamorados... Triste sí que estás tú...

—¿Yo?... Al contrario, estoy más bien contento.

—Naturalmente... Eres un enamorado feliz.

—¿Yo?... —reía después con risa estúpida— ¿Yo enamorado?

—¿Vienes a negarlo? Estás enamorado de Rosa Amelia... No sigas negando... Es inútil.

—¿Pero quién te lo ha dicho?...

Florinda posaba sobre él sus grandes ojos oscuros que en las penumbras del salón relucían con un brillo negro e insólito, como fabulosos diamantes. ¡Y había una tristeza tan honda en su mirada! Pierrot se sintió conmovido por un brusco sobresalto interno. Intentó levantarse, intentó huir, intentó hablar; pero en la garganta se le apretaba un nudo y le impedía pronunciar palabra. La muchacha seguía hablándole y él oía su voz como proveniente de un sitio lejano, como si le llegara a través de un bosque de ensueños; y entretanto aquellos ojos de Florinda iban penetrando en su alma como dos ondas de calor dulce, y los veía cada vez más lánguidos, más suaves, más tristes; y al fin distinguió en ellos una humedad de llanto, y que una lágrima, una lágrima temblorosa y clara, vacilaba en el borde de sus párpados, próxima a caer... Y entonces el mismo impulso de la otra mañana, lo sacudió de su marasmo; y se inclinó hacia la muchacha entristecida, murmurando palabras de amor...

Pero desde aquella noche principió para Pierrot un martirio sin nombre. Presa del insomnio buscaba sin encontrarla, una salida de aquel complicado asunto. Los ojos de Florinda impregnados de ternura se fijaban en su memoria como dos obsesiones deliciosas. Pero la gracia de Rosa Amelia, turbadora e intensa, venía a recordarle su otro amor; y perplejo

y atormentado, se preguntaba cómo saldría del paso. Era incapaz de engañarlas y además inhábil para hacerlo. ¿Renunciar a una? Imposible. A las dos adoraba con una misma intensidad, así lo creía él por lo menos: el amor que profesaba a la una parecía *el mismo* que a la otra. En su corazón las dos estaban unidas por un vínculo fuerte. No comprendía bien de qué modo había ocurrido ninguna de las dos aventuras, cómo había llegado a hacerse amar de las muchachas, ni por qué no se había conformado con la gracia deliciosa de Rosa Amelia, y había aspirado también al amor de la otra, tan dulce y tan triste en aquella hora llena de melancólicas perfidias... Y luego, era una pregunta que lo turbaba profundamente: ¿cómo comparecer ante las dos primas juntas, qué actitud adoptar cuando se encontraran los tres reunidos, qué decir? Y una rabia cruel y amarga lo invadió ante lo imposible de continuar aquel enredo dichoso, y lloró, lloró como un niño que era, como un niño desamparado, angustiado y pusilánime, perdido en las tinieblas fúnebres de una noche solitaria, entre fantasmas y espectros...

* * *

—¿Cómo estás de tu enfermedad?, le preguntaba Rosa Amelia con desdén.

Y Florinda, con una fría sonrisa:

—¿Qué hay?

Y él, avergonzado, confuso, balbuceaba no sé qué y se iba. Había estado algunos meses sin verlas, amedrentado, despavorido casi ante el encuentro. Tropezólas por azar aquel día y las admiró con una especie de temor vago, más altas, más frescas, más robustas, las faldas largas, el seno túrgido: dos señoritas. Y ante sus sonrisas heladas o irónicas, deploró su timidez, lamentó ser débil y haberlas amado...

Y sólo algunos años más tarde vino a comprender que había fracasado en su empeño porque fue cobarde para el engaño y no tuvo siquiera la audacia simple de decirles la verdad...

EL MENTOR

Poco a poco fue apoderándose del alma de Pierrot, hasta llegar a ser uno como mentor espiritual, que dirigía todas sus acciones, sin que el mismo joven diera en la cuenta de este influjo. Era Luis hombre de cuarenta y más años, elocuente, elegante, frívolo, y disfrutaba de un prestigio de fortunas de amor, que nimbaba su nombre como una aureola. Los años no habían hecho gran mella en su físico: mostrábase de continuo arrogante y alegre. Tenía la risa fresca de una mujer; y cuando reía los dientes blancos y nítidos resplandecían entre sus labios como dos simétricas sartas de júbilos.

Cómo trabó con él primero conocimiento y luego amistad, Pierrot no lo sabía ni recordaba. Pero desde el primer instante debió sentirse atraído por una invencible simpatía que de Luis emanaba, como de un imán la fuerza magnética. Gustaba de su conversación discreta, no pródiga, esmaltada de escepticismos, de ironías y de ferocidades serenas, pronunciadas con una perfecta indiferencia, con la propia tranquilidad del que promulga una serie de triviales cortesías; mas sin desmandarse nunca un ápice, sin traspasar nunca los límites de la más correcta medida, ni usar especies plebeyas y toscas. Su desdén para los hombres era alto y helado como la cima de un monte; su desprecio para las mujeres, capcioso y árido como un desierto lleno de oasis efímeros. Porque aun despreciándolas, las mujeres llenaban casi toda su vida, y aunque las insanias y veleidades del corazón femenino habían ulcerado su propio corazón en tiempos ya distantes, no pudo prescindir nunca de la mujer. Y no era que aparentara despreciarlas por tomar una actitud interesante de don Juan aburrido; no que fingiera desprecio en una como venganza por la flaqueza con que inevitablemente había de caer de rodillas ante ellas: era que casi las aborrecía en su espíritu, realmente, tal como el borracho aborrece el vino en los turbios y tediosos amaneceres de la noche de orgía, tal como el hombre arrastrado por una brusca y frenética lujuria, abomina, pasada la febril violencia de la carne, a aquella que les brindó un momento a sus tristes y bestiales furias un lenitivo de alquiler.

Pero Luis las odiaba con aborrecimiento superior, con aborrecimiento sentimental e intelectual. Su reflexión estaba por encima de la sensibilidad, cuando desde lejos meditaba en sus perfidias, contaba sus traiciones y sentía correr por sus nervios, pensando en aproximarse a ellas, todo el horror amargo y crispante del nauta que se aventura entre arrecifes aciagos, expuesto, a cada momento a perecer en el disimulo de las sirtes. Por eso mismo, acaso, nunca confesaba sus amores; y si hablaba con cordial cortesía, de las mujeres amadas, jamás dejó traslucir en actos evidentes a los ojos del mundo, el apasionamiento de su corazón. Como, por otra parte, trataba a todas las mujeres con igual galantería ligera, poco insistente, la elegida se ocultaba detrás de la uniformidad, en impenetrable misterio. A pesar de eso, sus buenas fortunas eran conocidas, y en torno de su nombre florecía la leyenda amorosa, como un ramo de mirto entretejido de rosas y claveles.

Su escepticismo fecundo en frases crueles e ingeniosas, y la elegancia irónica con que pasaba por la vida, parecían delator detrás del hombre frívolo y poco cordial, un espíritu atormentado. Pierrot, en su adolescencia aún, lleno de vagas nociones de la vida, nutrido con médula vana de novelas románticas, amante de la luna, de los amores que terminan en catástrofes y de los destinos desgraciados, se aproximó a él con veneración y cariño, como se acercara a la encarnación de sus más caras ilusiones. Su confuso afán de satánicas aventuras lo arrastraba hacia el cuarentón en quien suponía a ocasiones un alma angustiada y diabólica. Principiaba a penetrar en delicias y tormentos, en los jardines del amor; y Luis que escuchaba sus confidencias con gesto afable, solía aconsejarle cosas en el concepto de Pierrot terribles, por las cuales llegaba él a juzgar que se trataba de un soberbio e impasible domeñador de humanas bestias femeninas. Sus discursos no manifestaban despecho, sino sencillamente rencor y desprecio. Hubiérase dicho que odiaba a la hembra, a quien nunca había logrado poseer por completo, a la hembra que no se entrega nunca, que da sus besos, todas sus caricias, sus lágrimas, sus lamentos, y cuya alma permanece misteriosa e inalcanzable, como un enigma: la Esfinge que no revela nunca el misterio de su actitud, el misterio de sus ojos perdidos en el lejano horizonte, pobla-

do de aduares, de leones y de palmeras libias... ¿Era despecho por no haber podido nunca leer en el fondo de los lindos ojos que iluminaron en horas fugaces su existencia, cual meteoros errabundos que ni dejan comprender su destino ni descubren el misterio de lo que llevan en su propio seno? ¿Era rencor por el placer robado que no duró apenas sino un momento fugitivo? Decía:

—Sólo la mujer honrada, fíjate bien en esto, sólo la mujer honrada es capaz de ceder al amor.

Decía:

—El hombre le pide al amor lo que el amor no podrá darle nunca, que es la felicidad.

Decía:

—En las mujeres, la vanidad del amor es siempre más fuerte que el amor mismo.

Y aconsejaba, serio:

—El instinto más rico en depravaciones y más inclinado a ellas es el instinto que mueve los sexos. Por eso, el que no cuente de antemano con la ayuda de esas depravaciones, está próximo casi siempre al fracaso. De la mujer no puede ser uno ni dueño ni esclavo. La historia de toda pareja enamorada es una historia de luchas más o menos latente, más o menos notoria. De la mujer no podremos ser nunca sino adversarios.

A Pierrot le parecían algunas de estas cosas enrevesadas, paradójicas. Otras sencillísimas. Sin embargo, no gustaba de ser adversario de ninguna mujer: más hubiera preferido ser dueño de alguna de aquellas hermosas y bonitas, cuyas miradas dulces lo ponían a soñar sueños claros y cálidos, paraísos imposibles. Soñaba novelas diariamente y era, por el corazón, un joven del año de 1810, que en sus quimeras se veía adorado de princesas fastuosas. El retoño de poesía juvenil brotaba en él con ímpetu. Pero se contentaba con soñar.

Su amigo lo instruía en los tejemanejes, argucias y estratagemas más eficaces para rendir el corazón femenino. En ciertos instantes, su adolescencia se nublaba con nubes de pesar, viéndose ignorado, sintiendo que su corazón, en la soledad y el silencio, se deshacía en suspiros intensos, en lágrimas ardientes y ocultas. Envidiaba a su amigo con la cándida igno-

rancia de sus cortos años, y hubiera querido ser como era Luis, un viejo yunque machacado por el martillo del amor.

* * *

A Pierrot los ojos verdes lo habían fascinado, como un extraño encantamiento. Era en las orillas del mar, en el balneario de aspecto petulante, delicioso en verdad a la sombra de sus árboles, refrescado por las brisas del Caribe, arrullado día y noche por el tumbo resonante de las olas, hermosado por las siluetas de mujer, numerosas, que discurrían por la playa o bajo los follajes sombríos de la alameda, envueltas en telas claras y dulces, como promesas de caricias. El tropel caraqueño inundaba el pueblucho como una avenida de alborozo.

Y en ese tropel femenino venía la mujer de los ojos claros, una tal señorita Berta, alta, flexible, risueña, de rostro bonito y caderas gráciles. En su rostro resplandecía el roto coral de la boca, una boca sangrienta, como una rosa empapada en la sangre de una decapitación, una boca que evocaba crímenes fantásticos y mordeduras de fuego. Y sobre aquella fresca y turbadora sangre de la boca la sonrisa perpetua florecía como inestinguible llama. ¡Y los ojos, su trampa de cazar amadores! Ojos de un verde cambiante, luminosos como esmeraldas, estriados de finas rayas de oro, de miradas agudas y aleves, como una herida de acechanza. Eran unos ojos inesperados. Siempre, a quien los contemplara por primera vez, le producían una impresión de sorpresa.

Pierrot vio los ojos verdes y quedó sorprendido y luego enamorado. No fue dificultoso trabar amistad con ella. El propio Luis, su mentor, se encargó de presentarlo a Berta, de cuya madre, decía, había sido amigo de la infancia. Y entonces principió para Pierrot la novela de un amor frenético y siniestro.

Los ojos lo trastornaban con sus lumbres ambiguas y maléficas, y la muchacha llegó a ser para Pierrot el compendio de todas las dichas y torturas. Sin ser coqueta, aparentaba serlo, como por una consciente malignidad de su alma, que se complacía en torturar a los enamorados. Recibió primero las confesiones de Pierrot con una especie de extrañeza silencio-

sa, como si le pareciera muy raro que aquel jovencito inocente sufriera el vértigo de sus encantos. Aunque sólo tenía dieciocho años, formaban su cortejo de enamorados algunos hombres casi maduros que cometían por ella mil tonterías. Sus compañeras y amigas dábanle vaya con la edad de sus adoradores. Rara vez prendábase de ella un joven de su edad. Pero los viejos verdes y los solteros de treinta y más años andaban siempre en torno suyo, husmeando, como lebreles en pos de la pieza. Tenía don especial para embobarlos, enloquecerlos y reírseles en las barbas con su boca de frescura sangrienta. Uno había llegado hasta pedirla en matrimonio a sus padres. Ella se negó, manifestando repugnancia y disgusto.

Acaso por eso parecióle extraña la pasión del joven. Fue reservada al principio; y sólo después de largas súplicas alcanzó Pierrot que le permitiera únicamente decirle su amor cuando hubiera coyuntura sin rechazarlo ni ofenderse. En aquellos momentos el muchacho se sentía capaz de enormes sacrificios. Sentía una sed violenta de inmolación y de lágrimas; y a no estar contenido por la fría mirada aguda de los ojos verdes, hubiera roto a llorar a los pies de Berta, en una de aquellas noches en que paseaban por la playa, a la luz de una luna redonda, clara y bondadosa como el rostro de una madre que contempla a su hijo dormido. El trueno del mar contra los malecones retumbaba infatigable y ronco, mientras en el aire corrían partículas húmedas que el viento desparramaba. Y todo aquello provocaba en el alma del joven un ansia frenética de obtener el amor de Berta, de cogerla entre los brazos y sentir que su corazón respondía a los locos latidos del suyo. Pero aquella mirada verde lo contenía en los términos estrictos de la galantería hablada. Ya no fingía ella, como hacen al principio las mujeres, no creer en el amor de su enamorado. Pero parecía indecisa, cual movida por impulsos contrarios, inclinándose ya a la indulgencia, ya a la frialdad repulsiva; pero manteniéndose siempre dentro de su correcta frialdad. Cuando él la instaba ardientemente a que accediera a su amor (en el fondo sólo aspiraba a que se lo confesara) ella se ponía grave:

—No es cosa tan fácil según entiendo, eso de amar. Yo, por usted, no siento nada que no sea amistad. (Aquí Pierrot crispaba los puños, rabioso). Seamos buenos amigos. Que si alguna vez siento el amor, yo se lo diré espontáneamente...

Y al punto cambiaba de conversación. Seguía caminando con su gracia indolente, alta, soberbia en su delgadez, con los ojos oscurecidos y brillantes, que refulgían como dos fatales gemas. Y Pierrot, angustiado y humilde, en silencio, caminaba a su lado por la playa resonante, o río arriba, bajo los frescos follajes, oyendo la monótona canturria del agua contra las lucias piedras del cauce.

* * *

Pierrot contóle a su amigo Luis la historia de su amor y la resistencia de Berta. El mentor lo escuchó en silencio, algo perplejo. Pierrot sabía que su amigo disfrutaba de bastante intimidad con Berta. Solía acompañarla una que otra vez en sus excusiones, y la trataba con una confianza justificada por su vieja amistad con los padres de la niña. El cuarentón se quedó confuso cuando Pierrot le pidió consejos acerca de la conducta que debía observar con aquella muchacha renuente a dejarse vencer por el amor. Y al cabo de madura meditación, aconsejóle:

—Búrlate continuamente de sus amoríos con los viejos... Ya sabes que siempre la persiguen hombres como... de mi edad; y que se dice que algunas veces no se ha mostrado con ellos tan arisca como contigo... Búrlate de esos amoríos de la aurora con la tarde... Y si con eso no logras nada, es que no lo lograrás nunca...

Pierrot que ignoraba aquellos pormenores, averiguólos con nimio interés. Sintió una punzada cruel en las entrañas al enterarse de aquellos galanteos y se propuso cumplir al pie de la letra el consejo de su amigo.

Otro día le fue fácil ejecutarlo. Era en la mañana y caminaban cuesta arriba por un sendero asombrado de mangos y almendrones. El sol de oro flechaba la tierra por los claros de los ramajes. Arriba cantaban los pájaros con alegría matinal. A las primeras palabras de su compañero sobre sus amores con hombres maduros, Berta lo miró sorprendida, más sin ruborizarse ni por asomo.

—Ya me explico por qué no puede usted amarme. Me han asegurado que no le gustan a usted los jóvenes y que prefiere los ancianos... ¿Por

qué no me lo dijo usted a tiempo, cuando todavía hubiera podido sofocar mi amor?...

—¿Quién le ha contado a usted esas historias? ¿Algún favorecido?, preguntó ella con un relámpago verde en los ojos, frunciendo el ceño.

—Cualquiera... la gente... lo que sobra es quien hable... Me pareció muy divertido imaginármela a usted en martelos con un señor de barbas grises, que sufra de reumatismo y use emplastos... Muy divertido... Se comprende que ha nacido usted para Hermana de la Caridad. Es heroica... Y dígame, ¿siente usted mucho placer ejerciendo esas obras pías?...

Reía el muchacho sinceramente, sobre todo al notar la ira de Berta. Delante de ellos las muchachas que los acompañaban –tropel de risas de faldas claras y de chácharas– corrían por la sombra dulce de los árboles, dejándolos atrás.

—Yo sé quién le ha contado a usted todo eso; y crea usted que es un hombre indigno...

Pierrot se inquietó ante la rabia que resplandecía en los ojos, como funesta llamarada. Pensó en el Mentor.

—No sé, si le digo que ha sido...

—No me diga nada... No quiero saberlo... ¿Y usted creyendo esas infamias?...

—¡Oh no!... no he creído jota... se lo contaba, por ver que cara ponía...

—No lo crea tampoco nunca... Es falso...

—Pero viendo su dura renuencia a aceptar mi amor, ¿no debía dar oídos a cualquier cosa que me explicara su despego?

—Sí, cuando una resiste inventan mil historias... No se explican la virtud sino cuando ha sido ultrajada... Antes, debe ser hipocresía...

—¡Oh! No he creído ese cuento... más bien he sufrido mucho cuando me lo contaron.

—¡Ah! ¿Celoso?

—¿Por qué no? Celoso... Por usted he sufrido cruelmente... ¡Soñaba con tan dulce insistencia en que fuera usted mía!... Me sentía definitivamente ligado a usted, como si en usted se hubiera encarnado mi destino...

El muchacho se extraviaba del camino trazado. Estaba realmente conmovido. Los ojos verdes lo miraban complacidos, humedeciéndose luminosamente en aquella ternura como en el licor de una ofrenda.

—¿Y... y si le dijera a usted que yo lo amo?...

La sacudida fue brusca. No era él tan lerdo que no advirtiera la turbación de la mujer. El campo pareció iluminarse ante su vista con un inmenso brillo de esmeraldas primaverales, el canto de los pájaros era acariciador, la brisa del mar olía a rosas y a mujer. Confusa sonaba la algazara de las compañeras perdidas en un recodo. Pierrot creyó desvanecerse ante el fulgor tierno y maravilloso de aquellos ojos verdes que lo miraban sonriéndole humildes, entregados, invadidos como por una ola de súplicas y de caricias. Y cuando sus labios se juntaron en un primer beso impetuoso, Pierrot se sintió vencido, subyugado, sorbido por la sabiduría de aquel beso, un beso nuevo y sabio que le produjo la impresión de una quemadura divina.

* * *

Al mentor hubo que contarle la fortuna; pero él la oyó entre desdeñoso e inquieto. Apenas comentó el caso con un desprecio vivo:

—Así son todas, ya sabes...

Y se marchó. Pierrot, saboreando su ventura no paraba atención en nada. Sólo creyó poseer la clave de un secreto terrible cuando a la mañana siguiente encontraron a su mentor ahorcado de un árbol, sobre el riachuelo, cuyas aguas imperturbables le lamían los pies con melodioso susurro. Concibió una sospecha espantosa...

Pero los ojos verdes le sonreían en las lontananzas de sus deseos con promesas de placeres desconocidos y aquel beso libertino lo ataba con cadenas de diamante a la señorita Berta. Y aunque mirando hasta el fondo de sus pupilas sorprendía entre el verde cambiante y las doradas estrías, inquietas fulguraciones de misterio, jamás se atrevió a sondear con valor aquellos enigmas... Además, ¿había tiempo para ello cuando los ojos le comunicaban su intensa llama diabólica, como una embriaguez, y en el fruto de los labios las mieles esperaban la vendimia de su boca que estaba aprendiendo a besar?...

CELOS

Los días del amor discurrían rápidos y ardientes: los dos amantes iban probando en sucesión deliciosa todos los secretos del deleite. Consumíase él en la llama de aquella pasión con fervor acre y dulce, entregándose íntegro al hechizo de su amada, como un pájaro al magnetismo de una serpiente. En el inagotable manantial de delicias que fluía de sus ojos extraños, de su boca ensangrentada, de su alma y de su cuerpo todo, anegábase él, dichoso, embebecido, olvidado del mundo circundante, de sí mismo y hasta de la macábrica y siniestra visión de su amigo con la cuerda al cuello, el rostro hinchado, la lengua colgante y túmida, balanceándose terriblemente en un ritmo desacorde, como un péndulo fúnebre, sobre el agua susurrante y dulce del riachuelo. Esta visión aparecíasele a veces como en un soplo efímero de espanto y pesadumbre: pero la presencia de la amada y el ardor del deseo, el resplandor de los ojos, el perfume del cuerpo y la sonrisa carmesí y húmeda de Berta, instaban a desvanecerla y ahuyentarla, como un viento rudo que arrastra y desmenuza una nube muy leve.

Habíase convertido en el paje sumiso y diligente de la joven. Ella se dejaba querer con risueña elegancia, con una especie de indulgencia tranquila como reclamando de continuo agradecimiento por la dulzura con que accedía al amor de Pierrot. Sólo en los momentos de intimidad, robados por medio de continuas e innumerables artimañas, a la vigilancia de las amigas de ella y al malicioso acecho de los hombres, ávidos siempre de sorprender a la muchacha en un desliz cuya divulgación los vengara de sus desdenes y de la preferencia que había dado al joven, sólo en esos momentos de intimidad clandestina, desatábanse en ella, como las llamas de un incendio contenido y disimulado, el ardor de una pasión fuerte y bravía, ardor de pájaro arisco y salvaje, pasión que de ordinario se ocultaba, sumisa, bajo las apariencias de frivolidad, elegancia y delicadeza. En la niña frágil y dulce dormía la faunesa infatigable, como una hermosa tigre oculta en un escondrijo de mármol, entre sedas y otros refinados lujos. Él la adoraba más, precisamente por estos desbordamientos bruscos e impetuosos de amor: y cuando paseaba a su lado por la orilla del mar,

escuchando el retumbo grave de las olas, la bárbara y húmeda música de la playa, y persiguiendo el vuelo de las aves marinas que trazaban giros caprichosos al viento, acechando la pesca, tirándose de súbito sobre el lomo verdoso de alguna ola pensaba con una especie de escalofrío hondo y dulce, en la hora de la cita. Ella, además, sabía espiritualizar el amor con una gracia ingenua, sabia y bondadosa. En ocasiones su mirada lo penetraba con una tan elocuente ternura, que él se estremecía, dichoso, comprendiendo que lo amaba, que lo amaba con suprema verdad, en ese vértigo de los amores definitivos. Como eran novios ya a los ojos de todo el mundo no se inquietaban por ocultar el afecto que los unía. Dejábanlos, pues, en apariencia, tranquilos. Y así podían urdir y combinar sus entrevistas, sin despertar las sospechas de nadie. Porque en aquel pueblo minúsculo, habitado por gentes que se conocían unas a otras y donde la inquisición de la vida ajena en sus más íntimos pormenores había de colmar los vacíos de ocio que no llenaban los baños o los paseos, los novios eran espiados por mil ojos avizores, invisibles para ellos. Desde la señorita sin cortejo que abominaba a la amiga porque tenía uno elegante y distinguido, hasta el enamorado en cuyas entrañas ardían la envidia y el despecho, todos avizoraban los paseos y las idas y venidas de los amantes, buscando cómo hincar el diente en su felicidad, cómo interrumpir la clara cadena de sus ostensibles venturas. Aunque no daban con el medio, sin tregua seguían vigilándolos. Ella lo comprendía mucho mejor que Pierrot y era la que disponía las precauciones y allanaba los obstáculos. Así burlaban la vigilancia rencorosa o maligna; y en esta misma burla encontraban una nueva fuente de goces.

Cerro arriba, perdida entre almendrones, mangos y rosales, la casita parecía un nido. Desde allá se contemplaba, abajo y a lo lejos, el azul del mar, a través de los follajes, tal como si el ciclo hubiera descendido, a envolver con su magnífico manto azul un pedazo de la tierra, al pie del cerro mismo. Allá arriba, entre flores, contemplando el mar suavemente ondulado a la distancia, azul y claro, lleno de esplendores, resonante con sorda y profunda música, discurrían para ellos horas de intensas delicias.

* * *

Fue un tal Alfonso Unquera, médico que tenía sus sombras de boquirrubio, no obstante su extraña figura y sus treinta y cinco años enfermizos, quien vino a turbar la fiesta en el corazón de Pierrot. Había aparecido el médico por el balneario pocos días antes y apenas vio a Berta púsose a perseguirla furiosamente con sus galanteos. Era descarado de más de la marca, hasta el punto de ser ridículo. Ni siquiera se contenía con la presencia de Pierrot al lado de la novia. Delante de él mismo prorrum-pía en declaraciones de amor, más o menos encubiertas, en veces apenas disimuladas. El Unquera le era profundamente antipático al joven con sus modales desenvueltos, sus vestidos de corte ridículo que exageraba la moda última, y sus sonrisas y palabras afables y melosas, que empalagaban a fuerza de dulzura. Desde los principios érale antipático: mas luego le cobró rencor profundo y enconado. El médico parecía proponerse cortejar no sólo a Berta sino también a su novio, como si captándose la buena voluntad de éste, pensara penetrar más fácilmente en el corazón de aquélla. Perseguía a Pierrot con atenciones que en otro hubiera agradecido; pero que en Unquera adquirían un viso irritante, como de burlona ironía, o de pertinacia idiota. Mortificábalo mucho más el hecho de que a Berta parecían divertirla de un modo extraordinario las galanterías extravagantes y asiduas del médico. Reía gozosamente ante sus declaraciones estrafularias, hechas delante de todo el mundo. Y parecía contenta cuando lo veía aparecer afirmándose los lentes en las ternillas, vestido con sus trajes ultracorrectos, preparándose ya a las genuflexiones, a las zalemas, a las frases de delicuescentes almíbares. Pierrot odiaba a aquel títere con un odio ya bronco y agudo. La actitud de Berta parecíale inconveniente: era en cierto modo desentenderse de él, el hecho de parar atención, y atención complacida y acogedora, en aquella abominable estantigua.

Berta encontraba al Unquera sencillamente ridículo. Placíanle sus actitudes de cómico apasionado sus posturas aparatosas, la impertinencia de sus maneras y de sus conversaciones. Pero placíale para reír a costa suya, como hubiera podido detenerse a contemplar con curiosidad risueña la difícil gesticulación de un payaso, o la plática pintoresca y jocosa de un charlatán que pregonara las peregrinas excelencias de un elíxir. Nada había en su actitud de la curiosidad de la mujer cortejada, ni siquiera íntima

complacencia por saberse objeto de amor. Pero Pierrot no supo comprender eso: no supo comprender que mientras Berta reía y charloteaba con el doctor, su alma de mujer seguía perteneciéndole a él; y que nunca se daba cuenta exacta de las palabras que el otro le decía: que sólo se fijaba en sus trazas risibles, en sus gestos melodramáticos, en la ridiculez abigarrada que lo envolvía, como una atmósfera de insensatez y extravagancia. Y cuando, colmada su paciencia y exasperado su malestar e inquietud, hablóle a Berta, entre reticente y agrio, de esa actitud suya, complaciente y cordial, con Unquera, la joven lo miró asombrada, abriendo mucho los ojos como ante la revelación de una cosa inaudita, y luego su risa, su larga y melodiosa risa de oro, rompió a sonar alta y fresca, como un manojo de cascabeles repicados por una mano convulsa de gozo:

—¿Pero tú crees?...

Cortábale la palabra el borbotón de la risa, que de nuevo ascendía, estrepitosa y franca, celebrando la ocurrencia.

Marchóse, más que malhumorado, furibundo.

¡De modo que en lugar de las promesas de corregirse y de las excusas que él aguardaba, salían aquellas carcajadas a recibir sus reproches! ¿Merecían sus querellas las risotadas que le respondían?...

Púsose a imaginar venganzas crueles, rupturas violentas y patéticas, escenas en que ella, de rodillas, le suplicaba perdón. Él sonreiría indulgente y superior, y perdonaría entre besos. Calmóse luego, poco a poco, y comprendió que era necio lo que hacía. ¿Cómo pensar que ella iba a enamorarse de aquel esperpento? Sin embargo, dicen que... Ahuyentaba con un esfuerzo el pensamiento malo, como se aparta de una manotada al insecto tenaz y molesto.

Fueron largos días de pena los que sobrevinieron. Largos días de penas para los dos amantes. Porque si bien Pierrot hacía propósitos de no hablarle más a Berta de aquellos celos absurdos, nunca lograba mantenerse en su buena intención. A la menor excitación de sus nervios irritados, saltaba el reproche, buido y cruel, como una espina emponzoñada. Berta nunca se puso a darle explicaciones. A los comienzos recibía aquellos extraños celos entre risas: tan divertidos le parecían. Pero luego, ante la insistencia y la irritación de los reproches, hubo de indignarse.

Era temerario, era absurdo andar con tales imaginaciones. ¿Cuándo la viera él tan frágil y tornadiza, que pudiera ir de un amor en otro, así, como hembra fácil y liviana? ¿Acaso era porque se había dado toda a él, llena de amor; porque en el frenesí de su amor no reparó en vallas y todo, todo, se lo había sacrificado?...

Y con altivez despreciativa se alejó, sin querer escuchar nada más. Para Pierrot, siguieron días de angustia; y más de una noche, en medio de su insomnio, aparecíasele, congestionada y repugnante, la visión de su viejo amigo ahorcado, insinuando con su faz tímida y amoratada, con la vidriosa y trágica mirada de sus ojos brotados de las órbitas, cosas de espanto y de horror...

Al fin suplicóla, casi lloroso, que con cualquier pretexto rompiese su amistad con Unquera. Ella lo miró con un extraño resplandor en sus ojos verdes, callada...

* * *

Aquella tarde, en la cuesta del cerro, en la casita risueña, no eran los labios de Pierrot los que recibían el beso de la boca de Berta, no eran sus ojos los que se abismaban en el fondo húmedo y maravilloso de sus pupilas de esmeralda. El ridículo Unquera triunfaba: en torno de su cuello, los brazos de la señorita Berta lo amarraban a la felicidad.

—Nunca me hables, ¿sabes?, nunca me hables delante de la gente...

Él accedía, feliz, goloso ante la inesperada dicha casi increíble. Era la primera fruta noble que lograba alcanzar sus labios. Abarcaba con mirada orgullosa el vasto mar azulado cuyos confines se oscurecían entre brumas, y el pueblo esparcido al pie del cerro; volvía a contemplar a la joven y sentía feliz afortunado grandioso, grandioso como el mar cuyo trémulo y ronco mugido llegaba hasta ellos, entre la frescura de las brisas...

—No comprendes mis sufrimientos, decía Pierrot, con un temblor de angustia en la voz. No comprendes mis sufrimientos... Bueno, será absurdo, será loco... Pero es un sufrimiento profundo, cruel, que no me deja tranquilo, que ha deshecho toda la ventura de nuestros amores...

¿Qué te importa a ti acceder a mi ruego y cortar tus relaciones con ese títere?... Lo haces por orgullo, ya lo sé... eso dices. Puede ser también porque lo quieres... No, no, si no lo quisieras, ¿antepondrías esa amistad inocente y divertida a mi amor, al inmenso amor que te tengo?... Es que lo quieres, lo quieres mucho más que a mí...

Berta rompió a llorar. De bruces sobre el pretil de piedra, los sollozos la sacudían, ardientes y comprimidos. Pierrot vacilaba, azorado.

—Oye, oye...

Ella alzó la hermosa faz cubierta de llanto y lo miró, amorosa.

—Bueno, haré lo que quieres... No le hablaré más nunca, puesto que es tu deseo... No amo a nadie más que a ti...

Y se besaron en la mañana tibia y rosada, frente al fastuoso azul del mar.

LA VÍCTIMA

Desde arriba, desde el balcón eminente, espiaba las idas y venidas de la muchacha con apasionada curiosidad. El balcón dominaba el patio principal de la casa y sus corredores, y Pierrot vigilaba el paso de las claras faldas de Adela, el rumor de sus voces y de sus risas, con ansiedad continua y profunda. Por la mañana, principalmente, se disponía con deleite a escuchar el canto de la joven. Levantábase ésta con la aurora como un pájaro, y como un pájaro rompía a cantar. Eran las suyas canciones triviales, esas pobres canciones deslucidas cuya vulgaridad y ritmo triste nos prenden a ciertas horas una llama de recuerdos y tristezas en el corazón. Cantaba Adela con mayor constancia e ímpetu mientras permanecía en el baño. Entonces Pierrot percibía su voz como si viniera de una lejanía encantada, a través de sordos tapices de bruma, y el canto cobraba un nuevo encanto inefable, produciéndole más intensa delicia. Esperaba con un calofrío hondo y agradable de todo su cuerpo el prorrumper de la voz querida en lamentaciones y congojas de amor, desde el recinto del baño, casita de madera construida en el segundo patio y pintada de verde. Imaginábase a Adela bajo la fría lluvia de la regadera, estremecida al contacto del agua, lanzando al aire como por impulso nervioso, su canto

dulce. Cantaba siempre cosas de amor, de esas en que abundan las canciones populares, cosas de amor sencillas y frescas casi siempre rociadas con rocío de lágrimas. La voz se elevaba pura, clara, con ligero temblor gorjeante, se dilataba en el aire, subía hasta Pierrot como alado agasajo cristalino:

Veremos en la estrella del crepúsculo
un ojo que sonríe a nuestro amor...

Pierrot cavilaba. Ya Adela respondió un día a su declaración violenta: —¿Cómo piensas que yo pueda quererte? ¿Crees que no sé acaso?...

Sí; sabía, sin duda sabía su enredo con la tía, con la fresca y rotunda Juana. Había venido a vivir a aquella casa en busca de un retiro solitario pacífico, donde no se sintiera perturbado por el bullicio exterior, ansioso de una guarida ignorada, quieta y tranquila. Allí se la brindaban maravillosa, como él no esperó conseguirla. Instalóse en el segundo piso, muy satisfecho de las vistas que se disfrutaban desde su balcón: un pedazo del valle, las lomas distantes y los tejados del barrio en declive: mucho azul, un paisaje lindo y una gran paz como de domingo perpetuo en el barrio apartado. Al principio todo marchó muy bien: la vida se deslizaba como arroyo manso y humilde, sin estrépitos, sin choques, con dulzura y silencio sagrados, en una serenidad indiferente.

Pero Pierrot, que representaba ante sí propio la comedia del don Juan aburrido y tenía un aspecto amargo y desdeñoso de hombre a quien los dramas de amor han atosigado, principió, sin darse cuenta perfecta de ello en los principios, a enamorar a la dueña de la casa, una hermosa mujer de treinta años, rubia y lánguida, que tenía la boca encendida y los ojos azules y tiernos como violetas húmedas. Era casada con un hombre barbudo y medio idiota que se pasaba el día tocando violín o jugando dominó con ahínco infatigable en casa de un pulpero vecino; y su juventud languidecía y se mustiaba inútil al lado de las barbasas indiferentes de su marido, oyendo los sonos fluidos del violín, escuchando las charlas insípidas de tres o cuatro amigas y algunos huéspedes que discutían co-

sas absurdas, y confesándose de vez en cuando con un cura barrigudo, oloroso a tabaco. Pierrot desde el comienzo advirtió la impresión que produjera en la rubia señora. Inconscientemente, por obra de la perversidad amorosa que vive oculta en el fondo de todo temperamento varonil, aun en los más rectos y sanos, propúsose turbarla. Más que nada pensaba obrar por vía de experimento, sin creer que con su conducta podía provocar un drama brutal y tremendo en el alma de la pobre mujer.

A poco era visible la influencia de sus estratagemas y maniobras en Juana. Cuidaba con peregrino esmero de su tocado y adorno; parecía más fresca, más hermosa y como llena de satisfacciones secretas. Antes era casi siempre reacia a sentarse al piano y a tocar junto su marido. Ahora, mientras el hombre barbudo inclinaba la cabeza y entornaba sus melancólicos ojos de carnero enfermo sobre la caja del violín, ella ponía a correr sobre el teclado sus manos gordas y bonitas de rubia, con una premura de júbilo, sonriendo a la música que sus propios dedos despertaban en el piano, como a la caricia de una persona adorada. Poco a poco fueron enredándose los dos en las mallas peligrosas de aquel galanteo vago y secreto, hasta que ambos se vieron cogidos en él. Era lo irremediable. Pierrot se sintió contento, dichoso, curado de todas sus viejas melancolías de amor, cuando Juana, con la cara encarnada como una flor, con la lumbré de un incendio azul en sus tiernos ojos, se confesó vencida. Y saboreó su triunfo con delectación morosa y sabia, sin pensar un momento en el pobre hombre barbón y gigantesco, que jugaba dominó con risotadas satisfechas, allá abajo, en compañía de sus amigos. La mujer lo emborrachaba con su blancura, con su olor sano y discreto de mujer honrada, con su robusta y fina hermosura que se daba toda, venturosa y tranquila, en un olvido completo de todo lo que no fuera el amante.

Pero pronto pasó la primera loca embriaguez de las caricias y Pierrot, al recordar de ese sueño pesado y frenético de lujuria, comprendió su imprudencia y la perversidad de su conducta. Juana, como las mujeres que pecan por la primera vez, ponía en su pecado un nimbo romántico de pasión espiritual, de fatalidad amorosa, de amor novelesco. Veía en el matrimonio un yugo atroz, un insufrible martirio, y prodigábase al amante, con exaltación devota, en un frenesí de su alma y de sus sentidos

despiertos de súbito, todo linaje de mimos, agasajos y caricias. Rodeábalo de cuidados, como a un enfermo, vigilábalo, asediábalo, empalagándolo. Él hubo de protestar.

—Debía tener cuidado de su reputación, no despertar recelos ni desconfianza en el marido, proceder con cautela si quería asegurar la ventura de entrambos. Ella protestaba con toda su honradez. —¿Qué tenía que hacer ya con aquel hombre? Lo amaba a él solo, a él solo, que la amaba a ella sola también, ¿verdad?

No se percataba del marido. Pierrot asustado por aquel modo de obrar ella, se lo reprocha y volvía a sus instancias. Pero Juana parecía dispuesta a no ceder, a obrar a su antojo, sin cuidarse de nadie. Pierrot empezó a fastidiarse.

—¡Quién lo había metido en andanzas con aquella loca! Bien merecido se tenía cuanto le ocurriera... Pensaba a veces con ira en Juana y en su asedio amoroso. Por otra parte —y esto no se atrevía a confesárselo él mismo— principiaba a inquietarlo y trastornarlo la belleza de Adela, sobrina de Juana, huérfana que había buscado un refugio al lado de la tía casada. La muchacha era como unas flores. Morena, alta, fuerte como un ganapán, alegre y parlanchina, sus dieciocho años llenaban la casa de alborozo, de ruido y de fragancia. Sus grandes ojos de terciopelo, suaves y dulces, habían sorprendido el secreto de Pierrot y de la tía. Los había espiado, los había sorprendido con su curiosidad de muchacha inocente. Los dos amantes lo ignoraban porque la muchacha guardó siempre absoluta reserva sobre de lo que había visto. Se calló, un poco sorprendida ante el misterio de repente rasgado ante sus ojos; bastante desconcertada ante la liviandad de su tía, sin podérsela explicar de un modo satisfactorio. Pero redobló su atención a todo cuanto en torno suyo ocurría. A Pierrot sobre todo lo contemplaba con una atención impregnada de curiosidades agudas, como si fuera un animal desconocido y fabuloso, expuesto repentinamente ante su vista.

En cuanto Pierrot notó aquella curiosidad intensa de Adela principió a fijarse en la muchacha. Antes la distinguía apenas en el trato común, sin tomarla en cuenta verdaderamente como mujer, como no fuera para dirigirla puyas y darle vaya a propósito de un su enamorado que la perseguía

con ferocidad a tarjetas y flores; un dependiente pobre y tristísimo que tenía una cara atormentada y furibunda de crucifijo blasfemo. Pero desde entonces notó que la muchacha era verdaderamente como una flor; y que en el fondo de sus ojos habitaban muchas cosas que no distinguiera él antes. Había en ellos a veces la humedad de una invencible languidez; a veces el chispear súbito, instantáneo casi, de un deseo imperioso y voraz; a veces una melancolía de sombra nocturna, suerte de resignada pesadumbre ante el misterio de las sendas cerradas para ella con terminante prohibición. Y al cabo, Pierrot, en cierta ocasión propicia, después de haber intentado marear a la muchacha con largos días de asiduas y apasionadas galanterías, prodigadas a hurto de todos, le declaró su amor con las exageraciones del caso. Y obtuvo aquella respuesta, en parte impregnada de desdén, en parte de reproche:

—¿Cómo piensas que yo pueda quererte?... ¿Crees que no sé acaso?...

Vanos fueron juramentos y protestas, porque la muchacha le cerró los caminos de la excusa con una frase:

—Ella misma con sus ojos, los había visto juntos, allá arriba...

—Nada, que la impertinente de Juana, con sus excesos, lo había echado todo a perder —pensaba él, colérico ante el fracaso. Y su despego y frialdad para la tía se convirtió entonces en rencor declarado. La pobre mujer se angustió, desconsolada, al advertir la actitud de su amante. No la quería, ya no la quería. Hubo una escena de lágrimas y reproches.

—¿No lo había sacrificado todo por él, honor, decoro, paz del espíritu, todo, todo?... ¡Y cómo le correspondía!... Había sido un juguete fútil de su lujuria, de su momentáneo capricho de hombre soltero y joven... Ahora, harto de ella, la repelía como a un trasto inútil, con afrenta, sin razón alguna, por capricho, como la había tomado...

Pierrot al principio indiferente, se indignó al cabo. Prorrumpieron a la par en denuestos, y ella se fue, airada, adolorida, secándose las lágrimas, llena de mortal pesadumbre.

Entretanto los suaves ojos negros seguían observando con serena malignidad. Ya Adela no rechazaba a Pierrot con el desdén de antes. Él seguía asediándola mañero, hábil, como un felino que vigila la presa cautelándose. Lo que ignoraba era que acaso la presa era él mismo.

—Canta siempre cuando te bañes, le decía. Me gusta mucho oírte cuando te estás bañando... saber que estás allí...

Agregaba cosas libertinas y audaces. Ella lo miró sin responder; pero desde el día siguiente no cantó. Ahora era Pierrot el que se desesperaba. Entre la tía empalagosa y la sobrina zahareña y burlona lo traían preocupado y congojoso. Juana había adoptado un continente de dignidad ofendida, lo cual era peor que los agasajos, pues resultaba más notorio. Adela seguía escudriñando y sonriendo con sus negros ojos de suavidades floridas. Pero conservaba siempre su indiferencia y su mudez. Un día Pierrot la acosaba más que nunca contándole sus dolores y su desesperación. Era sincero y estaba elocuente.

—No te molestes —le respondió ella— cuando cante la canción de “la estrella”, es que estoy dispuesta a todo...

Se marchaba; pero Pierrot la detuvo.

—¿Cuándo será?

Los suaves ojos se animaron con un resplandor enigmático que se apagó al punto:

—Probablemente nunca.

* * *

Malhumorado y enfermo, Pierrot estaba en su cuarto, pensando desconsoladamente en que no valía la pena vivir, cuando Juana entró, silenciosa, cerrando la puerta detrás de sí. Pierrot sintió la náusea de aquella mujer inocente que lo perseguía con furia inverosímil. Venía ella humilde, con demisiones. Se puso a implorar. Él la escuchó con indiferencia, de pies, con gesto aburrido. Pero según que hablaba, Juana iba embriagándose con sus propias palabras. Hablaba de sus dolores sin cuento, de sus noches sin sueño, de su pobre amor, hondo y fuerte, desdeñado por él... Pierrot movía la cabeza con tedio frío: —No era posible. Entonces ella rompió a llorar. ¿Ni siquiera lo enternecía y ablandaba verla así, sonrojándose, humillándose hasta pedir amor, ella, que sería aún una mujer honrada, si él no la hubiera seducido? ¿No lo conmovía el verla postrada por tierra implorándole su amor como una limosna?...

Y postrada por tierra, sollozante, alzaba a él los tiernos ojos azules, llenos de lágrimas y su dolor subía hasta él, conmoviéndolo como una rememoración viva de los días pasados. Inclínose un momento y agarróla por los brazos...

Pero de repente resonó en el espacio, velada y dulce, temblorosa con un nuevo matiz de amor, de deseo y de crimen, la voz de Adela, la canción esperada:

Veremos en la estrella del crepúsculo...

De súbito empujó a Juana con fuerza y se irguió resplandeciente, redimido del dolor y de la ansiedad. Juana rodó por el suelo y su cabeza golpeó con fuerza la alfombra, los cabellos rubios se le desparramaron por los hombros como si quisieran cubrir la vergüenza final de su dueña. Un sollozo sordo se le escapó del pecho a Juana, rastreó por el suelo y fue a apagarse en las paredes del aposento, mientras afuera, triunfante y acariciadora, vibraba bajo el sol, al aire libre, poblando el ámbito de amorosos presagios, la canción de Adela:

Cuando la noche llegue con sus sombras
allí nos besaremos sin rumor...

CRONOLOGÍA

CRONOLOGÍA

Vida y obra de Jesús Semprum

- 1884** Durante la década de los 80 del siglo XIX, culminando el quinquenio de Antonio Guzmán Blanco y durante la ascensión al Gobierno de Joaquín Crespo, nace el 25 de septiembre en San Carlos, un pequeño pueblo del distrito Colón en el estado Zulia (Humberto Cuenca, *Jesús Semprum*. Caracas: Editorial Sur América, 1932). Es el tercero y último hijo de Margarita Pulgar y Belisario Semprún quienes se desempeñaban en labores agrícolas hasta el último decenio del siglo. La fecha de su nacimiento no es clara. Se tiene como tal el 25 de septiembre de 1882, sin embargo “no existe registro alguno” y “el propio escritor se inclinaba por 1884 como su fecha natal” (Pedro Díaz Seijas, *Jesús Semprum*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua, 1986, p. 10).
- 1894** En vista del escaso progreso de San Carlos y en busca de un futuro más promisorio para sus hijos, la familia Semprún se traslada a la capital del estado. Así, llega a Maracaibo a la edad de 10 años para continuar con sus estudios de primaria en una escuela que dirigía Silvio Galvis.
- 1898** Continúa sus estudios en el colegio del Sagrado Corazón de Jesús en donde recibe el título de bachiller de manos del doctor Francisco Bustamante, entonces rector de la Universidad del Zulia.
- 1898** Quizá bajo la influencia del escritor y médico Marcial Hernández, entonces vicerrector de la Universidad del Zulia inicia estudios de Medicina en la Escuela de Ciencias Médicas, prosiguiendo con una tradición ya instaurada por sus predecesores Lisandro Alvarado y Manuel Díaz Rodríguez. Al respecto el autor escribía en 1921: “Vale

la pena observar que en Maracaibo prevaleció la revolución científica, al contrario de Caracas, donde predominó la revolución de las letras, y donde las novedades del positivismo tendrían que irse abriendo lentamente” (Jesús Semprún, “A la muerte de Marcial Hernández”. En Pedro Díaz Seijas, *op. cit.*, p. 157).

1901 Atendiendo al llamado expresado por el escritor uruguayo José Enrique Rodó en su manifiesto a la juventud americana: *Ariel*, publicado en 1900, funda y dirige la revista del mismo nombre. “Con él estaban Rogelio Illarramendy, el de la prosa definitiva; Emiliano Hernández, el poeta de talento diabólico; Elías Sánchez Rubio, el hondo lírico; Butrón Olivares, el espíritu de selección; Gustavo Adolfo Cohen, la promesa viva. Después, accidentalmente, se sumaría al grupo aquel inquieto y fino Alejandro Carías, quien llegado de Caracas desempeñará una modesta plaza de escribiente en la Secretaría General del Zulia” (Héctor Cuenca, “Boceto de Jesús Semprum”, *La palabra encendida*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1957, p. 171). A esta fecha corresponde *El crucifijo*, novela inédita en la que se narra una historia de amor entre una monja y un estudiante de medicina. Los originales de la misma los conservan los familiares del autor ya que en sus páginas existe una nota que reza “no debe publicarse” (Pedro Díaz Seijas, *op. cit.*, p. 14).

1903 “Cuando Semprum llega a Caracas, en 1903, Venezuela entera simulaba un volcán, de cuyo seno sólo salía lava incendiaria hacia todos los rumbos circundantes. Castro acababa de aplastar en La Victoria al movimiento revolucionario de mayor fuerza y contundencia que se había opuesto a su gobierno, que bajo el nombre de Revolución Libertadora, había capitaneado, junto con los más prestigiosos caudillos de viejas contiendas guerreras en el país, el banquero Manuel Antonio Matos” (Pedro Díaz Seijas, *op. cit.*, p. 16). Eduardo Blanco, ministro de Instrucción Pública de Cipriano Castro decreta el cierre de la Universidad del Zulia, por esta razón se traslada a Caracas para entregar su tesis. Así, continúa los estudios en la Universidad Central de Venezuela. La capital se debatía entonces entre un ambiente de miseria y rencor y el letargo de la sociedad caraqueña que ante el desastre de la guerra permanecía imperturbable. El autor refiere al respecto: “Sentado en una piedra de las que forman la gruta inmundada que se levanta en todo el centro de la plaza, miro la soledad

y escucho el silencio” (Jesús Semprum, “Visiones de Caracas”, *El Constitucional* (Caracas) N° 1485, (1905), 9 de diciembre, p. 5.).

- 1905** El 24 de junio obtiene el título de Doctor en Medicina en la Universidad Central de Venezuela con un trabajo titulado *La paranoia persecutoria*. Sin embargo, insiste en su carrera de escritor. Jesús María Herrera Irigoyen lo invita a publicar en las páginas de *El Cojo Ilustrado* (1892-1915) en donde tiene la oportunidad de conocer y tratar a los más destacados escritores tanto de la generación anterior como los de la suya. “*El Cojo Ilustrado* representa, pues, para Semprum un momento decisivo de su vida. El afianzamiento de su alma juvenil en el camino de su vocación literaria. El candor del provinciano de entonces que llega a la capital lejana, entre el prestigio de sus grandes nombres contemporáneos, con su maleta llena con los trajes y ropa para el uso diario y con sus versos inéditos” (Fernando Paz Castillo, *Reflexiones de atardecer I*. Caracas: Ministerio de Educación, 1964, p. 51).
- 1908** Durante la salida de Castro del poder y la consolidación de la dictadura de Juan Vicente Gómez, Semprum se concentra en su trabajo en *El Cojo Ilustrado* y se mantiene al margen de toda posición militante en la vida política del país.
- 1911** Funda la revista *Sagitario*, en compañía del poeta Alfredo Arvelo Larriva (1883-1934). Durante la corta vida de la revista Semprum se dedicó a la crónica de sucesos internacionales, mientras que Pedro Emilio Coll se ocupaba de la sección literaria de la revista.
- 1912** Contrae matrimonio con Isabel Correa, hermana del escritor Luis Correa (1884-1940). Apoya el surgimiento de El Círculo de Bellas Artes.
- 1913** Nace su único hijo Luis Alberto Semprum Correa a quien bautiza César Zumeta. Durante este tiempo goza de amplio prestigio como escritor y se convierte en el crítico más autorizado de las letras venezolanas. Colabora con *El Cojo Ilustrado*, *El Universal* y la revista *Atenas*.
- 1915** Por causa de la Primera Guerra Mundial sale de circulación *El Cojo Ilustrado* y Semprum se dedica por entero al periodismo.

- 1916** El país permanece anclado con la dictadura de Juan Vicente Gómez, así, el atraso y las dificultades económicas alcanzan el hogar de Semprum. Viviendo únicamente del oficio de escritor, participa activamente publicando en *El Nuevo Diario*, *Cultura Venezolana*, *Atenas*, *La Revista*, *Venezuela Contemporánea*, *Actualidades*.
- 1918** De acuerdo con Pedro Díaz Seijas (*op. cit.*, p. 30), por razones económicas Semprum se moviliza de la casa que ocupaba de Tracabordo a Miguelacho en Caracas al El Valle. Durante este año ocupa el cargo de jefe de redacción de *El Universal*. El 14 de julio, Julio Calcaño, quien entonces se desempeñara como secretario perpetuo de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Española, le participa a Semprum que ocupará el Sillón letra C de la misma, sin embargo, nunca se incorporó a esta institución debido a “El temperamento de Semprum, poco dado a las formalidades” (Pedro Díaz Seijas, *op. cit.*, p. 31). Este sillón fue asignado en 1899 al escritor Gonzalo Picón Febres con quien Semprum había tenido agrias disputas.
- 1919** Después de la desolación dejada por la gripe española y debido a que el doctor Victorino Bustillos le informó que algo se urdía en su contra porque no aprobaba en su totalidad la dictadura, viaja a Nueva York con el cargo de redactor de *El Universal*. Reside en 250 Manhattan Avenue; desde allí escribe las primeras crónicas para *El Universal* “De Nueva York a Caracas” y “La cruzada moderna”. Además, colabora con el *Herald Tribune*, *The World*, *Bulletin of the Pan American Union*. Asimismo, escribe para *La Reforma Social* de La Habana, *Panorama* y *Alma Latina* de Maracaibo y *Heraldo* y *Biliken* de Caracas.
- 1923** “Ya afianzado en su nuevo destino, Semprum es nombrado miembro de la institución ‘Carnegie’, asociación de amplio prestigio en los Estados Unidos para entonces. Por otra parte intensifica sus trabajos de traducción, como el que realiza de la obra *El significado de la educación*, de la cual era autor el doctor Nicolás Murray Butler, rector de la Universidad de Columbia” (Pedro Díaz Seijas, *op. cit.*, p. 35).
- 1925** Redacta el prólogo de *La tienda de muñecos* (1927) de Julio Garmendia.

- 1926** Sufre una crisis cardíaca debido a: “el ritmo de vida en la gran ciudad y las huellas de los días de bohemia en la Caracas del más recalcitrante gomecismo” (Pedro Díaz Seijas, *op. cit.*, p. 39). Recuperado, regresa a Caracas el 12 de junio. “Siete años permaneció nuestro escritor en Nueva York, habiéndole dado bravamente cara a la vida en función de periodista” (Héctor Cuenca, *op. cit.*, p. 177). Vuelve a su retiro en la calle Cajigal de El Valle. Ejerce por poco tiempo como profesor de la Cátedra Lenguas Antiguas y su Historia en la Universidad Central de Venezuela y colabora con una columna denominada “Sección breve” en la revista *Fantoches* (1923-1961) –dirigida por Leoncio Martínez–, bajo el seudónimo de Sagitario. “Se agrava su mal cardíaco. Se sumerge en el alcohol. El deterioro físico y la decepción lo tornan hosco e irascible ante las nuevas generaciones literarias. Deja de escribir” (José Balza, “Prólogo”, *Jesús Semprum. El libro que no se ha escrito* (Antología). Caracas: Monte Ávila Editores, 1990, p. 28).
- 1931** A pesar de que el quebranto de su salud ya era irreversible, trata de sobrevivir económicamente apoyándose en su condición de médico, no obstante, “la muerte vino, sin ruido y sin vana ceremonia. Fue un dolor de amigos fieles más que un infortunado suceso social. Venezuela perdía a uno de los más claros varones de su literatura” (Héctor Cuenca, *op. cit.*, p. 178). Fue el 12 de enero. Tenía 47 años de edad.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

1. BIBLIOGRAFÍA DIRECTA

1.1 LIBROS Y ENSAYOS

Crítica literaria. Caracas: Ediciones Villegas, 1956, p. 411.

2ª edición, Maracaibo: Fondo editorial, 1981, p. 411.

La enseñanza del castellano. Caracas: Tipografía Americana, 1916, p. 61.

Estudios críticos. Caracas: Élite, 1938, p. 102.

Caracas: Asociación de Escritores de Venezuela, Fondo Editorial Orlando Araujo, 1988, p. 102.

El estudio del castellano. Caracas: Tipografía Americana, 1938, p. 63.

El libro que no se ha escrito. Selección y prólogo de José Balza. Caracas: Monte Ávila Editores, 1990.

“Una novela criolla”, *Rómulo Gallegos ante la crítica*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1980, pp. 11-18.

Paranoia persecutoria. Caracas: Tipografía Herrera Irigoyen, 1905, p. 70.

“Prólogo”, *La tienda de muñecos*. Julio Garmendia. París: Editorial Excelsior, 1927, pp. 19-31.

Visiones de Caracas y otros temas. Caracas: Corporación Venezolana de Fomento, 1969. p. 327.

1.2 HEMEROGRAFÍA

“La Academia Nacional de Bellas Artes”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 377 (1907), pp. 510-512.

“Acerca de la educación de los jóvenes”, *Actualidades* (Caracas), Nº 11 (1918), p. 7.

“Acerca del esperanto”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 403 (1908), p. 571.

- “Acerca de José Asunción Silva”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 419 (1909), pp. 300-301.
- “Acerca del plagio”, Sección Información Literaria, *El Universal* (Caracas), (15 de abril de 1912), pp. 678-680.
- “Agonía”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 305 (1904), pp. 546-547.
- “La agonía de Tolstoi”, Sección Comentarios, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 455 (1910), pp. 675-676.
- “Ahorro”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 520 (1913), p. 443.
- “La americanización de Europa”, *El Heraldo* (Caracas), (24 de septiembre de 1925), p. 1.
- “El amor en Mongolia”, *El Universal* (Caracas), (21 de diciembre de 1919), p. 1.
- “Los amoríos franco españoles”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 517 (1913), p. 362.
- “El año literario”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 337 (1906), pp. 51-52.
- “El año literario”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 419 (1908), p. 40.
- “El año literario”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 409 (1909), pp. 28-29.
- “Los que se asocian”, Comentarios Alegres y Tristes, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 423 (1909), pp. 424-425.
- “Arquitectura”, *Actualidades* (Caracas), N° 8 (24 de febrero de 1918), pp. 7-8.
- “El artículo X”, *Panorama* (Maracaibo), (22 de noviembre de 1920), p. 2.
- “El azar y la riqueza”, *El Heraldo* (Caracas), (23 de enero de 1925), p. 1.
- “Bajo el beso del hielo”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 254 (1902), p. 455.
- “La bebida y los viajes del coronel”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 519 (1913), p. 415.
- “Las Bellas Artes”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 524 (1913), pp. 559-560.
- “La bendita ignorancia”, *El Heraldo* (Caracas), (21 de septiembre de 1925), p. 1.
- “Un borracho”, *El Constitucional* (Caracas), (4 de marzo de 1906), p. 1.
- “Bovarysmo”, Sección Crónica Literaria, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 347 (1906), pp. 375-376.
- “Bufones de Shakespeare”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 464 (1911), p. 219.
- “El caduco Tío Sam”, *El Heraldo* (Caracas), (14 de octubre de 1924), p. 1.
- “La caída del jefe civil”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 434 (1910), pp. 42-43.
- “El canal”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 518 (1913), pp. 382-384.
- “Los caníbales del profesor Rice”, *Panorama* (Maracaibo), (10 de junio de 1920), p. 1.

- “Caracas”, *El Constitucional* (Caracas), (14 de enero de 1906), p. 3.
- “Caracas”, *El Constitucional* (Caracas), (4 de febrero de 1906), p. 3.
- “Caricaturas y retratos”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 520 (1913), pp. 442-443.
- “Carnestolendas”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 507 (1913), p. 76.
- “Carnestolendas”, *Actualidades* (Caracas), (17 de febrero de 1918), p. 9.
- “Las cartas de Byron”, Sección Información Literaria y Artística, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 474 (1911), p. 533.
- “Cartas del norte”, *Cultura venezolana* (Caracas), N° 9 (1919), p. 351.
- “Cartas del norte”, *Cultura venezolana* (Caracas), N° 10 (1920), p. 54.
- “Cartas del norte”, *Cultura venezolana* (Caracas), N° 11 (1920), p. 210.
- “Cartas del norte”, *Cultura venezolana* (Caracas), N° 12 (1920), p. 324.
- “Cartas del norte”, *Cultura venezolana* (Caracas), N° 21 (1921), p. 51.
- “Cartas del norte”, *Cultura venezolana* (Caracas), N° 27 (1921), p. 351.
- “El caso de Bimba”, *El Heraldo* (Caracas), (6 de abril de 1926), p. 1.
- “El Centenario de Cecilio Acosta”, *Actualidades* (Caracas), N° 4 (1918), pp. 7-8.
- “Cinematógrafos”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 508 (1913), pp. 105-106.
- “El cinematógrafo y sus males”, *El Universal* (Caracas), (3 de diciembre de 1919), p. 1.
- “La cinta verde”, *Panorama* (Maracaibo), (30 de septiembre de 1922), p. 5.
- “El Círculo de Bellas Artes”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 498 (1912), p. 498.
- “Cita”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 278 (1903), p. 420.
- “La cita de Pierrot”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 342 (1906), pp. 198-200.
- “Civilización e ingesta”, *Actualidades* (Caracas), N° 21 (1918), p. 7.
- “El color de Cristo”, *Billiken* (Caracas), N° 47 (1926), p. 1.
- “El color de Dios”, *El Heraldo* (Caracas), (9 de octubre de 1924), p. 1.
- “De cómo existe la guerra europea”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 557 (1915), pp. 125-128.
- “La conferencia de Washington I. La bomba”, *Panorama* (Maracaibo), (16 de diciembre de 1921), p. 1.
- “La conferencia de Washington II. China”, *Panorama* (Maracaibo), (17 de diciembre de 1921), p. 4.
- “El crédito moral”, *Panorama* (Maracaibo), (14 de abril de 1920), p. 3.
- “Crepúsculo”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 278 (1903), p. 420.
- “El crepúsculo”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 329 (1905), pp. 544-545.
- “El crepúsculo de la ciencia”, *El Heraldo* (Caracas), (28 de diciembre de 1925), p. 3.
- “La crisis de la ciencia”, *El Heraldo* (Caracas), (16 de julio de 1924), p. 1.

- “La crisis de las letras”, *Panorama* (Maracaibo), (23 de diciembre de 1922), p. 1.
- “La crisis de las ventas”, *El Heraldo* (Caracas), (29 de agosto de 1925), p.1.
- “La comedia del desarme. La limitación de los armamentos”, *Panorama* (Maracaibo), (29 de agosto de 1921), p. 1.
- “Cometas”, Sección Comentarios Alegres y Tristes, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 438, (1910), p. 158.
- “Compasión”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 356 (1906), pp. 635-637.
- “Concursos literarios”, *Actualidades* (Caracas), Nº 19 (1918), p. 7.
- “Conferencia de mujeres americanas”, *Cultura Venezolana* (Caracas), (1922), p. 151.
- “La conflagración europea”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 544 (1914), pp. 439-440.
- “Los conquistadores” (trad. José María Heredia), *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 308 (1904), p. 638.
- “Consideraciones acerca de ‘La fiesta del árbol’”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 541 (1914), pp. 363-364.
- “Contra la conquista”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 515 (1913), p. 304.
- “Contribuyentes púdicos”, *El Heraldo* (Caracas), (10 de noviembre de 1924), p. 1.
- “La convulsión sufragista”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 531 (1914), pp. 69-70.
- “Coreografías”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 534 (1914), pp. 161-163.
- “Cosecha lírica”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 522 (1913), pp. 497-498.
- “Costumbres literarias”. *El Constitucional* (Caracas), (22 de mayo de 1906), p. 3.
- “El crecimiento de los pueblos”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 516 (1913), pp. 335-336.
- “Los crímenes de la paz”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 516 (1913), p. 335.
- “El cuarto de hora”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 406 (1908), p. 650.
- “La cuestión de los Balkanes”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 503 (1912), pp. 646-647.
- “La cuestión de Ulster”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 539 (1914), p. 293.
- “D’Annunzio, imitador y copista”, Sección Información Literaria y Artística, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 474 (1911), p. 533-534.
- “D’Annunzio y la expedición a Trípoli”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 480 (1911), pp. 700-701.

- “La danza de la muerte”, *Panorama* (Maracaibo), (20 de mayo de 1922), p. 1.
- “La defensa de los débiles”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 502 (1912), pp. 611-612.
- “Deportes”, *Actualidades* (Caracas), Nº 20 (1918), p. 7.
- “La derrota de la Liga”, *El Universal* (Caracas), (13 de diciembre de 1919), p. 1.
- “La derrota del hombre”, *El Heraldo* (Caracas), (23 de octubre de 1925), p. 1.
- “El desarme”, *Panorama* (Maracaibo), (12 de febrero de 1921), p. 1.
- “El diálogo”, *Actualidades* (Caracas), Nº 18 (1918), p. 9.
- “Diálogos del día: Jerusalén libertada”, *Actualidades* (Caracas), Nº 1 (1918), p. 8.
- “Los diez mandamientos”, *El Heraldo* (Caracas), (23 de marzo de 1926), p. 1.
- “Los dimes de Mr. Rockefeller”, *El Heraldo* (Caracas), (10 de noviembre de 1925), p. 1.
- “Dinero y barbarie”, *Billiken* (Caracas), Nº 48 (1926), p. 1.
- “El Dios Roosevelt”, *Panorama* (Maracaibo), (3 de marzo de 1920), p. 2.
- “Los dioses en la guerra”, *Panorama* (Maracaibo), (22 de noviembre de 1922), p. 3.
- “Divagaciones sobre Marte”, *El Heraldo* (Caracas), (5 de septiembre de 1924), p. 1.
- “El divorcio”, *Panorama* (Maracaibo), (7 de octubre de 1922), p. 3.
- “El dolor del mundo”, *Actualidades* (Caracas), Nº 3 (1918), p. 9.
- “A la domadora”, *El Universal* (Caracas), (5 de febrero de 1911), p. 4.
- “Los donativos de Rockefeller”, *El Universal* (Caracas), (24 de octubre de 1919), p. 5.
- “Los dos Cristos”, *Panorama* (Maracaibo), (22 de abril de 1921), p. 2.
- “El drama de Santo Domingo”, *Panorama* (Maracaibo), (9 de septiembre de 1920), p. 1.
- “Eduardo Arroyo Lamedá”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 479 (1911), p. 675.
- “Eduardo Ortega”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 452 (1910), p. 590.
- “Elegías”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 348 (1906), p. 385.
- “El embrollo mexicano”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 527 (1913), pp. 637-638.
- “Una empresa de paz”, *El Heraldo* (Caracas), (29 de julio de 1925), p. 1.
- “El entierro de los críticos”, *El Heraldo* (Caracas), (16 de julio de 1925), p. 4.
- “Entreacto”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 343 (1906), pp. 230-231.
- “Espectáculos públicos”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 541 (1914), p. 364.

- “La epidemia del espiritismo”, *Panorama* (Maracaibo), (15 de mayo de 1922), p. 1.
- “Epinicio final”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 481 (1912), p. 20.
- “Espiritismo”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 519 (1913), pp. 415-416.
- “Los Estados Unidos en Europa”, *El Heraldo* (Caracas), (8 de agosto de 1925), p. 1.
- “Los Estados Unidos y la opinión inglesa”, *Panorama* (Maracaibo), (22 de enero de 1921), p. 4.
- “Eugenia de Francia”, *Panorama* (Maracaibo), (12 de agosto de 1920), p. 2.
- “La evolución y los protestantes”, *El Heraldo* (Caracas), (19 de junio de 1925), p. 1.
- “El explorador Roosevelt”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 539 (1914), p. 292.
- “El fascismo”, *Panorama* (Maracaibo), (16 de diciembre de 1922), p. 1.
- “Feminismo”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 494 (1912), pp. 396-397.
- “El fenómeno de la guerra”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 493 (1912), pp. 360-361.
- “Un fenómeno sencillo”, *Panorama* (Maracaibo), (29 de julio de 1920), p. 1.
- “Los fieles difuntos”, Sección Comentarios, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 453 (1910), p. 610.
- “El filántropo”, *El Heraldo* (Caracas), (13 de agosto de 1925), p. 1.
- “El fin de una raza”, *El Heraldo* (Caracas), (20 de agosto de 1924), p. 1.
- “La Flapper”, *Billiken* (Caracas), Nº 50 (1926), p. 1.
- “Francia y sus negros”, *Panorama* (Maracaibo), (11 de diciembre de 1922), p. 3.
- “La fuente de Juvencio”, *El Universal* (Caracas), (20 de noviembre de 1919), p. 1.
- “La galaxia y el hombre”, *El Heraldo* (Caracas), (28 de enero de 1926), p. 1.
- “El general”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 391 (1908), pp. 196-197.
- “La gesta del apache”, Sección Crónica de la Quincena, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 491 (1912), pp. 313-314.
- “La gobernadora”, *El Heraldo* (Caracas), (10 de septiembre de 1924), p. 1.
- “La gramática y los puristas”, Sección Comentarios, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 453, (1910) p. 610.
- “El gran escándalo”, *El Heraldo* (Caracas), (2 de septiembre de 1925), p. 1.
- “La guerra de México”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 537 (1914), pp. 240-242.
- “La guerra perpetua”, *El Heraldo* (Caracas), (20 de mayo de 1925), p. 1.
- “La guerra y sus resultados”, *Actualidades* (Caracas), Nº 2 (1918), p. 7.
- “Hambre”, *Panorama* (Maracaibo), (3 de octubre de 1921), p. 2.
- “Hardín en Marion”, *Panorama* (Maracaibo), (11 de agosto de 1922), p. 5.

- “El Hermes de Praxíteles”, *Billiken* (Caracas), Nº 52 (1926), p. 17.
- “Los hijos del sol”, *El Heraldo* (Caracas), (25 de julio de 1924), p. 1.
- “Himno”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 317 (1905), pp. 167-168.
- “Hipocresía”, Sección Comentarios Alegres y Tristes, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 439 (1910), p. 185.
- “Historias falsificadas”, *El Heraldo* (Caracas), (27 de octubre de 1925), p. 1.
- “Historiógrafos”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 528 (1913), p. 666.
- “Los histriones”, *Panorama* (Maracaibo), (22 de octubre de 1921), p. 4.
- “Un hombre peligroso. Mr. Zero”, *Panorama* (Maracaibo), (17 de octubre de 1921), p. 1.
- “Los horrores del porvenir”, *El Heraldo* (Caracas), (3 de septiembre de 1924), p. 1.
- “Huelga de madres”, *El Heraldo* (Caracas), (3 de diciembre de 1924), p. 1.
- “El ideal humanitario”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 492 (1912), pp. 331-332.
- “El idioma y la política”, *Panorama* (Maracaibo), (8 de febrero de 1923), p. 1.
- “La impávida Nueva York”, *El Heraldo* (Caracas), (19 de marzo de 1925), p. 1.
- “Los inconformes”, *El Heraldo* (Caracas), (12 de agosto de 1924), p. 1.
- “Los inconformes”, *Billiken* (Caracas), Nº 45 (1926), pp. 1-2.
- “Los inconformes”, *Billiken* (Caracas), Nº 46 (1926), p. 1.
- “El ingenio de las mujeres”, Sección Información Literaria y Artística, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 474 (1911), p. 533.
- “La inminente era política”, *La Revista* (Caracas), Nº 2 (1916), p. 11.
- “El insomnio”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 406 (1908), p. 650.
- “La insurrección de los jóvenes”, *El Heraldo* (Caracas), (21 de agosto de 1925), p. 1.
- “Instalación del Círculo de Bellas Artes”, Sección Información Literaria, *El Universal* (Caracas), (4 de septiembre de 1912), pp. 287-288.
- “Israel”, *Panorama* (Maracaibo), (18 de marzo de 1921), p. 3.
- “Los jueces imperialistas”, *El Heraldo* (Caracas), (5 de enero de 1926), p. 1.
- “Juan Santaella”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 478 (1911), p. 631.
- “Ku Kux Klan”, *Panorama* (Maracaibo), (2 de enero de 1923), p. 1.
- “Laetitia Rerum”, *El Universal* (Caracas), (1 de diciembre de 1912), p. 1.
- “Las lágrimas”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 422 (1909), pp. 387-388.
- “Ledoux, alias Cero”, *El Heraldo* (Caracas), (13 de enero de 1925), p. 1.
- “La libertad de las bestias”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 503, (1912), pp. 647-648.
- “La libertad de las bestias”, *Billiken* (Caracas), Nº 37 (1926), pp. 3-5.

- “La libertad y el trabajo de las mujeres”, *Actualidades* (Caracas), N° 5 (1918), p. 7.
- “Libertadores”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 525 (1913), pp. 582-584.
- “El lío de México”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 523 (1913), pp. 526-528.
- “La literatura turca”, Sección de Información Literaria y Artística, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 504 (1912), pp. 678-680.
- “La literatura y la guerra I: la novela”, *Actualidades* (Caracas), N° 14 (1918), p. 7.
- “La literatura y la guerra II: la poesía”, *Actualidades* (Caracas), N° 15 (1918), p. 7.
- “La literatura y la guerra III: el teatro”, *Actualidades* (Caracas), N° 16 (1918), p. 7.
- “Llamar la atención”, *El Heraldo* (Caracas), (25 de junio de 1925), p. 1.
- “Lucha de razas”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 508 (1913), p. 106.
- “Maestros de escuela”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 497 (1912), pp. 498-499.
- “El maestro de felicidad”, *El Universal* (Caracas), (19 de diciembre de 1919), p. 12.
- “Matrimonios desiguales”, *El Heraldo* (Caracas), (30 de septiembre de 1924), p. 1.
- “El mayordomo romántico”, *Panorama* (Maracaibo), (18 de abril de 1922), p. 3.
- “Los médicos verdugos”, *El Heraldo* (Caracas), (27 de diciembre de 1924), p. 1.
- “Milagros”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 501 (1912), pp. 578-579.
- “El militarismo y la juventud”, *El Heraldo* (Caracas), (9 de diciembre de 1925), p. 3.
- “Los millones y el trabajo”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 515 (1913), pp. 303-304.
- “Miranda en Nueva York”, (traducción), *El Heraldo* (Caracas), (7 de octubre de 1924), p. 1.
- “El misterio del Brasil”, *El Heraldo* (Caracas), (14 de febrero de 1925), p. 1.
- “Moloch”, *Panorama* (Maracaibo), (16 de septiembre de 1922), p. 5.
- “Morones”, *Panorama* (Maracaibo), (7 de agosto de 1922), p. 2.
- “Los motines de Cortaret”, *El Heraldo* (Caracas), (15 de mayo de 1926), p. 1.
- “La muerte del Archiduque”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas) N° 543 (1914), pp. 407-408.

- “La muerte de la risa”, *El Herald*o (Caracas), (26 de agosto de 1924), p. 1.
- “Las mujeres futuristas”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 504 (1912), pp. 676-677.
- “Las mujeres, la virtud y la moda”, *El Herald*o (Caracas), (16 de diciembre de 1925), p. 1.
- “Las muñecas”, *El Herald*o (Caracas), (12 de marzo de 1924), p. 1.
- “Música perniciosa”, *El Herald*o (Caracas), (25 de noviembre de 1924), p. 1.
- “Nihil Novum”, *Billiken* (Caracas), N° 51 (1926), p. 1.
- “La noche principia”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 323 (1905), p. 364.
- “Nocturno”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 350 (1906), pp. 451-454.
- “Notas críticas”, *El Constitucional* (Caracas), (2 de diciembre de 1905), p. 5.
- “Notas para un ensayo histórico”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 441 (1910), pp. 262-264.
- “Novedades históricas”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 542 (1914), pp. 382-383.
- “Novelas”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 528 (1913), pp. 665-666.
- “Una novela criolla”, *Cultura Venezolana* (Caracas), N° 14 (1920), p. 178.
- “Novelas de aventuras”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 420 (1909), p. 335.
- “La novela del perro”, *Actualidades* (Caracas), N° 10 (1918), p. 7.
- “La nueva edad glacial”, *El Herald*o (Caracas), (22 de octubre de 1924), p. 1.
- “Una nueva nación”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 513 (1913), pp. 245-246.
- “El nuevo imperio universal”, *El Herald*o (Caracas), (5 de agosto de 1924), p. 1.
- “Los nuevos partidos”, *Panorama* (Maracaibo), (12 de diciembre de 1922), p. 1.
- “El odiado latín”, *El Herald*o (Caracas), (12 de junio de 1926), p. 1.
- “A los ojos de María”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 389 (1908), p. 650.
- “La opinión del mandarín”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 559 (1915), pp. 178-180.
- “La opinión pública”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 498 (1912), pp. 498-499.
- “La opinión de Rudyard Kipling”, *Panorama* (Maracaibo), (4 de noviembre de 1922), p. 1.
- “Orgullo de pueblo”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 418 (1909), pp. 272-273.
- “Otra vez la guerra”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 500 (1912), pp. 559-560.
- “La palabra de Kropokin”, *El Universal* (Caracas), (16 de diciembre de 1919), p. 1.

- “El palacio de la paz”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 523, (1913), p. 526.
- “La palmatoria”, *El Heraldo* (Caracas), (4 de noviembre de 1924), p. 1.
- “La palmera”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 385 (1908), pp. 17-20.
- “Panamá y Costa Rica”, *Panorama* (Maracaibo), (30 de marzo de 1921), p. 1.
- “El papel del A.B.C.”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 539 (1914), pp. 292-293.
- “El papel de los débiles”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 512 (1913), pp. 210-212.
- “La parábola de la adúltera”, *El Heraldo* (Caracas), (12 de marzo de 1926), p. 1.
- “Parnaso venezolano, Selección C.B.A.” (reseña), *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 354 (1906), p. 591.
- “Pastel”, Sección Páginas Cortas, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 352 (1906), p. 520.
- “Pavesa”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 319 (1905), p. 231.
- “Pedro Emilio Coll. El estilo”, (fragmento), *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 463 (1911), pp. 190-191.
- “Un peligro para el sur”, *Panorama* (Maracaibo), (13 de marzo de 1920), p. 3.
- “Pentápolis”, *El Heraldo* (Caracas), (19 de octubre de 1925), p. 1.
- “La pesadilla”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 347 (1906), pp. 356-357.
- “Pesares criollos”, *El Constitucional* (Caracas), (3 de abril de 1906), p. 1.
- “Los piratas misteriosos”, *Panorama* (Maracaibo), (6 de agosto de 1921), p. 4.
- “Pleito de compadres”, *Panorama* (Maracaibo), (14 de febrero de 1923), p. 2.
- “El pleito de los compadres”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 518 (1913), p. 382.
- “La plutocracia”, *El Heraldo* (Caracas), (17 de abril de 1926), p. 1.
- “Poemas en prosa. Navidad”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 432 (1909), p. 660.
- “Poemas en prosa. El vampiro”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 426 (1909), p. 505.
- “Porto Rico”, *Panorama* (Maracaibo), (13 de diciembre de 1921), p. 1.
- “El porvenir del español”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 537 (1914), p. 242.
- “Presentación de Pierrot”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 384 (1907), pp. 722-723.
- “El presente”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 433 (1910), pp. 4-6.
- “El prestigio de los poetas”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 431 (1909), pp. 642-643.

- “La princesa del dólar”, *Panorama* (Maracaibo), (25 de octubre de 1922), p. 4.
- “El Príncipe”, *El Herald*o (Caracas), (11 de septiembre de 1925), p. 1.
- “El problema chino”, *El Herald*o (Caracas), (30 de junio de 1925), p. 1.
- “El problema de la instrucción”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 533 (1914), pp. 129-130.
- “El problema de las razas”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 521 (1913), pp. 470-471.
- “El problema de los mercados”, *El Herald*o (Caracas), (14 de abril de 1926), p. 1.
- “El problema mexicano”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 533 (1914), p. 130.
- “El proceso”, *Panorama* (Maracaibo), (19 de noviembre de 1921), p. 5.
- “El prólogo de la conquista”, *El Herald*o (Caracas), (28 de noviembre de 1925), p. 4.
- “A propósito del centenario de Yépez”, *Panorama* (Maracaibo), (22 de abril de 1922), p. 4.
- “A propósito de los nuevos versos de Leopoldo Lugones”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 401 (1908), p. 519.
- “La proscripción de Edgard Poe”, *El Herald*o (Caracas), (13 de septiembre de 1922), p. 1.
- “Protestas sentimentales”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 524 (1913), p. 560.
- “Punto de vista”, *El Constitucional* (Caracas), (25 de noviembre de 1905), p. 3.
- “La querella de Panamá”, *Panorama* (Maracaibo), (6 de octubre de 1920), p. 1.
- “La raza de Caín”, *El Herald*o (Caracas), (6 de febrero de 1926), p. 1.
- “La razón del éxito”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 527 (1913), pp. 638-639.
- “La reanudación de la guerra”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 509 (1913), pp. 126-127.
- “El remanso”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 303 (1904), p. 466.
- “El renacimiento helénico”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 543 (1914), p. 408.
- “La República de Portugal”, Sección Comentarios, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 453 (1910), pp. 609-610.
- “La restauración de Santo Domingo”, *Panorama* (Maracaibo), (26 de enero de 1921), p. 1.
- “Retal”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 274 (1903), p. 313-314.
- “Las revistas”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 371 (1907), p. 352.

- “La revolución de independencia y la literatura”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 469 (1911), pp. 366-367.
- “La revolución sufragista”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 542 (1914), p. 382.
- “El rey que rabió”, *Panorama* (Maracaibo), (13 de noviembre de 1920), p. 3.
- “La risa de Julia”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 302 (1904), p. 435.
- “Las rosas”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 402 (1904), pp. 526-528.
- “Rufino Blanco-Fombona y su obra poética”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 429 (1909), pp. 581-584.
- “El santo Washington”, *El Heraldo* (Caracas), (19 de febrero de 1926), p. 1.
- “Semana Santa”, *Actualidades* (Caracas), N° 13 (1918), p. 6.
- “Sensación”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 328 (1905), p. 364.
- “Sermones líricos”, *Actualidades* (Caracas), N° 9 (1918), p. 7.
- “Silueta al lápiz”, Sección Comentarios Alegres y Tristes, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 436 (1910), pp. 102-104.
- “El símbolo”, *Panorama* (Maracaibo), (2 de septiembre de 1922), p. 3.
- “Simpatía”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 499 (1912), pp. 524-526.
- “Stella”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 448 (1910), p. 465.
- “Sobre el criollismo”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 540 (1914), pp. 324-325.
- “Sobremesa de Navidad”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 505 (1913), p. 8.
- “El socialismo”, *Actualidades* (Caracas), N° 6 (1918), p. 9.
- “Las sufragistas”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 513 (1913), p. 246.
- “Sur América en Europa”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 533 (1914), p. 130.
- “Teatro”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 502 (1912), p. 609.
- “Teatro criollo”, *Actualidades* (Caracas), N° 12 (1918), p. 7.
- “El teatro de Eva”, *Actualidades* (Caracas), N° 17 (1918), p. 21.
- “El teatro obsceno”, *El Heraldo* (Caracas), (10 de marzo de 1925), p. 1.
- “El tema forzoso”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 545 pp. 464-466.
- “El tema forzoso”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 546 (1914), pp. 492-497.
- “El tema forzoso”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 547 (1914), pp. 531-534.
- “El tema forzoso”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 549 (1914), pp. 583-588.
- “El tema forzoso”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 550 (1914), pp. 607-610.

- “El tema forzoso”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 553, (1915), pp. 17-19.
- “El tiempo de los ojos”, *Billiken* (Caracas), N° 15 (1922), p. 2.
- “La tierra del ocio”, *Billiken* (Caracas), N° 43 (1926), p. 1.
- “La tierra del ocio”, *Billiken* (Caracas), N° 44 (1926), p. 1.
- “Time is money”, *El Herald* (Caracas), (9 de junio de 1926), p. 1.
- “Traductores y traducciones”, *Panorama* (Maracaibo), (23 de enero de 1923), p. 5.
- “La tragedia de Carlos el simple”, *Panorama* (Maracaibo), (7 de diciembre de 1921), p. 6.
- “La tragedia de Tulsa”, *Panorama* (Maracaibo), (11 de julio de 1921), p. 2.
- “El traje del trópico”, *El Herald* (Caracas), (17 de enero de 1925), p. 1.
- “El Tratado con Colombia”, *Panorama* (Maracaibo), (4 de junio de 1921), p. 3.
- “Triste calma”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 306 (1904), p. 435.
- “Turcos e italianos”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 496 (1912), pp. 444-445.
- “La Unión Centroamericana”, *Panorama* (Maracaibo), (20 de mayo de 1920), p. 1.
- “La utilidad de los imitadores”, *El Herald* (Caracas), (6 de abril de 1923), p. 1.
- “Vegetarianos y temperantes”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 517 (1903), pp. 361-362.
- “La venta de Panamá”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 540 (1914), p. 325.
- “Velocidad”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 500 (1912), pp. 558-559.
- “La verdad sobre Rusia”, *Panorama* (Maracaibo), (28 de agosto de 1920), p. 3.
- “El viaje del coronel”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 531 (1914), p. 69.
- “Víctor Racamonde”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 403 (1908), p. 574.
- “Viejos y jóvenes”, *El Constitucional* (Caracas), (2 de noviembre de 1905), p. 1.
- “Vida de perros”, *El Herald* (Caracas), (30 de diciembre de 1924), p. 1.
- “La vida de Pierrot II. Las dos primas”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 389 (1908), pp. 146-148.
- “La vida de Pierrot III. El mentor”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 393 (1908), pp. 263-266.
- “La vida de Pierrot IV. Celos”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 397 (1908), pp. 388-390.
- “La vida de Pierrot V. La víctima”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 400 (1908), pp. 466-468.

- “La visita Colby”, *Panorama* (Maracaibo), (31 de marzo 1921), p. 1.
- “Visiones de Caracas”. *El Constitucional* (Caracas), (9 de diciembre de 1905), p. 5.
- “Visiones de Caracas”, *El Constitucional* (Caracas), (16 de diciembre de 1905), p. 5.
- “Visiones de Caracas”, *El Constitucional* (Caracas), (30 de diciembre de 1905), p. 5.
- “La vuelta de los alemanes”, *El Universal* (Caracas), (8 de diciembre de 1919), p.1.
- “Washington y Europa”, *Panorama* (Maracaibo), (17 de enero de 1923), p. 6.
- “Washington y México”, *Panorama* (Maracaibo), (31 de mayo de 1922), p. 1.
- “Woodrow Wilson”, *El Heraldo* (Caracas), (18 de marzo de 1924), p. 1.
- “Xenofobia”, *Panorama* (Maracaibo), (29 de abril de 1922), p. 1.
- “Xenofobia literaria”, *Billiken* (Caracas), N° 49 (1926), p. 1.
- “XXI”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 552 (1914), pp. 663-665.
- “Yankis y japoneses”, Sección Actualidades, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 516 (1913), pp. 334-335.
- “Y es tu sonora risa”, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 333 (1905), p. 687.

2. BIBLIOGRAFÍA INDIRECTA

2.1 LIBROS, FOLLETOS Y ENSAYOS

- BALZA, José. “Prólogo”. *Jesús Semprum. El libro que no se ha escrito* (Antología). Caracas: Monte Ávila Editores, 1990, p. 254.
- BRICEÑO IRAGORRY, Mario. *Lecturas venezolanas*. Caracas: Editorial Las Novedades, 1945, p. 370.
- CAPPELLETTI, Ángel. *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994, p. 507.
- CARÍAS, Alejandro. “Juicio crítico de *El Cojo Ilustrado*”, *Poesías, cuentos, páginas literarias*. Caracas: Editorial Las Novedades, 1946.
- CÓRDOBA, Diego. “Prólogo. La personalidad de Jesús Semprum”, *Visiones de Caracas y otros temas*. Caracas: Ediciones de la Corporación Venezolana de Fomento, 1969, pp. 13-16.
- CORTÉS, Pastor. *Contribución al estudio del cuento moderno*. Caracas: Tipografía La Nación, 1945, p. 58.
- CUENCA, Héctor. “Boceto de Jesús Semprum”, *La palabra encendida*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación, 1957, pp. 169-178.
- CUENCA, Humberto. *Jesús Semprum*. Caracas: Editorial Sur-América, 1932, p. 97.

- DÍAZ SEIJAS, Pedro. "Introducción, selección y notas", *Jesús Semprum*. Caracas: Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, 1986, p. 579.
- . *Jesús Semprum: contexto y escritura*. Caracas: Ediciones Casa del Escritor, 1981, p. 108.
- . "Semprum, Jesús", *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina III*. Caracas: Biblioteca Ayacucho/Monte Ávila Editores Latinoamericana/Conac, 1995, pp. 4403-4404.
- DÍAZ SEIJAS, Pedro y Luis Semprum. *Crítica literaria* (manuscrito); selección y notas de Pedro Díaz Seijas. Caracas: Ediciones Villegas, 1956, [copia al carbón, 31 hojas].
- DI PRISCO, Rafael. *Acerca de los orígenes de la novela venezolana*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1969, p. 161.
- GARMENDIA, Julio. "Jesús Semprum", *La ventana encantada*. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, 1986, p. 211.
- GUERRERO, Luis Beltrán. *Introducción al positivismo venezolano*, Caracas: Universidad Central de Venezuela/Facultad de Humanidades y Educación, 1955, p. 31.
- HERNÁNDEZ, Luis Guillermo. *Catálogo bio-bibliográfico sobre el Dr. Jesús Semprum*. Caracas: Instituto Autónomo Biblioteca Nacional de Servicios de Biblioteca, 1981, p. 46.
- . *Dr. Jesús M. Semprum: ensayo biográfico-crítico*. San Carlos del Zulia (Maracaibo): Centro Cultural Colones Dr. Jesús María Semprum, 1974, p. 12.
- PAZ CASTILLO, Fernando. *Reflexiones de atardecer I y III*. Caracas: Ministerio de Educación, 1964, pp. 119-127; 415-436.
- PICÓN SALAS, Mariano. *Estudios de literatura venezolana*. Caracas-Madrid: Editorial Edime, 1961, pp. 13, 148, 153, 183-184.
- . "Jesús Semprum", *Temas críticos*. Caracas: Italgráfica, 1972, pp. 377-431.
- . *Críticos venezolanos desde Bolívar a Jesús Semprum*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela, 1984, p. 183.
- RAMÍREZ Y ASTIER, Aniceto. *Galería de escritores zulianos*. Maracaibo: Ediciones de la Universidad del Zulia, 1964, v. 4, pp. 97-101.
- RATCLIFF, Dillwyn. *La prosa de ficción en Venezuela*. Rafael Di Prisco; trad., Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1966, pp. 9, 110, 154, 166, 173.
- SAMBRANO URDANETA, Oscar. *Letras venezolanas*. Trujillo: Ediciones del Ejecutivo del Estado Trujillo, 1959, p. 136.
- ZUMETA, César. *Cartas autógrafas dirigidas a Jesús Semprum*. París: (s.ed.), 1923-1924, [Manuscritos venezolanos, 3 hojas].

2.2 HEMEROGRAFÍA

- ALVARADO, Lisandro. "Historia de la revolución federal en Venezuela", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 428 (1909), pp. 546-547.
- AMADOR, Severo. "Confesión", *El Cojo Ilustrado*, (Caracas), Nº 339 (1906), p. 124.
- ÁÑEZ, Martín. "Jesús Sempum el gran crítico literario de Venezuela", *Revista de la Universidad del Zulia* (Maracaibo), Nº 28 (1964), pp. 293-98.
- BARAHONA, Clemente. "De brocha gorda", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 329 (1905), p. 562.
- BASKIRTSEFF, María. "Un nuevo diario", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 490 (1912), pp. 287-288.
- BENAVIDES PONCE, R. "Fragmentos de alma", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 333 (1905), p. 691.
- BETANCOURT FIGUEREDO, F. "Cuentos míos", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 328 (1905), p. 530.
- BIGOTTE, Félix E. "Colón y su descubrimiento: un Nuevo Mundo o la Gran Colombia", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 340 (1906), p. 156.
- BLANCO-FOMBONA, Rufino. "Letras y letrados de Hispanoamérica", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 407 (1908), pp. 696-697.
- BORRERO ECHEVERRÍA, Esteban. "Alrededor del Quijote", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 338 (1906), p. 92.
- BRICEÑO ORTEGA, Rafael. "Lámpara de arcilla", Sección Libros Venezolanos, *Fantoches* (Caracas), Nº 256 (1928), p. 9.
- CARRASQUILLA MALLARINO, Eduardo. "Mujeres de Costa Rica", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 327 (1905), p. 498.
- CARREÑO RODRÍGUEZ, R. "Pestorelas", Sección Libros Venezolanos, *Fantoches* (Caracas), Nº 230 (1927), p. 12.
- CHAPELLI, A. "El socialismo y el pensamiento moderno", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 329 (1905), p. 562.
- CONTRERAS, Francisco. "Toisón", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 351 (1906), pp. 494-495.
- CORREA, Luis. "Alba lírica", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 331 (1905), p. 626.
- _____. "Para una biografía de Semprum", *El Nacional* (Caracas), (2 de febrero de 1956), pp. 3-6.
- CUERO MÁRQUEZ, Emilio. "Tierras lejanas", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 340 (1906), pp. 156-157.
- DARÍO, Rubén. "Oda a Mitre", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 345 (1906), p. 316.
- _____. "Opiniones", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 348 (1906), pp. 406-407.

- DÍAZ RODRÍGUEZ, Manuel. "Camino de perfección", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 457 (1911), pp. 17-18.
- DÍAZ ROMERO, Eugenio. "Raza que muere", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 341 (1906), pp. 186-187.
- DORADO, Pedro. "Derroteros penales", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 326 (1905), p. 466.
- ECHEVERRÍA, Aquiles. "Concherías", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 344 (1906), p. 284.
- ESCOBAR ROA, R. y Luis E. Calderón. "Poesías", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 331 (1905), p. 626.
- FEBRES CORDERO, Tulio. "Don Quijote en América o sea la cuarta salida del Ingenioso Hidalgo de La Mancha", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 327 (1905), pp. 497-498.
- GIL de HERMOSO, Virginia. "Incurables", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 329 (1905), p. 562.
- GÓMEZ CARRILLO, Enrique. "La Rusia actual", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 339 (1906), pp. 123-124.
- GÓMEZ DE BAQUERO. "Ideas", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 326 (1905), pp. 465-466.
- GONZÁLEZ GUINÁN, Francisco. "Tradiciones de mi pueblo", Sección Libros Venezolanos, *Fantoches* (Caracas), Nº 227 (1927), p. 4.
- GRASES, Pedro. "Estudios de Castellano", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 22 (1940), p. 115.
- GRILLO, Max. "Raza vencida", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 338 (1906), pp. 91-92.
- GRULLÓN, Eliseo. "Del Mediterráneo al Caribe con escalas en España y Cuba", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 327 (1905), p. 498.
- GUERRA NÚÑEZ, Juan. "Vae soli!", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 327 (1905), p. 498.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. "Ensayos críticos", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 340 (1906), p. 157.
- HERNÁNDEZ, Marcial. "Curiosidades", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 369 (1908), pp. 288-289.
- HERRERA, Luis Alberto. "La revolución francesa y Suramérica", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 458 (1911), pp. 57-58.
- ITURBE, Maximiliano. "Poesías", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 330 (1905), p. 593.
- LABARCA, Guillermo. "El amor de la tierra", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 340 (1906), p. 157.
- LARGUIER, Leo. "Los testimonios humanos", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 490 (1912), p. 288.

- LUGONES, Leopoldo. "El imperio jesuítico", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 331 (1905), pp. 625-626.
- MARIU, J.A. "Versos íntimos", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 332 (1905), p. 655.
- MARTÍ, José. "Obras completas", Sección Libros Americanos, *Fantoches* (Caracas), Nº 258 (1928), p. 3.
- MARTÍNEZ ALONIA, Salvador, "Nieves", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 345 (1906), pp. 316-317.
- MENÉNDEZ AGUSTY, J. "Marín de Abreda", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 336 (1905), p. 786.
- MORENO CANTÓN, Delio. "El Sargento Primero", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 336 (1905), p. 786.
- MORENO DE ALBA, M. "Lienzos", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 332 (1905), p. 655.
- MOSQUERA, Rubén J. "Monocordes", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 340 (1906), p. 157.
- PÉREZ PETIT, Víctor. "Gil, acuarelas y aguas fuertes", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 336 (1905), pp. 785-786.
- PÉREZ y CURÍ, Manuel. "La canción de las crisálidas", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 330 (1905), p. 593.
- PICÓN FEBRES, Gonzalo. "La literatura venezolana en el siglo XIX", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 352 (1906), pp. 530-531.
- PIMENTEL CORONEL, Manuel. "Vislumbres", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 326 (1905), p. 466.
- PLANCHART, Julio. "Jesús Semprum", *Revista Nacional de Cultura* (Caracas), Nº 46, (1944), pp. 3-30
- POBRETE GARÍN, M. "Poemas del amor y de la muerte", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 335, (1905), p. 755.
- POMBO, Rafael. "Jardín sonoro", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 334, (1905), pp. 720-721.
- RAMÍREZ, José. "Vida y milagros de Antonio Saavedra", Sección Libros Venezolanos, *Fantoches* (Caracas), Nº 262 (1928), p. 14.
- RAZETTI, Luis. "Moral médica", Sección Libros Venezolanos. *Fantoches* (Caracas), Nº 239 (1928), p. 3.
- REYLES, Carlos. "La muerte del cisne", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 461 (1911), pp. 138-139.
- RIVA, Eugenio de la. "Prosa revuelta", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 336 (1905), p. 786.
- ROJAS, Marqués de. "Tiempo perdido", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 332 (1905), p. 654-655.
- ROSADO VEGA, Luis. "Alma y sangre", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), Nº 344 (1906), p. 284.

- ROSSÍ, Pascual. "Místicos y sectarios", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), 327 (1905), p. 498.
- SANTIAGO FUENTES, Magdalena de. "Emprendamos nueva vida", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 327 (1905), p. 498.
- SANTOS CHOCANO, José. "Alma América, poemas indo españoles", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 353 (1906), pp. 560-561.
- SEGARRA, José. "Vocación", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 339 (1906), p. 124.
- SERGI, G. "La evolución humana y social", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 333 (1905), pp. 690-691.
- SUTTNER, Berta. "Abajo las armas", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 343 (1906), pp. 252-253.
- TALAVERA ACOSTA, Bartolomé. "Anales de Guayana", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 335 (1905), p.p. 754-755.
- . "Río Negro", Sección Libros Venezolanos, *Fantoches* (Caracas), N° 227 (1927), p. 4.
- . "La antropofagia caribe - Primavera criolla", Sección Crónica Literaria, *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 346 (1906), p. 346.
- TORCUATO BLACK, Felipe. "Cantos de bronce", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 336 (1905), p. 786.
- TORO, Elías. "Por las selvas de Guayana", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 334 (1905), p. 720.
- . "Antropología general y de Venezuela precolombina", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 355 (1906), p. 622.
- TORO RAMÍREZ, Miguel. "Los escépticos", Sección Libros Venezolanos, *Fantoches* (Caracas), N° 263 (1928), p. 4.
- UGARTE, Manuel. "Una tarde de otoño", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 338 (1906), pp. 90-91.
- USLAR PIETRI, Arturo. "Barrabás y otros relatos", Sección Libros Venezolanos, *Fantoches* (Caracas), N° 273 (1928), p. 3.
- VALENZUELA, Jesús. "Almas y cármenes", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 350 (1906), p. 467.
- VARGAS VILA, José María. "La simiente", *El Cojo Ilustrado* (Caracas), N° 341 (1906), p. 186.

ÍNDICE

CRÍTICA, VISIONES Y DIÁLOGOS

PRÓLOGO, por José Balza	IX
SEMPRUM, por Pedro Díaz Seijas	XLIX
AL MARGEN DE LA OBRA DE JESÚS SEMPRUM, por Rómulo Betancourt	LXXXV
CRITERIO DE ESTA EDICIÓN	XCI

CRÍTICA

Literatura venezolana	3
La revolución de la independencia y la literatura	3
Los románticos	11
Julio Calcaño y su obra literaria	32
Juan Antonio Pérez Bonalde	46
El fabulista Sistiaga	51
Víctor Racamonde	55
Pedro Emilio Coll	59
Andrés Mata y su obra poética	61
Lazo Martí y el criollismo literario	74
Del modernismo al criollismo	77
Manuel Díaz Rodríguez	89
Rufino Blanco-Fombona y su obra poética	102
Rómulo Gallegos	117
José Rafael Pocaterra	124

Tulio Febres Cordero	130
Francisco Pimentel	132
Julio Garmendia	136
Arturo Usler Pietri	140
Literatura hispanoamericana y europea	143
Rubén Darío	143
Amado Nervo y su obra	156
José Enrique Rodó	162
José Asunción Silva	164
José Santos Chocano	166
Anatole France	170
Máximo Gorki	176
Dostoievski	179
Bufones de Shakespeare	182
Las bellas artes	189
El Círculo de Bellas Artes	189
La pintura en Venezuela	197
La crisis de las letras	223
El estudio del castellano	223
La decadencia del español	251
El idioma y la política	254
El español en América	260
La crisis en las letras	262
Las letras futuras	265
La función de los líricos	268
El prestigio de los poetas	272
Sobre la muerte de la poesía	276
La inminente era poética	281
La Academia Antillana	283
Traductores y traducciones	285
El crítico sufrido	288
Notas críticas	289
Modos de crítica	289
Notas críticas	291

VISIONES DE CARACAS

Visiones de Caracas	315
El 19 de Abril de 1810	355
La Revolución Federal	363
La Fiesta del Árbol	370

DIÁLOGOS

Diálogos del día	383
El diálogo	383
La novela	386
La poesía	389
El teatro	393
Teatro criollo	397
El viejo, el joven, un poeta	400
El viejo y el mozo hablan sobre lecturas	407
Música	412
El hombre maduro y el mozo reflexivo conversan sobre un tema literario	415
El viejo y el mozo hablan sobre concursos literarios	419
Los interlocutores departen acerca de la fiesta del centenario del ilustre polígrafo	423
Deportes	427
Certamen de bellezas	429
Civilización e ingesta	433
Indumentaria	437
Historias. El culto del diablo	440
Correo de Nueva York	445
La esperanza feminista	445
El español, arma defensiva	448
Los corredores de armas	451
La tragedia negra	453
Guerra de razas	457
El fin de una raza	460
Trece divorcios	463

La huelga de los <i>overalls</i>	465
El bígamo	467
Propaganda mahometana	469
La fuente de Juvencio	472
La gobernadora	475

NARRATIVA

Compasión	481
La pesadilla	490
La palmera	496
La dicha de Julia	506
Sobremesa de Navidad	511
El general	515
Las rosas	522
La caída del Jefe Civil	528
La vida de Pierrot	533
Presentación de Pierrot	533
Las dos primas	538
El mentor	545
Celos	553
La víctima	558

CRONOLOGÍA	569
----------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	577
------------------------	-----

TÍTULOS PUBLICADOS DE CRÍTICA LITERARIA

37

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

La utopía de América

Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot

Compilación y cronología:

Ángel Rama y Rafael Gutiérrez
Girardot

40

JOSÉ MARTÍ

Obra literaria

Prólogo, notas y cronología:

Cintio Vitier

Selección y notas: Cintio Vitier
y Fina García Marruz

48

BALDOMERO SANÍN CANO

El oficio de lector

Compilación, prólogo y cronología:

J. Gustavo Cobo Borda

50

ANDRÉS BELLO

Obra literaria

Selección y prólogo: Pedro Grases

Cronología: Oscar Sambrano
Urdaneta

56

MARIO DE ANDRADE

Obra escogida,

novela, cuento, ensayo, epistolario

Selección, prólogo y notas: Gilda
de Mello e Souza

Cronología: Gilda de Mello e Souza
y Laura de Campos Vergueiro

Traducción: Santiago Kovadloff
y Héctor Olea

93

SILVIO ROMERO

Ensayos literarios

Selección, prólogo y cronología:
Antonio Cándido

Traducción: Jorge Aguilar Mora

119

ÁNGEL RAMA

*La crítica de la cultura en
América Latina*

Selección y prólogos: Saúl Sosnowski
y Tomás Eloy Martínez

Cronología y bibliografía: Fundación
Internacional Ángel Rama

- 130
JUAN MARINELLO
Obras martianas
Selección y prólogo: Ramón
Losada Aldana
Cronología y bibliografía: Trinidad
Pérez y Pedro Simón
- 132
*Manifiestos, proclamas
y polémicas de la vanguardia literaria
hispanoamericana*
Edición, selección, prólogo,
notas y bibliografía: Nelson Osorio T.
- 135
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ
La vida del siglo
Selección, prólogo y notas: Hugo
García Salvattecci
Cronología y bibliografía: Marlene Polo
Miranda
- 136
EUGENIO MARÍA DE HOSTOS
Obra literaria selecta
Selección, prólogo, cronología
y bibliografía: Julio César López
- 139
VENTURA GARCÍA CALDERÓN
Obra literaria selecta
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología y bibliografía: Marlene Polo
Miranda
- 147
JOSÉ MARÍA HEREDIA
Niágara y otros textos
Selección, prólogo, cronología y
bibliografía: Ángel Augier
- 162
ANTONIO CANDIDO
Crítica radical
Prólogo: Agustín Martínez
Selección, notas, cronología,
bibliografía y traducción:
Márgara Russotto
- 163
ALFONSO REYES
Última Tule y otros ensayos
Selección y prólogo: Rafael
Gutiérrez Girardot
Cronología: Ana María Erdt y
R. Gutiérrez G.
Bibliografía: James Willis Robb y
R. Gutiérrez G.
- 168
JULIO ORTEGA
Una poética del cambio
Prólogo: José Lezama Lima
Cronología y bibliografía:
Lourdes Blanco
- 182
Poesía y poética del Grupo Orígenes
Selección, prólogo, cronología
testimonial y bibliografía:
Alfredo Chacón
- 184
MIGUEL ANTONIO CARO
Obra selecta
Selección, prólogo, cronología y
bibliografía: Carlos Valderrama
Andrade
- 193-194-195-196
*Lectura crítica de
la literatura americana*
Selección, prólogo y notas:
Saúl Sosnowski

210

ALEJO CARPENTIER

Los pasos recobrados.

Ensayos de teoría y crítica literaria

Selección, prólogo, cronología y

bibliografía: Alexis Márquez

Rodríguez

Cronología y bibliografía: Araceli

García Carranza

213

EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL

Obra selecta

Selección, prólogo, bibliografía y

cronología: Lisa Block de Behar

Este volumen, el CCXXXVI de la Fundación Biblioteca Ayacucho, se terminó de imprimir el mes de marzo de 2007, en los talleres de Altolitho, Caracas, Venezuela.

En su diseño se utilizaron caracteres roman, negra y cursiva de la familia Simoncini Garamond, tamaños 9, 10, 11, 12.

En su impresión se usó papel Hansa mate 60 gr.

La edición consta de 2.000 ejemplares
(500 empastados y 1.500 en rústica)



Gobierno **Bolivariano**
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la **Cultura**



JOSÉ BALZA

(Venezuela, 1939).

Novelista, cuentista y crítico de literatura y arte. Profesor de la Universidad Central de Venezuela. Fundador del grupo literario En Haa (1962). Entre sus publicaciones se encuentran: *Iniciales: anuncios de la teoría literaria en América Latina* (1993, ensayo); *Percusión* (2000, novela); y *Caligrafías: ejercicios narrativos 1960-2004* (2005).

ÁNGEL GUSTAVO INFANTE

(Venezuela, 1959).

Narrador y crítico literario. Profesor de la Universidad Central de Venezuela. Entre su obra publicada se menciona: *Yo soy la rumba* (1992, novela); *Primeros momentos del pasado crítico. Formación de la crítica literaria venezolana, 1810-1870* (2002, ensayo); y *Cerrícolas y otros relatos* (2004).



En la portada: Detalle de *Paisaje de Las Trincheras* (1922),

de Antonio Edmundo Monsanto
(Venezuela, 1890-1948).

Óleo sobre cartón piedra, 82 x 71,8 cm.
Colección Fundación Empresas Polar,
Caracas-Venezuela.

Jesús Semprum

(1882-1931)

ASÍ COMO ALGUNOS AUTORES de obra formidable (Ramos Sucre, Garmendia, Rulfo) sobresalieron también por publicar pocos libros, Jesús Semprum suma a la memoria del saber o del estilete literario el hecho de no haber publicado ninguno. Esto no resta puntos a su obra analítica ni desmejora su figura, a pesar de la parquedad de su trato y de su gusto por el alejamiento. En todo caso, Semprum es autor de obra crítica numerosa y brillante recogida en periódicos y revistas de Venezuela y el continente, de poemas, prosas líricas, una novela, diálogos teatrales y de ciertos cuentos que tampoco debemos descuidar. Buscar en otros los ecos del que vendrá es una operación de arqueología literaria que se impuso José Balza en el libro *Crítica, visiones y diálogos* de Jesús Semprum, que ahora ofrecemos al lector y del cual él es prologuista y compilador. “Debido a otra paradoja de las tantas que saltan en la vida de Semprum –dice Balza– él mismo acusaba que los rasgos vanguardistas de la nueva generación no tenían nada de bueno... mientras él, a su vez, como tenía que ser natural en un temperamento tan calculador, sensitivo y visionario, adelantaba formas de escritura, aproximaciones a lo inmediato y precisiones irónicas que ya anunciaban las líneas de vanguardia en Venezuela. Sólo que ni él ni los que trataron de estudiar su obra, inmediatamente después de su muerte, captaron el centelleante desafío de sus *Diálogos del día*”.

República Bolivariana de Venezuela

Fundación



Biblioteca Ayacucho

ISBN 980-276-437-X



9 789802 764372

Colección Clásica